

Civila Orellana, Pablo

Los grupos adolescentes en situación de calle en la ciudad de San Salvador de Jujuy (prov. de Jujuy) durante el período 2010-2014

**Tesis de Doctorado en Sociología
Facultad de Ciencias Sociales**

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Civila Orellana, P. (2017). *Los grupos adolescentes en situación de calle en la ciudad de San Salvador de Jujuy (prov. de Jujuy) durante el período 2010-2014* [en línea]. Tesis de Doctorado, Universidad Católica Argentina, Facultad de Ciencias Sociales. Disponible en:
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/greenstone/cgi-bin/library.cgi?a=d&c=tesis&d=grupos-adolescentes-situacion-calle-jujuy> [Fecha de consulta:]



UNIVERSIDAD CATÓLICA ARGENTINA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

**Los grupos adolescentes en situación de calle en la ciudad
de San Salvador de Jujuy (Prov. de Jujuy) durante el
periodo 2010-2014**

Autor:
Lic. Pablo Civila Orellana

Julio - 2017

Departamento de Sociología

Facultad de Ciencias Sociales

Universidad Católica Argentina



UNIVERSIDAD CATÓLICA ARGENTINA

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

**Los grupos adolescentes en situación de calle en la ciudad
de San Salvador de Jujuy (Prov. de Jujuy) durante el
periodo 2010-2014**

Tesis para optar al título de
"DOCTOR en SOCIOLOGÍA"

Autor:
Lic. Pablo Civila Orellana

Director de Tesis:
Dra. Anatilde Idoyaga Molina

Co-directora de Tesis: Dra. María Inés Palleiro

Firma de conformidad del Director

Aprobada en nombre de la Pontificia Universidad Católica Argentina, por el siguiente jurado examinador:

Nombre y apellido	Firma
1) _____	_____
2) _____	_____
3) _____	_____
4) _____	_____
5) _____	_____

Calificación: (.....)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires,..... de..... de 201....

Agradecimientos

En el camino que recorrí para elaborar y presentar este trabajo fueron muchas personas, organizaciones que colaboraron y aportaron de múltiples modos. A todas ellas, gracias.

A Anatilde Idoyaga Molina por abrirme las puertas a la investigación científica, guiarme en los recorridos y compartir sus esfuerzos por producir conocimiento para la sociología.

A María Inés Palleiro, entre otras cosas, por “contagiarme” su gusto y pasión por la investigación y su generosidad en compartirla.

Al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas y a través de ella a mis compatriotas, por la beca recibida que financiaron el trabajo.

A Mariela Ceva, Claudia Krmpotic, Marcos Urcola, Luis Cárdenas quienes me alentaron y ayudaron en el recorrido.

A mis compañeros y compañeras del Centro Argentino de Etnología Americana, fuentes de intercambios, aprendizajes y apoyos.

A los diversos docentes del doctorado, por sus ideas, experiencias y empujones. Y a los/as compañeros/as y colegas que me encontré en el camino, por los libros prestados, los intercambios y la amistad. Muy especialmente a Alejandro Szer, Javier Barra, Florencia Weiss y Luisa Villamil.

Al Centro de Estudios Urbanos y Regionales por su acogida en momentos necesarios.

Al Equipo Social de la Secretaría Niñez, Adolescencia y Familia, especialmente a Eduardo López, por la información brindada y por los esfuerzos por pensar y re-pensar situaciones difíciles.

A mis afectos, amigos, padres, hermanos y sobrinos, por la presencia y amor. Especialmente a Guido Silva, Mario Martínez, Claudia Francheti y Roxana Dinardi.

A las organizaciones en las que trabajé, principalmente en la Fundación DAR.LO.CAB, por su confianza y aprendizaje compartidos. Especialmente a Myrta Cabana. Espero que este trabajo les sea útil.

A mis colegas “Psicólogas” y a los estudiantes que me inspiraron. Paola Almirón Sorroza, Natalia Brandan, Ivanna Callieri, Ana Martos y Elina Lizárraga.

A los refugios Manos Abiertas y Doce Apóstoles por el profundo camino compartido.

A Miguel, Kechup, Nano, Jairo, Noelia, Fabio, Dani, Chula, Luis, por la confianza, su generosidad y su vida, de la que siempre busqué aprender.

A Mariana, mi dulce compañera, quien junto a ella aprendí a caminar en estos años. A Candelaria, mi regalo esperado, tu sonrisa ilumina mis días. La amo.

A Dios, sin Ti nada sería posible.

Postal

*Ellos siguen caminando
como si fueran ejércitos de ciegos,
ellos siguen caminando
porque casi todo el tiempo les mintieron
Ellos siguen caminando a ningún lugar
ellos siguen caminando
ya van a llegar
como te mordió la vida,
El dolor y la mentira
herida que hace gritar.*

*No dejes que te confundan
cuando este barco se hunda
tenés que saber nadar.*

*Siguen caminando, pasa el tiempo ellos nunca tienen miedo
ellos siguen caminando revolviendo
la basura y los recuerdos
Ellos siguen caminando a ningún lugar
ellos siguen caminando
ya van a llegar.
Como te mordió la vida,
el dolor y la mentira
herida que hace gritar.*

Kapanga

Índice

Agradecimientos

Resumen	11
Abstract	12
Consideraciones iniciales	14
Capítulo 1.	26
Recorridos analíticos en torno a la situación de calle como categoría conceptual	26
1.1. La situación de calle como problemática teórica	26
1.2. Antecedentes en relación a la temática abordada	33
1.3. La ciudad como un recurso material y simbólico.....	34
1.3 Situación de calle: campo de reflexión emergentes en tiempo de transformaciones	41
1.4. Sujetos y relaciones en la situación de calle. De dependencia hacia contextos de interdependencias.	43
1.5. Representaciones en los medios de comunicación.....	49
1.6. Conceptos sobre pobreza, marginalidad y exclusión.	57
1.7 La pobreza absoluta y relativa.....	74
1.2.1. Los Circuitos: calle Belgrano	134
1.2.2 Calles internas (Otero, Necochea, Güemes, Alvear)	137
1.2.3 Peatonal Belgrano.....	138
1.2.4. Calles céntricas.....	141
1.2.5 Calle Independencia	144
1.2.6. El bajo	144
1.3. Cambios y regularidades en los usos de los circuitos y puntos clave.....	147
Capítulo 2	153
Los recorridos metodológicos de la investigación	154
2.1. Enfoque metodológico	154
2.2 El trabajo de campo.....	158
2.2.1. Contexto y sujetos de estudio	158
2.2.2 Técnicas de recolección de datos	161
2.2.3 Notas sobre el trabajo de campo.....	162

2.4 Análisis de datos y recapitulación de trabajo investigativo.....	166
2.5. Jóvenes en situación de calle.....	167
Capítulo 3	190
Vivir en la calle	191
3. 1. La situación de calle en San Salvador de Jujuy.....	191
3.1.1. Organizaciones sociales e institucionales públicas en el territorio segregado	198
3.2 Vivir en la llamada Zona de los pibes chorros o en la “Termi”	201
3.2 Los ámbitos y las segmentaciones: jerarquías informales pero reconocidas.....	207
Capítulo 4	214
Las prácticas en los entramados sociales que forman e integran	215
4.1. Acciones vinculadas con la situación de calle.....	215
4.1.1. Presencia y afectos	216
4.1.2. Bienes materiales. De cosas y mejorar las cosas	240
4.1.3. Saberes, experiencias, valores y reglas.....	251
4.2. Tensiones en torno a los sentidos de compañerismo	265
4.2.1. De cuidar a proteger	265
4.2.2. Uso de la violencia. Tensiones en un continuo	266
4.2.3. Los momentos de transcurrir por las calles	270
4.2.4. Trabajar, conseguir el sustento diario.....	272
Capítulo 4	275
Las prácticas en los entramados sociales que forman e integran	276
4.1. Acciones vinculadas con la situación de calle.....	276
4.1.1. Presencia y afectos	277
4.1.2. Bienes materiales. De cosas y mejorar las cosas	301
4.1.3. Saberes, experiencias, valores y reglas.....	312
4.2. Tensiones en torno a los sentidos de compañerismo	326
4.2.1. De cuidar a proteger	326
4.2.2. Uso de la violencia. Tensiones en un continuo	328
4.2.3. Los momentos de transcurrir por las calles	331
4.2.4. Trabajar, conseguir el sustento diario.....	333

Capítulo 5	336
Situación en calle en las coordenadas de tiempos y espacios.....	337
5.1 Transitar por los distintos espacios	337
5.1.2. Tiempo y cotidianeidad	338
5.1.3. Tiempos de acuerdo a las edades.....	340
5.1.3. Lazos entre pasado, presente y futuro	341
5.2. Mapeo espacial de seguridades y peligros.....	344
5.2.1. Las separaciones, las divisiones	345
5.2.2. Las construcciones	348
5.2.3. La calle	348
5.2.3.1. Inseguridades de la calle.....	349
5.2.4. ¿Inseguridades en los adentros?	356
Capítulo 6	358
Los circuitos sociales.....	359
6.1. Notas sobre entramados.....	359
6.2. Territorios: espacio privados y espacios públicos, configuraciones y circulación de personas	361
6.2.1. Áreas familiarizadas: de cercanía, límites y distancias	361
6.2.2. Configuración de los espacios: domesticidad en movimientos	364
6.2.3. Circulaciones de personas	368
6.2.3.1. Valores de referencia: la unidad	368
6.3.2.2 Lazos de reciprocidades en los entramados.....	375
6.3. Personajes: un mapeo de las relaciones en torno a las distintas prácticas	384
6.3.1. Los “parientes” ficticios. Vecinos, vendedores y pares.....	384
6.3.2. Red de consanguíneos, afines y allegados: hijos/as, sobrinos/as, ahijados/as y otros/as ..	387
6.3.4. Lazos fraternos (hermanos/as, primos/as y otros pares).....	388
6.3.5. Abuelos/as y nietos/as: de abuelidades, maternidades y reciprocidades	395
6.3.6. Las madres.....	402
6.3.7 Padres y parejas: de ausencias y diferencias	409
7. Consideraciones finales.....	416
Aportes y desafíos	417

Bibliografía.....	434
Anexos.....	450
Comedor los doce apóstoles.....	450
Ranchadas localizadas a los márgenes del río Xibi – Xibi.....	452
Mapa barrial de San Salvador de Jujuy.....	453
Mapa población total al año 2010	454
Mapa población de 0 a 14 años en porcentjes – 2010	455
Mapa población de 15 a 64 años – 2010	456
Casco centríco	457
Nueva terminal	458
Mercado de concentración de abasto.....	458

Resumen

En la presente producción se busca comprender los procesos sociales y singulares que condicionan la presencia de adolescentes en situación de calle, como parte de una estrategia de vida o de sobrevivencia dentro del espacio urbano y suburbano de la ciudad de San Salvador de Jujuy. Tal objetivo indagatorio nos situó ante el desafío empírico y teórico de romper con un escenario estigmatizado por imágenes y apreciaciones tanto del sentido común como del ámbito profesional e intelectual. Las primeras aproximaciones al objeto de estudio, realizadas en el marco de un programa de intervención profesional, permitieron acceder a los interrogantes iniciales que presentaba la observación de la multiplicidad de prácticas y actividades que los adolescentes realizaban en el espacio urbano de la ciudad. Los siguientes pasos de acercamiento al objeto de estudio posibilitaron identificar una igual diversidad de interpretaciones profesionales, institucionales e intelectuales sobre la realidad de estos grupos.

De este modo, encontramos un campo problemático de investigación extremadamente complejo y heterogéneo. Las graduales aproximaciones teóricas y metodológicas permitieron construir ciertos esquemas conceptuales y operativos que dieron orden expositivo y analítico a la realidad estudiada, donde lo que hacían los adolescentes en las calles de la ciudad se presentaba mezclado con lo que los otros (instituciones, profesionales la gente) decían que ellos hacían y lo que los propios adolescentes decían hacer. A lo largo de la tesis hemos intentado describir la situación problemática de los adolescentes en la calle desde sus diferentes dimensiones y niveles de complejidad para hacer inteligible una realidad social que se presentaba caótica, desordenada y difusa. La principal orientación teórica-metodológica de esta investigación fue la de comprender la realidad social de los adolescentes en situación de calle en su doble dimensión: como práctica social concreta, que involucra un sinnúmero de actores y relaciones sociales entre los mismos, y como práctica social representada, que la tipifica, la idealizada, la estigmatiza o la institucionaliza como problemática y realidad naturalizada en la vida cotidiana.

Para ello se hizo uso del enfoque etnográfico en donde se buscó conocer, describir y analizar las perspectivas de los actores, recogiendo la singularidad de las prácticas, sentidos y categorías locales en torno a la “situación de calle”. En este sentido, el trabajo presenta un movimiento que se trasladó desde considerar este contexto como una construcción teórica, para pasar a tomar de manera diferencial ambos términos, “situación” por un lado y “calle”

por otro, en el contexto de la sociedad jujeña, como categoría émica o nativa, utilizada en la capital jujeña. Destacamos los aportes de este abordaje en el cuestionamiento de prejuicios sobre la vida cotidiana de los jóvenes residentes en la calle, con una fuerte impronta de segregación. Consideramos que los resultados de este estudio pueden constituir un aporte sustancial en el diseño de políticas sociales y procesos de intervención en el trabajo con las personas en situación de calle, sabiendo que todo proceso de intervención social que quiera contar con la participación de los actores y grupos sociales debe apoyarse en los saberes y prácticas locales.

Situamos el estudio de la realidad social desde su carácter doblemente construido como práctica objetiva y como práctica subjetiva, haciendo dicha separación analítica a los efectos de comprender las formas en que ambas dimensiones se interpenetran como parte de un mismo proceso dialectico. Siendo ambas dimensiones constitutivas de la realidad social, creíamos pertinente describir teórica y empíricamente las condiciones de vida que trabajan, juegan o viven en las calles de la ciudad. Dando cuenta de ello, la tesis muestra las prácticas, procesos, relaciones y valores que se actualizan en la “situación de calle”, las cuales actúan como una vía de ingreso a la comprensión de complejidad de la vida cotidiana de los sujetos pertenecientes a este sector de la sociedad.

Siendo tan complejo y heterogéneo el universo problemático que rodea a la situación de calle o de pobreza urbana de niños, jóvenes y adultos, parece evidente proponer paralelamente niveles de intervención que combinen la ampliación de servicios del Estado (salud, educación, vivienda, deporte) para garantizar la distribución equitativa de bienes públicos, junto con la atención particularizada (cuasi artesanal) de las situaciones problemáticas que aquejan a quienes sufren los efectos sistemáticos de la desigualdad, segregación y discriminación socio-espacial.

Abstract

In the present production we try to understand the social and singular processes that condition the presence of adolescents in street situation, as part of a strategy of life or survival within the urban and suburban space of the city of San Salvador de Jujuy. Such an inquiring objective leads us to the empirical and theoretical challenge of breaking with a scenario stigmatized by images and appreciations of both common sense and professional and intellectual. The first approximations to the object of study, carried out within the framework

of a professional intervention program, allowed access to the initial questions that the observation of the multiplicity of practices and activities that the adolescents realized in the urban space of the city. The following steps of approach to the object of study allowed to identify an equal diversity of professional, institutional and intellectual interpretations on the reality of these groups.

In this way, we find a problematic field of investigation extremely complex and heterogeneous. The gradual theoretical and methodological approaches allowed to construct conceptual and operative schemes that gave an expository and analytical order to the studied reality, where what the adolescents did in the streets of the city appeared mixed with what the others (institutions, professionals, people) Said that they did and what the teenagers said they do. Throughout the thesis we have tried to describe the problematic situation of adolescents in the street from their different dimensions and levels of complexity to make intelligible a social reality that appeared chaotic, disorderly and diffuse. The main theoretical-methodological orientation of this research was to understand the social reality of street adolescents in their double dimension: as a concrete social practice, involving a number of actors and social relations between them, and as a social practice Represented, which typifies it, idealizes it, stigmatizes it or institutionalizes it as a problematic and naturalized reality in everyday life.

The ethnographic approach was used to identify, describe and analyze the perspectives of the actors, collecting the singularity of local practices, senses and categories around the "street situation". In this sense, the work presents a movement that moved from considering this context as a theoretical construction, to proceed to take differentially both terms, "situation" on the one hand and "street" on the other, in the context of society Jujeña, as an emic or native category, used in the capital of Jujuy. We emphasize the contributions of this approach in the questioning of prejudices about the daily life of young people living in the street, with a strong imprint of segregation. We consider that the results of this study can constitute a substantial contribution in the design of social policies and intervention processes in the work with street people, knowing that any social intervention process that wants to have the participation of the actors and Social groups should rely on local knowledge and practices.

We situate the study of social reality from its doubly constructed character as an objective practice and as a subjective practice, making this analytical separation to the effects of understanding the ways in which both dimensions interpenetrate as part of the same

dialectical process. Being both dimensions constitutive of the social reality, we thought it pertinent to describe theoretically and empirically the conditions of life that work, play or live in the streets of the city. The thesis shows the practices, processes, relationships and values that are updated in the "street situation", which act as a way of entering the understanding of the daily life of the subjects belonging to this Sector of society.

The problematic universe that surrounds the street situation or urban poverty of children, young people and adults is so complex and heterogeneous that it seems obvious to propose levels of intervention that combine the expansion of state services (health, education, housing, sports) To guarantee the equitable distribution of public goods, together with the particular attention (quasi-artisanal) of the problematic situations that afflict those who suffer the systematic effects of inequality, segregation and socio-spatial discrimination.

Consideraciones iniciales

Los planteos sobre qué se investiga, para qué/quienes y cómo se investiga cobran sentido en un determinado contexto de descubrimiento que da cuenta de factores socio-políticos, institucionales y académicos, entre otros, que sirven de anclaje a las decisiones del investigador. Entre los factores que participaron en los planteos de la presente investigación, mencionaré brevemente que comencé a pensar este trabajo en el año 2008, momento en el que me desempeñaba como voluntario en una fundación en la ciudad de San Salvador de Jujuy, orientado a abordar problemáticas como, violencia familiar, consumo problemático de sustancias, desnutrición, como así también brindar asistencia a los niños y adolescentes que vivían en las calles de la ciudad. A su vez, me encontraba realizando mi tesina de grado para recibirme de Licenciado en Psicología, actividad que desarrollaba de manera paralela con las funciones de auxiliar docente en las cátedras de Psicología Evolutiva y Métodos y Técnicas de Exploración Psicológica y como integrante en proyectos de investigación en la Universidad Católica de Santiago del Estero – Departamento Académico San Salvador.

El interés en el tema de los grupos juveniles en situación de calle inicialmente se nutrió en gran medida, en estas experiencias de intervención profesional. Pensé, y continuó pensando, que visibilizar y analizar las dimensiones de la situación de calle era una vía estratégica para ampliar posibles horizontes de comprensión que aportaran claves desde las cuales observar y trabajar con estos grupos de adolescentes y jóvenes.

Desde entonces me embarqué en una tarea investigativa que contempló diversas instancias y núcleos de exploración, aprendizaje e intercambios. La realización del doctorado en Sociología en la Pontificia Universidad Católica Santa María de los Buenos Aires, con la cursada de los seminarios me brindaron herramientas epistemológicas, metodológicas y teóricas de diversas disciplinas, que ampliaban el campo disciplinar inicial y me desafiaban a entrar en diálogos con otras líneas teóricas, lo cual condujo a fructíferos intercambios con docentes, investigadores, compañeros/as para darle forma al planteo investigativo.

El Centro Argentino de Etnología Americana (CAEA) se conformó como mi lugar de trabajo producto de la obtención de la beca del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Allí me nutrí principalmente de aportes de la antropología que han sido de suma importancia en el desarrollo de esta investigación. El intercambio con institutos de investigaciones vinculados a problemáticas de marginalidad, exclusión social (Instituto Gino Germani -IIGG, Centro de Estudios Urbanos y Regionales -CEUR y Observatorio de la Deuda Social Argentina -UCA), permitió lograr un intercambio con investigadores/as y producciones tanto nacionales como extranjeras, profundizando en los diversos modos de abordar las nociones de situación de calle y tomando aquellos aportes que contribuían a mis desarrollos investigativos.

Paralelamente a estos recorridos, a partir de extensas lecturas bibliográficas, intercambios con colegas en reuniones científicas y mi participación en un proyecto PIP-CONICET¹ que abordó la temática escogida, fui profundizando en desarrollos teóricos dentro del amplio marco de espacios públicos, exclusión social, marginalidad, pobreza, vulnerabilidad orientando las indagaciones en función de los intereses y necesidades que iban surgiendo de mi aproximación con los sujetos de la investigación.

En estas últimas décadas, los términos como marginalidad, desigualdad se configuran como categorías teóricas relevantes para analizar y visibilizar procesos sociales contemporáneos, especialmente vinculados con el bienestar y desarrollo de las sociedades y los sujetos. La situación de calle se presenta como una temática que refleja preocupaciones tanto en ámbitos académicos como políticos. Las diversas transformaciones socio-económicas

¹ Proyecto PIP CONICET 0085 Archivos de narrativa tradicional argentina. Palleiro, María Inés; Civila Orellana, Pablo Rolando; Civila Orellana, Fabiola Vanesa; Morado, Mara. Fecha inicio/fin: 2013-03-01/2013-12-15

que afectan a los niños, adolescentes, adultos, ancianos y las sociedades, entre éstas el desarrollo socio-demográfico y la creciente participación de niños, adolescentes y jóvenes viviendo en los espacios públicos y semi-públicos, presentaron a la situación de calle como categoría y cuestión emergente, percibiéndose la necesidad de profundizar su estudio.

Así, una noción que se presta a múltiples acepciones y usos cotidianos, se ha convertido en una herramienta intelectual que identifica y describe las prácticas sociales encaminadas a asegurar la supervivencia básica de las personas en situación de calle, conformándose como un campo de conocimiento en el confluyen diversas disciplinas, siendo la teoría de la desafiliación y exclusión como las que han articulado distintos aportes de las Ciencias Sociales en un nuevo enfoque que explica y da sentido a la situación de calle. Dentro de este contexto de problematización, en Argentina, y otros países de la región Latinoamericana, son numerosas los desarrollos y la incorporación de dichas nociones en el debate sobre los distintos grupos vulnerables, adquiriendo relevancia en estos últimos años de acuerdo a las condiciones económicas, políticas y culturales en las que se encuentra una sociedad determinada.

En consonancia con estos avances, en esta investigación consideramos como un inicial punto de partida que la situación de calle, es un contexto y circunstancia en la cual se implementan diversas estrategias de vida, evidentemente hay alguna relación entre las prácticas sociales o estrategias de vida desplegadas por estos niños, adolescentes y jóvenes y sus historias de vida, como así también las diversas representaciones sociales que ellos mismos y los demás (los “otros”) elaboran sobre sus prácticas y sobre el lugar que ocupan en el espacio social. Sin embargo, ha sido ignorada y omitida del pensamiento hegemónico sobre el desarrollo, ocultada y reducida bajo el manto de la “naturaleza” de que el único lugar de permanencia y residencia es una construcción con paredes y techo, siendo aquellos individuos que no poseen dichos bienes materiales considerados como los “excluidos”. En este sentido, hablar sobre situación de calle, no es un concepto neutro, sino que materializa desigualdades y diferencias, por lo que requiere ser reflexionado a fin de contar con conocimientos que amplíen las posibilidades de generar bienestar desde las políticas sociales y las intervenciones desde las instituciones públicas.

En los intentos teóricos por dar cuenta de estos procesos, la “situación de calle” se presenta como una categoría compleja y polisémica en la que han convergido diversas

disciplinas y enfoques teórico-metodológicos, produciendo un corpus nutrido. Sin embargo, todavía hay varias preguntas fundamentales que pueden ser exploradas sobre las características y la definición sobre este contexto en sí mismo.

Esta investigación se propone a contribuir, a esbozar algunas respuestas y pistas desde las cuales explorar esta noción a partir de un análisis situado y micro-social. En este sentido, realizamos un movimiento que deja de considerar a la situación de calle como construcciones teóricas para pasar a tomar la “situación de calle” en el marco de las vivencias, prácticas, procesos, relaciones, sentidos y valores en torno a éste, como categoría émica o nativa, propia del uso de los actores sociales en su vida cotidiana en el territorio específico en el cual nos insertamos, en la terminal, casco céntrico, calles, avenidas y en los diversos espacios públicos de la ciudad de San Salvador de Jujuy.

Como problema a abordar nos planteamos indagar cuáles son los motivos por los cuales estos niños, adolescentes y jóvenes llegan a vivir en la calle cómo así también sobre los proyectos de vida de este grupo, proponiéndonos describir y analizar sus prácticas, acciones y las relaciones en que las mismas se desarrollan en la vida diaria de estos sujetos

Los objetivos específicos que organizaron y guiaron el trabajo de investigación, consistieron en:

- Identificar a los adolescentes en situación de calle, género, cantidad y lugar de origen.
- Indagar como estos adolescentes en situación de calle satisfacen sus necesidades alimentarias y del espacio físico para vivir.
- Distinguir de qué manera consiguen recursos económicos (mendicidad, trabajo informal, hurto, prostitución, entre otros).
- Conocer de qué manera llegan a cubrir la necesidad de vestirse, aspecto físico, aseo personal, estos adolescentes. Qué atributos personales poseen para realizar diversas actividades y si existe relación entre tales atributos y las actividades que realizan.
- Identificar las conductas que adoptan cuando ocurre alguna situación relacionada con su salud, consumo de sustancias, lesiones, relaciones sexuales, enfermedades infecto-contagiosas, entre otros aspectos.

- Explorar si estos adolescentes hacen uso de los medios de transportes públicos y/o alternativos para su “desplazamiento” de un sector de la ciudad a otro y si resultan ser oriundos de la ciudad o provienen de diversas localidades, provincias o países limítrofes.
- Dilucidar si los adolescentes que moran en la calle concurren a algún establecimiento educativo, como así también en qué nivel han abandonado y si no asisten que técnicas didácticas emplean en el contexto de la informalidad.
- Reconocer si realizan actividades recreativas, deportivas, lúdicas, etc., como parte de su entretenimiento y nivel de vida, estos adolescentes y qué recursos disponen para ello.
- Distinguir que estrategias desarrollan para el cuidado de sus pertenencias, si existen espacios en la ciudad que puedan usar como refugios tanto para ellos como para sus posesiones.
- Conocer cómo actúan en relación con la sexualidad y si algunos de ellos afrontaron la paternidad, maternidad.
- Determinar si existe alguna legislación vigente (nacional, provincial, municipal) que regule la presencia de estos adolescentes en la vía pública, o resguarde la integridad físico-psíquica de estas personas en situación de vulnerabilidad.
- Describir e identificar los vínculos familiares existentes en estos adolescentes, como así también cómo son las relaciones con los pares y del género opuesto.
- Determinar cuáles son los sectores de la ciudad que escogen para pernoctar o permanecer.
- Conocer qué instituciones tanto pertenecientes al estado nacional o provincial, ONG, iglesias brindan asistencia a esta población. La asistencia que se les brinda a ellos en qué consiste y que modalidad se emplea para otorgársela.

- Estimar si esta situación de adolescentes en situación de calle es similar a las ciudades cercanas que comprenden la región del NOA (Salta, Tucumán, Santiago del Estero, Catamarca y La Rioja).

La opción por este problema se definió como resultado de avances del trabajo de campo y del recorrido académico antes presentado, que fueron precisando las acciones y objetivos desde los cuales explorar y a su vez, la estrategia metodológica a emplear. En este proceso, fue emergiendo la necesidad y el interés por comprender la “situación de calle” insertándonos en las configuraciones socio-culturales cuyas prácticas y sentidos adquieren en un territorio específico. Pensamos que ésta sería una clave para aportar a las comprensiones sobre los procesos en torno a las vivencias en la calle, en este caso los adolescentes y jóvenes que habitan en los diversos espacios de la ciudad, considerados como los sectores sociales con mayor exclusión y segregación. En este sentido, este trabajo dialoga con la cuestión de la segregación urbana y los procesos que la misma implica, dando cuenta de territorios que por determinaciones históricas y sociales quedan asociados y segregados dentro de las macro-unidades urbanas, presentando aislamiento social, deterioro urbanístico extremo, estigma y condiciones de vida que los definen en la marginalidad (Wacquant, 2001). En este contexto, la desigualdad social actúa como punto de partida desde el cual observamos las acciones y relaciones que son desarrolladas en torno a la “calle”, lo cual se visualiza a lo largo de todo el trabajo.

Para abordar el problema de investigación y los objetivos planteados fue necesario recurrir a una estrategia metodológica que ampliara las posibilidades de insertarse en la complejidad socio-cultural del territorio y nos permitiera captar las significaciones de los actores en su vida cotidiana, con las tensiones, superposiciones, matices y complejidades presentes en ella. La etnografía aportó esa posibilidad. Desarrollamos un abordaje etnográfico que tuvo una etapa central de trabajo de campo desde los años 2011 al 2014, durante los cuales las prácticas e historias de vida fueron reconocidas en el ámbito de la nueva ley de protección integral de niños y adolescentes (26.061) y la legislación antecesora al nuevo cuerpo jurídico existente en el territorio nacional (10.903).

Producto de este trabajo, la tesis presenta una etnografía sobre la “situación de calle” en la ciudad de San Salvador de Jujuy: historias de vida y prácticas de grupos juveniles. Traza un recorrido que se traslada desde las discusiones sobre la categoría por un lado de “juventud”

y, por otro lado, “situación de calle”, entendiendo a ambas como categorías locales. Propone resignificar las nociones de juventud y situación de calle a partir de los sentidos y prácticas en los distintos espacios públicos de la ciudad, mostrando diferentes estructuras de significación que entran en relación con las mismas. En este sentido las prácticas, procesos, relaciones y valores que se actualizan en el contexto de la calle, actúan como una vía de ingreso a la comprensión de las historias de vida tanto de los adolescentes y jóvenes de un sector postergado de la sociedad jujeña.

En el presente escrito presentamos dos grandes ejes a través de los cuales se desarrolla este planteo: las prácticas - vivencias y las historias de vida por los cuales estos adolescentes han atravesado.

En principio, exponemos un abordaje a partir del reconocimiento de las prácticas, donde se articulan las acciones, sentidos, tiempos y espacios que aparecen vinculados con “la calle” a otros/as en ese territorio. Entendiendo las prácticas de estos adolescentes como una configuración de prácticas con sentidos, la noción de configuración nos permite pensar en acciones que adquieren una cierta disposición interrelacionadas, vinculándose y siguiendo una cierta lógica u organización que incluye y visibiliza tensiones, disrupciones y superposiciones con otras estructuras de significación de la vida cotidiana. En este proceso de elaboración analítica, siguiendo la opción de observar las prácticas desde su aspecto relacional nos ha sido útil emplear las diversas experiencias de estos niños y jóvenes que se encuentran próximas a la idea de relaciones, procesos y acciones.

A su vez, presentamos un mapeo de las relaciones que establecen entre ellos y con diversos actores por los lugares que pernoctan y permanecen en los distintos espacios de la ciudad, proponiendo que las mismas pueden ser comprendidas observándolas desde la interdependencia. Evitando definir de antemano sujetos como “delincuentes, parias, o villeros”, la estrategia etnográfica permitió rastrear los entramados que en estas condiciones delinean acciones y estrategias para vivir. En este sentido, en este trabajo optamos por acuñar y emplear la noción de entramados sociales.

Procurando una definición operacional sobre la situación de calle que contemple diversas posibilidades de organización laboral, pedagógica y vincular, entre otras, preferimos enfatizar en las dinámicas y relaciones, antes de que de un modelo o unidad de vivencia. En

esta dirección consideramos, los lazos que van desplegando, como una relación marcada por la identificación estrecha y duradera entre determinadas personas que reconocen entre ellas ciertos derechos y obligaciones mutuos. Por lo tanto, entendemos por entramado al recorte de la red de pertenencias relacionales definidas así por los sujetos, conformado una red de “parientes entre sí”, sea por las relaciones de consanguinidad, afinidad u otras, como personas consideradas como tal por la fuerte proximidad e identificación. Desde esta noción procuramos distanciarnos de una idea unívoca de “situación de calle”, intentando evitar el uso de definiciones ahistóricas y monolíticas, considerando que los conceptos vertidos en este trabajo, no son neutros, sino que se presenta como una arena de disputas de prácticas y significados. En este sentido, coincidimos con diversos autores/as que señalan que la comprensión de un hecho social como una constitución estática y prototípica nos vuelve incapaces de dar cuenta de las vidas concretas, de las múltiples existencias de cada sujeto, enmarcado en cada escenario en particular. Por lo tanto, en la investigación hemos realizado el esfuerzo por reconocer los modos en que los sujetos organizan y significan sus relaciones y/o actividades bajo las condiciones de vivir en las calles.

Ambos ejes – situación de calle y juventud- nos posibilitan observar no sólo quiénes se encuentran en “situación de calle”, sino también los aspectos que dan forma y sentido a las mismas prácticas que se conciben como “ser un habitante de la calle”, mostrando un modo de producción de estrategias y relaciones orientadas al sostenimiento de la vida de los sujetos. El abordaje de estas dos dimensiones se fue definiendo en el trabajo de campo. Asimismo, los ejes problemáticos que abordamos en cada una, y que son presentados en los capítulos, también emergieron con relevancia a partir del contacto con los sujetos en el territorio.

El texto que presentamos está organizado en seis capítulos a través de los cuales se intentan mostrar estas interrelaciones.

En el primer capítulo realizamos un recorrido analítico en torno a la construcción de la situación de calle como categoría conceptual, rastreando su emergencia desde diversas líneas teóricas y luego profundizando en desarrollos centrales en el campo de las situaciones de calle desde otras disciplinas, para finalmente recuperar trabajos que presentan perspectivas micro-sociales y etnográficas. Esto da paso a argumentar sobre el enfoque que presenta este trabajo, optando por analizar la “situación” como categoría émica sobre la base de una etnografía. Consideramos que el carácter reciente de los planteos en América Latina y la construcción

teórica de una noción polisémica y de uso cotidiano, hace necesaria la presentación de algunos núcleos de debate sobre el tema. En este sentido, la intención del capítulo es ubicar esta investigación en el marco de las discusiones actuales y aportar con una nueva perspectiva fundada en la perspectiva de los actores. Consideramos que el trabajo responde a un área vacante en la investigación dentro de la Sociología, especialmente con trabajos de campo realizado en el noroeste argentino, como dentro de las elaboraciones en torno a las actividades que ellos realizan, siendo pionero en desarrollar esta perspectiva en América Latina, al presentar un trabajo que brinda material capaz de pensar intervenciones y generar políticas que tomen en cuenta la consideración de los actores.

En una segunda parte del primer capítulo problematizamos aspectos de la concepción de sujeto que pone en evidencia y revalorizan las discusiones en torno a la situación de calle. Específicamente presentamos algunas reflexiones sobre la noción de estrategias y damos paso a la explicación de la interdependencia como marco desde el cual observar los sujetos y las relaciones, propuesta y posición que tomamos en esta investigación.

El segundo capítulo está centrado en la metodología, dando cuenta de la elección por las técnicas clásicas de la etnografía, observación y entrevistas abiertas, como sustento central del trabajo de campo. A partir de esta perspectiva enfocamos el contexto y los sujetos de estudio, las decisiones adoptadas, algunas reflexiones sobre el trabajo de campo y el análisis de los datos. Finalmente presentamos y describimos algunas de los puntos y sujetos con los que trabajamos, como ejemplo de núcleos de observación del universo entrevistado y observado.

El tercer capítulo consiste en la descripción del territorio específico en el que trabajamos, desde sus aspectos más formales a los núcleos que caracterizan la dinámica de la vida cotidiana. Comenzamos por dar cuenta de características generales que incluyen el proceso de conformación de los grupos y la situación actual e individual de los entrevistados, para luego presentar algunos procesos que caracterizan la vida cotidiana allí y que emergieron del trabajo de campo. En este sentido, exponemos descriptiva y conceptualmente algunos fenómenos, como las segregaciones socio-espaciales, estigmatizaciones, fracturas internas, violencias y normas de silencios, que atraviesan la vida cotidiana en dicho espacio y con los cuales aparecen vinculadas las nociones y prácticas en este contexto de desigualdad y las diversas estructuras de significación asociadas.

En el cuarto y quinto capítulo desarrollamos las configuraciones de las prácticas desarrolladas, retomando centralmente las prácticas cotidianas reconocidas como “*choreo, laburo, pedir, arrebat*” por los sujetos, en relación con las dinámicas cotidianas, familiares y espaciales. En el cuarto, exponemos un detalle de las prácticas identificadas como propicias a la “situación de calle”. Organizamos analíticamente estas prácticas según estén centralmente vinculadas con la presencia y afectos, con bienes materiales y con saberes, experiencias, valores y reglas. Presentamos y analizamos cada una y luego señalamos algunos núcleos de sentidos que observamos en tensión, señalando elementos que muestran la complejidad de las prácticas que desarrollan en los diversos sectores de la ciudad. La identificación de estas tensiones, a su vez, nos permite problematizar aspectos conceptuales que atraviesan los planteos en torno a la situación de calle y que fueron presentados en el primer capítulo.

En el quinto capítulo profundizamos en la configuración de las prácticas de estos jóvenes y adolescentes, desde sus sentidos y valoraciones en relación con dos dimensiones que emergieron como significativas en el trabajo de campo: temporales y espaciales. En la temporal exhibimos las vinculaciones entre las prácticas de la calle, los tiempos cotidianos de acuerdo a las edades y de la historia personal y familiar. Presentando el tiempo como elemento constitutivo de la “situación de calle”. Desde los espacios observamos y problematizamos distribuciones de “*peligros*” y “*seguridad*” en el territorio, en tanto estructuras de significados que emergieron en el trabajo de campo. Exhibimos dos espacios centrales que fueron íntimamente relacionados con las prácticas de la situación de calle: “*vivencia*” y “*supervivencia*”, actuando estas situaciones como vías de separación. Finalmente describimos y problematizamos el reconocimiento de “*vulnerabilidad*” en cada uno de estos espacios.

En el sexto capítulo proponemos la noción de exclusión y retomamos la centralidad de las situaciones que les tocó vivir y como llegaron a tal situación, como fue el punto de partida desde donde poder observar las relaciones en el territorio. Presentamos características en torno a las prácticas de la calle, observando las formas y sentidos que adquieren en las interrelaciones entre el territorio de los lugares por donde pernoctan, los espacios públicos que se apropian y los movimientos de personas que comparten sus similares historias de vida, señalando aspectos de la dinámica y valores familiares. Finalmente, mostramos aún más esta dinámica identificando las principales relaciones por las que circulan las vivencias y

actividades. Las consideraciones sobre géneros, generaciones y relaciones de parentesco aparecen atravesando todo el desarrollo del capítulo, las cuales también han sido consideradas transversalmente en los capítulos anteriores.

En las consideraciones finales retomamos los elementos centrales que presenta el trabajo, resaltando sus interrelaciones a fin de aportar una visión integrada de lo presentado. Resaltamos algunas ideas que consideramos nodales y que procuran ser útiles para pensar investigaciones e intervenciones en el área.

En cuanto a la escritura y lectura de este trabajo, hacemos algunas aclaraciones. Considerando la complejidad del fenómeno, hay una relación permanente y espiralada entre los capítulos, siendo que los aspectos planteados en cada uno son retomados, ampliados y profundizados en los posteriores, esperando que a partir de la lectura total del trabajo se visualice la interrelación entre las dimensiones abordadas.

El trabajo tiene una intención de escritura no sexista. Dentro de los recursos gramaticales existentes, utilizamos en su mayoría de los casos la forma “as/os” y en otras ocasiones formas masculinas y femeninas, sin que esto marque una posición binaria y esencialista de la masculinidad y femineidad.

Las frases en cursiva y entrecomilladas dan cuenta de expresiones textuales de los/as entrevistados/as, por lo tanto, también son utilizadas para señalar cuando se trata de categorías émicas, nativas o locales.

Los nombres propios y apodos utilizados son ficticios, con la intención de preservar, en la medida de lo posible, la identidad de las personas.



Capítulo 1.

Recorridos analíticos en torno a la situación de calle como categoría conceptual

En este primer capítulo presentamos un recorrido analítico en torno a la construcción de la marginalidad como categoría conceptual, rastreando su emergencia desde producciones propias del campo de la sociología hasta profundizar en desarrollo centrales en el campo de la situación de calle, para finalmente recuperar trabajos que presentan enfoques micro-sociales y etnográficos. Lo que nos da paso a argumentar en torno al enfoque que presenta este trabajo, optando por analizar “juventud y situación de calle” como categoría émica sobre la base de una etnografía.

En una segunda parte del capítulo problematizamos algunos aspectos de la concepción de sujetos que ponen en evidencia y revalorizan las discusiones en torno a la segregación. Específicamente presentamos algunas reflexiones sobre la noción de exclusión y argumentamos sobre las condiciones como marco desde el cual se pueden observar a los sujetos y su vida cotidiana.

La intención del capítulo es ubicar la investigación en el marco de los recorridos de las discusiones actuales, a sabiendo de que cada línea de exploración mencionada podría ser profundizada. Y a su vez explicitar la perspectiva propuesta, fundada en la perspectiva de los actores, tomando la interdependencia como clave desde la cual observar la situación de calle de los grupos juveniles y sus diversas prácticas.

1.1. La situación de calle como problemática teórica

En las últimas décadas las transformaciones en las ciudades latinoamericanas se han convertido en un tema recurrente en los estudios sobre los “modos de vida urbanos”. El crecimiento de las desigualdades sociales (en gran parte producto de las políticas de neoliberales)- en las ya históricamente desiguales ciudades- y los procesos urbanos globales han generado que surjan nuevos abordajes y problemas en torno a la ciudad. Metrópolis fragmentadas, urbanismo de mundos aislados, coexistencia de mundos aislados, entre otros. (Duhau, 2003; Hiernaux Nicolas, 1999; Prevot-Schapira and Cattaneo Pineda, 2008; Prevot-Schapira, 2001; Saraví, 2008).

La existencia de ciudades con un perfil capitalista encuentra su principal fundamento en razones económicas y está vinculada al desarrollo y expansión de las industrias. Para la

economía urbana “las ciudades tienen una característica que es común a todas: la concentración espacial de personas y, por lo tanto, de actividad económica, las que necesitan estar próximas unas de otras por el mayor costo, en términos de esfuerzo y tiempo, que implican los traslados (...) La mutua proximidad beneficia a muchos tipos de actividades económicas:

“Crea rendimientos crecientes a escala”, se facilitan los eslabonamientos hacia adelante y hacia atrás en el proceso productivo, se reducen los costos en el uso colectivo de los servicios y la infraestructura” (Molinati, 1999: 3).

En Europa -cuna de la revolución industrial- lo paradójico de la ciudad industrial capitalista es que provocó tanto problemas como beneficios. Por un lado, el centro urbano permitió el ascenso de la servidumbre a la libertad de numerosos contingentes de población, apuntando a la desaparición de las diferencias sociales y mejorando sus condiciones de vida, ya que representaba ventajas comparativas respecto a zonas pauperizadas del campo o centros de menores. Constituía el fenómeno clásico de las migraciones, el “efecto útil de aglomeración” (Topalov, 1979), el valor de uso de la ciudad misma que nace del propio sistema espacial, más allá de lo que puede aportar cada una de sus partes consideradas individualmente.

Pero a la vez, la gran ciudad industrial se convirtió en un obstáculo al libre desarrollo que proclamaba para las clases trabajadoras. Mientras en la clásica imagen medieval predominaba la ciudad maloliente, abundante en mendigos, vagabundos y enfermos, la revolución urbana y la consecuente parcelación de las calles de la ciudad siguieron las pautas de la renta del suelo y de la separación tajante entre menesteroso y pudientes.

Cabe destacar que durante los siglos XVII y XVIII casi la cuarta parte de la población europea se componía de desocupados y mendigos (Mumford, 1959 en Gravano, 2003). El diseño de las ciudades reflejaba el miedo a los pobres y mendigos por parte de los nobles y reyes². La molesta presencia del pobre cerca de la residencia burguesa se intentó neutralizar

² Las ciudades medievales se desarrollaron con la expansión agrícola iniciada en el siglo XII que generó prosperidad económica y favoreció los intercambios comerciales, que se realizaban en núcleos urbanos ya existentes, aunque despoblados desde el fin del Imperio Romano. Estos intercambios también se llevaban a cabo en los castillos y en los monasterios del feudo, especialmente si estaban situados en alguna ruta comercial transitada o tenía puerto.

A estos centros acudían los campesinos a vender sus excedentes (cereales, frutas, carne), a la vez que compraban artículos de uso cotidiano elaborados por los artesanos (herramientas, cerámica, ropa). Estos últimos, poco a poco, fueron estableciéndose allí, creando

con la construcción de las grandes avenidas y parques, que favorecían el control y las acciones rápidas ante posibles disturbios. Con el desarrollo del capitalismo la ciudad arrastra esta contradicción intrínseca: el carácter necesariamente socializado de su existencia material y simbólica (la ciudad como un recurso) y la apropiación privada de su espacio. Nos adentramos ahora en el proceso Latinoamericano para luego analizar qué ocurrió con la ciudad de San Salvador de Jujuy y su periferia.

El rápido crecimiento de las ciudades Latinoamericanas está invariablemente acompañado por procesos combinados de exclusión social y segregación espacial, cuya consecuencia más notoria es la proliferación del acceso informal e ilegal a la vivienda y al suelo urbano. La tierra urbana, en contraposición a la rural, adquiere valor según el acceso a oportunidades económicas y al goce de bienes y servicios. Es por ello que las tierras cuya localización se encuentran más cercana a éstos son ocupadas en primera instancia. En general, son los sectores sociales de mayores ingresos quienes se apropian de las zonas privilegiadas, en tanto que las clases populares quedan relegadas en cuanto al espacio, a las áreas que conforman la periferia (Oszala, 1991).

“La estructura espacial urbana tiende así a reproducir y yuxtaponerse a las estructuras social” (Oszlak, 1991: 25).

De esta manera, las clases populares comienzan a afirmar su presencia en zonas aledañas a los núcleos centrales (a veces a través de ocupaciones ilegales) cuyas condiciones

nuevos barrios de artesanos y mercaderes denominados burgos, por eso a los habitantes de estas nacientes ciudades se les llamaban burgueses. Las ciudades medievales estaban rodeadas de altas murallas para su protección. En sus puertas se cobraban los impuestos sobre las mercancías que entraban en la ciudad. Las puertas se cerraban por la noche pero por el día permanecían abiertas.

Los edificios más destacados eran la catedral, el ayuntamiento, la Iglesia, las lonjas y los palacios de algunos nobles y burgueses. La ciudad se dividía en barrios, cada uno con su propia parroquia. El resto del espacio estaba ocupado por un enjambre de calles estrechas y tortuosas, entre las que, en ocasiones, había pequeños huertos. Disponían de un gran espacio abierto, la plaza del mercado, donde los comerciantes y campesinos instalaban sus tenderetes y en el que tenían lugar los principales acontecimientos de la ciudad: las representaciones de los artistas, las celebraciones festivas y los ajusticiamientos.

El ambiente de las ciudades era muy insano. Pocas calles estaban empedradas, por lo que se caminaba entre el barro. Las ciudades carecían de alcantarillas y los desperdicios de las casas se arrojaban directamente a las calles. Por ellas correteaban también los animales domésticos (gallinas, cerdos, etc.) que poseían algunos habitantes. Por todo esto, las enfermedades eran frecuentes. Como muchas viviendas eran de madera se producían numerosos incendios.

de habitabilidad son inferiores a las existentes en los espacios ocupados por las clases medias y altas.

“A medida que se avanza desde el núcleo central hacia la periferia del área metropolitana de estas grandes urbes, el equipamiento y la infraestructura de servicios resulta más precario o simplemente no existe (...). Procurarse aquellos elementos de la existencia cotidiana que definen la tan mentada “calidad de vida” pierde aquí la automaticidad o “naturalidad” que es propia de los mismos en las áreas urbanas más privilegiadas” (Oszlak, 1991: 25).

Esta segregación espacial implica la delimitación de espacios bien diferenciados donde no sólo se reafirma la vivienda, los bienes y servicios relacionados con su localización, sino que el propio tránsito y circulación de las personas se encuentran restringidos.

El derecho a ocupar el espacio urbano sería la capacidad de fijar la residencia y también la posibilidad de acceder a las oportunidades sociales y económicas que se encuentran asociadas al lugar donde se encuentra la vivienda (educación, recreación, fuentes de trabajo, atención en salud, transporte, servicios públicos). Por lo tanto, la restricción de ese derecho implica no sólo el deterioro de las condiciones materiales de vida, sino también de los beneficios estrechamente relacionados con esa localización espacial, a la manera de externalidades positivas (Oszlak, 1991)

Por su parte, el derecho de transitar el espacio público urbano debería respetar la posibilidad de circular y deambular libremente por las calles y barrios de la ciudad, desdibujando estas calles que aún con el paso de los tiempos continúan segmentadas. La violación (o el no ejercicio) de este derecho conduce inexorablemente a la discriminación y estigmatización por “no pertenecer” o estar “fuera de lugar”. El análisis de la relación de las personas con el espacio de la calle resulta una tarea compleja debido a la polisemia implicada en las referencias a este ámbito. Los significados atribuidos a la calle se vinculan, a su vez, a los múltiples usos que los sujetos hacen de este territorio y a las principales prácticas que desarrollan en él en cada momento de sus trayectorias vitales. Los estudios relacionados con personas que hacen de las calles su lugar de trabajo o residencia han suscitado una amplia discusión conceptual que tuvo como resultado diferentes propuestas de categorización de los vínculos establecidos con la calle. Este proceso también supuso un refinamiento de términos que pretenden evitar la homogeneización de este colectivo como la expresión “de la calle”, que, de hecho, no sirven más que para ocultar la gran diversidad de situaciones personales y

sociales que podemos encontrar entre los colectivos que desarrollan sus vidas cotidianas en el espacio de la calle.

Estados Unidos es uno de los países en que se ha generado mayor diversidad de investigaciones sobre las personas que residen en la vía pública. Por otra parte, las teorías sobre la exclusión social son relevantes en la tradición francesa y, en el presente, se han constituido en la forma dominante de nombrar, interpretar los procesos de vulnerabilidad social en países de Iberoamérica. A pesar de provenir de tradiciones sociológicas diferentes, ambos modelos de análisis coinciden en un punto: han puesto un fuerte énfasis en las imágenes que ligán al excluido en general y al *homeless* en particular, con el aislamiento social. Así, a partir de nociones como la “desafiliación”, la situación de los excluidos es representada en términos de desconexión, de distancia respecto de las instituciones sociales dominantes.

Para entender en qué consisten los procesos de exclusión social asociados con el denominado “sin-hogar”, no solo se debe analizar los quiebres, las rupturas que alejan a ciertos grupos o individuos del conjunto social, sino también la cotidianidad en el ámbito de exclusión, la socialización en un entorno marcado por la precariedad. Priorizar los procesos de reafiliación supone indagar los modos en que las personas recomponen su subsistencia material y sus vínculos sociales en un contexto de exclusión residencial, tal como ocurre con quienes residen en la vía pública.

En los estudios realizados en la América de habla inglesa, el aislamiento social de los *homeless* ha sido una de las perspectivas dominantes. En 1936, Suntherland y Locke (en Snow y Anderson, 1993: 172) describían a los habitantes de los Skid Rows como “personas sin techo y poco amistosas, aisladas de todo contacto social de naturaleza íntima y personal”. Dunham (1953, en *ibídem*) se refería a los *homeless* como individuos “incompletamente socializados”; Pitmman y Gordon (1958, en *ibídem*) utilizaron la expresión “infrasocializados”; mientras que Levinson (1963, en *ibídem*) planteó la cuestión en términos de sujetos “fundamentalmente separados de la vida social”. Al preguntarse por la relación entre anomia y estructura social, Merton (1968) caracterizó a “los mendigos” como individuos retraídos. Según Merton, son los continuos fracasos los que llevan a estas personas a renunciar a los principios y las formas legítimas de inserción social, a convertirse en seres asociales. Las bases teóricas estaban sentadas: a mediados de los sesenta Howard Bahr

comenzó sus estudios sobre el Skid Row de Nueva York; a partir de entonces, desafiliación y sin-hogarismo son términos que se retroalimentan.

Bahr describe al sin-hogarismo como una:

“condición de separación de la sociedad caracterizada por la ausencia o atenuación de los lazos de afiliación que conectan a las personas con las redes de interconexión estructurales” (1973: 17).

En definitiva, una de las formas más tradicionales de entender al sin-hogarismo pasa por definirlo como la forma más radical de desconexión y aislamiento social (Blumberg, 1975). Así, en los inicios de la reflexión sociológica sobre estos grupos los factores destacados se focalizaron en el nomadismo, la movilidad de una región a otra y en la ausencia de una familia —la falta de un vínculo afectivo que transforme a la vivienda en hogar—; es decir, hasta la década de 1980 la falta de lazos sociales fue el aspecto predominante en la literatura sobre el tema. Debido a los procesos de desinstitucionalización psiquiátrica, gentrificación, las políticas de ajuste fiscal de los 80, la variable residencial pasó a dominar la escena y fue entonces cuando se produjo la mayor producción teórica sobre la materia (Shlay y Rossi, 1992). A pesar de ello, el supuesto del aislamiento social continúa presente en la mayoría de los estudios contemporáneos.

Por otra parte, siguiendo un modelo teórico diferente, las teorías sobre la exclusión social coinciden en destacar el aislamiento social como eje de análisis. Estas teorías responden a un contexto histórico concreto: se originaron en Francia en la década de 1980 y se propagaron por Europa y América en los 90. A mediados de los 80 el desempleo se extendió de forma dramática por toda Francia, afectando a sectores sociales que hasta entonces se consideraban amparados por “la sociedad salarial”, resguardados por el Estado de Bienestar y por las protecciones propias del mundo laboral (Castel, 1997).

Los teóricos franceses de estas perspectivas explican los procesos de exclusión social en términos de “desintegración social” o “desocialización” (Paugam, 2007), de “desinserción” (Gaulejac y Taboada-Leonetti, 1994), o de “desligadura” (Autès, 2004). A pesar de que cada uno de ellos pone el énfasis en puntos de vista diferentes —Paugam se centra en las instituciones, Gaulejac y Taboada-Léonetti en los individuos, etc. — todos coinciden en señalar que la exclusión no se limita al incremento del desempleo de largo plazo, sino que abarca la inestabilidad de los vínculos sociales.

Castel (1997) concibe a la exclusión (en el caso de Francia) a partir de dos variables que se complementan: un vector que permite la integración del sujeto gracias al trabajo y un eje que pasa por la inscripción en redes familiares y de sociabilidad. Estos enlaces califican tres zonas de cohesión o de densidad de las relaciones sociales: integración, vulnerabilidad y exclusión. La primera supone una conexión exitosa con el mundo del empleo y con los lazos familiares. En la franja de vulnerabilidad comienzan las turbulencias, pues se caracteriza por la precariedad laboral y una fragilidad en los soportes relacionales. La exclusión, en tanto sinónimo de desafiliación, es el espacio social en el que se mueven los individuos desprovistos de recursos económicos, soportes relacionales y de protección social.

El excluido o desafiado es el individuo desligado de las redes básicas de sociabilidad y distanciado del mercado formal de trabajo. De tal modo, estas teorías se organizan sobre la base de un supuesto: la exclusión sería consecuencia de una ruptura que distancia a determinados sujetos en primer lugar del mercado formal, y luego de los lazos sociales primarios.

La exclusión sería equivalente a la desconexión social, a un desarraigo territorial. Dichas teorías remiten a la escuela sociológica de Emile Durkheim; su trasfondo es la relación tensa entre sociedad e individuo, la preocupación por la anomia y el quiebre de la cohesión social. La exclusión supera la dimensión económica y política para centrarse en la disolución del tejido social, considera que la pobreza urbana va de la mano del aislamiento social. Desde tal perspectiva, se sostiene que la reestructuración del mercado de trabajo, conjuntamente con el proceso de urbanización y modernización, ha conducido a la individualización, a una atomización que conlleva una fuerte amenaza en lo que respecta a los lazos tradicionales de solidaridad social.

En definitiva, es significativo como tradiciones sociológicas diferentes, como es el caso de las teorías sobre la exclusión social francesas y los modelos teóricos sobre el *sinhogarismo* generados en Estados Unidos, coinciden en tomar al aislamiento social como eje articulador. En diversos países de Latinoamérica el término para referirse a las personas que viven en las calles es distinto y tienen diferentes connotaciones: *Sem Teto* en Brasil (Ferreira, 2006), población callejera en México (Pérez García, 2008), personas en situación de calle en Chile (Habitar la calle, 2005:11), habitante de la calle en Colombia (Moreno, 2003).

1.2. Antecedentes en relación a la temática abordada

En algunas de las producciones existentes diversos autores que cuestionan la asunción de algunas políticas sociales sobre la contención y acercamiento a estos grupos, representando esta situación como la de mayor exclusión a nivel social, observando que la idea de vivir en unos de los espacios públicos de la ciudades y buscando obtener algunos recursos muchas veces para el día solamente, al tiempo que ese trabajo silencioso en innumerables ocasiones no es reconocido por los diseñadores de políticas públicas, o bien las actividades que desempeñan estos niños, adolescentes o jóvenes no son comprendidas como actividades económicas por actuar como vendedores callejeros o prestadores de un servicio como son los lustrabotas y los llamados “*trapitos*”, simplemente conforman el grupo de los trabajadores informales.

Específicamente la figura de las personas en situación de calle que encarno la continuidad de los procesos sociales de exclusión y empobrecimiento de amplios sectores de las sociedades latinoamericanas, coincide con un período histórico (mediados de los 70 y los 80) de cambios político-económico y con la aparición de nuevos actores sociales. Si bien la problemática de los niños/as y adolescentes en condiciones de pobreza realizando actividades para su sobrevivencia en las calles de las ciudades no es un fenómeno nuevo en el continente, es a partir de la década del 80 donde la presencia de los niños/as trabajando, pidiendo o durmiendo en la vía pública cobre relevancia como problemática social que modifica y caracteriza al escenario urbano latinoamericano de la época. Podemos situar los debates sobre la economía política de los trabajos que son realizados de aquella manera precaria, los cuales fueron estimulados por los movimientos sociales de dignificación del niño y adolescente trabajador (NAT's) y por las corrientes de análisis y critica dentro de la tradición marxista (Jelin, 1984).

En el mundo académico el descubrimiento y la politización del trabajo infantil se desarrollaron fundamentalmente en la década de 1970, como reacción a la sociología funcionalista de la familia, en la cual la tarea doméstica quedaba invisibilizada como parte del espacio privado. Las situaciones de crisis en la materialización de ese trabajo invisible, en parte producto del cuestionamiento de los niños, adolescentes y mujeres, de la naturalidad de su trabajo y de los que no trabajan en una cuestión social y política relevante. En las ciencias sociales el tema se convirtió en objeto, reflexión y análisis (Torrado, 1985; Jelin, 1984).

Desde tiempos antiguos, las calles de la ciudad se han constituido alternativamente tanto en un espacio de tránsito como de permanencia para sus habitantes. Según el momento histórico, se ha hecho hincapié en unos u otros de sus atributos: como lugar de encuentro, esparcimiento y socialización o como ámbito propicio para la obtención de recursos materiales y simbólicos. A la ciudad ideada por premisas teóricas abstractas se le opone la ciudad ejercitada por aquellos niños, adolescentes y jóvenes que subvierten las normas, despliegan una infinidad de astucias irreductibles a cualquier manejo o administración simplista. Ellas y ellos quiebran con sus prácticas la típica definición de la calle como lugar anónimo y de paso.

1.3. La ciudad como un recurso material y simbólico

Es innegable que las grandes urbes atraen por la multiplicidad de recursos materiales y simbólicos que ofrecen, algo conocido como “las luces de la ciudad”. Son centros administrativo-burocrático y financiero alrededor de los cuales se manifiesta una hiperconcentración de servicios. Allí se encuentran generalmente en las ciudades capitales de los países y provincias, los poderes Legislativo, Ejecutivo y Judicial, las sedes de los ministerios y de importantes instituciones educativas e industrias, así como los principales cines y teatros, diversidad de transporte público y la máxima oferta de esparcimiento, entre otros. Uno de los recursos más buscados en las grandes ciudades es el trabajo. Diariamente se movilizan desde la periferia al centro inmensos contingentes, con la finalidad de desarrollar actividades laborales. No hay que olvidar que la ciudad, además de brindar trabajo formal, permite realizar distintos tipos de tareas, aunque estén socialmente descalificadas, posibilitan la obtención de algún dinero en forma de “rebusques” o actividades adicionales no denunciadas o indenunciabiles (Sharf, 1987).

Muchas de éstas se desarrollan en la calle facilitadas por la gran circulación de potenciales demandantes de productos o servicios y la garantía de ocultamiento que brinda el anonimato de la ciudad. El contraste entre la economía formal y la callejera, informal o ilegal, se manifiesta en que la última ofrece siempre una oportunidad para “entrar en acción” y obtener algún ingreso, mientras que los empleos formales, en los últimos tiempos, se agotan o desaparecen sin más.

La ciudad es una composición espacial definida por una alta densidad de población heterogénea extraña entre sí y por el asentamiento de un amplio conjunto de construcciones

estables. Según Delgado, el ámbito de lo urbano no es la ciudad en sí, sino sus “espacios usados transitoriamente”, sean públicos (la calle, los vestíbulos, los parques, acaso la red de internet (cibers) o semipúblicos (cafés, bares, discotecas, grandes almacenes, superficies comerciales, etc.) (Delgado, 1999: 33). Predominan aquí los vínculos débiles y precarios, los encuentros fortuitos y aleatorios, el distanciamiento, la insinceridad y las relaciones sociales apresuradas y articuladas entre desconocidos o conocidos “de vista”.

“La urbanidad consiste en esa reunión de extraños, unidos por la evitación, el anonimato (...), expuestos a la intemperie y al mismo tiempo camuflados, invisibles”
(Delgado, 1999: 33).

Las relaciones urbanas no aparecen estructuradas sino estructurándose continuamente (Bourdieu en Delgado, 1999: 25) y las personas deben renegociar constantemente sus vínculos. La ciudad tiene habitantes, lo urbano no. “Lo urbano no es un espacio que pueda ser morado” (Delgado, 1999: 33), ya que está constituidos más bien por “usuarios” que no tienen derecho de propiedad sobre el territorio que utilizan y se ven obligados a compartirlo en todo momento. Estos espacios no poseen la marca social del suelo, que sí tiene el territorio de la ciudad, que expresa la identidad del grupo y se afirma como un lugar ocupado mientras que el espacio urbano es ante todo un lugar practicado. Turistas, viajeros, transeúntes, personas que viven o trabajan en la calle, chicos “de” la calle se mueven, circulan y recorren este espacio componiendo y recomponiendo interrumpidamente los vínculos sociales. En el espacio urbano *“nada merece el privilegio de quedarse”* (Delgado, 1999: 46).

Según Delgado lo urbano, o el espacio urbano, constituiría lo que Marc Augé (1993) ha denominado cómo un no lugar. El no lugar se opone a todo cuanto parecerse a un punto identificador, relacional e histórico (el barrio, el límite del pueblo, la plaza con su iglesia, asociados a un conjunto de normativas que aspiran a “domesticar” el espacio). “Es el espacio del viajero móvil, aquel que dice el espacio y haciéndolo produce paisajes y cartografías móviles (Delgado, 199: 41). Los no lugares estarían representados por los vestíbulos del aeropuerto, cajeros automáticos, habitaciones de hoteles, centros comerciales, transportes públicos. Se puede agregar también la plaza o cualquier lugar, la calle céntrica de cualquier ciudad donde predominan la provisoriedad. Nadie se siente como en su casa, allí se practican conductas estándar no domésticas (Augé, 1993: 83).

Para Iglesias (2003), habitar es casi un sinónimo de vivir, morar en un lugar o casa. Sólo se habita cuando la persona se orienta e identifica con su entorno, cuando a éste se lo experimenta como algo significativo. Habitar proviene del latín *habeo*: tener, poseer, ocupar, lo cual está indicando la permanencia en un lugar. El lugar espacial donde se habita es un hecho cultural por excelencia: “todo el esfuerzo de la cultura tiende a saber dónde se está” (Iglesias, 2003: 48). El hábitat no es un lugar como los otros, implica:

“toda una serie de articulaciones entre las diversas maneras de haber vivido y de vivir y de esperar vivir, tanto a nivel individual y familiar como colectivo; la casa, la calle, el barrio, la ciudad, la región son sus manifestaciones reales” (Salignon, en Iglesia, 2003: 47).

Por su parte, habitar en un grupo familiar está asociado con lo doméstico. Este término tiene una raíz antigua indoeuropea de *dom*, casa (edificio para habitar, choza). Familia y casa son dos hechos que aparecen estrechamente unidos en la historia de la humanidad. La casa define a quienes la habitan, es la familia quien signa este sitio -independientemente de las diferencias culturales-, “quien habita centra su vida” (Iglesia, 2003: 44). El habitar familia está teñido de vivencias varias además de las de facilitar el comer, dormir, aparearse, reponer energías, descansar, resguardarse; la vivienda refiere a olores, colores, sonidos, afectos. Según Salignon, fuera de la casa el mundo es hostil y la armonía se quiebra. La casa es la imagen y metáfora del útero materno y por eso un factor de identidad individual y social. La familia toma el carácter de un punto de orientación, un polo espacial del que se parte y al que se retorna. Habitar significa, para una persona, reconocer “sus anclajes” y sus raíces profundas, al mismo tiempo que su propia “singularidad” (Salignon en Iglesia 2003: 48). La manera de habitar en familia es trascendental porque permite ubicarse en espacio y tiempo, tener intencionalidades singulares y realizar proyectos a futuro.

Por nuestra parte, somos conscientes de que la satisfacción de las necesidades mencionadas no siempre se cumplimenta en la vivienda familiar y el entorno social. La distribución geográfica desigual implica que en muchas zonas exista déficit de servicios básicos, equipamiento e infraestructura. En ese sentido la vivienda familiar se ve afectada por tales carencias y por las dificultades socioeconómicas, a las que debemos sumar las limitaciones propias de espacio que alteran las relaciones intrafamiliares.

Las intenciones urbanísticas tendieron siempre a contener el crecimiento demográfico de las ciudades y restringir el uso y goce de sus servicios para los elegidos; por lo tanto, el

radio urbano, que durante principios del siglo XX se limitaba principalmente a las ciudades capitales o centros urbanos con preponderancia en lo económico. En relación con ciudades Latinoamericanas como es el caso de San Salvador de Jujuy, su propagación comenzó desde la década del 40 a extenderse hacia la periferia, como espacio alternativo para la localización de las masas migratorias extranjeras y del interior de la provincia.

En la segunda guerra mundial, por ejemplo, en Buenos Aires la consecuente decisión política de intensificar el proceso de sustitución de importaciones y concentrar las industrias y las empresas de servicios en el gran Buenos Aires, atrajo por sus posibilidades laborales a los migrantes internos y más adelante a los migrantes internos y más adelante a los migrantes de países limítrofes. Además, dos factores coadyuvaron en la radicación de la población obrera en el conurbano: el transporte barato y la posibilidad de comprar lote a plazo.

La nacionalización de los ferrocarriles, sumada a la extensión de la red de colectivos, facilitaron -por su parte- los desplazamientos cotidianos entre la residencia y el trabajo, y su bajo costo implicó un subsidio de hecho para quienes vivían en la periferia. En innumerables ocasiones se demandaba elevados precios por metro cuadrado, ya sea para locación o compra, y además exigía altas contribuciones municipales, generando una barrera infranqueable para las clases populares (Ozlak, 1991). Por su parte, los loteos económicos del Gran Buenos Aires, con planes de pago en cuotas no indexadas, se constituyeron en la principal forma de acceso a la tierra y a la vivienda para los sectores de menores ingresos. Los trabajadores constituían una demanda solvente, debido al aumento del poder adquisitivo durante la época del peronismo y a la reducción de la jornada laboral, lo que facilitó los largos desplazamientos entre la periferia y el centro, o dentro de la misma periferia, y la dedicación de unas horas por día a la construcción de la vivienda propia (Torres, 1993). La expansión metropolitana fue adoptando entonces dos formas:

“en la periferia se (produjo) un tipo de suburbanización que (tuvo) como protagonistas a los estratos de menores ingresos (loteos económicos) (mientras que) en las zonas urbanas consolidadas centrales y subcentrales (fundamentalmente en la Capital Federal en su conjunto) se (desarrolló) una forma de densificación urbana de la que (fueron) protagonistas toda la gama de los sectores medios (departamentos en propiedad horda de un fraccionamiento “horizontal)” (Torres, 1993: 14).

El Conurbano, según algunos autores, se fue constituyendo en una “aberración urbanística” (Ozlak, 1991), objeto de un fraccionamiento “salvaje”, que se dejó librado a las

inversiones privadas, sin regulación estatal, dando origen a un tejido urbano discontinuo y desestructurado. La pavimentación de calles, la provisión de servicios básicos de agua corriente, cloacas, desagües, gas, tratamiento de residuos, resultaron insuficientes y con escasa planificación, siguiendo en todos los casos patrones azarosos y no coordinados. A los déficits mencionados se agregó la escasez de hospitales cercanos y de escuelas. Esta “urbanización salvaje” llenaba en realidad otra necesidad del mismo modelo: hacía posible -a un bajo costo inmediato, pero dejando planteados altos costos futuros- la expansión del área metropolitana principal, donde se desarrollaba de manera preponderante el proceso de industrialización sustitutivo de importancias y tenía lugar una proporción importante del consumo colectivo de bienes y servicios (Torres, 1993: 16).

A partir del año 1955 se suspendió el financiamiento público para la compra de vivienda y dejó de tener vigencia la ley de alquileres que había congelado los precios de las locaciones y permitido a las clases populares y medias ser locatarias de casas o departamentos en la capital. Los loteos económicos y el autoconstrucción de viviendas comenzaron a disminuir, principalmente porque una legislación de usos del suelo desalentaba a los especuladores inmobiliarios, antiguos encargados de brindar facilidades de pago para acceder a los terrenos. Se generó así un proceso de “loteos piratas” para intentar burlar las normas, principalmente en las zonas que, si bien no eran inundables, estaban por debajo de la cota establecida. De esta forma, los compradores no podían acceder a las escrituras. Paralelamente, el precio del transporte que constituía una especie de subsidio para los habitantes del conurbano, comenzó a subir en términos relativos.

Esta conjunción de factores provocó el agotamiento del modelo de suburbanización económica que había primado entre los años ´40 -´60 en el área metropolitana. No hay que olvidar tampoco que durante la época de Onganía y en forma más exacerbada con la última dictadura militar (1976 – 1983), se estableció una fuerte política de erradicación de villas en la Capital. “Vivir en Buenos Aires no es para cualquiera sino para el que lo merezca, para el que acepte las pautas de una vida comunitaria agradable y eficiente. Debemos tener una ciudad mejor para la mejor gente”. Fue justamente el Gran Buenos Aires el que recibió los contingentes más numerosos de habitantes de las villas de Capital.

Los procesos de estructuración urbanos fueron definiendo y profundizando un patrón de ocupación cada vez más inadecuado para albergar a una población creciente, que superó

ampliamente las provisiones que se habían hecho en tanto estructura de servicios. El Gran Buenos Aires se transformó en una de las áreas más carenciadas del país, con los peores índices en todos los rubros que definen la calidad de vida: viviendas precarias, saturación de redes de energía, ausencia de espacios verdes y pavimento, escasas ofertas gratuitas en salud, educación y esparcimiento, lo que vino a reafirmar la desigualdad entre el núcleo central del área de la Ciudad de San Salvador de Jujuy y su periferia provincial.

Pero poner el énfasis exclusivamente en el entorno de suciedad, enfermedad, violencia y exclusión que se respira en los sitios donde pernoctan, “ranchan” o pasan la mayor parte de sus horas niños, adolescente, jóvenes y adultos que están en la calle sería relatar una verdad a medias. Muchas y muchos de quienes viven o deambulan por allí seguramente dirán que quieren estar en la calle, pero otros no. Coincidimos con Shaw en que *“hay placer en la calle”, ya que “la calle ofrece algo más que miseria”* (2002^a: 17)

Como dijimos anteriormente, la pobreza en sí misma no empuja a una persona a vivir en la calle. Hay que considerar el componente de decisión activa de la ciudad, ya que la mayoría de los que padecen situaciones similares, continúan en sus hogares. Sólo unos pocos deciden dar el salto y explorar nuevos caminos. Buscan un lugar diferente, que promete otra vida. El entorno del cual provienen estos chicos/as evidencia déficit de recursos indispensables para la subsistencia y la satisfacción de sus mínimas necesidades. Las limitaciones de espacio y de libertad en sus casas, la cantidad de personas que las habitan, las violencias cotidianas potenciadas por carencias económicas les muestran que la vida callejera es, de algún modo, mejor que la que llevaban en sus casas. Además, hay que decirlo, la calle de los barrios para los niños y niñas de los sectores populares no les es tan extraña: “la mayoría de su tiempo transcurre en la calle” (Shaw, 2002^a); allí juegan, se socializan, es el campo de deportes, el sitio para encontrarse con sus amigos y novios/as, para mantenerse alejados de las obligaciones y el control familiar.

El trayecto que recorre un niño o niña entre la calle de su barrio y la calle de la gran ciudad suele ser progresivo y nunca es de una vez y para siempre. Se quedan en casas de vecinos, amigos o parientes en zonas cercanas a su barrio, pernoctando en la estación de ferrocarril que se encuentra en la zona del centro de la ciudad, a borde de la misma. Hasta que un día se animan y entonces se lanzan más lejos. A través de estos graduales sondeos se van acercando al centro de la ciudad. Algunas veces son invitados por sus amigos o hermanos,

otras veces aparecen en la calle cuando no pueden o no quieren ir a la escuela, cuando piensan que en su casa no son lo suficientemente esperados o han sido objetos de violencia, cuando realizan alguna actividad laboral y un día resuelven no regresar. Las calles del centro, “las luces de la ciudad”, con sus avenidas comerciales, sus conglomerados turísticos, sus lugares de diversión, atraen radialmente a estos chicos/as provenientes de los suburbios (especialmente de sectores de la ciudad como es Alto Comedero, San Francisco de Alava, San Pedrito, Islas Malvinas, Arenales, entre otros), apareciendo a sus ojos como el ámbito eficaz para conseguir recursos o al menos, respuestas parciales a sus demandas. La calle les promete nada más y nada menos que la libertad tan ansiada, la ausencia de normas y reglas parentales, el placer, las drogas, el encuentro con pares, la diversión, el reconocimiento identitario.

No se pretende afirmar que la calle sea un lugar agradable y placentero, donde efectivamente se cumplen estas promesas, pero esta ilusión será uno de los móviles impulsores de su salida hacia la calle. Atraviesan la ciudad armando rutas y rutinas cotidianas, fragmentándolas en zonas delimitadas según la conveniencia, oferta y facilidad de acceso a los recursos que anhelan. Con el correr el tiempo, esas rutinas y zonas transitadas son proclives a modificarse por variados motivos: *razzias* policiales, incremento de la seguridad, quejas de los vecinos, disposiciones municipales o contravencionales y renovación urbana.

El mismo espacio callejero estaría propiciando en estos chicos y chicas diferentes modalidades para aprovechar los recursos disponibles. La figura del cazador -utilizada por Denis Merklen para dar cuenta de una característica peculiar de los habitantes de los “márgenes” (asentamientos y villas)- permitiría ilustrar esta lógica. Según Merklen, para ganarse la vida en un mundo donde nada está garantizado, se requiere de la “viveza” y sagacidad del cazador, que busca el intersticio, el espacio dejado vacante por unas instituciones que no logran garantizar la integración social. Si bien éste vive de recursos cuya reproducción no puede controlar, no puede acumular y por lo tanto aprovecha aquello que el medio ofrece, tiene un detallado conocimiento del terreno y de sus posibilidades, y saber en qué momento ir a qué lugar determinado para obtener un recurso particular, ocurre regularmente esta situación cuando ellos saben a qué negocio dirigirse y en qué momentos del día para poder retirar comida de negocios, como ser sandwicherías, restaurantes, panaderías. La ciudad es para él, un bosque que ofrece multiplicidad de posibilidades (Merklen, 2000). Es

el contrario de la figura del pobre que espera ser asistido; el cazador desarrolla habilidades para “cazar” recursos, por lo tanto, está al acecho de oportunidades.

En forma semejante y sintetizando: los chicos/as en situación de calle mueven como cazadores que recorren la ciudad buscando cubrir sus necesidades materiales y simbólicas, a través de changas informales, mendicidad, robo, recursos que aportan las instituciones. Así consiguen comida e higiene, lugares para protegerse/dormir, clientes, amigos, oportunidades, diversión, placeres y libertad

1.3 Situación de calle: campo de reflexión emergentes en tiempo de transformaciones

La confluencia entre transformaciones sociales, económicas y culturales y los procesos de reflexión y análisis, principalmente centrados en las familias en los sistemas de bienestar, ha devenido en el planteo de los cuidados familiares como problema de interés en diversos países y regiones. Estas transformaciones, entre las que se destacaron principalmente las modificaciones en los órdenes de género, especialmente los roles de las mujeres, niños, jóvenes y la salida al mercado laboral de las mismas, producto de modificaciones socio-culturales y económicas; y los cambios en los patrones demográficos, como incremento de esperanza de vida en algunos países; han conducido a que emerjan preguntas en torno a quiénes se encargan de asistir y contener a las personas que requieren de algún acompañamiento. Interrogante que ha estado centrado en la mayoría de los estudios en sujetos que son considerados tradicionalmente como dependientes. Esta cuestión, englobada dentro de la amplia categoría de cuidados familiares, se presenta en los últimos tiempos como una preocupación en ámbitos académico y políticos.

Del extenso recorrido mencionado, identificamos como un aspecto poco explorado la indagación sobre los sentidos particulares que los habitantes de territorios específicos le otorgan a la “situación de calle” y las prácticas, vivencias, experiencias que reconocen como tales. Consideramos que el estudio de las perspectivas de los actores nos conduce a problematizar la categoría de “grupos juveniles en situación de calle”, a la vez que nos permite profundizar en la singularidad de sus subjetividades, sentidos, lógicas y categorías locales. En este sentido, explorar el “ser joven y la situación de calle” como categorías émica sustentada en el conocimiento etnográfico implica una propuesta de abordaje que da respuesta a un área vacante en el tema.

En este trabajo abordamos las que denominamos prácticas, vivencias y experiencias de grupos juveniles en situación de calle, entendiendo a las mismas como prácticas en situación, o sea, empleadas en determinados contextos y, por lo tanto, con usos diversos, siendo que ganan sentido de acuerdo con los intereses y necesidades de los sujetos involucrados, relacionadas con el contexto socio-económico y cultural en el que se insertan (Acioli, 2005).

Optando por observar la situación de calle desde su aspecto relacional nos ha sido útil utilizar el “vivir en la calle” en su forma verbal, al “estar en la calle”, vivir, permanecer, jugar, higienizarse, pelear, cometer actos delictivos, descansar, dormir como verbo más próximo a la idea de relaciones y procesos vinculados a lo que significa vivir en los espacios públicos (Elías, 1989), de ahí la opción por el uso de la noción de “situación” y no meramente haciendo alusión a lo vinculado al habitar, ya que entendemos que este constructo de “habitar” reduce inmediatamente al déficit habitacional. A su vez, pensamos dichas de prácticas en los espacios públicos como configuraciones. Entendido a la “situación de calle” como una configuración de prácticas con sentidos, la noción de configuración nos permite pensar en acciones que adquieren una disposición interrelacionada, vinculándose y siguiendo una cierta lógica u organización que incluye e intenta visibilizar tensiones, interrupciones y superposiciones con otras estructuras de significación de la vida cotidiana.

Desde este lugar planteamos que sólo podemos comprender de qué se trata la “situación de calle” (en nuestro caso el desplegar un sinnúmero de actividades en distintos lugares de la ciudad, el espacio concreto en el cual nos insertamos) si lo estudiamos en estrecha relación con otras estructuras de sentido asociadas y con los fenómenos que configuran la vida cotidiana de los sujetos y le dan forma y sentido a las mismas prácticas que son consideradas como “*habituales*” en tales condiciones, mientras que para otros criterios, estarían reservadas para otro ámbito, el privado y no en lo público. Estos fenómenos que atraviesan la cotidianeidad de las vidas en las “calles”, como las segregaciones socio-espaciales, estigmatizaciones, fracturas internas, violencia y normas de silencios, emergieron en el trabajo de campo y serán abordados a los largos de los capítulos.

Señalamos que una característica de central importancia tanto en la conceptualización como en el abordaje de la situación de calle, es estar situadas en el espacio-tiempo caracterizado por la vida cotidiana. Mundo de la vida cotidiana que se presenta como un universo de significación, como textura de sentidos que debemos comprender para orientarnos

y conducimos en él y que es resultado de una construcción intersubjetiva (Schutz, 1962). Por lo tanto, lo cotidiano involucra para el cientista social un desafío de comprensión en torno a los significados que los sujetos implican en sus actitudes y comportamientos, a la vez que demanda una adecuada interpretación de los sentidos implícitos en el entretejido diario de sus prácticas sociales y simbólicas.

En este trabajo el abordaje y presentación de estas configuraciones de las diversas prácticas, vivencias, experiencias y estrategias que desarrollaremos a través de tres vías que consideramos pertinentes y posibles desde la recuperación de las perspectivas de los actores.

En un primer lugar, identificamos las acciones que aparecen vinculadas con la “*situación de calle*” en el marco relacional de los entramados conformados en su cotidianeidad en los espacios públicos. Utilizamos la noción de acción con la intención de dar cuenta del aspecto más concretizado de las prácticas -en tanto esquemas mentales y corporales de percepción, apreciación y acción, “habituales” de los sujetos (Bourdieu y Wacquant, 2005)-. Presentamos las acciones desde una clasificación analítica según estén vinculadas con la presencia y afectos, bienes materiales, saberes, experiencias, valores y reglas. Luego, señalamos algunos núcleos de sentidos que observamos en tensión en torno a prácticas y sentidos vinculados con la en esta condición. Por último, exploramos las relaciones de las prácticas, vivencias, experiencias y estrategias desarrolladas con las coordenadas de tiempos y espacios.

1.4. Sujetos y relaciones en la situación de calle. De dependencia hacia contextos de interdependencias.

Dependencias: problematizando valoraciones.

Las revisiones en torno a la situación de calle y los grupos juveniles, que critican su naturalización y desvalorización y rescatan su potencial vital y vincular, traen la discusión sobre la dependencia e interdependencia. Hay acuerdos entre diversos estudios que abordan los.

Con distintas modalidades van insertándose en espacios callejeros: de a poco, intempestivamente, solos o guiados por pares, regresando diariamente o en forma esporádica a sus hogares. Pero todos ocupan el espacio de la calle -que empieza a perder su carácter temporal e intermedio entre un hogar del que se parte y al que se llega-, se apropian de él, lo

transforman y adaptan conforme a sus necesidades: cajeros automáticos, escalinatas como las que conectan el barrio Gorriti con el sector aledaño denominado Mariano Moreno, entradas de departamentos, teatro, cines, edificios públicos, iglesias son transformados en refugios, en lugares de encuentros o resguardo de sus pertenencias (cartones, colchones, víveres) o en sitios para pedir limosna; fuentes de agua luminosa hacen las veces de piletas de natación en el verano; como resulta ser las de la plaza Belgrano o el parque San Martín, vagones de tren acondicionados con mobiliario en desuso y hasta cortinas en las ventanillas. En muchas ocasiones, los transeúntes habituales ignoran o desconocen la presencia de niños/as y jóvenes tras materiales de desecho o sitios impensados para albergar personas. En otros casos no se consigue naturalizarlos totalmente, ya que molestan e “incomodan”.

Las personas, al apropiarse de estos espacios, se convierten en cierto modo en “amos del lugar”, realizan -parafraseando a Delgado- una verdadera “ocupación inamistosa, antiurbanística y antiarquitectónica” (Delgado, 1999: 197). Si bien la calle no está diseñada para “habitarse”, en los hechos, las niñas y niños en situación de calle aprovechan los intersticios urbanísticos y en ocasiones, aluden a los encargados de controlar y vigilar la ciudad. No deberían estar ahí, pero, aunque el control social – a través de diversas instancias-, el frío, la lluvia, las enfermedades, los peligros o el hambre los hostiguen, siguen insistiendo. Según Delgado, la calle es un lugar de paseo, un no lugar, un espacio del anonimato, un intervalo entre el lugar de donde se parte y a donde se llega, que no podría definirse como espacio de identidad, ni como relacional, ni como histórico. Sin embargo, los chicos y chicas que la “transitan” de un modo diferente, nuevamente quiebran y problematizan estas aseveraciones.

En nuestro parecer, la calle a la cual llegan los chicos y las chicas que se van de sus casas constituye un espacio que, si bien es incomparable con lo familiar, lo doméstico, el lugar donde se mora, se habita y se proyecta a futuro, tampoco constituye una típica expresión de lo urbano como mero lugar de tránsito, de lo efímero, de lo absolutamente asistemático, de las relaciones sociales apresuradas y distantes.

Las personas en esta condición hacen del espacio inestable y practicado de la calle un sitio tanto para circular y transitar como para permanecer en él. El lugar donde “nada merece el privilegio de quedarse” es transformado por ellos y ellas en un territorio “habitable” y que, aunque nunca llegue a constituirse en un territorio ocupado, les permite construir relaciones

afectivas, partes de su historia y de su identidad. Esta calle, que en las sociedades modernas constituye el símbolo y “exponente máximo de los peligros de la desestructuración, reverso de cualquier fuente trascendente de organización de la vida social (...) escenario de todo tipo de peligros para el alma (Delgado, 1999: 144), que no debe ser morada ni considerada como alternativa a la vida familiar, es resignificada constantemente por esta población.

Aquellos individuos en situación de calle, al ocupar el espacio urbano e interactuar con los demás, lo hacen desempeñando roles esperados y estereotipados por el sentido común: el abandono, el vendedor ambulante, el artista callejero, el ladrón. No hay duda de que simultáneamente ejercen otros roles que los ayudan a pasar desapercibidos. Este despliegue de personajes sólo puede escenificarse en las calles de la ciudad, en las grandes aglomeraciones urbanas, donde prima lo transitorio, lo anónimo, lo efímero, lo no territorializado y -por qué no decirlo- los potenciales consumidores de sus recursos y coartadas.

Para Goffman (1986) el espacio público es un espacio dramático por excelencia, un escenario en el cual los actores desempeñan roles preestablecidos. En el caso de los niños y adolescentes de ambos sexos que ocupan las calles de la ciudad podemos observar las modalidades y recursos escénicos que despliegan en función del objetivo a lograr. Al encontrarse con otras personas, buscan influir en la definición de la situación y “controlar” la conducta de los otros”, intentando que actúen “voluntariamente de acuerdo con su propio plan” (Goffman, 1986: 16).

Los “prototípicos” chicos/as en situación de calle, llevan la marca de su status en sus apariencias exteriores: ropas, suciedad de sus cuerpos y caras, edad, pautas del lenguaje, gestos, modales. Casi en forma automática, quien los visualiza los localiza entre los “status inferiores” de la sociedad (Llovet, 1980: 77), operando el prejuicio que atestigua que aquéllos que exhiben pobre apariencias pertenecen a los estratos más bajos y por lo general poseen “atributos morales criticables” (Llovet, 1980: 77). El mecanismo que refuerza el estigma comienza a desenvolverse, acarreado la discriminación de la que suelen ser objeto.

Las chicas o chicos conocen las reacciones que despiertan en las personas con que confrontan en la calle y adecuan muy bien sus comportamientos, vestimenta, decires, conductas a la impresión que desean provocar. Es así como modifican su caminar, sus ropas,

la modulación de la voz acorde a sus deseos alternativos de inspirar lástima o temor. Cuando intentan pedir o mendigar (“manguear”), su voz y actitud es lastimera, mientras que se transforman en agresivos y desafiantes cuando requieren un cigarrillo, dinero, comida, en el clásico “apriete”, donde las fronteras entre el implorar y el exigir se manifiestan lábiles y borrosas.

La apariencia exterior se va modificando acorde al intercambio de “personajes” que los chicos y chicas arman y desarman constantemente según el momento, el sitio escogido, la necesidad ineludible. En algunos casos desean pasar desapercibidos, en otros hacerse notar diligentemente con algún producto que ofrecen. Deben aparecer bien vestidos para que les permitan entrar a un recital o boliche, pero si llueve o hace frío es “buen negocio” aparecer degradado, empobrecido, miserable, hasta lisiado

Como vemos, los chicos y chicas en situación de calle intentan por todos los medios aprovechar o desbaratar el estereotipo asignado y asumir apariencias y roles insospechados según las circunstancias. En ese ámbito no son seres desconocidos, ni anónimos: son visibles, molestan, perturban, y son identificados por quienes viven y trabajan en la zona (también por la policía), aunque la mayor parte de los transeúntes intente no verlos ni mirarlos. Quien camina constantemente carece de lugar. Para Delgado “es el proceso indefinido de estar ausente y en busca de un sitio propio” (1999: 126). Parten de barrios, calles y hogares familiares con déficits habitacionales, laborales, de servicios públicos, que se tornan insuficientemente contenedores en muchos sentidos.

Arriban a las calles de la ciudad (San Salvador de Jujuy) que aparecen a sus ojos como la vidriera de aquello novedoso merecedor para ser descubierto, como propio de gente “decente”, reafirmadora de valores de bienestar, pulcritud, orden. Su sola presencia subvierte estos valores otorgándoles a la calle una significación no prevista. Aunque los transeúntes naturalicen su presencia o circulen como si no estuvieran o no los miraran, los individuos que deambulan, viven o trabajan allí ejercitan su existencia y su identidad en la calle, haciéndose visibles, explícitos a través de su presencia “molesta” y perturbadora en ese inestable equilibrio urbano.

En términos generales, aquellos niños, adolescentes y jóvenes que se encuentra por variadas circunstancias en la calle -aunque con matices-siempre ha provocado inquietud o

preocupación en la sociedad. Cuando la preocupación se convierte en problemas se apela a un conjunto de buenos sentimientos, compasión de algunos, indiferencia de otros, así como también a situaciones de rechazo y miedo que se traducen en intentos de represión o demandas de “medidas de acción políticas”. Toda sociedad se rodea de representaciones, símbolos, emblemas que dan sentido y legitiman su existencia. El imaginario social crea una representación de la realidad social, que se manifiesta no como un simple reflejo de ésta, sino a partir de la elaboración y recreación del caudal simbólico. Su función consiste en operar en el fondo común y universal de los símbolos, seleccionando los más eficaces e ideológicamente apropiados para cada circunstancia. Según Marí, para que el dispositivo funcione, debe tener como condición:

“la fuerza y el discurso del orden legitimante estén a su vez insertos en montajes, prácticas discursivas y soportes mitológico que hablan a las pasiones” (Marí, 1988:19).

La construcción social de la figura de los más jóvenes viviendo en condiciones de extrema pobreza, constituye un ejemplo de cómo el imaginario social opera bajo un amplio abanico de prejuicios, vinculados inevitablemente a los “males” que conlleva la pobreza, articulando una categoría social altamente estigmatizada. Para Goffman, el estigma está asociado con los defectos, las fallas, o las desventajas, y suele producir en los demás, como efecto, un amplio descrédito. Portar un estigma es ser:

“dueño de un atributo que lo vuelve diferente de los demás y lo convierte en alguien menos aperecible, en casos extremos, en una persona casi enteramente malvada, peligrosa o débil. De ese modo dejamos de verlo como una persona total y corriente para reducirlo a un ser (...) menospreciado.” (Goffman, 1995: 12).

En muchos casos inclusive en el presente estudio podemos observar que, debido al crecimiento ininterrumpido del desempleo, la pobreza, la desigualdad y la vulnerabilidad social en la década del '90, se ha hecho demasiado visible en las distintas ciudades. Es común observar grupos familiares, personas adultas y niños/as compartiendo la calle. La mayoría de ellos realizan en el espacio público actividades tradicionalmente reservadas al ámbito privado, como comer y dormir, sumadas al trabajo y al esparcimiento. Esta situación de “degradación” del espacio público colabora en la construcción de una imagen donde los chicos y chicas “de” la calle son percibidos como “victimas” fundamentalmente de sus familias -por abandono, maltrato, desinterés, negligencia, explotación sexual y económica.

Las personas que está en la calle, según esta visión, es considerado como un “descartado social”, símbolo prototípico del “excluido”, producto casi mecánico de la “desarticulación familiar” y de la miseria urbana, en sociedades altamente desiguales con marginalidades extremas. Estas personas confrontan con:

“los ideales, a veces ingenuos, otras no tanto, de lo que esperamos que sea la infancia. (Estarían representado) las vivencias de los aspectos menos inocentes y más brutales de la vida, (como) polo opuesto del ideal de la infancia” (Llorens, 2005: 44).

La extrema visibilidad de aquellas personas realizando actividades laborales de subsistencia en las calles conlleva a identificar a los niños/a en la calle con el “niño/a trabajador/a”. Esta connotación se relaciona a su vez con la imagen de víctima, ya que en este caso la presencia de un niño/a como vendedor ambulante u ofreciendo sus servicios inspira verdadera “compasión social” cuando no rechazo. Otra representación es aquella que identifica a los chicos/as, “de” la calle como verdaderos “delincuentes” o “pibes chorros” (con la certeza de su futura conversión a esa condición, si no lo son aún en la actualidad). De esta manera se encuadra el análisis de la categoría “chicos de la calle” como “victimarios”, en el marco de la “inseguridad” y de la “violencia urbana”. La presencia de un chico/a en la calle aparece indisolublemente asociada a la de un “drogadicto/a”. en este caso, esta representación está relacionada tanto con la imagen de víctima – se considera que la única opción para poder sobrevivir y evadirse en el ámbito hostil de la calle es drogarse- como con la de victimario, ya que el consumo abusivo de drogas conduce “inevitablemente” a la delincuencia.

Como podemos observar, la propia caracterización que conduciría a la definición de niños/as en situación de calle, está signada por múltiples representaciones estigmatizadas, en algunas ocasiones contradictorias entre sí, que revelan la complejidad que la atraviesa y la dificultad de romper con diversos preconceptos. “Cuanto menos representaciones alternativas, cuanto menos modelos interpretativos que intenten cambiar el horizonte de significado respecto de las características de (...) un grupo de personas estén vigentes en el mundo de la vida como esquemas comprensivos de su situación, sus relaciones, sus acciones, en fin, respecto de su identidad esencial y existencial, más enraizados estarán los procesos discriminatorios que consisten, justamente, en proveer de recursos cognitivos mostrados como incuestionable e insustituibles a los que los sujetos deben acudir para referirse a esas personas o grupos discriminados y para actuar respecto de ellos (...) El empleo de esos recursos cognitivos tiene, entonces, respecto de la sociedad en su conjunto, la función de reproducir

valores, jerarquizaciones, formas de poder, de control y de dominación” (Vasilachis, 2003: 177).

1.5. Representaciones en los medios de comunicación

En los medios de comunicación aparece recurrentemente la temática de los “chicos de la calle”, haciéndose eco de las representaciones sociales más comunes, señaladas anteriormente, así como reforzando y recreando dichas concepciones en su doble tarea de creación de la noticia y de dotación de sentido. El principio de dar a conocer los hechos tal como han sucedido en la realidad, constituyéndose en un reflejo directo de la misma. Tal como se propugnó desde los orígenes de la prensa- ha cedido terreno en pro de las ideas de construcción a incluso de “fabricación” de la realidad por lo medios, donde la distancia que va de un hecho a un acontecimiento, de lo que ocurrió a su puesta en escena en el discurso de la información, reviste cada vez mayor complejidad. Por lo tanto, las grandes tendencias temáticas y estilísticas que rodean las noticias que se refieren a “chicos y jóvenes de la calle” como uno de los grandes temas de la “agencia”, están atravesadas por las lógicas del mercado, la pugna de poderes, la multiplicidad de las instancias de producción y recepción, que refuerzan una trama generalmente teñida de sensacionalismo y regida por dudosos criterios éticos y valorativos.

En diversas ocasiones se pudo observar las formas “clásicas” de tratamiento estigmatizado de esta población particular: los “chicos de la calle” son tratados como víctimas o como delincuentes (y, por lo tanto, victimarios). Paradójicamente, la imagen que recrean estos medios no contrapone ambas figuras opuestas sino, por el contrario, las trata como dos dimensiones simultáneas del mismo fenómeno: los “chicos de la calle” aparecen percibidos al mismo tiempo y sin mediaciones como víctimas y como delincuentes, encuadrando así el problema en el marco del discurso acerca de la “inseguridad” y de la “violencia urbana”.

En tanto víctima, se percibe al niño/a como objeto de los “abusos” fundamentalmente perpetrados por su familia. Así vemos cómo las notas señalan a las familias como las responsables del “abandono”, del “maltrato”, “no se interesan por ellos”, “no los envían a la escuela” ni les ofrecen “Modelos a quien llamar papá o mamá”, los “explotan”, económicamente porque los obligan a trabajar o directamente los “alquilan”, “una modalidad desgraciadamente cada vez más frecuentes”, entre estas familias. Los hijos desatendidos por

ellas suelen recorrer instituciones donde “nadie los reclama o donde los padres biológicos se desentienden. Las acciones atribuidas a los padres -como puede observarse- son:

“Contrarias a las expectativas sociales en lo que se refiere al amor, la contención, la protección, la solidaridad que se supone, deben caracterizar a la vida familiar” (Vasilachis, 2003: 191).

Se inculpa a estas familias de haber provocado la situación de calle en que se encuentran sus hijos, no soslayando su responsabilidad aún en los casos en que “la pobreza” se presente como origen del fenómeno. Tal mención no aparece en las notas, sino para remarcar la “desarticulación” y “disgregación” que tales familias sobrellevan, como producto de la creciente inmersión en situaciones de pobreza, que las “inhabilitan” a cumplir sus roles tradicionales “perdiendo su capacidad económica y cultural de contención” y por tanto negándoseles la competencia para la crianza de sus propios hijos.

En tanto excluidos, miserables o descartados sociales, y profundizando la visión de estos niños como víctimas, se los considera “cerca del horror”, como parte de una “aterradora realidad”, protagonistas de una “tragedia”. “Sólo vivirlo desde adentro puede revelar esa pesadilla protagonizada por chicos que tienen entre 5 y 17 años”. Los “chicos de la calle” considerados como excluidos generan compasión, “su dura vida estremeció al mundo” y producen un sentimiento de culpa a quienes no sufren carencias: “no nos dejan olvidar la crisis”.

La visibilidad cotidiana de los “chicos de la calle” estaría representado la derrota del modelo económico. “Por la noche, en sus calles aparece la otra cara del éxito diurno de la ciudad, que es la pobreza y la miseria, una historia lacerante de un país que nadie sueña”. La indiferencia de algunos sectores de la sociedad ante esta problemática aparece cuestionada, ya que invocando valores éticos y morales relacionados con la concepción imperante sobre la niñez, vinculada a la pureza, inocencia e ingenuidad (Giberti, 1997), se establece como “incorrecto” que los niños sufran estas situaciones extremas de carencia. La realidad de los llamados “chicos de la calle” sigue aguijoneado la indiferencia de vastos sectores de la sociedad que lentamente parecen haber ido cayendo en el acostumbramiento.

En tanto chicos/as, se alude a los que se desarrollan actividades laborales de sustancias de manera visible en las calles. “La cantidad de menores que deambulan por la ciudad es cada vez mayor; se calcula que alrededor de cientos de menores trabajan en las calles de la ciudad.”

“La cantidad de menores que mendigan por las calles aumentó considerablemente, en particular en algunas zonas, como en la zona de la terminal y centro y lugares de mayor actividad comercial”. Los medios ayudan a potenciar la imagen de chico víctima, al afirmar que los niños han sido “empujados por la necesidad de sobrevivir”, que los “chicos de la calle” “son los más desprotegidos” y plantean la urgencia de la erradicación del trabajo infantil considerado como “una de las peores formas de explotación y abuso” .

Sugerentemente y analizando la representación de la dimensión del “chico de la calle” como victimario o delincuente que realizan los diversos diarios de la ciudad, se observa que en ambos medios se alude a la “pobreza” como origen del fenómeno, según la línea argumentativa que ostenta cada uno. Para los distintos matutinos, la situación de pobreza por la que atraviesan las familias de estos niños aparece como un contexto ahistórico no problematizado, una situación no cuestionada que rodea a las familias y que las lleva a “vivir de cualquier manera”, poniendo así en juegos su capacidad de transmitir modelos y valores sociales vigentes. “La pobreza” es capaz de generar así un contingente de jóvenes “socializados en la exclusión” que no comparte las normas y valores del resto de la sociedad.

Realizando una asociación tácita entre pobreza y ausencia o pérdida de normas morales, es decir, inmoralidad, el tema de los chicos en situación de calle es enfocado como un problema para la reproducción del modelo social vigente, del *statu quo*, y, por lo tanto, un problema con implicancias políticas. “Existe, a criterio de los especialistas en población, un porcentaje de la generación nacida entre 1978 y 1988, que condicionara muy probablemente el rumbo del país. Son los “irreversibles”. Aquí se refleja la carrera lineal y sin retorno que - según las notas del periódico- los chicos/as estarían condenados a reproducir. Es de esta manera que se produce el pasaje sin mediaciones de la visión de los “chicos de la calle” como víctimas, a su interpretación como victimarios y responsables de lo que pueda pasarle a la sociedad: “esta generación promete una elevada conflictividad social en los años sucesivos”, mientras otra nota sostiene: ”cabe preguntarse si esos chicos desarraigados no son (,,) niños cartoneros o piqueteros a los que falta de capacitación y la desesperanza quizás induzcan a formas definitivamente perversas de subsistencia” .

Por su parte, el tratamiento que ciertos medios realizan del contexto de pobreza como origen de la problemática de los chicos en situación de calle, implica otras connotaciones. La situación de pobreza aparece vinculada con la “crisis” que sufrió el país y que llevo de

manera reciente a la “expulsión” de los chicos del seno familiar empobrecido Y este reciente incremento de niños/as en el espacio público, los expone a nuevos peligros propios del “infierno de la calle”: en particular, la utilización de los niños por los grupos de la droga, “el ingreso de muchos de estos chicos en el delito”; lo que los convierte sin lugar a dudas en “carne de cañón para las organizaciones del delito” y en “bases de sustentación de los delincuentes”. Se inscribe así el tema de los “chicos de la calle” en el discurso de la “inseguridad” y se produce, desde otra lógica argumental pero con idénticos resultados, nuevamente el pasaje lineal de la dimensión de víctima a la de victimario: los chicos/as en situación de calle son, según esta mirada y sin atenuantes, futuros delincuentes.

Respecto a la difundida imagen del “chico de la calle” como drogadictos, observamos cómo se lo relaciona, por una parte, con el chico víctima: “vivir en la calle es casi vivir en el infierno”. Y así lo testimonian recientes estudios sobre los altos niveles de presión psíquica, búsqueda de salida a través de los pegamentos y otras drogas. Por otra parte, se lo identifica con el victimario y con una amplia terminología estigmatizante que asimila, en un término en al genérico, calificativos diversos y contradictorios: “lejos de la infancia, cerca del horror. Drogas, prostitución, robo, mendicidad, enfermedad, mugre; “ciertas instituciones vinculadas a la atención de niños, niñas y adolescentes en situación de vulnerabilidad se encuentran virtualmente tomadas por la mafia que explota a menores captados en distintas zonas de la ciudad: la drogadicción y la violencia están a la orden del día”; “un niño que trabaja, al igual que los chicos de la calle, o los que mendigan o se drogan, es parte de una realidad que debe ser erradicada sin demoras”. Al considerarlos como víctimas de la droga, por un lado se los libera de responsabilidades, pero al identificarlos como victimarios, se los culpabiliza por la responsabilidad surgida del consumo (Vasilachis, 2003)

Muchas de estas situaciones ocurren conformando el paisaje urbano de la ciudad, no puede comprenderse sino a través de una mirada normalizadora que interprete el fenómeno únicamente desde la perspectiva de la desviación y del desorden social. Una mirada que asume como generalizado un modelo típico (de infancia, pero también de familia), que responde a las representaciones y a las prácticas de ciertos grupos sociales (hegemónicos) y refuerza de esta manera la idea de una “situación normal”, no necesariamente afín a las situaciones más extendidas en la sociedad. Y al crear la norma, se considera luego “desvío” todo lo que no se ajuste a ella, culpabilizando y responsabilizando de ello al individuo o al

grupo familiar (Rodrigues Breitman, 1994). A su vez, se considera que cuanto mayor es la exclusión sufrida por un grupo social, menor es la posibilidad de modificación de los comportamientos desviados. De esta manera se consolidan procesos discriminatorios (Vasilachis, 2003). La figura del “chico de la calle” aparece en los medios indagando como desviada de aquello que se construye simultáneamente como la “infancia normal”, ya que, desde su perspectiva, cuestiona las nociones básicas a través de las cuales se interpreta tradicionalmente a la infancia.

Por un lado, cuestiona la noción de tiempo, tal como ésta es presentada típicamente respecto de la sucesión de etapas temporales en la vida de una persona. En la construcción de esta categoría social por parte de la prensa escrita, se resalta que estos niños viven completamente alejados de sus familias, trabajan en las calles, deambulan librados a su suerte, son capaces de cometer delitos, todas situaciones que subvierten y transgreden el modelo social que entiende la infancia como una etapa de necesaria dependencia de un adulto, de inocencia e ingenuidad, anterior y preparatoria de la adquisición de las habilidades requeridas para poder tomar decisiones, sobre su propio destino, es decir, la adultez.

Por otro lado, vuelve problemática la noción de espacio, en el sentido en el cual se comprende al “niño típico” siempre dentro de su familia y/o de la escuela, como los lícitos espacios de socialización, en oposición a la calle, figura asociada con un lugar de exposición a múltiples peligros, explotación y moralmente opuesto a los valores sustentados por la “vida familiar” y escolar. La figura que construye estos medios sobre los “chicos de la calle” es recreada como una ruptura absoluta con los “legítimos” y excluyentes espacios de socialización de la infancia. El resultado de esta construcción es la aparición de un ser definido exclusivamente por la negatividad, por aquello que no es o que no tiene, una figura “asocial” sin lazos estables con la familia ni con la sociedad a través de la escuela, un potencial peligro -por lo tanto- para el orden público y, deliberadamente, un futuro victimario. En el extremo de esta construcción que recrea la figura de “los chicos de la calle” principalmente desde la mirada de la desviación, llega a discutirse la pertinencia de continuar considerando como “niños” a estos chicos: “No son chicos los llamados chicos de la calle -y no hay más que mirarlos a los ojos para advertirlos-, (...) tal situación (en la que viven estos chicos) lleva a uno a preguntarse si en la Argentina la niñez no constituye, verdaderamente,

un ciclo neutral y cronológico en extinción, si esos chicos desarraigados no son adultos precoces en tránsito de marginalidad.

A su vez, la adjudicación de roles pasivos -en tanto víctimas- y activos -pero en tanto delincuentes y realizando acciones violatorias de los valores jurídicos y morales -impide a estos niños/as la posibilidad de modificar su situación. Mediante los discursos discriminatorios se justifica ese impedimento y se lo naturaliza como un proceso inevitable (Vasilachis, 2003):

“Como consecuencia de esta imagen impartida por los medios de comunicación sobre “los chicos de la calle”, cuando un niño que trabaja o vive en la calle se aproxime a ese lector, lo más probable es que éste recurra a ese conjunto de nociones, de conceptos, de categorías que ha incorporado, que ha aprendido respecto de ese niño, es decir que apele a las diferentes formas en que ese niño ha sido representado discursivamente (...) Esta imagen que se revitaliza frente al sujeto, al que podría ser aplicada, condiciona la experiencia del que conoce, (y) obstaculiza la total manifestación del que está siendo conocido” (Vasilachis, 2003, 177)

Reflexionar en torno a la situación de calle, implica necesariamente pensar en otras nociones de sujeto diferentes al estereotipo de un ciudadano autónomo, libre, independiente y masculino. La discusión de la marginalidad interpela y trae a la vista otro tipo de sujeto-ciudadano redefiniendo las concepciones sobre las dependencias.

La genealogía de la dependencia evidencia también el énfasis moderno en la personalidad individual. En su versión moral-psicológica, las relaciones sociales son consideradas como propiedades de individuos o de grupos. El temor a la dependencia, tanto explícito como implícito, postula una personalidad independiente, que contrasta con la de quienes son considerados dependientes y marginales. Este contraste contiene rastros de la división sexual del trabajo, que asigna a los hombres la responsabilidad primaria como proveedores del sustento y a las mujeres la responsabilidad primaria como cuidadoras y nutridoras, y luego trata los patrones de personalidad derivados de esta división como si fueran fundamentales. De esta manera, la oposición entre la personalidad independiente y la dependiente se dibuja el mapa de una serie de oposiciones jerárquicas y dicotomías fundamentales para la cultura capitalista contemporánea: masculino-femenino, público-privado, trabajo-cuidado, éxito-amor, individuo-comunidad, economía-familia y competitivo-altruista.

Martuccelli discute en su libro “Gramáticas del individuo” (2007), algunos de estos temas cuestionando la construcción de un sujeto masculino independiente. Postura a que denomina sociología de los soportes y afirma:

El individuo no existe sino en la medida, y solamente en la medida, en que es sostenido por un conjunto de soportes. Es verdad, él hace algo de ese estado, en consecuencia, es siempre de alguna manera más (u otra cosa) que el conjunto de sus soportes, pero no existe sino desde el instante en que dispone de estos. Sobre todo, está marcado, extrañamente, por una deficiencia y un exceso frente a ellos (p. 52).

El autor está interesado, no tanto en la constitución del individuo, sino de los procedimientos por los cuales éste llega a tenerse frente al mundo: “y esos medios no son otros que el conjunto de elementos, materiales e inmateriales, que lo vinculan con su contexto” (p. 61) a los cuales llama soportes. Explica que las ideas de soportes son más neutros moralmente, menos sospechosos y con menos connotaciones negativas que la dependencia, coincidencia con la postura de Fraser y Gordon (1997) de la estigmatización de la dependencia. Se trata de una transformación de los principios conductores del individuo dentro de un análisis de la vida social, en la cual se produzca la aceptación de nuestros soportes y hasta de nuestras dependencias, las cuales dejan de ser inmediatamente percibidas como negativas, desde que tomamos distancia frente a una falsa representación (Martuccelli, 2007).

Del Olmo (2013) cuestiona la conformación de la imagen del adulto sano e independiente como prototipo del ser humano en los desarrollos de las ciencias modernas y llama a reivindicar y tomar contacto con nuestra índole vulnerable y dependiente. Cuestiona la adjudicación de la discapacidad siempre a otro diferente del sujeto sano, adulto y autónomo y propone pensar que:

La discapacidad es un grado, una escala en la que nos situamos más arriba o más abajo en los diferentes momentos y contextos de nuestras vidas, y no algo que se tiene o no se tiene, según una clara línea divisoria. La circunstancia del adulto sano e independiente no es más que eso, una coyuntura pasajera en la que no tiene sentido basar el total de nuestras apreciaciones globales sobre la ética, la política o la sociedad (...) nuestra comprensión habitual del individuo (...) se basa es una ocultación sistemática de nuestra propia vulnerabilidad y en la estructura de cuidados que la palian (p.107).

Las apelaciones a la intervención del Estado para la resolución de la problemática que realizan los medios de comunicación conllevan una demanda implícita de corrección normalizadora de la situación de los “chicos de la calle”, al concebirla como “desviada”. Las

referencias al Estado como actor prioritario a través de la implementación de políticas públicas, suelen aparecer en las notas como demandas de intervención frente a la pobreza y la “incapacidad” de las familias. “Los históricos abandonados urbanos son los chicos de la calle”, “se impone la necesidad de políticas públicas agresivas en este campo crucial”, “el estado debe asumir un rol decisivo en la protección de la minoridad en riesgo y garantizar para ello su atención integral”, “un niño que trabaja, al igual que los chicos de la calle, o los que mendigan o se drogan, son parte de una realidad que debe ser erradicada sin demoras”. Cabría preguntarse, en este caso, acerca de qué tipo de intervenciones estatales se requieren desde los medios, ya que por un lado se señala a algunas instancias del Estado como responsables de la protección de los niños/as y por otro lado se demanda mano dura, seguridad y erradicación.

Al subrayar los medios periodísticos que estos niños no participan de los espacios asignados naturalmente a ellos -familia y escuela- se demanda al Estado que “saque” a los niños de la calle los reinserte en los lugares destinados a la infancia como una función meramente correctiva y de “limpieza”. Así es como, frente a la “ausencia de familia” o “falta de límites” se muestra a los niños insertos en instituciones indiferenciadas -tanto abiertas como cerradas- que las notas recrean con una imagen idílica cuasi familiar (e irreal), de orden y de limpieza, que contrasta con la imagen de la calle, como espacio sin normas, desordenadas y sucia.

Se encuentran referencias a instituciones de puertas abiertas (“hogares convivenciales”) tales como: “lo primero que impresiona en el hogar es la organización, la limpieza y la paz que imperan en cada ambiente. Adentro no hay rastros de desorden, ni camas sin tender, ni ropa tirada. Cuesta creer que allí viven 43 chicos. No hay hostilidad en sus miradas, no se percibe resentimiento”.

Como una continuidad sin rupturas, también se insinúa que las instituciones de puertas cerradas estarían en condiciones equiparables de brindar respuestas ante dichas carencias familiares. “El instituto es una opción preferible a la madre. La cámara de casación negó liberar a un chico internado por robo con un arma porque el instituto es más adecuado para un menor sin continente afectivo”. “Una circular enviada a todas las departamentales ordena que se detenga a los menores desprotegidos”.

Anteriormente presentamos debates en torno a la necesidad de revisar las construcciones culturales e ideológicas que sustentan las nociones de dependencias para avanzar hacia nuevas comprensiones. En este apartado nos interesa ahondar en cómo observamos las relaciones vinculares en las que se desarrollan las prácticas del cuidar que abordamos en esta investigación.

1.6. Conceptos sobre pobreza, marginalidad y exclusión.

El propósito de este capítulo es abordar las categorías de “pobreza”, “marginalidad” y “exclusión” en la historia del pensamiento social con el objeto de presentar y establecer sus principales diferencias y develar, en el plano del discurso, cuáles son las rupturas, las discontinuidades en la ciencia social respecto al tema de pobreza. En la actualidad, a comienzos del siglo XXI, a mediados que aumenta la población que vive en condiciones de pauperización extrema, en la Argentina y el resto de América latina, la institucionalización de la exclusión ocupa de modo privilegiado el espacio del discurso político y económico en una operación generalmente productora y legitimadora en este proceso.

Las diferencias entre los conceptos de “pobreza”, “marginalidad” y “exclusión” nos permiten, por una parte, analizar sus significados y usos en esa constante repetición de “lo mismo en lo diferente” (White, 1992: 125) y, por otra, ver cómo en la nominación de los sujetos como “pobres”, “marginados” o “excluidos” se refuerza la naturalización y el ocultamiento de nuevos, diferentes y múltiples procesos de diferenciación social.

Con el objeto de encontrar un ángulo desde donde mirar el problema de la pobreza en su vínculo con la educación, y sin pretensión alguna de exhaustividad, se procura en este apartado presentar y recuperar los aportes y perspectivas teóricas más relevantes que se construyeron en el pensamiento social, reconociendo asimismo que las condiciones de existencia de un discurso halla limitaciones de acuerdo con las diferentes épocas y lugares (Foucault, 1997) en estrecha relación con la conflictividad de cada momento en la historia de la humanidad. El problema de la miseria-que ha existido a lo largo de los siglos-, sus causas y las posibilidades de combatirla, representa “uno de los factores originarios del desarrollo de las ciencias sociales” (Geremek, 1998: 9) los estudios y los políticos, en especial, se enfrentan así, a partir del desarrollo del capitalismo, frente al tema de la miseria como fenómeno social.

La pobreza como carencia o desigualdad, como “digna” o “indigna”, como absoluta o relativa, ligada a los procesos sociales o a los individuos, configura un abanico de posiciones y debates teóricos que incluyen, entre otras, las concepciones de Smith, Marx, Weber y Keynes, las visiones ecologistas de la Escuela de Chicago, el concepto de “cultura de la pobreza” de Oscar Lewis de los años sesenta, la incorporación del concepto de “subclase” (underrclass) en los debates a partir de los setentas y, durante este último período, las teorías de la marginalidad elaborada para comprender los procesos sociales del Tercer Mundo, en particular de América Latina.

Es preciso enfatizar que las teorías de la pobreza no constituyen lugares neutros en la medida en que no existe la objetividad al hablar de la desigualdad social. Muy por el contrario, estas teorías se tradujeron y traducen en políticas de diferentes sesgos y contenidos, desde la clásica caridad o beneficencia pública o privada, derivada en asistencialismo como engranaje del control social, hasta la represión y penalización de los sujetos de la pobreza o, incluso, la combinación de ambas.

En diferentes momentos de la historia, la categoría pobreza ha conformado binomios con otras, por ejemplo, indecencia, de vergüenza, indignidad, locura y peligrosidad social. En la mayoría de los casos se ocultan las causales de los procesos de pauperización y se los presenta como inevitables, al mismo tiempo que se individualiza y condena a los sujetos como responsables y culpables de su situación. En estos momentos, casi en forma invisible, el “pobre” se convierte en “marginal” y el “marginal” en “peligroso”.

Para que los pobres se constituyan en un peligro social para el conjunto social -lo que permite diluir los obstáculos para justificar la penalización de la pobreza y articular consensos civiles para la coacción y la reprensión- “se inmuniza la imaginación colectiva con una pequeña inoculación del mal reconocido: así se la defiende contra el riesgo de una subversión generalizada” (Barthez, 1999: 259). En este sentido, las vejaciones, los maltratos y asesinatos que sufren los niños y jóvenes en la Argentina, como también los miles de asesinados por los escuadrones de la muerte en Brasil otros países latinoamericanos, son más que elocuentes. Las medidas para penalizar a los adolescentes, jóvenes y niños se efectivizan no sólo desde quienes ejercen la coacción y la represión, sino que la sociedad las favorece al reclamar mayores castigos como solución de los problemas.

“Ser pobre” en las primeras décadas del siglo XX no era ni significaba lo mismo que “ser pobre” en los comienzos del siglo XXI. Los procesos de pauperización y exclusión marcan y demarcan, en la actualidad, otros territorios sustancialmente distintos de los que ocupó la pobreza como frontera social en los siglos XVIII y XIX y principios del siglo XX. Comprender los matices y las diferencias permite explicar, en parte, su actual expresión, tanto en el terreno de las políticas sociales y educativas, como en el campo de las representaciones sobre los adolescentes y jóvenes que a causa de una desigualdad se encuentran habitando la calle. El final del siglo XX presenció una trascendental transformación de las raíces, la composición y las consecuencias de la pobreza urbana en la sociedad occidental.

“El ascenso de la nueva pobreza urbana es producto de una doble transformación en la esfera del trabajo, tanto cuantitativa con la eliminación de millones de puestos de trabajo como cualitativa con la pérdida, la degradación de las condiciones laborales de casi todos los trabajadores. A ello se le suma un papel muy activo del Estado como motor de estratificación, como gran modelador y productor de desigualdad y marginalidad urbana” (Wacquant, 2001: 175).

La manifestación actual de las formas urbanas de la pobreza denota, por un lado, una evolución histórica del estatuto social ocupado por la pobreza, la marginación y las diferentes formas de exclusión social, así como también una transformación de las prácticas sociales de los pobres expresada en cambios en la subjetividad de la pobreza (Villarreal, 1996). Por otro lado, muestra la producción de nuevas rupturas y continuidades alrededor de las tradiciones teóricas en torno a la misma. Cabe señalar que expresiones actuales de las ideas sobre los “pobres”, “marginales” y “excluidos” se remontan a varios siglos y se yuxtaponen a transformaciones sustantivas -desde la conformación de la sociedad capitalista en adelante- que se han producido en los modelos y las prácticas sociales en relación con la miseria.

Nos encontramos frente a un panorama en el que existe un nuevo estatuto de la marginalidad urbana, aunque, al mismo tiempo, es necesario señalar la continuidad de algunas valoraciones en la reflexión sobre la pobreza que se remonta a la ideología medieval: la miseria asociada a la peligrosidad e ilegalidad; la distinción, entre los pobres, de aquellos merecedores de asistencia y los que no lo son; el “ambiente de miseria” condenado por la sociedad; el estigma asociado a la inmoralidad, el miedo y las políticas caritativas y

represivas. La herencia histórica se manifiesta aún en las actitudes sociales hacia los pobres, en la asociación con deficiencia morales, anomalías e inferioridad social (Geremek, 1998).

En la sociedad contemporánea, una de las diferencias principales consiste en que a la pobreza, instalada ya como un fenómeno de masas que afecta a miles de millones de personas en el mundo, se la considera negativa desde las posiciones de diferentes actores políticos y sociales; en sentido contrario, durante la era preindustrial, la función degradante de la pobreza adquiriría diferentes modos de expresión económica, social y cultural, pero para las grandes religiones -el judaísmo, el budismo, el islamismo-, la pobreza constituía un valor edificante, no así la riqueza, situación que se fue modificando posteriormente. Desde la apología, la condena o la mera aceptación, cambios y confluencias se entrecruzan hasta la sociedad contemporánea (Geremek, 1998). Aquí se intenta abordar la relación estrecha que se estableció entre el fenómeno de la indigencia y el funcionamiento del sistema económico y su expresión más destacada en el pensamiento de los economistas ingleses de los siglos XVIII y XIX, sobre todo el pensamiento de Adam Smith, Malthus y Ricardo e, incluso, Marx. Como primera aproximación es necesario señalar que lo sustancial de dichos planteos es que ubican a la pobreza como un precio inevitable del desarrollo social, pero, al mismo tiempo, como la prueba de la falla del sistema.

Es a partir de los debates marxistas y posmarxistas respecto a las clases subalternas que se configura otro panorama teórico. Allí se destacan las corrientes históricas que investigan y recuperan las luchas y rebeldías de aquellos que nunca tuvieron asegurada la victoria: los de afuera, los desposeídos, las mujeres, los inmigrantes, los negros, los campesinos pauperizados -no incluidos anteriormente en las visiones clásicas de la estratificación social del capitalismo-. También están presentes los aportes de la antropología y la sociología, que sedimentan y renuevan visiones respecto a la pobreza desde el cristianismo en adelante. Dichas modificaciones tienen su expresión tanto en el terreno de las conceptualizaciones científicas como en el de las prácticas de los sujetos sociales y políticos.

Hacia finales del siglo XX se postula la disolución de las jerarquías sociales y emerge con énfasis el reconocimiento y “celebración” de las diferencias, al mismo tiempo que la exclusión se profundiza de modo abismal, legitimándose las desigualdades como contracara inevitable de los actuales procesos de globalización. Nuevos sentidos y significados se entretejen alrededor de la exclusión: ya no es sólo la desocupación, el subempleo y la

precarización laboral lo que está en juego, sino también la inserción social al margen del trabajo. La ascensión de la vulnerabilidad se expresa cada vez más en la fragilización de los soportes relaciones que aseguran la inserción en un medio donde resulte humano vivir. Lo inédito y, al mismo tiempo, paradójico, es que luego de siglos de luchas y padecimientos para alcanzar las conquistas sociales, políticas y económicas garantizadas por una sociedad salarial, la dramaticidad de la supervivencia del día a día lanza a los sujetos a “enfrentar la vulnerabilidad después de las protecciones” (Castel, 1997: 463). Ello se evidencio con claridad en el caso de la infancia en la Argentina: los millones de niños y niñas alcanzados por niveles de pobreza extrema son doblemente vulnerables, no sólo por la situación social y económica de sus grupos familiares, afectados en primer lugar por la falta de trabajo, sino por la desprotección jurídica y la ausencia de una protección integral que concrete sus derechos más elementales.

Las definiciones de “pobreza”, “exclusión” y “marginalidad” conllevan implicancias sociales, culturales y políticas. Es en el marco de procesos no estáticos de inclusión y exclusión que se torna urgente y necesario repensar la relación entre educación y pobreza, enfatizando la mirada en los sujetos, quienes diariamente se ven expulsados a los bordes de una sociedad dualizada y profundamente desigual. Esta urgencia, en primer lugar, es del orden del pensamiento; en palabras de Žižek (2003), “es un imperativo de urgencia de una situación (...) como cuando uno se encuentra en una situación en la que ya no es posible una salida dentro de las coordenadas de lo habitual”.

En la Argentina, en superposición al panorama ya existente de fuerte desigualdad social, se ha configurado aceleradamente una democracia tan formal como restringida para las grandes mayorías, impugnándose en ese sentido la legitimidad de los gobiernos democráticos. Si al presente se lo considera no sólo como lo contemporáneo, sino como una herencia, su memoria es necesaria para comprender e intervenir en la actualidad (Castel, 1997)

En la dirección de los aportes teóricos de Horacio Gonzalez, la pobreza definida desde la privación de medios de vida se constituye en una de las fronteras más antiguas del pensamiento social. Este autor define el concepto de “pobreza” como altamente “proliferante”, en tanto atraviesa diferentes corpus teóricos y visiones del mundo sin pertenecer exclusivamente a ninguno en particular. Las concepciones sobre la pobreza

ingresan “problemáticamente en los más diversos ordenamientos conceptuales” y se convierten en “un yacimiento de subjetividades muy diversificadas” (Gonzalez, 1993: 285).

Durante el siglo XIX y parte del XX, en las maneras de concebir y enfrentar el problema de la pobreza y la marginalidad predominaron visiones y “mecanismos estatistas” tras los cuales subyacía la idea de una “inclusión disciplinaria”: de integrar socialmente para administrar el conflicto social se pasa a legitimar los procesos de exclusión y vigilar y controlar a los que quedan afuera (Villarreal, 1996: 21).

Profundizar esta idea, a riesgo de presentarla como una relación dicotómica de inclusión o exclusión disciplinada, permite poner en discusión el lugar de la escuela en contextos de pobreza, así como también el discurso educativo en tiempos de la reforma llevada a cabo en los noventa en la Argentina. Este discurso se organizó alrededor del sentido democratizador de la extensión de la obligatoriedad escolar, ponderando su supuesto carácter incluyente, al mismo tiempo que velaba y ocultaba, en momentos de avance significativo de los procesos de pauperización en nuestro país, el papel profundamente disciplinador y diferenciador de la escuela.

La pobreza alude a un modo de organización social, a los procesos de estratificación de la sociedad, al Estado y sus políticas -incluyendo, naturalmente, las educativas-, pero también a otras dimensiones más cualitativas que incluyen el género, la etnia y la edad. No es lo mismo ser mujer u hombre, niño o anciano, sino que, de acuerdo con la condición de género y las diferentes franjas etareas, los sentidos de la pobreza se condensan de modo particular produciendo distintos grados de vulnerabilidad, tal como se ejemplificará más adelante.

Construir una mirada histórica por fuera del plano estrictamente educativo resulta relevante para comprender la persistencia de determinadas concepciones en el discurso social y en las concepciones de aquellas personas adultas que les brinda algún tipo de asistencia, así como en las prácticas institucionales en contextos sociales de pobreza, que se anclan en tradiciones teóricas que parten de varios siglos atrás. Incluso, el carácter asistencial que se le adjudica a las instituciones que los acompañan – afirmación que, por otra parte, me propongo discutir en los capítulos siguientes- está fuertemente entrelazado con la valoración de los pobres que distingue entre quienes son pobres y “honestos”, merecedores de la caridad y la

asistencia social, y por el contrario, los que son pobres y “deshonestos”, “indigentes”, “extranjeros”, válidos o inválidos para el trabajo. La pobreza como vicio o la pobreza como virtud incluyó a lo largo de la historia diferentes concepciones, prácticas y políticas sociales que coincidieron, sin embargo, en un elemento en común: la asociación directa entre pobreza e inferioridad social.

La aceptación o no del “otro” como sujeto de la pobreza, sin atribuirle más estigmatización que la propia estratificación social produce, es un problema que atraviesa a la sociedad. Las denominadas “subculturas de la miseria” expresan la continuidad de algunas valoraciones en la reflexión sobre la pobreza que se extendieron y actualizaron en el siglo XX. A modo de ejemplo, el concepto de “cultura de la pobreza”, desarrollado por Oscar Lewis en los sesentas, es clave para analizar y comprender las actitudes sociales hacia los pobres. La perspectiva cultural de este autor, así como los estudios de Michael Harrington en lo referente a los Estados Unidos, sitúa los comportamientos colectivos en ambientes de miseria urbana. Se incluirán las consecuencias que produjeron estas posiciones teóricas y de qué manera se anudan a viejas concepciones sobre la culpabilización de los sujetos por hallarse en situación de indigencia.

La concepción de “gueto” y su expresión en la topografía urbana de la marginalidad social aportan elementos para pensar históricamente la ubicación y nominación de los distintos espacios en donde la marginalidad se hace visible. En ese sentido, éstas pasaron de construir enclaves civilizatorios en tanto “espacios para pobres” en los sesenta -como es el caso de los adolescentes que habitan la calle, grupo social investigado, concebida y creada como “refugio”- a su actual nominación como puntos “urbano marginales” de “alto riesgo”, donde va “la escoria”, “lo más bajo”, “lo peor”, desde fines de los ochentas en adelante.

Profundizar las tradiciones teóricas sobre la pobreza permite reconocer continuidades en las concepciones, asociaciones y prácticas sociales que aún hoy tienen su reflejo y una profunda incidencia en el terreno social.

Los “pobres” para Smith y Hegel

En la Argentina, millones de personas han sido expulsados de la propia condición humana. Sin trabajo y sin políticas de ingreso, sin vivienda y sin políticas habitacionales, sin salud y con el desmantelamiento acelerado y progresivo de la atención pública en los

hospitales, aún con educación pública pero altamente diferenciada según el sector social de pertenencia, nos situamos frente a la brutal desigualdad social que hoy atraviesa a la sociedad. El mercado como ícono del mejoramiento del bienestar general y regulador de la vida social, en momentos de neoliberalismo se traduce sólo en libertad de mercado connotada por la fragmentación y la exclusión social.

Presentar a Adam Smith y sus concepciones liberales permite señalar algunas de las diferencias y rearticulaciones que se ha producido respecto de la pobreza en la actualidad, tal como se ha planteado al comienzo del capítulo. Smith, analiza los dispositivos por los cuales el capitalismo representa una economía posible. De su desarrollo conceptual nos interesa destacar su observación de que el enriquecimiento de los ricos en un desarrollo económico acumulador de riqueza representa también un mejoramiento para los pobres. En su principal obra “La riqueza de las naciones”, propone que el progreso de la economía en las “naciones civilizadas y laboriosas” va a aumentar sus riquezas y, junto con ello, los salarios de los operarios útiles y productivos se corresponderán con el capital invertido al darle trabajo, pudiendo el Estado hacerse cargo de aquellos que se hallan en la miseria. Así lo expresa:

“En las naciones civilizadas y laboriosas, aunque haya un gran número de individuos que no trabajen absolutamente, consumiendo acaso diez veces o ciento más que aquella mejor parte de los que trabajan, el producto entero del trabajo común de la sociedad toda es tan superabundante y fecundo que basta para proveer con profusión a toda la comunidad, y un trabajador por pobre que sea y de la clase más abatida, como sea frugal e industrioso, puede gozar de mayor cantidad de provisiones necesarias y útiles para la vida que la que en su situación es capaz de adquirir un salvaje de aquellas naciones incultas
(Smith, 1958: 2).

Para este economista inglés, los pobres son aquellos que no poseen lo indispensable para vivir, pero que, además, carecen de todo aquello con lo que tienen que contar las personas honestas, incluso las de la última clase del pueblo, lo que no puede faltar sin faltar a la decencia. En términos de Smith, lo que les falta a los pobres se convierte en su propia falta, en su culpabilidad. A pesar de ello, al mismo tiempo postula que los agentes de la industrialización deben entregarse de la necesidad de los que quedaron rezagados en el camino y que una economía desarrollada implica establecer el nivel de bienestar social también en las clases más bajas. El capitalismo se visualiza, así, con una fuerte tendencia a la homogeneización que extendería la relación salarial, la cual también implicaría una mejora de la situación de los pobres.

El pensamiento de Smith se basa en la realidad del mercado y su capacidad de regulación en una sociedad que se estratifica y desarrolla en forma desigual, pero siempre con una matriz inclusora. David Ricardo, economista del siglo XIX, se inscribe también en la tendencia de homogeneización orientada a un estilo de producción en el cual el “pobre” podía intercambiar su mercancía, que era el trabajo.

“por eso Ricardo logra identificar el valor del trabajo con el del mínimo fisiológico de subsistencia sólo a condición de introducir un factor de ajuste externo: la teoría malthusiana de la población (Nun, 2001: 59)

Pensando en el desarrollo capitalista industrial y en la confianza en el papel del mercado y la iniciativa privada, las ideas liberales de Smith, fundantes de concepciones posteriores, naturalizaron las relaciones sociales creyendo en la libertad individual y en el impulso de una economía organizada por la libre competencia.

“toda la ideología liberal está contenida en esas pocas líneas: la libertad de trabajo debe liberar también la iniciativa privada, el gusto por el riesgo y el esfuerzo, el sentido de la competencia. El deseo de mejorar la propia condición es un motor del que la industria no puede prescindir (Castel, 1997: 177)”

Dista mucho de ese liberalismo clásico el neoliberalismo actual y su expresión en las últimas décadas en la Argentina y América Latina. Sin embargo, las formulaciones clásicas basadas en una confianza ciega en la iniciativa privada, la libertad natural de los ciudadanos y su utilidad individual, el egoísmo más que la solidaridad, el libre ejercicio del interés individual y particular por encima del institucional, son elementos que se aproximan a los de los modelos neoliberales actuales, aun cuando se trate de una etapa salvaje del capitalismo en la cual, para las grandes mayorías, ya ni su fuerza de trabajo es vendible en el mercado (Villarreal; 1996: 63).

La obra de Hegel, tuvo una enorme influencia en los siglos XIX y XX al sentar las bases de un tiempo filosófico en el cual *“la modernidad es básicamente el proceso de autonomía de la razón y la libertad del sujeto”* (Casulo, Forster y Kaufman, 1997: 225). Este sujeto histórico que asume la razón, la autonomía y la libertad se constituye en el fundamento crítico de lo moderno. Desde temprano, la economía política formó parte de las preocupaciones filosóficas de Hegel y, en ese sentido, sigue la línea de los autores ingleses

Smith y Steaurt. Si bien no fue un economista, tanto en la Fenomenología del espíritu como en Filosofía del Derecho advirtió sobre los fundamentos de la burguesía y en sus concepciones sobre el dinero y el comercio se traslucen alusiones al lugar que ocupa la economía en los cuadros de la nueva sociedad que nace con la Revolución Francesa (Llanos, 1984).

En el horizonte social de la época, consideraba que, si por “circunstancias accidentales” se arrojara a los hombres a la pobreza, la sociedad debería encargarse de reparar esta situación; pero, por otra parte, sí a los pobres se los mantuviese mediante la beneficencia pública, se estaría ante una contradicción con los principios del trabajo de la sociedad civil. Al mismo tiempo, si se elevase el nivel de trabajo junto con las necesidades se generaría una crisis de sobreproducción. En todos los casos, la pobreza es parte del desarrollo de la sociedad moderna.

En la economía política, Hegel reconocía una ciencia que puede hallar leyes dentro de una masa de hechos contingentes, aunque intuye también que la nueva estructura funcionará oprimiendo a los individuos en pro de la cohesión social. El primer desequilibrio afecta a las clases y es la creciente desigualdad entre ellas. El filósofo no dice que la desigualdad sea natural, sino que “la riqueza depende de la diligencia de cada uno”. No obstante, la caída de una gran masa por debajo de un mínimo necesario de subsistencia, y la pérdida consiguiente del sentimiento de derecho, de lo jurídico y del honor de existir por propia actividad y trabajo, llevan al surgimiento de una plebe, lo cual proporciona mayor facilidad para que se encuentren, en pocas manos, riquezas desproporcionadas (Hegel, 1993).

En los últimos años de su producción, aunque presionado por el clericalismo, Hegel reconoce los problemas que trae el capitalismo sin llegar a sistematizar una crítica. En 1821, año en que fue publicada su última obra, Marx tenía sólo tres años de edad y será luego él quien interpretará y desplegará la dialéctica hegeliana en la dirección de un pensamiento filosófico con capacidad de transformar la realidad.

Marx y el lumpen proletariado

El aporte más significativo a las teorías de la pobreza por parte de Marx y Engels fue la relación de correspondencia entre pobreza y riqueza. Así lo expresaban:

“la acumulación de capital corresponde a una acumulación igual de miseria. La acumulación de la riqueza es uno de los polos determina el polo contrario, en el polo que produce su propio producto como capital, una acumulación igual de miseria, de tormentos de trabajo, de esclavitud, de ignorancia, de embrutecimiento y de degradación moral (Marx, 1975-1981, tomo 1: 149)

Otro aporte que introducen se vincula con la definición y desnaturalización de la pobreza en tanto producto de un modo de producción, el capitalista, y, por tanto, creada por la sociedad y no fruto de decisiones individuales. Marx no hace referencia a la pobreza como tal, sino que se refiere a la teoría de la pauperización progresiva, a la conformación del “*ejército industrial de reserva*” y al “*lumpen proletariado*”.

El “*ejército industrial de reserva*” es definido como:

(...) un ejército disponible para los tiempos en que la industria trabaja a todo vapor y que luego, en la crisis que sobreviene necesariamente después de esos períodos, se ve lanzado a la calle constituyendo un grillete atado a los pies de la clase trabajadora en su lucha por la existencia contra el capital y un regulador para mantener los salarios en el nivel bajo que corresponde a las necesidades del capitalismo (Marx, 1984)

El mejoramiento de las máquinas aumenta la productividad y crea obreros excedentes que pasan a engrosar la existencia de este ejército de reserva, que es funcional al modo de acumulación capitalista para controlar, disciplinar y reducir la capacidad de resistencia y acción de los trabajadores.

Al “*lumper proletariado*” fundamentalmente se lo considera con único propósito de ser utilizado por la clase dominante para sofocar al proletariado, como un resto de viejos órdenes sociales, como “*putrefacción de las capas más bajas de la sociedad*”, “*como el peso muerto del ejército industrial de reserva*” (Marx, 1977: 802). Los modos con que Marx hace referencia al “*lumpen proletariado*” evocan, de alguna manera, la concepción de “*pobreza indigna*”, en el sentido de que los pobres no constituirían una clase social, sino que estarían por debajo o por fuera de ella, separados de la clase trabajadora. Esta concepción de la pobreza que distingue entre unos y otros es cercana a visiones morales de la época victoriana

vinculadas a la peligrosidad de la pobreza y donde se distinguía también entre quienes eran merecedores de asistencia y los que no.

“La pobreza como vileza espiritual” se contraponía a la necesidad de fortalecer en la clase obrera la disciplina del trabajo. Para Marx, el “lumpen proletariado” era un fenómeno urbano y aludía a él con términos descalificadores, incluso tales como “clase peligrosa”, expulsada del trabajo industrial y a la cual no se podía alinear junto a la clase obrera. Influido por la dialéctica hegeliana, “las clases en el sistema dicotómico se encuentran en una situación de reciprocidad de forma que ninguna puede escapar a esa relación sin perder su identidad como clase diferenciada” (Giddens 1993: 31)

En una relación asimétrica, la clase obrera, al pasar de la subordinación a la dominación, reorganizaría la sociedad por estar vinculada directamente al modo de producción. No ocurre lo mismo con los “descalzados”, los “lúmpenes”, los “vagabundos”, los “pobres”, porque Marx no encuentra en los indigentes, en los sectores más pauperizados, un motor de cambio social, sino que, por el contrario, los cree manipulables y capaces de asumir posiciones reaccionarias enfrentadas a los intereses de la clase obrera.

Esta división entre la clase trabajadora y los pobres es otro de los aspectos que nos interesa señalar de los planteos de Marx, ya que las ideas dominantes de su época hacían referencia a la peligrosidad de la pobreza, al clima de miedo y condena, así como también a la valoración acerca de quiénes eran merecedores de asistencia y quiénes no (Monreal, 1996). Por ello, tras las categorías de “ejército industrial de reserva” y de “lumpenproletariado” subyace otra versión de la “pobreza indígena” de la que no estuvo exento el marxismo y que se combina de modos diferentes hasta el día de hoy. En los planteos marxistas, los procesos de pauperización quedan por fuera de la estratificación capitalista y de la contradicción fundamental entre capital y trabajo, aunque paradójicamente es el propio desarrollo capitalista el que produce la pobreza y que multiplica a “los desposeídos”: desposeídos de trabajo, de tierra, de vivienda, de educación, de salud, del conjunto de los derechos sociales que la modernidad postuló en términos de igualdad.

Postulados keynesianos frente a la desigualdad.

Hacia la mitad del siglo XX otro economista, Keynes, adquiere singular relevancia para la temática abordada, pues desarrolla la necesidad del pleno empleo y de un Estado con capacidad para garantizarlo. En su obra principal señala: “*los principales inconvenientes de la*

sociedad económica en que vivimos son su incapacidad para procurar la ocupación plena y su arbitraria y desigual distribución de la riqueza y los ingresos” (Keynes, 1965: 328).

Desde la teoría económica, Keynes aborda la cuestión de la pobreza partiendo de considerar la intervención del Estado como clave para atender a los más empobrecidos. Los puntos de partida de esta perspectiva son la equidad y la plena ocupación. Tras el enfoque keynesiano del pleno empleo subyace un papel intervencionista del Estado sobre la sociedad y la economía que tuvo su expresión en América Latina en movimientos políticos como el peronismo o el varguismo.

Las posiciones keynesianas se tradujeron una acción política que tenía por objeto asegurar la ocupación plena, en el marco de lo que se denominaría un Estado de bienestar con capacidad de prestación, regulación e intervención, asegurado el interés privado sin abandonar lo público. Si bien la teoría keynesiana se podía llenar de sentidos nacionalistas, en ningún momento propiciaba un cambio de estructuras; por el contrario, era un reaseguro para el desarrollo del capitalismo de aquéllas, más referidos, por un lado, a los empresarios vinculados a la producción y, por otro lado, al capital ligado a la inversión productiva y no tanto a la especulación financiera. El asistencialismo, práctica keynesiana por excelencia, era organizado por el aparato estatal, encargado de la distribución de los recursos y de introducir equidad en un sistema estructurado de modo desigualdad social y económicamente.

En la primera mitad del siglo XX, Hayek, en desacuerdo con Keynes y en oposición a ese Estado que caracterizó como burocratizado e ineficiente, enunció su propuesta neoliberal clásica, en la que reduce la concepción liberal que abogaba por una ciudadanía universal - según la cual todos somos iguales ante el Estado, con una igualdad y libertad conferida legalmente- a la igualdad ejercida en el mercado, sin intervención del Estado y de acuerdo con las habilidades y competencias de cada uno. El objetivo era el desmantelamiento del Estado keynesiano y el potenciamiento de una sociedad civil creativa pero “despoltizada” que asegurase el consenso necesario para ello.

En la actualidad social y económica de la Argentina, con cifras que superan el 20% de desocupación junto al incremento acelerado del subempleo y la precarización laboral, los postulados del keynesismo del pleno empleo parecen situarse en el terreno de una ilusión inalcanzable y, en diametral oposición al Estado benefactor, su desmantelamiento parece

haber culminado. Las ideas generadas en los think tanks neoliberales que partieron de la crítica al contrato fordista keynesiano, contribuyeron activamente a la conformación de un Estado mínimo. Sin embargo, la supuesta desaparición del Estado es sólo aparente, porque lo que se borra es un Estado económico, un Estado social, mientras que lo que se configura aceleradamente en un Estado penal. Para ello, coloquios, seminarios, artículos de diarios, noticias de televisión, colaboran en instalar “un nuevo sentimiento común penal” que apunta a criminalizar la pobreza, y, por ese camino, normalizar el trabajo asalariado precario (Wacquant, 1999). Se debilita y retrocede al sector social del Estado, pero se despliega su brazo penal. En definitiva, aquel:

“(...) Estado Keynesiano vector de solidaridad, cuya misión era contrarrestar los ciclos y prejuicios del mercado, asegurar el “bienestar” colectivo y reducir las desigualdades, es sucedido por un Estado darwinista, que eleva la competencia al carácter de fetiche y celebra la responsabilidad individual, cuya contrapartida es la irresponsabilidad colectiva, y que se replega en sus funciones residuales de mantenimiento del orden, en sí mismas hipertrofiadas (Wacquant, 1999: 166).

Pobres y vagabundos en la investigación histórica

Los pobres, nominados o negados como sujetos, atraviesan todo el pensamiento contemporáneo. Los encontramos siempre como “locos”, “criminales”, “peligroso”, “indigentes” o “necesitados”, nunca como sujetos políticos con derechos. La “peligrosidad social” de determinada categoría de individuos y la necesidad de la sociedad de defenderse organizó en los diferentes siglos teorías y dispositivos que se formaron “*en correlación con un conjunto de instituciones de control, con una serie de mecanismos de vigilancia y de distribución*” (Foucault, 1997: 61). Los “anormales” que bien describe Foucault -entre los cuales incluye tres figuras paradigmáticas: los monstruos humanos, los individuos a corregir, los onanistas -caracterizaron un individuo que, incluido en la noción de “peligroso”, adquiere un estatuto no sólo médico, determinado por una patología, sino también jurídico. La aparición de la noción de “incorregible” es contemporánea al establecimiento de nuevas técnicas de disciplinamiento durante los siglos XVII y XVIII en instituciones tales como ejército, los asilos, las escuelas y -un poco más tarde- las familias.

En el siglo XX se mantiene una masa indigente ubicada por fuera de la estratificación capitalista y de la clase obrera; pauperismo que expresa lo más perverso del desarrollo capitalista. Los historiadores marxistas británicos se aproximaron de otros modos a “la

historia de abajo”. Dichas perspectivas desplazan su atención desde las clases dirigentes hacia la vida y la experiencia de la gente. En esa dirección, se pueden considerar diferentes aproximaciones: no sólo aquella de los historiadores marxistas británicos, sino también la de los *Annales* francese, que en el estudio de las mentalidades (Bloch y Febvre) dan lugar al desarrollo de una historia “desde abajo” recuperando las visiones del mundo de los que no pertenecen a las elites. Para Ginzburg.

(...) aunque las clases más bajas ya no son ignoradas por los historiadores, parecen estar condenadas, sin embargo, a permanecer calladas. Las víctimas de la exclusión social se convierten en depositarias del único discurso radicalmente alternativo a las mentiras de la sociedad establecida (Ginzburg, 1994: 11)

Para los historiadores marxistas británicos, en los momentos de la Revolución Industrial la religiosidad ubicada a la pobreza como algo temporal que, no eliminada la posibilidad de la gracia para los pobres, pero que inculcaba el temor siempre presente “a una eternidad futura de castigo espeluznante” (Thompson, 1989: 405). La virtud, el trabajo arduo, el dolor y la pobreza permitirían la salvación sólo otorgada por Dios. La redención se combina con la sumisión completa de los pobres que, afortunadamente, al transitar con sufrimiento la Tierra, eran bendecidos para alcanzar el cielo. El carácter fundante de la Iglesia en el campo de la caridad y la asistencia social se expresa en cómo ligó la protección de las parroquias a las obligaciones domiciliarias de los pobres en la época preindustrial. La redención del pobre se encontraba en el Cielo, en el mundo de las almas, de la misma manera que la redención del obrero estaba en un futuro socialista, en la utopía de una sociedad sin clases, sin explotadores ni explotados, en un hombre nuevo que cristalizaría en este mundo, no en otro.

La trascendencia subyace tras las ideas religiosas de la iglesia como tras las certezas revolucionarias y el papel redentor de la clase obrera que portaban el marxismo y el socialismo. Más adelante nos proponemos analizar de qué modos esta idea del “trascender en el otro” surge en el discurso de los docentes, organizando ya sea por enunciados pastorales o por enunciados utópicos.

La perspectiva de Thompson, que al hablar de los “inarticulados” recupera a quienes desde sus comportamientos resistían el disciplinamiento capitalista, amplía la concepción de la clase trabajadora incluyendo a los pobres en ella. Esta situación ya se evidenciaba antes de la Revolución Industrial: el tránsito de relaciones de trabajo feudales a relaciones de trabajo

capitalistas requirió mucho tiempo para consolidarse. Castel reconoce dos modalidades de organización del trabajo: el “libre” y el “regulado”, este último muy ligado al trabajo forzado y a la coacción. Los trabajos manuales aparecían desacreditados socialmente como pertenecientes al “populacho”, es decir, aquellos que disponían sólo de sus brazos para vivir, hombres sin cualificación que quedaban sujetos a: “los policías de los pobres”, que se encargaban de asegurar el bien público. Para ello, la obligatoriedad del trabajo, incluso allí donde no existía la posibilidad de trabajar, fue impuesta con la represión al vagabundeo. La categoría de “vagabundo” es una construcción asociada a “un ser totalmente asocial y peligroso”, y represento claramente “un discurso del poder” (Castel, 1997: 103).

En el paso de un capitalismo comercial a uno industrial, Inglaterra sumó disposiciones que le permitieron contar de modo coercitivo con un conjunto de indigentes como fuerza de trabajo organizado su cruel persecución. Los “válidos” para el trabajo no eran incluidos en la asistencia, sino que debía combinarse la indigencia con la invalidez para acceder al socorro. Los pobres honestos y avergonzados de su situación podían también ser incluidos. Expresiones literarias del siglo XIX nombran a los que vivían en el margen como “forajidos”, que en su etimología significa “fuera del ejido”, de la trama urbana en la cual los campesinos, ya desposeídos de sus tierras, se convertían en obreros disciplinados en talleres

Los que vivían al acecho estaban al margen, en los bordes. La literatura picaresca-romántica hacía de los pobres personajes asociados a pasados tenebrosos pero que, gracias a su picardía, superaban las situaciones que les presentaba su pobreza y de manera astuta se convertían en “honorables” (Gonzalez, 1993:291). Nos podríamos extender respecto a estas expresiones literarias, pero lo que nos interesa destacar es que en estos textos los sujetos de la pobreza, los personajes de estas historias, no aparecen como sometidos y sumisos sino recreando sus realidades y su inscripción en la sociedad.

Es importante considerar aquellas perspectivas teóricas que permiten, desde la investigación histórica, poner en cuestión los supuestos de una adaptación pasiva de las clases subalternas a la cultura hegemónica y que nos invitan a la necesidad de indagar otras articulaciones posibles, particularmente hoy, en la Argentina y en América Latina. Con el objeto de reconocer la tenacidad de las clases subalternas en su lucha por la supervivencia, la resistencia a un mayor disciplinamiento capitalista, resistencia que muestra otros valores y comportamientos que se ponen en juego en las estrategias colectivas de subsistencia.

En este terreno se puede pensar sobre la situación de los niños, niñas y adolescentes a su condición social y las dificultades por capturar las diferentes estrategias, movimientos, desplazamientos que producen los propios sujetos en la lucha contra la exclusión. Thompson, al incluir el estudio del surgimiento y la conformación de diferentes comunidades, interpreta que los trabajadores en Inglaterra no sólo luchaban por mejores salarios y condiciones de trabajo, sino también por el nivel de consumo y cultivo de valores. Allí se mostraba el conflicto subyacente entre pobres y ricos, donde los pobres no eran una masa amorfa, sino que representaban una incipiente clase trabajadora (Monreal, 1996).

De modo sintético nos interesa plantear que la representación social de los pobres, su asociación con la vagancia y la conformación a partir de ello de una figura delictiva, también tuvo su expresión en la historia de la Argentina. Estudios historiográficos demuestran que la conformación de una normativa represiva, que hasta la actualidad tiene vigencia en los edictos policiales, supo recibir la influencia de las concepciones y la tradición jurídica española de la baja Edad Media que luego se resignificarían en América (Alonso, Barral, Fradkin y Perri, 2001). Los tres ciclos que señalan estos historiadores a lo largo del siglo XVIII expresan una evolución de la vagancia que significó, en un primer momento, el repudio y la persecución para asegurar el orden urbano y luego extenderlo al mundo rural; en un segundo, la ejemplificación de las medidas como dispositivos de coacción para el trabajo y, en un tercero, obtener brazos para las obras públicas y el servicio de armas.

La vagancia como delito y la mendicidad como crimen representaron un proceso de construcción social que llega hasta nuestros días y que incluyó la concepción sobre la pobreza, ya sea como virtud, ya sea como pecado.

La “guetización” de la pobreza

En pleno proceso de industrialización en Estados Unidos, entre las décadas de 1920 y 1940, la escuela de Chicago construyó concepciones teóricas sobre la pobreza muy vigentes aún, que se sustentaron en una perspectiva ecologista de la vida en las ciudades. Interesa destacar los puntos más importantes que abordan: en primer lugar, el aislamiento de los pobres no sólo en el sentido de una segregación territorial sino también en el sentido social y cultural; en segundo lugar, el impacto del ambiente sobre el comportamiento individual y, en el tercer lugar, la pobreza asociada a la situación de los grupos extranjeros que deben

integrarse socialmente (Monreal, 1996: 20). Desde la perspectiva de la escuela de Chicago, las áreas urbanas ocupadas por los pobres son *guetos* donde se expresan las relaciones de dominación, subordinación y segregación, al mismo tiempo que se transforman en los ámbitos donde se construyen estrategias de supervivencia y de resistencia cultural. Es decir que el urbano es un espacio geográfico y simbólico que estigmatiza y segrega a la población que vive en él, pero que, simultáneamente, se conforma como el lugar en que dicha población se vuelve protagonista.

Los aportes positivos de estas teorías se relacionaron más con la metodología de la investigación que con su valor etnográfico y antropológico. Su énfasis en la mirada cualitativa puso en cuestión supuestos de las ciencias sociales referidos a la vida de los pobres urbanos en las ciudades norteamericanas en el marco de la industrialización. A comienzos del nuevo milenio, esta perspectiva -que alcanzó su máximo esplendor entre 1915 y 1940- se ubica en el ascenso de una nueva marginalidad que ha adquirido nuevas formas en el espacio urbano. Los aportes de Norbert Elias, retomados y analizados por Loiw Wacquant, nos permiten pensar los mecanismos de segregación territorial no como procesos mecánicos limitados al perímetro urbano que ocupan sino, por el contrario, como fenómenos dinámicos que establecen relaciones interdependientes en una trama social extendida que no se limita a seccionarlos para su análisis (Wacquant, 2001).

Analizar el papel y el lugar de los niños, adolescentes y jóvenes en situación de calle, en contextos de pobreza en las condiciones de la nueva marginalidad urbana requiere reconocer su inscripción tanto topológica como simbólica en la trama social en permanente movimiento.

1.7 La pobreza absoluta y relativa

Las implicancias políticas y, por tanto, como lo veremos más adelante, que tienen las diferentes concepciones sobre la pobreza nos permiten distinguir entre dos tipos: “la absoluta y la relativa. Ambas se relacionan con dos formas de tratar la pobreza: cuantitativa o cualitativamente” (Monreal, 1996:107). En el caso de la primera, predominan las visiones economicistas de la pobreza, que califican y cuantifican a los pobres reduciendo de algún modo el análisis y dejando afuera otras dimensiones más cualitativas sobre esta problemática.

La pobreza absoluta está relacionada con los niveles de ingreso que una persona recibe. La individualización que subyace tras esta concepción oculta la verdadera dimensión social de la pobreza, ubicando y cuantificando a los individuos por debajo o por encima de la línea de pobreza. Al reducirla a un problema individual, esta concepción resulta funcional al sistema que la produce haciendo referencia a la cantidad de pobres como aislados del conjunto social y negando, precisamente, el carácter relacional de la pobreza respecto del resto de la sociedad. Este proceso de “Individualización” se traduce luego en el sesgo focalizador de las políticas sociales, desarticulando las tramas colectivas y operando sobre “individuos pobres asistibles” antes que sobre actores colectivos.

Sin dejar de considerar el valor de los datos cuantitativos en tanto nos permiten conocer la magnitud de los procesos de pauperización, es necesario explicitar que esta cuantificación, expresada en el establecimiento de una línea de pobreza o en la conformación de una canasta familiar, puede confirmar pero, al mismo tiempo, opacar la realidad en una formalización estadística que “consagra sus valores hasta el rango de la objetividad” (Lizcano, 1995: 16).

Desde otras perspectivas, la pobreza urbana no sólo se define por los ingresos, sino también por la urbanización, es decir, por la organización espacial de las ciudades. La noción de centro-periferia incluye no sólo sentidos especiales, sino también distancias sociales. La periferia es habitada por los de más abajo, alejados socialmente de las posibilidades de acceso al trabajo, a los servicios básicos de consumo colectivo a la educación, la salud y la cultura debido a su localización urbana que transparente su ubicación en la escala social. Nuevas categorías como la de *fronteras* (Puiggrós, 1996) nos permiten complejizar la comprensión de estos procesos de pauperización ubicados topográficamente, rompiendo, entre otras cosas, con esta dicotomía entre centro y periferia, que fija socialmente a los sujetos en lugares asignados estructuralmente, lo cual produce una visión estática de la trama social.

En el caso que nos ocupa, los asentamientos, la ocupación de tierras, la extensión y multiplicación de villas de emergencias delinean los contextos de pobreza sin establecer límites físicos totalmente definidos. A medida que se extiende y aumenta la magnitud de la pobreza en nuestro país, incluyendo sectores sociales no reconocidos como tales tan sólo una década atrás, se configuran nuevas, mayores y también más difusas territorializaciones.

Atender a una dimensión más cualitativa de la pobreza urbana no sólo permite recuperar aspectos históricos de las diferentes comunidades, sino también reconocer la existencia de procesos de diferenciación urbanos que dejan traslucir la disminución de la calidad de vida de aquellos que habitan zonas no necesariamente periféricas dentro de una urbe y que, sin embargo, se encuentran signadas por la pobreza extrema. A este panorama se le suma que estos territorios son estigmatizados y calificados como lugares de peligro, de caos, de desorganización familiar y social, generando con esta argumentación nuevas formas implícitas de exclusión. La concepción relativa de la pobreza incluye a todo el sistema social, el sistema económico, el Estado y su política redistributiva, el sistema jurídico y policial, la educación, los medios de comunicación, la ideología. En la explicación del fenómeno de la pobreza, en un abanico de diferentes posiciones se destaca la de Oscar Lewis, que nos habla de una “cultura de la pobreza”. Desde la perspectiva de él, lo que importa no es la materialidad de la pobreza sino su expresión cultural, entendiéndola como una forma de vida que incluye una escala de valores familiares y comunitarios que se transmiten de generación en generación y que una vez internalizados difícilmente pueden ser modificados (Monreal, 1996:33).

Este polémico concepto, que explicaba el modo de vida de la pobreza, se alejó de la idea redentora y purificadora de la pobreza presentando “un modelo interpretativo de la cultura que se explica por las condiciones materiales y no por una cierta forma ecológica, como resultado de un afán de adaptación y una reacción de estos sectores a su situación marginal (véase Nivon y Mantecón, 1994: 5-73)

La investigación realizada por Lewis significó un valioso aporte, particularmente desde lo metodológico, respecto de las familias -las cuales constituyeron su unidad de observación y análisis- y la vida urbana de los sectores populares. Sin embargo, una de las críticas más importantes a su trabajo es que las historias de vida quedaron muy autorreferenciadas, diluyéndose el contexto social en que estaban inmersos los grupos familiares y ubicando de este modo la reproducción de la pobreza por fuera de las relaciones sociales.

En los años cincuenta y sesenta -en pleno desarrollismo-, Lewis construyó desde la antropología una perspectiva cualitativa de la pobreza a partir de la investigación de los relatos e historias de vida de los sujetos. El problema que se planteó es que, a partir de las

concepciones teóricas de la “cultura de la pobreza” predominó una perspectiva culpabilizadora de los pobres por su persistente condición de tales, distanciada de sus causas y su situación económica.

Ahora bien, es necesario considerar que el desarrollo y la popularización de este concepto se produjeron en un momento de opulencia del desarrollo capitalista y que, por eso mismo, se intentaba justificar que las causas de la pobreza sólo se explicaban y se encontraban en los mismos pobres, en su forma de vida y en sus valores, por lo tanto, en los países del bienestar y del consumo, la pobreza pasó a ser un problema de los propios pobres. Se actualiza así la matriz smithiana de la “falta” de los pobres, aquella que los ubica como incapaces de una “organización familiar mínima” por el hecho de privilegiar otros modos o redes de organización social (vecindario, bandas, constelaciones más amplias respecto de la que estructura la familia de las capas medias) y que señala al mismo tiempo falta de capacidad de planear el futuro, falta de un sistema de valores, falta de ambición (Lizcano, 1995: 15). Desde este punto de vista, la pobreza definida como carencia incluye un sistema de valores propios de una cultura que se reproduce a sí misma; de vacío, los significados sobre “ser pobre” se cargan automáticamente de sentidos enunciados por políticos, funcionarios y demás agentes estatales que se embanderan en “la lucha contra la pobreza”.

En estas teorías no solo subyace la omisión de las causas que producen la pobreza, sino que se pondera una visión de desorganización social que elude el análisis de las estructuras económicas y políticas. Por otra parte, el correlato de la naturalización de los procesos de pauperización es la naturalización también de la riqueza, sin conectar su aumento y concentración con la existencia y multiplicación de la anterior “muchos son pobres porque unos pocos son ricos (Monreal, 1996: 43). Lejos de estos, estas concepciones consideran la pobreza como consecuencia del desarrollo y el progreso, es decir, como un costo que hay que pagar, pero que, además, se autoreproduce como una matriz cultural de socialización.

Según Lewis, en la “cultura de la pobreza” no hay diferencias entre lo urbano y lo rural, como tampoco entre contextos regionales o nacionales, sino que éstas se expresan en tres niveles: la estructura familiar, las relaciones comunitarias y las características individuales. Sin embargo, detallando cada una de ellos, llega a conclusiones paradójicamente alejadas de su sensibilidad por esta temática, como ser consideraciones en las cuales sugiere

que “la cultura de la pobreza, puede asimilarse a la pobreza de la cultura” (Lewis, 1965, citado por Monreal, 1996:35).

El concepto de *subclase*, de larga tradición en la teoría social, actualizó sus debates en los años setenta caracterizando a la nueva pobreza urbana desde la concepción de comportamientos anómalos. Después de los setenta, diferentes autores calificaron y asociaron grupos de pobres a aquellos que tenían rasgos patológicos. *Underclass*: categoría que caracterizaba a los pobres desde conductas clasificadas como antisociales y patológicas y que en su conjunto definían una “pobreza indigna”. En el marco del debate alrededor de los conceptos de pobreza y subclase, los más críticos se interrogaban si estos modos de nombrar a estos nuevos fenómenos de la pobreza urbana no significaban, acaso, un encubrimiento de las viejas imágenes sobre los pobres al mismo tiempo que una puesta al día de la histórica culpa de los pobres por su condición.

A modo de síntesis, la pobreza entendida en términos estrictamente culturales y/o económicos marca derroteros diferentes a la hora de “luchar contra la pobreza”. Desde nuestra perspectiva, es necesario apoyarse en una concepción que no ancle en dicotomías y que, por lo tanto, nos permita vincular de modo más complejo diferentes dimensiones de los procesos de pauperización no excluyentes entre sí, a la vez que reconocer la validez de incluir en el análisis a los “sujetos de la pobreza”, pero no desde su clasificación en “dignos” o “indignos”, “validos” o “inválidos”, “trabajadores” o “lumpenes”, sino como sujetos políticos y sociales de derecho.

La marginalidad: teoría latinoamericana sobre la subordinación urbana

A partir de la segunda posguerra, en América Latina se comenzaron a multiplicar los asentamientos poblacionales periféricos que, de acuerdo con el país, cambiaban su denominación -“ villas de emergencia”, “favelas”, “callampas”, “poblaciones”- pero cuyo denominador común, sin embargo, era la localización de las viviendas en la periferia de los centros urbanos. En los márgenes, en los bordes, sin los servicios con los que contaban los centros urbanos, quienes allí habitaban era denominados “población marginal”. A pesar de que luego se comprobó que en el tejido de los centros urbanos también existían viviendas precarias, con las mismas carencias que las periféricas, el contenido de lo marginal se asoció a

lo periférico, vinculándolo con las carencias y acentuando los rasgos negativos de los procesos de marginación.

Nos interesa volver a enfatizar esta articulación entre lo urbano y lo marginal, el centro y la periferia y, como su contracara, la relación entre ciudad y *utopía*. Vernant (cit. En Guariglia, 1992: 5) en “Mito y pensamiento entre los griegos”, considera como primer inventor de utopías al arquitecto Hipodamo de Mileto, quien torna homogéneo el espacio en pos de una ciudad ideal. Desde sus comienzos, el modelo antiguo de utopía estaba ligado al de una ciudad ideal. “La Ciudad, que hasta el siglo XVIII era el objeto privilegiado del espacio deseable -y deseante- de la utopía, es ahora demonizada como el asiento de la corrupción, de la nueva naturaleza salvaje a conquistar, el marginal, el loco, el revolucionario”, en definitiva, aquellos que representaban las “conductas desviadas” que dan cuenta de la alteridad (Gruner, 1992: 4).

Instalado como un problema, para los técnicos del desarrollo sólo restaba planificar y diseñar el modo de resolver este desajuste. El posterior fracaso de los programas derivó en que lo que era hasta ese momento un problema técnico se convirtió en uno social. En ese momento entran en escena los científicos sociales, quienes hicieron sus aportes a un campo de significación del fenómeno de la marginalidad en América latina que oscilaba entre posiciones ecologistas de localización topográfica -para las cuales es marginal aquel que vive en una vivienda precaria caso como un determinismo biológico -y perspectivas funcionalistas que suscribían la absorción de los marginales luego de una adecuada preparación y educación.

En páginas anteriores se hizo referencia a la asociación de los pobres con la cultura de la pobreza. En este caso, nuevamente, son las supuestas carencias o deficiencias culturales de los individuos las que los ubican en una posición marginal y no una estructura basada en la explotación y la dominación. Es en este análisis, sólo sujeto a los individuos, en el que “el concepto de marginalidad reenvía el concepto implícito que la da sentido” (Nún, 1969:175).

Los “marginales ya no eran necesariamente urbanos, si bien era desde un punto de vista urbano-moderno como se continuaba pensando su incorporación, su integración oscila a un sistema de normas y valores en el marco de la armonía social timoneada por el desarrollo. El adentro y el afuera se delineaban con claridad; la marginalidad se constituía en una disfuncionalidad, una desviación que era necesario ajustar.

Sin embargo, otras voces se distanciaron de esta perspectiva funcionalista “Mostrando hasta qué punto está dentro y no fuera del sistema capitalista dependiente y distorsionado” (Nun, 1969: 176). En 1967, un equipo de investigadores integrado por Jose Nun, Miguel Murmis, Juan Carlos Marín, Ernesto Laclau y otros inician el proyecto marginalidad. Entre los objetivos de su investigación se encuentran el estudio de la marginalidad en América Latina, el análisis histórico de procesos de marginalización en diversos contextos nacionales y regionales y la realización de estudios comparativos de situaciones típicas de marginalidad.

Es de interés para este trabajo recuperar algunas de las herramientas teóricas que vertebraron esta investigación, sobre todo debido a su mirada específica respecto de los procesos de marginalización enmarcados en el desarrollo capitalista de los países latinoamericanos en general y en el de la Argentina en particular. Esta perspectiva teórica se apoya en un enfoque marxista y se aproxima al fenómeno de la marginalidad “a partir de la inserción del marginal en el proceso de trabajo” (Murmis, 1969: 415), por la razón de que considera insuficiente la atención prestada por quienes estudian el mundo del trabajo a las posiciones marginales. De modo inverso, esta teoría también evalúa como insuficiente o inadecuada la importancia otorgada al proceso del trabajo a las posiciones marginales. De modo inverso, esta teoría también evalúa como insuficiente o inadecuada la importancia otorgada al proceso de trabajo por parte de quienes, en principio, están preocupados por el tema de la marginalidad.

En este punto, retomamos el abordaje de la categoría de “lumpen proletariado” y de todos aquellos que quedaban situados por fuera de la clase obrera. Desde la sociología del desarrollo, la existencia de estos grupos, situados siempre en procesos no centrales del modo de producción capitalista y de supuestos poco peso cuantitativo y cualitativo, era asociada a los efectos producidos por el sub-desarrollo, aspecto con el cual se calificaba a los países del tercer mundo. Justamente, el interés teórico de este equipo de investigadores era ampliar el concepto de “formas marginales de explotación”, que incluía otros sectores sociales, como los campesinos y los indígenas, entre otros. Desde una perspectiva marxista clásica, estas relaciones eran ubicadas como pre capitalistas, mientras que estos teóricos de la marginalidad las ubican como generadoras de un capitalismo tardío, aun cuando no aparezca la relación típica de explotación capitalista.

Este capitalismo tardío y dependiente se caracteriza por aparecer en desarrollarse en momentos en que ya existe un mercado mundial organizado, pero no hegemonizado por el capital industrial; en consecuencia, “esta penetración capitalista no alcanza a borrar formas no capitalista explotación, incluso las genera” (Murmis, 1969: 415). Este proyecto de investigación tuvo como uno de sus ejes categorizar las situaciones de explotación de aquellos que no tienen estabilidad y que, si bien pueden estar ligados al proceso productivo, no lo hacen del modo como dictamina la relación del trabajador industrial.

Uno de los nudos teóricos que se constituye como un problema político fundamental es la relación de lo que se considera el obrero tipo con los sectores marginales. Estos autores aluden a la producción y existencia de un doble proceso de marginalización. Por un lado, estos sectores son marginales respecto de aquellos que se constituyeron en la centralidad de la clase y de las conceptualizaciones teóricas respecto al modo de producción capitalista; y doblemente marginales porque, por otro lado, aparecen como “los más afectados por las expansiones y retracciones del sistema, por las épocas de máxima y mínima actividad económica” (Murmis, 1969: 416). Por ello, la calificación y conceptualización de “marginal” no sería legítima, ya que su explotación sería constitutiva del capitalismo dependiente en su proceso de acumulación. Los trabajadores salvadoreños y/o hondureños indocumentados contratados en las empresas bananeras en Centroamérica, los haitianos, los indígenas de Chiapas, los campesinos sin tierra de Brasil, los niños sicarios en Colombia y los que en nuestro país engrosan las cifras de trabajadores ilegales, son sólo algunos ejemplos que demuestran la vigencia de esta problemática.

Las formas de coacción pueden significar la continuidad de relaciones de subordinación de antigua data, estas situaciones que estarían en vías de desaparición se refuerzan cuando crecen los índices de desocupación en aquellos sectores más vulnerables, como pueden ser los casos de las mujeres inmigrantes ilegales y los niños. Como se planteaba al comienzo del presente capítulo, al cruzarse la condición de pobreza con otras variables como la de género, se profundizan aún más las desigualdades ya existentes.

El alejamiento de las formas clásicas de explotación capitalista ubica a estos sujetos marginales en situaciones caracterizadas por la “persistencia de formas defijación” (Murmis, 1969: 416), determinadas, en algunos casos, por la coacción física y económica -utilización de indígenas y formas semi-serviles en obrajes y plantaciones-, y en otros, por la imposibilidad

de acumulación a los fines de obtener las condiciones de un trabajador estable. Al tiempo que crece la desocupación y se multiplica el trabajo precario e informal, este fenómeno es presentado cada vez más desligado de las relaciones capitalistas. Sin embargo, esto mostraría no un trabajo independiente sino la imposibilidad de intercambiar la propia fuerza de trabajo o de vender servicios a cambio del pago de jornadas de trabajo o de trabajos realizados. Si bien esto muchas veces es leído como un fenómeno de trabajadores flotantes sin inserción, desde esta perspectiva se trataría de sectores establecidos en la estructura y funcionales a ella, a pesar de que se insista en demostrar que la presencia de estos sectores es negativa para el sistema, ya que, en primer lugar, representan una carga social a la que se debe proveer de salud, educación, etc.; en segundo lugar, no son sectores políticamente estables, y, en tercer lugar, supuestamente no aportan al crecimiento económico.

Irradian marginalidad y se constituyen así en “los no absorbido”, “los inarticulados”, “los innombrables”, “los excluidos”; una “masa marginal”, excedente, considerada como constitutiva de la superpoblación relativa de Marx. En este sentido, lo significativo del aporte del marxismo al análisis del estudio del proceso de acumulación capitalista permitió establecer cómo, en este modo de producción, una superpoblación relativa se incluye como condición de vida del propio régimen capitalista de producción.

“los mendigos que importunaban en los conventos y los ayudaban a comer su sobreproducción pertenecen a la misma clase que los cortesanos feudales: esto demuestra que la producción excedente no podía ser totalmente consumida por los pocos individuos que se la apropiaban” (Marx, 1977:110).

El sistema proporcionaba medios de subsistencia sobrantes. Sin embargo, cuando crece aceleradamente la cantidad de mendigos y vagabundos, esta funcionalidad se transforma en disfuncional para quienes detentan el poder, y, por eso mismo, la caridad dominante en la Edad Media es reemplaza, a partir del XVI, por la represión y el castigo al vagabundeo. Otras relaciones también se disfuncionalizan: por ejemplo, aquella que Hobsbawm describe respecto del *popolino*, cuando en las sociedades pre-industriales del sur de Europa éste se desplaza de una relación simbiótica a un estallido en un “legitimismo de las barricadas” que pone en peligro la dominación señorial (Hobsbawm, 1979:118).

Cabe destacar que la relación de funcionalidad-funcional, afuncional o disfuncional a la que se hacía referencia no es estática y más de algún modo la diferencia entre las categorías de “ejército industrial de reserva” y la de “superpoblación relativa”. No toda población excedente se constituye como ejército de reserva; sólo lo es si es funcional al sistema en su conjunto. Es interesante para este trabajo pensar esta categoría en términos de disponibilidad de una masa de trabajadores que puede asegurar al capital su expansión en tiempos de crisis produciendo el disciplinamiento de los que están adentro. Esto no sólo puede significar un efecto directo sobre sus salarios, sino un empobrecimiento relativo en comparación con la masa creciente de plusvalía de la que se apropian los capitalistas (Nun, 1969: 198). es esta básica funcionalidad de la superpoblación la que categoriza el concepto de “ejército industrial de reserva”.

Ya pensando en América Latina y en la existencia de una población excedente, es necesario recuperar el concepto de “desarrollo desigual y combinado” y su incidencia en los diferentes países para articularlo, en cada caso, con el de “masa marginal”. Este último alude tanto a la parte afuncional o disfuncional de la superpoblación relativa como a la coexistencia de diferentes relaciones de producción vinculantes entre la población sobrante y el sector productivo hegemónico. Este desarrollo conceptual sobre la marginalidad en América Latina nos permite comprender los actuales procesos de pauperización e inscribirlos en procesos históricos más largos y con particularidades propias. Los grandes temas que dominaron el escenario político-ideológico de los años setenta se vinculaban con “el paradigma de la modernización”, que desde fines de los años cuarenta se había convertido en el punto de referencia del pensamiento latinoamericano (Nun, 2001). Luego, a partir del aumento de las críticas a las premisas mayores de este paradigma, se motivaron investigaciones que nutrieron la teoría de la dependencia y el desarrollo desigual en el capitalismo en América latina y que aún hoy cobran nuevos significados.

En momentos en que los horizontes de desarrollo de los países latinoamericanos se ven obstaculizados no ya por los gobiernos militares sino, por el contrario, en el marco de gobiernos democráticos con mercados fuertes y Estados débiles, hoy más que nunca adquiere singular relevancia el tema de la marginalidad, ubicando esta problemática no en el plano económico sino en el social y político, y señalado que los procesos de marginalidad y

exclusión no son productos de la naturaleza, sino de la emergencia de relaciones de poder determinadas (Nún, 2001:33)

La actual polarización social genera el ascenso de un nuevo régimen de desigualdad y marginalidad urbana que, a diferencia de otros momentos históricos, parece presentarse como permanente o cada vez de más largo plazo, profundizando el abismo entre quienes son confinados a la marginalidad y la exclusión -las grandes mayorías- y el resto de la sociedad.

La exclusión: el último de los despojos

La exclusión se presenta muchas veces como el punto de llegada de un largo proceso para quienes lo transitan. ¿Qué significa ser excluidos hoy en la Argentina? Ser excluido representa haber transitado condiciones estructurales de pobreza, estar desocupado, haber sido *obrero* y hallarse hace varios años sin trabajo y/o mal empleado o subempleado, lo que se acentúa si se es mujer, anciano o niño, vivir en villas, asentamientos, barriadas populares u ocupar de modo precario tierras fiscales, no tener posibilidades de reconversión laboral para ser nuevamente empleable, ser jefe o jefa de familia de un grupo familiar numeroso y no contar con ingresos estables ni con acceso a educación ni ningún tipo de protección social.

Esta condición de excluido expresa la relación directa entre la pobreza, la exclusión y el trabajo. Este vínculo daría cuenta de las condiciones históricas de la producción de la pobreza, pero entonces, ¿por qué hoy se habla de exclusión? Se abrirán distintas líneas de reflexión. La primera se refiere a una sustancial modificación en el “espesor” de la pobreza (Geertz, 1994). En este sentido, los datos cuantitativos aportarían información más que suficiente respecto de la magnitud de los procesos de pauperización, lo que nos permite argumentar que es el aumento de la cantidad de pobres, incluyendo a los “nuevos pobres” e “indigentes”, (PIE DE PAGNA) lo que daría cuenta de los cambios producidos. Sin embargo, en la expresión de una inscripción diferenciada de los sujetos en la trama social, donde hoy se produce una dimensión cualitativa diferente de dichos procesos.

Los actuales procesos de pauperización expresan una nueva fijación de significados y sentidos que se ponen en juego respecto a qué es ser pobre, qué es ser marginal y qué es ser excluido en la sociedad argentina a comienzos del milenio. En esta dirección, los aportes de Castel son claros al definir las diferentes zonas de cohesión social: una zona de integración,

una de vulnerabilidad y una de exclusión, advirtiendo que es con el ascenso y ampliación de la segunda zona que se profundiza en la última.

La vulnerabilidad se define por la falta de un trabajo estable, por la precarización laboral, por las condiciones educativas y psicológicas y por la ausencia de un tejido social que represente un sostén relacional. Castel son claros al definir las diferentes zonas de cohesión social: una zona de integración, una de vulnerabilidad y una de exclusión, advirtiendo que es con el ascenso y ampliación de la segunda zona que se profundiza la última.

La vulnerabilidad se define por la falta de un trabajo estable, por la precarización laboral, por las condiciones educativas y psicológicas y por la ausencia de un tejido social que represente un sostén relacional. Castel sostiene que existe un grave riesgo en la definición de la exclusión como un estado y no como un proceso sobre el cual se puede y se debe intervenir con antelación. Por tanto, la mirada debería estar puesta en la zona de vulnerabilidad que, a diferencia de lo que ocurría en el siglo XIX, ya no vendría acompañada de estabilidad ni de crecimiento económico. Los excluidos de hoy serán “los que no pertenecen al mundo del ciudadano” (Villareal, 1996:21).

Asumiendo otro punto de vista, el desplazamiento del concepto de “desigualdad” al de “exclusión” naturaliza los actuales procesos de desafiliación social y los sitúa, en una operación discursiva de legitimación, en nuevas relaciones de poder que tienen su expresión directa en la construcción de las políticas sociales, incluidas las educativas. Se instalan nuevos y diferentes “lenguajes de la exclusión” (Foucault, 1997) que exceden, sin destacarlos, al judicial y al psiquiátrico.

Este campo de posiciones expresa relaciones de poder: para quienes concentran la riqueza y el poder político, los excluidos serán parte y objeto de su discurso, como si su existencia representase una consecuencia casi “divina” de los actuales cambios económicos y sociales, de los procesos de globalización y, por lo tanto, de la necesidad de *aggiornar* la inclusión del país a un nuevo escenario mundial. Anulados discursivamente los términos que aluden a las causas que provocan los procesos de profundización de las desigualdades ya existentes, sólo queda esperar tiempos mejores; unido esto a promesas electorales que, en el mejor de los casos, presentan el problema sólo como un tema de agenda de política social

para la cual bastará asegurar la reasignificación mejor de las partidas, garantizando la focalización de los recursos a “los más pobres entre los pobres”.

Si se parte de una mirada sobre las representaciones de los sujetos en condiciones de fuerte vulnerabilidad, la exclusión representa el abismo, la caída inevitable de la cual no hay retorno. Por eso mismo, el objetivo que organiza y vertebra las estrategias familiares de los sectores populares es, justamente, no transitar este pasaje de pobres a excluidos, de trabajadores precarios a desocupados crónicos, de villeros a desposeídos, de pobres decentes y honestos a ladrones y marginales. Significa quedar “enganchado”, “conchabado” de algún modo para no ser desplazado por otros más pobres que uno. Es, en definitiva, la necesidad de la supervivencia la que signa y marca fuertemente la nueva situación social y que, por lo demás, incluye a todo el grupo familiar: la mendicidad de los niños, los ancianos y/o enfermos, el recibir cualquier tipo de asistencia, el trabajar más por menos y en peores condiciones laborales, el ser beneficiario de programas asistenciales, etc.

Los territorios de la pobreza se han modificado, así como también las expectativas y los horizontes de quienes los habitan. Las propias representaciones de los sujetos respecto de la posibilidad de una futura inclusión desaparecen y aquello de que “trabajo y salud” eran suficientes para aspirar a mejores condiciones de vida se diluye dramáticamente. Se instala otra competencia, no siempre clara, en la cual el enemigo y causante de la falta de trabajo ya no es el capitalismo sino, por el contrario, el boliviano, el chileno, el peruano, el paraguayo que, paradójicamente, es el más próximo, el vecino.

El otro paso a ocupar el lugar del enemigo, el extranjero no es acogido, sino que es culpabilizado y discriminado por su condición. Los nuevos territorios de la pobreza que hemos nombrado ya no se conforman como morada, casa o refugio para otros pobres, migrantes venidos de otros países. La pregunta sobre quién es el extranjero nos interroga sobre todo respecto de la hospitalidad, en el sentido de si ésta es dirigida o bien a un sujeto identificado por su nombre y nacionalidad o bien a un sujeto de derecho.

La lucha por no ser excluido se expresa de modo cruel y traumático en la vida cotidiana de los grupos familiares urbanos y rurales que, al borde de ser ubicados por debajo de la línea de pobreza, se resisten a seguir descendiendo aún más, porque más abajo está la *indigencia* y afuera, lisa y llanamente, el abismo, la exclusión. Dicho abismo se expresa en la

certeza de no volver a conseguir trabajo estable, no poder adquirir la tierra para construirse la casa, no poder sostener a la familia ni mandar a los hijos a la escuela; todas ellas son razones que imponen una relación de estricta dependencia con el Estado representada por el “puntero” más cercano y próximo, quien da al mismo tiempo que controla, sujeta y condiciona la comida a la lealtad, semejante a la “pobreza subvencionada” de la Edad Media (Geremek, 1998: 53). Se trata de la pérdida de la soberanía alimentaria (Andrenacci, Neufeld y Raggio, 2000), de comer si existe la oportunidad en los comedores escolares y/o municipales, de esperar la leche del Plan Vida o trocar en el Club del Trueque más próximo, de un cambio en la organización del tiempo de las familias, de la imposibilidad de reingresar al mundo del trabajo y subsistir en el del no trabajo, de la pérdida del lazo social garantizado históricamente por la condición salarial.

En definitiva, se trata de la desafiliación, espacio abismal de la negación de los sujetos, de la falta de nominación que en la Argentina primero requirió de la invisibilidad de los cuerpos para asegurar, luego, la invisibilidad social y, así, poder legitimarla. Sujetos inarticulados, invisibles, excluidos, sin futuro, sobrevivientes que, a diferencia de los momentos del incipiente capitalismo, ya no son ni siquiera reconocidos como los indigentes, los miserables que “gozaban del socorro como derecho constitucional” (Castel, 1997: 191) en el marco de una República que representaba la garantía de los derechos universales de los hombres desde el cumplimiento de principios republicanos que reafiliarían a quienes habían caído en la desdicha bajo la promesa de inserción social.

En la actualidad, son cuantificados y cualificados como “marginales”, “gente de mal vivir”, “bandidos”, “irrecuperables” para la sociedad”, todos calificativos utilizados para los campesinos sin tierra de Brasil, nuevos migrantes de la pobreza, despojados de la tierra; en Rosario, “cazadores de todo aquello que sirva para comer”; en Buenos Aires, “habitantes miserables de las veredas del primer mundo”. Niños y niñas, adolescentes, jóvenes pobres convertidos en delincuentes alimentan una lista por demás extensas en la Argentina y en América Latina. En la duplicidad de una misma operación discursiva se reconoce y se apela a la gravedad de la problemática de la exclusión para inmediatamente tematizarla como violencia; de este modo se inculca el miedo en la sociedad al mismo tiempo que se provoca el olvido de sus causas. A ello se suman también otros procesos, como el reconocimiento de la diferencia en términos étnicos y culturales, y el consiguiente borramiento de la desigualdad

como contenido de los mecanismos de diferenciación social. “En esta compleja trama de saberes y construcciones ideológicas, se dan las condiciones a partir de las cuales las desigualdades sociales resultan subsumidas en diferencias culturales” (Grassi, 1996: 21). Es el pasaje del que estaba abajo al que está afuera y, por lo tanto, la configuración de nuevos sujetos y la hegemonía de un discurso del poder que establece nuevas estrategias de dominación y disciplinamiento social. Se construye, de esta manera, una nueva cartografía de la exclusión, de acumulación de desigualdades preexistentes, una nueva territorilización de la pobreza y se delinean nuevas fronteras entre el trabajo y el no trabajo. Para ello, en la configuración del nuevo mapa social, se produce para los sectores populares el borramiento “del orden estable del trabajo, al que van añejas garantías y derechos, y la estructuración de la sociabilidad a través de las condiciones del hábitat, la solidez y la importancia de las protecciones familiares, la inscripción en redes concretas de solidaridad (Castel, 1995: 32).

La exclusión en las sociedades posindustriales incluye los riesgos de fractura y rupturas sociales en las cuales los excluidos no tienen un espacio en la organización de la sociedad. Es en los momentos previos al descenso vertiginoso cuando hay que actuar e intervenir para evitar la caída. Las políticas focalizadas, supuestamente eficientes, representan “el complemento necesario para asegurar la continuidad de la política de ajuste estructural, diseñada para liberar a los mercados y liquidar la cultura de derechos universales” (Coraggio y Torres, 1997:14).

La exclusión desde una mirada crítica

Si bien la categoría de “exclusión” preside la discusión y producción intelectual de los años ochenta y noventa, el despliegue de las políticas neoliberales en el mundo, así como el accionar de los movimientos sociales y una reflexión crítica sobre el acontecer social ponen en discusión este concepto. Por un lado, se señala la ambigüedad del término y, por el otro, se critica que en su desarrollo no recupera el protagonismo de los sujetos en el enfrentamiento con los procesos de exclusión. Esta línea de análisis retoma los aportes de quienes investigan el surgimiento y fortalecimiento de nuevos movimientos sociales, particularmente en América Latina, argumentando – a la luz de su desenvolvimiento- sobre los límites de la categoría de “exclusión”.

Autores que coinciden en esa crítica -como Martins (1997) y Oliveira (1997), entre otros -plantan “el uso indebido a indiscriminado del concepto de exclusión que ocasiona una cierta disolución de su especificidad” (Ribeiro, 1998:40), lo que provoca la pérdida del sentido que le dio origen desde la sociología. De todos modos, atentos a las realidades sociales y políticas que se viven en el mundo actual, admiten que el concepto de “exclusión” es necesario para comprender qué tipo de sociedad estamos construyendo.

Las principales críticas se organizan alrededor de dos aspectos. El primero está referido al límite del significado de “exclusión”, en tanto aquello que está afuera, que ubica a los excluidos fuera de la sociedad. Ese proceso -desde este planteo- oculta la relación que produce esta situación. El segundo se refiere a que el uso de la categoría de “exclusión” puede significar la aceptación del orden excluyente y, por eso mismo, la lucha por la inclusión puede legitimar una sociedad que produce la exclusión. En este sentido, es necesario señalar que el aumento de la exclusión como intensificación de la pobreza viene acompañado de la destrucción de los derechos de la ciudadanía que se instituyeron en un Estado social.

Si desplazamos la atención a uno de los posibles usos de este concepto, creado no hace más de tres décadas en la ciencia social, es clave para los países latinoamericanos debatir el sentido de su inclusión en el discurso de los organismos internacionales, ya que éstos ubican a la exclusión como problemática a ser atendida, pero disociada del actual desarrollo capitalista y de sus rasgos característicos, como los fenómenos en expansión del mercado y la tendencia del capital a su universalidad.

Esta economía es mundial porque sus bases están organizadas en una división del trabajo que actualmente alcanza distinta índole. El mercado del trabajo está dividido por una muralla que opone países centrales y periféricos, y con ello polariza el desarrollo capitalista mundial entre, por un lado, los países centrales que integran un mercado “tridimensional” y, por otro lado, los países pobres con mercados “bidimensionales”. Los primeros incluyen mercaderías, capital y trabajo, y los segundos sólo mercaderías y capital. Este movimiento desigual que fractura la economía mundial tiene como contrapunto la existencia de cada vez menos corporaciones en las que se concentra y desenvuelve el mercado capitalista, así como también la existencia de cada vez más pobres en el mundo. El mercado se enuncia como un nuevo ícono de la humanidad y la exclusión como la imagen emblemática de este orden mundial.

Los sujetos pobres, vistos en otros momentos históricos como decentes e indecentes, válidos o inválidos para el trabajo, beneficiarios de la caridad o la asistencia pública o privada, y actualmente como excluidos, no sólo se enfrentan a la supervivencia, sino que su situación social se liga a procesos en escala mundial como población excedente. Pueblos enteros son excluidos en este tiempo, pueden morir por millones en guerras, sequías o masacres civiles. La exclusión no se reduce a una mirada economicista de medición de cantidades, lo que ésta en juego no son los miles de millones de pobres y excluidos en el mundo que superan ampliamente los tres mil millones; lo que está en juego es la propia humanidad, el mundo que habitamos y el siglo que tendremos por delante.

En los puntos anteriores partimos del análisis de las tradiciones teóricas de las categorías de “pobreza”, “marginalidad”, y “exclusión” e hicimos referencia a los cambios cualitativos y cuantitativos que se expresan. En los actuales procesos de pauperización, en una sociedad que ha cambiado profundamente en las últimas décadas, a nivel mundial, pero especialmente en la Argentina y en el Cono Sur. En este nuevo contexto, nuevas y diferentes cadenas de equivalencias discursivas se construyen sobre esta problemática. Los *pobres* se transformaron discursivamente en *marginales o excluidos*, a la marginalidad se la asocia con la violencia, a esta última con el riesgo, y al riesgo con el peligro (Marí, 1995). Se forma un *mix* ideológico en el cual se combinan elementos de peligrosidad social y viejas consideraciones de orden moral. La desigualdad social excede a los sujetos de la pobreza y la mirada debería dirigirse, más que a los sectores excluidos y pobres, hacia los procesos de exclusión, pauperización y subalternización (Danani, 1995) que la provocan. En esta misma dirección, Castel advierte sobre la necesidad de que desde el Estado se intervenga y atienda “la zona de vulnerabilidad”, anticipándose a la profundización de los procesos de desafiliación social que produce la exclusión.

En términos generales, lo que ha sucedido en la sociedad argentina

“(…) es el pasaje de una configuración social relativamente homogénea, con un tejido social relativamente articulado, con formas de solidaridad desarrolladas sobre la base de organizaciones sindicales, a una situación de mayor heterogeneidad y exclusión social; sobre la base de una desigualdad socioeconómica que no establecía diferencias, fragmentaciones cualitativas tan grandes como las que se presentan ahora (Villarreal, 1996).

Sin desestimar de modo alguno los datos cuantitativos que evidencian traumáticamente la magnitud del aumento de la pobreza, es su diferente “espesor” (Geertz,

1994) lo que se pondera para el objeto de trabajo de este trabajo se puede mencionar sobre la categoría “frontera” para comprender y explicar los nuevos procesos de exclusión y su traducción.

En otros momentos históricos, el adentro y el afuera delimitaban fronteras claras desde las cuales el Estado providente asumía un papel de integración y control de aquellos que - nominados como pobres, carentes o indigentes- no estaban incluidos en el sistema de producción y eran objeto tanto de asistencialidad como de caridad pública o privada. Esta intervención se legitimaba en una operación de integración social y, simultáneamente, de administración del conflicto. Actualmente, en el marco de los procesos de globalización y transnacionalización, donde prácticas sociales, económicas, políticas, culturales y demográficas parecen dislocar las fronteras espaciales, culturales y grupales (Briones, 1996), se define nuevas *fronteras de exclusión* (Véase Redondo y Thisted, 1999). Las distinciones entre el adentro y el afuera, entre la entrada y la salida fundan una breve y dramática trama de la identidad.

“la noción de fronteras es un término que adquirió relevancia sólo recientemente en la teoría social. Parte de ese súbito interés se asocia a que viene a significar varios fenómenos contemporáneos: el borramiento de los límites de las identidades, la crisis de los estados nacionales, la tendencia a la inter-, multi-o pluri-disciplina en los conocimientos científicos, la “confusión de los géneros” (Puggrós, 1995). La frontera como “metáfora” permite explorar la textura y densidad de estos cambios para poder pensar en la pobreza como un campo problemático sin puntos fijos ni explicaciones dicotómicas y poder analizar, a partir de la configuración de nuevas fronteras de exclusión, su expresión en lo que hemos denominado “fronteras educativas” (Redondo y Thisted, 1999).

Avanzar en esta dirección complejizar la comprensión de las actuales realidades ya que reconocer y releva otros indicios que dan cuenta de los procesos de exclusión e inclusión que atraviesan a estos niños, adolescentes y jóvenes, como también los modos no homogéneos en los que impacta la pobreza en ella. Interrogarnos sobre cómo se refleja y se procesa la pobreza en las escuelas implica poner en discusión categorías de análisis como “clasificaciones escolares”, “redes”, “circuitos escolares”, etc., siempre que no resulten suficientes para comprender la complejidad de la situación actual (Puiggros, 1995). Estas fronteras de exclusión atraviesan el campo de lo educativo. Sectores que quedan fuera de poder acceder a la educación, analfabetos o analfabetos funcionales que quedan del otro lado, poblaciones indígenas, mujeres, jefas de familia, desocupados o subocupados, migrantes del interior del país o de otros países alejados de la posibilidad de defender su acceso a la

educación. Al mismo tiempo, afectan de modo particular a aquellas escuelas que se hallan en barriadas signadas por la pobreza extrema; en tanto fronteras, pueden constituirse sólo en límite, en imposibilidad, pero también en pasaje y como contrapunto, en encuentro o lazo.

Allí, en las calles del “fondo”, donde todo termina, en cualquiera de las dos situaciones, los modos como se significa el contorno de los límites o posibilidades de educar adquiere relevancia tanto en la cotidianidad de los sujetos que las transitan como en la prospectiva de sus futuros. Esta investigación se ubicó en la perspectiva teórica de indagar sobre situaciones escolares abiertas a sus posibilidades de desenvolvimiento, es decir, considerando las potencialidades que éstas contienen, y, en ese sentido, plantea un pensamiento dialectico que va de “lo dado” a “lo dándose” y que inscribe a los actores sociales en una búsqueda de sentido de sus accionar (Zemelman, 1994:43). Reconocer a los sectores excluidos luchando por su inclusión ubica a la educación y, en particular, a las escuelas frente a la necesidad de profundizar su conocimiento sobre la realidad social en que están inmersas, transitando un proceso abierto, inacabado, que habilite la construcción de formas de transformación cualitativa.

Dislocar territorialmente las fronteras de la pobreza es dar cuenta de que, también hoy, en la periferia de los centros urbanos se construyen barrios privados mientras que en el centro las casas abandonadas son ocupadas por inmigrantes indocumentados que asisten a las tradicionales escuelas céntricas de las ciudades y los pueblos. En virtud de estos fenómenos, lo que llama la atención es que, al mismo tiempo que se condensan los sentidos de la polarización de una sociedad aceleradamente dualizada, se ve dislocada la relación centro-periferia, y el margen puede quedar localizado tanto en el propio centro como en la periferia. El nuevo mapa social argentino incluye, de un lado, *countrys*, clubes de campo, barrios privados, autopistas, servicios particulares de transporte y, del otro, villas de emergencia, asentamientos, barriadas populares junto con la recurrente ausencia de los servicios públicos básicos y mínimos para la población, y a ello se le suma la absoluta inseguridad y desprotección social. La visibilidad de la inclusión y el consumo primermundista en la Argentina, expresión de la concentración exacerbada de la riqueza, establece un delicado contrapunto con la soledad social de la indigencia y la exclusión terciarmundista.

En los actuales escenarios sociales, cualquier discurso sobre escuelas en los territorios de la pobreza no se refiere a una realidad acotada, puntual, que afecta sólo a una pequeña

proporción de escuelas localizadas en la periferia. Muy por el contrario, remite, como ya se ha planteado, a un amplio y heterogéneo conjunto de escuelas que se ven afectadas en su totalidad por la pobreza, la marginalidad y la exclusión más allá de su localización geográfica.

La propia experiencia laboral y de investigación en estos contextos permite afirmar que la realidad educativa de estas escuelas dista de ser homogénea o uniforme. Antes bien, el conjunto de instituciones educativas que atienden a la población infantil y adolescente en condiciones de pobreza extrema representa en sí mismo un conjunto sumamente heterogéneo. Ello se debe a la diversidad social y cultural, a la singularidad de las comunidades, al grado de organización social y política, al protagonismo y posicionamiento de los sujetos insertos en estas realidades educativas, que producen prácticas institucionales y pedagógicas diversas, heterogéneas e, incluso, contrapuestas.

A modo de hipótesis, podemos plantear que si hay algo que distingue este universo de escuelas -en la actualidad, la mayoría del sistema educativo argentino- son precisamente los modos como los diferentes sujetos procesan, nominan, comprenden, problematizan la condición de pobreza de los alumnos, de los grupos familiares, del barrio e, incluso, de la propia escuela. Es en el terreno del imaginario que se disputan otros sentidos sobre la educación, y ello conlleva la definición y organización de las prácticas de los sujetos, ya sean niños, padres o docentes, tal como lo veremos, en particular, en los jóvenes que participaron en el estudio.

Instalar la discusión alrededor de los límites y posibilidades de educar, en torno a la configuración de fronteras educativas, permite visualizar, en el interior de este conjunto de instituciones, aquellas en las que la diferencia que produce la pobreza como frontera social parece establecer límites casi invulnerables a las posibilidades de educar. Se conforman, entonces, fronteras educativas que profundizan y reproducen en el espacio escolar la desigualdad, la discriminación y la diferenciación que ya se da en el espacio social. La escuela se instala en los territorios materiales y simbólicos de la pobreza como una extensión más del contexto.

En otro conjunto de escuelas, las diferencias sociales se pulsan, tensionan y problematizan y, por lo tanto, las limitaciones, adversidades, obstáculos que la realidad socioeconómicas y culturales de los grupos familiares y las comunidades presentan son objeto

de transformación, alterando de algún modo aquello que se presenta como dado. La frontera de la pobreza como frontera social no se diluye, pero tampoco es instalada y reconocida como inabordable, sino que se abre una grieta, se inscribe otro texto, se tiende un lazo, se promueve el encuentro con la subjetividad del “*otro*” como “*sujeto constructor de otras realidades con capacidad de alterar lo dado*” (Zemelman, 1994:44). De este modo, “*la toma de la palabra*” de quienes son excluidos y negados en su condición humana se transforma en una posibilidad de construcción de otras subjetividades e identidades que “*subvierten*” el orden establecido.

Desde esta posición, se indagó la vida cotidiana de los sujetos, niños, así como la de las instituciones, desde una dimensión social no sólo reproductiva. Por el contrario, se abordó una mirada más dialéctica desde la cual reconocer lo que esa realidad dada “no es” y, en ello, conocer prefiguraciones parciales de otra realidad. El objetivo era abrir la posibilidad de constituir otros sujetos que tensionen los límites que se les imponen. Trabajar en esta dirección amplió el espectro del trabajo de investigación ya que permitió reconocer otros indicios que daban cuenta de la construcción de procesos de inclusión en un contexto de profunda exclusión.

La metáfora de la “frontera” se aproxima a la de “margen” y, a partir de allí, nombrar (PIE DE PAGINA) los distintos momentos y escenarios no como los más empobrecidos de décadas atrás, sino como “escuelas en los márgenes”, permite apartarse de aquellas perspectivas que ya en la forma misma de nominar a las instituciones en contextos de pobreza extrema las clasifican y estigmatizan negativamente (Redondo y Thisted, 1999: 150).

Cartografiar e indagar dichas realidades educativas parte de reconocer la complejidad de la articulación entre educación y pobreza, y de la necesidad de construir y reconstruir otros itinerarios posibles para las escuelas y quienes las habitan: docentes, niños y padres, sujetos nunca sujetos exclusivamente a la reproducción de lo dado. El recorrido propuesto no se agota el análisis exhaustivo de las diferentes teorías sobre la pobreza, sino que representa un intento por delinear algunas de ellas, que permitan ser el marco de referencia de esta investigación. En ese sentido, el cristianismo, el liberalismo, el keynesismo, el marxismo y los aportes de la antropología y la sociología como grandes nudos dan cuenta de la densidad ideológica del concepto y simultáneamente de su carácter difuso.

La pobreza aparece cargada de conceptualizaciones y prácticas sociales que se entrelazan y sedimentan, realidades que se parecen y se diferencian, representaciones, creencias, producción de multiplicidad de sentidos que proliferan, instituciones, agentes, soportes discursivos que hablan, nombran la pobreza y la lucha contra ella bajo diferentes máscaras. Máscaras que, en nombre de Dios, de los intereses nacionales, del pueblo, de la seguridad y el bien común, convierten a los discursos sobre la pobreza y la exclusión en escenarios de disputas ideológicas y políticas que sin neutralidad alguna se tornan sumamente productivas en el momento de consolidarse más estratificaciones, nuevas y viejas desigualdades.

Quizás lo más siniestro de los actuales procesos de pauperización en la Argentina se expresa en ese dar por sentado o neutralizar la dramática y dolorosa existencia de los miles y millones de rostros “sin rostro” que diariamente habitan y transitan los espacios urbanos. Por ello, si se trata de “proporcionar sentido a nuestra experiencia histórica” (Heller, 1993:277), repensar los vínculos entre educación y pobreza se torna cada vez más urgente y necesario para crear y fortalecer un pensar y un hacer alternativo en los territorios de la pobreza.

La mayoría de los autores ubican la aparición del enfoque chicos de la calle en la década del 80, destacando el caso de Brasil, México y Colombia como los países pioneros en la problemática (algunos incluyen a Perú y Argentina). Hay un acuerdo generalizado con respecto al importante rol que han cumplido las instituciones específicas (ONG y los organismos internacionales) en el proceso de reconocimiento de la problemática y en la falta de claras políticas del Estado articuladoras de la gran oferta institucional destinada a la temática.

Una vez asumido el efecto de visibilidad generado en torno a los chicos de la calle, se remarca el proceso de naturalización que prosiguió en el paisaje urbano latinoamericano, señalando la situación como una problemática social en ascenso y expansión, propia de las ciudades con grandes concentraciones poblacionales y económicas

En términos particulares y descriptivos, se acuerda en caracterizar la situación de calle como condición emergente de los contextos de pobreza y crisis familiares en el espacio urbano y suburbano latinoamericano. Con diferentes niveles de complejidad de análisis de estas tres dimensiones (condiciones de pobreza, contexto familiar y espacio socio-urbano), los

diversos trabajos elaboran sus marcos teóricos-explicativos y descriptivos a través de las relaciones que se establecen entre dichas dimensiones, como parte del contexto en que se establecen entre dichas dimensiones, como partes del contexto en que se desenvuelve el adolescente en situación de calle, y que hacen a las múltiples causas y consecuencias de sus condiciones de vida.

Si bien no todos los adolescentes y jóvenes pobres trabajan y/o viven en la calle, a grandes rasgos se afirma que las estrategias individuales o familiares de estos individuos en las calles de la ciudad se desarrollan en contextos sociales de pobreza. Las necesidades económicas se identifican como uno de los principales causantes del ingreso de los mismos al circuito callejero, realizando alguna actividad laboral que permita la obtención de un ingreso para la subsistencia personal o del grupo familiar. Este aspecto suele ser claramente resaltado cuando se aborda la problemática desde la perspectiva del trabajo infantil.

En segundo término, se destaca la relación entre características familiares y calidad de los lazos afectivos, junto con la condición de precariedad económica del grupo familiar (padres desempleados o insertos en la económica informal). Así, se suelen describir situaciones de violencia, abuso, maltrato, adicciones, etc. que hacen a la ruptura o fragilidad de las relaciones con el grupo familiar de origen y dan lugar a la conformación de nuevos vínculos por fuera de la familia en el espacio callejero con otros pares, comerciantes, vecinos, instituciones, etc.

Paralelamente, se observan fuertes vínculos familiares cuando la presencia del adolescente en la calle tiene que ver con la realización de alguna estrategia laboral para la sobrevivencia de la unidad doméstica. Los contextos de crisis familiares se identifican generalmente con los casos de los adolescentes que viven en la calle o que realizan un tránsito fluctuante entre la estadía en calle y en su hogar, realizando tareas laborales en forma autónoma o con pares, pero no necesariamente dentro de una estrategia familiar laboral organizada.

También se destaca el fenómeno de reproducción socio-cultural de las prácticas de los niños/as en contextos sociales de pobreza, cuando se torna una práctica frecuente y naturalizada de los chicos de un mismo barrio, en lo que podríamos llamar un efecto dominó (donde un adolescente arrastra al otro). Cuando se recuperan las historias de vida de los

adolescentes y su trayectoria en calle, suelen mencionarse las primeras incursiones hacia las zonas céntricas y avenidas de la ciudad con otros niños/as para pedir, jugar, o “traer alguna moneda”.

En la actual tendencia de recomposición – descomposición del modelo familiar (nuclear – moderno), se indica como una constante la fuerte presencia de la figura materna respecto de la conflictiva o ausente figura paterna. En este marco económico y familiar, se señala la elección del ámbito callejero como espacio alternativo de socialización, de intercambio económico, de libertad y seguridad frente a los conflictos del mundo privado – familiar.

En la apropiación diferencial del espacio urbano, las zonas céntricas de las ciudades se destacan como ejes de atracción privilegiados de los adolescentes por su gran afluencia poblacional, concentración de corredores comerciales, y ofertas culturales y de entrenamiento. También se indican las esquinas con semáforos como puntos claves para la oferta de servicios al automovilista (limpieza de parabrisas, malabares, venta de productos, etc.) y las plazas, como puntos de encuentro con pares, consumo de drogas, desarrollo de actividades lúdicas, etc.

Al señalar los usos de la ciudad y estrategias de vida desplegadas en el espacio urbano, se sugiere como central la relación entre el espacio habitacional, generalmente ubicado en la periferia de las ciudades, y el espacio laboral o de esparcimiento, generalmente ubicado en la zona central de las mismas. La relación centro-periferia y la distancia geográfica, social y simbólica entre el lugar de residencia y el lugar de concentración poblacional, económica, cultural y política, es esencial para el análisis de las condiciones de vidas estratégicas de sobrevivencia de los adolescentes en situación de calle.

De acuerdo con la perspectiva teórica y al enfoque de cada estudio, en unos se nomina a estas actividades como trabajo y en otros como formas encubiertas de mendicidad. Luego de describir dichas actividades, que tienen que ver con la percepción de un ingreso económico, se señalan las actividades lúdicas de los adolescentes en las calles y plazas, destacándose el uso del dinero para el ingreso a los locales de video juegos o cybers para la compra de productos o diversas sustancias tóxicas (alcohol, drogas, etc.). En las descripciones del

adolescentes en situación de calle, suelen ser reiterativa y característica la relación entre trabajo, calle y drogas.

Si bien todos los estudios hacen mención a las prácticas de consumo de drogas y, en particular, de solventes industriales inhalables (tiner, tolueno, metanol, nafta, etc.), encontramos una serie de investigaciones (Dominguez, Romero, Paul, 2000; Martinez Alvarez, 2002; Gutierrez, Vegga, 1995, 1999 y 2003) que se dedican a trabajar este aspecto específico con el fin de aportar información para ser tenida en cuenta en el diseño de programas de intervención en calle. En estudios realizados en Estados Unidos (Fairman Cooper, 2006) y España (Bravo Rodriguez, 2005) también se observa el uso de sustancias inhalantes o disolventes volátiles contenidos en pegamentos, aerosoles, removedores de pintura, quita esmaltes, líquidos limpiadores, etc. de venta libre y de muy bajo costo, que los niños consumen como formas de evadir la realidad (superar el hambre y frío) y generar placer.

Se ha señalado la importancia de las formas de abordaje institucional sobre la problemática desde mediados de los 70 hasta el presente. Ahora cabe señalar cuales son las formas teórico- metodológicas de intervención sobre los jóvenes en situación de calle que priman, en la actualidad, en el campo de las políticas y programas sociales sobre la infancia. A grandes rasgos, podemos afirmar que la atención de los adolescentes en situación de calle cuenta, por un lado, con todo el campo institucional heredado de las viejas políticas de la minoridad (hogares, institutos correccionales, etc.) y, por otro, con el abordaje alternativista de las ONG que viene imponiéndose desde la década del 80, acompañado por el avance de los postulados teórico – jurídico de la CIDN y los organismos internacionales.

En este escenario, el Estado, en sus diversos niveles, va siendo permeado por el debate entre las viejas y nuevas concepciones del derecho, de la infancia y de los modos de intervención (se pasa, por ejemplo, de la gestión a la co-gestión). Tenemos un campo diversificado de la acción social sobre la cuestión infantil que involucra tanto a organizaciones de la sociedad civil (ONG, Movimientos sociales, etc.) como a organismos públicos nacionales e internacionales. Gómez da Costa (1997) clasifica las acciones institucionales sobre la población infantil en situación de calle según sus diferentes objetivos interventivos. En primer lugar, se señalan aquellas entidades que brindan atención directa a los niños, jóvenes en la calle, procurando cubrir al máximo sus necesidades materiales

(comida, alojamiento, vestimenta, etc.) y tratando de encaminarlo hacia la realización de actividades que le brinden mejores herramientas para un futuro fuera de las calles, a través del estudio y la capacitación laboral. Otras organizaciones de este tipo toman una postura solidaria con el niño, adolescente que trabaja o vive en las calles, sin procurar sacarlo de la misma.

En segundo lugar, están los programas de promoción y defensa de los derechos de estos niños y adolescentes que, sin realizar una atención directa, desarrollan líneas de interacción activa y crítica con las políticas públicas, luchando por el aumento de recurso hacia el sector, las reformas en la legislación sobre el niño y denunciando las irregularidades en el trato que reciben los mismos en las instituciones (policía, instituto de menores, juzgados, etc.). En la actualidad, se cuenta con los programas que favorecen una tendencia de abordaje que promueva el trabajo en red, articulando la vasta oferta institucional (pública y privada) en el campo de la infancia y de los niños/adolescentes en situación de calle.

La primera etapa alternativista de abordaje institucional de la problemática, realizada por las diversas ONG, centró su propuesta en el niño como único protagonista, y la calle como el escenario privilegiado de la intervención. En este sentido, la investigación realizada por Shaw (2002^a), hace un relevamiento de las experiencias de abordaje institucional en América Latina que, a criterio del autor, desempeñan un papel importante en la salida de los niños/a del circuito callejero.

Las organizaciones que referencia el autor son aquellas que elaboran sus propuestas interventivas teniendo en cuenta los deseos del niño/a, adolescentes, brindando alternativas educativas, deportivas, artísticas, etc., que ofrecen al niño la oportunidad de construir su propia vida. Dentro de este tipo de propuestas se encuentra el Circo para todos (Cali, Colombia) o la Escuela de Artes Urbanas (Rosario, Argentina) que capacitan a niños excluidos en artes circenses y músicas populares (rap, cumbia, hip-hop, etc.) orientadas en este mismo sentido, el Colegio del Cuerpo (Cartagena, Colombia), Edisca (Fortaleza, Brasil), el movimiento pro-crianca (Recife, Brasil) y el Projeto Axé (Salvador de Bahía, Brasil) funcionan como escuelas de ballet y danza moderna para niños en situación de calle y en condiciones de pobreza. La asociación de apoyo a un niño y la asociación muchachos de la calle (Caracas, Venezuela) patrocinan actividades deportivas como el fútbol o el beisbol para alejar a los niños del circuito callejero. Se indican también experiencias lúdico-educativas

donde se estimula el aprendizaje y las capacidades de los niños/as en condiciones de pobreza (con o sin experiencias de vida en la calle) como es el caso de la fundación Ximena Rico (Medellin, Colombia) o de las ludotecas abiertas por el gobierno municipal en Rosario (Argentina). La fundación ¡Vivan los niños! (Medellin, Colombia) trabaja de igual manera, pero en la calle, con los hijos/as de los vendedores ambulantes,

Algunas de las propuestas de abordaje que más repercusión han tenido sobre los jóvenes que trabaja y/o vive en las calles, son los proyectos de promoción laboral, cultural y educativa a través de la producción y venta de una revista. En Argentina hay varios emprendimientos gráficos de este tipo que funcionan en forma autónoma, tales como las revistas “la Luciernaga” en Córdoba, Changuitos en Santiago del Estero, El ángel de lata en Rosario, Arco Iris en Buenos Aires y Barriletes en Paraná. Tomando el modelo de las revistas europeas elaboradas y comercializadas por desempleados y *homeless*, dichos emprendimientos consideran a los niños en situación de calle como trabajadores, y pretenden brindar un espacio de aprendizaje y cuidado para los mismo, que, además, les permita generar un producto (la revista) cuyo contenido concientice sobre su realidad y sus derechos, a la vez que les proporciona un ingreso económico derivado de su venta y comercialización.

Todas estas formas alternativas de intervención, que se combinan con las formas de abordaje institucional del Estado y las acciones de defensa y promoción de los derechos humanos del niño por parte de los organismos internacionales, vienen modificando paulatinamente el eje de sus intervenciones sobre la problemática. A partir de la década del 90, se fue construyendo gradualmente una mirada integral sobre los niños y adolescentes en situación de calle que aglutina en el proceso de intervención a los referentes afectivos más próximos como actores relevantes, junto con la escuela y la comunidad.

En trabajos como los abordados por Martínez y Muñoz (2004) en Montevideo (Uruguay) o el de Griesbach Guizar (1998) en Ciudad de México, se destaca el cambio respecto de la conceptualización y el abordaje de las problemáticas del niño en el espacio callejero. Éste pasa a ser entendido como un espacio válido para el encuentro y el vínculo con los niños, pero también para trabajar su salida de la calle o la reducción del tiempo de permanencia en el mismo, a la vez que procura la inclusión del niño en los espacios propios de la infancia, en su contexto familiar y comunitario.

Tanto los nuevos proyectos para niños/as en situación de calle como los viejos, han incorporado este enfoque sobre el niño-familia-escuela (propio de la perspectiva de la protección integral), como eje estratégico de sus intervenciones. En el marco actual, la tendencia de abordaje de la problemática está permeada por propuestas institucionales que tienen al grupo familiar como eje central de sus intervenciones, pero con el fin de promover cambios significativos en la situación del niño. El arraigo a la calle es concebido como un proceso construido en torno a factores familiares y comunitarios que entran en juego, tanto en la dinámica de los niños. El arraigo a la calle es concebido como un proceso construido en torno a factores familiares y comunitarios que entran en juego, tanto en la dinámica del niño y adolescente que vive en la calle, como en la de aquellos que pasan parte del día en la misma realizando alguna actividad para su sobrevivencia.

El principal punto de crítica sobre las formas de atención centradas exclusivamente en la actividad y presencia del niño/a en el espacio público, se basan en que este tipo de acciones, finalmente, fortalecen el vínculo y arraigo del mismo con la calle. Se critica que los programas de asistencia directa en calle convierten a los niños en *profesionales de la calle* y, por ello, es necesario elaborar propuestas que tiendan a la inclusión de dicho niño en su ámbito familiar y comunitario, fortaleciendo el entramado de propuestas institucionales en aquellas zonas de las ciudades donde se asientan la mayor cantidad de personas en condiciones de pobreza.

La segunda gran crítica hacia el modo institucional de atención directa al niño en calle, se dirigió hacia el impacto desfavorable que provocaron la desarticulación, duplicación y contradicción de las intervenciones entre las diferentes propuestas institucionales que apuntaban paralelamente a un mismo grupo poblacional. Se objetó que la enorme cantidad y diversidad de ofertas institucionales, la poca continuidad de muchas de ellas y la influencia de una marcada política de tipo clientelar, han permitido un escenario en el cual el niño/a en situación de calle puede hacer uso de los variados servicios asistenciales sin modificar su situación problemática. Las actuales tendencias de abordaje institucional pretenden estar a tono con los postulados de la Convención, remarcando la idea de un niño que debe ser escuchado y de un Estado que debe realizar y articular acciones tendientes a la prevención y promoción de los derechos del mismo, fortaleciendo las condiciones materiales y culturales del núcleo familiar y comunitario de origen.

Copiando el modelo de prevención de la salud y reducción de daños en adicciones, se promueven acciones estratégicas que pretenden lograr que el niño deje de estar en la calle o que reduzca la cantidad de horas en la misma, generando procesos de reinserción en su medio familiar, en su medio familiar alternativo o en otra forma de cuidado, garantizando, en todos los casos, que se trate de ámbitos acordes y favorables para su desarrollo íntegro. La mayoría de los programas actuales que abordan la problemática del niño en situación de calle, trabajan en un doble nivel de intervención que implica la asistencia en calle y el mencionado trabajo de fortalecimiento del núcleo familiar, a través del desarrollo concreto de instrumentos, como acuerdos, subsidiados y becas, que tienen efectos estructuradores en las relaciones familiares o comunitarias, permitiendo reconstruir vínculos y actividades del grupo a partir de un ayuda económica que reemplaza la obtenida en calle.

En un documento que circulaba como guía para la discusión de la I Jornada Niñez y Calle: Construyendo nuevas alternativas de abordaje. Un enfoque interdisciplinario, encontramos una síntesis de las ideas que se sostienen en las actuales tendencias de abordaje, cuando se afirma que:

“Las intervenciones específicas no pueden perder de vista la singularidad de cada niño o adolescente con el que se trabaja, que requiere de un acompañamiento sistemático fundamentado en la recuperación de la historia familiar y personal del niño/a o adolescente, y principalmente en la construcción de un proyecto de vida como sujeto de derecho”.

Aquí, se habla de restituir simultáneamente los derechos vulnerados en calle y pensar en procesos de reinserción familiar o comunitaria, ya que “fortalecer exclusivamente la asistencia en calle al margen de toda estrategia de abandono de la calle redundará en un impacto, necesario, pero de escasa profundidad”. Y señala, finalmente, que “la posibilidad de éxito de una política destinada a reducir el número de niños en esa situación para una muy fuerte articulación del conjunto de los efectores (gubernamentales y no gubernamentales)”.

Campo institucional e indagatorio en la ciudad de San Salvador de Jujuy.

Dado que el presente estudio se restringe al análisis de la situación de calle infantil en la ciudad de San Salvador de Jujuy, parece adecuado indicar la producción académica y actividad institucional regional que se ocupa de dicho campo problemático. Si bien encontramos escasa producción específica a nivel de estudios indagatorios, es importante

señalar dos trabajos que suministran información de tipo cuantitativa, permitiendo observar las magnitudes del fenómeno en la ciudad y que son de gran utilidad en la producción de esta tesis. Uno de estos trabajos indagatorios es la ya mencionada investigación *Condiciones de vida y estrategias laborales de los niños en situación de calle* (Lezcano, Lapenna, 2008: 84). La misma profundiza en el análisis de los niños que trabajan en la ciudad de Rosario para colaborar con la economía doméstica o para sostener sus necesidades elementales, individuales y colectivas.

Aunque está enfocada desde la perspectiva del niño trabajador, no pierde la dimensión más amplia en que se inscriben y sustentan las relaciones del niño en el ámbito de la vida cotidiana. Indaga sobre el vínculo entre el niño y su grupo familiar de origen, el vínculo con el sistema educativo formal, la organización del tiempo libre y el desarrollo de capacidades lúdicas, la utilización del espacio urbano (grandes avenidas, centro de la ciudad, terminal de ómnibus, etc.), las relaciones entre pares y con adultos, el estado de salud y, fundamentalmente, la constitución de identidades que se instituyen a partir de la situación de calle. Se trata de una investigación con un sólido marco teórico cuyo estudio de campo nos permite hacer comparaciones con las estadísticas actuales y revisar las categorías en las que se clasifican las diferentes situaciones de calle de los niños.

Respecto del otro trabajo, un documento elaborado por el Área de la Niñez, señalaremos la utilidad de los aportes conceptuales y estadísticos que nos provee, donde se presentan los datos cuantitativos de la implementación de los Programas de Promoción Familiar que aborda la problemática de la población infantil en situación de calle en la ciudad, desde el punto de vista de la intervención. Este relevamiento resulta del trabajo con los grupos familiares, cuyos integrantes (o algunos de ellos) se encuentran en situación de calle. En el informe de *Avance del proyecto de promoción familiar* que aborda la problemática en la ciudad y, a la vez, se presentan los resultados de una modalidad de intervención, entre los que podemos destacar los siguientes datos generales sobre esta franja poblacional de la ciudad de San Salvador de Jujuy:

Todos estos aportes estadísticos son de gran utilidad (presente y futura) para triangulaciones metodológicas con posteriores indagaciones de tipo cualitativas y constituyen una base sólida para ampliar la visión del fenómeno en toda su dimensión y magnitud. También contamos en este informe con el análisis cualitativo de los avances y retrocesos en

los procesos de intervención, con el relato de casos testigos de niños en situación de calle. Estas informaciones recuperan las historias de vida del niño/a y su grupo familiar, relatando (justificadamente) las intervenciones profesionales que se fueron realizando en cada caso. Vinculados a este mismo espacio de intervención social municipal, debemos destacar el acceso a otros documentos de trabajo de profesionales u operadores de calle que fueron elaborados con el doble fin de reflexionar y sistematizar la labor realizada cotidianamente en dicho marco institucional. Si bien tales materiales no poseen las formas pautadas de la investigación académica, sus descripciones y reflexiones emergen del contacto directo con las prácticas de los niños en calle y resultan de gran valor indagatorio.

El trabajo cotidiano realizado por el Área de la Niñez de la Municipalidad de San Salvador de Jujuy, es uno de los más fecundos en el ámbito institucional gubernamental de la ciudad. Uno de sus programas relevantes es el de Promoción Familiar, que funciona desde principios del año 2003. Este proyecto se desarrolla dentro de los lineamientos de la Convención y de la nueva tendencia interventiva, que centra su atención en el grupo familiar, promoviendo acciones de articulación y co-gestión institucional con organizaciones de la sociedad civil, sin superponer intervenciones en el trabajo diario con los niños en situación de calle de la ciudad. Los objetivos generales de este servicio plantean “disminuir y evitar la permanencia de los niños y niñas en la calle, reduciendo los indicadores de vulnerabilidad de éstos y sus familias; promover el mejoramiento de la calidad de vida de los niños a través de su inclusión y la de su familia en la trama social e institucional; establecer un corte en el imaginario colectivo en relación con la naturalización y justificación de la permanencia del niños/a en la calle y su condición de trabajador como alternativa de supervivencia del grupo familiar”.

De más reciente data, pero con la misma impronta interventiva, se creó en junio de 2007 el CPT (Centro de Protección Transitorio), dependiente de la Secretaría de Promoción Comunitaria del Gobierno de la Provincia de Jujuy. Éste funciona como parador nocturno y alberga a niños/as hasta los 14 años de edad que están en situación de calle. Con la asistencia de profesionales y operadores de calle, se brinda un lugar donde alojar transitoriamente al niño que duerme a la intemperie y, a partir de ahí, comenzar un trabajo de revinculación del mismo con el grupo familiar.

Fuera de las propuestas gubernamentales, queremos destacar dos ONG cuyas trayectorias y propuestas interventivas son ampliamente reconocidas en la ciudad.

Una es el centro de Día denominado “Comedor dos Abril” que funciona en forma co-gestionada con el aporte técnico y económico de la Municipalidad de San Salvador de Jujuy y la Fundación DAR.LO.CAB que está ubicada en la zona centro de la ciudad, ofrece un ámbito de contención institucional abierto para los niños en situación de calle, brindando atención alimentaria, talleres recreativos, expresivos y capacitación laboral en oficios. Las diferentes actividades que ofrecen le permiten al niño/a aceptar y desarrollar una legalidad diferente a la de la calle, a la vez que garantizar la resolución de sus problemas inmediatos de alimentación, salud e higiene.

Es importante señalar que dicha institución funciona como referencia institucional ampliamente reconocida por los propios niños/as que trabajan y/o viven en las calles de la ciudad. Finalmente, mencionaremos el proyecto de la revista El ángel de Lata, que funciona en forma autónoma, sosteniéndose económicamente con la recaudación de la venta de la misma. Tomando como espejo otras experiencias nacionales e internacionales (tales como La Luciernaga en Córdoba), este proyecto crea un espacio que apunta al mejoramiento de la calidad de vida de los niños/as en situación de calle y sus familias, al generar una actividad laboral y de capacitación. Son varios/as los niños/as y adultos que pueden observarse por las calles de la ciudad vendiendo El ángel de lata, que permite difundir sus opiniones sobre diversos temas, tales como la lucha por sus derechos y la mejora de sus condiciones de vida y, a la vez, generar un recurso económico. Cada ejemplar se ofrece al público a un costo de \$ 2,50 y \$ 1,50 es “pal” que “vende” (según indica la tapa de la revista). Los niños/as y sus familias participan de la elaboración y venta de la revista, junto con otras actividades culturales y educativas que se consolidan en este proyecto laboral y cultural.

Queda establecido el panorama general que hace a la problemática del niño/a en situación de calle, a nivel institucional y académico en la región latinoamericana y en el ámbito local de la ciudad de San Salvador de Jujuy. Una problemática derivada de la situación de calle es la del *trabajo infantil*, cuestión que se trabaja, aunque no se agote en él. Por su carácter complejo y ambivalente, requiere el desarrollo de un capítulo específico.

Trabajo infantil y situación de calle

Comprendemos que la identidad social de los niños/as en situación de calle se constituye en un vínculo constante con el trabajo, aunque no se agote en él. En su tránsito por la vía pública, los llamados chicos de la calle, realizan diversas actividades cuya finalidad es la obtención de recursos económicos como parte de estrategias de sobrevivencia individuales o familiares. Los datos estadísticos reflejan la relación constante entre presencia de los niños en la calle y realización de alguna actividad para su subsistencia. Al indagar acerca de la problemática del trabajo infantil en los grandes centros urbanos y, particularmente, sobre el trabajo de los niños en las calles de la ciudad de San Salvador de Jujuy, es necesario analizar la relación conceptual y material entre trabajo y situación de calle infantil en el contexto de las mutaciones del mundo del trabajo y del modelo de acumulación capitalista actual.

Lo central es romper con las nociones de trabajo infantil heredadas de periodos anteriores, para describir las particularidades que asume durante los últimos años en el contexto de desocupación estructural creciente a nivel mundial, con especiales manifestaciones en América Latina.

Infancia, trabajo y sectores populares

El trabajo de los niños en los sectores populares se constituye como un elemento histórico de su identidad social con diferentes connotaciones de acuerdo al modelo acumulativo de reproducción social y a las significaciones atribuidas a la infancia en la historia. Pensamos en la infancia como una construcción social, y por ello, en la existencia de una relación práctica y conceptual entre trabajo y lógica de periodización de la vida que constituye las subjetividades de cada época. Según Philippe Aries (1987) en el antiguo régimen el niño se confundía con los adultos con quienes compartía juegos y trabajo. Es en el período moderno cuando el niño ocupa un lugar central en la escena social, captado por la institución familiar y escolar.

“La idea de “infancia inocente” es moderna (...) A fines del siglo XVII el azote pasa a considerarse brutal y envilecedor en tanto el niño, ahora como promesa de hombre, no debe ser humillado, sino estimulado. Nos encontramos ya frente a la eficacia del discurso histórico del progreso para producir subjetividades y realidad social (Grima, Le Fur, 1999:122).”

La idea de una niñez excluida del mundo laboral no resiste el menor análisis histórico. La imagen de una niñez trabajadora como anormalidad y de una infancia recluida en la

institución escolar y en el hogar se conforma como una construcción idealizada de la clase burguesa en ascenso.

Cuando Marx describe los progresos de la producción capitalista en el período manufacturero y los métodos de acumulación originaria en Europa y especialmente en Inglaterra, relata cómo la incipiente clase capitalista justifica la utilización esclavista de niños, encubierta en la figura del aprendiz, buscando entre los niños pobres la fuerza de trabajo para el funcionamiento de la fábrica con mayores perspectivas de ganancia a través de la expropiación del producto de su trabajo.

“en Derbyshire, Nottinghamshire y sobre todo en Lancashire -dice Fielden – la maquinaria recién inventada fue empleada en grandes fábricas, construidas junto a los ríos capaces de mover la rueda hidráulica. En estos centros, lejos de las ciudades, se necesitaron pronto miles de brazos. Lancashire sobre todo, que hasta el momento había sido una ciudad relativamente poblada e improductiva, atrajo hacia sí una enorme población. Se requisaban principalmente las manos de dedos finos y ligeros. Inmediatamente, se impuso la costumbre de traer aprendices de diferentes asilos parroquiales de Londres, Birmingham y otros sitios. Así fueron expedidas al norte miles y miles de criaturas impotentes, desde los siete hasta los trece o catorce años. Los patrones (es decir, los ladrones de niños), solían vestir y dar de comer a sus víctimas, alojándolos en las “casas de aprendices”, cerca de la fábrica. Se nombraban vigilantes, encargados de fiscalizar el trabajo de los muchachos. Estos capataces de esclavos estaban interesados en que los aprendices se matasen trabajando, pues su sueldo era proporcional a la cantidad de producto que a los niños se les arrancaba. El efecto lógico de esto era una crueldad espantosa (Marx, 1999: 644).”

La mano de obra dócil y barata fue un elemento fundamental para el desarrollo de la industria británica insertando el trabajo infantil en el centro del proceso de producción de mercancías. Sin embargo, en este análisis histórico debe distinguirse el papel del niño en la formación de capitales en los países europeos de su participación en los países en vías de desarrollo o signados por fuertes periodos de colonialismo. En estos últimos se percibe siempre una relativa mayor explotación de los infantes respecto de aquellos de los países centrales o colonizadores.

Esta tendencia a la incorporación del trabajo infantil en el centro del proceso productivo persistió a lo largo de los años, complementada con la idea del cuidado y la formación de las futuras generaciones de trabajadores mediante la educación para incorporarse al mercado laboral en el momento oportuno. Con esto queremos decir que el trabajo, así como otras prácticas sociales, gestan la realidad social y la subjetividad infantil de

los niños de los sectores populares durante el periodo moderno en relación constante con los cambios en los procesos económicos de acumulación del capital.

Según Ciafardo (1992: 15) en la Buenos Aires de principios de siglo, “(...) la participación de los menores en el mercado de trabajo industrial estaba lejos de semejarse a los verdaderos ejércitos de niños ocupados a comienzos del siglo XIX en la industria fabril inglesa” puesto que el desarrollo industrial de la época no tenía la envergadura suficiente como para demandar su fuerza de trabajo en forma masiva. Por ello, destaca que las ocupaciones laborales de los niños se inscribían en una diversa gama de oficios callejeros tales como: vendedores de diarios (canillitas), lustrabotas, mensajeros, mendigos, vendedores de billetes de loterías, etc

Sin embargo, Macri, (2005, 27) afirma que la proporción de niños trabajando en la calle era ampliamente superada por la cantidad de éstos que trabajaban en el hogar, en casas de comercio o en fábricas. Dicha autora también señala cómo varían las proporciones de niños trabajando en diferentes rubros y espacios (urbano-rural) de acuerdo a la región del país (compara la realidad de la ciudad de Buenos Aires con la de la ciudad de Córdoba). El transcurso del tiempo hizo que las condiciones de trabajo de los niños fueran mejorando como consecuencia de las conquistas y luchas de la clase obrera, pero siempre representaron un indicador de precariedad laboral, pobreza y explotación.

Transformaciones en el mundo del trabajo actuales

En la mayoría de los escritos sobre trabajo infantil urbano se señala a las condiciones de pobreza como el principal causante de su incremento en las últimas décadas. Sin creer que esto sea errado, pensamos que el eje causal que condiciona el vínculo del niño con la actividad laboral se encuentra en las transformaciones del régimen de acumulación capitalista, sus repercusiones en el mundo del trabajo y, por supuesto, en la clase-que-vive-del-trabajo (Antunes, 2002: cap VI).

Las particularidades que presenta el trabajo de los chicos en situación de calle y sus familias hoy, no pueden dejar de lado el análisis de los cambios estructurales en el proceso de producción capitalista para comprender cómo se inserta éste en la singularidad de las relaciones sociales donde reproducen su existencia, y el lugar que ocupa en el interior de la clase trabajadora. A principios de los años 70, el régimen de acumulación capitalista comenzó

a dar señales de agotamiento en la crisis del modelo fordista-taylorista de producción y del Estado de Bienestar Keynesiano como órgano regulador de la economía y del contrato social, reflejándose esto en la reducción de los niveles de ganancias y producción del capital, la relativa autonomía ganada por los capitales financieros frente a los productivos, la incapacidad de hacer frente a los productivos, la incapacidad de hacer frente a las crecientes retracciones del consumo, la crisis fiscal del estado y el incremento de las privatizaciones del gasto público, la flexibilización y desregulación del proceso productivo y de la fuerza de trabajo (Antunes, 2002: cap II).

En respuesta a la crisis, los avances tecnológico en el proceso de producción (automatización, robótica y microelectrónica) y en las comunicaciones, junto con el ingreso del modelo toyotista y el modelo sueco, dieron lugar a múltiples mutaciones en el mundo del trabajo que afectaron a la clase trabajadora no sólo en su materialidad, sino también en su subjetividad.

“la clase trabajadora industrial no sólo está disminuyendo rápidamente como resultado de la automatización; sus habilidades manuales tradicionales y sus oficios están desapareciendo. La automatización no sólo destruye puestos de trabajo industriales no cualificados, sino también capacidades artesanales tales como las de las herramientas, fresadoras, ajustadores, carpinteros, escayolistas, etc. (Gorz, 1996-1997: 29)”

En este escenario, la irrupción del neoliberalismo como modelo único de pensamiento que subordina lo político y lo social a una ideología economicista y las nuevas lógicas de gestión Toyotista del trabajo, que llevan a cabo la flexibilización de la unidades fabriles, la desconcentración de la producción y la desregulación de los derechos de los trabajadores, afectaron al ámbito laboral y también al conjunto de la vida social y cultural generando procesos de empobrecimiento cada vez mayores y una concentración del poder y de los capitales en sectores minoritarios de la sociedad, modificando, a su vez, las condiciones en que se expresan los conflictos de clase.

Las reestructuraciones productivas que modificaron las condiciones del trabajo, trajeron aparejado la intensificación de los ritmos de producción, la reducción en los ingresos salariales y la modificación en la composición de clase cuya fragmentación acarrea serios niveles de desigualdad en las clases subalternas (Sosa, 2002: 274).

Por un lado, se verifica una creciente disminución de la clase obrera industrial (desproletarización) en los países del primer mundo, pero con fuertes repercusiones en los del tercer mundo, y por otro lado, una heterogenización de la clase trabajadora como producto de la incorporación de grandes contingentes femeninos. Se comprueba, además una creciente subproletarización del trabajo asalariado en el sector servicios y también en la expansión del trabajo parcial, temporario, subcontratado o terciarizado vinculado a la economía informal.

Se genera un proceso donde el capital necesita cada vez menos del trabajo estable y cada vez más del trabajo part-time generando el incremento de los índices de desocupación estructural a escala global. Así, en las empresas se preserva un número reducido de empleados estables profesionalizados, calificados y multifuncionales (que manejen más de una máquina a la vez) y se incorpora de modo fluctuante y flexible un conjunto de trabajadores temporarios o terciarizados en alguna rama del proceso productivo.

Bajo el discurso de la eficacia técnica en el proceso de trabajo se sustituye gradualmente el trabajo humano, reduciendo el tiempo de trabajo socialmente necesario para producir una mercancía y generando un excedente estructural de fuerzas de trabajo. Esta masa de trabajadores descartados del centro de la actividad productiva pasa a integrar las filas de los trabajadores precarizados, parciales, en la rama de los servicios o desocupados.

Acompañando este proceso de recomposición del capital, los Estados Nacionales se transforman en organismos técnico-administrativos de gestión social la instalación de un mercado de consumos estratificados y variables ocupa un lugar central como eje integrador-disciplinador que forja nuevas realidades y subjetividades. Asistimos hoy a una constante desestabilización y degradación de las condiciones del trabajo que dan lugar a un proceso de heterogenización, fragmentación y complejización de la clase trabajadora junto con la destrucción o desarticulación de sus condiciones sindicales de lucha (Antunes, 2003: 43).

El escenario del mundo del trabajo se ha diversificado de tal modo que en su análisis no se pueden dejar de lado las múltiples variables que lo (re) constituyen en su materialidad y centralidad:

“mientras que la deconstrucción del trabajo se opera en el plano gnoseológico, paralelamente, en el mundo real, en el plano ontológico, éste se convierte (¿nuevamente?) en una de las más explosivas cuestiones de la contemporaneidad. Trabajo y desempleo, trabajo y precarización, trabajo y género, trabajo y etnia, trabajo y nacionalidad, trabajo y corte

generacional, trabajo e inmaterialidad, trabajo y (des) calificación, muchos son los ejemplos de la transversalidad y de la vigencia de la forma trabajo (Antunes, 2003: 179)

Por ello, Antunes (2002: cap. VI) propone pensar la noción de clase trabajadora en su dimensión ampliada conformada por “todos aquellos y aquellas que venden su fuerza de trabajo a cambio de salario” incorporando no sólo al proletariado moderno: los trabajadores *part-time*, los trabajadores de la economía informal y los desocupados que conforman un ampliado ejército de reserva o de desperdicio del sistema productivo y del mercado laboral.

Mundo del trabajo, pobreza y situación de calle

Con este panorama, se comprenden las condiciones de producción y reproducción histórico-social del trabajo infantil urbano actual. El eje central es pensar conceptualmente el trabajo o las condiciones de reproducción de la existencia de los niños/as pobres en situación de calle, en un contexto social donde el trabajo es percibido como un bien escaso y que, a partir de ello, reconfigura posiciones de clase y el escenario de la vida cotidiana de las personas en sus múltiples dimensiones.

L. Alder Lomnitz describe al sector marginal o informal, donde se integran las estrategias de sobrevivencia de estos niños o sus familias, como carente de seguridad social, nivel mínimo de ingreso o poder político de negociación:

“se caracteriza por una economía a pequeña escala que utiliza mano de obra intensiva de tipo familiar, que se cuela por los resquicios económicos o legales de la economía formal, procesando o reciclando sus derechos o compitiendo con los trabajadores organizados al margen de las leyes laborales” (Alder Lomnitz, 1994: 100).

Hoy en día, las condiciones laborales de los sectores más empobrecidos en San Salvador de Jujuy se ubican dentro de la gran masa de personas con escasa o nula calificación y cuya inserción laboral es esporádica a través de contratos temporarios (sobre todo en la construcción), del trabajo por cuenta propia en la economía informal (que incluye una rama variada de actividades) y de la asistencia económica proveniente de los Planes Sociales del Estado. Las décadas del 80 y el 90 se caracterizan por la recepción de poblaciones migrantes provenientes de otras provincias, países limítrofes, con la búsqueda de inserción laboral, aunque sea en el mercado informal, siendo la ciudad un lugar que, a pesar de la crisis, otorga mayores oportunidades para el desarrollo de estrategias de vida en la cultura del rebusque.

Quienes se encuentran por fuera del mercado formal de trabajo, integrando esa condición a la que Castel (1997: 403) llama supernumerarios, establecen una relación con el trabajo que deviene en la lucha por la vida, bordeando más una condición de animalidad que de autorrealización y satisfacción de necesidades. En la lucha por la sobrevivencia la actividad laboral acaece en su perfil más individualista (“sálvese quien pueda”) y el reino de las necesidades humanas se reduce al de mantenerse vivo.

Los fuertes procesos de (des) socialización y (des) individuación (Antunes, 2003: 15) producto de la falta de trabajo conducen en los sectores empobrecidos al desarrollo de una serie de estrategias de vida económicas que generan, al mismo tiempo, modos de vida y modelos culturales dictados por la urgencia. Estas prácticas de sobrevivencia en la marginalidad se sostienen generalmente en el marco de una economía informal e ilegal que, sin embargo, se legitima socialmente por: la falta de propuestas del Estado en política de empleo y política social en general; la persistencia creativa de las personas que, en poco tiempo, reemplazan una estrategia por otra cuando son reprimidas por los organismos de control estatal; y, fundamentalmente, por no afectar ningún interés fundamental en la estructura de reproducción del capital.

“dado que la clase hegemónica y el Estado no pueden incorporar a todos los sectores de la producción capitalista ni proporcionar bienes y servicios suficientes para su reproducción material y simbólica, deben aceptar que parte del pueblo establezca formas propias de satisfacer sus necesidades (García Canclini, 1984: 71)”

Sin duda encontramos en estas condiciones de vida el perfil más alineante del trabajo, pero no por ello debemos dejar de tener en cuenta que la centralidad del mismo se demuestra precisamente ante su carencia, cuando los excluidos del trabajo formal buscan otras formas de socialización, inclusión y reconocimiento que lo reemplace. La centralidad del trabajo hoy se demuestra no sólo en su importancia económica sino también en su dimensión psicológica, cultural y simbólica. La falta de trabajo o la percepción del mismo como bien escaso y precario, modifica la subjetividad de la clase trabajadora en su totalidad y a la sociedad en general.

Lo que ha mutado son las condiciones del supuesto contrato donde la burguesía necesitaba de la fuerza de trabajo de la totalidad del proletariado. Hoy, el fenómeno de la desproletarización y la desocupación estructural creciente indican que las solidaridades orgánicas del progreso moderno ya no albergan a todos; los explotadores ya no necesitan

explotar a todos para perpetuarse como clase hegemónica. Así, se crea la metáfora incluidos-excluidos entre quienes participan de la producción (directa o indirecta) y el consumo de bienes y servicios, y quienes luchan por sobrevivir o no quedar afuera (en estado de vulnerabilidad, diría Castel, 1997), procurando angustiadamente encontrar formas de individuación y socialización en la esfera del trabajo improductivo o del no-trabajo (Tosel, 2000: 73).

La situación de calle es expresión desesperada y creativa por la búsqueda de estrategias laborales que posibiliten sobrevivir económica y socialmente en el marco de las nuevas condiciones de estratificación social en los grandes centros urbanos. Es importante destacar que el trabajo del niño en la calle se presenta como la punta de un iceberg que plantea la problemática del trabajo infantil desde su punto más visible y más crítico, pero en el presente sigue existiendo (en los países del tercer y primer mundo) la utilización de mano de obra infantil para el abaratamiento de los costos de la producción en determinadas industrias caracterizadas por sus tecnologías sencillas y por la utilización intensiva de mano de obra.

Así como el mundo del trabajo se ha diversificado, la multiplicidad de situaciones en que se emplea mano de obra infantil hace muy difícil medir la magnitud de la problemática del niño trabajador en la totalidad de sus expresiones regionales, nacionales y globales. A diferencia del trabajo infantil rural o del trabajo infantil en el modelo de acumulación anterior, lo específico en el trabajo del niño en situación de calle de las grandes ciudades es, precisamente, su improductividad, su prescindibilidad y su lugar de mero sobrante del proceso de producción presente y futuro (Tosel, 2000: 77). La mayoría de sus actividades se constituyen como mendicidad encubierta, dentro de circuitos ilegales o delictivos, y nada ocurriría en el equilibrio de la producción si ellos dejaran de brindar sus servicios. En cambio, se sabe que, por ejemplo, el canillita de principios de siglo XX, ocupaba un lugar central en la tarea de distribución y comercialización del diario que permitió el crecimiento del negocio periodístico (Ciafardo, 1992: 16).

La situación de explotación del trabajo infantil hoy, tiene que ver con el lugar de sobrante que ocupan determinados niños y sus familias. Niños y niñas realizan extensas jornadas laborales en el terreno de la economía informal para cubrir la cuota de dinero diario necesaria para garantizar su subsistencia. Algunos autores (...) afirman que el ingreso infantil

al mercado callejero está motivado casi exclusivamente por la decisión individual o colectiva de captar ingresos para la satisfacción de necesidades vitales como el alimento o la vestimenta, sobre todo en los hogares en los que la madre es el único y principal sostén (Lezcano, Lapenna, 1998:100)

“el ingreso de las familias de los sectores de pobreza extrema no alcanza los niveles de subsistencia mínima. La misma formaliza estrategias que implican la incorporación de la mayor parte de sus miembros al mercado de trabajo. Eventualmente, las mujeres se ubican, junto a los niños y los jóvenes, como las poblaciones más afectadas por estas decisiones. Los hombres se insertaban en algún segmento de la economía formal o informal, en situaciones de mayor o menor precariedad, a partir de capacidades socialmente acumuladas o de acreditaciones diferenciales (Lezcano, Lapenna, 1998: 114-115).”

Si bien en la modernidad los niños de las familias de los sectores populares, a diferencia de los burgueses, siempre ocuparon un rol significativo en el desarrollo de tareas laborales o domésticas (según la condición de género) como complemento para la subsistencia diaria del núcleo familiar, hoy esa dinámica, transformada por las situaciones de marginación e inseguridad social, hace que cada integrante del grupo familiar sea un actor fundamental para su sustento económico. En algunos casos los niños se convierten en la principal fuente de ingreso y no ya en un complemento, prolongando así la jornada de trabajo en calle hasta completar un monto mínimo de dinero que deben llevar a sus hogares. A su vez, la incorporación creciente de nuevos trabajadores infantiles en el mercado de la informalidad restringe la capacidad de mayor captación de ingresos.

“el destino de los ingresos percibidos por los niños es para la satisfacción de necesidades vitales. En el 71, 1% de los casos se trata de un ingreso Adicional, en el 21,4 % es para sostén personal o individual y el 4, 5% de los casos relevados en la primera muestra es el ingreso principal. Para la segunda muestra, los valores respectivamente son: 85, 5 % IA; 5,6 % SP y 8, 9 %IP” (Lezcano; Lapenna, 1998: 108).

Las condiciones en que se expresan las situaciones de marginación y exclusión son múltiples y complejas. Así, una aproximación indagatoria sobre el trabajo de los niños en situación de calle debe distinguir entre aquellos niños que lo hacen como parte de una estrategia laboral-familiar consolidada, con horarios, lugares y tareas bien definidas, de aquellos que han roto el vínculo con el núcleo familiar y viven en la calle desarrollando actividades laborales con pares o con otros adultos para asegurar su propia subsistencia.

Aunque el trabajo infantil se presenta como una forma de explotación, también es necesario remarcar la dimensión simbólica que imprime reconocimiento a su actividad laboral

y que, aunque no logre sacarlos de los circuitos de la marginalidad, si opera como alternativa para superar aquella identidad social fragmentada y enajenada que los nombra como chicos de la calle. En la mayoría de los casos relevados en determinadas ciudades del país en el ya mencionado estudio realizado por Lezcano y Lapenna (1998), los niños se perciben como trabajadores.

En este aspecto se centra la polémica entre los abolicionistas que luchan por la erradicación definitiva del trabajo infantil y quienes están a favor del mismo y lo reivindican como derecho y en su carácter formativo. Según la CONAETI (Comisión Nacional para la erradicación del Trabajo Infantil), los postulantes de la posición de prevención y erradicación del trabajo infantil sostienen que éste perpetúa el círculo vicioso de la pobreza. Consideran que la realización de algún trabajo por debajo de la edad mínima perjudica, obstaculiza e impide el desarrollo físico, mental, espiritual, moral y social.

Quienes postulan la reivindicación y protección del trabajo infantil, condenan sólo las condiciones de explotación planteando que el trabajo es un derecho humano y, por lo tanto, no se debe privar a los niños y niñas del mismo. Sostienen el carácter formativo y socializador del trabajo y plantean la imposibilidad de la erradicación total del trabajo infantil en los contextos de pobreza de los países del tercer mundo. Según Castel (2004: 59), el trabajo reposa sobre la tensión dialéctica entre alineación-explotación y reconocimiento, pero sólo la consolidación de las condiciones y relaciones de trabajo dignas (con salarios reconocido y protegido) son las que permiten que las personas no sean “tragadas por el trabajo”. En la historia de la sociedad industrial moderna el trabajo infantil siempre fue expresión de las peores condiciones de explotación que limitaron con situaciones de esclavitud, y su carácter socializador tiende a reproducir las condiciones de vida de estos niños en la más extrema pobreza. Lejos de convertirse en actividades formativas habilitadoras de procesos de crecimiento o con un sentido de gratificación personal, desencadenaron graves consecuencias físicas, psicológicas y educativas en el niño.

La realidad subalterna de los sectores excluidos se constituye a partir de las desigualdades entre el capital y el trabajo, pero también por la apropiación desigual de la cultura y las formas en que cada sector reproduce, transforma y representa sus condiciones de vida y de trabajo. Las prácticas laborales de los niños en situación de calle se comprenden en

referencia a la totalidad de las relaciones sociales donde desempeñan sus actividades, en una relación constante entre la totalidad estructural la reproducción subjetiva de la vida cotidiana.

Se desarrollará posteriormente sobre la definición en situación de calle para poder establecer su importancia y significación en el marco de las distintas estrategias de vida desplegadas por los niños, adolescentes y familias. Por ahora, a modo de cierre y síntesis de esta reflexión en torno al trabajo infantil, consideramos relevante destacar que:

- el trabajo infantil y sus especificidades actuales deben ser analizados en relación a los cambios históricos del modelo de acumulación vigente y no como producto de una crisis aislada o de la falta de políticas sociales adecuadas contra la pobreza.
- Si bien el trabajo infantil ha existido siempre como referencia identitaria de los niños/as de los sectores populares, hoy presenta características que lo distinguen del trabajo infantil de períodos históricos anteriores y por ello, requiere nuevas categorías de análisis.
- La actualidad del trabajo infantil se confecciona en relación directa con los procesos de degradación y diversificación del mundo del trabajo, y la situación de explotación del trabajo infantil urbano y, en especial, el de los niños/as en situación de calle, tiene que ver con el carácter improductivo de sus actividades laborales, su prescindibilidad y el lugar de sobrante del proceso productivo presente y futuro.
- Si el trabajo reposa sobre la tensión entre explotación-reconocimiento, entonces también es necesario reconocer la dimensión simbólica que imprime dicho reconocimiento, operando como alternativa identitaria, cuando los niños/as en situación de calle se reconocen como trabajadores.
- La problematización crítica sobre la realidad del trabajo de los niños en situación de calle debe enmarcarse en una discusión sobre las condiciones de “la o las infancias” como fenómeno económico, político, cultural y social y como proyecto colectivo pensando la infancia como construcción histórica.
- Las transformaciones económicas-políticas de este mundo globalizado traen aparejadas nuevas formas de desigualdad y segregación urbana, que reconfiguran el

escenario de la vida cotidiana de las ciudades y sus barrios e interpelan a los científicos sociales a la búsqueda de nuevas etnografías y categorías para su interpretación.

En el esfuerzo de comprender la realidad social de la población adolescente y juvenil en situación de calle a partir de la descripción de sus prácticas sociales en el espacio urbano jujeño, el sentido que le imprimen los sujetos-niños-jóvenes al mismo y la percepción colectiva representada de la misma, se presenta como metodológicamente adecuado un enfoque de tipo cualitativo que brinde la posibilidad de acceder al conocimiento de las estrategias de vida de los niños y niñas a través de la perspectiva de todos los actores involucrados (no solo los niños/as).

Cada sujeto da sentido a su acción en un continuo movimiento de interpretación y reinterpretación del mundo que lo rodea. Lo que el niño dice y hace es producto del modo en que define y es definido su mundo. En este proceso de investigación se ponen en juego las interpretaciones del niño, las del investigador y la mirada de los otros (representaciones sociales) que también lo constituyen como sujeto. La mirada cualitativa permite el acceso al conocimiento de los procesos sociales a través de un ejercicio de extrañamiento (desnaturalización) sobre los sucesos de la vida cotidiana que el investigador realiza para comprender los sentidos que imprimen los sujetos a sus actos de todos los días.

Condiciones de pobreza

Parafraseando a Vasilachis de Gialdino (2003: 91):

“comprendemos las condiciones de pobreza como las circunstancias histórico-sociales por las cuales una persona se encuentra sometida a un entramado de relaciones de privación de múltiples bienes materiales, culturales y simbólicas indispensables para el desarrollo autónomo de la misma”.

En la privación de bienes materiales tomaremos como indicadores fundamentales el nivel de ingresos económico individual o familiar (donde las referencias de Línea de Pobreza y Línea de Indigencia utilizados para hacer mediciones estadísticas son referentes válidos) y las condiciones habitacionales (del grupo familiar de origen) que implican: material de la vivienda, instalaciones (luz, agua potable, gas natural), nivel de hacinamiento (número de personas por habitación), confort y condiciones medioambientales.

En cuanto a la privación de bienes culturales, se tomarán como indicadores, principalmente, el grado de inserción en el sistema educativo formal (considerando otras formas de aprendizaje como estrategias creativas frente a la privación de dicho bien público) y el grado de acceso a otros espacios culturales públicos y privados (la asimilación de la cultura a través del arte: conciertos de música, obras de teatro, funciones de cines, muestras de arte, etc.).

La privación de bienes simbólicos se plasma en el grado de participación en las instituciones de la sociedad en general (vecinales, comités partidario-políticos, clubes, escuelas, centros comunitarios, centros culturales, centros de salud, etc.) y en la organización subjetiva de la estructura del ego con sentimientos de marginalidad (inclusión), impotencia (posibilidad), dependencia (autonomía), inferioridad (superioridad), resignación (creatividad), fatalismo (exitismo). Estos bienes se ubican en otro nivel, combinando los dos anteriores.

Recordemos que las condiciones de pobreza no son atributos de la persona, sino que develan el lugar que ocupa ésta dentro del entramado de relaciones sociales donde los bienes se distribuyen desigualmente. Acepciones como marginalidad o exclusión no refieren a un sujeto que está fuera de la sociedad, sino al lugar desfavorable que ocupa dentro de la misma. En este marco, las estrategias de vida de los niños/as y sus familias en las calles de la ciudad pueden ser entendidas tanto como una adaptación al medio social adverso, tanto como una reacción frente a su posición marginal en el mismo.

Contexto socio-urbano

La organización del espacio urbano y la constitución de lugares forman parte de las modalidades en que los diferentes grupos sociales configuran sus prácticas y representaciones colectivas. Por ello, la mirada antropológica debe concentrarse en el uso, apropiación y recomposición permanente de la ciudad como espacio social de relaciones y como lugar practicado en constante movimiento y cambio. De acuerdo a lo señalado en el enfoque teórico-conceptual, entendemos el “contexto socio-urbano como configuración témporo-espacial constituida y constitutiva de un conjunto de prácticas y significados referidos a procesos de segmentación socioculturales al interior de la ciudad.

La mayoría de las prácticas y representaciones sociales (políticas, religiosas, etc.) se aprenden dentro de las relaciones micro-sociales primarias y se interpretan a través de

estudios locales, sin reducir los niveles de complejidad indagatoria, puesto que todo proceso social involucra simultáneamente relaciones contradictorias de simetría y asimetría (Menendez, 2002). La configuración de la ciudad como contexto social no se agota en hacer de ella un lugar de habitación. La ciudad no puede pensarse de modo estático, en ella los desplazamientos son constantes y la relación entre lugar residencial, lugar de trabajo y lugar de esparcimiento es vital (Signorelli, 1999: 84). Estos tres ejes condicionan los itinerarios de circulación y estrategias de vida cotidianas de las personas. Los modos de apropiación y circulación territorial de los sujetos o grupos sociales en un momento histórico determinado, develan cómo dicho asentamiento espacial forma parte de las relaciones de producción y reproducción del modelo de acumulación vigente.

La ciudad como espacio de intercambio colectivo es el lugar de la concertación y la convivencia, pero también del conflicto y la diferencia. La localización geográfica en la ciudad es expresión de la lucha por el acceso diferencial a los bienes y servicios urbanos (o el derecho a la ciudad) determinando modalidades de distribución y circulación espacial-territorial de la población, así como también zonas de mayor inclusión y exclusión en los usos y apropiaciones de espacios colectivos o privados. El entramado socio espacial de la ciudad no es el resultado de la acción individual de los sujetos sino de la interrelación entre éstos, sus instituciones y en particular la acción estatal que cumple un rol fundamental en la gestión política del orden social deseable en la estructuración del escenario urbano. Así, la ciudad es expresión del interjuego de fuerzas macroestructurales, políticas estatales (o efectos de estado) y las acciones o estrategias de vida de sus habitantes.

Consideramos, entonces, el espacio socio-urbano como contexto microsocioal constitutivo de las redes de sociabilidad y estrategias de vida de los niños/as en situación de calle. El mismo abarca aspectos estáticos de la apropiación del espacio como: el lugar de residencia y los lugares no residenciales de concentración urbana (puntos claves de concentración económico-laboral y de esparcimiento socio-culturales); y aspectos dinámicos como: los itinerarios habituales de tránsito y circulación poblacional, que son los movimientos urbanos que reflejan las conexiones entre lugares, espacio y tiempo, dando continuidad a los diversos territorios. Para Auge (1992), las instalaciones necesarias para la circulación acelerada de personas y bienes, como las autopistas y rutas o como los medios de transporte mismos o los grandes centros comerciales, son tan importantes como el lugar de

trabajo y residencia. Hoy en día, los sujetos de la ciudad construyen sus identidades y sus relaciones recíprocas en la intersección entre la necesidad de arraigo o fijación de un lugar de pertenencia y la configuración de espacios de circulación cada vez más ajenos y anónimos, a los que él llama no lugares. En lo que el autor llama sobre-modernidad, lo no lugares son tan importantes como los lugares y uno no se opone al otro, sino que se interpretan mutuamente.

El indicador principal de lugar de residencia en el contexto socio-urbano de los niños/a en situación de calle y/o su grupo familiar, está dado por la ubicación del espacio habitacional en un barrio céntrico (pensión, casa tomada, la calle o umbrales de edificios) o un barrio periférico (asentamiento irregular, vivienda social o relocalización). Los lugares no residenciales de concentración urbana son otro punto importante de atracción de la población infantil en situación de calle, representados por los espacios de la ciudad que concentran actividades económico-laborales y financieras: shoppings, galerías, calles o corredores comerciales (calles: Lavalle, Belgrano, Necochea, Alvear, etc.), calles o corredores de bares y restaurantes (Avda. Fascio), mercados de frutas y alimentos, bancos, etc.; y espacios que concentran la actividad política, social y cultural de la misma: centros de recreación públicos y privados (parques, plazas, río, natatorios, cibernets, locales bailables, etc.), centros de conmemoración y festejos (Parque San Martín, Plaza Belgrano), centros culturales de esparcimiento públicos y privados (museos, cines, teatros, anfiteatros) y centros de la administración pública (Municipalidad, Promoción Social, Promoción Comunitaria, Tribunales).

Finalmente, dada la especificidad del objeto de estudio, señalamos los indicadores del movimiento urbano en los itinerarios habituales de tránsito y circulación poblacional, a través de las vías de desplazamiento (calles, avenidas, paseos peatonales, etc.) y medios de transporte (colectivos, autos, taxis, bicicletas, a pie u otros). Estos no lugares, se caracterizan por el flujo constante de personas como principal atracción de la actividad lúdica, laboral, de mendicidad, etc. De los individuos en situación de calle en paradas de taxi, esquinas de calles y avenidas con semáforos, terminales de ómnibus (de larga distancia e interurbanos), puerta de negocios, bancos e iglesias, en calles y paseos peatonales, etc.

Contexto familiar

El concepto clásico de familia refiere a la misma como institución social que regula y confiere significación social a la organización de la sexualidad, la procreación y la convivencia de los hombres. Las dos primeras características están vinculadas al sustrato de reproducción biológica del hombre y la última a la idea de hogar y techo común que permiten una vida económica y domestica colectiva y cotidiana. Así, la familia se constituye tanto en el ámbito de regulación de la sexualidad y la filiación, como en el principal ámbito de socialización en el que los sujetos aprenden e internalizan las estructuras económicas, sociales y culturales que crean los habitus (Bourdieu) o esquemas de referencias a partir de los cuales organizan su acción.

A menudo, el significado social de la familia como unidad de producción, reproducción y consumo, tiende a confundirse con el de Unidad Domestica. Según Jelin (1984), la Unidad Domestica representa el conjunto de actividades que garantiza el mantenimiento cotidiano del grupo familiar de acuerdo a la capacidad y recursos de sus miembros, mientras que la Institución Familiar constituye el ámbito de reclutamiento de la misma. Tanto la institución Familiar como la Unidad Domestica, hacen a la dimensión del contexto familiar de los niños/as en situación de calle de la ciudad de San Salvador de Jujuy.

“Por contexto familiar entendemos el conjunto de relaciones sociales basadas en el parentesco o en la residencia común, a través de las cuales un grupo de personas interactúa en forma cotidiana, regular y permanente con el fin de asegurar su existencia y el cumplimiento de todas aquellas prácticas económicas y no económicas indispensables para la satisfacción de sus necesidades materiales, culturales y simbólicas.”

El contexto familiar permite observar el lugar que ocupa el sujeto dentro de esta unidad social básica y los grados de autonomía y dependencia que tiene cada uno de sus miembros respecto a la misma. El conjunto de relaciones sociales que constituyen el contexto familiar pueden identificarse a través de algunas características que hacen a todo grupo familiar, índices e indicadores. Podemos destacar, por un lado, la existencia de un lazo de parentesco entre los miembros del grupo que incluye tanto relaciones de consanguinidad y filiación (padres, hijos, tíos, hermanos, primos) como de afinidad (comadrazgo, amistad, vecindad) u originadas en el matrimonio.

Por otro lado, debemos señalar como característica la pertenencia del grupo a una misma unidad residencial que puede ser concebido como un espacio habitacional único, múltiple (más de una vivienda) o transregional, cuando el grupo familiar posee más de una vivienda pero en ciudades, provincias o países diferentes (como es el caso de las personas que migran de acuerdo a las temporadas de cosecha de tabaco en Perico, residiendo en dicho lugar por varios meses, o al revés, las familias de otros países como Paraguay o Bolivia, donde algunos de sus miembros residen en la ciudad empleándose en el campo de la construcción y envían dinero para mantener al resto de la familia en el lugar de origen).

Y, finalmente, el intercambio de actividades entre sus miembros que tiene que ver con la distribución de tareas, responsabilidades y autoridad, es decir: la división de las tareas laborales que implica la cantidad de miembros involucrados en actividades para la obtención de recursos e ingresos económicos que sostengan al grupo familiar como unidad de consumo, la división de las tareas domésticas que incluye aspectos de socialización y tareas de ayuda mutua no económicas como la preparación de las comidas, el abastecimiento de productos (compras), la protección (cuidado de niños), el mantenimiento de la unidad residencial (construcción, arreglos, limpieza) y la división del poder de acuerdo a quién o quiénes detentan la autoridad para la asignación de dichas tareas y los grados de autonomía que cada uno de sus miembros posee respecto al grupo familiar.

En relación a ello podemos hablar de estrategia de vida o sobrevivencia aparece con fuerzas en numerosos estudios sobre los mecanismos de reproducción social de las unidades familiares en condiciones de pobreza urbana a partir de la década del 60, pretendiendo superar la brecha entre los análisis micro y macro de la realidad social. Son varias las formas en que se hace referencia a las prácticas y conductas de los grupos sociales en condiciones de pobreza, de acuerdo al marco teórico-metodológico de cada estudio. Así, se habla de estrategias de existencia, estrategias de supervivencia, estrategias adaptativas, estrategias familiares de vida, estrategias de reproducción social, estrategias de cambio, entre otras (Gutierrez, 2005: 38).

Al afirmar que la presencia física de niños y niñas en las calles de la ciudad de San Salvador de Jujuy involucra el desarrollo de estrategias de vida que tienen que ver con su reproducción y sobrevivencia material, cultural y simbólica en condiciones de pobreza, es

necesario precisar teórica y operativamente dichas prácticas, que hacen a la variable principal de este estudio, es decir, al complejo relacional que conforma la situación de calle infantil.

“Por estrategias de vida entendemos el conjunto de prácticas y acciones económicas, sociales, culturales y demográficas por medio de las cuales los sujetos o familias, condicionados por una posición social desfavorable, tienden (de manera explícita o implícita) a conservar o aumentar su patrimonio (de bienes materiales, culturales y simbólicos) y a la concreción de planes y proyectos con el fin de mantener o mejorar su posición en la estructura de relaciones sociales”.

Dicha posición social desfavorable de los sujetos o familias está caracterizada, principalmente, por la carencia de medios de producción y la falta de participación plena en el mercado de trabajo (que no les permite el acceso a ingresos regulares para mantener o mejorar las condiciones de existencia en un nivel económicamente adecuado) y por la falta de participación plena en el mercado de bienes culturales y en la vida institucional de la sociedad en general (que no permiten un nivel de inserción socio-cultural adecuado).

Las estrategias de vida son acciones dinámicas, elaboradas permanentemente, tendientes a la maximización de los recursos (escasos) que el contexto social brinda para la concreción de planes y proyectos adaptados a las condiciones de existencia individual, familiar o comunitaria. En este sentido, las estrategias de vida son adaptación y reacción, creatividad y resignación, asimilación y creación que se concretan en prácticas y acciones de los sujetos en relación con su contexto en situaciones sociales dadas.

En general, hemos mencionado indistintamente los conceptos de estrategias de vida y estrategias de sobrevivencia, pero debemos señalar que, si bien ambas se parecen, y a menudo, su diferencia es sutil, la primera intenta ser una noción más abarcativa, comprendiendo actividades y acciones que buscan maximizar los ingresos (no solo económicos) y minimizar los egresos personales o del grupo familiar para la satisfacción de necesidades (materiales, culturales y simbólicas) y como forma de adaptación o reacción al medio social adverso y a la posición desfavorable en el mismo. Las estrategias de vida comprenden tanto estrategias adaptativas (de reproducción) como estrategias de cambio (creativa).

Con esto queremos resaltar el carácter activo e inventivo de los sujetos y su capacidad de improvisación ante situaciones nuevas que pueden estar presentes o no en el marco de una estrategia de vida. Ambas formas (adaptación y cambio) se combinan en la práctica concreta,

integrándose en la elaboración de proyectos y expectativas de vida de los sujetos, sin definirse nunca nítidamente. Las estrategias de sobrevivencia señalarían el costado adaptativo de las estrategias de vida a las condiciones sociales dadas y que, en condiciones sociales de pobreza, tienden a la reproducción de la misma e incluso a la consolidación de relaciones de dependencia y dominación, sin superar la elaboración de proyectos y expectativas más allá del corto y mediano plazo. Por el contrario, dentro de las estrategias de vida, también podemos indicar la existencia de las estrategias de cambio que implicarían las acciones orientadas a una modificación o innovación duradera de las condiciones de vida de los sujetos, en base a la acumulación de recursos individuales o familiares. Frecuentemente pueden presentarse como situaciones atípicas e innovadoras que marcan tendencias de futuras reacciones y acciones comunes frente a situaciones sociales dadas.

Con esta dinámica de producción y reproducción social de la existencia, nuestro estudio plantea que las estrategias de vida de los niños/as en situación de calle se presentan como indicadores que sincretizan la relación del mismo con su contexto (de pobreza, urbano y familiar). A grandes rasgos y a nivel analítico, podemos diferenciar tres tipos de estrategias de vida o situaciones relacionales que sostienen el vínculo del niño con el circuito de calle, para guiar nuestras búsquedas indagatorias y organizar en indicadores el tejido de eventos, interacciones y azares que constituyen el campo problemático a estudiar. Estas son:

Estrategia de vida laboral-familiar en calle. La presencia física del niño en las calles de la ciudad se vincula con la participación del mismo como miembro de una organización laboral para la satisfacción de las necesidades del grupo familiar. En esta estrategia, priman las actividades laborales o de mendicidad organizada con lugares, trayectos, días y horarios bien definidos. El niño contribuye a la economía familiar retornando diariamente al hogar. El espacio residencial o habitacional se encuentra escindido del espacio laboral determinando un tránsito constante desde su lugar de trabajo en la calle hacia el hogar como parte de una rutina diaria. Se destaca la presencia de un adulto responsable (padre, madre, hermano mayor, vecino, etc.) aunque no esté realizando la misma actividad o no esté físicamente presente mientras el niño/a realiza su actividad laboral. Dicho niño se encuentra generalmente escolarizado (trabajando a contraturno de la escuela) y en condiciones de salud controladas. Esta organización laboral-familiar, se caracteriza por la elaboración de redes de intercambio y

ayuda diversas con personas e instituciones tanto del barrio de origen como con personas e instituciones vinculadas al circuito de calle y su actividad laboral.

Estrategia de sobrevivencia del niño/a que pernocta en la vía pública, esta estrategia tipifica la situación relacional del niño/a que duerme en la calle, con escasa o nula relación con el grupo familiar de origen (producto de situaciones de conflicto o crisis familiares). El mismo combina las actividades lúdicas con las laborales para su subsistencia personal en la calle. En este caso el espacio laboral ha devenido en espacio habitacional y su ámbito de residencia y de vida cotidiana pasan a ser diversos lugares y públicos de la ciudad como la Terminal de Ómnibus, plazas, umbrales de edificios o directamente la calle, generalmente en las zonas céntricas de la ciudad donde pueden proveerse de mayores recursos y servicios, construyendo redes de intercambio con personas e instituciones que los asisten material (alimentos, vestimenta) y afectivamente. Sus actividades lúdicas o laborales pueden ser organizadas o no y, sin haber un adulto responsable, comparten juegos y trabajo con otros niños y adultos en su misma situación (de calle). No están escolarizados y su vida diaria a la intemperie los expone a visibles estados de deterioro físico o de salud en general.

Estrategia lúdica de vida o sobrevivencia en calle, en esta estrategia de vida infantil la actividad lúdica y de esparcimiento en calle por sobre las tareas laborales. Si bien pueden combinar lo lúdico con actividades de mendicidad, dichas tareas se desarrollan con el fin de obtener recursos que permitan financiar la actividad recreativa personal o del grupo (para transporte, comida, sustancias tóxicas, fichas de videojuego o el costo de la hora de juego en un ciber, bebidas, etc.). Lo esencial es que con esta estrategia no contribuyen a la economía familiar. Una de sus características principales es el deambular constante de los niños en el espacio público sin lugar, días y horarios fijos y con un retorno al hogar y asistencia a la escuela, en forma regular o irregular de acuerdo al caso. Sin vincularse linealmente con las necesidades económicas del grupo familiar de origen, esta estrategia de vida o sobrevivencia del niño/a en las calles de la ciudad puede relacionarse con: situaciones de crisis familiar (violencia, abuso), donde la calle se presenta como un lugar de resguardo; o con la escasa propuesta lúdica en el lugar de residencia y sus inmediaciones, donde otros lugares de la ciudad, como la zona centro, ofrecen una variedad de ofertas de entretenimiento como fuente de atracción para los niños/as.

Si bien los niños combinan ambas actividades con frecuencia, estas definiciones sobre las estrategias de vida del niño en situación de calle no deben ser entendidas como una clasificación estática y estereotípica, nos permiten identificar y distinguir analíticamente el heterogéneo entramado de relaciones en el que se inscriben las prácticas sociales de cada niño/a en las calles de la ciudad. Siendo central en cada situación relacional la primacía de actividades lúdicas o laborales queda, finalmente, especificar qué entendemos por cada una de las mismas. Si bien los niños combinan ambas actividades con frecuencia, lo que se resalta en cada situación es cuál de las dos sobresale o prima sobre la otra.

Nuestra definición del trabajo infantil refleja las realidades vividas por los niños de los sectores populares de la ciudad de San Salvador de Jujuy y centran su descripción particularmente en las actividades de aquellos en situación de calle. Entendemos por “trabajo infantil urbano: el conjunto de actividades ejercidas en la vía pública con cierta regularidad y sin prevalente intención de juego, que implica la participación de niños/as en la producción o comercialización de bienes y la prestación de servicios fuera del ámbito doméstico, a fin de obtener una retribución económica o simbólica para la satisfacción de necesidades individuales o familiares relacionadas tanto con procesos de desarrollo físico-biológico como con procesos de socialización”.

En el medio urbano, este trabajo abarca un gran campo de actividades. La mayoría se incluye en el sector informal a través de la venta ambulante de productos (flores, estampitas, etc.) en bares, restaurantes o medios de transporte, el servicio o automovilistas (abre-puertas de taxis, malabaristas, limpiavidrios, cuida-coches, etc.), la recolección de residuos en la vía pública (cirujeo), la venta de servicios como lustrabotas y la mendicidad o limosneo. Si bien no resulta evidente considerar como trabajo la mendicidad o la venta forzada de estampitas, la imposición de servicios como la limpieza de parabrisas o cuidar autos, en el contexto urbano latinoamericano, la forma regular, organizada y creativa en la que gran cantidad de niños desarrollan estas actividades centrales para la obtención de los ingresos económicos que garantizan su subsistencia, nos hace reflexionar acerca de su consideración como actividad laboral.

Si el trabajo se define por la producción de un valor de cambio o de uso y el valor se conforma por el reconocimiento social de un producto, las diversas actividades realizadas por los niños/as en la informalidad del ámbito callejero debe ser consideradas como trabajo y se

legitiman como tales, a partir de que dichas actividades permiten el acceso a un intercambio económico. Estas actividades, que se retribuyen generalmente con monedas, tienen un valor material que oscila entre los 0,10 centavos y 1 peso, otorgándoles valor y reconociéndose en ellas un medio de vida.

Con esto no consideramos el limosneo como fuente de trabajo en sí, sino como una actividad que en determinadas condiciones sociales de existencia de las personas se transforma en fuente importante de ingreso. Durante nuestro estudio hemos pretendido analizar las particularidades en que se expresa cada caso, y no determinar cualquier actividad de limosneo linealmente como trabajo, pero sí cuando en determinadas circunstancias dicha actividad de los niños/as o sus familias demuestra un despliegue de estrategias creativas, desempeñadas con regularidad (horario y espacial) y como medio fundamental de vida.

La otra actividad que se destaca como estrategias de vida central en el niños/a es el juego. Coincidiendo con J. Huizinga (1995), afirmamos que frente a las categorías del *homo sapiens* y del *homo faber*, es necesaria también la de *homo ludens*. La actividad lúdica “del niño en situación de calle será entendida, entonces, como: una acción o movimiento libre que se desarrolla dentro de un espacio público-urbano de la ciudad, según reglas libremente aceptadas que tienen como fin la acción misma, acompañadas por sentimientos vinculados al gozo y al disfrute y con la conciencia de “ser de otro modo” respecto de los que se es en la vida cotidiana.

Siendo el movimiento una característica central en la actividad lúdica, el deambular constante de los niños/as por las calles, avenidas, parques y plazas de la ciudad se devela como un indicador importante de la misma, así como también la presencia de los mismos en cibernets, o salas de video juegos, donde el ingreso a la realidad virtual, ofrece a los niños/a la oportunidad de jugar a ser de otro modo (ser un soldado que lucha, un jugador de futbol, etc.)

Espacio urbano jujeño

La situación de calle infanto-juvenil es una problemática urbana cuya característica principal es la apropiación diferencial del espacio público por parte de los niños, adolescentes y jóvenes en condiciones de pobreza y sus familias, por ello, es necesario hacer algunas reflexiones en torno a la ciudad como espacio social de relaciones y como lugar en constante movimiento y cambio.

Los procesos de precarización del trabajo y desocupación de vastos sectores de la población tienen sus efectos espaciales en la segregación territorial que expulsa a los grupos más empobrecidos hacia la periferia de la ciudad (hacia los terrenos de menor valor y más escasos servicios). En este sentido, se podría hablar de una ciudad dual entre quienes pueden acceder a los bienes y servicios (empleo, vivienda digna, agua potable, gas, luz, etc.) y quienes no pueden hacerlo. Pero esta confirmación de espacios que remite a diversas y heterogéneas ciudades (Achilli, 2000: 22) no se concibe de modo armónico ni estático, sino en constante movimiento y conflicto, como producto de las relaciones sociales complejas y contradictorias entre los diversos grupos humanos que ocupan y cohabitan un mismo territorio.

Inversamente al fenómeno de la ubicación residencial, al tener que satisfacer sus necesidades dentro de la esfera del rebusque o de la economía informal, los niños en condiciones de pobreza y sus familias que habitan en los barrios de las afueras de la ciudad, se ven obligados a movilizarse hacia los lugares céntricos donde se encuentra la mayor afluencia de personas y la actividad económico-comercial de la ciudad (Castillo, 1994: 92)

“En esta línea el centro de la ciudad emerge como escenario para la sociabilidad y pluralidad posibilitando que los habitantes de la ciudad conciban el centro como un lugar por fuera de lo domestico donde también es posible, no sólo encontrar la sobrevivencia en su sentido más amplio, sino que, en muchos de los casos, termina por habilitar la reproducción de otra cotidianidad y posibilita fijar lugares de encuentros íntimos y afectivos (...) (Perez Alvarez, 2005:5)

El centro y el espacio público son concebidos como escenarios donde desplegar estrategias de sobrevivencia no solo económicas, sino también de socialización (como lugares afectivos, de encuentro y de relaciones con otros).

“La ciudad es una multitud de pequeños territorios: bancos, paradas de taxis, avenidas, plazas, lugares de recreación en las que, en diversos horarios, hay niños que trabajan con otros niños (Lezcano, Lapenna, 1998: 98)”

El mapeo de la ciudad de San Salvador de Jujuy presenta un contexto urbano segmentado y desigual que concentra la mayor parte de su actividad económica, cultural y social en la Zona denominada centro, ubicada al Este de la misma sobre el río Xibi Xibi y Grande y los sectores más empobrecidos en la periferia hacia el Sur, el Oeste y el Noroeste. La zona Centro de la ciudad posee la mayor densidad poblacional. Si bien se ha instalado el fenómeno de los barrios privados en las afueras de la misma, éstos no han prosperado

demasiado. En una entrevista a diversas referentes de la construcción y el trazado urbano jujeño (funcionarios de la Secretaria de Hacienda Municipal, Presidente del Colegio de Arquitectos, etc.) realizada por el diario el Pregon (Gerbar, 17 de abril de 2005), se afirma que la mayoría de los jujeños prefieren vivir en el centro, contrariamente al fenómeno de desurbanización y desconcentración poblacional hacia los espacios verdes en las afueras de la ciudad, que viene primando en varias ciudades latinoamericanas y del mundo en general.

Según dichos de algunos referentes, este fenómeno del centro jujeño se da gracias a su transitabilidad, seguridad, oferta de servicios y espacios verdes “a mano” que ofrece, generando procesos de apropiación de viviendas en dicha zona parte del sector privado, mientras que los terrenos utilizados por el Estado para la construcción de viviendas sociales son los de la periferia de la ciudad.

“A la hora de decidir dónde comprar una residencia a estrenar la gente sigue prefiriendo en San Salvador de Jujuy el área central. De las ----- flamantes viviendas construidas desde el 2000 hasta hoy, el 54, 6% (-----) se ubicó en la zona comprendida entre las segundas avenidas (-----) y el río. Y del resto, la porción más importante se la llevan los barrios sociales levantadas por el Estado en los bordes de la ciudad, donde el beneficiario no tiene opción de elegir la ubicación (Gerbar, 17 de abril de 2005).”

Lo mismo se podría decir con respecto a las “islas de consumo” (Janoschka, 2002 en Barreto, 2005:4); el fenómeno del shoppings relativamente recientes en la ciudad y no termina de opacar el movimiento comercial de los locales ubicados en la calle Alvear y los tradicionales paseos peatonales en la avenida 19 de Abril lindando las márgenes del río Xibi Xibi.

Haciendo una breve comparación con la situación del gueto negro norteamericano descrito por Waquant (2001:79), donde las políticas de renovación habitacional de los gobiernos municipales encerraron y amontonaron deliberadamente a los afroamericanos pobres en áreas del centro de la ciudad, en San Salvador de Jujuy, las políticas de relocalización (municipales y provinciales) de las villas miseria parecen realizar un proceso inverso pero con consecuencias similares. Dichas acciones de purificación de la Zona Centro tienen como fin el traslado de los diferentes enclaves de la pobreza ubicados en zonas céntricas (como es el caso de la conocida Villa Belgrano, San Martín, El Chingo, Radio estación) hacia las afueras del municipio (generalmente hacia la zona Sur que queda como único espacio geográfico de crecimiento urbano).

Cabe destacar, entonces, que si bien el fenómeno de distribución espacial es inverso, los procesos de segregación son bastante parecidos, ya que el centro funciona como eje vital en la vida de la ciudad y lugar ideal de residencia y los barrios de la periferia como enclaves guetificante de segregación y estigmatización social. La situación de indignidad territorial de la periferia se construye paralelamente con la sobrevaloración del espacio céntrico. La concentración geográfica de la pobreza en los territorios relegados de la ciudad tiende a la constitución de la villa y las viviendas sociales como espacios de contaminación (no-deseados) o como una otredad radical (Auyero en Wacquant, 2001:26) que reproduce mecanismos (objetivos y subjetivos) de marginación, opresión y alienación. Así, las condiciones materiales de pobreza son acompañadas por una imagen pública negativa que asocia estos espacios con la delincuencia, la migración y la inseguridad. Estos mecanismos de violencia simbólica operan constantemente en la tipificación de los niños que residen en los barrios pobres como chicos de la calle cuando transitan las calles de la ciudad. Según L. Wacquant:

“El hecho de vivir en el cinturón negro histórico de Chicago implica una presunción automática de indignidad social e inferioridad moral que se traduce en una aguda conciencia de la degradación simbólica asociada al confinamiento en un universo aborrecido y menospreciado (Wacquant, 2001: 136)”.

Otro indicador relevante respecto de la importancia del área central en la ciudad es que toda su línea de colectivos converge en él desde los diferentes puntos geográficos de la zona. Por ejemplo, si un habitante de la Zona Oeste quiere viajar hacia la Zona Sur no encuentra una línea de transporte directa, sino que debe viajar al centro y de ahí hacer una combinación hacia su destino en otras zonas. El centro de la ciudad de San Salvador de Jujuy se constituye como eje del movimiento y la vida urbana en su materialidad económica, laboral, comercial, financiera y administrativa, pero también en su dimensión cultural (con sus propuestas artísticas de música, teatro, cine, etc.) y simbólica, reuniendo los lugares de festejo y eventos conmemorativos importantes para la ciudad (Monumento a Belgrano, anfiteatro de la plaza de los inmigrantes, Parque San Martín, etc.).

Sobre el lugar de realización del estudio.

El lugar de realización del estudio es el espacio urbano de la ciudad de San Salvador de Jujuy. Sin embargo, las amplias dimensiones geográficas del mismo y la especificidad propia de la problemática de estudio, presentan una serie de limitaciones a tener en cuenta a la

hora de delimitar el espacio físico de realización del estudio de campo. Las condiciones de movilidad y desplazamiento constante de los niños/as o sus familias en el marco de sus actividades y estrategias de vida en calle, hacen que la tarea de captar dicha movilidad fijando límites espaciales en el territorio urbano se transforme en algo prácticamente imposible. Así como ningún antropólogo es capaz de fijar los límites de una cultura, los desplazamientos constantes en el espacio urbano características de la población estudiada, no permiten fijar estáticamente los límites físicos de su territorialidad. La presencia empírica de niños/as que trabajan y/o viven en las calles de la ciudad puede crear en la existencia empírica de un campo bien delimitado. No obstante, el estudio de campo nunca se circunscribe estrictamente al lugar físico de realización del mismo. Así como la construcción del objeto de estudio se da por una serie de aproximaciones teórico-práctico, los límites y dimensiones del campo de estudio requieren de una serie de deliberaciones que lo enmarcan conceptual y empíricamente.

El criterio de selección del lugar donde se realiza el trabajo de campo es su grado de representatividad respecto del proceso social que se pretende conocer. Si bien no se pretende tener una muestra de casos en términos estadísticos, es sumamente importante circunscribir un lugar que permita hallar las respuestas que corresponden a las preguntas y perspectivas de la investigación, como así también un grado de acceso e inserción adecuado a dicho lugar para el desarrollo de la investigación. Dadas las características espaciales (estáticas y dinámicas) de la ciudad de San Salvador de Jujuy y las características inherentes a las prácticas y actividades de los niños/as en situación de calle, se considera que la zona Centro reúne las condiciones de representatividad que la investigación requiere.

Aunque se precisen los límites geográficos de la zona céntrica de la ciudad, el trabajo de campo tiene la flexibilidad necesaria para salirse de dichos límites cuando los fines indagatorios así lo requieran. Por ejemplo, el hecho de analizar la situación de calle de un niño/a que realiza actividades laborales en el marco de una estrategia de vida familiar en las calles de la zona Centro retornando periódicamente a su hogar, no implica que el investigador no pueda establecer el marco de una entrevista u observación en su lugar de residencia en un barrio periférico considerando sus características. La zona centro de la ciudad posee niveles de concreción tanto empírica como simbólicos. Así como hay un centro, hay una periferia y una apreciación y uso diferencial de los espacios que remiten a su carácter representado y simbolizado. Si bien la zona centro se convierte en el punto de atracción más importante para

el desarrollo de las estrategias de vida de los niños/as en situación de calle, la relación (material y simbólica) entre lugar de residencia, lugar de trabajo y lugar de recreación es fundamental en los grandes centros urbanos. Una investigación no se reduce a la descripción de lo que sucede en el lugar donde se desarrollan las acciones de los sujetos. La delimitación del campo de estudio refiere a un proceso de selección teórica y práctica que se consolida en los sucesivos momentos de aproximación al objeto de estudio, durante todo el proceso indagatorio y en la relación que el investigador fue construyendo con la problemática social desde el momento inicial.

Cartografía urbana de circuitos y puntos clave en la zona centro.

En San Salvador de Jujuy, la zona centro se convierte en punto de atracción más importante para el desarrollo de las estrategias de sobrevivencia de los niños en situación de calle. En un diagnóstico de situación, realizado durante el mes de mayo de 2003 por el Área de la niñez de la Fundación, se destaca que de un total de 67 niños y niñas observados: “el 47% se registró circulando o realizando alguna actividad laboral en un punto fijo de la zona centro, el 22 % en la zona Noroeste, el 17 % en la zona Oeste y el 14% en la Zona Sur”. Por ello, se considera que la Zona Centro reúne las condiciones de representatividad que la investigación precisa.

En la zona Centro se registran las actividades principales de venta ambulante, cuidado de autos, abre puertas de taxi, limpieza de parabrisas, malabarismo, mendicidad y también actividades lúdicas en las plazas, locales de video juegos y en cibernets. Las actividades que se realizan en las otras zonas de la ciudad se sitúan generalmente en las esquinas con semáforos de las grandes avenidas, ofreciendo diversos servicios a los automovilistas como: venta de productos, limpieza de parabrisas, malabarismo, limosneo, etc. O arriba de los transportes urbanos de pasajeros que van en dirección a la zona centro, vendiendo productos (estampitas, tarjetas, almanaques, etc.). Otro punto a destacar en la concentración de niños en situación de calle es la Terminal de Ómnibus. Allí encontramos todas las actividades antes mencionadas y también prostitución y redes clandestinas dedicadas al robo (Lezcano, Lapenna, 1998:102).

Es interesante resaltar que, si tenemos en cuenta el registro de los hogares de procedencia de los niños/as que deambulan por las calles de la ciudad retornando sistemáticamente o esporádicamente a sus hogares, obtenemos un mapeo casi completo de las

villas miserias y barrios relocalizados o complejos habitacionales producto de planes de vivienda social en la ciudad de San Salvador de Jujuy. Tomando como referencia la zona Centro de la unidad de Rosario, delimitada por Avenida Patricias Argentinas, calle Gorriti al Oeste y el río Grande al Este, describiremos los circuitos o corredores urbanos que se destacan por la afluencia continua o fluctuante de niños y niñas en situación de calle y de los puntos clave o espacios apropiados por los mismos en el marco de sus estrategias de vida o sobrevivencia.

Dado que la problemática de la situación de calle infantil y las estrategias de vida desplegadas por los niños/as en el espacio urbano y denota cambios y movilidades continuas, señalaremos aquellos circuitos y puntos clave de la zona Centro que son más significativos y que han mantenido una presencia casi constante de niños/as (aunque no siempre los mismos) a lo largo de los años en que se desarrolla la presente investigación.

De este modo, pretendemos referenciar los usos del espacio urbano jujeño según horarios, estaciones del año, clima, y la relación entre recursos de la ciudad y tipo de actividad en calle y lugar de residencia. Para esto, se utilizarán los registros de campo propios y testimonios e informes realizados por Operadores de calle del Programa de Promoción Familiar (diciembre 2003, agosto 2006, Mayo-Junio 2007 y 2007) de la SENAF Jujuy.

Esta cartografía urbana posibilitará acercarnos a las dimensiones generales que señalan la presencia continua de niños/as en las calles de la ciudad realizando estrategias lúdico-laborales de vida o sobrevivencia desde el punto de vista de uso del espacio, para luego adentrarnos en la dimensión más cualitativa de las estrategias de vida y representaciones sociales de y sobre los niños/as en situación de calle. Destacaremos seis circuitos o corredores urbanos de la Zona Centro donde los niños/as despliegan sus estrategias de vida apropiándose diferencialmente de estos espacios. Dicha apropiación puede tener aspectos estáticos o dinámicos. Están los niños/as que realizan actividades lúdicas (deambuladores) o laborales (de venta ambulante o mendicidad) que circulan por los espacios públicos delimitando trayectos e itinerarios bien definidos. Y otros niños/as que realizan actividades lúdicas (en plazas, ciber, locales de video juegos, etc.) en lugares específicos, escogiendo puntos fijos del espacio urbano para el despliegue de sus estrategias de vida.

1.2.1. Los Circuitos: calle Belgrano

El primer circuito que señalaremos se asienta sobre la calle Belgrano, desde el cruce del Ministerio de Bienestar Social hasta el parque San Martín. Dicho corredor urbano se destaca, fundamentalmente, por la presencia de bares y restaurantes (también de bancos, supermercados e instituciones educativas) y el tránsito continuo de vehículos y personas. Dada la cantidad de negocios gastronómicos (heladerías, pizzerías, parrillas, etc.) que funcionan desplegando sus mesas en las veredas de dicha avenida y la cantidad de gente que circula por dichos establecimientos, se produce una presencia importante de niños/as realizando tareas de venta ambulante (de flores, tarjetas, artesanías, curitas, biromes, etc.) o mendicidad a lo largo de todo el circuito, especialmente en horarios nocturnos (de las 18 horas en adelante). Si bien la actividad comercial es constante durante el día, por la noche es cuando mayor cantidad de gente transita por la avenida, sobre todo durante las estaciones cálidas del año (primavera y verano). Cuando las temperaturas son bajas, el horario de mayor concentración de personas es por la tarde hasta la caída del sol. La presencia de niños/as en situación de calle y la franja horaria de sus actividades aumenta considerablemente los fines de semana (viernes, sábados y domingos).

En este circuito gastronómico, los niños se proveen tanto de dinero como de alimentos que le ofrecen los distintos comensales, los dueños de los locales o que ellos mismos recogen de las sobras que algunos dejan en las mesas. Como también es una avenida por donde circulan una gran cantidad de vehículos, tenemos un número importante de adolescentes que desarrollan actividades de cuida-coches, abre-puertas de taxi, limpia-parabrisas, malabaristas en esquinas con semáforos, paradas de taxi y colectivos o cuerdas donde estacionan muchos autos, durante el día y especialmente por la tarde. Otros puntos importantes, donde se observan mujeres con sus hijos realizando tareas de mendicidad, son las puertas de algunos locales como los supermercados Carrefour (en Belgrano a altura...), el supermercado Comodín (entre Patricias Argentinas y Ramírez de Velazco) y los restaurantes (ubicadas en ambas veredas de dicha arteria, uno frente del otro).

También debemos destacar la presencia de niños/as sin una actividad laboral definida que, según comentan los Operadores de Calle, “toman la avenida como espacio de juego y, de paso, “manguenan” (piden)” Uno de los grupos de niños identificables por el desarrollo de sus estrategias lúdicas, es el procedente del barrio El Chingo, con edades que van de los 8 a los 10

años. Las actividades callejeras de estos niños no son ingreso principal de sus familias y se concentran diariamente en la heladería Grido (en la peatonal) como punto de partida para recorrer las calles Lavalle y la plaza Belgrano, desde las 19 hs (horario de finalización de la escuela) hasta la una o dos de la mañana aproximadamente.

La plaza Belgrano, ubicada entre las calles Belgrano, Sarmiento, Gorriti y San Martín, se destaca en el marco de las estrategias lúdicas de los niños/as como lugar de encuentro, esparcimiento o consumo de sustancias tóxicas inhalantes (pegamento) o alcohol. En la totalidad del circuito, las edades de los niños/as oscilan entre los 2 y los 16 años, siendo los niños/as de 8 a 13 años los más numerosos (Informe, agosto 2006). La característica principal del circuito es el carácter cambiante de las actividades que realizan los niños/as, al revés, podríamos afirmar que se mantienen constantes los tipos de actividades, provocándose una renovación permanente de niños/as en la realización de cada una de ellas. Es decir, hay una presencia continua de niños/as, pero no son siempre los mismos.

En general, los adolescentes se dedican a las actividades de limpieza de parabrisas de autos, malabares y cuidado de coches (aunque en esta última priman mayoritariamente los adultos varones) y los más pequeños a la mendicidad o a la venta ambulante acompañados por algún hermano/a mayor y, a veces, por sus padres o directamente solos. La mayoría de los niños que transita este circuito vuelve a sus hogares a dormir, siendo gran parte procedente del Barrio Alto Comedero y otros barrios de la zona sur de la ciudad (Informe, agosto 2006). La mayoría accede a la zona Centro a través de transporte público de pasajeros y retorna a sus casas del mismo modo.

Una mención especial merece la rotonda situada en la intersección de Avenida Fascio y Avenida 19 de abril. Ambas avenidas cuentan con un constante movimiento vehicular que circula en doble sentido. La Avenida 19 de abril es una de las arterias de la ciudad por donde ingresan y egresan los autos provenientes de la zona Sur y los provenientes de las ciudades cercanas o de los barrios más populosos. Los puentes actúan como puentes arterias de ingresos y egresos a la zona Centro de la Ciudad por donde transitan los autos provenientes principalmente de la zona sur. En este punto clave del circuito, se concentran varios adolescentes que realizan actividades de limpieza de parabrisas de autos y niños que hacen malabares y mendigan. Estos niños y adolescentes (varones) proceden de los barrios de zona

Oeste y, en su mayoría, de Villa Belgrano, transcurriendo un promedio de entre cuatro y seis horas diarias en dicho lugar (Informe DIPEC, 2007).

Este espacio es escenario de constantes luchas entre los distintos grupos de niños y adolescentes que concurren ahí, por la apropiación de cada lugar estratégico de la rotonda con semáforos, donde paran los autos. Los niños se agrupan en el medio de la avenida, sobre el cantero que divide la calzada, y sobre la vereda, donde se encuentra el semáforo que detiene el avance de los autos. Durante el tiempo que dura la luz roja de los semáforos, los niños y adolescentes ofrecen a los conductores limpiarles los parabrisas de sus autos a cambio de unas monedas, con unas varillas que, en sus extremos, poseen una esponja enjabonada y un secador (en el cantero que divide la avenida cuentan con un balde con agua y jabón de uso común). El mismo tiempo es aprovechado por quienes hacen malabares, realizando sus actos circenses frente a los conductores para luego pedirles unas monedas entre los autos que aguardan la luz verde para continuar su recorrido.

La rotonda cuenta con muchos espacios verdes alrededor, puesto que está en el ingreso al Parque San Martín (gran espacio donde, entre otras cosas, funciona un parque de diversiones infantiles, un lago con juegos, hogar-escuela, Iglesia de raigambre Católica, natatorio municipal, locales de comida) que son utilizados por los niños y adolescentes para sus actividades lúdicas y de esparcimiento. Este espacio público tiene una gran presencia de niños en horarios diurnos y nocturnos y durante los fines de semana, pero como queda fuera de los límites señalados para este análisis no será referenciado con el detalle y la rigurosidad que el mismo precisaría.

En general, se observan grupos de chicos que asisten juntos y se retiran de la misma forma, como grupos de amigos o compañeros de trabajo. Esto les permite defenderse de los más grandes (una de las esquinas está ocupada por jóvenes mayores de 18 años) y distribuirse tareas y horarios de trabajo. En la parada Sur se instaló un grupo de jóvenes mayores de 18 años, provenientes de los barrios cercanos (El Chingo, Belgrano y San Martín) y el que se asienta en la Avenida Córdoba, Alvear y Avenida Bolivia), que se impusieron “corriendo” de las paradas a los niños y adolescentes más antiguos en la rotonda. En la parada Norte se han instalado los adolescentes que limpian parabrisas y proceden de las zonas aledañas a la zona de la Terminal, y en la parada este asisten los niños más pequeños que quedan sin parada y realizan actividades circenses o mendicidad (Informe DIPEC, 2007).

Los horarios de mayor concurrencia de los niños y adolescentes a la rotonda son desde el mediodía hasta la noche. Durante el verano, con el calor, suelen ausentarse en el horario de la siesta (de 14 a 16 horas aproximadamente), puesto que suele mermar considerablemente la circulación de automóviles en dicha franja horaria. Los fines de semana aumenta significativamente la cantidad de niños en este punto y, en algunos casos, con el acompañamiento de algún familiar o mayor. Inversamente a lo que ocurre los fines de semana, los días lunes y martes suele haber menor concurrencia de niños ya que los mismos afirman que “la gente se gasta toda la plata el fin de semana y no te dan nada” (Informe DIPEC, 2007). La mayoría de estos niños no están escolarizados y los que lo están, lo hacen irregularmente. También debe señalarse la presencia de los ya mencionados niños del barrio Azopardo, que con frecuencia concurren a bañarse a la fuente del Parque San Martín en épocas de verano.

1.2.2 Calles internas (Otero, Necochea, Güemes, Alvear)

El segundo circuito que destacaremos es el que se asienta sobre las calles paralelas a las principales, desde el barrio Naranjo hasta cercanía del barrio Los Huaicos hasta la avenida Córdoba. Dichos sectores se encuentran en una de las zonas más tradicionales de la ciudad, donde se ven edificaciones antiguas (departamentos), antes habitadas por los sectores del siglo pasado y principios de éste y hoy recicladas y remodeladas para la instalación de diferentes instituciones educativas (Primarias, Secundarias), de la salud (Instituciones privados fundamentalmente), bares y restaurantes, etc. Es un corredor urbano muy amplio, con ancha avenida que se divide en dos sentidos, existen bancos, espacios verdes, canchas públicas y un hogar-escuela, y que es utilizado diariamente como paseo peatonal por los transeúntes. La principal actividad en este circuito es la de los niños (principalmente varones) que limpian parabrisas, hacen malabares (los adolescentes) y mendigan (los más pequeños) en las esquinas de las calles con semáforos, que cortan las calles como vía de acceso y egreso a la zona Centro de la ciudad. Existe una presencia casi continua de niños y adolescentes en estos puntos claves de la ciudad, aunque también pueden alternar con otras esquinas de la zona.

La mayoría de los niños/as y adolescentes que desarrollan actividades en las esquinas con semáforos, proceden en las zonas Oeste y Noroeste de la ciudad y retornan a sus hogares periódicamente. El horario de mayor frecuencia y presencia de niños/as en esta parte del

circuito es de 15 a 22 horas, siendo más escasos los que asisten por la mañana (de 10 a 15 horas), salvo en otras calles, que tienen un tránsito constante de vehículos durante todo el día. En general, no transcurren todo el día en calle, ya que, en el turno de la mañana, se observan poblaciones diferentes a las de la tarde-noche. Algunos de los niños y adolescentes concurren al centro a contra turno de la escuela (Informe DIPEC, 2009). La franja etaria de los niños presentes en este circuito oscila entre los 13 y 18 años, contando con un alto grado de organización en las actividades que desempeñan en cada esquina, especialmente en las calles Belgrano, Güemes, Alvear, Salta y Patricias Argentina por la tarde. Algunos realizan estas actividades con miembros del grupo familiar y otros con amigos de la misma edad, con tareas diferenciales y horarios bien definidos.

En el trayecto que va desde la calle Balcarce y Salta hasta la avenida Patricias Argentina, se asientan la mayoría de los bares y restaurantes cuyo funcionamiento es mayoritariamente nocturno, y en aumento los fines de semana. Presenta gran movimiento de niños/as que limosnean y venden productos (flores, tarjetas, etc.) los días viernes y sábados a la noche en el interior de estos locales. Esta tarea es realizada por niños/as pequeños (de siete a once años) acompañados por algún adulto. Tanto niños (varones) como niñas (mujeres) venden productos o mendigan entre las mesas donde se encuentran los comensales en el interior de dichos locales, siempre y cuando el encargado del establecimiento se los permita. Si la relación es buena con los dueños de los locales, se les provee de comida y pactan el horario en que deben pasar para realizar la venta de sus productos, garantizando el buen comportamiento que deben tener los niños/as para con los clientes del local.

1.2.3 Peatonal Belgrano

El tercer circuito a destacar es el que se asienta sobre la calle Belgrano desde donde nace como paseo peatonal, calle Lavalle hasta calle Necochea. La Peatonal se caracteriza por la presencia de gran cantidad de locales de venta de ropa y otros productos, siendo junto con otras arterias como uno de los corredores comerciales más importantes de la ciudad. También debemos destacar en él la presencia sobre esta calle del shopping donde funciona un patio de comida, centro de exposiciones, parada de transporte alternativo. Estos lugares son centros de atracción para las estrategias lúdicas y laborales de los niños en situación de calle que transitan por este circuito. La zona de la peatonal se caracteriza principalmente por la presencia de niños/as que deambulan sin un punto definido para la realización de sus

actividades laborales o lúdicas, y de mujeres instaladas en lugares específicos (fijos) junto a sus hijos más pequeños (de 0 a 4 años aproximadamente), siendo la mendicidad la actividad predominante, y en menor grado, la venta ambulante de flores y otros productos.

Las mujeres con sus hijos más pequeños (en su mayoría pertenecientes a las comunidades originarias) suelen elegir puntos fijos para mendigar en las puertas de lugares muy concurridos como los restaurantes de las calles Necochea y Belgrano; el Banco de la Nación Argentina (Casa Central) en la misma esquina; existen un mercado, al frente del mismo se encuentra un local de la cadena Comodín; otros locales de bancos como Galicia, Río Santander, Banco Francés, en calle Balcarce y Lamadrid; las paradas de taxis en la de transporte alternativa, cómo así también en diagonal que se encuentra vendedores ambulantes.

Los horarios de concurrencia a estos lugares coinciden con el horario de apertura y cierre de los negocios a partir de las 9,30 de la mañana hasta las 20 o 21 horas. En verano, debido a las altas temperaturas y a la merma en la circulación de personas, dichas mujeres concurren por la mañana hasta pasado el mediodía y por la tarde a partir de las 17 horas, aproximadamente. En invierno, mantienen un horario corrido desde la mañana hasta que cae el sol. También se puede apreciar presencias en cercanía del Cine Alfa donde algunos adolescentes abren puertas de taxis a cambio de una retribución económica. Otra parada de taxis destacable es la que se ubica en San Martín y Lavalle donde funcionan varios bancos.

Las estrategias laborales alrededor del cine se desarrollan en el horario de la tarde-noche y se incrementa hacia los fines de semana hasta las dos o tres de la mañana, cuando terminan las funciones de trasnoche. La citada plaza Belgrano, ubicada al frente de la casa de Gobierno, Catedral, Policía Federal y la Central de la Policía Provincial, funciona como eje de atracción y concentración de muchos de los niños y adolescentes que deambulan sin lugar fijo ni actividad laboral definida. Este espacio es utilizado como lugar de encuentro, recreación, consumo de sustancias inhalantes y para dormir o pasar la noche. Las actividades que desarrollan en la misma quedan supeditadas a la conflictiva relación que se establece con el personal de las fuerzas de seguridad y control del espacio público. Es un lugar con fuerte presencia policial y de la GUM (Guardia Urbana Municipal). Por este motivo, los niños alternan su presencia en este espacio para el encuentro, la recreación y el pernoctar, con otras plazas y parques cercanos (Plaza Sarmiento, Plazoleta Italia, o las zonas parquizadas en diversas zonas de la ciudad o laderas de los ríos) que describiremos posteriormente.

La plaza de los Inmigrantes, ubicada entre las calles Juana Manuela Gorriti, Acceso Sur y Urdinenea poseen características similares a la plaza de barrios cercanos. En ella existe un anfiteatro en donde se realizan diversos eventos al aire libre y gratuitos, como así también locales de comidas callejeras, juegos infantiles y arboleadas. Se pueden observar niños y adolescentes deambulando, vendiendo tarjetas, mendigando en las paradas de transporte urbanos de pasajeros o entre la gente que aguarda. Ocasionalmente la utilizan para pernoctar, dependiendo del accionar de las fuerzas de seguridad, aunque es más frecuente ver adultos haciéndolo.

Si bien era un punto de la ciudad donde se encontraban niños durmiendo regularmente, hoy en día se los ve con menos frecuencia, no porque hayan retornado a dormir a sus hogares, sino porque las acciones de las fuerzas de seguridad pública (policía, GUM) los han obligado a buscar nuevos sitios y espacios donde guarecerse por las noches, dentro de la misma zona céntrica. Cerca de ambas plazas, en calle Lavalle entre Lamadrid y Otero, se encuentra las oficinas de Caritas-Jujuy, quienes brindan asistencia a las personas que necesiten algún tipo de colaboración. Muchos de los niños/as, adolescentes y jóvenes que pernoctan en estos lugares concurren allí para abastecerse de ropa, alimentos, bañarse y asistir a talleres recreativos, de expresión y de capacitación de oficios.

En estas calles, junto con el de la zona conocida como comúnmente zona de la “Vieja Terminal”, los niños que pernoctan regular o esporádicamente encuentran muchos lugares donde proveerse de recursos (comida, ropa, etc.) u ocupar alguna parada de taxis para conseguir dinero. También hay varios artesanos en las diversas plazas, de los que los adolescentes aprendieron a hacer artesanías para vender. Siendo el deambular constante la característica principal de los niños que transitan esta zona, se los puede observar también por otros circuitos de la ciudad (peatonales, escaleras en zonas cercana a los locales en las ferias) de acuerdo a las fechas (estaciones) del año y circunstancias familiares o comunitarias particulares de cada uno de ellos, realizando un tránsito por circuito callejero que alterna el pernoctar en la vía pública con el retorno a sus hogares de origen. Hablamos de un grupo de chicos cuyas edades oscilan entre los 11 y 15 años y se quedan a dormir en el centro entre dos y cuatro veces por semana (Informe, agosto, 2006).

Las plazas y parques que funcionan como lugares de encuentro son los únicos espacios fijos donde pueden verse niños con cierta regularidad, y esto depende del trayecto-itinerario

que cada niño o grupo de niños trae en el marco de sus estrategias de vida o sobrevivencia. La mayoría de los niños que transitan este circuito proceden de la Zona oeste y Noroeste de la ciudad, habiendo gran cantidad de niños pertenecientes a las comunidades de ciudades del interior, ubicadas como vendedores ambulantes en los distintos puentes, Lavalle, Necochea, Otero, Belgrano, Lamadrid, Patricias Argentinas (Informes, diciembre 2003 y Agosto 2006). El tramo que va por calle San Martín desde el barrio los Naranjos hasta la Ramírez de Velazco se caracteriza por la presencia de bares y locales bailables nocturnos que funcionan mayoritariamente los fines de semana. La esquina de San Martín y Tucumán es uno de los sitios donde se sitúan muchos bares y pubs nocturnos y podemos observar niños mendigando, cuidando autos y abriendo puertas de taxis.

1.2.4. Calles céntricas.

El cuarto circuito que señalaremos es el que asienta sobre la calle Córdoba, desde la plaza Belgrano hasta Pueyrredón. Dentro de este recorrido debemos destacar el tramo que va desde avenida Almirante Brown hasta calle Santiago del Estero donde la calle se torna en paseo peatonal los fines de semana o en fechas especiales con características muy similares a las del paseo peatonal que se asienta sobre las calles céntricas. Sobre la misma se encuentran gran cantidad de negocios de diversos rubros (textil, electrodomésticos, electrónica, librerías, etc.), galerías comerciales, tiendas y shoppings, por lo cual, constituye un corredor comercial donde circula gran cantidad de gente y dinero durante el día. Al igual que en el circuito anterior, a población infantil en situación de calle cambia constantemente, destacándose las mujeres pertenecientes a las comunidades nativas que mendigan en la puerta de los negocios y otros puntos fijos de la zona junto a sus hijos pequeños. Entre los puntos clave escogidos para mendigar por estas mujeres y niños, podemos destacar: la puerta del local mayorista de golosinas, en peatonal Córdoba entre la puerta las calles Urdininea y Republica de Siria; los locales de comida ambulante y comida rápida, los bancos de la sucursal del Banco Nación, Banco Macro; los bancos de las plazas y parques; en las puertas de los supermercados; la puerta de iglesias católicas; y otros lugares estratégicos que van cambiando de acuerdo a múltiples factores.

En la mayoría de los casos, las mujeres se encuentran pidiendo en estos puntos fijos junto a sus hijos pequeños, y los más grandes (de 5 años en adelante) recorren solos o en grupo las inmediaciones de estos sitios estratégicos y, en especial, la totalidad del trayecto

peatonal, mendigando o jugando. Así como en los espacios públicos los niños/as deben lidiar con las fuerzas de seguridad, cuando intentan ingresar a estos locales, tiendas, galerías o shoppings, son expulsados continuamente por el personal de seguridad (privada) con los que la mayoría de estos lugares cuenta. No todas las mujeres que mendigan en las inmediaciones de este circuito tienen una regularidad constante de asistencia a los puntos señalados anteriormente. Algunas concurren una semana sí y otra no, de acuerdo a sus necesidades concretas, como, por ejemplo; cuando se les acaba la plata de los programas sociales para cocinar y precisan dinero para comprar garrafas (Informe, Agosto 2006). Otras lo hacen con mayor regularidad, asistiendo dos o tres veces por semana.

También se destaca la presencia de adolescentes “abre-puertas de taxi” en paradas fijas bien definidas y con gran afluencia de unidades de taxis que llevan y traen a las personas que realizan compras o pasean por esta zona de la ciudad. Las paradas de taxis se ubican sobre las calles que cortan la peatonal en el sector de mayor concentración comercial. Los adolescentes se encuentran compartiendo las paradas de taxis con jóvenes y adultos (varones). Son sitios muy valorados por quienes trabajan y/o viven en la calle, ya que circula gran cantidad de personas (con dinero para sus compras) y representan un buen ingreso económico para quien logra apropiarse de ellos. En general, se organizan en grupos (familiares o no) para turnarse en el uso de las paradas fijas, y no dejar que nunca queden totalmente vacías y sean ocupadas por otros.

Otros puntos importantes son: las veredas del Carrefour en la esquina de Necochea y 19 de Abril, rodeado por edificios; plazas cercanas; los márgenes de los ríos; paradas de colectivos; Biblioteca Popular y la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales. Esta plaza suele ser utilizadas como parte de los recorridos y actividades lúdicas de los niños/as aunque, dado que están ubicadas frente a dependencias públicas de renombre e importancia para la ciudad, se encuentran severamente controladas por el personal de seguridad (en especial por las noches) y es difícil ver algún niño durmiendo en ellas (sobre todo, en los últimos años). En las oportunidades en que se encontró algún grupo familiar con niños parando en estos lugares, hubo una rápida intervención del personal de las instituciones de acción social (municipal y/o provincial) que negociaron con dicho grupo sobre la posibilidad de reubicarlos en un mejor sitio, despejando dicho espacio público estratégico de la ciudad.

Durante el año 2002, en periodo electoral, varios grupos familiares (hombre y mujeres con sus hijos) decidieron pernoctar en las plazas de la Zona Centro, como producto de fuertes inclemencias del tiempo (inundaciones, temporales de lluvia y granizo, etc.) ya que “estar en la plaza les permite reclamar algo, ser vistos” (Informe, mayo-junio 2007). El hecho de instalarse en estos espacios públicos con niños muy pequeños les garantizaba no ser desalojados bruscamente por las fuerzas policiales y les daba oportunidades de negociar el acceso a una vivienda digna. También debemos señalar el tramo de una de las calles como Independencia que va desde cerca del Ministerio de Salud, en cercanías de la estación de Trenes hasta la avenida Senador Pérez, como el sitio donde circulan los niños/as que venden diversas cosas, como lapiceras, estampitas y abriendo puertas de taxis. Las edades de los mismos van de los 8 a los 15 años, realizando dicha actividad solos o acompañados por un adulto (madres o hermanos/as mayores). Algunos de estos niños/as pueden ser observados en la calle únicamente cuando sale un nuevo número de la revista para vender, y otros alternan dicha actividad con la venta de otros productos o la mendicidad. La plazoleta funciona como punto de encuentro y concentración de los mismos.

Por este circuito transitan en forma intermitente gran parte de los niños/as que deambulan y duermen en la Zona Centro (en su mayoría procedentes de barrios, villas y asentamientos) aunque suelen elegir otras plazas más alejadas para pernoctar como la zona parquizada de ciertas zonas, junto al río Xibi Xibi, los espacios verdes en sus inmediaciones, etc. Sin embargo, también se los ha encontrado ocasionalmente durmiendo bajo el reparo del umbral del edificio donde funciona la central de atención al cliente de la empresa TELECOM, en la actualidad ya no pernoctan en dichos sitios. Los horarios de mayor afluencia de niños/as realizando actividades lúdicas o laborales en este circuito, coincide con el horario de apertura y cierre de los comercios, siendo muy escaso el movimiento nocturno. Por la noche se observan niños/as que venden flores, tarjetas y otros productos o mendigan en los bares, locales de comida rápida o en la entrada de centros comerciales “galerías” en calles Lavalle, Belgrano, Alvear. Al igual que en el circuito de las calles Salta, se observan las mismas variaciones horarias como consecuencia de los cambios climáticos durante las estaciones de verano e invierno. También podemos señalar como parte de este circuito al grupo de adolescentes que limpian parabrisas en las esquinas más concurridas.

1.2.5 Calle Independencia

El quinto circuito se asienta sobre calle Independencia desde 19 de Abril hasta avenida Fascio. Dicho corredor urbano, que corre en paralelo a la peatonal, en zonas cercanas, se identifica por la concentración de Bancos Públicos y Privados, desde calle San Martín y Alvear. La mayor afluencia de personas y de niños/as realizando actividades laborales, coincide con el horario de atención bancaria (de 10 a 15 horas). Esta calle se caracteriza por tener gran cantidad de paradas de taxis ocupadas desde hace mucho tiempo por grupos familiares que abren puertas a cambio de una retribución económica y cuyos integrantes intercambian los horarios de asistencia a estos puntos.

También se observa una constante presencia de mujeres mendigando con sus hijos pequeños en las puertas de los diferentes bancos y en la puerta del cine-teatro Alfa (Patricias argentinas casi esquina Belgrano) dado que, con el fin de la jornada bancaria y la caída del sol, la calle Independencia queda con muy poco movimiento de personas y autos, se observa una escasa presencia de niños/as realizando actividades laborales, con excepción de un grupo que solía dormir por las noches en el umbral del ex Banco de Acción Social, ubicado en calle San Martín. Fuera de la zona de Bancos, en las esquinas de Otero y Lavalle, se observan grupos de niños mendigando y haciendo malabares entre los autos que se detienen delante del semáforo en rojo. Dentro de las inmediaciones de este circuito, podemos señalar también la presencia de mujeres mendigando con sus niños/as pequeños en la puerta del supermercado Comodín de la calle Independencia entre Otero y Sarmiento.

1.2.6. El bajo

El último circuito que señalaremos está comprendido por las avenidas, parques y paseos que se ubican a la vera del río Grande y Xibi-Xibi, en la zona denominada como “el Bajo”. Este tramo está comprendido por una avenida costanera (avenida 19 de abril y avenida José María Fascio) que corren paralelas a los ríos respectivamente. Abarcan desde Punta Diamante hasta el puente Tucumán y el Lago “Popeye” y desde la estación de Ferrocarril hasta el puente Belgrano, y se caracteriza por tener grandes espacios verdes parquizados frente al Monumento a la primera Fundación de la ciudad de San Salvador de Jujuy, en la triangulación de tres calles, al frente de la Facultad de Agronomía dependiente de la UNJu. En estos sectores según distintos medios que comúnmente informan debido a los espacios verdes, los árboles frondosos resulta ser un espacio propicio para cometer delitos como arrebatos, y

robos de mochilas entre otras cosas. Aquí no solamente se encuentra el edificio de la Universidad, sino que también funciona el edificio del único establecimiento del nivel medio que depende de dicha casa de Altos Estudios. Aquí únicamente realizan tareas de prevención de delitos el personal de la Policía provincial que se localizan con agentes agrupados en binomio y patrullajes en unidades vehiculares.

En las inmediaciones de los tribunales de la provincia de Jujuy y en la zona de la Legislatura cabe señalar la zona comprendida por los playones de estacionamientos (enfrente del edificio donde funciona estos principales centros representantes del poder Judicial y Legislativo de la ciudad), la rotonda de avenida cercanas y donde funcionan dichos edificios correspondientes a determinados sectores de la ciudad, estos espacios denotan un gran movimiento de personas y vehículos, especialmente, durante la noche y los fines de semana en temporada de primavera y verano. Desde el sector de la plaza Italia, llega hasta a una cuadra anterior de donde se encuentra el Instituto Nuestra Señora del Huerto, cuyo establecimiento educativo posee niveles tanto de la primaria y secundaria extiende a lo largo de la inmediaciones espacios verdes que se acondicionan, preparan y conservan, atravesando los distintos complejos de departamentos en el barrio aledaño al centro, denominado barrio “Gorriti” en estos sectores se pueden apreciar estaciones de servicios, pequeños locales comerciales, plazoletas, también se caracterizan por patios cervceros, parrillas y restaurantes. Todo este paseo sobre la costa de la ciudad cuenta con un gran movimiento de personas que concurren al mismo para realizar actividades aeróbicas, tomar sol, mate o leer, el encuentro con amigos al aire libre o en los bares, etc. De noche, suele ser también muy concurrido (en épocas de verano), pero solo en el sector de los bares y restaurantes y, en especial, en La Fluvial, con sus locales de fiestas y bailes.

En el primer tramo del circuito de El Bajo, más ligado a la zona de la terminal, pero también en barrios como Lujan, Coronel Arias se destaca la presencia de algunos niños/as deambulando, y adolescentes cuida-coches en las inmediaciones del estadio de Gimnasia y Esgrima de Jujuy. El punto fuerte de concentración es el de la zona comprendida por la rotonda en avenida Éxodo, avenida la Bandera y calle Tilcara. En la rotonda, se observa varios niños/as de entre 5 y 11 años pidiendo monedas entre los autos que se detienen en los semáforos, con algunas de sus madres observándolos a la distancia, desde algún lugar con reparo del parque o las plazas. Las actividades de limosneo no se restringen solo a los autos

que transitan este punto, también lo hacen entre las personas que se encuentran comiendo al aire libre en las mesas de los distintos bares (sobre calle Humahuaca) y de los bares de las calles Pichicha y Tumusla.

En estos puntos también vemos la presencia de niños/as vendedores ambulantes de flores, tarjetas y otros productos, a medida que transcurre la tarde hacia la noche (de 19 horas a 1 o 2 de la mañana) y, sobre todo, los fines de semana del verano que es cuando más gente asiste a estos lugares. Por ello, también encontramos adolescentes (y adultos) cuida-coches y abre-puertas de taxis en la puerta de ingreso al complejo de la estación de trenes ahora transformada en salones y lugares de convención. Las jornadas de los niños/as y adolescentes en estos lugares suelen ser muy extensas (entre seis y diez horas diarias). Además de pedir monedas, los niños que transitan esta zona se proveen de alimentos en los locales gastronómicos, cuando alguno de los comensales les ofrece o cuando juntan los restos de comida que los mismos han dejado en sus mesas al retirarse.

En este mismo perímetro de puntos clave, debemos hacer mención especial de la continua presencia de niños, adolescentes y jóvenes en la denominada Plaza cercano al estadio de fútbol, es uno de los puntos clave de reunión y esparcimiento de muchos de los niños que deambulan por las peatonales y el bajo, a partir de las 17 horas, en invierno y las 19 horas, en verano. Dicha plaza tiene una fuente en el centro que es utilizada por los niños para bañarse los días de calor. También es uno de los puntos escogidos como lugar de reunión para el consumo de inhalantes (pegamento) o pernoctar. Al estar frente al edificio donde se reúnen los concejales (que constituyen el órgano máximo de deliberación legislativa de la ciudad), esta plaza es controlada fuertemente por el personal de las fuerzas de seguridad pública y, en la actualidad, se observan niños con menos frecuencia.

En las inmediaciones se ubican cuatro supermercados en los que se observa a mujeres pidiendo con sus hijos pequeños (de 0 a 4 años) y, muchas veces, se ve cómo sus hijos mayores (de 5 a 11 o 12 años) llegan con ellas y se van alejando paulatinamente, deambulando, pidiendo y jugando por las zonas que se describen anteriormente, el Bajo (fundamentalmente en las escaleras) o las peatonales. Éstos se reúnen con otros chicos que están circulando por la zona y en el paseo de los Artesanos. En el tramo que comprende la calle Belgrano, desde la plaza homónima a la bandera, se advierte la presencia de niños mendigando en esquinas con semáforos, como las de Avenida La bandera y Éxodo, y otros

durmiendo en la zona de los galpones de las distintas empresas de colectivos y debajo de los puentes o la explanada que se extiende entre el río Xibi-Xibi y los lugares que la bordean.

Estos lugares sirven como espacios de encuentro y recreación, con actividades centradas en el consumo de inhalantes y otras sustancias tóxicas (pastillas, alcohol, marihuana, etc.). La modificación y reacondicionamiento de la zona de los galpones para su uso público hizo que en los últimos años mermara la utilización de estos lugares por parte de los niños, pero al ser un espacio de amplias dimensiones y muy poco transitado e iluminado por la noche, sigue siendo un sitio elegido para pernoctar por niños y adultos (cuando el accionar policial no lo impide). El corredor de terrazas con vistas al río, que se extienden desde el Parque Belgrano hasta la Sociedad Española en la esquina de Belgrano y Senador Pérez, tiene mucho movimiento de personas que concurren a los diferentes bares y, por ello, de niños/as que transitan los mismos vendiendo productos o mendigando, especialmente en los horarios de la tarde-noche (de 19 horas en adelante). Lo mismo ocurre en la cercanía de los bares y restaurantes que se asientan sobre el tramo de las calles Alvear, Independencia, Güemes y Salta.

1.3. Cambios y regularidades en los usos de los circuitos y puntos clave

Esta presentación del panorama de los circuitos y puntos clave de la zona centro de la ciudad de San Salvador de Jujuy permite observar algunos rasgos generales que caracterizan las estrategias de vida o sobrevivencia de los niños/as en situación de calle, desde la perspectiva de los usos que los mismos hacen del espacio urbano. Dado que las formas de habitar la calle y las actividades de los niños/as se van modificando continuamente de acuerdo a factores como la edad, género, época del año, condiciones climáticas, la aceptación por parte de los transeúntes o las fuerzas de seguridad públicas y privadas, etc., nuestro análisis cualitativo no pretende ofrecer descripciones exactas, como sí lo haría un informe estadístico, sino captar los cambios permanente que implican las estrategias de vida o sobrevivencia de los niños/as.

A lo largo del período en que se realizó la presente investigación (2003-2009) los niños fueron modificando sus estrategias y actividades y, al mismo tiempo, los espacios por los que transitaban. También la ciudad sufrió grandes cambios, en especial la Zona del centro de la ciudad, como producto de una política de embellecimiento para el aprovechamiento de los espacios públicos y para posicionarla como opción turística nacional e internacional. Esto

generó modificaciones respecto de los lugares donde los niños/as desplegaban sus actividades lúdicas o laborales, o donde dormían.

Uno de los ejemplos más claros fue la remodelación de la zona de los monumentos considerados como Patrimonios Históricos Nacionales, donde se reformaron y reacondicionaron las construcciones abandonadas del ferrocarril y de las zonas que se empezaron a construir, combinando a ello con los avances en obras urbanísticas, como resultaron ser los nuevos accesos de la ciudad en donde se instalaron bares y restaurantes generando espacios parquizados para su uso recreativo. Estos se realizaron en el marco de las campañas electorales (municipales y provinciales 2003 y 2007) cuando el hecho de poder desplegar un sinnúmero de actividades podían permitir tener “controlada” la problemática de los chicos de la calle era un tema importante en la agenda política de los candidatos a Intendentes de la ciudad y el Gobernador de la provincia. Por ello, se intensificaron operativos de seguridad en los lugares más visibles de la ciudad (plazas, parques, paseos peatonales, etc.), como así también se crearon dispositivos de abordaje profesional-institucional de los mismos, como el ya citado Programa de Promoción Familiar.

Aunque las plazas que conforman el punto neural del centro y sus zonas aledañas dejaron de ser utilizadas diariamente por los niños que pernoctaban allí por estos motivos, ambos espacios públicos deben ser señalados como lugares centrales en las estrategias de vida de los niños que viven y trabajan en las calles de la ciudad en el periodo estudiado. Estas plazas son reconocidas como puntos fijos de encuentro del grupo de niños que pernocta en la vía pública (regular o irregularmente) y transitan por los circuitos e inmediaciones de la avenida Hipólito Irigoyen y Lavalle, teniendo espacios definidos donde guardan sus pertenencias, se alimentan, higienizan, duermen, etc.

A grandes rasgos, podríamos indicar que la Plaza como conocida de la “Jorge Newbery” es habitada por los niños pertenecientes a la comunidad que se encuentra en situación de extrema vulnerabilidad, y la plaza de los Inmigrantes, por adolescentes de entre 14 y 17 años con más años en calle (PIE DE PAGINA). En general, *“es muy raro que los chicos duerman en calle de manera constante, la mayoría retorna alternativamente a sus hogares y los que sí lo hacen, son mayores (de 14 a 21 años)”*

Los niños rotan continuamente los lugares donde duermen. Por ello, algunos de los puntos donde se los observó con frecuencia, han variado notoriamente y otros se han mantenido a pesar de las adversidades y el paso del tiempo. En el Informe de Avance del Programa de Promoción Familiar, de diciembre de 2003, se señalan los niños que generalmente habitan en el centro de la ciudad, durmiendo *“en galpones del bajo, umbrales de edificios y entidades bancarias, plaza, cajero automáticos, vagones de ferrocarril de la estación, terminal de ómnibus y otros espacios que ofrezcan reparo”*. La mayoría de estos niños realiza actividades de “mendicidad no organizada”, sin lugar ni horarios fijos, desplazándose de un lugar a otro, mientras que algunos pocos sostienen actividades regulares en paradas de taxis (Informe DIPEC, diciembre 2003).

Hay que señalar también que las rutinas y estrategias de los niños/as y sus familias se modifican considerablemente durante los días festivos o conmemorativos, cuando las autoridades municipales, provinciales o nacionales organizan algún evento público para su celebración, ya sean actos políticos o encuentros culturales (como por ejemplo, la celebración del Éxodo Jujeño, día de la Fundación de San Salvador de Jujuy, entre otras festividades de gran notoriedad y relevancia para el pueblo jujeño en donde se organizan desfiles en el que asisten autoridades políticas más importantes de todos los ámbitos, o la organización del ciclo cultural de conciertos musicales y obras de teatro al aire libre organizados por el municipio durante los meses de febrero y marzo, en verano, como así también en los meses de junio y julio por las vacaciones de invierno).

Dentro de estos eventos, se destaca la organización, planificación y ejecución de los denominados “Hornitos en vísperas del Éxodo Jujeño” realizada todos los años durante el mes de agosto y durante la Fiesta del Estudiante en el mes de septiembre en donde suelen suceder infinidad de eventos, atracciones para el estudiantado tanto del nivel primario como secundario de la provincia. Dichos encuentros sociales constituyen un evento popular anual, que representa la mitología de una argentina construida como un “crisol de razas” en donde se ofrecen platos regionales, bailes y demás actividades autóctonas de la provincia (Informe DIPEC, 2009), ofrece una muestra de sus costumbres con las comidas, bebidas, bailes típicos de la cultura andina. Esta actividad, que dura diez días y se realiza en el centro de la ciudad, en espacios dedicado para ello, atrae gran cantidad de gente y, por supuesto, a gran cantidad de gente y, por supuesto, a gran cantidad de niños/as que trabajan y/o viven en la calle.

Durante la realización de este evento, se triplican los casos de niños/as que no vuelven a dormir a sus casas, atraídos por las propuestas lúdicas que ofrece una festividad de tal envergadura y la posibilidad de recibir comida (exótica), mendigar, vender productos o cuidar autos en el marco de un acontecimiento multitudinario como éste.

Otras fechas importantes para este tipo de actividades en calle, son las dos o tres semanas previas a la celebración de la Navidad, los 25 de diciembre y vísperas del 1 de enero, en los circuitos de la peatonal, donde se concentra la actividad comercial callejera de la zona de la terminal y el centro de la ciudad. La gran cantidad de gente que va a comprar regalos en las tiendas y locales, dispuestas a gastar dinero y ofrecer una limosna a quien pide en la puerta de los negocios o en las paradas de taxis (acorde con el espíritu caritativo que inspiran estas fechas religiosas y familiares de fin de año), ejercen un efecto de atracción importante para los niños/as, adolescentes y jóvenes en situación de calle. La diferencia económica que pueden hacer durante estos días les permite organizar y solventar los gastos de sus fiestas navideñas.

De este modo, el análisis de las actividades y espacios ocupados por los niños/as, permite hacer algunas distinciones preliminares respecto de las estrategias de vida. Se distingue un grupo importante de mujeres que realizan tareas de mendicidad organizada en puntos fijos, junto a sus hijos que permanecen con ellas (los más pequeños) o deambulan por las calles de la ciudad jugando o mendigando (los mayores). La mayoría de estas mujeres pertenecen a los barrios como Alto Comedero. Otro grupo de mujeres (madres o hermanas mayores) acompañan a los niños/as en el recorrido por las calles, avenidas o paseos peatonales o comerciales, para la venta ambulante de productos como flores, tarjetas, estampitas, curitas, encendedores, biromes, artesanías, etc.

Las edades marcan algunas diferencias en el tipo de actividad. Los más pequeños realizan tareas de mendicidad y de venta ambulante y los adolescentes, actividades de abrepuertas de taxis, cuida-coches, malabares y limpieza de parabrisas de autos. Según se destaca en uno de los Informes realizado por los Operadores de la calle del Programa de Promoción Familiar de las distintas entidades que trabajan de manera coordinada con el Ministerio de Desarrollo Social provincial (agosto 2006), estas últimas actividades han mermado desde el año 2005 y ya no son principales. Las condiciones de género también marcan diferencias en el tipo de actividad realizada por los niños/as. La actividad en calle es mayoritariamente

masculina. Se puede observar una presencia más o menos equilibrada de niños y niñas pequeños (5 a 11 o 12 años) en las actividades de venta ambulante de productos y mendicidad, siendo escasa o nula la cantidad de niñas y adolescentes mujeres en las actividades de limpieza de parabrisas de autos, cuida-coches, abre-puertas de taxis. También es escaso el porcentaje de niñas que pernoctan en la vía pública, primando la condición masculina durante la jornada nocturna.

En cuanto a los adultos que están con los niños/as, sobresalen las ya mencionadas mujeres que mendigan con sus hijos más pequeños en un punto fijo de la ciudad (puertas de comercios, iglesias y bancos) y las que acompañan a los mismos en sus tareas de venta ambulatoria. Los varones adultos se encuentran organizando o compartiendo horarios de trabajo en las paradas de taxis y las cuadras donde se cuidan autos (cuida-coches). Algunos de éstos comparten el pernoctar con los adolescentes mayores. La presencia de niños/as realizando actividades laborales en las calles de la zona centro de la ciudad va en aumento a medida que se aproxima el fin de semana, y muestra su punto de máxima asistencia en dichos días, mermando hacia los días lunes o martes o los días de lluvia intensa donde, por cuestiones lógicas, las actividades de limpieza de parabrisas o venta ambulante al aire libre pierden sentido.

El calendario escolar también repercute en la mayor o menor presencia de estos niños/as. Dado que muchos concurren a la zona centro en contra turno de su horario de clases, en los periodos de receso por vacaciones de invierno y verano, o los días de paro docente o feriados, dichos niños/as suelen incrementar sus horas de permanencia en los circuitos callejeros, tal cual se observa durante los fines de semana. Los chicos que trabajan y/o viven en la calle se insertan indistintamente en cualquiera de estas actividades antes señaladas. Entre los niños/as y adolescentes que transitan o circulan la zona centro de la ciudad sin una tarea laboral definida o nítidamente identificable, priman las actividades relacionadas con lo lúdico, como el acceso a los locales de video juegos, ciber, parques y plazas y el consumo de sustancias tóxicas (solventes industriales inhalables, marihuana, pastillas, alcohol, etc.). Dentro de esta población, es destacable la gran proporción de niños/as perteneciente a barrios alejados de la ciudad como ser San Francisco de Alava, San Cayetano, EPAM III, Alto Comedero, entre otros.

El cambio más significativo que se observa respecto de los usos y formas de habitar el espacio urbano jujeño, desde el 2004 a 2006, es el hecho de que “cada vez más, los chicos abandonan la parada fija y deambulan por las calles” y, a la vez, “el mayor consumo de poxi (abreviación de la marca de pegamento poxirán), sobre todo en los chicos de la zona de la terminal. Finalmente, cabe hacer referencia al tema de las distancias geográficas de la ciudad como una de las causas del no retorno o del retorno esporádico de los niños a sus hogares. En la investigación realizada en la ciudad de Rosario, Argentina por Lezcano (mayo, 2002), “Condiciones de vida y laborales de los niños y adolescentes que transitan la Ciudad Autónoma de Buenos Aires”, se destaca el factor distancia entre el lugar de residencia del niño (generalmente de la provincia) y cualquier punto de la ciudad (generalmente céntrico y en la Capital Federal) como una de las causas del retorno intermitente de los niños a sus hogares. En este punto cabe destacar una diferencia sustancial puesto que, en contraste con dicha ciudad, San Salvador de Jujuy es espacialmente mucho más pequeña y, por ello, las distancias de un lugar a otro son más cortas. La distancia más prolongada entre el espacio céntrico y los barrios periféricos es de 45 minutos a una hora de viaje en colectivo y no son pocos los que realizan estas distancias en bicicleta o inclusive a pie por motivos de precariedad económica o por elección.



Los recorridos metodológicos de la investigación

Este capítulo está centrado en la metodología, dando cuenta de la selección de las técnicas clásicas de la etnografía para el desarrollo del presente trabajo: observación participante y entrevistas abiertas, como sustento central del trabajo de campo. A partir de esta perspectiva enfocamos el contexto y los sujetos de estudio, las decisiones adoptadas, algunas reflexiones sobre el trabajo de campo y el análisis de los datos. Finalmente presentamos y describimos algunas de los sujetos y los puntos de encuentros con los que trabajamos como ejemplo de núcleos de observación del universo entrevistado y observado.

2.1. Enfoque metodológico

La investigación se situó dentro de un abordaje cualitativo, entendiendo que la investigación cualitativa está enraizada en el paradigma comprensivo o interpretativo, orientado hacia la captación de las significaciones, el contexto y la reflexividad (Tylor y Gogdan, 1996; Vasilachis, 2006). En cuanto a las actuales tendencias en el campo de las Ciencias Sociales la línea de trabajo puede ubicarse en el marco del constructivismo o enfoque interpretativo. Asimismo, siguiendo premisas de la tradición fenomenológica, se considera la conducta humana, lo que la gente dice y hace, como producto del modo en que define su mundo. La tarea del investigador es aprender este proceso de interpretación, intentando ver las cosas desde el punto de vista de otras personas (Taylor y Bogdan, 1996). Las ventajas de este tipo de acercamiento a la realidad social en la descripción y comprensión de vivencias, representaciones, emociones, acciones, en suma, contenidos de conciencia, son ampliamente reconocidas (Husserl, 1949; Landgrebe, 1968; Szilazi, 1973).

En el campo de las Ciencias Sociales se destacan autores como Schutz (1962,1972) y Merleau Ponty (1969) y en general los investigadores que adhieren a la antropología fenomenológica (Good, 1994; Kleiman, 1991), al interaccionismo simbólico (Blumer, 1969; Khun, 1964) y a la etnometodología (Zinmerman y Wieder, 1969). Así, dentro de los presupuestos teorico-metodologicos-epistemologicos, señalamos básicamente la resistencia a la naturalización del mundo social, enfatizando el carácter de construcción del mismo en un proceso permanente de relaciones e interacciones sociales, considerando que el conocimiento del mundo social puede generarse a través de la observación y la participación activa e interactuante en el mundo.

Dentro de dicho método cualitativo y los marcos epistemológicos señalados, adoptamos la etnografía como estrategia metodológica (Crivos, 1995; Crivos y Martínez, 1998) por considerar que nos permite abordar el problema y los objetivos propuestos.

Reconocemos las advertencias sobre las distintas situaciones y posicionamientos vinculados con el ejercicio profesional y la experiencia de “hacer etnografía”, que como sostiene Ameigeiras (2006); tras ellos hay una diversidad de caminos posibles que más allá de su reconocimiento, demandan el compromiso de recorrerlos. Por lo tanto, en este capítulo presentamos el recorrido realizado y las opciones asumidas en nuestro ejercicio de la etnografía.

Partimos sosteniendo que la etnografía puede constituir un aporte sustancial en el diseño de procesos de intervención, sabiendo que todo proceso de actuación en lo social que quiera contar con la participación activa de los actores y grupos sociales debe apoyarse en los saberes y prácticas locales, y en algunas ocasiones las metodologías más convencionales presentan limitaciones para captar y responder a estas complejidades. En este sentido, el componente compresivo y dialógico que propone la puesta en marcha del método etnográfico puede constituirse como una posición estratégica en el desarrollo de las intervenciones. La elección y encuentro de la etnográfica como estrategia metodológica que orienta este trabajo, tiene como intención aportar en el mencionado sentido.

La opción por valernos de los desarrollos teóricos, sustentos epistemológicos y herramientas metodológicas de la etnografía se debió a que encontramos que las mismas brindaban posibilidades de aproximarnos a la lógica cotidiana de los sujetos, es decir, al modo en que ellos piensan, sienten y perciben, de importancia central en la búsqueda de indagar en la dinámica cotidiana de los entramados en relación con la situación de calle y sus nociones y sentidos, y registrar relaciones en las que las mismas se desarrollaban en dichos espacios.

Mi presencia en el territorio específico y en las calles, la observación de las dinámicas de las mismas y los datos que de ésta y de las primeras entrevistas iban surgiendo, me condujeron a ir ajustando y definiendo el problema de investigación, redefiniendo algunas preguntas que me había hecho sobre el tema y, en sintonía, optando por la aproximación metodológica que guardaba relación con éstas. Lo cual se dio en forma paralela con la

revisión bibliográfica exhaustiva que iba realizando y me iba generando preguntas e identificaciones en determinadas áreas de vacancia.

Asimismo, en los primeros contactos con los sujetos noté que iban apareciendo ideas y prácticas asociadas a la situación de calle que me parecían “novedosos”, me sorprendían. La sorpresa que me ocasionó encontrarme con registros de situaciones que yo no hubiera pensado ni registrado como de vulnerabilidad de los derechos era lo que me iba conduciendo hacia el interés y la necesidad de explorar el universo de sentidos en ese contexto particular, intentando reconstruir prácticas y sentidos en torno a los diversos momentos, vivencias y experiencias de habitar en los espacios públicos, rastreando cómo aparecía la “situación de calle” como categoría émica o de experiencia próxima³ (Geertz, 1994), notando sus imbricaciones con otras estructuras de sentidos de la vida cotidiana. Según Geertz (1987), el análisis etnográfico consiste en desentrañar las estructuras de significación y en determinar su campo social y su alcance, siendo que la cultura consiste en estructuras de significación socialmente construidas en función de las cuales la gente actúa. Entiende éstas en tanto:

Estructuras conceptuales complejas, muchas de las cuales están superpuestas o enlazadas entre sí, estructuras que son al mismo tiempo extrañas, irregulares, no explícitas y a las cuales el etnógrafo debe ingeniárselas para captarlas primero y explicarlas después (p. 24)

En este contexto de definiciones, nos interesamos por la perspectiva del actor siendo la participación no sólo una herramienta de obtención de información, sino el proceso mismo de conocimiento de la perspectiva del actor (Guber, 2009), búsqueda que siempre se trata de una forma de aproximación (Sarti, 2011). En esta dirección, la perspectiva etnográfica se presenta como una forma de conocimiento localmente situado y como recurso privilegiado para desnaturalizar conceptos o para el desmantelamiento de prejuicios etnocéntricos, elementos que consideramos valiosos para abordar la problemática planteada constituida por prácticas

³ Geertz (1994) explica que un concepto de experiencia próxima es aquel que alguien –un paciente, un sujeto cualquiera, un informante- puede emplear naturalmente y sin esfuerzo alguno para definir lo que él o sus próximos ven, sienten, piensan, imagina, etc. Y que podría comprender con rapidez en el caso de que fuera aplicado de forma similar por otras personas. En este sentido, las ideas y realidades sobre las que éstas informan se hallan natural e indisolublemente vinculadas, las nociones de categoría local, categoría nativa, émica o de experiencia próxima en este texto serán utilizadas indistintamente como sinónimos.

cotidianas generalmente naturalizadas y profundamente arraigadas en construcciones socio-culturales, tanto de los sujetos entrevistados/as como del propio investigador.

Otro aspecto que me llamaba la atención era la constante circulación de persona en los distintos espacios de la ciudad, específicamente en los lugares que suelen convertirse como espacios de pertenencias para los *homeless* optando entonces por detenerme a observar qué características tomaban las relaciones en torno a los lugares transitorios, hogares de menores, las familias, el alejamiento a ellas y su actualidad viviendo en la calle. Evitando definir vínculos de antemano, la estrategia etnográfica me permitió rastrear las tramas que en las prácticas y estrategias que despliegan en las condiciones de exclusión. Por lo tanto, pasé a centrarme en dos aspectos. Por un lado, dar cuenta de la configuración de las prácticas que desarrollan, con sus sentidos, valores, tensiones, estructuras de significación y particularidades del contexto socio-territorial en el que se desarrollaban. Y a su vez, reconocer las relaciones por las que las mismas circulan dentro de lo que llamé “entramados”. Los ejes problemáticos que son abordados dentro de estas dos grandes dimensiones, y desarrollados a lo largo de los capítulos, son los que emergieron en el campo.

Consideré entonces que era central en el abordaje que estaba desarrollando mi presencia en las calles, comedores, fundaciones y las visitas en algunas instituciones para menores. Me inserté participando y desde ahí observando, preguntando, escuchando, reflexionando, recordando, sintiendo y percibiendo. En este sentido, destacamos la reflexividad como soporte y a la vez la dinámica básica del planteo etnográfico, centrada en la relación que se establece entre sujetos interactuando y participando. La reflexividad constituye la piedra angular que sustenta tanto la posibilidad de conocer de los sujetos en general, como de los investigadores en particular. A su vez, permite el desarrollo de un planteo de investigación que coloca la relación entre los sujetos, su capacidad de interactuar y comunicarse en condición *sine qua non* desde la que construir el conocimiento social, siendo el investigador en sí mismo una insustituible herramienta de recolección de datos (Robson, 2002; Hammersley y Atkinson, 1994; Ameigeiras, 2006; Velazco y Díaz de Rada, 1997; Guber, 2009).

En cuanto al ejercicio de reflexividad algunos/as investigadores/as señalan sobre su aplicación en el campo de los estudios con adolescentes en contextos de pobreza, advirtiendo específicamente sobre los riesgos de naturalización de los niños, adolescentes y jóvenes,

como de identificación de éstas con las propias experiencias familiares, económicas, laborales, emocionales, referencias personales e ideas sobre lo que “debe ser” una niñez adecuada o ideal, reconociendo las dificultades que esto suscita para llevar adelante procesos de investigación y de intervención en tanto requiere un arduo proceso de extrañamiento (Fonseca, 1999; Sarti, 2004). Consideraciones que también se aplican a las nociones del presente trabajo. Elementos que hemos tenido presentes en el desarrollo del trabajo, tratando de ejercitar la permanente reflexión crítica o vigilancia sobre las propias representaciones.

No se puede dejar de un lado de abordar las categorías de “pobreza”, “marginalidad” y “exclusión” en la historia de pensamiento social con el objeto de presentar y establecer sus principales diferencias y develar, en el plano del discurso, cuáles son las rupturas, las discontinuidades, los vacíos y los desplazamientos discursivos que se han producido en la ciencia social respecto al tema de la pobreza. En la actualidad, a comienzos del siglo XXI, a medida que aumenta la población que vive en condiciones de pauperización extrema, en la Argentina y el resto de América Latina, la institucionalización de la exclusión ocupa de modo privilegiado el espacio del discurso político y económico en una operación generalmente productora y legitimada de este proceso.

2.2 El trabajo de campo

2.2.1. Contexto y sujetos de estudio

La investigación fue desarrollada en la ciudad de San Salvador de Jujuy, en la zona de la terminal, casco céntrico y vieja terminal de ómnibus, como así también, en diversas calles y avenidas de la ciudad. Desde mayo de 2011 hasta noviembre de 2014, época en las cuales en distintas campañas se desarrolló sistemáticamente el trabajo de campo. Los años previos de trabajo en el territorio, como estudiante y profesional, me aportaron el establecimiento de vínculos con varios de los niños, adolescentes y jóvenes, como así también los lugares por donde pernoctan y conocimientos de ellos, de las dinámicas locales, de problemáticas emergentes, etc., que conformaron un importante caudal que estuvo presente en el desarrollo del trabajo de campo y por lo tanto, también lo está en este trabajo final. Asimismo, después del 2014 he realizado algunas consultas y entrevistas con algunos sujetos en situación de calle que también enriquecieron los análisis.

La unidad de análisis fueron los grupos juveniles en situación de calle, localizados en la zona de la terminal de ómnibus, casco céntrico y mercado de concentración, siendo la unidad de observación los sujetos de 14 a 21 años de edad que se encontraban en tales condiciones desde hace aproximadamente más de cinco años, principalmente aquellos quienes evidenciaron según sus voces un acercamiento a partir de problemáticas emergentes surgidas por medio de la desocupación de sus progenitores o adultos que estaban a cargo de su manutención, tutela, pero también aquellos/as que estaban, por diversos motivos, en la situación de calle, presentándose la formación de grupos naturales (Coreil, 1995), propios de las dinámicas cotidianas de la población y de potencial cognoscitivo para nuestro trabajo.

Con la expresión situación de calle pretendemos contemplar el carácter plural del universo psicosocial por las cuales las personas de diversas edades desarrollan sus vidas cotidianas en el ámbito de la calle, las características histórico-sociales por las cuales una persona atravesado por condiciones de pobreza, pernocta o transcurre gran cantidad de horas diarias en la vía pública desplegando un sin número de recursos materiales y simbólicos como estrategias de vida o sobrevivencia familiar, individual o comunitaria (realizando diversas actividades lúdicas, laborales, de mendicidad, entre otras) y como parte importante en su proceso de socialización, en tanto internalización de las relaciones con el mundo adulto, entre pares y con la sociedad en general a través de sus instituciones (Bourdieu y Wacquant, 1995). La selección de trabajar exclusivamente con los adolescentes y jóvenes se debió, en parte, a la necesidad de hacer un recorte dada la complejidad del abordaje propuesto. Decisión que, a su vez, fue motivada debido a que en el campo la noción émica de “situación de calle” apareció centralmente relacionada con vínculos personales y próximos socio-afectivamente.

Optamos por observar las prácticas y el entramado de relaciones en tres grupos en los que se reúnen los adolescentes. Las entrevistas fueron realizadas principalmente con los/as adolescentes y jóvenes— hombres y mujeres— que se encontraban viviendo en los espacios públicos de la ciudad; abarcando una franja etaria de 14 a 21 años. A su vez, se registraron las acciones y conversaciones con niños/as y adolescentes⁴ que solamente trabajan en los

⁴ A lo largo del trabajo utilizaremos principalmente las denominaciones de niños/as, adolescentes, jóvenes y adultos/as para hacer referencia a las edades de la vida de los sujetos. Si bien, como señalamos más adelante, entendemos que los significados de la edad varían según el entrecruzamiento de diversas variables, como grupo social, género, generaciones e instituciones, aquí con dichos términos daremos cuenta de una definición operativa que nos permita organizar la presentación a lo largo de los capítulos. Así, consideramos, de forma orientativa y aproximada, como

espacios públicos y demás personas adultas que mantienen un contacto con ellos. Fueron entrevistados 30 personas. Así, el material recabado representó tanto diversidad de género como de grupos de diversas edades. Al final de este capítulo señalamos características socio-económicas de algunos de ellos a modo de ejemplo, del universo entrevistado y, a su vez, presentamos un detalle de los nombres y edades de los principales sujetos entrevistados y observado organizados por casos, a fin de orientar al lector/a.

Me dirigí a los diferentes puntos de reunión y los lugares que pernoctan en distintos momentos del día a lo largo de los años del trabajo de campo, entrevistando a diversos sujetos que se encontraban en la misma y participando en diferentes momentos vitales, lo cual posibilitó ahondar las indagaciones. Algunos informantes fueron entrevistados/as recurrentemente, volviendo a los temas tratados con el objeto de captar las significaciones y acciones referidas en una mayor amplitud (a continuación, detallamos la técnica e entrevistas abiertas extensas y recurrentes empleadas).

La selección de los/as informantes fue intencional y no probabilística, como parte de la estrategia cualitativa no se determinó de antemano (Forni, Gallat y Vasilachis de Gialdino, 1993), configurándose de manera simultánea al proceso de investigación. La misma siguió los criterios de adecuación, oportunidad, pertinencia y disponibilidad de los informantes. Los contactos con los sujetos y las entradas a las “ranchadas” fueron en algunas ocasiones a través sugerencias de algunos “informantes claves”, utilizando así la técnica de bola de nieve, otras veces me acerqué directamente a estos sitios que ya conocía previamente y consideraba de valor teórico para la investigación y también en algunos casos se presentó la oportunidad a partir de la dinámica propia de los sectores barriales que circulaban como así también las actividades que desarrollaban, y que consideré que era valioso indagar e incluirlos en los análisis.

Se utilizó el principio de saturación teórica para definir el número de entrevistados/as, al tiempo que la salida del campo también estuvo condicionada por aspectos prácticos, relacionados con dificultades de ingreso al barrio. Se sucedieron repetidas indicaciones por parte de algunas informantes de permanecer o no en distintos momentos o lugares,

niños/as hasta 10 años, adolescentes entre 11 y 17 años, jóvenes de 18 a 25 años y adultos/as más de 25 años y hasta 64. Las denominaciones de adultos mayores presentan gran variedad etaria desde los 65 años, según los sujetos de nuestro estudio.

especialmente por diversos episodios de violencia que recurrentemente ocurre durante los fines de semana a altas horas de la madrugada. En este contexto y considerando el trabajo realizado y el material recogido, evalué que los datos obtenidos tenían suficiente potencialidad explicativa, lo cual marcó un cierre en el trabajo de campo. Si bien, continué manteniendo contacto con los/as informantes y volví a consultarlos en ocasiones que consideré necesario para corroborar o aclarar alguna información o ampliar algún aspecto, lo cual se hizo vía telefónica o en encuentros en otros espacios distintos a los que se había concurrido con anterioridad. Además de algunas relaciones donde los contactos continuaron producto del vínculo establecido.

2.2.2 Técnicas de recolección de datos

En el trabajo de campo utilizamos entrevistas abiertas, extensas y recurrentes y la observación participante (Malinowski, 1975; Griaule, 1969; Robson, 2002; Taylor y Bogdan, 1996; Guber, 2009). La observación participante se orientó a reconocer qué personas se encontraban en situación de calle, distinguiendo aquellos/as adolescentes y jóvenes quienes no conviven en forma estable con su grupo familiar de origen, realizando diversas actividades en los espacios públicos de la ciudad. La observación propia de acciones, reacciones, sentimientos, ideas; lo cual fue plasmado en una guía de observación. Además de los registros de las observaciones, la misma fue central en tanto la presencia allí me permitía preguntar y re-preguntar a partir de lo que estaba sucediendo. El análisis de mi observación era aplicado muchas veces en la misma situación de entrevista, ya que por lo general algo de lo que estaba sucediendo daba cuenta de lo que estaba indagando.

Las entrevistas se desarrollaron en reiterados encuentros cara a cara entre el investigador y los/as informantes. Consideramos las mismas como un ámbito espacio-temporal en que los datos son construidos en una relación dialógica y cuyo proceso de interacción es fuente constitutiva del conocimiento (Rivas, 1999). En una primera aproximación al campo, realicé las que podrían considerarse entrevistas informativas o explorativas (Beaud y Weber, 2007). A partir de estos encuentros fui redefiniendo algunas preguntas de investigación y armé una guía de pautas que utilicé con las siguientes. Los ejes centrales de indagación giraban en torno a los grupos familiares de los cuales procedían, su conformación, características y significaciones que adquiriría para los sujetos; los momentos en que llegan a vivir en la calle indagando las prácticas cotidianas y nociones asociadas a éstas;

los grupos de pares que conforman y las relaciones que se establecían entre éstos –principales características, explicación de los motivos, especificidad según género, edad- y referencias explícitas a las estrategias laborales, lúdicas y desplazamiento por la ciudad. Las indagaciones se centraron en la coyuntura familiar y personal, siendo la referencia al pasado producto de los desarrollos de las explicaciones por parte de los sujetos.

La mayoría de las entrevistas fueron registradas magnetofónicamente con el consentimiento de los sujetos. Tanto en los registros como en los análisis, privilegie poder captar los procesos de interacción entre los sujetos, en los casos en que participaba más de una persona en la entrevista, prestando atención a las contradictorias y diferencias en las concepciones sobre los asuntos que se preguntaban, indagaciones por parte de una persona a otra y expresiones tanto de discordancia como de acuerdo entre ellos/as.

2.2.3 Notas sobre el trabajo de campo

Conozco a la gran mayoría de los adolescentes y jóvenes como así también en los lugares por donde transitan y permanecen desde el año 2009. Realicé allí mis prácticas pre-profesionales como estudiante universitario de las que devino posteriormente a ello en mi trabajo final de grado de la Licenciatura en Psicología en la Universidad Católica de Santiago del Estero – Departamento Académico San Salvador (UCSE-DASS). Luego me desempeñé como Psicólogo desde el 2009 hasta 2011 en la misma fundación donde conocí también a los niños, adolescentes y jóvenes al sector barrial denominado la “Isla” ubicado en la villa General Belgrano como así también en otras villas y asentamientos aledaños en la capital jujeña. Dicha ONG tenía como principales aportantes tanto en lo económico como en acompañamiento tanto desde el gobierno nacional, provincial y del sector privado.

El acceso tanto a las villas, asentamientos y ciertos espacios del casco céntrico que fueron necesarios para el desarrollo de la presente investigación fue principalmente a través algunos adolescentes y jóvenes que yo conocía previamente, quienes se tornaron mis informantes claves, contribuyendo en sugerirme los “momentos” y los lugares que podía visitar, con quien podía hablar, alertándome cuando ir o no, en ocasiones traduciendo y reformulando mis preguntas, sugiriendo maneras de preguntar o incluso preguntándole ellos, junto conmigo a sus amigos, conocidos y personal de comedores, fundaciones, merenderos e iglesias. Como lo hacía Nano a su hermano Federico:

“Es que te lo tienen que bajar a lo sencillo, como hablamos nosotros. Él te está preguntando cómo haces vos para ganar unos mangos, vos y los otros pibes, como hacen para conseguir los cuadritos, alfajores, vos a quién le pedís que te venda o cuando pedís si estas en algún lugar, quién te ayuda cuando no logras sacar un sope, o cuando quieres tomar una birrita o fumar un fazzo, y si alguna vez afanaste o apuraste por la termi o en los puentes...”

Mi conocimiento previo de muchos adolescentes y jóvenes me permitió acercarme directamente a ellos y en las “ranchadas” para ser recibido. Así algunos encuentros eran acordados telefónicamente y otros no fueron pautados previamente. Comencé visitando los distintos puntos en donde permanecen o circulan conocidos y fui seleccionando aquellas que creía que tenían potencial para contribuir con el objeto de estudio. En muchos casos en las que arribaba sin avisar había alguien para poder dialogar. Asimismo, fue muy frecuente encontrar varias personas al llegar a una ranchada o en la terminal, además de quienes únicamente realizan alguna actividad similar a la de ellos o simplemente los/as acompañan: vendedores ambulantes, maletero, hermanos y hermanas, hijos, amigos o vecinos que están de visitas, pasan ahí para charlar, consumir, o jugar, o simplemente por algún motivo específico.

Los enfrentamientos frecuentes en la zona de la terminal de ómnibus durante esos años también determinaron mis posibilidades de acceso (como después retomaremos, los enfrentamientos con armas de fuego y cuerpo a cuerpo suele darse entre integrantes del mismo grupo o antagónico, individuos circunstanciales y con la policía). Durante algunos meses de esos años, la respuesta era: *“Profe Pablo, no vaya por ahí porque los pibes están volados”*. En otras ocasiones cuando llamaba por teléfono para pautar un acercamiento, me llamaba la atención la respuesta: *“Miré profe, todo está tranqui por aquí venga o quédese todo el día aquí con nosotros, luego vamos al comedor”* (Víctor). Así muchas idas eran definidas prácticamente en el mismo día. Yo mismo había salido, años antes a ciertos lugares por causa de posibles enfrentamientos y poder observar, conocer la rivalidad entre grupos antagónicos, pero igualmente me llamaba la atención estas indicaciones de confirmar esa misma noche la posible visita al día siguiente, al tiempo que me mostraban aspectos de la dinámica cotidiana de la población y también en ocasiones me infundía temor.

Moverme en el casco céntrico, zona de la terminal, barrios aledaños seguía requiriéndome estrategias para atravesar los espacios y siempre tuve en cuenta que la precaución era necesaria en determinados momentos. Generalmente pautaba con algunos de mis “informantes claves”, para que me esperara en “horarios específicos” y desde allí me

acompañaban a algún lugar que funcionaba como espacio de recreación o de reposo con quién ya había acordado un encuentro o me llevaban a algún otro sitio que yo pensaba que podía encontrar a quien quería entrevistar. Muchas veces algunos/as adolescentes o jóvenes han sido los encargados de transportarme, de llevarme de un lugar a otros, especialmente cuando quería ir para las “*zonas picantes*”, que como veremos es considerada el área más peligrosa de la ciudad.

En todos los años de trabajo previo a la investigación, he intuido y conocido que mi presencia allí no pasaba desapercibida, que siempre podía haber alguien observando y quizás preguntándose qué era lo que yo estaba haciendo allí – vinculado en parte con la desconfianza hacia los “extraños” del lugar- y estas consideraciones yo las incluía ahora en mis modos de actuar, moverme y hablar. Las veces que me desencontré con quién me esperaba para “*acercarme*” a determinados lugares y en horarios específicos, acudía a lo que tantas veces he hecho anteriormente que es aproximarme a los “*pibes*” conocidos por mí, generalmente aquellos ubicados en la zona de la terminal, en su ingreso y en las avenidas del casco céntrico, también se acordaron encuentros en dos locales de videojuegos, mientras se jugaba un par de fichas en las máquinas de los juegos electrónicos, posteriormente para trasladarnos a lugares con un poco menos de circulación de personas y ruidos. Llegar por casualidad o necesidad, en muchas ocasiones era para quedarme.

En los distintos encuentros con los jóvenes y adolescentes del estudio, se pudo contactar en el terreno con operadores de una fundación que brinda asistencia y contención a niños, adolescentes y jóvenes en situación de calle desde el año 1995 hasta en la actualidad, en donde se intercambiaron experiencias, como así también se socializaron las intervenciones en los distintos casos por parte de dicha ONG. Las mismas era para gran parte de la población referentes centrales a las cuales procurar una búsqueda de ayuda y asistencia, encarando no solamente a los que vivían en la calle, sino también a los que desempeñaban algún trabajo como cuentapropista en la vía pública. Por lo que las actividades que se desarrollan en este espacio impactó sobre todo en quienes tenían contactos más próximos con los sectores más vulnerables, que eran muchas personas, y también a otras organizaciones, tanto religiosas como centradas en actividades sociales, quienes empezaron a contar con los servicios de la fundación considerándola como referente desde las cuales acercarse y proponer acciones de abordaje de manera colectiva hacía la población infanto-juvenil.

Mi ingreso en el 2009 con el fin de profundizar en ciertos aspectos del “*trabajo infantil en San Salvador de Jujuy*”, en el marco de un proceso de investigación y ciertos marcos institucionales específicos, me planteó desafíos de reflexividad. El tránsito de un rol más centrado en la intervención a otro con el foco en la investigación –si bien no concibo uno y otro como dicotomías- ha sido un proceso de reflexión y construcción. Yo ya no me desempeñaba como psicólogo, pero volvía para compartir, estar, preguntar y explicaba qué estaba estudiando e investigando. Muchas personas que yo ya conocía me recibían con alegría, por lo menos desde mi percepción, me preguntaban por los “*demás profes u operadores*”, me contaban sus historias, me preguntaban sobre mí, indagaba por qué estudiaba tanto, me pedían que las pase a visitar o que vaya a acompañarlo en algún comedor o iglesia. Yo pensaba si en algunas ocasiones querían que las entrevistara como psicólogo o como investigador y llegaba a la conclusión de que quizás no era relevante la diferencia para ellos. En algunos lugares como, por ejemplo, en la zona de la terminal, Nano y su hermano Ketchup, me presentaban a varias personas que pasaban por ese sector como: “*él es un profe que trabajaba en la fundación con la Nona, es psicólogo, es un amigo y ahora vive en Buenos Aires, pero viene a visitarnos, a conocer a los pibes*”. O sea que, entre el psicólogo, el amigo y el investigador fue un mix, una unificación en mi persona.

Fui construyendo una relación en la que aclaraba cuál era mi función central allí en ese momento y a la vez estaba atento a considerar cómo jugaba el rol que antes había desempeñado⁵. La relación de confianza que en algunos casos atravesaba los encuentros entrañaba para mí esfuerzos de reflexión, discernimiento y decisiones al tiempo que permitía ingresar en el mundo de las acciones y sentidos de los sujetos. Específicamente en las entrevistas y conversaciones muchas veces tenía que detenerme en cuestiones que se “daban por sentado” desde ambas partes, los sujetos se referían a sus familiares o a situaciones vividas suponiendo y sabiendo que yo ya conocía eso, el vínculo con determinada persona o

⁵ Bourdieu (2003) desarrolla la noción de objetivación participante, entendido por la misma la objetivación del investigador en sí. Sostiene que la objetivación del sujeto y de las operaciones de objetivación, y de las condiciones de posibilidad de las mismas, produce efectos cognitivos reales, así como también permite al analista social asir y apropiarse de las experiencias del mundo social que tiende a proyectar inconscientemente en los agentes sociales ordinarios. De este modo, afirma que las experiencias idiosincrásicas personales sometidas metódicamente al control sociológico se constituyen en recursos analíticos irremplazables, y que movilizar el propio pasado social a través del propio socio-análisis puede producir y produce beneficios epistémicos y existenciales.

cierta situación familiar. Si bien esto permitía profundizar y avanzar en ciertos otros aspectos, requería también de mi parte re-preguntar y tratar de explicitar de qué se estaba hablando.

Asimismo, en la búsqueda por indagar sobre prácticas, apropiaciones y usos del espacio público por parte de los adolescentes y jóvenes se hizo presente, en varias ocasiones, mi propia dificultad para preguntar y la dificultad de los sujetos para explicar actividades tan cotidianas y habituales, que implicó una búsqueda de cómo ir favoreciendo procesos de reflexión sobre lo que estaba indagando y también cómo respetar la ausencia de explicación verbal.

2.4 Análisis de datos y recapitulación de trabajo investigativo

A lo largo del proceso se fue desarrollando un diseño flexible de investigación (Robson, 2002; Maxwell, 1996). Partiendo de iniciales marcos de referencias para interpretar, en un principio, qué sucedía en el sistema estudiado, fui modificándolos gradualmente, en busca de un marco que diera cuenta de la lógica de los actores.

Paralelamente a los detallados procesos del desarrollo de la investigación fui produciendo registros: notas de campo conformadas por descripciones de observaciones, testimonios y expresiones de los entrevistados/as; reconocimiento de categorías utilizadas por los sujetos y distinción de las categorías, apreciaciones, experiencias e interpretaciones propias, registros en tanto grabaciones de las entrevistas y conversaciones, que se constituyeron en insumos claves de la investigación. Las entrevistas fueron desgrabadas progresivamente. En el cuaderno de campo también señalé intuiciones, ideas en torno a los referentes empíricos, preguntas, las transformaciones que iban acompañando el trabajo, registro diario de acontecimientos, articulaciones de nociones, pasos a seguir, conversaciones con colegas y profesores/as, conceptos a trabajar y profundizar e hipótesis que fecundaban el proceso de investigación y fueron acompañando el análisis preliminar de los datos.

De este modo, fui desarrollando un análisis preliminar en el que a partir de la lectura detallada de los diversos registros fui realizando una tarea de desmenuzamientos de temas y subtemas, identificación de categorías parciales, de diferenciación y de vinculación, de asociación y comparación, inescindible de la reflexión teórica. La etapa de organización y análisis de la información relevada supuso la tarea de sistematización y organización del material, que implicó también una redefinición o ajuste del proyecto.

Ahí se pasó a una nueva instancia de análisis que constituyó la profundización de todo un proceso de interpretación y análisis. La misma conjugó la minuciosa y rigurosa tarea de organización y relectura de los datos, atendiendo a la consideración de los puntos de vista y apreciaciones de los actores como sus actitudes y comportamientos, con el análisis y apreciación de los fenómenos, que incluyó las relaciones entre los conceptos utilizados por los actores y los conceptos implementados por el investigador, o entre conceptos de experiencia próxima y distante (Geertz, 1994). Lo cual supuso trabajar con las tensiones siempre presentes entre ambos tipos de conceptos y materiales (Peirano, 1995). En este sentido, intenté avanzar haciendo dialogar permanentemente a los objetivos de la investigación con los datos que iba arrojando el campo.

2.5. Jóvenes en situación de calle

A continuación, presentamos la descripción de algunos de los adolescentes y jóvenes con los que trabajamos como ejemplo de núcleos de observación del universo entrevistado. Seleccionamos seis de las ocho, como ejemplos significativos en términos de mostrar algunas de las características socio-económicas de ellos y sus grupos familiares, mostrándose la circulación de recursos y personas, aspectos que luego profundizaremos a lo largo de los próximos capítulos. Nos detendremos centralmente a hacer algunas referencias a aquellas personas que desplegaban un sinnúmero de prácticas y actividades en la calle y permanencia en ella de maneras estable y regular, a fin de organizar y facilitar la presentación.

Nano, Federico y Miguel

Conozco a Nano y Miguel desde el año 2009. Compartí con ellos momentos en procesos de alfabetización (programa “Yo sí puedo”)⁶, en los cuales ellos hacían el esfuerzo por aprender a leer y escribir y yo por facilitar este proceso. Ambos adolescentes por ese entonces, no habían finalizado la escuela primaria, tenían dificultades para leer y escribir, quienes en tiempos de realizar alguna documentación se encuentran con estas limitaciones en la lecto-escritura y comprensión de textos. A su vez, ambos realizaron trabajos conjuntos en la fundación, localizada en una villa próxima al casco céntrico, por ese entonces ellos concurrían para recibir alimentos, ropa y trabajar en la construcción (albañilería) en una ampliación de dicha ONG.

En el 2011 Nano tenía 19 años de edad, convivía con sus hermanos Diego de 15 años y Federico de 21 años, viviendo en algunas ocasiones en una casa (en el barrio Alto Comedero) la que heredaron de sus padres, pero que se encontraba en malas condiciones en su infraestructura. La madre de ellos fallece por un cáncer y su padre se va a vivir con una nueva pareja y con quién tiene nuevos hermanos. Alternan los lugares de permanencia entre la terminal, debajo de uno de los puentes, en la “*ranchada*” debajo del puente Necochea. La

⁶ El método de alfabetización “Yo, sí puedo ” es un método educacional cubano para la alfabetización de adultos desarrollado por Leonela Relys (1947-2015). Este método se viene utilizando en varios países del mundo. Entre el 2002 y el 2015 se alfabetizaron cerca de ocho millones de personas. El método parte de lo conocido, los números, hacia lo desconocido, las letras y se basa en la experiencia que se va adquiriendo. En él se utilizan los medios audiovisuales y un facilitador para transmitir los conocimientos. El facilitador es el vínculo entre la clase audiovisual y el participante, desempeña una función importante en lo referente al trabajo con la parte afectiva del iletrado, además de controlar el proceso de aprendizaje. Consta de tres etapas: adiestramiento, enseñanza de lecto-escritura y consolidación siguiendo tres hitos: escuchar y ver, oído y ojo; escuchar y leer, oído y libro y escuchar y escribir, oído y lápiz.

Los materiales docentes son, la cartilla, el manual y 17 vídeos donde están las 65 clases. El tiempo que dura la acción educativa es variable ya que el método es muy flexible. Desde un máximo de tres meses hasta siete semanas, en forma intensiva. Hay alguna experiencia de realizarlo en un mes de forma muy intensiva con personas dedicadas en exclusiva al mismo. El programa existe también en sistema Braille, para sordos y personas con problemas intelectuales leves. Se busca el desarrollo de la persona hasta donde se pueda y el sentimiento de que alguien se preocupó de enseñarles

convivencia en estos espacios de la ciudad la realizan en compañía de otros adolescentes y jóvenes que se encuentran en similares condiciones.

La casa que ellos, Nano y Miguel heredan de sus padres se encuentra en un sector de la ciudad de San Salvador de Jujuy, denominado Alto Comedero. Dicho barrio, tiene por ciertos sectores connotaciones de “peligroso”, especialmente en horarios nocturnos, ocurriendo diversos hechos de violencia. En una de las entrevistas Nano, relata cómo ha participado en enfrentamientos con otros grupos de ese barrio, “patotas”, ocurriendo la muerte de uno de los integrantes del grupo rival.

Nano cobraba el PROGRESAR⁷, debido a que concurre a una escuela nocturna para adultos en donde su intención es finalizar la primaria y continuar la secundaria. En algunas ocasiones supe que Nano luego de varios años sin dialogar con su padre se reencuentra, concurriendo eventualmente a trabajar junto a él en la búsqueda de tierra orgánica y elaboración de plantines en una zona conocida como “Los Alisos”, en una de las entrevistas narró que estaba concurriendo a trabajar no solamente por el dinero, sino también porque recibe el almuerzo y es un lugar tranquilo, ya que la totalidad de la tarea se desarrolla en zonas rurales. En algunas conversaciones mencionó querer conseguir algún trabajo estable para poder “tener su platita” y afrontar gastos diversos, no solamente para comprar su ropa, sino también poder arreglar su casa, la misma no posee puerta, según sus dichos, pagar los impuestos (no tiene energía eléctrica, gas natural y agua potable), entre otros gastos, que se van sumando, junto con algunos imprevistos, como la posibilidad de darle lo que necesita su pequeña hija, gastos de la comida y transporte que implica cuando va a visitarla debido a que

⁷ Es un programa destinado a los jóvenes argentinos de entre 18 y 24 años inclusive que acrediten estar inscriptos o asistan a Instituciones educativas habilitadas, siempre que, al momento de la solicitud: sean desocupados o trabajadores formales en relación de dependencia, o trabajadores de temporada con reserva de puesto de trabajo o se desempeñen en la economía informal o sean monotributistas sociales o trabajadores del servicio doméstico o titulares de la Prestación por Desempleo.

En todos los casos el ingreso que perciba el titular debe ser inferior o igual al valor de 3 (tres) Salarios Mínimo, Vital y Móvil. Las mismas condiciones se aplican al grupo familia

la niña vive junto a su madre en el barrio Islas Malvinas. Actualmente la niña asiste al pre jardín, siendo los gastos escolares numerosos.

Su hermano Miguel, más conocido como Ketchup, se dedica a la mendicidad, su lugar de permanencia suele ser el puente Necochea y la zona de la vieja terminal de ómnibus de media y larga distancia. En algunas ocasiones Ketchup también se dedica a la venta de golosinas, pañuelos y almanaques. Un tiempo se dedicó a lustrar zapatos, pero debido a un accidente en una de sus piernas, no puede permanecer en una sola posición, ya que empieza a dolerle de manera intensa sus miembros inferiores. En el presente tiene 15 años, pero hace más de 8 años inhala poxirán, situación que le ha producido un deterioro tanto en su salud física como psíquica. En ningún momento realizó algún tipo de tratamiento, debido a que no había un adulto quién pueda autorizar para una internación voluntaria y ahora que posee 18 años no desea hacerlo.

Ketchup contaba que es el menor de sus hermanos, su madre falleció cuando tenía solamente 2 años. Posteriormente a este episodio trágico, su padre forma una nueva familia y abandona a sus tres pequeños hijos. A raíz de ello, pasan a ser cuidado por una tía materna luego de un tiempo son alojados en una institución para menores, hasta que se fugan de la misma y termina pernoctando por la ciudad. En diversas oportunidades son nuevamente ingresados a la misma, pero nuevamente vuelven a huir de allí. Tienen una hermana mayor a la cual visitan asiduamente, pero quien, tras sufrir la pérdida de objetos en su casa, por pedido del dueño de casa, le impide el ingreso al domicilio.

Actualmente dice no tener ningún contacto con su padre, a diferencia de sus hermanos, ya que los abandono cuando eran muy pequeños, lo cual no resulta de manera fácil poder tolerar y aceptar.

En palabras de Federico, relata cómo fue su llegada a la calle:

“Fue cuando entre entrar y salir del hogar. Ahí siempre nos preguntábamos con Chula y Nano porque debíamos estar ahí, no nos gustaba estar en ese hogar, se hacían los celadores los malos solo porque éramos todos chicos (...) entonces nos escapábamos y ellos nos iban a buscar. Una vez nos persiguió una bocha la policía, nos hizo correr un montón, era porque la directora los llamo y ya era tarde y nosotros estábamos en la terminal. Nos escondíamos en la terminal, en la estación de trenes, en cualquier parte” (Federico)

Cuando le pregunté a Nano a que edad fue padre, me contó que a los 17 años se unió con su única pareja hasta en la actualidad, pero el noviazgo duro un año, vivieron un tiempo en la casa de Alto Comedero, luego en la casa de los padres de ella, circunstancialmente también permanecían debajo de uno de los puentes en donde se encuentra una ranchada, raíz de esta relación nace su hija. Sobre el nacimiento de su hija recuerda haber consumido una gran cantidad de poxirán, porque no podía dejar de pensar y preocuparse sobre la “paternidad” en que combinaba miedo, ansiedad, preocupación y alegría. Al respecto relataba:

“Belén estaba internada en neonatología en el hospital San Roque, ahí estaban sus hermanas y su vieja. No me saludaron ninguna, yo igual me quede, es mi hija. Recuerdo que estaba lustrando en la termi, estaba con los muchachos cuando me llamaron, me llegó un mensaje de texto al cel, fue un día muy lindo y no quiero que ella pase lo mismo que yo”

Tanto Nano y Ketchup narraban sobre la situación de vivir en la calle a la que aludían que algunas veces es complicado. Hay ocasiones que no solamente son despreciados por las personas que circulan por la calle, sino que sumado a ello sufren la persecución policial.

En tanto Nano aclaraba que haber experimentado la paternidad motivo a que buscará asistencia psicológica por su consumo de poxirán y alcohol. También se inscribió en una escuela nocturna para poder finalizar la primaria junto a un amigo de la terminal, luego de ello procura conseguir un trabajo estable y alejarse de las amistades que solían compartir tiempo con él y que en de manera confidencial siente que lo “perjudican” ya que suelen consumir diariamente. Afirma que muchas de estas situaciones de consumo también fueron vinculadas al atravesar el suicidio de uno de sus hermanos, con quien también vivía en la calle, Raúl que a los 25 años se ahorcó. Hecho ocurrido en una noche en donde se encontraban ingiriendo bebidas alcohólicas, luego en un momento se aparta del grupo, y se dirige hacia un árbol llevando a cabo la decisión trágica.

Ramón, su historia y presente

Ramón, tenía en el 2014, 18 años y vivía principalmente en las inmediaciones de la zona de terminal, especialmente en la parte superior de la misma. Vive allí junto a 5 jóvenes, edades que rondan entre los 14 y 25 años, hallándose tanto varones y mujeres. Se debe mencionar que existen otros grupos en similares condiciones, pero éstos son adultos. Ramón tiene dos hermanos, uno de los cuales es discapacitado y vive en un hogar, mientras que el restante vive en el interior de la provincia. Relata que nunca conoció a sus padres, ya que fue

abandonado en el hospital de la ciudad de San Pedro (Prov. de Jujuy). Desde que nació, sus documentos personales y demás papeles se encuentran en el juzgado de menores.

Comienza a vivir en la calle desde edad muy temprana, alrededor de los 11 años, luego de vivir en familias sustitutas, hogares, se fuga de los mismos a causa de los continuos maltratos por parte del personal de estas instituciones. Comienza trabajando como lustra botas, actividad que en la actualidad sigue desarrollando, practica la mendicidad, venta de golosinas, y eventualmente roba a los vendedores ambulantes o puesteros. Posee la primaria completa, nivel educativo que culmino por haber vivido en una familia sustituta quiénes le hacía participar en las reuniones de un templo evangélico, momentos que guarda especial recuerdo y añoranzas.

Ramón comentaba en relación a su niñez:

“cuando era niño vivía en los hogares, pero hay en uno que me cuidaron muy bien. Está en Reyes (...) ahí pude terminar la escuela, iba a un taller de radio por la tarde había bolsas de boxeo para entrenar. No tuve problemas ahí con nadie, todos eran buenos, ahí ahora está mi hermano que es un tontito (deficiencia mental). El otro día nose que estaba haciendo aquí por la termi. Nunca anda sólo siempre hay una hermana que lo cuida”
(Ramón)

Actualmente consume alcohol y poxirán, pero hace mención que el alcohol suele consumir con mayor frecuencia junto a los *pibes*. Relata que hace tres meses sufrió un accidente laboral, donde se cayó de una escalera a raíz de que se electrocuto. Se encontraba pintando unas paredes externas en una casa en el barrio Mariano Moreno (San Salvador de Jujuy) junto al padrastro de su actual pareja quién lo convoco como ayudante juntos a otro joven. Fue hospitalizado por sufrir graves lesiones en sus piernas y en uno de sus brazos, por lo cual estuvo en terapia intensiva durante una semana en el hospital Pablo Soria. Es en esta circunstancia luego de salir de la unidad de cuidados intensivos que pasa a una sala común, en donde empieza a tener la visita de algunos de los “pibes” de la terminal y especialmente, recibe la visita de uno de los adultos que lo cuidaban en la familia sustituta, mencionado anteriormente, quienes les obsequian una Biblia, oran por su salud y lo acompañan diariamente si es que necesita algo. Luego de este accidente laboral, Ramón porta entre sus prendas la Biblia que recibió de obsequio y en algunas ocasiones mientras se encuentra esperando clientes en la terminal lee algunos versículos pertenecientes al Nuevo Testamento.

De acuerdo a las actividades que desempeña diariamente relata, que puede recaudar alrededor de 80 o 120 pesos, los cuales lo destina para su almuerzo y cena. Pudiendo guardar un poco de dinero para salir junto a su actual pareja, quién estos últimos tiempos según en palabras de Ramón se convirtió en alguien fundamental en cuanto recibió apoyo y contención, especialmente en momentos claves como fue en la internación. Aunque aclara que convivió unos meses junto a ella en la casa de sus padres, a raíz de diferencias personales, decidió retirarse de ahí. Relata que la conoció en la terminal, ya que ella atendía un quiosco localizado cerca de los andenes

Relata que por parte de la jueza de menores que llevaba su caso siempre recibió un buen trato, pero que fue él quien se desvió del “camino”. Empezó a robar, siendo su principal manera de hacerlo mediante el arrebato de celulares y carteras. Por realizar dichos actos delictivos nunca fue apresado por la policía, porque siempre logro escabullirse entre la multitud, aunque sí estuvo en varias oportunidades a punto de serlo. Comienza a concurrir a la fundación en donde recibe alimento, ropa, participa en los talleres que brindan los operadores, como así también en las actividades que desarrollan en esta institución, siendo entre ellos, torneos de fútbol, maratones, espectáculos circenses, entre otras.

En las sucesivas visitas que se llevaron a cabo para poder hablar con él, había ocasiones tuve que esperarlos ya que se había ido a bañar en el río a causa de las altas temperaturas, en otros momentos fue fácil encontrarlo debido a que permanecía en la zona de la terminal. Relata que cuando tenía 16 años fue padre de una nena, su pareja en ese entonces era una chica que también se encontraba alojada en uno de los hogares para mujeres. Ambos se fugaron unos días, hasta que fueron hallados por la policía. Actualmente no posee contacto con su hija ni con la madre de ella. En sus palabras hace alusión lo siguiente:

“estuve un tiempo viviendo luego de que nos fuimos del hogar, cuando ella tuvo a la gorda, en la casa de madre de ella. Tenían una casita en Bajo La Viña, ahí le ayudaba a su padrastro a hacer servicios de ascensores aquí en el centro, en los hoteles y edificios.

Primero nos llevábamos bien con los viejos, luego comenzaron los quilombos, una vez me quiso levantar la mano, empezamos a discutir, mi novia se puso nerviosa y empezó a llorar. Lo amenacé al viejo, que era un cagón y luego me tuve que ir. Hace mucho que nose nada de mi gordita ni de la madre, pero creo que ya tiene una nueva pareja y tuvo un nene (...). Yo también ahora tengo una novia, la que trabajaba en la termi, ya no trabaja aquí, pero siempre nos vemos, pasa generalmente por la noche, cuando sale del trabajo. Trabaja en una empresa de limpieza y como vive en Moreno (barrio Mariano Moreno) la acompaño a subir por el caracol, o si no nos quedamos a cenar por aquí. Ella toma también birra, pero no

mucho y no quiere que yo chupe (...). Dice que cuando me pongo a tomar no sé hacerlo, creo que tiene razón, soy de mano fácil, me caliento y voy y me agarro a piña, si me miran cruzado, una vez hasta una guitarra le rompí en la cabeza a un bolita (...)” (Ramón)

Manifiesta que en la calle se aprende a robar, a ganarse la vida, a saber, quien te acompaña y quién no. Cuando tenía 17 años de edad paso casi un año en el penal de menores, debido a que fue sorprendido en pleno robo en un negocio de la zona de la terminal junto a dos menores más. Uno de ellos fue liberado porque sus padres se hicieron presentes en la seccional de policía en donde fueron trasladados en el barrio Cuyaya (Comisaria N° 4). Luego de allí fue conducido a la comisaria del menor en el barrio Chijra, para luego ser trasladado al penal de menores, conocido como la “granja” en Alto Comedero. Su estadía en dicho espacio fue prolongada, no porque tuviera una sentencia firme, sino porque al ser menor, no había ningún adulto que podría firmar su salida y hacerse cargo de él cuando fuera liberado. Por ello tuvo que esperar ser mayor de edad para poder salir del mismo. Situación que fue similar a lo que le ocurrió al “Monito”. Cuando menciona esta situación relata:

“estar en la granja es jodido, pero también te haces hombre. Salís con la cabeza directa a hacer daño, salís con mucha bronca. Eso es lo malo, los canas se hacen los pesados porque tienen armas nada más, me gustaría agarrarlos afuera. Si no andas bien ahí, se te hace imposible vivir, no te dan de comer, tenes frío. Aquí en la calle, estas mucho mejor que en otras partes, te lo digo yo que estuve en la cárcel...”

Comenta que la experiencia de encierro le permitió aprender diversas actividades como: artesanías en cuero, en plástico, alfarería y carpintería. También aprendió a usar las “armas tumberas”⁸, debido a que protagonizó algunos incidentes junto a otros internos.

⁸ Se denomina como armas “tumberas”, aquellas armas de fuego que se confeccionan de manera casera con caños galvanizados y por lo general, a falta de otras armas más sofisticadas que, se han convertido en el canal necesario para el desarrollo de la violencia. En el circuito negro “mercado negro” (triangulación, alquiler, compra-venta, préstamo, etc. de armas), circulan armas mellizas o ponchos: se trata de las armas denunciadas como robadas a las que se le lima el número de identificación y se les copia otro número de un arma en regla; en este mercado, también se encuentran las llamadas armas canabilizadas: se trata de aquellas armas nuevas que se construyen con arma-partes, es decir, con partes de otras armas inutilizadas o desguazadas. Las armas “tumberas” se fabrican de manera artesanal y clandestina, se confeccionan con caños o tubos galvanizados de gas, se cargan por la sección delantera con un cartucho de escopeta o de otro calibre, al que se le aplica una púa que se acciona con un martillazo o un dispositivo con resorte al estilo del lanzador del “flipper”; se trata de armas de un tiro por vez y debido a su rudimentaria construcción, no son aptas para afrontar un tiroteo.

De lo expuesto, por ejemplo, se puede decir, que el funcionamiento de este tipo de armas de la siguiente manera: un caño galvanizado al que se lo denomina “A” y otro al que se lo denomina “B”, al caño “A” se le puede encastrar en uno de sus orificios un cartucho del calibre 32; el caño “B” se

Expresa que busca recuperar el vínculo con su hija que actualmente tiene 4 años, pero la situación se complica, debido a que no posee un trabajo estable. Para ello, realizó un taller de arreglo de computadoras apadrinado por un hogar evangélico, y también sobre locución, pero tuvo que abandonar dichos estudios debido a que le restaba tiempo para trabajar.

Miguel M.

En el 2014 Miguel tenía 18 años. Yo lo conocía desde sus 14 por intermedio de la fundación. Así supe que Miguel fue papá cuando tenía 16 años. Su pareja y madre de su hija era una adolescente de un hogar para mujeres, estuvieron de novios durante un año, luego de dar a luz, se separaron. Actualmente no tiene ninguna relación con alguna de las dos.

Ya siendo padre, Miguel abandona el hogar y por ende los estudios primarios, comienza a vivir en la calle y a trabajar como vendedor y lustra botas. Su pareja junto a su hija retorna a la casa de sus padres, él siente el deseo en ciertas ocasiones poder realizar visitas esporádicas a su madre y hermanos. Miguel desconoce actualmente si su padre vive en la provincia o no, debido que recuerda que viajaba a Mendoza o San Juan para las temporadas de las cosechas. Acciones que posteriormente Miguel reproduce durante ciertos meses.

encuentra soldado en uno de sus extremos, presentando un improvisado elemento que funciona como una “púa” percutora y que posee un diámetro superior al caño descripto anteriormente, siendo entonces que el caño “A” se debe necesariamente ensamblar dentro del caño “B”; al acoplarse el caño “A”, que lleva el cartucho encastrado, dentro del caño “B”, éstos funcionan u operan como una “escopeta” de un tiro y con cañón de ánima lisa. Así, el caño largo cumple la función de cañón y el otro, de percutor, por lo que esos caños son operables en la función de un arma de fuego, cuando se acopla el caño hueco dentro del caño que presenta la soldadura con el dispositivo de percusión, por lo que ambos caños funcionan como partes componentes de un dispositivo “casero” de disparo. Según la medida de los caños utilizados en la fabricación de la “tumbera”, será el calibre de la munición.

Este tipo de armas se consiguen a un precio que oscila entre los 30 y 60 pesos y se las puede fabricar a gusto del consumidor ya que una vez confeccionada por el “artesano”, se le puede adicionar otras partes, tales como elementos para colgarlas, manubrios para facilitar su utilización y evitar el deslizamiento, etc.

En varias ocasiones en las que, como psicólogo de la fundación, realizaba recorrido junto a los operadores de la calle en la zona de la terminal Miguel se encontraba consumiendo poxirán junto a sus pares y su cajón para lustrar. Situación que muchas veces producía momentos de confrontación con las fuerzas del orden público, ya que en algunas ocasiones mencionaban que no podían permanecer en un espacio público consumiendo sustancias y pedían que se retiraron del lugar donde estaban. Cuando comencé a realizar la investigación en el 2012, Miguel –que se tornó uno de mis informantes claves-, me sugirió o “pidió” que entreviste a ciertos adolescentes y jóvenes, como así también a diferentes vendedores ambulantes para que me brindara información, ya que según Miguel *“doña Lili nos conoce muy bien”*.

Así, a principios del 2013 fui nuevamente a encontrarme con él. Miguel se encontraba trabajando en una cooperativa de construcción perteneciente a la Tupac Amaru⁹, aún continuaba viviendo en el casco céntrico, con la palabra por parte de los referentes de dicha organización social de poder ser propietario de una vivienda más adelante, aunque para ir a trabajar debía tomar todas las mañanas un colectivo. Para poder mantener algunos encuentros fue necesario acordar ciertos horarios y en determinados lugares, como ser en una estación de servicio.

Miguel relataba que entro a trabajar hace alrededor de *“seis meses”* en donde no solamente está en la construcción de viviendas, sino también fabrica adoquines, dicha cooperativa funciona en el barrio denominado Tupa Amaru, en Alto Comedero. Permanece allí hasta las cuatro de la tarde, tiene su cuenta bancaria y para corroborar sus dichos exhibe su tarjeta de débito:

“Esta bueno trabajar ahí en la cooperativa, me pagan 3.500 \$ por mes, el tema es que te obligan ir cuando hay marchas, te toman asistencia, sino vas te descuentan y si son varias veces que no fuiste te quitan el laburo. Ahí también nos dan de comer, las doñitas cocinan muy rico, como están también los comedores comemos allí, por eso trabajamos horario corrido. Por eso profe. Le avise que venga después de las seis (...)” (Miguel)

⁹ La Organización Barrial Túpac Amaru es una agrupación política argentina dentro de la organización de la CTA, principalmente en la provincia de Jujuy, aunque tiene otras sedes en 15 de las 23 provincias argentinas. Fue fundada por la dirigente argentina Milagro Sala y posee alrededor de 70 000 afiliados y alrededor de 4500 trabajando

Luego de varios años sin hablar con su familia, retoma nuevamente los vínculos, luego de finalizar en la nocturna su escolaridad primaria, pretende iniciar sus estudios secundarios. Recuerda que fue abanderado y en la ceremonia leyó una poesía escrita por él y la Nona (de la fundación) lo acompañó en todo este trayecto, en especial en este acto:

“estuvo bueno, porque fueron los pibes y la gente de la Fundación. Me dieron una medalla por el promedio que tuve y porque también me portaba bien. Ahí luego la nona me preguntó qué quería seguir estudiando luego, yo le dije que quería ser psicólogo, así ayudo a los otros chicos de la calle como soy yo (...), ahora como estamos en vacaciones estoy pensando en arrancar la secundaria, pero no sé si hacerlo, porque terminé muy cansado y solo quiero bañarme y descansar...”

Reflexionaba que para él era importante terminar la escuela para “sentirse alguien” y sentirse capacitado para trabajar en determinadas áreas. A su vez, relataba que le gustaba ir a escuela de adultos/as a la noche, destacando principalmente la relación con los compañeros/as.

Miguel, explicó cómo existe gente que lo cuida aún en la actualidad y le enseña a cuidarse, a pesar de vivir en la calle, relata que guarda “*lindos recuerdos*” relatando que vivió aparte de su casa, en distintos hogares con otros niños que en la actualidad sigue manteniendo vínculos. Recordaba, con los olvidos incluidos, sobre esa época:

“Creo que la primera vez que yo me acuerdo, fue que teníamos una casa, pero mi papá vendió todo y ahí creo que fuimos a la casa de mi abuelo, el papá de mi mamá. Y después de eso lo único que me acuerdo es que estuvimos en un hogar ahí en Coronel Arias, estaban también Nano, Miguel, Ramón, y después estuve en el hogar escuela a frente del parque San Martín, ahí dormíamos, comíamos e íbamos a la escuela, estaba de lunes a viernes o si quería me quedaba. Yo aprovechaba para quedarme en el centro, iba “Full Time” o “Din Don”, hasta que decidí quedarme en la calle y no volver al hogar. Mi mamá no sabía en donde estaba, los vecinos les contaba que me veían por aquí, así que venía a buscarme. Solo estaba con ellos días, luego me escapaba hasta que se cansó y me dijo que, si quería irme que me vaya, que ella no me iría a buscar. Caí en cana, pero no tengo causas, no como los otros vagos, no me pintaron los dedos aún, me sigo cuidando”.

Tiempo después de haber entrevistado a Miguel M., supe que se encontraba nuevamente iniciando una nueva relación, continuaba trabajando en la cooperativa y algunas veces se dirigía a pasar los fines de semana en la casa de sus padres. Aparte de trabajar estaba tomando clases de electricidad dictado en la Tupac Amaru y empezó a jugar al fútbol para un equipo de barrio.

Daniel y Noelia

Daniel y Noelia actualmente se encuentran en pareja y tuvimos que coordinar un determinado horario ya que él trabaja en una localidad cercana a la ciudad, San Pablo de Reyes para poder hablar con ambos. Ellos como parejas se encontraban viviendo debajo de unos de los puentes peatonales que unen la terminal de ómnibus con el barrio Mariano Moreno. Noelia de una pareja anterior tiene 2 niñas, de 3 y 5 años. Ambas se encuentran escolarizadas y viven con su abuela. La entrevista la realizamos en una estación de servicio, jornada que las niñas se encuentran junto a ellas, quienes permanecen durante toda la entrevista en brazos de Noelia.

Ellos se conocían ya desde una edad muy temprana, debido a que vivían en hogares mixtos. Luego cuando empiezan a vivir en la calle comparten el mismo grupo de amigos, concurren a almorzar a las mismas fundaciones y comedores. Daniel no tiene ningún contacto con su familia, Noelia tampoco con sus padres, pero sí con su abuela, ya que sus progenitores viven en Tilcara, mientras que su abuela vive en la capital jujeña. Durante su infancia alternó momentos junto a su abuela, hogares de menores y la calle, su abuela la puso a disposición de la jueza de menores debido a sus constantes actos de indisciplina.

Las niñas de ella son hijas de un joven que actualmente vive en otra provincia por lo cual, no tiene contacto con ella ni con las niñas. Circunstancias ante las cuales Daniel cumple el rol paterno y de pareja. Daniel no tiene hijos, es la primera vez que se encuentra en pareja.

Daniel, su “marido, novio o concubino”, según palabras de Noelia, trabaja “desde las 7 hasta las 5” junto a Nano, en vivero ordenando y buscando tierra para las plantas y confeccionando plantines, “cobramos la asignación universal por las dos niñas”, según ella contaba. Complementando dicho dinero con el trabajo de Daniel, es que se encuentran buscando, aunque sea una habitación para poder alquilar y vivir juntos:

“Yo tengo la asignación universal por hijo que no es mucho pero me ayudó, fue una de las cosas que más me ayudó el tiempo que quede sola a no mandarlos a ellas (hijas), después ahora que Daniel me acompaña y ayuda está trabajando, junto con lo que cobra, la asignación y a veces me ayuda aquí las puesteras, vendedoras con verdura, ropa, todo eso le entrego a mi abuela, también le doy lo que gano cuando vendo estampitas o turrónes, le doy plata para el yogurt, para que compre carne, leche, lo que las niñas necesiten, la más grande va a la salita de cuatro, así que también debo ver las cosas que necesita” (Daniel)

Ambos no finalizaron la educación primaria, intentaron hacerlo concurriendo a la nocturna, pero debido al agotamiento físico, solo asistieron 3 meses de clases, mientras Daniel trabaja en el campo, ella cuida a sus niñas cuando salen del jardín, luego las dejan en la casa

de su abuela y se dirigen a dormir en la ranchada que se encuentra debajo del puente Necochea. Con respecto al consumo de poxirán u otras sustancias, relatan que ambos dejaron de hacerlo, debido a que recibieron amenazas de que no iba a poder ver a sus hijas si seguían manteniendo tal conducta. Ambos relatan, o mejor dicho lo que dice ella, él asienta con la cabeza:

“Estuvimos en una situación jodida por las nenas, queríamos divertirnos, pero no pudimos hacerlo muy seguido, mi abuela algunas veces se vuelve hincha pelota, para que no hagamos cagadas, tiene miedo de que me quede nuevamente embarazada. Nose con quien fue a hablar y vino una trabajadora social a decirme que me rescate, sino me sacaban las nenas y la iban a llevar a los hogares. Yo no quiero eso para ellas, si ellas tienen a su mamá y ahora Daniel es su papá, ellas lo quieren, él sabía que yo tenía dos, si me quería así, esa era decisión de él. Yo no le obligue a que este conmigo (...) nos llevamos bien, nunca nos peleamos y cuando estamos con las nenas menos, al contrario, las traemos aquí en la esquina así juegan en las maquinas (...) ya que están la mayor parte del día con su abuela y en la escuela, quiero que cuando estén conmigo la pasen bien. Le compramos papas fritas, panchos, la llevamos al trencito allá, al parque San Martín (...) cuando hace calor en las vacaciones vamos a la pileta de la Tupa, ahí en el barrio de la Milagro, hay una pileta para chicos chiquitos. No quiero que ella les toque pasar lo que me tocó a mí, que mis viejos de Tilcara me mandaron aquí, no me querían...mi abuela hizo lo que pudo y ahora más con las nenas” (Daniel)

Noelia no solamente trabaja como vendedora ambulante, sino que también en algunas ocasiones es ayudante de cocina en los locales de comida en las inmediaciones de la terminal de ómnibus, relata que es uno de los trabajos que más le gusta, porque si hace calor o frío ella está adentro y no anda en la calle, más en los días de lluvia, además en las “sandwicherías” se gana bien, aparte de que te dan de comer. *“Lo que sobra le llevo, o le preparo algo a Daniel así también puede cenar tranquilo”*, relata ella cuando se reencuentran tratan de pasar lo mejor posible y contar cómo fueron sus momentos del día.

Noelia y Daniel acabaron siendo interesante e interesados informantes, aunque me llevó tiempo entrevistarlos en profundidad. Después de algunos “desencuentros” conseguí primero encontrarla a ella y que esté dispuesto a conversar. A raíz indagar por un tatuaje de ella en uno de sus brazos y también en Daniel, pude observar que tenían las imágenes de “San La Muerte”¹⁰. La charla sobre el mismo abrió las puertas, traspasó su supuesta vergüenza y

¹⁰ San La Muerte es un personaje o entidad venerada en Latinoamérica. Su culto se extiende desde América del Sur, en territorios del Paraguay, del noreste de Argentina, principalmente en la provincia de Corrientes y en menor medida en Misiones, Chaco, Formosa y, al sur de Brasil (Paraná, Santa Catarina, Río Grande del Sur). Desde los años 1960 debido a las migraciones

permitió conocer aspectos de la dinámica de la pareja e ir especificando aspectos vinculados con sus historias de vida, tanto en su familia de origen como sus opiniones y acciones en la actual convivencia, sus vínculos con las niñas y sus pares. En el 2012 registré en el cuaderno de campo:

“Llego a encontrarme con ambos. No recuerdo donde se va Daniel y yo me quedo solo con Noelia sentado en la mesa de la estación de servicio. Ella comenta que se fue al baño porque está muy cansado y además había estado aspirando poxirán, por lo cual no estaban muy bien. Comenzamos a charlar con Noelia y luego se sienta con nosotros él, quien demora en venir. Ella comenta que le da vergüenza que lo vea así, porque piensa que le voy a retar o decir algo. Al ratito (unos 20 minutos aproximadamente), aparece y comenzamos a conversar sobre varios asuntos. Entre ellos la práctica en determinados rituales permitía tolerar ciertas sensaciones y emociones que muchas veces se tornaban angustiantes. Sobre eso circuló la primera parte de la conversación. A partir de la misma, Daniel relató muchos episodios de su vida y de su familia, en los cuales la práctica religiosa actuaba como eje que hilvanaba y explicaba muchos acontecimientos. Su explicación transitó por momentos de su vida hasta llegar a su convivencia actual con Noelia y las niñas” (Daniel)

Daniel en una ocasión que hable con él estaba trabajando en un quiosco de revistas y luego por las tardes de lustra botas, algunas veces actuaba como punquista en la zona de la terminal. En la entrevista, el joven relató su experiencia en torno a su “laburo, que no son

internas el culto se ha extendido a ciertas zonas de la provincia argentina de Santa Fe, especialmente, al Gran Buenos Aires y Jujuy

Sus imágenes sirven de amuleto, suelen ser talladas (a excepción de la guadaña, que se le suele añadir) en una sola pieza de madera dura, hueso (en ocasiones huesos humanos), plomo, yeso etc. Se trata de estatuillas si se quiere colocar debajo de la piel o como colgante: las más altas miden 15 cm, las más pequeñas suelen medir tres centímetros y representan a un esqueleto humano con una guadaña cuya hoja es de lata. El mango de la guadaña se apoya en una plataforma a la altura de la cintura estando por su parte toda la imagen generalmente ubicada sobre otra plataforma. Esta es la representación más frecuente, aunque existen estatuillas con la figurilla sentada o acucillada, sin guadaña, con las manos apoyadas en el mentón o en la nuca: estas posturas corresponden con la iconografía católica para el Señor de la Paciencia; sin embargo, esta veneración de San La Muerte nada tiene que ver con la Iglesia Católica, para la cual esta práctica de adoración a San La Muerte es considerada un culto pagano. Los portadores del amuleto de San La Muerte creen ser invulnerables a maleficios y desgracias y que el amuleto atrae el amor y la buena fortuna, la creencia popular se basa en pedirle rezando al Santo y a cambio hacerle una ofrenda. Ofrendas usuales son golosinas, whisky, cigarrillos, o flores.

nada bueno, no le alcanza”, pero tampoco quiso vender droga, actividad que muchos comienzan de “pibe”, cuando las “changas” que hacía en el centro o terminal no le alcanzan, o no llegan a cubrir ni para comer. Esta situación ha variado y ahora tiene la compañía de Noelia quien lo ayuda y no se separa de él.

Jairo

En el 2012 Jairo tenía 14 años y hacía 3 años que vive en la calle. Según comentaba antes vivía en una vivienda en el barrio denominado “Alto Comedero” en la casa de una tía. Este grupo de viviendas son complejos de inmuebles dados por parte del Instituto de Vivienda de Jujuy, es decir de gestión estatal y en este caso se refería a los que pertenecen al sector sur de la ciudad de San Salvador de Jujuy. Explicaba que decidió irse de ahí por problemas con unos de sus primos, problemas que explicaba que estaban relacionados con el alcoholismo de ellos, por lo que huyó de la casa a vivir en la zona de la terminal. Así lo relataba:

“(Antes, yo vivía) en las viviendas, donde vive una tía, hermana de mi mamá. Vivía ahí con ella, su pareja y mis primos, pero viste ahí tenía problemas con algunos de ello y con el tipo, ¿te acordás que yo te había comentado que ellos tomaban?, ese era el problema. Yo mismo agarré, vi que nadie te decía nada y me fui una noche cuando todos dormían, me vine para la termi, para el lado de los puentes. Donde sea, yo me quería ir de ahí. Yo nunca conocí a mis viejos, por eso vivía con mi tía. Todo bien cuando éramos chicos, pero empezó a cambiar todo cuando iba creciendo. Me agarraba a las piñas casi todos los días, y mi tía se empezó a hacer la pesada (...) me obligaba de ir a trabajar y me pedía el dinero, primero le daba, luego veía que era para que su macho chupe, y no me cabió eso...”
(Jairo)

En la época de trabajo de campo, convivía con Maira, tenían dos hijos, uno de 2 años y otra de unos pocos meses de recién nacida (5 meses). Maira vive en Alto Comedero, se conocieron un local bailable, en donde Jairo suele concurrir los días sábados junto a los demás chicos de la “termi”. Ella tiene 17 años y se encuentra cursando el segundo año del colegio secundario, vive actualmente junto a dos hermanos menores que ella y su madre. Sus padres son divorciados, a su papá no suele verlo. Suelen encontrarse durante las tardes cuando ella sale del colegio, en la zona de la terminal de ómnibus, en un local de video juegos.

Jairo relata que sus primos y tía viven aún en dicho barrio, luego de un tiempo de distanciamiento por un tiempo, concurre actualmente por lo menos una vez al mes. En el tiempo que se encuentra de visita en esa vivienda es para conversar e interiorizarse sobre cómo se encuentran sus parientes, pero no siente la necesidad de retornar a vivir con ellos, al

contrario, piensa que en la calle encontró la libertad que necesitaba, conocer de la calle lo bueno y lo malo. *“Aprender de los hechos, vivir la vida”*, según sus palabras.

Él se radica en la parte exterior del mercado de concentración, suele dormir junto a otros adolescentes y personas masculinas adultas tapados por diarios y cartones. El horario para dormir recurrentemente tiene que ser luego de las 23, ya que es el la hs. que finaliza la limpieza de ese sector por parte del personal de la terminal. Relata que sus días inician muy temprano, alrededor de las siete de la mañana, desayuna en uno de los locales de la zona de la terminal, suele pagarlo con el dinero que ganó el día anterior en la venta de golosinas. También comenta lo siguiente:

“Desde que soy muy chiquito, sé lo que es trabajar en la calle. Sé lo que es andar con frío y calor, algunas veces cuando las ventas están flojas, tengo que conseguir de donde sea para comer hago de “descuidista”. Yo no golpeo ni daño a nadie, solo le quito las cosas a los que vienen distraídos hablando por cel, o cuando dejan los turistas mochilas o bolsos sin que nadie los cuide, hago el distraído y me lo llevo. No hay víctimas directas con lo que hago...” (Jairo)

Comentaba que en la actualidad *“la calle cada vez está peor, hay más chicos y chicas y cada vez más chiquitos”*. Relata que al ser más pequeños los que residen en la calle, corren más peligros, porque siempre en todas partes hay “violines”, siempre tenemos que ver que no se pasen con los chiquitos. Ellos actúan en ciertos casos como “defensores” para que no suceda nada malo con los más indefensos. En una ocasión, un hombre en estado de ebriedad intento abusar de una niña que vendía flores, por lo cual, tres de los adolescentes actuaron y lo golpearon. Luego de ellos la niña, fue llevada al destacamento de la policía que se encuentra en la terminal y sus padres fueron a buscarla. Aspectos que retomaremos en el próximo capítulo.

Durante a entrevistas con Jairo, su pareja y sus niñas estaban con él en el local de video juegos, jugando o bien dibujando en el suelo de dicho local, por lo cual la conversación se desarrolló mirando a las niñas, respondiéndome las preguntas, mirando los cuadernos del jardín maternal, escuchando sus llantos y consolándolas. En algunas ocasiones terminé con la niña arriba de mi falda, así que la conversación se iba desarrollando en el marco de esa cotidianeidad. Maira me contaba que iban a parque San Martín, en el pelotero, andar en calesita y en el tren para niños cuando contaban con el dinero suficiente para pagar dichas atracciones.

Con respecto a los vínculos que fue desarrollando a través del tiempo, narra que no le quedan dudas que con los “hermano de la termi” la calle no es tan difícil. Ya que, en ella, se práctica la hospitalidad, solidaridad y la reciprocidad. En algunas ocasiones donde se optó por comprar alcohol o poxirán, los demás chicos compran para comer. Cuando están debajo del puente, entre todos compran los ingredientes para cocinar una sopa o un guiso en épocas de bajas temperaturas.

Jairo suele concurrir para cenar los días viernes en el comedor los “12 Apóstoles”, el resto de los días lo realiza en la fundación. En esta ONG no únicamente recibe alimentos sino también lleva a cabo los talleres de albañilería, formación cívica, y en especial el programa de alfabetización “yo sí puedo”. suele pensar en abandonar este programa, para cursar en una escuela nocturna para poder cobrar el PROGRESAR. Así lo expresa:

“Acá le tengo que agradecer mucho a la nona, porque me da zapatillas, ropas, como aquí al mediodía y ceno. Hay dos días de la semana que nos dejan bañarnos y nos dan ropa (...) la ropa que nos cambiamos la dejamos aquí y la Nona la hace lavar. Esta bueno venir aquí, porque jugamos a la pelota, con los profes de educación física vamos a correr la maratón, la pasamos bien, salvo que no nos dejan jalar la bolsita” (Jairo)

De los adolescentes y jóvenes aquí presentados y en el desarrollo del trabajo de campo, observamos que las diversas formas de obtener ingreso a las que principalmente acceden mediante el cuentrapropismo. También brindan el servicio de lustrar zapatos. Al ser varios de ellos menores de 18 años se caracterizan por la precariedad e inestabilidad laboral, ya sea a través de las múltiples formas de “changas” (que también incluyen los trabajos ilegales) o empleos en pequeños comercios o emprendimientos, que en la mayoría de los casos observados quien tenía la posibilidad de un empleo en relación de dependencia no podía realizarlo por no haber finalizado la educación primaria. Sin embargo, los sistemas de ingresos a través de los diversos planes sociales, principalmente la AUH y PROGRESAR, aparecen aportando cierta estabilidad ante las características más inestables de otras vías de obtención de dinero.

Oscar

Oscar tenía 17 años en el 2014. En ese año vivía en la planta alta del mercado de concentración, actualmente se encuentra en pareja, con quien tiene un bebe de un año. De una pareja anterior tiene una nena de 3 años, a la cual visita todas las semanas. Tiene dos

hermanos, una hermana de 20 años y un hermano de 22 llamado Carlos, quien se encuentra detenido en el penal hace más de un año, debido a que es presunto autor de una violación.

Hasta los 10 años vivió junto a su madre, a la pareja de ella y sus hermanos, luego por problemas de comportamiento, fui institucionalizado hasta los 13 años. Finalizo la escuela primaria e inicio la secundaria, tiene completo el primer año. En el incidente que fue detenido su hermano Carlos, incendiaron la casilla en la villa donde pasó su infancia. Desde el 2013 hasta fines de 2014 permanece en el penal de menores, por haber robado en banda varios negocios en la zona de la terminal. Recupera la libertad, al haber firmado un adulto, su madre, como responsable de él.

Con su madre mantiene una buena relación, aunque luego de haber vivido en hogares no vuelven a vivir juntos. Uno de los episodios que relató con mayor énfasis, fue las vivencias que le toco pasar dentro del penal, en donde aparte de aprender oficios, varias veces tuvo enfrentamiento con otros internos, en uno de estos episodios fue apuñalado con un arma “tumbera”, que le provoco serias heridas en la espalda. Acusado de haber iniciado dicho enfrentamiento, fue encerrado en la “chancha”, habitación con una pequeña ventana, recibía únicamente agua, dormía en el piso y no se le permitía salir ni ir al baño. En dicho espacio estuvo por una semana. En sus palabras expresaba con respecto a esta situación que vivió:

“Algunas veces ahí en la granja era difícil poder estar tranquilo, los canas te verduguean, como ya tienen sus pollos, ellos los defiende. El tema es que tenes que llevarte bien, pero no podés tener buena onda con todos. Además, yo soy calentón (...) por eso me agarre varias veces a pelear” (Oscar)

Oscar trabaja vendiendo maní con chocolate en los colectivos urbanos y lustrando botas, también realiza otros tipos de actividades o “changas”, o sea, diversas tareas laborales a cambio de las cuales obtiene dinero, como la carga y descarga de los cajones de frutas y verduras en el mercado de concentración. También en uno de los encuentros realizados relata que comete algún pequeño robo a transeúntes, quitándoles a los desprevenidos billeteras, celulares, carteras y mochilas. Se observa en un viernes alrededor de las 22 hs. Que Oscar junto a otro joven el intercambio constante de remeras, cuando le pregunto que se encuentran realizando me responde “*estamos trabajando profe*”, en relación a robos a comerciantes de la zona de la terminal.

Se encuentra en pareja, con lo cual tiene un niño que irá a cumplir su primer año de vida, para ello planea realizarle la fiesta por el natalicio. Oscar acabó siendo uno de los casos que presentaron con mayor significación, debido a que abiertamente pudo desarrollar sin ningún inconveniente los encuentros pautados. Se llegó a tocar temas inclusive como la religiosidad de él, que de cierta manera demostraba su acercamiento con la Iglesia Católica, portando un Nuevo Testamento entre sus pertenencias, reflexionando sobre algunos pasajes cuando se encuentra en dificultades.

No siempre ocurre esta situación de “meditar” sino que recurrentemente suele fumar marihuana, inhalar poxirán, y beber alcohol. A raíz de indagar sobre las variedades de temas que solían expresarse, Oscar relataba sobre su primera hija quien, a pesar de las diferencias con la madre, posee una fluida relación paterna. También menciona la difícil situación que le toco vivir con el padre de ella y su hermano. La charla sobre la misma abrió las puertas, traspaso su vergüenza y permitió conocer aspectos de la dinámica familiar de Oscar e ir especificando aspectos vinculados con “provisión, educación y convivencia”, tanto en su familia de origen como sus opiniones y acciones en la actual relación con Jimena, sus hijos/as y sus otros familiares.

Oscar en una ocasión que hablé con él estaba trabajando vendiendo garrapiñadas y luego lustrando zapatos. En las entrevistas, éste joven relató su experiencia en torno a su “*laburo, que no era nada bueno*”, vendiendo pastillas, ansiolíticos, antidepresivos que conseguía en una farmacia, mediante recetas realizadas con un sello de un médico que fue robado en la guardia de un hospital y revenderlas a los “pibes” de la terminal. Este ingreso le permitía poder ahorrar cierto dinero y poder juntar para ocasiones especiales, como resulta la celebración del cumple años de su hijo.

Nicolás

En el 2014 Nicolás tenía 14 años y hacía dos años que vivía en la terminal. Según comentaba antes vivía en “Alto Comedero” en la casa de su mamá junto a sus hermanos más chicos. Él junto a su familia provienen de la ciudad de Orán (Salta) llegan a San Salvador de Jujuy porque su madre no tenía trabajo y en la casa donde vivían pertenecía a sus abuelos, quienes con diferencia con su abuela los desaloja del inmueble donde vivían.

Explica que decidieron irse a Jujuy porque la amiga de su mamá le dijo que le iba a prestar una casa y podía buscar trabajo. Su papá se fue cuando tenía 8 años y uno de su hermano más pequeño recién había nacido. La madre trabaja en las fincas durante todo el día junto a los tíos, la mayor parte del tiempo pasaban junto a la amiga de su mamá y la pareja de ella. Así lo relataba:

“Mi mamá trabajaba en las fincas de los tabacaleros, ahí se pasaba todo el día, yo con mis hermanos nos quedábamos jugando en la casa de su amiga. La pasábamos bien primero, luego ya me aburrí. Una vez me cole en un colectivo y me vine al centro, primero no le gustaba que viniera, pero luego me dejó, se daba cuenta que no me podía controlar y después me dejó que me vaya, o a un hogar” (Nicolás)

En la época en que vivía en Orán salía frecuentemente a jugar al fútbol junto a los demás niños de aquellas familias en que los adultos trabajaban en las cosechas, salía a comer frutas por la tarde cuando se retiraban de la escuela. No se encuentra asistiendo a clases, únicamente le resta el séptimo grado para finalizar la escuela, dice que no volvería porque se “aburre”. La convivencia con su madre se complicó cuando llegaron a la provincia, según ella decía que “él era muy rebelde” por eso quería que se vaya a vivir a un hogar. Situación que Nicolás observó con miedo y espanto, con lo cual huye de la casa, retornando casa una vez al mes, para que su madre se quedara “tranquila” sabiendo que no le ha ocurrido nada malo.

Nicolás relata un hecho en el cual resultó con varias heridas. En una ocasión que en su casa no tenían para comer, ingresa a robar a una vivienda vecina a la de ellos, sin saberlo era en una casa de policías, quienes lo sorprendieron y le golpearon diciéndole “que nunca más iba a querer robar” y le cortaron distintas partes del cuerpo. Mientras narraba este hecho se levantaba la remera para indicarme las heridas ocasionadas en ese episodio. Los encuentros mantenidos con Nicolás, fueron muy amenos, el primero de ellos, fue únicamente difícil de entablarlos, debido a que no habíamos tenido un contacto previo, como con el resto de los adolescentes y jóvenes. Realizar los encuentros cara a cara requirió poder invitarle a comer un sándwich o tomar una chocolatada, ya que hacía mención a que no había comido nada durante el día, o simplemente se encontraba con el desayuno.

Con respecto a las actividades laborales y los ingresos económicos con los que cuenta Nicolás explicaba que trabaja lustrando zapatos, vendiendo golosinas o en ciertas ocasiones cometiendo robos. Esta situación de robar lo realiza con aquellos puesteros en las ferias que hay en la zona del mercado de concentración y en otras zonas aledañas, suele sustraer ropa

interior, medias, guantes, pequeños electrodomésticos, mercadería que luego las venden a menor precio a otros comerciantes.

Relata que no volvería a la escuela, debido a que necesita el dinero para vivir, y en la escuela perdería el tiempo, pero capaz que más adelante retomaría los estudios. Su mamá se encuentra viviendo con sus hermanos menores, quienes sí estudian, recuerda que cuando su mamá lo observa por el centro o por la terminal, le pide que no ande con los chicos más grande, ya que de ellos puede aprender otras cosas que no son buenas para él.

Recuerda que parte del dinero que puede recaudar por sus actividades laborales, suele comer “cosas ricas para la cena”, ya que de día por el tema del trabajo debe comer de manera “apurada”, siendo lo que consume sándwich de milanesas o empanadas. No trabaja como vender en los colectivos, para que las personas que eran vecinos de su mamá no lo reconozcan, y le diga a ella como anda por la calle.

“a mi mamá me dijo que le da vergüenza si los vecinos se dan cuenta que ando en la calle viviendo, me reconocen algunos (...) algunos de ellos ya fueron con el chisme diciendo que fumo y que los chicos más grandes son ciertos, pero no hago yo nada malo...”
(Nicolás)

Según el censo realizado en el 2013 e informado en el diagnóstico 2014, para el sector de adolescente y jóvenes, aplicados al sector del NOA, nos presenta en cuanto a situación laboral los siguientes datos:

“Un 33,8 % de la población se encuentra desocupada. Con respecto a este ítem podemos realizar una aclaración metodológica, dado que en el porcentaje también se incluye a la población inactiva, pudiendo ser población desocupada real menor. Un 24 % de la población trabaja de manera informal, y en iguales proporciones trabajan por cuenta propia como así realizan changas (13% respectivamente). Solo un 9% de la población menciona trabajar en una cooperativa. En cuanto a los oficios el 43% de la población no posee oficio alguno y el 32,5 % de la población afirma que posee otro tipo de oficio no mencionado en el listado provisto por el censo. De los oficios tradicionales, el 9,3 % es lustra zapatos seguido de albañil con un 4 %. Los demás porcentajes no son significativos de peso (.....)”

En el capítulo siguiente, profundizaremos en la descripción del territorio específico, San Salvador de Jujuy, desde sus aspectos más formales a los núcleos que caracterizan la dinámica de la vida cotidiana.

A continuación, y como cierre del presente capítulo, presentamos un detalle de los principales sujetos entrevistados/as y observados, a partir de los grupos “localizados en tres

puntos” que actuaron como unidades de observación. Si bien este listado no da cuenta de todos los sujetos con los que se interactuó a través de la estrategia etnográfica, la intención es que sirva de orientación al lector/a para luego adentrarse en la complejidad de los entramados que ocurren cuando se encuentran en situación de calle.

Zona de la Terminal de ómnibus

Nano, 19 años de edad, hermano de Diego y Federico, padre de una niña de 4 años de edad.

Diego, 15 años de edad, hermano de Nano y Federico

Federico, 21 años, hermano de Nano y Diego, se encuentra en pareja.

Fabio, 19 años

Luis, 16 años.

Javier, 21 años

Felipe, 18 años

Chistin, 24 años

Zona casco céntrico

Miguel M., 18 años, padre de una niña de 5 años

Daniel, 20 años, pareja de Noelia,

Noelia, 17 años, pareja de Daniel, tiene dos nenas de una pareja anterior, de 4 y 6 años de edad

Lucas, 22 años, padre de una nena de 5 años de edad

Cacha, 17 años, madre de unos mellizos de 1 año de edad

Franco, 16 años

Mono, 17 años

Zona mercado de concentración

Jairo, 14 años, padre de una niña de 4 años de edad

Oscar, 17 años, padre de un niño de 2 años de edad

Nicolás, 14 años

Chistin, 23 años

Jorgelina, 19 años

Leandro, 20 años

Gastón, 20 años

Cristian, 14 años



Capítulo 3

Vivir en la calle

Este capítulo está centrado en la descripción del territorio específico en el que trabajamos. Comenzamos por dar cuenta de características generales que incluyen el proceso de conformación y la situación actual de los jóvenes en situación de calle, para luego presentar algunos procesos que caracterizan la vida cotidiana allí y que emergieron del trabajo de campo. Nos proponemos visualizar los modos locales en que los ellos significan aspectos de su dinámica cotidiana en dicho espacio y, a su vez, nos orientamos con categorías teóricas que nos ayudan a explicar algunos fenómenos que se anclan en esos territorios. En este sentido, exponemos descriptiva y conceptualmente algunos fenómenos, como las segregaciones socio-espaciales, estigmatizaciones, fracturas internas, violencias y normas de silencios, con los cuales aparecen vinculadas las prácticas, vivencias y las diversas estructuras de significación asociadas.

3. 1. La situación de calle en San Salvador de Jujuy.

La consideración y análisis del anclaje territorial de los procesos se presenta como requisito para comprender acciones, relaciones y significaciones de los actores en su vida cotidiana. Entendemos el territorio como un espacio vivo de relaciones y de producción de identidades, subjetividades, creencias y valores (Santos, 2006), como el enraizamiento de los procesos sociales y la localización de éstos. Como área delimitada por una frontera, donde se ubican los objetos y transcurren las relaciones; como un espacio apropiado, ocupado y dominado por un grupo social para asegurar su reproducción y satisfacer sus necesidades vitales, que pueden ser tanto materiales como simbólicas (Carballo, 2009). El territorio de referencia constituye, así, una unidad espacial configurada por la historia de reacciones entre los actores, y por las cuestiones que los ponen en relación (Rodríguez, 2009).

La ciudad de San Salvador de Jujuy, es la capital de la provincia de Jujuy, limita con la prov. de Salta, Bolivia y Chile, constituye la región del NOA, juntos a las provincias de Tucumán, Salta, Santiago del Estero y Catamarca. Según el último censo Jujuy posee 673. 307 habitantes, siendo en la ciudad de San Salvador de Jujuy (Departamento Dr. Manuel Belgrano), el centro urbano con mayor población de toda la provincia siendo el total de sus habitantes el número de 265. 249. Dicha ciudad se localiza dentro del sector denominado como zona de los Valles. Es el municipio con mayor densidad poblacional de la provincia,

pero no así en relación a la superficie (1.917 km²). Como Grimson y otros (2003) señalaban, dicha ciudad es conocida por ser la de mayor población de la provincia, con altos niveles de pobreza e indigencia. Por sus dimensiones tiene un fuerte peso electoral y, por lo tanto, es relevante en el conjunto de los procesos políticos dentro del territorio jujeño.

En el caso céntrico, como en sus zonas aledañas se corresponde al sector que puede ser entendido como de mayor actividad comercial y de transeúntes. Es una superficie en forma de rectángulo que tiene como límites las márgenes de los ríos tanto del Xibi Xibi como del Río Grande. La comunicación con el resto de la ciudad se realiza primordialmente por medios de puentes que unen este sector y permite la comunicación desde allí hacia los distintos puntos.

El sector correspondiente a la zona de la terminal está conformado por alrededor de ocho cuadras, delimitadas por las avenidas Hipólito Irigoyen, Pueyrredón, Éxodo (continuación de Iguazú) y calle Río Pilcomayo (ver mapas en Anexo). Los barrios que en las últimas décadas experimentaron un mayor crecimiento como ser Alto Comedero, Sargento Cabral, Azopardo, Alberdi, Islas Malvinas, Santa Rita, Arenales, (DIPEC)¹¹ señala que la población del área es en su mayoría de nacionalidad argentina, mientras que la población restante se conforma por personas de otros países latinoamericanos principalmente desde Bolivia y Perú. Observándose en los últimos tiempos un gran número de individuos provenientes de Colombia y Senegal. Las poblaciones extranjeras no se concentran en sectores determinados, sino que están distribuidos en el barrio, estando en continua interconexión. Dadas estas características, junto con que las diferencias étnicas no aparecieron como significativas en el trabajo de campo con referencias a las prácticas y vivencias de vivir en situación de calle, no incluimos esta variable como elemento desde el cual observar diversidades¹².

Uno de los sectores con mayor antigüedad, especialmente la zona de la terminal de ómnibus, que fue inaugurada en la década de los '60. El plano de dicho edificio espacios como: dársenas, boleterías, oficinas, control, destacamento policial, oficina de turismo,

¹¹ Dirección Provincial de Estadística y Censos. El objetivo de dicho organismo es asistir al Poder Ejecutivo en la programación, planificación, ejecución y seguimiento de los planes y programas que concreten las políticas definidas por el Gobierno en las distintas materias para el cumplimiento de los objetivos del Estado.

¹² Lo cual no nos sorprende dada la homogeneidad cultural que existe entre sectores populares de los países de Argentina, Bolivia y Paraguay, como por ejemplo se percibe en el campo de la medicina tradicional (Idoyaga Molina, 2007)

sanidad, peluquería, baños, restaurante (planta alta), cafetería (planta baja), sala de espera, kioscos, depósito de equipajes, zona de teléfonos públicos, entre otros lugares.

En la investigación realizada por Golovanesky (2004) se detallan las características y el proceso de conformación de dichos barrios. A partir del testimonio de los vecinos, las autoras relatan que los ocupantes debían permanecer entre las previsiones de funcionamiento, se contempló que el equipamiento estuviera presidido por el concepto de servicio público: dentro de ese concepto, se procuraba que el usuario no careciera de lo necesario para su comodidad y confort. Con el fin de proteger a los inversores se procuró evitar contractualmente la competencia entre los distintos rubros, estableciéndose un sistema de exclusividad. Todas estas exigencias constarían en los contratos respectivos. Se encontraba terminantemente prohibida toda actividad ajena a las previstas y contratadas como la venta ambulante o en lugares no habilitados.

A mediados de la década del 60, antes que exista la terminal de ómnibus en la provincia solo operaban dos empresas de transporte de pasajeros, "Vilte" y "Balut", una cubría la zona del norte y otra la del ramal, y para entonces ambas tenían su propia estación terminal sobre la calle Salta, cerca de donde actualmente se encuentra la Enet N° 1. Con el tiempo se fueron incorporando más empresas como la del Expreso Panamericano que también tenía una especie de tinglado donde guardaban las unidades y les hacían mantenimiento, y desde donde partían hacia otras provincias aledañas.

A raíz de esto y de la creciente incorporación de otras empresas de transporte, el gobierno de Felipe Arias resolvió que los colectivos ya no podían hacer ascender y descender pasajeros en la calle, por lo que decidieron buscar un predio para ubicar una terminal de ómnibus provincial, a fin de concentrar las salidas y los arribos en un solo lugar y en una estación tal como sucedía en la mayoría de las provincias del país.

En ese entonces decidieron ubicarla en un baldío en el que se instalaban los circos que llegaban a la provincia (donde se encuentra actualmente), ya que era una explanada libre que se encontraba desocupada y en el ingreso a la ciudad, puesto que por entonces la bajada de Moreno era el único acceso a San Salvador de Jujuy.

Mientras se construía la terminal de ómnibus en Perico se estaba trabajando en la instalación del Aeropuerto el Cadillal, el cual fue inaugurado en 1967 y que ayudó a fortalecer

ampliamente las vías de comunicación, que, sumado a la nueva terminal, de a poco comenzaban a desplazar al ferrocarril.

Finalizada la obra de construcción, la flamante estación terminal de ómnibus de Jujuy fue inaugurada el 23 de agosto de 1969 en el marco de la recordación del "Éxodo Jujeño", con la presencia del gobernador Arias y la primera dama, María Emilia Green de Onganía. Según lo describen los diarios de la época, fue un acontecimiento de vital importancia para la provincia. En esa época, la terminal además de ser un edificio nuevo contaba con diez locales para boleterías, cinco baños para hombres y cinco baños para mujeres, cinco quioscos y una estafeta para el correo, buffet, teléfono público, además de espacios verdes en el interior y exterior. En la planta alta existía con un salón comedor y una confitería, una casilla de informaciones y un sistema de altavoces para anunciar la partida y llegada de ómnibus; también había oficinas para la policía y enfermería. Era un predio amplio que recibía pocas unidades de colectivos, pero suficientes para la demanda del momento.

En el trabajo de campo de la presente investigación encontramos testimonios que dan cuenta de las características de algunos traslados. Es habitual encontrar expresiones que enfatizan que no se cumplió con lo prometido, ya que nunca llegaron a funcionar definitivamente para lo que estaba planificado. Como ilustración de este proceso contamos la situación de Liliana, quien recordaba cuando era niña y narraba el traslado y llegada de las personas a trabajar:

“Bueno, nosotros vivíamos allá (...) en Perico, cerca de la zona de la terminal, donde se estaban armando las primeras ferias viste cuando se están armando los primeros barrios, no hay casi gente que viven, éramos los únicos con una o dos familias más. Ahí tenemos fotos de lo que te cuento, cuando los chicos eran chiquitos, yo estaba embarazada del menor, estaba ahí mi pareja, ya teníamos dos chicos y venía el tercero en camino. Después de ahí nos vinimos para aquí, porque no tenía trabajo yo ni él, era trabajar ahí en las plantaciones de tabaco, pero ya era muy duro yo trabajar ahí y con los nenes chiquito, se complicaba, allá alquilábamos era, precario, era una casilla precaria, con bloque y chapas nada más, así que bueno, tampoco él tenía documento, él es boliviano, yo soy argentina pero mis padres son de Bolivia (...), vinimos a alquilar aquí en Luján cerca de la cancha del lobo, él comenzó a trabajar de albañil, de ayudante y cómo los chicos empezaron el jardín, yo sólo podía trabajar de noche, así que ayudaba a preparar sándwich en una sandwicherías, así hasta las dos de la mañana, cómo entraba tipo seis de la tarde, él volvía y se quedaba con los chicos mientras yo trabaja, nos turnábamos para estar con los nenes. Después de a poco fuimos guardando un poco de plata, y aquí en la terminal no había casi vendedores, no es como ahora, éramos muy pocos, así que me pude alquilar primero un carro para hacer sándwich y papas fritas con empanadas, así que bueno me quedé aquí él venía y empujaba el

carro con los chicos, luego se volvía a la casa con ellos. Nos empezó a ir bien, es que la gente para esperar el colectivo, los que viajan todos los días, los profes, policías, te conocen y compran, algunas veces los que no tienen plata, le fías, porque tampoco pueden estar sin comer, hay gente que se van hasta Abra Pampa, un viaje de cinco horas, arriba del colectivo, también vendo luego en verano helados, gaseosas, aguas y en invierno café, churros y cosas calientes” (Liliana, vendedora ambulante)

Los barrios definitivos nunca fueron construidos y lo que era transitoriamente se instaló como permanente. A la población inicial proveniente de la misma ciudad, se han ido sumando a lo largo de los años personas que migraron desde el interior de la provincia, como de otras provincias y países limítrofes. El consiguiente deterioro material de la terminal, la falta de planificación para los habitantes que se sumaban y otros fenómenos sociales condujeron a la actual configuración.

Muchos de los entrevistados con los que me contacté, llaman al lugar en el que viven como “termi”, “ranchada”. Fabio, incluso, usaba la expresión “la escuela de la vida” para aclarar que se refiere al territorio que comprende la delimitación que señalamos como zona de la Terminal. En este sentido, en este trabajo consideramos que la terminal y sus adyacencias corresponde a la denominación técnica que recibe el área dado su proceso de conformación, Núcleo Urbano Segregado (NUS) será empleado como categoría teórica que nos ayuda a reflexionar sobre los procesos que caracterizan al lugar. Mientras que términos como villa, es utilizada principalmente como categoría nativa que sintetiza las vivencias y construcciones sociales en el territorio, denominación empleada tanto por los mismos pobladores como por personas externas a ese espacio, según se ha podido confirmar en los relatos obtenidos cuando hicieron referencias a sus casas paternas.

La categoría local de “barrio” es utilizado por los habitantes para dar cuenta del territorio específico de una determinada cantidad de manzanas y lotes y se aproxima a entenderlo como un espacio de prácticas sociales y simbólicas, donde el mismo adquiere relevancia como un territorio significativo donde hombres y mujeres ejercen la función de habitar. Asimismo, hay una peculiaridad marcada por el reconocimiento de lo propio, por el despliegue de relaciones y vínculos cercanos, identificables, por pequeñas historias individuales y por vivencias compartidas colectivamente (Ameigeiras, 2002). A su vez, coincidimos con los aportes de Cravino (2009), de que el mote de “villa” da cuenta de una heterogeneidad entre los llamados en ocasiones barrios populares, reflejando una jerarquía de las formas urbanas de la ciudad, siendo la “villa” como un lugar negativo para vivir,

devaluada en términos de status, caracterizándose por procesos de estigmatización. Aspectos que iremos profundizando en este y otros capítulos.

El territorio de la “zona de la terminal” se caracteriza por tratarse de un barrio amenazado, integrados a la ciudad formal, organizándose a partir de calles, pero sin ser estas de gran envergadura, en los cuales el paso vehicular muchas veces se convierte en caótico debido a los peatones y los puestos de vendedores ambulantes. Esta disposición espacial se distingue, entre otros elementos, por la proximidad de las viviendas y las ferias localizadas en forma de “pasillos” como espacios compartidos. Este aspecto se hizo evidente en el trabajo de campo y en la realización de las entrevistas, ya que en ocasiones algunas entrevistadas/os hablaban en tono de voz baja a fin de no ser escuchados, con lo cual se optó como opción realizar los encuentros en una estación de servicio, en un bar-comedor.

La posibilidad de ver y escuchar a los adolescentes es más fácil que en otro tipo de organización espacial, las distancias son pequeñas y al ser al “aire libre”, fue un espacio en donde se empleó sí como un momento de encuentro grupal y ocasionalmente, individual con cada uno de ellos. En esta zona de la terminal como en otros lugares en donde se desarrollaron los encuentros previos, a mediados de los años 1990 se inició un proceso de progresivo de densificación de las urbanizaciones populares. En este caso en particular, se desarrolló a través de la ocupación de sectores vacantes, como los bordes de las vías de ferrocarril, siendo existente las construcciones precarias, usando como bases hormigones de instalaciones públicas, como ser una pasarela detrás de la terminal y en espacios libres.

En forma paralela, comenzaron a desarrollarse nuevos mecanismos para el acceso a los espacios en este sector de la ciudad: se dinamizó la compra y venta de locales para funcionar como comercios, así también como inquilinatos, siendo uso de ellos el mercado de alquileres (Herzer y otras, 2008). A su vez, se pueden identificar procesos de ocupaciones de locales vacíos por parte de ellos, siendo usado regularmente como refugio.

Algunos comentarios, como el de Felipe, dan cuenta de que entre fines de 2006 y comienzos de 2007 se produjeron modificaciones en el territorio, centralmente consideradas como “decline” del mismo, vinculado principalmente, con el aumento de la “presencia de personas adultas, prostitutas y tranzas”.

“ Y aquí empezó hace rato a haber quilombo, desde que somos chicos estamos en la calle, por la terminal o el centro, así que conoces todo lo que sucede aquí, pero sí se ven más pibes en la calle, más chiquitos, de todas las edades (...), al haber quilombo, también hay chorros, los canas no hacen nada, están parados ahí solo hacen presencia, encima también están los borrachitos, los tipos que son grandes ellos, están ahí pero no hacen nada, después también ves gente de todas partes, ves de otros países, provincias, algunos se quedan varios días como los mochileros, pero después se van al norte a Humahuaca, Tilcara, les gusta esos lugares, muy pocos paran aquí, es que allá es toda joda, chupan hasta no dar más, sobre todo en el carnaval o enero tilcareño, que hay peñas y vienen buenos grupos, algunas veces nos vamos colados con los pibes de aquí o vemos como viajamos, pero hay que ir ”

Este sector de la barriada y su proceso de segregación urbana desarrollados en San Salvador de Jujuy, así como en otras ciudades del país y Latinoamérica. La construcción social de un Núcleo Urbanos Segregado (NUS) es producto dentro de un proceso social de desplazamiento. Los mismos corresponden a unidades que por determinaciones históricas y sociales quedan asociadas y segregadas dentro de las macro-unidades urbanas, presentando aislamiento social, deterioro urbanístico extremo, estigma y condiciones de vida que los definen en la marginalidad (Bialakowsky y otros, 2005). Bialakowsky y otros (2006), indican:

La historia de los Núcleos Urbanos Segregados (NUS) da testimonio del ejercicio de técnicas de gobierno específicas, desde sus modelaciones a lo largo de décadas de los ´60 a la actualidad, de alojo-desalojo-acercamiento, erradicación-radición-custodia, hasta constantes actualizaciones que resultan de múltiples (infinitos macro-micro) atravesamientos ejercidos por las prácticas institucionales. Estas prácticas se destacan conceptualmente por la producción social guetificante que origina diferentes tipos de cercamientos sobre los cuerpos desalojados (p.19)

En los análisis sobre la segregación espacial y social se destaca la cuestión de la distancia física, la distribución espacial de la repartición de ingresos y la separación social, simbólica y subjetiva entre uno o más grupos (Lungu y Baires, 2001; Cravino, 2009). Diversos autores/as coinciden en advertir que, a grandes rasgos, la segregación residencial socio-económica actúa como mecanismo de reproducción de las desigualdades socio-económicas, de las cuales ella misma es una manifestación. En este sentido, afirman que la segregación se perfila como un mecanismo particularmente importante en la reproducción de las desigualdades, el aislamiento de los pobres y la inseguridad ciudadana, espacialmente para los pobres (Arrigada y Rodríguez, 2004; Katzman, 2001).

En la actualidad, la zona de la terminal se ubica entre los barrios Mariano Moreno, Cuyaya que entraron dentro de programas para el mejoramiento de barrios impulsado tanto

por la Municipalidad de la ciudad como por los centros vecinales y el gobierno provincial¹³, es importante mencionar la presencia de colectividades de países limítrofes. Dicha situación también comprende a barrios aledaños como Alto Gorriti y Gorriti.

En la municipalidad de San Salvador de Jujuy, se declaró la emergencia urbana y habitacional en determinados sectores de la ciudad y se determinó la formación de un distrito de urbanización prioritaria. Junto a programas tanto provinciales, municipales y nacionales, el cual prevé el reacondicionamiento de las viviendas y espacios públicos que así lo necesiten. Según lo planificado, en algunos casos se construirán viviendas nuevas en la misma área y en otras serán trasladados a otras barriadas, donde se construirán casas. En el espacio de los últimos años 2013-2014, la Secretaría de Espacios Públicos provincial, a través de la Subsecretaría de Urbanismo Social, coordinó el censo de hogares que habitan asentamientos precarios en los espacios públicos, entre éstos a los vagabundos, crotos, cirujas, adultos y jóvenes de la calle.

3.1.1. Organizaciones sociales e institucionales públicas en el territorio segregado

Para dar una breve mención a las organizaciones sociales e instituciones públicas en el territorio, desde sus presencias y ausencias, sus características y “reconocimientos”, a continuación, nos valemos principalmente de los relatos obtenidos de las personas entrevistadas durante el trabajo de campo y de la información diagnosticada elaborada por la Municipalidad de San Salvador de Jujuy (2014).

Sobre la calle José de la Iglesia, que limita con algunos sectores que forman parte del estudio, funciona la Escuela Lamadrid y en el mismo edificio el secundario para adultos. Contiguamente, se encuentran otras instituciones. Algunos espacios cuentan con merienda al mediodía y quienes concurren a estos establecimientos suelen comer ahí. El espacio se

¹³ Existen programas como el Mejoramiento de Barrios, el cual tiene como finalidad mejorar la calidad de vida y contribuir a la inclusión urbana y social de los hogares de los segmentos más pobres de la población residentes en villas y asentamientos irregulares. A través de la formulación y ejecución de proyectos barriales integrales se propone mejorar de manera sustentable el hábitat de esta población. Los proyectos integrales barriales tienen como objeto consolidar a la población beneficiaría en el lugar que habitan, brindando acceso a la propiedad de la tierra, contribuyendo en la provisión de obras de infraestructuras urbana, equipamiento comunitario y saneamiento ambiental, y promoviendo el fortalecimiento de su capital humano y sociales (Subsecretaría de Desarrollo Urbano y Vivienda).

mantiene durante el verano, momento en que se recibe niños/as del barrio que van a comer y jugar.

Observamos que las escuelas ubicadas en esta zona, no son conceptualizadas positivamente por la población del lugar, sino que en general hay una visión de menosprecio, caracterizándolas como de “*baja calidad*”, por lo cual algunos adultos/as prefieren que sus hijos/as vayan a las escuelas en barrios vecinos. Una de las comerciantes de la zona comentaba sobre la “*mala fama*” de la escuela, la misma “*mala fama*” de “*los chicos que van ahí*” y de los “*maestros de acá*”, según decía. Visión que para ella se modificó cuando su hijo concurrió a la misma para tratar de terminar el séptimo grado:

“Esta escuela (refiriéndose a la Lamadrid) tiene mala fama porque los chicos de acá mala fama, y los maestros también tenían mala fama de no enseñar, de no importare nada, y como él iba a una escuela del barrio donde vivimos (Alto Comedero), siempre pobrecito los días de lluvia llegaba re mojado allá, tenía que llevar trabajos prácticos y él se mataba haciéndolo y siempre llegaba todo empapado y con barro. Y le digo, yo, “¿y si te anoto en 9° acá así lo terminas? (...) “bueno”, dice...él, dice “vamos a hacer la prueba”. Dice, “no mami los maestros enseñan, a veces los pibes no quieren copiar (...) él se sentaba en un costado...dice “enseñan bien” y me mostraba la carpeta, después fue abanderado, las notas, sobresaliente...”

Dentro del área de salud, como indica el citado informe elaborado por la SENAF (2014) cuando las personas en situación de calle requieren servicios ya sea en clínica, gastroenterología, ginecología optan por atenderse en el Hospital Pablo Soria, San Roque o Héctor Quintana, ubicados en el centro de la ciudad. Los mismos se encuentran aproximadamente a 15 cuadras de la zona de influencia de los niños y jóvenes en situación de calle. En el nivel de atención Primaria de la Salud, dentro del radio más cercano a ellos está la sala de la cual una gran mayoría de ellos tuvieron que ser atendidos en la “salita de primeros auxilios” por los distintos heridas recibidas en los enfrentamientos entre ellos, según los trabajadores de dichos centros de salud explicaba en el 2012 brindaban atención tanto pediatras como enfermeras, pero estaban “hechos miércoles” y ningún médico quiere tomar el puesto argumentando los peligros de entrar y estar en el barrio como motivo de ser víctima de algún hecho delictivo. Por lo tanto, algunas personas optan por atenderse en el centro de salud de otros barrios, ubicados en sectores vecinos.

En la capilla católica “Virgen del Rosario”, espacio donde el sacerdote y un grupo de colaboradores desarrollaron actividades cuando prestaban sus servicios en el barrio, durante la

época del trabajo de campo se continuaban algunas clases de catecismo, especialmente para los niños/as. Las catequistas son mujeres que viven en sus alrededores y que antes eran acompañadas por un grupo de hermanas que posteriormente abandonaron el lugar. En algún momento supe que otra congregación religiosa había querido trabajar en el lugar, pero luego de algunos episodios de robos y agresiones hacia ellos en el barrio, dejaron la actividad. La capilla funciona en dos casas que fueron unificadas, por lo que su apariencia exterior no se distingue claramente de otras viviendas del lugar, siendo que tampoco tiene en su fachada símbolos que la identifiquen, como por ejemplo la cruz católica. La referencia más clara para ubicarla es que enfrente hay un altar del Gauchito Gil¹⁴ En el momento del trabajo de campo, el párroco de la zona, conocido como padre Germán, era uno de los responsables de su funcionamiento.

El club Lavalle se encuentra localizado en la calle Perú. Según indica el club (2014), en el mismo se desarrollan actividades recreativas y funciona como sede de la cooperativa de trabajo que realiza el mantenimiento general y limpieza en la zona de la terminal. En el trabajo de campo, las personas comentan que allí funcionó un comedor, que luego cerró y también cuentan de cierta apropiación y privatización del lugar por las personas a cargo, lo que hace éste no sea un espacio disponible para la población. Lili (una vendedora ambulante de la terminal) relataba:

“-Y ¿qué otro lugar acá en el barrio hay que vos sientas que podés contar para poder hacer diversas actividades, para ayudarse, para resolver ciertas cuestiones?”

Lili: Hubiera estado el club, pero no funcionó, hubiera sino un lindo lugar para incentivar a los chicos y que se junten las madres, de a poco, pero lo que paso es que, si no te juntas, o cuando te juntas hablan macanas dejar de participar, porque vas a perder el tiempo...

- ¿Sigue estando el comedor en el club?

Lili: No

-Acá la gente ¿dónde va al comedor?

¹⁴ El Gauchito Gil es una figura religiosa, objeto de devoción popular en la Argentina. Su fundamento histórico está en la persona del gaucho Antonio Mamerto Gil Núñez, de quien se sabe poco con certeza. No está comprendido dentro de la liturgia católica. Nació en Pay Ubre, cerca de Mercedes, en la provincia de Corrientes, alrededor de 1840 y fue asesinado el 8 de enero de 1878 cercano a Mercedes.

Lili: *Los chicos a la escuela. Después otro comedor por acá realmente no sé, acá, acá dentro, no sé. Pero por ahí muchas veces hay lugares evangélicos, pero para el lado de la termi, vio en las entradas ahí están...si, ahí dan a los chicos, a las madres...*

Las Iglesias Evangélicas a las que hace mención Nano y otros jóvenes son centros pertenecientes a estas congregaciones que se encuentran ubicadas en algunos barrios aledaños, como en el asentamiento San Cayetano, El Pongo, San Isidro, entre otros. Varios de los adolescentes y jóvenes suelen concurrir allí, como por ejemplo Nicolás, Miguel, Noelia y Daniel.

Si bien en la información brindada por la Municipalidad (2014), se da cuenta de que en esta zona de la terminal se encuentra una sede de la Hospedería “Manos abiertas”, la misma es una reconocida ONG que trabaja con la población adulta masculina en situación de calle, institución que depende de una comunidad católica. Sumado al trabajo que desarrolla “Manos abiertas” desarrollan sus actividades el comedor “12 apóstoles” y la Fundación DAR.LO.CAB, durante el trabajo de campo recibí comentarios directos sobre estas organizaciones por parte de las personas adultas y jóvenes con las que dialogué.

La zona de la terminal no se caracteriza por tener una significativa organización comunitaria representada en organizaciones, sino que el territorio está centralmente fragmentado y las organizaciones que existen son pocas, frágiles y aisladas. En el interior del barrio, encontramos entonces algunas organizaciones sociales e instituciones públicas que, en líneas generales, podemos decir que atraviesan procesos de deterioro. Observamos que algunas están deterioradas, tanto ediliciamente como en el nivel de su funcionamiento, dado por la falta de profesionales, como en el caso del centro de salud, la “*mala fama*” en las escuelas, o los pocos religiosos/as que se acercan y permanecen prestando sus servicios en la capilla. Procesos que podemos entenderlos como producto y a su vez mecanismos que refuerzan los procesos de segregación socio-económicas, quedando de este modo instituciones empobrecidas para los más pobres.

3.2 Vivir en la llamada Zona de los pibes chorros o en la “Termi”

La zona de la terminal junto a sus sectores aledaños, son caracterizados desde el exterior como zona de riesgo, recibiendo las denominaciones de “lugar de cirujas y pungas”, “zona roja”, “una de las zonas más peligrosas de la ciudad”, tanto por profesionales que se desempeñan en diversos espacios municipales y otras organizaciones, como por los medios de

comunicación, que dan cuenta de actividades delictivas diversos cometidos en ese sector de la ciudad y de enfrentamientos armados.

En mis encuentros con profesionales y funcionarios/as municipales y provinciales, una de las primeras preguntas que me hacían cuando comentaba que estaba investigando en la zona de la terminal era: *¿cómo te contactaste con ellos?*, y en otras ocasiones a modo de cierto “chiste”, la pregunta era: “Y, *¿cómo te separas de ellos?*”. Lo que podría dar indicios del carácter de segregación de la zona y de riesgo asociado al mismo.

El mencionado diagnóstico elaborado por el municipio (2014) en el apartado sobre visión de sí de los pobladores de la terminal y las zonas aledañas, señala: “Hoy en ese día estos dos sectores sufren otra estigmatización, vivir en un lugar considerado altamente peligroso y distribuidor de drogas y estupefacientes. Como así de nuclear un alto número de delincuencia”.

Miguel relata un episodio vivido en algunas de las calles internas, cercanas a la zona de la terminal, que daba cuenta de la mirada de desprecio, temor, rechazo que suele haber desde habitantes de otros sectores de la ciudad hacia los “que viven en situación de calle”. El joven relataba:

“Y hablan de vivir en la calle, ponele que dicen alguna cosa, la otra vez se me sentó un tipo, un viejo al lado mío y dice “acá tendría que caer una bomba, que se mueran todos si no sirven para nada los que viven así, son todos vagos, chorros, mira cómo andan, parecen muertos vivos”, y a mi medio como que no me gustó, eso de que se mueran todos y le digo y ¿usted a que se dedica, adonde vive? Y me dice “yo vivo en Azopardo, tengo mi casa”, “que bueno” le dije yo, y me dice ¿vos? Y yo le digo “yo vivo en cualquier parte, hoy dormí en la terminal” y me quedó mirando y le digo yo “y ahí hay gente igual o peor pero no todos somos iguales, y muchas veces ellos están así, si usted ve esos pibes así porque no tienen cuidado, porque no tienen nadie que les ayude, le dé una mano”, “no están así porque le gusta”. Después te digo que me tuve que parar de ahí y me fui al fondo, porque ya no la aguantaba al viejo, dice “no, no ya no sirve para nada toda esa gente” y le digo “no hay que criticar a todos, no todos son iguales y los que consumen drogas, los pibes, son por culpa de los grandes, pero si es verdad de que corre un poco la falopa, el paco, lo que venga corre aquí, por eso creo que esta la policía y los gendarmes, están ahí vigilando, los botones esos”
(Miguel)

También relataba Javier, quien recordaba su respuesta a otras personas qué expresaban sosteniendo que a los *“croto y cirujas les gusta vivir de arriba”*, relacionándolo con la obtención de programas de transferencia de ingresos.

“No” dice, “ya que tienen un Plan Trabajar los de la villa, o los que están en la calle, tienen que moverse, porque les gusta vivir de arriba”. Y claro, eso es lo que más me molestó, fue cuando dijo “le gusta vivir de arriba”, por ahí hay gente que sí, pero a todos no, y muchos algunos se fueron con la Tupac, ahí con la Milagro, a ver si le dé algo”. (Javier)

Expresiones como estas, nos remite a los desarrollos de Paugam (1991, 2007; Paugam y Duovox, 2008) sobre los procesos que denomina de descalificación social, los cuales nutren las referencias realizadas en torno a procesos de segregación socio-espacial. La descalificación se relaciona con una determinada concepción de la pobreza, la cual es concebida como una relación con, en tanto la pobreza está construida socialmente y los pobres por el hecho de recibir ayuda tienen un estatus social que los descalifica. El autor propone señalar la doble dimensión de la pérdida de una serie de protecciones y la inseguridad social en el sector, que se relaciona tanto con la falta de apoyo y vulnerabilidad, en términos de protección que puedan tener, como también, con estar bajo una mirada de desprecio destacando su inutilidad, que es lo que caracteriza el proceso de descalificación social.

En los diversos relatos de los sujetos en el trabajo de campo, emergió la estigmatización¹⁵ como características distintivas del territorio y de las vivencias allí experimentadas, una de cuyas manifestaciones, más fácilmente identificable, es la dificultad que presenta decir dónde se vive al momento de tratar de conseguir algún empleo, o bien cuando se les solicita el domicilio para realizar algún trámite. Los procesos de estigmatización se plasman, entre otros modos, en situaciones de violencias por parte de fuerzas de seguridad a las que quedan expuestos los habitantes del territorio, actuando en ocasiones la sospecha del delito para vivir en la calle. Felipe contaba sobre los procedimientos y pesquisas que les realizan la policía de la provincia y la “suciedad” de la sociedad y, como otros relatos, daba cuenta de que *“meten a todos en la misma bolsa”*, quedando expuestos los habitantes a agresiones y persecuciones. Es ilustrativa la historia que narraba Javier sobre un discurso que él dio en una fundación llamada “CERES”¹⁶, cuando en una ocasión se les invitó a participar

¹⁵ Goffman (2003) señala que la sociedad organiza los medios para categorizar a las personas. Plantea que se desarrolla la creencia de que la persona que tiene un estigma no es totalmente humana. Valiéndonos de este supuesto practicamos diversos tipos de discriminación, mediante la cual reducimos en la práctica, aunque a menudo sin pensarlo, sus posibilidades de vida. Construimos una teoría del estigma, una ideología para explicar su inferioridad y dar cuenta del peligro que representa esa persona, racionalizando a veces una animosidad que se basa sobre otras diferencias, como, por ejemplo, la de clase social.

¹⁶ Beatriz Cabana de Joaquín en 1991 organiza una entidad no gubernamental, CERES (Centro Regional Económico y Social), destinado a orientar a sectores populares para el trabajo productivo mediante la autogestión y revalorización artesanal, utilizando materia prima de la zona. Este mismo año fue nombrada Presidenta de la C.E.M. (Comisión Interamericana de Mujeres), filial Jujuy,

en una jornada escolar sobre los valores, donde se encontraban otras fundaciones y establecimientos escolares:

“Y después se me salieron unas palabras mías...me parecía a la Kirchner; “ustedes que no les importa los que les pasan a los chicos, chiquitos que viven en la calle, que no le importe al gobierno, o a los grandes, pero nosotros tenemos historias jodidas, por eso vivimos en la calle. Luego vi que muchos de los pibes se apartaban de nosotros porque dijimos que éramos de la calle, pero estaban ahí los profes que nos acompañaban en todo momento, primero me puse nervioso, pero dije lo que pensaba, lo que me había pasado, que tuve que trabajar y no podía ir a la escuela” (Felipe)

La idea de “*apartados*” como dice Javier en este relato y otras expresiones en las que también hizo referencias a “*expulsiones*” o “*diferentes*”, llamaron la atención. Las mismas se equiparán y distinguen de las también repetidas evocaciones de las palabras “*marginalidad*”, que en algunos relatos parecen dar cuenta de las vivencias en las calles. Así, “*marginalidad*” y “*distanciamiento*” podrían ser dos palabras claves para pensar algunas vivencias en la “*calle*”, dando cuenta de los procesos y experiencias de segregación. De este modo, notamos que las segregaciones que caracterizan a estos territorios definen procesos específicos de individuación (Merklen, 2005), de construcción de identidades y acceso a capitales sociales –

dependiente de la O.E.A, a través de la Dirección de Derechos Humanos y de la Mujer, del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto por la embajadora Emilce Zelmira Regazzoli. En esta última década bajo la órbita de la Fundación Ceres administra el Jardín Maternal “Altos del Cerro”, un centro de salud (con financiamiento de PROAME y UNICEF) y una radio FM, todos en el barrio Cerro Las Rosas. Un grupo de jóvenes voluntarios y vecinos de los barrios, integrados al trabajo comunitario de Fundación CeRES, que ejercemos la libre comunicación, pensando que ésta contribuye al desarrollo de las comunidades y es una herramienta válida y legítima para el empoderamiento de niños, jóvenes y mujeres en condiciones adversas – sectores de nuestra población altamente vulnerables en materia de derechos. Se trabajan ejes claros: participación activa, capacitación y organización, con el fin de cubrir necesidades básicas en los sectores más pobres del cono-urbano capital. Tiene como misión colaborar activamente en la profundización de los procesos democráticos de participación y construcción social. Fomentando formas del bienestar común y el desarrollo económico-social y una sociedad civil fortalecida. Siendo uno de los objetivos “Desarrollar, promover y propender acciones y actividades que permitan el mejoramiento sin discriminación alguna de las características socio-económicas y culturales de sectores sociales con necesidades básicas insatisfechas de la región noroeste de la República Argentina”. Teniendo como acciones fomentar la participación creciente de los sectores populares en los distintos ámbitos del poder local y nacional para atender la problemática de la exclusión y la pobreza. Desarrollar conocimientos, desde la acción sobre el campo de la pobreza y la exclusión para proponer y colaborar en el diseño de política públicas más equitativas. Propuesta de cauces alternativos de autogestión productiva desde una perspectiva de identidad cultural, con historia, espacio y tiempo. Investigación, formulación y sistematización de propuestas de trabajo a partir del trabajo desarrollado en colaboración con el estado Nacional, provincial, municipal, Red de organizaciones intermedias organismos Internacionales, y ONG de distintos países. Procesos complementarios de andamiaje y desagregación posterior, que posibiliten asumir a los grupos su identidad, rol, responsabilidades y riesgos a partir de la formación permanente y la construcción de redes y apoyos. Permanente trabajo en la construcción de redes solidarias y de apoyo.

individuales, colectivo y ciudadano- (Katzman, 2001) y de estigmatización y bienestar/malestar psicológico (Paugam, 1991; Paugam y Duvoux, 2008).

El mote de “*espacios peligrosos*” se vincula en gran parte con la asociación de los residentes con actividades delictivas. La delincuencia forma parte de las actividades de algunos/as habitantes de la calle y también influye en la vida cotidiana de determinados sectores en la ciudad en general.

Asimismo, el ingreso de “*extraños*” en las zonas por donde ellos circulan y permanecen, es decir de cualquier persona que no se encuentra con ellos regularmente allí o no tenga relaciones de proximidad con algún habitante del territorio, puede ser objeto de rechazo o agresiones, especialmente por quienes están vinculados con actividades delictivas, o bien hayan tenidos enfrentamientos anteriores. A mí mismo, en una ocasión, algunos jóvenes me han mostrado sus armas levantándose la remera, lo cual yo entendí como señal de “respeto, acá mandamos nosotros”; en otros momentos mientras caminaba por una de las bases de los puentes acompañado por uno de los operadores, cuando nos acercábamos con otras personas, empiezan los calificativos como “*buchones*” o “*son de brigadas*”, debido a que estaba acompañando a un colega que no conocían. Sin embargo, también en muchísimas ocasiones me moví por estos sectores sin ninguna señal de amenaza.

Un día que estaba en las calles cercanas de la terminal, Miguel me llamó y preguntó: “¿Profe Pablo, ¿por dónde anda? Ellos conocen y ven los espacios donde se depositan los elementos robados y las personas que participan en algunos de los robos. Mucho se ve, se sabe y hay que saber y elegir cómo manejarse, qué decir (a quién), qué norma de silencio cumplir y respetar, y que hacer (con quién/es).

Son “*los laburos*” y “*formas de laburar*” para algunos/as y que de algún modo atraviesan la vida cotidiana en ese espacio. Los circuitos que cruzan los procesos delictivos son múltiples y se puede estar en diferentes lugares de la cadena, desde hacer de “*campana*” (ayudante que actúa alertando posibles peligros) hasta comprar y re-vender lo robado. En este sentido, las fronteras entre lo legal y lo ilegal muchas veces son porosas y laxas, y ciertas “*changas*” o “*trabajos*” ilegales suelen incluirse por algunos habitantes como parte de las actividades que garantizan la sobrevivencia y/o permiten acceder a bienes u otros elementos. Aspectos que retomaremos más adelante.

Ketchup aludía a la “*suciedad de la calle*” (relacionada con la delincuencia), a la necesidad de diferenciarse para que “*no metan a todos dentro de la misma bolsa y la policía agarre a pibes que nada que ver*” y la “*bronca*” que eso genera.

“Acá sería lindo hacer eso (armar un comedor comunitario), pero uno se fija en lo que es la suciedad de la ciudad, porque a veces te da bronca que la policía agarre gente que nada que ver, ¿Por qué no agarra a esos que están haciendo boludeces? Y eso a veces te da bronca, porque en la suciedad meten todos en una misma bolsa, más cuando estás viviendo en la calle (...) Antes sí, me veías y yo estaba en la esquina y yo vi muchas cosas que no me gustó. Cuando estuvo la policía sacaron unas fotos...y cuando te la ves venir sabes que tenes que dar un paso al costado, para evitar problemas. Eso me paso a mí, sucede que cuando vos andas por ahí, te siguen, deben ser los de brigada, esos canas que no andan de azul”. (Ketchup)

Esto requiere regular el modo de relacionarse con los vecinos/as y familiares que en algunas ocasiones están involucrados en actividades ilegales. Ramón explicaba este proceso y las precauciones que debe tener en cuenta para “*no meterse en problemas*”: ni con las fuerzas de seguridad, para lo cual es necesario estar atento con quién estás y juntos (Ramón tenía miedo de aparecer en alguna foto que sacara la policía); ni en conflictos entre los vendedores ambulantes de la zona de la terminal, los empleados de las boleterías, entre otros; para lo cual es necesario tener precaución con la “cadena de puterio”, o sea, con el chisme en esta zona, el cual actúa como uno de los motivos de diferencias y enfrentamientos, haciendo también a la vida social (Fonseca, 2004; Fasano, 2006).

“Acá tratamos de cuidarnos como uno vea, no demostrarlo, porque si vos saltas por este y esta tiene bronca con ese, entonces vos quedas en el medio y ahí empieza la cadena de puterio (...) y ahora “hola”, cómo andas y chau” no me quedo ni un segundo porque anda mucho la brigada, gendarmería y en un segundo te sacan una foto y después si no aparece que vos anduviste con fulanito...por eso yo trato de no ser tan sociable acá, lo mínimo. Ni mucho, ni más. Sino después vienen los problemas. Y yo trato de esquivar los problemas, pero igual algunas veces de los quilombos no pode zafar”. (Ramón)

El hecho de que la gendarmería o la policía¹⁷, como fuerzas de seguridad que aparecen en ocasiones actuando en el territorio, “*meten a todos en la misma bolsa*” es algo que aparece en diversos relatos, que dan cuenta de temores de los jóvenes ante abusos y violencias protagonizadas por agentes policiales. Como decía Franco:

“Le digo a los otros hermanos que tengan cuidado porque muchas veces está la policía y agarra a todos por iguales, no es que sabe a quién tiene que agarrar”.

¹⁷ Nos referimos a la Gendarmería Nacional Argentina y la Policía de la Provincia de Jujuy.

Incluso en épocas de allanamientos (operativos policiales centrados en la terminal o en la cercanía con fines de investigación), muchos sujetos están asustados, temiendo los diversos peligros que esta situación puede acarrearles. Eso se debe a que han vivido o presenciado abusos de poder, el accionar de las fuerzas policiales de modos agresivos y sin el respeto a los derechos y normas que rigen dicho procedimiento.

No obstante, las fuerzas de gendarmería y policía se presentan para quienes residen en condiciones de vulnerabilidad, con una representación compleja. Si bien, en ocasiones son temidas a causa de sus modos violentos y en ocasiones ilegales también en otros momentos aparecen como figuras protectoras y solicitadas para resolver conflictos. He escuchado a algunos vendedores y vecinos de la zona decir que querían que venga Gendarmería, que permanezca en el territorio y provea cierto orden. Asimismo, al preguntar a algunos adolescentes sobre quiénes creían que los cuidaban, Federico expresaba: *“aquí no nos cuida nadie, sólo nosotros. Muchas veces los canas no sé para qué están”*. Los *“quilombos”* suelen referirse a los enfrentamientos entre personas en la zona de la terminal y en sus alrededores, especialmente usando armas de fuego o arma blanca. Asimismo, la policía es a veces convocada por los vendedores o habitantes de la zona para resolver problemas con respecto a robos, arrebatos, peleas, entre otros delitos, como en el caso de Miguel cuando lo *“ataco”* un *“ciruja”*.

Sin embargo, no siempre la policía concurre a los requerimientos, aunque sea solicitada por los vecinos/as, el mote de *“zonas peligrosas”* suele limitar el acceso de patrulleros y ambulancias. Como explicaba Daniel, *“cuando la policía persigue a los pibes llega hasta a un cierto punto, más no hace, porque uno sabe que algunos con ellos tienen contactos”*.

Lo que sí es evidente en la mayoría de los relatos, es que la policía actúa como la institución omnipresente y multifacética del Estado en ciertos sectores (Epele, 2010), violentando y cuidando, en ocasiones simultáneamente.

3.2 Los ámbitos y las segmentaciones: jerarquías informales pero reconocidas

La idea de territorios diferenciales presentes en la vida de los habitantes, que Grimson y otros (2003) mencionaban en relación con la terminal y las zonas aledañas, se presenta como una característica de diferenciación con respecto a los demás sectores lindantes de la

ciudad. Entre estos mismos sectores de la ciudad que conforman una misma parcela (terminal, planta baja y primer piso, centro y mercado de concentración) suele haber diferencias y enfrentamientos. Las disputas entre “*bandas*” de jóvenes es una de las explicaciones, aunque no la única, de dichas separaciones.

Asimismo, las distinciones no aparecen únicamente con respecto a los otros territorios, sino que las diferencias se tornan significativas en el interior del mismo territorio. De las diversas entrevistas y conversaciones observamos que “*adelante, al medio y al fondo*” son las tres distinciones principales en las que se divide el territorio de la terminal y sus zonas cercanas para sus habitantes, cada una con sus características y también enfrentamientos. Federico mencionaba: “*Acá tendría que venir un terremoto para ser más unido, tanto el fondo, el medio, adelante, como siempre pasó*”.

Mientras el “*fondo*” se caracteriza por ser el espacio que está más próxima a los andenes últimos de la terminal, con una serie de puestos de ventas ambulantes muy precarios, como chapas y cartón; “*adelante*” es la zona de las tiras que están próximas a la intersección de la avenida Éxodo e Ituzaingo, que conecta este sector mediante el puente Necochea al casco céntrico.

No me fue fácil reconstruir y comprender acabadamente a qué se debe esta distinción, como también no es fácil hablar detalladamente de esto dentro de esta zona. A su vez, no es el objetivo de este trabajo hacer un análisis minucioso de esta cuestión, pero podemos decir que la separación entre estos tres espacios físicos y simbólicos, aparece vinculado con el enfrentamiento entre “*bandas*”, grupos de niños, adolescentes y jóvenes, de 10 a 28 años aproximadamente, especialmente varones, que, como Gastón explicaba, “*se hacen dueño de su territorio*”:

“Ah...lo que pasa, bueno, que los chicos van creciendo y cada uno se hace dueño de su territorio, es un pacto, y por eso a mí me pusieron mal por lo de adelante (...) como que siempre hay un...adelante manda uno, en el medio manda otro y en el fondo otro, para no tener problemas, cuando hay quilombo me voy a la ranchada debajo del puente” (Gastón)

Este es uno de los motivos de los frecuentes procedimientos policiales que atraviesan la vida cotidiana en este sector. Los enfrentamientos armados también suceden entre algunos habitantes y policías, cuando los mismos son perseguidos por algún acto cometido, también entre “*bandas*” de diferentes lugares.

En estas “bandas” y territorios diferenciales dentro de la terminal y zonas cercanas a ellas, se articulan cuestiones de liderazgo política y control de recursos, ventas y consumo de sustancias psicoactivas o drogas, organización en torno a la delincuencia, búsqueda de respeto y poder en y sobre el territorio, y también cuestiones personales y vinculares entre los integrantes de los diferentes grupos enfrentados y en ocasiones dentro de cada uno¹⁸. Fabio profundizaba:

“Bueno, se enfrentan por las drogas, por el poder y por quién quiere tener la termi acaparado, adueñarse, y bueno los políticos que están ahí ayudan porque ellos se hacen cargo de, como conocen a la policía, todo, sacar a los pibes, y utilizan a los chicos más chicos por qué no hay pena, la policía por ahí si lo mandan, lo mandan a un hogar y de los hogares se escapan, o salen por buena conducta (...) Si, muchas veces porque uno u otro se tienen bronca, ponele muchas veces se agarran solos por allá, se patotean a los que no son del grupo, o por ahí estuvieron presos juntos, así, o adentro tienen preso a algunos de los hermanos de la termi y ponele, los que están afuera se enteran y ahí se empiezan a agarrar entre algunos, “tu hermano agarro a este o a otro, dentro del penal o en alguna celda de la comisaria” y ahí bueno se empiezan a pelear entre ellos algunas veces hasta con tiros, de cómo que aún no hay muertos, pero si pinchados o baleados” (Fabio)

Aparecen referencias a punteros de la terminal o referentes a organizaciones cercanos, a quienes varios de los adolescentes y jóvenes acusan de acaparar recursos y de algún modo motivar los enfrentamientos. En una de las entrevistas me dijeron que “los del fondo” lo sacaron “a los tiros”:

“Lo sacaron, los del fondo lo sacaron porque bueno, yo digo, acá cuando se estaba haciendo el club que él decía que le daban los materiales y todo eso, para los chicos que no viven en la termi, pero vienen a vender aquí, decía, nunca se utilizó para los pibes de la termi y ahí bueno, os de adelante estaban con el gordo ese que dirige la organización, dicen que depende de la Milagro, no sé cómo hacía todo eso y a los del fondo siempre los dejaba de lado, y bueno, vamos creciendo los pibes y ahí nos empezamos a agarrar entre ellos. (Lo sacaron) a tiros, a palazos, a todo (ríe recordando el suceso). Si vos los veías correr para allá, eran cuatro cinco, se iban para allá, sí a tiro, sentías los pedrazos. A todos los pibes los veías correr a la madrugada y luego venía la cana a querer cagar a palo”.
(Ramón)

En el 2012 Felipe mencionaba que, “los más bravos son los del fondo”, que en ese momento eran tres o cuatro muchachos jóvenes y que también en ocasiones participaban ciertos familiares o individuos que no los conocía, que suelen estar presos. Expresaba que es

¹⁸ Sugerimos profundizar sobre los análisis en torno a las violencias y su relación con los procesos de individuación de jóvenes de barrio populares en Di Leo y Camarotti (2013), y sobre las dinámicas barriales en torno de la circulación de drogas, en el trabajo de Epele (2010).

“una cadena”, en la que se incluyen diferentes integrantes no solamente de la familia, sino también allegados a ellos. En estas “bandas” de niños, jóvenes y también adultos, se entrelazan actividades delictivas, venta y consumo de drogas y tiempos en prisión.

Así se distribuye y establecen jerarquías, informales, pero reconocidas entre los grupos. Como desarrolla Di Leo (2013) coincidiendo con Martuccelli (2007), es posible leer en las experiencias de la conformación y enfrentamientos entre “bandas” una tensión entre los regímenes de interacción de la jerarquía y la diferencia: por un lado, dentro de un grupo, el respeto de los demás integrantes depende del honor la posición jerárquica logrados y mantenidos –siempre precariamente- a partir de una serie de demostraciones de valentía y fuerza física. Ariel señalaba que dentro de los grupos se trata de subir de categorías para ser respetados, cuanto mayor el delito o acto cometido, más respeto.

Por otro lado, los sujetos deben hacer respetar sus identidades grupales y sociales, frente a las miradas estigmatizantes –dentro y fuera de la comunidad- y las acciones discriminatorias de agentes estatales. En la lucha o búsqueda por ser respetado por otros/as ser reconocido o “ser alguien”, podemos pensar que la conformación de los grupos dentro de esta zona o la defensa de este sector hacia el exterior, actúan como vías en estos procesos.

Los mecanismos de discriminación y diferenciación¹⁹, que observamos que eran realizados desde el “exterior” hacia la “situación de calle”, también se reproducen al interior del grupo, produciendo en algunos casos aislamientos. Franco comenta en torno a éstos y a ciertas repercusiones especialmente en uno de los pares. Este joven indicaba que esto fue parte de su decisión de apoyarlos en la oportunidad de irse a trabajar en otra provincia como trabajador “golondrina”:

“Al ver como es en la terminal acá, cómo son las personas y cómo son con las pibas que empiezan a crecer, que a veces las marginan, las tratan mal, si no se hacen como son ellos, no las aceptan, las mismas chicas y los mismos pibes. Si ven una guachina linda y así... o las insultan, van probándolas, las invitan y si aceptan... conocen a algunas que les pegan. (...). Yo primero estaba contenta, va a tener una vida nueva, es otro lugar, no la

¹⁹ Fernández (1993) sustenta que los distintos modos adoptados a lo largo de la historia por el sexismo, son parte de un problema político más amplio: el que remite a las diversas formas de desigualdad distributiva de bienes económicos, simbólicos, eróticos. Desigualdades que se sostienen desde la ecuación simbólica: diferente igual a inferior (o peligroso/enfermo). Señala que, en toda formación social, uno de los problemas fundamentales es el que se relaciona con la posibilidad de producir y reproducir en forma incesante las condiciones que la hagan posible. Lograr que la discriminación de individuos o grupos en relación con el reparto desigual de riqueza, poder u otros bienes materiales o simbólicos parezca natural, constituye uno de los puntos estratégicos para ello.

conoce nadie, va a ser todo distinto. Porque acá, una, no conseguía trabajo, otra, en la esquina no podés estar mucho parada porque ya en a esquina algo te dicen...yo estaba tranquila porque ella estaba allá, va a tener otra vida, amigas, amigos, algunas veces veo que no tengo nada para perder, entonces si me dan ganas de irme lejos, y ver si vuelvo”
(Franco)

El no querer entrar en actividades delictivas o no consumir sustancias, como también el uso de determinado tipo de vestimenta, puede ser en algunas ocasiones motivo de discriminación y rechazo entre los/as jóvenes. Tal como sostienen Di Leo y otros (2012), las experiencias de discriminación se constituyen como verdaderos actos de violencia en los que se les niega a las personas uno de los principales soportes subjetivos: el respeto o reconocimientos de los otros.

Noté que se repetían en muchos de los sujetos entrevistados las referencias a “*querer irse algunas veces de esos lugares*”, sin embargo, había elementos que les hacían quedarse. A través de relatos, como los de Javier y Franco, observamos una conjunción de situaciones en los espacios públicos, como los mencionados tiroteos, que hacían “*querer irse*”, “*mudarse*”, “*irse bien lejos*” ya que es “*difícil vivir*” y a su vez, los soportes relacionales, centrados en los vendedores ambulantes, personal de boleterías y algunos operadores de calle o profesionales de alguna ONG, feligreses de grupos religiosos, que aportaban una cierta estabilidad construida y que determinaban en todo caso “*querer o decidir quedarse*”, temiendo que las personas con las que puedan encontrarse en otro espacio sean “*peores*” a los conocidos, “*chorros, drogados, gente mala*”²⁰. Algunas de estas reflexiones las recibí en trabajos de campo realizados en fechas posteriores al mencionado censo llevado a cabo por una fundación:

“Sí, porque te digo que en un tiempo me quería mudar, me quería ir bien lejos, me quería ir de acá, pero después yo digo, ahí van a ir después todos los que...todas las personas que uno no quiere ver, porque cuando le dan gratis agarran eso y por eso decidí quedarme, no tengo nada así que lo que sucede es que me puedo ir de un lugar a otro”
(Franco)

En diciembre del 2010, Miguel comentaba:

“la zona de la termi esta terrible. Diciembre es así, pero este año está peor. Ya nos queremos ir. Hace tiempo que nos queremos ir. Yo porque quiero estar tranquilo, es

²⁰ Capriati (2013) también presenta algunas consideraciones sobre el “salir del barrio” o “quedarse” en las experiencias de habitantes de barrios populares, observando que el vínculo que los pobladores establecen con el barrio no es homogéneo.

difícil vivir. El otro día quedé en medio de las balas de la policía con los chorros, los grandes. Nunca me había pasado eso. Sabes el ruido...zas, zas, por acá, por allá pasaban y yo corrí. Así que nos quedamos adentro. Vos ves esta parte estos días y no hay nadie en la madrugada...es jodido vivir en la calle, si no es por una cosa es por otra, eso sucede”
(Miguel)

Ya en otras ocasiones escuché decir esto a Nano y también fui testigo de sus intentos para pensar posibilidades que le permitan poder vivir en otro lugar como, por ejemplo, poder hacer mejoras en una vivienda que era de su madre. Sin embargo, en el 2012, época en que estaban censados los adolescentes y jóvenes en pos de diseñar los procesos de reformas y relocalización en los distintos programas, Nano decía que había decidido vivir en las mismas condiciones:

“Nano: Acá, y acá nos quedamos, no nos vamos más.

- ¿Estás bien acá?

Nano: *Estoy bien también, pero como... acá la gente, acá habla mucho, porque dijeron que van a llevar mitad de los pibes a los penales o cuando seamos grandes que nos solucionemos solos, en los hogares hay de todo. ¿Yo a eso ya lo conozco, hay pibes malas onda, yo no me puedo ir con un pibe que no conozco, ni qué edad tiene o como se llama, que es un chorro, un falopero, porque siempre nos vamos a llevar mal así, y en el caso que quiera tener una familia adónde voy? Yo si me voy de aquí que me den algo...si me voy me iría con algunos de los ranchos, con los pibes de aquí, porque los conozco de toda la vida, serán lo que sea, pero yo con ellos tengo un contacto, somos hermanos. Siempre va a haber problemas, entonces tenes que tener a alguien que te haga el aguante, como aquí cuando pasa algo nosotros saltamos, más si son los giles de los gorras, o de algunos pibes que no tienen nada que hacer aquí y se hacen los pesados, o quieren forrearnos. Yo a varios les hice cagar, a algunos hasta los pinché...”*

Por lo tanto, a partir de nuestro trabajo de campo consideramos que en la “calle” hay elementos que generan sentido de pertenencia, estabilidad, identificación y protección. Sin embargo, al mismo tiempo emergen factores de rupturas²¹, precariedades, inseguridades y violencias, que implica desafíos para los habitantes del mismo. En este sentido, coincidimos con Cravino (2009) quien, sobre las villas de la Ciudad de Buenos Aires, sostiene que

²¹ Son interesantes los estudios de Paugam (2007, Paugam y Dovuox, 2008) quien en su teoría de los vínculos sociales analiza las formas de organización comunitaria en barrios populares, proponiendo tres tipos de ruptura social para analizar las características de los vínculos con el interior de dichos espacios y los posibles movimientos entre dichas rupturas: ruptura 1: la segregación espacial; ruptura 2. La degradación de las relaciones sociales en el interior de los espacios (que implicaría principalmente divisiones y enfrentamientos) y ruptura 3: ruptura de los vínculos sociales (caracterizada principalmente por aislamiento). Dicho autor, propone estudiar las estrategias que los habitantes de barrios desarrollan para no pasar hacia otras rupturas. Asimismo, le interesa analizar las relaciones entre dichas rupturas y los procesos de depresión psicológica.

“existen tanto vínculos de reciprocidad que hacen que los vecinos valoren su propio barrio como situaciones de violencia o inseguridad, que constituyen preocupaciones cotidianas para los vecinos de estos barrios” (p.204).

Entonces, si bien en términos de Merklen (2005) la inscripción en el barrio proporciona la fuerza de su tejido relacional, basaremos que el mismo territorio, y los vínculos que allí se desarrollan, también se presenta como un espacio de luchas, enfrentamientos, heterogeneidades y violencias. Por lo tanto, podemos pensar que el sostenimiento de las redes vinculares se torna una constante búsqueda vital, de movimiento, flujos y lucha, en dichos espacios (Bialakowsky y otros, 2006).

En el capítulo 5 retomamos aspectos del espacio territorial desde sus relaciones con las prácticas, profundizando en algunas categorías locales que articulen específicamente ambas dimensiones. Mientras que en el capítulo 6 profundizamos los vínculos entre el anclaje territorial y las relaciones por las que circulan las prácticas.



Las prácticas en los entramados sociales que forman e integran

Como señalamos en el capítulo 1, utilizamos la noción de situación de calle, destacando el aspecto vincular en su uso verbal, y proponemos pensar las mismas en tanto una configuración de prácticas con sentidos, a fin de incluir y visibilizar las relaciones que se tejen entre las diversas prácticas desplegadas en la “situación de calle”.

En este capítulo presentamos las prácticas cotidianas reconocidas como “*situación de calle*” por los sujetos, en relación con las observaciones de las dinámicas cotidianas entre pares y con el mundo de los adultos. Profundizamos en las mismas desarrollándolas dentro de una clasificación general según estén vinculadas con la presencia y afectos, bienes materiales y saberes, experiencias, valores y reglas. Detallamos y analizamos cada una y luego señalamos algunos núcleos de sentidos que observamos en tensión. La identificación de estas tensiones nos permite problematizar algunos elementos conceptuales que atraviesan los planteos en torno a los adolescentes y jóvenes que fueron presentados en el primer capítulo.

4.1. Acciones vinculadas con la situación de calle

Comenzamos abordando las prácticas que despliegan los distintos adolescentes y jóvenes, en tanto acciones. Como ya señalamos, la utilización de la noción de acciones intenta hacer referencia al aspecto más concretizado de las prácticas –en tanto esquemas mentales y corporales de percepción, apreciación y acción, “habituales” de los sujetos (Bourdieu y Wacquant, 2005)-, pero a lo largo del texto en ocasiones utilizamos el termino prácticas o acciones de modo indistinto.

A continuación, presentamos un trabajo minucioso de identificación de “pequeñas” acciones cotidianas donde se manifiesta la “*situación de calle*”, las cuales hemos detectados desde las observaciones y entrevistas. Si bien en la vida cotidiana están estrechamente integradas, las presentamos analíticamente en tres grandes grupos.

- 1.1. Aquellas vinculadas con la presencia, que involucran con énfasis los afectos.
- 1.2. Prácticas centradas en bienes materiales que es necesario conseguirlos, garantizarlos, construirlos, mejorarlos.

1.3. Prácticas de la situación de calle que giran en torno a la transmisión de saberes, experiencias, valores y reglas.

Esta distinción nos ha resultado operativa a la vez que guarda relación con desarrollos de otros estudios que proponen analizar la situación de calle en sus diferentes dimensiones, como hemos presentado en el capítulo 1, algunas distinguiendo aspectos afectivos, materiales y morales (Palomo, 2008). En esta investigación sostenemos el reconocimiento de estas dimensiones, de modo similar a las abordadas en otros estudios, sin embargo, prestamos especial atención al modo en que las mismas adquieren forma y sentido para los sujetos en el territorio específico en el que nos insertamos.

4.1.1. Presencia y afectos

Agrupamos en este apartado aquellas prácticas que aparecen vinculadas con “situación de calle”, en las cuales se destaca con mayor énfasis la presencia y las cuales involucran o prestan especial atención a los “*afectos*”, en tanto sentimientos.

Estar ahí, Estar con. En las diversas entrevistas aparecieron referencias a una acción vinculadas con el “cuidado, protección” que es el “*estar ahí*”. Alude a la presencia física, “*yo me quedo aquí donde hay luz*”, “*me quedo con lo pibes*”, “*estar ahí*”. En este sentido “*cuidar*” es asociado con la presencia, la cual alude básicamente a disponer de un tiempo e involucra directamente el valor de “*estar*”. Esta aparece en muchos casos estrechamente relacionada con la vida cotidiana y la organización diaria de actividades, como relataba Sergio:

“Mira, aquí las cosas la dejamos a doña Lili, cuando nos vamos a Belgrano a comer, o cuando nos vamos para el centro con el cajón de lustra. O cuando estamos haciendo “unos trabajitos” las mochilas les dejamos a otra kioskera que ya nos conoce. Cuando uno de los ranchos no consiguió guita, estamos los otros para darle, nos bañamos ahí en la Nona, algunas veces nos llevan a cortarnos el pelo, y el que va a la escuela le da cuaderno y lapicera...” (Sergio)

En ocasiones los sujetos hacían especial mención que esa presencia posee la cualidad de ser “*atento*”, en tanto es un “*estar ahí*” y un “*estar con*”, donde lo que le sucede al otro/a toma un lugar significativo, en tanto incluye “*estar y mirarlos*”, “*fijarse en lo que hace*”, “*saber lo que está haciendo*” y también contempla “*darle contención*”, aunque lo que sigue primando en los relatos –a diferencia de lo que veremos- este panorama de situaciones en donde es necesario pensar que es lo que veremos luego- es estar presente. Como decía

Miguel: *“es estar con ellos, compartir de verdad, que te interese de verdad lo que cada rancho piensa”*.

Gomes Da Costa (1995) argumenta que la capacidad de hacerse presente está relacionada con el establecimiento de una relación significativa con el otro, lo cual implica básicamente asumir una actitud de no-indiferencia y si de valoración, lo que podríamos llamar también de reconocimiento. Como señalan Paugam y Duvoux (2008) una dimensión fundamental del vínculo es la relacionada con la construcción de la identidad, proceso que lleva eventualmente a dar al individuo la sensación de que es reconocido por los demás, es decir, por la mirada de otros sobre él. Lo cual se relaciona estrechamente con los planteos de Benhabib (1992^a) sobre la centralidad del “otro concreto”, en tanto otro diferente, relevante y significativo, que mencionábamos en los desarrollos sobre la construcción de la identidad.

Asimismo, dentro de esta presencia atenta en la que este otro/a se torna significativa/o y es reconocido/a, se destaca la importancia de *“estar cuando nos necesitamos”* o *“cuando necesita algo”*.

“Sí, aquí con los ranchos muchos nos conocemos desde chiquitos, estuvimos en el hogar escuela o en otros hogares, nos tratamos de dar una menor, ya somos casi como hermanos, nos cuidamos entre nosotros, nos visitamos cuando caemos en cana” (Nano)

Dentro del estar presente aparece *“ir a visitar”* o *“ir a ver a alguien en otra ranchada o en la granja”* y *“estar”* con esa persona, sobre todo con quienes establecen lazos más fructíferos según sus experiencias. Mandar mensajes por el celular o llamar por teléfono, también son mencionados en algunos relatos asociados con la presencia.

“Muchas veces nos tocó pasar de todo, pero nos cuidábamos. Nosotros no usamos armas, solo cuchillos, esos de cocina, cuando se pudren las cosas. Aquí una vez se puso pesado cuando Fabio lo pincho a Luis, ¿se acuerda profe??, ud lo llevaron a la salita en Moreno a Luis, luego lo llevo la ambulancia al Hospital de Niño, luego algunos pibes querían quemarlo a Fabio, pero no paso anda, ahora están bien...aquí varios tenemos celu, y nos escribimos, lo hacemos cargar en el quiosco, es una piba buena la que atiende, entonces bueno hasta el cajón de lustra le dejamos para que ella o cuide, cuando hacemos otro trabajo” (Jairo)

A su vez, en varias conversaciones aparece asociado la *“situación de calle”* con el *“abandono”*, pero al mismo tiempo estar con alguien en algún lugar, especialmente en momentos de necesidades, la *“compañía”* se convierte en necesaria. Así las menciones sobre

la calle son en relación con las necesidades de compartir que el mismo requiere por parte de otros jóvenes que se encuentran en similares situaciones.

“Y bueno, después para mi cuidarlo es eso, preocuparte, tratar de estar. Por ahí sí está en el hospital o en la comisaria lo vas a ver y se siente un poco mejor. Porque como se dice que los amigos en las malas aparecen, entonces eso la reanima. Pienso que es un motivo más lindo por el que vivir o por el que estar bien. Creo yo, cuidarnos y defendernos entre los ranchos, tratamos de no pasarla mal, de hacernos los pesados” (Nano)

Estar pendiente, estar atento, preocuparse. Hay un conjunto de prácticas que están centradas en “*estar pendiente*” de lo que le pasa al otro/a, lo que implica poner especial atención o interés en algo relativo con el otro/a. Es un “*mirar fijándose*”, más detallado, específico, indagativo, en los cuales ese “*preocuparse*” y “*estar atento*” va acompañado de algunas preguntas puntuales para saber cómo el otro/a está.

“-Y como cuidas a tu nena Jairo, que haces para cuidarlas?

Jairo: *¿Cómo hago? Y así, estoy viendo que les hace falta, pregunto siempre a la madre si tienen leche, si necesitan algún medicamento, si fueron a la salita, viste la madre como esta con un pibe a ver si se olvida de los controles.”*

“-Y ¿qué cosas hacen ellos, los pibes por vos para que te sientas que te cuidan?

Jairo: *cuando no dormimos juntos en la ranchada o en la termi, o no nos cruzamos, por varias hs nos preguntamos donde esta fulana, o si está bien, o si se lo llevo la cana (...)*”

A veces esta atención y preocupación puede ser considerada como excesiva, tanto por quien actúa como protector de aquellos que no pueden hacerlo por sí mismo. Algunas personas reconocen que “*a veces uno se preocupa demasiado, ¿no?*” y otras significan la actitud de preocupación hacia ellos/as dando cuenta de que “*son hinchas*” o “*cargosean*”.

“En los primeros tiempos la mayoría de nuestras viejas, el que tenía, se venía aquí para tratar de sacarlo, después se dieron cuenta que ya no te vas así nomas, tuvieron que aceptarlo...me imagino que deben pensar que todo es malo aquí, pero conseguís buenos amigos, que están en las buena y en las malas, la mayoría ya es padre y siempre hicimos una vaquita para comprarle, aunque sea pañales o alguna ropita” (Jairo)

“Por ejemplo, lo que tiene Ketchup, ya tiene creo que 18 años y nunca creció, y por estar jalando todo el día poxi, ¿vio cómo tiembla?, entonces algunas veces cuando la

cana lo quiere correr del puente Necochea donde se queda él pidiendo, nos avisan ahí las doñitas y vamos a ver qué pasa” (Nano)

Conversar: Preguntar y Escuchar. Mientras que en el conjunto anterior de prácticas lo que es enfatizado es *“estar atento”, “fijarse”* y las preguntas se dirigen a ese fin, hay otras referencias que se relacionan con interrogar, pero podemos distinguirlas ya que destacan el *“conversar”, “hablar”, “dialogar”, “estar comunicados”, “contarse lo que uno quiera contarse, las cosas que le pasan o que le pasaron”*. Donde lo que prima es que el otro/a pueda expresarse y ser escuchado/a.

En los diversos relatos surge asociado el *“hablar”* con la intención de generar bienestar en otras personas, en tanto *“le hace bien”, “le gusta”,* como medio de *“solucionar problemas”, “conseguir ayuda”* o cuando alguien *“está mal”*. Asimismo, el *“poder hablar”* entra en contraste con *“sentirse ahogado o presionado”,* o *“solo”,* lo cual podemos relacionar con las alusiones a los *“encierros”* en los penales o comisarías y a las normas de silencio que mencionábamos. Entonces es valorado el *“poder decir”* y el poder de *“decir”,* cómo manera de exteriorizar sus sentimientos, emociones y demás sensaciones con respecto a algunas temáticas, comentaba con respecto a su hija de 3 años:

“Te sentís muy sólo cuando te encierran. Mi nene tenía un año cuando me atraparon y me llevaron a la granja, en Alto Comedero, ahí es jodido, te llevan cuando ya tenes causas. Yo estuve ahí por robo en banda y bueno era menor de 18 años y fui a parar unos meses, mi vieja me fue a ver una o dos veces, porque ella esta con mis hermanastros que son chiquitos, Carlos (hermano) estaba en Gorriti, a él sé que nunca lo fue a ver” (Oscar)

El joven luego volvía en su relato sobre la importancia que tenía para él *“estar”* y *“escuchar”* a sus amigos y que esa escucha sea recíproca. En este caso Oscar decía que prefería que su amigo se *“desahogue”* y *“este conmigo contando todo”,* a que *“compre drogas y se mate drogado”*.

“Creo que eso es acompañar, cuidarnos, para que no se sienta ahogado, presionado porque no puede hablar con nadie y trate de hacer otra cosa. Tratamos de escucharnos, que no hagamos cagadas, aunque todos si lo pensamos y lo intentamos hacerlo, ¿ve mis brazos? Me los hice en la granja me cortaba las venas, por la desesperación...uno la pasa feo por no tener visitas, o que te escuche, te aconseje” (Oscar)

Cristian también señalaba la importancia que tenía para él *“poder hablar”* y *“poder decir”*:

“A veces, por más que quieras tratar de resolverlo vos sola no podes, pero lo bueno es tener con quien contar para poder hablar, porque si no es como uno...Hubo un tiempo que yo me encerraba y quería hacerlo todo yo solo que se yo, y no tenía con quien contar, me ahogaba en un vaso de agua, vivía llorando y no solucionaba nada hasta que empecé a contactarme con los pibes, con los que crecimos juntos, podemos hablar; a ver si uno no está haciendo bien las cosas o que (...) Muchas cosas que a veces pasan acá y el poder decir...pero bueno es la manera en que comenzas a aprender de la vida” (Cristian)

Estar en momentos especiales, Festejar. Si bien no fueron directamente reconocidos en los relatos como acciones de *“compañerismo, hermandad”*, en las diferentes circunstancias fue muy habitual que las personas hagan alusión a algunos acontecimientos especiales, centralmente de carácter ritual y festivo, como: funerales, bautismos, cumpleaños, asados, que son motivos de presencia, reunión y compañía. En todos los lugares que visité hubo menciones a estas reuniones y a algunas fui invitado. Noté que se relataban como significativas en cuanto a una presencia compartida, *“estar juntos”, “estar con el otro (en las buenas y malas)”*.

Como varios estudios han apuntado, coincidimos en que los encuentros refuerzan los vínculos de reciprocidad y la pertenencia dentro de un grupo (Duarte y Gomez, 2008; Scribano, 2010), brindando un entorno grupal para atravesar y vivenciar situaciones de alegrías, tristezas, logros, disfrutes, etc. Observamos que estos acontecimientos tienen un lugar importante en la vida cotidiana de los sujetos con los entramados familiares, al tiempo que participan en ella, resultan ser espacios significativos donde adquiere forma el *“compartir”* con los/as otros/as.

Ya mencionamos en este trabajo los relatos de Miguel sobre algunos momentos especiales, eventos ocurridos en el cine-teatro “Alfa” por motivos del día de la erradicación del trabajo infantil²², en donde sus hermanos participaron en diferentes números artísticos. Gastón había contado que sus hermanos conocen tal situación, con quienes recientemente se había contactado, uno de ellos concurrió casi al finalizar dicha presentación:

“Ah...y ese día cuando fui a participar en los números que preparamos con el Prof. Darío, luego vinieron las demás señas y nos felicitaron por lo que hicimos. En ese momento todavía todos éramos pibes, trabajábamos de lustra. Creo, que nadie era padre en ese momento, teníamos todos buena onda, tuvimos problemas con los canas, que si algunas veces hacíamos macanas...pero nada pesado. Vino así y me dijo mi hermano Pedro, como es

²² 12 de diciembre es el día por la erradicación del Trabajo Infantil.

más grande que yo “que le parece que voy mejorando un poco, que deje de andar en la calle”. Igual sabe que yo hago la mía, solo que se puso contento porque para hacer las acrobacias, los números del circo, teníamos que estar sin haber tomado birra, o haber jalado la bolsita, porque teníamos que saltar, caminar en equilibrio. Estuvo bueno a todos nos gustó, participar, no nos hicieron de menos, nos dejaron participar, ver que la gente que fue nos aplaudía fue muy bueno. Luego hicimos otro, cuando fue fin de año, en un colegio creo que fue en el Comercial. También ahí fue bueno. También ahí vi que muchos de los profes. Se despedían, dejaron de trabajar en la fundación, es así la situación cómo nos toca pasar día tras día aquí, es jodida la mano, pero está muy bueno en poder saber con quién también contas (...)” (Gastón)

Kechup en una ocasión me conto que uno de sus hermanos (Raúl) había terminado la escuela primaria, pero no le habían dado el certificado. Él había ido a reclamar al establecimiento su certificado y quería después hacer una fiesta. Me pareció que esta reivindicación y el festejo del logro obtenido eran centrales y un modo de salir adelante.

Los cumpleaños que habían sucedido en las semanas previas a las que me acercaba a la casa por lo general eran relatados por los sujetos, recordando lo que se había comido, lo que había sucedido, quiénes estaban. Miguel contaba que sus vecinos/as, quienes la consideran como su hermano, siempre lo invitaban para cumpleaños y puntalmente recordaba que al cumplir los 18 años hace pocos días, él había sido especialmente invitado por unos de los vecinos, quienes le hicieron un “asado”. En el momento de la entrega de presentes “*un testamento fue relevante sobre otros objetos o productos que cuente*”, dando cuenta de que el aferrarse a la fe demuestra la necesidad de una situación que va más allá de la simple práctica espiritual. Especialmente, en los momentos de “angustia” como en las situaciones de encierro, en donde muchas veces las tentativas de suicidio dejan de ser una idea, y se convierten en autoflagelaciones.

Un día que estaba en una de las ranchada de los “pibes” más grande al sábado siguiente festejarían el fin de año. Los hermanos de él habían llegado al mediodía trayendo vasos y un poco de asado que se cocinarían para las fiestas. Mientras Carlos, uno de los que vivían en otra ranchada, que estaba allí en ese momento, explicaba que habían ido a comprar en la estación de servicio que se encuentran en la avda. Hipólito Irigoyen, un poco de verduras, sal, y demás. Pidiéndole permiso a los playeros, para extraer agua y lavar las verduras, luego de la celebración ir a bailar a algún boliche.

Ramón explicaba que en algunas ocasiones suele pasar las fiestas junto a la familia de su pareja, luego de unos inconvenientes con sus cuñados y suegro, pudo volver a participar en las celebraciones navideñas. A través de esas reuniones y encuentros, centrados en el disfrute, Ramón se había integrado con los nuevos “parientes”.

Algunos momentos destacados, también se merece observar la importancia en momentos de dolor, como resulta ser los funerales:

“Y en casos también especiales como cuando falleció Chula (Raúl) todos estuvimos, los que más entendían ahí son los hermanos de él, Nano, Fede y Ketchup. Todos los conocíamos a Chula, habíamos crecido en la calle, estuvimos algunos todos juntos en los hogares, conocíamos las historias tristes que teníamos, casi a todos nos dejaron nuestras familias. Aquí si no tenes hermanos, te lo haces, yo estoy solo aquí, pero para mí son mi familia, la que no tengo. Y en los malos momentos que todos pasamos, más que Chulita se suicidó, ahí estuvimos con ellos para acompañarlos” (Jairo)

Por lo tanto, observamos que las reuniones y festejos tienen un lugar importante en la vida cotidiana de los sujetos, especialmente significativo en tanto implican un evento que es grupal y compartido. Al tiempo que refuerzan los lazos “familiares”, pueden actuar como vehículo de expresión afectiva de protección, andamiaje hacia los otros/as.

Acompañar (contacto y gestiones con organismos públicos). En algunos relatos el “acompañar” al otro/a es un modo de “cuidar” y “ayudar”. Apareció en varias ocasiones en referencia con ir con la otra persona a hacer trámites o gestiones en oficinas u organismos públicos o de la sociedad civil. También aparecen acompañamiento al hospital o en el centro de primeros auxilios. En especial la idea de “acompañar” a otro/as es en relación con algún adulto, de algún organismo o un par que en momentos como sucedió a Luis (heridas por arma blanca) puede dar cuenta de una asunción de mayor responsabilidad sobre tal acto y persona.

Lo que en los relatos aparece como “acompañar” o “llevar” guarda relación con la noción que retoma Pombo (2010) de trabajo de mediación, que incluye aquellas tareas de gestión y mediación con las instituciones del estado y las organizaciones comunitarias, las cuales insumen tiempo y esfuerzo, se centran en gestiones tendientes a la obtención de recursos que satisfacen necesidades de los grupos. Observamos que tal trabajo de mediación o el proceso de “acompañar”, requiere y pone en juego conocimientos sobre cómo se hacen las gestiones, cómo funcionan los organismos, quién es la persona indicada para consultar, conocimiento que actúan como recursos de la persona que comparte, brinda o negocia.

“A Luisito sí, yo lo acompaño a hacer algún trámite, porque aparte de ser menor, no tienen DNI, hasta al hospital muchas veces fui” (Gastón)

Pombo (2010) también nota que dichas tareas son desarrolladas principalmente por los más grandes, pudiendo entenderse la participación de ellos como expresión de las responsabilidades de cuidado inscriptas en las construcciones presentes en las relaciones, al tiempo que tales tareas de mediación implican para muchos de ellos pueden actuar como una “modalidad” de tutores, quiénes pueden incursionar en el mundo público, generando nuevas relaciones sociales y adquirir aprendizajes y herramientas que pueden fortalecer su autoestima y enriquecerlas en términos personales. Coincidimos con estas afirmaciones desde los relatos de los jóvenes y el trabajo de campo realizado.

Llevar al hospital, a la salita de primeros auxilios. Continuando con el trabajo de mediación, *“llevar al hospital”* implica diversas tareas como, por ejemplo, gestionar los turnos, conversar con los médicos, pedir explicaciones, interiorizarse de los tratamientos, actividades que también están concentrados en ellos, principalmente con aquellos que se encuentran con sus parejas atravesando algún embarazo. Así aparecen muchas referencias a las tareas que demandan las estadías o consultas en el *“hospital”*

“Y si, estar con ellos (refiriéndose a los menores que él), cuando me necesitan. Llevarlos al hospital o se hacen cagar con alguien más grande, si están lastimados, o les pica algo, los trato de acompañar al hospital Pablo Soria o al San Roque, algunas veces veo que es necesario acompañarlo, aunque muchas veces pierda cliente como lustras, son mis hermanos de la termi (...)” (Gastón)

Una vez que fui a la casa de Ketchup, su hermano Nano había estado varios días en el Hospital “Pablo Soria”²³. Le estaban *“reparando una pierna”* de una quemadura que había tenido de niño y ahora ya era tiempo de operarlo porque le estaba generando mucho dolor. En esa ocasión Miguel, además de expresar que se sentía solo teniendo que encargarse de llevar a su hijo y estar con él en el hospital, explicaba que era necesario interiorizarse sobre lo que los médicos le estaban haciendo al adolescente. Relataba con respecto a la relación con los médicos y a su sentimiento de responsabilidad sobre la salud de su hijo:

²³ Hospital público provincial ubicado en la Ciudad de San Salvador de Jujuy, especializado en la atención que sufrieron diversas patologías, lugar de residencias para los nuevos profesionales. Hospital para adultos cabecera de la provincia.

“Bueno, fui el martes y ya iba con todo, ya iba enojado, que le iba a decir coas a los doctores, llegué al hospital antes de subir, a entrar para adentro digo “cálmate a mí mismo, porque si me ponía loco, sabes que podés hacer algo que a ellos le moleste y trate mal a mi nene. Entonces pasé, le dije a la mamá de él. Entonces pasé, le digo “doctora, ¿qué es lo que tiene P. realmente? ¿Por qué no me dijeron...? Yo ya estaba medio enojado y ya está, cuando me pongo loco, y agarro y le digo “¿Cómo es esto que no me dijeron que P. tenía una úlcera?, “No papá, pero no es nada, una úlcera chiquita le salió, no sabemos cómo”. Le digo, “si, pero ustedes para mí, como yo no averiguo porque son doctores, yo sé que los doctores le ponen las mejores ondas”, digo “yo vengo, confió en ustedes, lo que ustedes hicieron mal es no confiar en mí, no me iba a poner mal es no confiar en mí, no me iba a poner mal si ustedes me decían: mira a P. le salió una úlcera, no sabemos cómo le salió”. Y yo le dije, “de ahora en más voy a querer detalle por detalle qué es lo que tiene mi hijo” (...) Y si le digo, “porque ustedes se imaginan, usted doctora, póngase en mi lugar, entrego un hijo para hacer una cosa y que después al tiempo se entere que tenga otra, es medio como que, para un poco, ¿Qué estamos haciendo? Y no, me lo explicaron re bien y me quedé, es algunas cosas que sucede entre ellos, sucede que no pasa algunas cosas entre quienes pasan cosas en la calle, pero se puede lastimar en la calle, por eso sólo quiero que este en la casa de su abuela” (Nano).

El “hospital” como referencia central a los espacios donde se atiende la población (en el caso de los adolescentes y jóvenes en situación de calle suelen concurrir ahí) es una de las instituciones que más aparece vinculada con prácticas relacionadas con su acceso a las instituciones del Estado por parte de ellos y también muy presentes en la vida cotidiana de sus familiares, hijos, hermanos, entre otros. Junto con la seccional, o comisarias, son las dos instituciones más mencionadas y que dan forma a los circuitos cotidiana y a la definición de prioridades. Ambas instituciones no aparecieron desde los discursos como espacios de contención, sino señaladas en tanto las prácticas de cuidar que éstas requerían por parte del entramado familiar.

Acompañar y llevar y traer a los niños en las visitas a instituciones. *“Llevar y traer”* a los niños/as y en algunos casos “visitas en los hogares o penales”, es otra actividad reconocida como práctica de permanecer con ellos. En algunos momentos la tarea de “llevar y traer” estaba reservada para los “parejas o ex parejas”, mientras que en otras ocasiones también los/as adolescentes son los acompañados o beneficiarios de las visitas.

Según mi observación, las concurrencias a determinados espacios es uno de los ejes articuladores de los tiempos cotidianos, que marca tiempos y actividades diarias, con cierta estabilidad. La actividad de *“llevar y traer”* de los institutos de menores, también llamada como “lugar de reclusión y enderezamiento de conducta”, en general es realizada por diversas

personas, adoptando diferentes estrategias para esto: lo hace la madre de sus hijos, parejas actuales, hermanos/as o los “hermanos de la calle” acompañándose entre ellos/as²⁴.

Era frecuente estar conversando en un video juego o en la terminal con ellos y de repente alguien salían, nuevamente retornaban al rato junto con su hermano/a o sobrino/a, hijo/a que fueron a buscar a la escuela, para que este junto a Jairo, su padre, en varias ocasiones. O también adolescente de 12 o 13 años que llegaban para vender golosinas. En este aspecto, como también en la preparación de la comida, noté cierta “auto-gestión”: no hay alguien diciendo lo que hay que hacer, quién va, quién viene, sino que diversos son los que asumen responsabilidades, como veremos más adelante. Ramón explicaba al respecto:

“Mira, el día a día, yo me levanto temprano, a veces los llevé yo a mi nena al colegio, sucede que su mamá no es muy responsable. Ella va desde las 8,30 hs de la mañana hasta el mediodía, el jardín donde va es aquí en coronel Arias, no me queda tan lejos. Puedo dejar de trabajar un rato, se complica si tendría un trabajo en donde cumpliría un horario, pero como sigo de lustra, puedo hacerlo. Algunas veces cuando trabajo de otra cosa, o no le veo por diversas cosas a la nena, ella me cuenta que no va a la escuela. Entonces la cago a pedo a su madre por pajera..., pero puede pasar que ella no esté en muchas partes, pero quiero que ella cuide a la nena, que no termine como yo” (Ramón)

La necesidad de “acompañar” o “llevar y traer” durante las visitas o garantizar que alguien lo haga, en varios relatos es vinculado con la “inseguridad” que ellos observan, como señalaba Lalo:

“Acá es como todo, acá si no te manejas de tu forma, te sentís inseguro en todo lado. Acá cuando se van a sus casas o salen con las mamás, siempre le pido que me avise cualquier cosa, sino voy y los espero en la parada de colectivo, porque los pungas capaces que no conocen y le chorean”

Ayudar en alguna oportunidad a las actividades ligadas a lo domestico Aparece con más énfasis y frecuentes menciones a “llevar y traer” de los jardines de infantes, garantizando que vaya y también comprando lo necesario para esto, que “ayudar con algunos gastos alimentarios, de ropa o en las tareas escolares”, que es mencionado en menor medida. En algunos relatos los/as adolescentes y jóvenes hacen alusión a dificultades para esto. Debido al escaso conocimiento sobre los temas abordados o la falta de recursos económicos, en este

²⁴ Con respecto a los procesos de construcciones de “responsabilidades” y “obligaciones” de padres y madres sobre el cuidado infantil, específicamente vinculados la educación formal infantil, pueden encontrarse reflexiones en la lectura de los textos de Santillán (2009, 2010).

sentido, en muchas ocasiones los/as hermanos/as, primos/as o tíos/as colaboran o suplen las necesidades.

“- Y ¿Qué tareas haces Jairo con tu nena?

Jairo: *cuando tiene tareas, luego de que salgo la sandwicherias le ayudo, es fácil, porque va a segundo grado, pero creo que cuando era más grande ya no le voy a poder ayudar, porque mucho no sé”*

“- ¿Qué haces cuando no tenes dinero, o no tuviste clientes?

Jairo: *le da sus abuelos, o la madre tiene unos mangos guardados, igual siempre tengo algo para hacer, sino por la noche, no queda otra (risas)”*

En varios momentos durante las entrevistas en la estación de servicio o en las sandwicherias que se llevaban a cabo las entrevistas los niños/as mostraban espontáneamente los cuadernos de la escuela. Así mientras conversábamos yo miraba los cuadernos, como jugar con ellos o comprarles golosinas. A su vez, también hay algunos adolescentes o jóvenes yendo a la escuela y buscando completar el nivel primario, como el caso de Miguel, Nano y Lalo. Ellos se encuentran actualmente percibiendo el programa social denominado PROGRESAR, por parte de ANSES, en tanto que su ropa y demás objetos de necesidad lo cubren con lo que reciben en las fundaciones, iglesias y demás.

Mirar (a los más pequeños de los grupos). Especialmente refiriéndose a los niños/as y estrechamente relacionado con la presencia, aparece la noción de “*mirarlo*”.

La actividad “*mirar*” es reconocida en otros estudios, como los de Faur (2012), Lopes Machado (2008) y Szymanski (2002). Lopes Machado (2008) observa, como resultado de su investigación, que en la relación con los demás (hijos, sobrinos, niños) en donde se establecen una distinción entre “*criar*” y “*mirar*”. Mientras que “*criar*” significaría asumir todas las responsabilidades –financieras y afectivas-, “*mirar*” es sinónimo de cuidar, proteger por un tiempo provisorio, con una autoridad parcial sobre ellos. Entendiendo que estas funciones en relación a los adolescentes y jóvenes, actuaron distintos adultos que figuraban como responsables o tutores

En nuestro caso, el “*mirar*” también implica una autoridad parcial, limitada. “*Mirar*” aparece como lo “básico”, en tanto, “*lo único que hay que hacer*”, que es “*estar y mirarlos*”, tanto por quienes están en ese momento directamente a cargo de ellos, como aquellos/as que

no están asumiendo la responsabilidad central por ellos/as, como veremos luego y que actualmente ellos que función cumplen con aquellos que están a cargo.

“- ¿Qué es lo importante de alguien que les pueda brindar alguna asistencia o contención?

Nano: Que en los momentos que nos sentimos solos no hagamos cagada, sino que podamos estar con alguien, así nos escucha (...)”

Esta tarea de “*mirar*” surge en varios relatos como cierta responsabilidad colectiva, más indefinida. Aparece con énfasis que aquellas personas que no están directamente a cargo del niño/a igualmente “*miran*” a aquellos que son por algún motivo próximo a ellos, ya sean hijos/as de familiares o de los vendedores, puesteros, boleteros. Especialmente se “*mira*” a los niños/as cuando éstos están solos, o en los diversos espacios de la terminal o en sus inmediaciones. Como decía Gastón:

“Siempre está ese momento, que uno tiene miedo de que mi hija no pase lo que me paso a mí cuando era chiquito, por lo menos si no le puedo dar una casa, por lo menos quiero verlos, no como mi viejo que me dejaron desde muy chiquito, hasta que bueno, la mamá se los lleva de vuelta a la casa” (Gastón)

Retomaremos y profundizaremos sobre las relaciones y entramados en torno al “*mirar*” en próximos capítulos.

Jugar. Jugar con los/as niños y niñas como forma de “cuidar”, apareció en muy pocas ocasiones. Principalmente fue mencionado “*mirarlos mientras juegan*” o “*darle juguetes que jueguen y mirarlos*”, o sea, supervisarlos mientras juegan para que no se golpeen, se lastimen o suceda algo peor.

Gastón explicaba con respecto a su hijo la acción de “*mirarlos mientras juegan*”, que es lo que estaba sucediendo mientras yo estaba realizando la entrevista. Mientras nosotras conversábamos sentados en la estación de servicios, el niño jugaba adentro del local, y cuando salimos en los espacios peatonales de la terminal.

“¿Qué hago para qué estén cuidados? Primero le doy a su mamá dinero para que les compre yogurt, leche lo que ellos necesiten. Cómo ya va al jardín, los útiles y luego si les pasa algo, trato de que me avisen, así compro algunos remedios, ya que se lastiman jugando o se caen” (Gastón)

En pocas ocasiones aparecía la noción de “*jugar con*” ellos/as, como en los relatos de Nano sobre su pareja:

“Ahora, como casi no está no hace nada por ahí (refiriéndose a su pareja, madre de su hija). Casi en nada, pero cuando vienen junto a mi nena, luego se van antes que suban el cole. Ya la estoy extrañando a mi hijita, es que aquí cuando viene a verme en la termi. Salta, juega, le compro golosinas, jugamos juntos, trato de que el pase bien, es que ella vive en Malvinas, queda lejos del centro, no conoce, y cuando está conmigo puede pasear y conocer” (Nano)

Hacer que estén bajo el cuidado y protección de adultos Junto con “*mirar*” aparece en varios relatos como algo importante, garantizar que los hijos/as o los niños/as “*estén adentro*” de la casa o bajo la mirada de los mayores. Estar “*adentro*” sería garantía de seguridad y tranquilidad, contrario a los eventos que deben vivenciar ellos.

Las alusiones a los “*quilombos*” que suceden en los espacios públicos, que frecuentemente están relacionados con los enfrentamientos violentos que comentamos, en algunos casos amerita garantizar que “*estén con protección*”, asegurando la llegada de las ex parejas con sus hijos/as tratando en ir a buscarlo, esperarlo, decirle que se quede dónde está y otras alternativas, buscando la estrategia más adecuada en función de lo que está sucediendo. Como explicaba Noelia:

“Ay...estar con la nena y que no les pase nada, por eso le pido a Daniel que no espere, nos busque y nos acompañe. Si hace frío no las traigo aquí sobre todo para que no se contagien por las gripes, ya que son chiquitas. Pero me pone tranquila que cuando estamos con Daniel, por más que no es el papá de las nenas que nos pueda cuidar, que no nos suceda nada malo, esta pesada la mano sino, me pueden quitar la mochila” (Noelia)

A su vez, garantizar que especialmente los/as niños/as estén adentro cuando hay problemas aparece como una responsabilidad compartida. Junto con “*mirarlas*”, “*mirarlos y si hay problemas que se metan adentro*” sería una de las formulas conocidas y practicas por diversos vendedores ambulantes, boleteros, incluso con “*los chicos que no son míos*”, como decía Daniel:

“Entonces es muchas veces de cuidado, si uno de las vendedoras, las doñitas ven algún problema, buscamos que los chicos estén cerca nuestro. No es que nos quedamos quietos, o nos hagamos los zonzos, pero si estamos atentos a que pase algo. Una vez andaban buscando nose que cosa las canas que están aquí en el destacamento de la termi, hicieron un quilombo, empujaban a la gente, no le interesaba que sean mujeres ni nada, y justo estaban los chicos aquí, así que tuvimos que llevarlos ahí en la esquina, en los video juegos”.

*“-Te miran, y ¿qué más hacen para cuidarlos?
Jairo: trato de estar atento, si pasa algo pesado o hay algún borracho, si me debo
agarrar a piña lo hago”*

En esta intención de “*protegerlos*”, en un pequeño relato apareció que la mayoría de sus hijos/as se encuentran siempre bajo la mirada de adultos o responsables, evitando de esta manera que muchas conductas imitativas aparezcan en relación a que en algunas oportunidades observaron a los “pibes” jalando poxi o fumando.

En el próximo capítulo nos detendremos a profundizar en los análisis en torno a las distinciones espaciales “*adentro*” y “*afuera*” que aparecen en varios relatos, como los que aquí presentamos.

Vigilar (especialmente mujeres). Aparecen en varios relatos menciones a “*vigilar*”, especialmente a las mujeres adolescentes, “*posibles inicios de noviazgo*”. Especialmente “*porque son débiles, sensibles*” en tanto “*proteger a las distintas chicas o minitas*” de las adolescentes está relacionado con su vínculo sexual y afectivo con ellos, ante el temor de que pase de “*que sea levantada por extraños*” como manifestaba Jairo.

Esta “actitud masculina protectora” también se relaciona con “tener la posibilidad de control sobre las mujeres”, un “no vestirse como gato” que adquiere especificidad para las mujeres. Siguiendo la línea del “mirar”, la acción de “vigilar” se dirigiría a observar atentamente a una persona y estar pendiente de ella para evitar que sufra o sea dañada.

En algunos casos se coloca a un par para que “vigilen” a las novias, como hacía Nano y Miguel:

“Y Miguel, el narigón está en la cuestión de que, ponele al ser mujer, encima linda y buena piba; lo demás la cuidamos, por más que Nano sea el novio. Aquí somos protectores, cuidamos y no queremos giles aquí. El tema es que a las chicas uno las tiene que cuidar, que se sientan seguras con un macho (risas), alguien que las defienda. Cuando vamos a bailar siempre las dejamos a cargo de alguien cuando me voy al baño...o sino siempre le decimos que se muevan en grupos entre ellas, no queremos que les pase algo. Una vez cuando Noelia estaba en la ranchada, nose capaz que nos veía desde arriba la policía, pensó que le hacíamos algo, bajaron cuatro canas y se la llevaron, si ella estaba ahí era porque quería nadie le obligaba a que este con nosotros. Es que nosotros calentamos a las minas, no le tenemos miedo a nadie, ya todos las hemos pasado desde muy chiquito a todas, nos pegaban en los hogares y demás, así que no tenemos miedo, el tema es eso que no pase nada a los más chicos, a las pibas, además viste como vienen vestidas algunas” (Nano)

Oscar narraba cómo él miraba a su hija durante el cumpleaños de ella, puntualmente observaba atentamente a algunos adultos que no los conocía y que se acercaban a algunas de las chicas invitada y en ese entonces a su pareja, la modalidad en que se acercaban y cómo lo hacían. Al notar lo que sucedía se aproximaba demasiado a su pareja, lo que Oscar calificaba de falta de respeto, relataba que los miró y le hizo *“como diciendo ‘ojo’*”.

“Porque a la J. le festejamos el cumpleaños (...) le hicimos un sábado, bueno, invitamos a los amigos y ellos trajeron a personas que no conocíamos, a changos. Claro, yo veía que se les acercaba a nuestras amigas y a la Belén, y yo le dije a uno de los guachines ‘quédate tranquilo, porque si no te damos una cagada. Se quedó un rato piola, el tema es que chupan y no se rescatan algunos, quieren coger nada más o se hacen de levantarse mina, para eso está los boliches, Ibiza, Astros, pero que no jodan en una fiesta de chiquitos, así hay vagos que son tremendos, pesados, unos alzados que te persiguen por todos lados, ahí pueden joder a las minas’” (Oscar)

Oscar expresaba esta noción de *“vigilar”* diciendo que él andaba *“como un perro rottweiler”* (aludiendo a la raza canina considerada popularmente como agresiva y que infunde temor) en relación con Belén y con sus amigas, pensando en un futuro actuar de la misma manera, cuando su hija sea más grande. Actuando como un *“perro rottweiler”* buscaba alejarlos de aquello que podía hacerles daño.

“Por eso yo acá ando como un perro, un rottweiler con ellos, porque cuando veo, como uno anduvo, veo algo raro, camino, me fijo antes de hablar. El otro día estaban acá al lado, un desastre, yo le digo, ‘llama a Jairo’, ‘trae a los pibes, por si hay problemas con alguna fisura’. En el cumple hubo un lío, se pelearon no por minas, sino por chupa finalmente, hubo aquí se quisieron pegar, hubo corridas, parecía que andaban armados algunos. A veces discutimos con Belén sobre estas cosas, de que no hay que dar confianza y dejar que pasen lo que quieren, no es así no hay que ser dormidos (...)” (Oscar)

En uno de los casos, aparecen referencias a las circunstancias que aparecen en eventos de fin de año, durante las fiestas quien le sugirió Nano en ese entonces a su pareja y madre de su hija que *“se fije”* en la manera en que se estaba comportando, qué estaba haciendo, es decir, sobre el modo en el que se relacionaba sexual y afectivamente con varones.

“Pero ponele, acá, en la terminal y cerca de ella ya es diferente, está los pibes que protegen y cuidan, muchos tenemos aquí que nuestras minas no viven con nosotros y cuando vienen queremos estar tranquilos, sin ningún tipo de bardo” (Nano)

Este aspecto de las prácticas vinculadas a las conductas masculinas, el “vigilar”, se relaciona con la transmisión de valores, normas y pautas vinculadas con la sexualidad en la adolescencia, aspectos que retomaremos más adelante en este capítulo.

Dar un lugar en los espacios donde se habita. Como un modo de “cuidar” aparece en varios relatos y también con énfasis en las observaciones, el dar un lugar como vivienda, se modifica un lugar de la terminal, el mercado de concentración, tomando posteriormente la conformación de una ranchada debajo de los puentes, “*que se quede acá*”, ya sea durante el día “*cuando la madre no está*” o “*que se quede a dormir*”, cuando por algún motivo no tienen adonde ir o cuando la persona, especialmente en los inicios de empezar a vivir en la calle, siendo uno de los motivos más recurrentes la huida de su casa generalmente a partir de algún problema con personas en la vivienda donde habitaba.

En el caso de Miguel era habitual encontrarlo en la terminal con su cajón para lustrar los zapatos juntos a otros adolescentes y jóvenes, quienes también realizan las mismas actividades laborales, o se dedican a la venta de golosinas entre otros productos. Incluso un día cuando pernoctaba por el centro, iba caminando con junto a Daniel y Noelia, pasamos por donde se encontraba en ese momento trabajando Gastón, y nos comentó que no había comido nada durante el día, por qué no tuvo clientes, ellos lo invitaron a comer unos “panchos” y un poco de gaseosa, ya que se demostraba con hambre y cansado por el calor.

En una ranchada debajo del puente Gorriti encontré ahí charlando y tomando un poco de cerveza a Simón, Carlos y Fernando, quienes se encuentran viviendo allí hace muy poco tiempo (alrededor de tres semanas), dos de ellos se escaparon de un instituto, mientras que el restante ya es mayor de edad y por decisión propia quiso ir a vivir a la calle. Sobre Simón, yo regrese nuevamente en otro momento cuando le consulte si quería que le haga unas preguntas, me respondió que luego, porque no me conocía y que nadie le había dicho quién yo era. Sin entender porque bajaba al río, a sus orillas y veía las ranchadas, luego de un intercambio de palabras accede a que realice una entrevista breve, mientras que Carlos y Fernando en un principio sospechaban que era de Brigada de Investigaciones (Policía de la Provincia) o del juzgado de menores y buscaba llevarlo nuevamente al instituto del cuál escaparon.

En la zona del mercado de concentración de Abasto, en la avenida Almirante Brown pude encontrarme a Gonzalo, quién se encontraba revolviendo un contenedor por detrás de los

locales. Gonzalo contaba que se fue de la casa donde vivía con su madre y sus hermanos mayores, por una discusión con ésta, luego otro adolescente que estaba con él, Tomás ampliaría y explicaría que fue porque la madre “no aceptaba un chorro” como era Gonzalo. Luego de retirarme de esa ranchada, me dirijo hacia el centro donde cruzo a Alexis en la calle Otero e Independencia, ahí me comentaba que fue a comer a una fundación. Mientras tomábamos una gaseosa en una confitería me comentaba que durante ese día había estado pidiendo dinero en la entrada de la catedral, habiendo sacado alrededor de 80 pesos, y luego pasaron a buscarlo los “pibes” de la terminal para ir a almorzar a la fundación. Revelaba que su llegada a la calle, fue hace un par de años atrás cuando huyó de un hogar de menores, durante varios días se tuvo que ocultar por distintas partes, porque lo perseguían para volver a llevarlo, luego dejaron de hacerlo.

Diego también recordaba cuando fue que empezó a vivir en la calle, siendo los primeros momentos posteriores al fallecimiento de su madre, iniciando su padre una nueva relación con otra mujer y ellos son llevados al hogar escuela.

“Comencé a estar por el terminal primero con mis hermanos, nos llevaban a los hogares, pero nos escapábamos, del hogar-escuela también nos fuimos. Es que éramos terribles, hacíamos bromas pesadas a las cocineras, a las maestras, hasta que nos quedamos todos a vivir por aquí, por el centro, en las ranchadas, después Chula se fue, y quedamos aún Nano, Chula y yo viviendo en la calle” (Diego)

Vivir en diversos lugares. Hay otro conjunto de prácticas que aparecen en varias situaciones y consisten básicamente en garantizar que ellos tengan un mejor lugar para vivir, buscando una superior calidad de vida de la que sus familias e institutos pueden ofrecerle. Para esto se recurre a algunas estrategias, como alentar y apoyar al joven para que vaya a vivir y trabajar a otras ciudades, provincias, colocan en momentos de incertidumbre a muchos de ellos, ya que la alternativa de actuar en otros lugares como trabajadores “golondrinas” en una de las alternativas más viable para conseguir dinero.

Como ya mencionamos en otros capítulos, varios de ellos tienen familiares que han trabajado de esta modalidad, viajando y retornando a sus lugares de origen cuando finalizan las cosechas. Asimismo, Miguel recuerda que cuando era un niño pequeño, su padre viajaba a Mendoza por un par de meses para trabajar en los viñedos, situación que ameritaba a que sean no solamente cuidados por su madre, sino también por su abuela y tía. Actualmente él observa

con buenos ojos la oportunidad de poder viajar periódicamente hacia otras provincias con el motivo de poder realizar un ahorro y retornar a Jujuy, situación que también es escogida por Miguel para poder alejarse de las drogas. Luego de haber realizado la entrevista, siempre ha manifestado su idea de poder viajar, pero aún no lo realizó. Argumenta que no tiene para el pasaje, o que se va a sentir solo en un lugar lejano.

Aparecieron en los relatos muchas referencias a ellos y otros adolescentes que habían vivido en forma permanente con sus abuelas o abuelos, siendo que muchos/as habían quedado al cuidado de la abuela desde niños/as, como el caso de un hijo de Jairo, Mono y Juan. En este caso se entrelazaban acciones en las que se “da” y se “pide” para “poder brindar algún tipo de protección”.

“No, mi mamá no estaba con nosotros, porque ya estaba enferma, paso mucho tiempo en cama, hasta que la internaron. Creo que tenía cáncer, no hablo mucho de eso, ya que fue difícil y triste, recuerdo que Ketchup era muy chiquito. Mi papá se iba a trabajar a Mendoza y nos dejaba junto a mi abuela y una tía, después, ya no nos quería cuidar, decían que éramos tremendos. Fuimos a distintos hogares, éramos terribles. Cuando mi viejo volvía de los viajes, nos juntábamos y comíamos asado, hasta que se metió con una mujer y dejó de vernos, creo que ya tiene hijos con su nueva esposa, yo lo hablo muy poco, mis hermanos no lo hablan directamente. Algunas veces pasa por aquí y charlamos y me deja plata, no le recibo, no quiero nada de él. Nos lastimo mucho.

Por eso también algunas veces por mi nena dudo en irme a trabajar, aquí por más que no estoy con la Belén puedo ver a mi hija, en cambio sí me voy lejos no la veré. A ver profe. ¿Si armo una nueva familia y me olvido todo de aquí?, no creo que sea lindo, sufrimos mucho de chicos, yo y mis hermanos, pero ahora no quiero que la Caty, también el pase mal, yo con la Belén nada que ver, pero no quiero que a mi hija le falte nada (...)” (Nano)

Oscar contaba que lo “dejaron” cuando era niño al cuidado de su madrina porque su madre “no lo podía tener”.

“Lo que pasaba es que como se juntó mi vieja con un tipo, cuando mi viejo nos dejó, ella se fue a la casa de su novio y nos llevó con la madrina de Carlos. Recuerdo que estábamos los tres, yo, Carlos y mi hermana, mi vieja si nos iba a ver todos los días, nos llevaba cosas, o a la escuela iba. Luego dejó de hacerlo, nose que le habrá pasado, pero no nos iba a ver como antes, así que bueno íbamos creciendo casi solos, porque la madrina tenía su marido e hijos, no se podía ocupar de todos. De a poco salíamos a vender turrones, chocolates, lo que venga por la calle, íbamos a la escuela y de ahí nos veníamos a trabajar los dos, después ya nos quedábamos porque terminábamos tarde de vender o nos empezábamos a ir a los juegos” (Oscar)

De nuestro trabajo de campo constatamos que la práctica de “*dejar*” al niño/a o adolescente al cuidado de otra persona, ya sea principalmente del mismo grupo familiar o no, es frecuente y suele formar parte de un conjunto de estrategias que no pueden garantizar una buena calidad de vida para el niño/a, adolescente o joven, ya sea que las dificultades por la que viven con sus progenitores sea de índole económicas, vinculares dentro del contexto familiar o del entorno, como los conflictos con las personas allegadas a ellos, entre otras. Relaciones que profundizaremos en el capítulo 6.

Dar y demostrar cariño. Podemos pensar, y algunas personas lo manifestaron, que “*dar cariño*” puede estar presente en las diversas acciones que hemos presentado hasta el momento. Sin embargo, nos interesa aquí detenernos a observar cuando la noción de “*cariño*” asociado a la “*protección*” apareció explícitamente en las entrevistas y qué aspectos del mismo fueron señalados.

Observamos que la idea de “*dar cariño*”, como sinónimo de “*cuidar*”, sólo fue explicitado en algunos relatos. Las referencias al “*cariño*” o “*afecto*” emergieron principalmente vinculadas con dos aspectos: en relación con una noción de prioridad, como algo que es considerado prioritario en relación con “*lo material*”, y con la capacidad, o no, y los modos de demostrarlo.

En algunos casos fue señalada la necesidad de priorizar el cariño, “*las cosas afectivas*” antes que “*lo material*”. Así “*afecto*” y “*cosas*” en algunos relatos aparecen discutiéndose: ¿qué es lo más importante?, ¿qué se prioriza?, ¿cómo? En este sentido observamos diferencias entre personas, entre géneros y entre familias.

Por ejemplo, Ramón contaba que suponía “*el cariño*” como algo prioritario vinculado con el “*cuidar*”, prioridad que deviene de considerarlo como una necesidad importante, para que “*se haga persona con sentimientos*”, sobre todo porque es mujer su hija.

“- Vos decís que familiares de Nano decían que quienes cuidan a los chicos es ciertas coas, pero, para vos ¿qué es?

Nano: No me creo saber todo, pero para mí es el cariño más que nada, la atención, porque necesita mucho, porque si uno está, pero no los atiende, ellos no sé, se acostumbran así o, como que, “ah, mamá me da de comer, mamá no es nadie” o no sé... (...) Para mí es más importante eso, el cariño y la atención, porque si uno no está es lo mismo que no tengan a nadie, no se hacen personas así con sentimientos, hay un cariño muy bueno que ocurre cuando estas con tu hijita, la ves tan bonita y linda”

Asimismo, el cariño aparece relacionado con la demostración del mismo, “cuidar” como “demostrar cariño” o el reconocimiento de no saber cómo demostrarlo o sentir que no me lo demuestran. Por lo tanto, varios relatos dan cuenta de una íntima relación entre “dar cariño” y “demostrarlo” o no.

Dicha demostración y los modos de hacerlo emergen relacionados con procesos de aprendizajes. Aprendizajes que están atravesados por la dimensión genérica, dando cuenta de procesos diferenciados en la socialización de las formas de expresión (y represión) de los sentimientos en función del género, lo que también refleja la dimensión socio-cultural de las emociones (Lutz, 1986; Leavitt, 1996).

Al respecto son contundentes los relatos de Carlos, quien hablando de su relación con los integrantes de la familia paterna recordaba episodios de su adolescencia y contaba que no le era permitido saludar con un beso en la mejilla a su abuela, ya que esa práctica no se correspondía con el modelo de hombre que transmitía en su familia:

“vio profe. Cómo es la gente grande, los viejos, bueno mi abuelo y tíos eran enchapados de esa manera en dónde un hombre no puede saludar a otro dando un beso, dicen que en Buenos Aires donde Ud. ¿Vive ahora se saludan así no?, si te veía haciendo eso mi abuelo seguro que te decía de todo con la mirada nada más (risas), y mis tíos también eran así, nadie es puto, ni llorar se podía, había que respetar eran las reglas de la casa y ellos eran así, no quedaban otra, no te dejaban poner los codos sobre la mesa, no podías ni decir alguna mala palabra que se enojaban con uno, querían pegarte”

A su vez Lalo, en una ocasión que lo entrevisté estando él solo en su casa, explicaba sobre sí mismo, enfatizando que, si bien cuidaba a los integrantes de su hogar, no lo demostraba. Expresaba “no sé cómo es demostrar el cariño de padre a hijos” y daba cuenta de que también él evitaba la demostración de cariño de sus hijos hacia él, por ejemplo, cuando decía “los corros”.

“Es difícil poder dar cariño, amor al resto cuando vos mismo no recibiste o tus viejos nunca estuvieron para dártelo, ahora a mí me cuesta ser cariñosos con mis hijitos, los quiero y amo...pero es difícil serlo si uno mismo no tuvo eso durante la niñez, cuando uno era chiquito, yo recuerdo que mis hermanos, mi vieja y yo sólo insultos, gritos y piñas recibíamos de mi viejo cuando llegaba borracho, apenas caminaba, era un quilombo la casa a la madrugada, los vecinos tenían que venir muchas veces a darle una mano a mi vieja, algunas veces nos daba con un cable, con lo que tenía a mano, luego de grande nos podíamos defender, o directamente nos fuimos, para qué estar con alguien que no sirve para nada, teníamos solo problemas, no alcanzaba la guita, venían a la puerta los otros borrachos, no se

podía estar así...aquí yo estoy y no jodo a nadie, estoy tranquilo con los changos y no andamos rompiendo las bolas a nadie, pero él sí, encima que chupaba era mala macha”
(Lalo)

Abrazarse, Saludarse (con un beso), Hacer upa. De los relatos presentados anteriormente se desprende que “abrazar”, “saludar con un beso”, “decir las cosas” son formas “reveladoras”, modos de mostrar cariño. Así, abrazar o saludar al otro/a dentro de la dinámica cotidiana fue en algunos relatos verbalizados y reconocido como forma no solamente de demostrar cariño, afecto, sino también como una actitud de asimetría, superioridad de lo masculino, protector, benefactor hacía los demás.

Susana, una de las veces que la entrevisté en la planta baja de la terminal, mencionaba que “aparte del dialogo, saludarse”, era parte de saber cómo esta esa persona, si pudo descansar, dormir, si no le pasa nada grave o raro. En otra ocasión caminábamos por una de las tiras que conectan la parte del “medio” cercanas a las calles de alrededores Susana me hablaba sobre la situación de ella con sus padres:

“Cuando era niña me dejaron en un hogar de mujeres, luego de ahí pasé al hogar escuela en el parque San Martin, recuerdo que ahí conocí a varios de los chicos que ahora estamos viviendo en las ranchadas, en la termi. Tenemos una bocha de tiempo en conocernos, por eso es difícil que nos caguemos entre nosotros, si siempre tenes que estar al tanto, pero aquí somos hermanos y con algunos un poco más” (Susana)

Carlos continuando con los relatos sobre los modos de relacionarse en su familia de origen, observaba las diferencias con la casa y familiares de Ana, quienes solían saludarse cotidianamente con un beso.

“Sí, aunque a muchos de aquí nos incomode ciertas cosas, hay buena gente, aunque uno no tenga las mismas costumbres de ellos, recuerdo que andaba por ahí, haciendo nada en la casa del viejo de Ana, y veía como se trataban entre ellos, sus viejos, tíos, nose si eran caretas o qué, pero lo hacían con respeto, no gritaban, se abrazaban al saludarse, capaz que sí, ellos se tratan así, pero no es tan común ver eso” (Carlos)

A su vez, en las observaciones aparecieron otros contactos mediados principalmente por el cuerpo, adquiriendo centralidad en algunas situaciones, por ejemplo “hacer upa” o colocar los niños/as en la falda, específicamente de las mujeres.

La explícita mención a estas acciones en las cuales específicamente se hace referencia al uso del cuerpo con relación a las prácticas que diariamente llevan a cabo, no pretende dejar de lado la consideración del lugar central de los cuerpos en las diversas prácticas.

Consideramos que todas las prácticas mencionadas incluyen una experiencia corporal del sujeto y un sujeto corpóreo, donde hay cuerpos que se encuentran y desencuentran (Scribano, 2010), por más que no desarrollemos esta dimensión teóricamente en profundidad en este trabajo.

Buscar al hijo/a. En algunas conversaciones, los jóvenes, específicamente, aquellas que son padres, contaban que la situación que les tocó vivir, el “no volver a casa” o “el irse” o “escaparse” sabían que las personas adultas de los hogares, instituciones en las cuales habitaban lo buscaban por distintos lugares de la ciudad, no sabían dónde estaban, entonces los tenían o tuvieron que rastrear, encontrar algún indicio en dónde se podían encontrar. El hecho de que el hijo o hija cuando pueda tener una edad similar a la de ellos se “escape”, en algunos relatos emergió como temor a que sea algo que suceda y en otros como hecho acontecido del que devino el tener que experimentar una situación de abandono, escenario que lo experimentaron cuando fueron separados de sus familias de origen. La responsabilidad de “buscar” apareció centralmente asumida por mujeres.

En una entrevista con Noelia, en la que estábamos en un local de videojuegos cercano a la terminal, recordaba que hacía pocos días el hijo adolescente de una señora que ella conoce se había escapado y ella había colaborado con la búsqueda de dicho menor.

“ En el barrio donde vive mi abuela que es el Alto Comedero, siempre pasan cosas, algunos pibes se escapan, las pibas se fuga con alguno que le pinta el cielo de colores, luego termina con el bombo, embarazada, el tema es que los chicos, bueno yo no soy tan grande, pero cada vez vienen más difíciles de manejar, yo ni quiero verme cómo será mi hija cuando tenga doce años, porque son terribles en todos los aspectos los chicos, bueno el fin de pasado aquí a doña Jacinta, su pibe se le fue y es chico, no llega ni a trece años, ella lo había retado, porque no sabe a qué va al colegio, se lleva todas las materias y ella está en su derecho de poder retarle o reprocharle algo, y el pendejo se fue, todo el barrio salió a buscarlo, quería saber donde estaba, y él boludo se había escondido en la casa de un amigo de la escuela, o algo así, Jacinta hizo movilizar a todos termino siendo un quilombo nada serio” (Noelia)

Noelia relataba que ella le insistía que siga buscando, hay chicos en la termi, que había lugares para meterse y preguntar, se acercaban a los grupos que viven en la calle de la ciudad “¿Y lo vas a seguir buscando?”.

“Había gente que estaba metida, ahí nose que hacían, pero debe ser complicado, pelear siempre con los mismos. Yo pensaba como un vago, un varón para saber dónde anda, que se puede hacer en distintos lugares, pasaron un par de hs. Hasta que dimos con él,

además tenía el clic, de que antes de estar con Dani, que vive en la villa, es difícil complicado, cuando saber que no tiene nada que perder” (Noelia)

Como se desprende de este relato, el temor de que el hijo aparezca muerto puede estar vinculado con los “peligros” que veremos en el capítulo próximo, los cuales atraviesan las configuraciones y sentidos del “cuidar” en la “villa”.

Susana también conoce a una vecina cuya hija de catorce años se había fugado, porque le fue mal en la escuela y hacía unos días que no regresaba a su casa. Sin embargo, Susana no parecía tan atemorizada como Nelly, quizás por tener ideas más claras de dónde la podía encontrar o por conocer ciertas características de su hija, entre otros motivos.

Son interesante las observaciones de Freitas (2002) sobre aquellos adolescentes y jóvenes que luchan por la memoria de aquellos pares que fueron asesinados. A partir de esta situación, la autora reflexiona que desempeñar en una red social una actitud de cooperación no es solo proteger, educar, reciprocidad, sino también ser responsable en luchar por la memoria de aquel que ya no se encuentra junto a ellos, por un entierro digno, por una sociedad más justa, enfatizando que en este caso “la lucha” estaría directamente asociada a lo que las mujeres “jóvenes” desarrollan. Inspirándonos en esta reflexión y si bien en los relatos no aparecieron puntualmente estas situaciones, que pensamos que igualmente pueden ser vividas por otras jóvenes-madres del mismo barrio, nos interesa destacar este y otro tipo de prácticas también asociadas con “cuidar”, como es en este caso “buscar” al hijo/a y “defenderlo/a”.

Defender. “Defender” a los hijos/as, a los hermanos/as, a la madre, a “mi familia”, de lo que hagan y digan “otros”, que no son parte de “mi familia”, aparece como una práctica muy frecuentemente repetida. Esa defensa incluye y justifica “saltar”, “meterse en problemas”, “pegar”, “acogotar” y “matar” si es necesario, por lo tanto, está estrechamente vinculado con formas de proteger al resto de conductas y expresiones ofensivas. Estas expresiones aparecen como formas aceptadas y necesarias para “cuidar” y “proteger” de daños o posibles daños generados a las personas próximas.

Scribano (2010) sostiene que, la protección, la seguridad y la continuidad son algunas manifestaciones de las prácticas que reflejan un interés en común, un compromiso. Se pregunta: ¿Qué significa cuidar en la relación yo/tu/otro? Y sostiene que significa contener de

modo tal que no sea dañado, de modo que no seamos dañados. Podemos decir, siguiendo estas reflexiones, que este conjunto de prácticas del cuidar que aquí nucleamos vinculadas con “defender”, están centralmente orientadas a garantizar que el otro/a no sea dañado o que los integrantes del entramado familiar no sean dañados/as. Los relatos de Lalo, Pedro y Lourdes reflejan esta acción:

“Cuando aquí los fin de, en la termi, siempre se pasan, están chupando desde temprano y le dan a los viejos también, vio profe a ese grupo de basuritas, son los cirujitas, bueno algunas veces nos juntamos con ellos, son buena onda, para con nosotros, el tema va a ser, que algunas veces ya están pasado de rosca, porque viven borrachos, quieran decirle que no tomen más, no creo que vayan a reaccionar bien, nose quién de nosotros es él que tiene un hijo, y sé que no está bien, se empieza a desesperar uno, le falta un plus al día, o sino nosotros también tenemos la bolsita, zafamos con esa para no pasar hambre, aquí en la calle la pasamos muy difícil, el tema es que no hay mucha gente que nos ayude, hay algunos que solo nos discriminan, piensan que solo somos un grupo de vagos que no queremos hacer nada y eso no es cierto, nosotros desde muy chiquito sabemos lo que es trabajar” (Lalo)

Estas tareas vinculadas con “defender” aparecen estrechamente vinculadas con una connotación de “cuidar” centrada en “proteger”, como retomaremos más adelante. Si bien generalmente las respuestas aparecen vinculadas con “defender” a “mi familia” de los “otros”, en algunos casos la práctica de “defender” es realizada por algún integrante del entramado familiar ante otros/as del mismo.

“Siempre hay bardo, quilombo por una u otra cosa, es difícil vivir en la calle, es una porquería si te pones a pensar, porque te falta todo, nada es tuyo, tenes que estar de un lugar a otro, si tenes algún chiquito bebé se complica demasiado, porque encima sos de la calle, mal vestido, no sabes hablar porque no fuiste a la escuela y nadie quiere tomarte como empleado, eso es lo más terrible que puede pasar, pero bueno uno se la puede rebuscar, tiene varias cosas positivas también, nadie te dice nada, no te controlan, te levantas a la hs que queres, nadie te dice nada, sólo la cana que se quieren hacer los pesados, nunca vienen solos a decirte las cosas, siempre son tres o cuatro, el otro día hacía mucho calor y estábamos tomando una cerveza tranqui aquí en el piso sin joder a nadie y vinieron a pedirnos la botella y que sino tirábamos la botella nos teníamos que ir” (Lalo)

“Cuando ocurre algún quilombo con los pibes y vienen de otro lugar siempre hay bardo, lo que pasa que algunos se hacen los pesados, se hacen los guapos, pero luego se van con el culo sangrando, lo hacemos cagar, los fines de semana pasa siempre algún quilombo, pero siempre salimos bien, algunas veces si paso que nos ganaron o algo así, pero casi siempre somos nosotros, pero como conocemos nuestro terreno, sabemos cuándo se está poniendo dura la mano, y alguno tiene una punta o algo para zafar” (Lourdes)

En la mayoría de los relatos los mecanismos de defensa se dan a través de acciones directas, mediante acciones con el propio cuerpo o amenazadas, como observamos en los

relatos anteriores. No obstante, también aparece otra forma, mucho menos mencionada, que es la de denunciar situaciones de violencia de un padre hacia sus hijos/as, en la escuela y en la comisaria, las cuales también se presentarían como formas de “cuidar” y “defender”.

“La mayoría de las veces cuando hay quilombo en la escuela con algunos de los nenes, lo que sucede es que la Noelia no quiere ir sola, entonces tengo que hablar con los encargados en dónde laburo para que me dejen ir un rato, le explico que es por asunto del jardín de la nena, sino no me dejan ir, creen que me voy a jalar con la bolsita por ahí, todos ya nos dicen que somos los pibes bolsitas, pero bueno si uno algunas veces consume, pero no todo el día, trato de no tener olor a nada cuando voy a laburar” (Daniel)

“Pasa que algunas veces la mano se pone dura viste?, no hay guita en la calle y uno tiene que hacer todo lo posible para no tener quilombo con nadie, lo que sucede es que la gente no entiende que aquí hay cosas que uno no quiere hacer, pero bueno se necesita guita y tenes que hacer de todo para conseguir unos mangos, si yo hubiera podido estudiar seguro lo hacía, ahora es difícil poder hacerlo, es estudiar o trabajar” (Nano)

4.1.2. Bienes materiales. De cosas y mejorar las cosas

Las prácticas que presentamos a continuación se caracterizan por estas vinculadas de algún modo con bienes materiales, que es necesario conseguirlos, por ejemplo, a través del trabajo, muchas veces en el mercado informal; siendo la principal necesidad a cubrir la alimentación, vestimenta, proveer en el caso de ser padre/madre, brindar un espacio y elementos para una habitación o vivienda, cosas para la escuela, poder obtener su documentación personal accediendo a algún programa social y los remedios. Incluimos también en esta sección las actividades educativas por considerar que se relacionan con acondicionar, mantener, preparar, ordenar elementos materiales necesarios para la vida cotidiana de los sujetos.

Agrandar, reformar y arreglar el espacio físico en el que habitan. La posibilidad de poder contar con un lugar para ser “habitado” aparece en varias referencias como algo a que “mantener” y que a su vez hace parte de las prácticas que ellos/as despliegan en sus discursos. Observamos que varias reformas en las construcciones precarias denominadas “ranchadas”, tanto internas como externas, suelen ser explicadas teniendo la función de interactuar con algo en común por parte de los integrantes.

Son mencionados y observados arreglos en el interior de las construcciones realizadas en las columnas de los puentes (Lavalle, Necochea, Senador Pérez) que incluyen: mejorar los espacios internos, defensas contras las crecidas de los ríos, haciendo el techo en el caso en que las uniones de las piezas del puente existan espacios abiertos, etc.; obtener elementos, como

algunas sábanas, frazadas, cajones de frutas y verduras que puedan servir como sillas o bancos, y utensilios de cocina.

La división de posibles espacios en los lugares donde se apropian para su permanencia permite observar la modalidad en que ellos administran los recursos disponibles, aparece en algunos casos relacionado con la posibilidad de tener lugares diferenciados para distintas situaciones de acuerdo a las posibilidades, como la situación de Nano quien me mostraba el nuevo espacio y explicaba “un lugar donde podamos estar cómodos, pasar la noche tranquilos, cuando crece el río como viene rápido es peligroso, por eso pusimos piedras también entre las chapas y el plástico”.

En otras ranchadas, era necesario crear nuevos espacios ya que varias personas lo compartían para dormir, incluso algunas parejas e hijos dormían en los mismos colchones todos juntos, entonces se trataba de diferenciar los espacios o generar nuevos para poder dormir en lugares separados, o, aunque sea, menos personas por cada uno de los colchones y frazadas.

La realización de arreglos en algunos lugares, por ejemplo, en el caso de Lalo quién solía rotar para dormir entre la terminal y la ranchada debajo del puente Necochea, apareció ofrecido como modo de “desplazamiento” y equiparado a un posible valor simbólico que los mismos podrían tener, como modo de “evitar ciertos momentos de confrontación”.

“Sucedé que bueno, algunas veces entre los pibes nos jodemos y las bromas no siempre caen bien, ¿algunos lo toman a mal viste?, pero cuando se arma quilombo entonces uno puede irse a otro lugar para pasar la noche, el otro día con Luisito y Fabio, nos fuimos a dormir a la termi, estaban los más grandes ahí en la ranchada y se vuelven pesados en algunas veces, esa es la cuestión, y para no calentarnos más, yo me vine para aquí y los otros se fueron también” (Lalo)

Los arreglos generalmente suelen hacerlos los varones, varios de los cuales manifestaron estar aprendiendo, especialmente a partir de sus espacios laborales, siendo la gran mayoría ayudantes de albañilería. Sin embargo, en algunas ranchadas las mujeres y niñas también colaboran con la mejora del espacio en el cual permanecen. Podemos pensar que se vislumbró cierta mejora económica en el contexto nacional en el período del trabajo de campo –tanto de acceso a los materiales como de capacitación– que hicieron posible que se manifesten estos arreglos, sin poder aún salir de la situación de calle.

Construir muros. Entre las reformas edilicias externas aparece la construcción de muros, los cuales buscan separar sus construcciones de la “calle” y es concebido como una práctica de adueñarse, apropiarse de un espacio que en principio es público, especialmente para poder obtener privacidad ante el resto de los otros, de los transeúntes de la ciudad, y también actuaría como lugar de protección y escondite, en el caso que fuere necesario.

Así, encontramos que la acción que desarrolla aparece fuertemente relacionada con amenazas que se puede vivir en los mismos lugares por donde ellos circulan y permanecen, por esto algunos lugares donde pueden esconder u ocultar algunas cosas de valor son protegidas, siendo un medio la construcción de muros en los frentes de las mismas. Estas observaciones guardan relación con los resultados de Bustamante y Trad (2007), quienes reconocen que incrementar la seguridad, aunque sea de lugares precarios es una preocupación central entre los adultos de Prainha para el cuidado de sus pertenencias, en relación con la consideración de mantenerse en un estado de alerta permanente, con el cuidado de sus pertenencias. En el 2010, ingresé a una de las ranchadas debajo del puente Lavalley y registré:

Bajo por una especie de escalera fabricada por piedra desde uno de los márgenes de los ríos que da sobre la avenida 19 de Abril (frente del Carrefour), pude observar que no hay ninguna piedra que obstaculice la circulación, siendo un camino claro sin ningún tipo de objetos en medio de él, llegué finalmente hasta la ranchada en donde se colocó una chapa, cadena y candado en la entrada del mismo, siendo los mayores quienes tienen libertad para el ingreso y salida del mismo y también quienes puedan agregar o restar cosas en el interior del mismo.

(Nota de campo).

Luego, en la ranchada, pregunté por una defensa cerca del ingreso que me había llamado la atención:

“Lo que pasa es que algunas veces cuando hay quilombo, bajamos corriendo desde arriba, entonces tenemos que tener despejado el camino, y la defensa que viste ahí en la entrada, es un montón de piedra que ponemos cuando vienen las lluvias, pero también sirven cuando hay algo y nos defendemos cagando a pedrada a la cana, es que siempre cuando hay un bardo somos nosotros lo que culpan, entonces ya cansa que siempre pase lo mismo” (Miguel)

“Eso es para que sepan que nosotros también podemos pensar, nos podemos organizar y hacer algo, también algunas veces escondemos cosas que sacamos, durante las noches a los puesteros, y bueno necesitamos filo” (Nano)

En otros sectores de la ciudad, bajo diferentes aspectos se pudo observar también esta situación, en donde los muros y prohibiciones en ciertos lugares supuestamente porque son potencialmente autores de delitos actúan como una especie de fortaleza, es de esta manera, a comparación de años anteriores ellos observan la incrementación de estas “normas” en donde ellos son los principales efectores.

Cuidar sus pertenencias. El espacio que recurrentemente suele ser empleado como vivienda podemos mencionar que aparece como un elemento central para ser vigilado y conservado, en distintos momentos, muchas veces, de luchas entre actores del mismo grupo de pares, siendo frecuentes los procesos de disputas por otros actores que ellos denominan “cirujas”, “cirujitas” no solamente el lugar de poder radicarse para dormir, charlar, recibir los donativos de las iglesias y fundaciones, sino también para desarrollar actividades laborales. Así se despliegan estrategias para “cuidar la ranchada” que incluyen tanto a integrantes temporales del grupo de la termi que forman parte del entramado que forman y en alianzas con los vendedores, puesteros, personal de higiene urbana, entre otros.

Nano describía que él y su hermano iban algunas veces durante el día para ver si no habían sido robadas sus cosas, o les preguntaban a otros, si habían estado allí. Centralmente para *“cuidarnos a nosotros mismos, cuidar la ranchada y vernos entre nosotros”*. Explicaba que es necesario cuidar, actuar de manera hasta en algunas veces violenta para proteger sus pertenencias, la ranchada, tanto por si alguien se quiere meter adentro, por ejemplo cuando pierde la noción de sus comportamientos bajo los efectos de alguna sustancia, por si roban cosas, por si alguien se quiere meter en la ranchada, por ejemplo en caso de persecución policial, por si roban cosas o por operativos policiales que se desarrollan justamente por lo lugares en que se encuentran las ranchadas. Estas construcciones, como resulta ser de elementos altamente inflamables (plástico, cartón y bolsas) requiere un mayor cuidado ya que puede ocurrir algún siniestro.

De diversos relatos se desprende que junto con esa acción de “mirar” a los más chicos o a las mujeres que habíamos señalado, *“mirar la ranchada”* es otra actividad que involucra centralmente a ellos u otros integrantes del entramado que conforman

“Si, y Luis (ciruja) cualquier cosa, nos dice “miren ahí vino la policía u otros vagos que nos son de aquí y quisieron entrar, cuando se van a la terminal y la ranchada queda sola. Así que podemos contar con él cualquier cosa, cuando no nos ven” (Jairo)

Limpiar la ranchada. Lavar la ropa, Acomodar, Cocinar. Las actividades domésticas, como limpiar, ordenar las frazadas, lavar y tender la ropa, acomodar los cajones y bloques que funcionan como sillas, limpiar las cosas que se utilizaron para comer y los utensilios de cocina, que no son muchos, pero cuentan con lo mínimos y necesarios, aparecen sólo en algunos relatos directamente vinculadas con la distribución de tareas en el grupo.

Como hemos mencionado en el primer capítulo, las fronteras y distinciones de las nociones que rodean a estos adolescentes y jóvenes con las de trabajo que podríamos denominarlo “*domestico*” son diversos, desde distintos puntos de vista se pueden distinguir las tareas que desempeñan en el ámbito privado como en el colectivo de los mismos. Dichas tareas permiten que ellos, aparte de practicar la “hermandad” y respetar los códigos cuando saben de qué no hay ningún tipo de impedimento para llevar a cabo las tareas divididas

En este estudio las actividades que desarrollan, en función de aquellas prácticas que fueron reconocidas por los sujetos, conforman para ellos parte de la configuración de sus prácticas diarias, como así también podemos mencionar lo laboral, lúdico, entre otras categorías que pueden hacer alusión a las diversidades de acontecimientos que ocurren en el espacio público de la ciudad.

En las entrevistas, estas actividades presentadas como ordenar y limpiar, es una actividad que lo realiza, según sus perspectivas, aquellos más débiles, que no pueden enfrentarse por sí solo a alguna situación límites o los menores en relación con los más grandes. Siempre es una actividad compartida, no se lo realiza de manera individual, Sergio manifiesta que él más de una vez insiste querer cocinar, ya que le agrada lo suficiente para ofrecerse repentinamente, siendo que los restantes varones realizaban algunas de estas tareas, las cuales, sin embargo, continuaban siendo principalmente adjudicadas como responsabilidad hacia los más débiles, según el escalafón de masculinidad y que se ha venido manteniendo a lo largo de los años entre quienes habitan una ranchada. Sergio explicaba:

“-Sergio, acá en la ranchada, ¿cómo se organizan para hacer las tareas domésticas en el día a día?”

Sergio: No, a mí me gusta cocinar no me preocupa mucho si me toca o no, mejor si me toca, los más chicos, y algunas veces los grandes ayudan a ordenar las cosas, sobre todo los fines de semana cuando salimos queda todo un chancherio, todo sucio y desordenado”

Trabajar. “Trabajar” aparece en algunos relatos como actividad independiente con las prácticas de mendicidad que también son desarrolladas por ellos en algún momento, y también piensan realizarlo en algún futuro si es necesario. El mismo, como actividad pretende recibir un dinero a cambio de lo que lleven a cabo y “pueda tener para comprarme comida o ropa”, especialmente refiriéndose en los momentos que requieren una presentación “agradable” invitar a alguien a salir, las fiestas de fin de año o los fines de semana. Observamos que idea de “trabajar” como práctica surgió asociada con los hombres, identificando diferencias de género en este aspecto, reforzándose los atributos de proveedor asociado a lo exclusivamente masculino. Distinción que existe a partir de lo que acontece con los más pequeños y mujeres que se encuentran en similares condiciones que ellos, quienes únicamente los acompañan o en breves momentos se dedican a la venta de golosinas, estampitas religiosas, entre otros artículos

Sin embargo, al ser una actividad y por su edad no reconocida, pasa a convertirse en situaciones como empleos informales. Situación que ya les toco con anterioridad debido a que cuando vivían con sus familias, varios de ellos tuvieron que salir a trabajar para complementar el dinero de los adultos. Esta situación en innumerables ocasiones es expresada por ellos

“Yo siempre trabaje desde muy chiquito, a mis viejos no le alcanzaba la guita. Entonces nos mandaban a vender algunas cosas, ahí en la feria de los domingos en Alto Comedero. Después como siempre llevábamos dinero, nos vinimos a vender aquí por el centro, por la termi” (Mono)

Mono decía sobre qué es el trabajar “*es que te paguen por lo que haces, pero te paguen lo que mereces, porque siempre viene un agarrado y encima que le cobras solo diez pesos la lustrada, te viene a llorar*”. después aclaraba: “*A los que vienen seguido, ya lo conocemos*” el tema es que “*la pomada, el cepillo y lo que utilizamos esta caro*”.

Por lo tanto, “trabajar” fue vinculado con la noción de que “*no falte nada*” una forma de que las carencias, las necesidades sean suplidas por las actividades que llevan a cabo, pero al mismo tiempo reconocían que tenían “*pocas posibilidades*”, en tanto el pago que reciben por sus ventas, servicios son montos mínimos impidiéndoles inclusive alquilar en una pensión alguna habitación.

En algunos casos, tanto las mujeres y varones manifestaban sobre las posibilidades que les brindaría poder finalizar los estudios primarios y secundarios. Ya que, según sus voces, el poder contar con estos niveles de instrucción podrían ingresar a trabajar por lo menos de cajero en algún supermercado, o en algún otro lugar.

“Siempre pensamos en ir a la escuela a terminar, pero sucede que si no trabajo nose como hago para comer, la Nona nos insiste que vayamos, los operadores nos van a ayudar, el tema es que hay días que terminamos cansados de trabajar, o solo hay fiaca, paja”
(Mono)

Lalo también decía estar poco tiempo en su casa porque trabajaba y por lo tanto indicaba “no saber ni ver” mucho con respecto a cuestiones vinculadas como con la atención de su salud en algunos momentos:

“Pienso que ellos se deben cuidar de distinta manera, de formas, no sé mucho, porque ahora yo no estoy mucho asociado con nadie, yo de mi trabajo acá y estoy continuamente en movimiento. Pienso que ellos también tienen su otra forma de verla. Yo no puedo decirte lo que hacen ellos (el resto de los miembros de la ranchada) acá cuando yo no estoy. Lo que pienso es eso y lo que veo es poca cosa porque me puedo bañar en la de la Nona y después de ahí nos venimos a dormir” (Lalo)

Otro aspecto que apareció en el trabajo de campo con respecto a las relaciones y convergencias entre “trabajar” y las “actividades”, fue con respecto a las actividades de los adolescentes y jóvenes que portan un ingreso económico, ya sea en dinero o bienes²⁵. En el cuaderno de campo en el 2011 me preguntaba: “El trabajo-actividades de estos adolescentes y jóvenes: ¿cómo es visto? ¿es necesario que ellos lo hagan? Parece que sí”.

El hecho de la totalidad de los adolescentes y jóvenes que entrevisté, sobre todo me he encontrado con estas situaciones en donde los varones, realizan algún trabajo, colaborando con alguna actividad que dé un ingreso monetario o en bienes, en algunos relatos en visto como un elemento protector para niño-adolescente. Consideramos que esto puede entenderse en el marco del valor del trabajo o ingresos legales en oposición a ingresos ilegales, en el marco de una situación general de bajos o mínimos ingresos económicos de las familias.

²⁵ Para algunas pistas para pensar el trabajo infantil desde una perspectiva etnográfica (las cuales no pretenden agotar la amplitud de la temática) sugerimos la lectura del trabajo de Noceti (2009) “El trabajo infantil como estrategia de sostén de las familias pobres en la Argentina, la necesidad de rediseñar el objeto de las políticas públicas”, donde la autora propone pensar los sentidos dados a estos trabajos y obsérvalo dentro de los grupos de referencia de los niños trabajadores ya sean grupos de pares o familias, puesto que el trabajo infantil se gesta en una red de relaciones sociales

Entonces que “trabaje”, “pida” o “mangue”, o sea, que se las “rebusque”, sobreviviendo a partir de dinero que él mismo consigue, en algunos relatos tiene una valoración positiva, estando asociado con ser generador de su propio “porvenir”. A su vez, es una práctica que muchos adultos/as, padres y madres de los adolescentes y jóvenes, han realizado en su niñez y que algunos destacan desde su propia experiencia. La madre que no quiso que se dé a conocer su identidad es una de quienes transmitían esta visión:

“Como a veces dice, mi comadre, “ellos lamentablemente deben pasar lo mismo que me tocó a mí (...) yo también de chiquita trabajaba en la finca, ahí en Perico, para las tabacaleras, trabajábamos todos, cuando salíamos de la escuela me iba con mis hermanos. Nosotros éramos varios 8 hermanos, así que el dinero nunca alcanzaba, pero nunca fuimos a robar para tener el pan en la mesa. Trabajamos casi todos los días, menos cuando teníamos prueba, de grande también íbamos, pero no mucho. Empecé a trabajar ahí en casas de familia, limpiando, cocinando, eran buenos conmigo. Luego tuve a los chicos y seguía trabajando, lavando ropa, vendiendo pan casero y parece que algunos entendieron lo que les quise decir de que tienen que trabajar” (Madre de uno de los jóvenes de la “termi”).

En una ocasión se encontraba la hermana mayor de uno de los adolescentes que en ese preciso momento estaba llevando a cabo “changas”. Si bien esta hermana no reconoció específicamente esto como una práctica de la cual debe avergonzarse, si encontramos que ella valora positivamente su experiencia personal de que su hermano menor salgan a trabajar y no a robar, aclarando que fue algo que le enseñó su mamá:

“Yo iba a pedir, cosa que me enseñó mamá. Mi mamá iba a pedir, traía y después guardaba en la heladera. Y cocinaba. No teníamos cocina, así que mi mamá todas las noches hacía fuegos, buscábamos madera y hacía fuego. Y el fuego se convirtió en una cuestión de reunión (...) Había unión (...)” (Hermana de Óscar)

En otros casos el trabajo realizado por niños es considerado como opuesto a la infancia y una actividad de responsabilidad exclusiva de los adultos/as, evaluando negativamente que algunas madres o padres “manden a sus hijos a trabajar a la calle”, postura que sostenía una de las boleteras de la terminal:

*“-Y cuando vos decís atención, ¿qué cosas serían por ejemplo?
Vendedora: Por ejemplo, que, en vez de mandarlos a trabajar a la calle a ellos, que los deje ahí, que ya son grandecitos, que los deje en la casa y que salga ella, porque ella es la mamá, no se dan cuenta que les puede pasar algo, son vagas o miedosas”*

Garantizar que tengan para comer, Dar de comer. Mientras observamos que en ciertos relatos el trabajo fuera del hogar apareció asociado con los hombres, entre las niñas y adolescentes emergieron las expresiones vinculadas con *“en futuro estar en casa y tener hijos”* en relación con garantizar que *“tengan para comer”*, *“que coman”*, no apareciendo explícitamente el trabajo fuera del hogar – actividad que algunas realizan- siendo exclusivamente responsabilidad de los hombres el ser proveedores.

“Lo que más me interesa es que los chicos tengan para comer, estoy pensando si ellos necesitan un pedazo de pan o algo, que no les falta la leche, o lo que ellos quieran tomar o comer, ya que no le podemos dar lo que ellos piden, por lo menos tengan comida”
(Sofía)

“Ay...por más que yo estoy en la calle, no tenemos casa, o no tenemos para alquilar, no quisiera que mis hijos también estén así” (Noelia)

En tono al *“proveer”* y *“comer”* apareció repartir la comida, además de garantizar tenerla, como otro elemento que atraviesa dicha práctica. Algunos relatos hicieron alusión a *“dividir”* la comida que hay, que es escasa, entre los integrantes de las ranchadas, en función de las necesidades y actividades de cada uno/a.

“Entonces, está bien nunca tenemos comida suficiente entre los pibes, pero tratamos de comer lo que podemos y que alcance, capaz que una porción tiene que ser sólo para uno de nosotros, pero bueno tiene que alcanzar para todos los pibes. Si entre todos colocamos para comprar las cosas, no es justo que se queden algunos sin comer, aunque sea una porción chiquita se tiene ue comer. Algunas veces no vamos a la fundación porque e hacen los pesados los operadores, así que debemos comprar o cocinarnos” (Noelia)

Asimismo, el *“dar de comer”* a niños/as u otras personas que viven en las similares condiciones de ellos, pero que no se reúnen con ellos, les dan cuando no tienen algo para comer. En algunas ocasiones que estuve al mediodía fui invitado a comer, lo que había o se preparaba. Especialmente en los momentos cuando habían recibido un poco de guiso y un vaso de jugo por algún grupo de voluntarios de las Iglesias que les solían visitar.

Lalo hacía alusión a que cuando ellos eran niños, él y sus hermanos *“iban a comer a la casa de algún vecino”* o *“andaban pidiendo (comida) por todos lados”*. En este sentido observamos que ofrecer comida e invitar a quedarse a comer se presenta como característica de varios entramados familiares- siendo que algunos desarrollan más esta práctica que otros-

y también una cierta “autogestión” de los niños/as sobre dónde comer y qué comer. Lalo Ponía en palabras esta acción:

“Cuando éramos chicos íbamos a la casa de la Gorda, así le decíamos a una señora que vivía cerca de la casa de mi vieja, luego ella creo que armo un comedor de la Tupac, una copa de leche, pero como nos conocía y sabía que mis viejos no tenían plata, nos daba, aunque sea leche porque la verdad teníamos hambre”

“Lo que más me interesa es que ellos tengan para comer, mi hijita para la leche y yogur, frutas, algunas veces no quiero mentirte de que me desvíó de las cosas que ella necesita, me fumo un papel, pero quiero que a ella no le falte nada, o si no me prestan cuando no tengo, nos ayudamos entre nosotros, para que no les falte nada a los pibes”
(Nano)

En torno al actuar como proveedores, de alimentos, ropa, muchas de las cosas que pueden obtener para brindarles a sus hijos, además de poder garantizarles en su medida cubrir ciertas necesidades. Algunos relatos hicieron alusión a “dividir” a comida que hay, que es escasa, entre los integrantes de la ranchada, o en la zona del centro, en función de las necesidades y actividades de cada uno/a.

“Entonces, está bien, hay algunas veces que no tenemos nada de dinero, pero tratamos de rebuscarla, algunas sandwicherías nos fían para que no pasemos algo de hambre, o la doñita nos dan empanadas, cuando no llegan a vender nada, o sino el que tiene para poder comprar alguna cosa, lo hace aquí todos somos hermanos de la termi, o sino también del centro, ahí estamos todos juntos en la calle, tenemos que pechar para un mismo lado, la situación algunas veces sucede que se pone mano dura la mano” (Nano)

Asimismo, el “dar de comer” a niños/as u otras personas de otros lugares es una actividad frecuente en varias partes. Yo siempre que estuve al mediodía fui invitado a comer, lo que había o se preparaba. Especialmente en la zona de la terminal, vi que varios de los chicos que no eran de la terminal, se juntan para ver si hay algo para comer o ir a la fundación.

Lalo hacía alusión a que los niños/as “van a comer a algún lugar, a la abuela, tías” o cuando vienen aquí algunas veces le dejo que vayan a “pedir comida”, porque son muy chiquitos para que estén solos. En este sentido observamos que ofrecer comida e invitar a quedarse a comer se presenta como característica de varios entramados, sino que algunos desarrollan más esta práctica que otros y también una cierta “auto-gestión” de los niños/as sobre dónde comer. Lalo ponía en palabras esta acción:

“Los chicos más chiquitos, son los que tienen más prioridad, o las pibas, las madres, ahí en la fundación también pueden estar, así que se quedan con los nenes, ahí le

dan la leche, hacen jugar, por eso algunas de las pibas se van directamente para ahí y vienen poco para este lado, además viste el calor que hace o el frío necesitan estar en un lugar con techo, que no haya nada que los lastime” (Lalo)

Retomaremos estas prácticas y las relaciones en torno a las mismas en el sexto capítulo.

Dar dinero cuando se necesita. En una ocasión Nano, cuando estábamos en el comedor de la fundación, luego de mostrarme algunas fotos del celular de su hija, me explicó que el día anterior tuvo que ir a ver a la casa de los padres de Belén para darle dinero de un medicamento de Caty: para ir al médico tenes que tener dinero *“igual ella no le pasa muchas cosas”*, aclaraba, comprar las cosas para la escuela y comprar comida, igual la comida solía resolverla con la Asignación que cobra ella y también lo que le da abuela.

Observamos que dar bienes asociados con ser “proveedor” aparece centralmente vinculado con estos ejes que mencionaba Nano: dinero para los remedios, para comprar las cosas para la escuela, comprar comida y en algunos casos también fue mencionada la ropa. Por lo menos estas son las referencias que han aparecido vinculadas con “cuidar”.

“Yo creo que la forma de ser un hombre de verdad es poder darle todo a tu hija, con la madre pueden cambiar las cosas, pero tu hija es tu hija, cada tanto le tiro unos pesitos, me fijo que este bien, que no le pase nada malo, ella quiere venir conmigo para la terminal, algunas veces la dejo que vengan, pero no me gusta mucho, porque se puede lastimar, hacerse algo” (Nano)

Poder comprar medicamentos con el dinero obtenido. En una ocasión Daniel, cuando estábamos en el parque San Martín esperando que un grupo perteneciente a una Iglesia Católica empiecen a repartir la cena, luego de comentarme entre otras cosas a que se dedicaba a vender golosinas, debido a de que en una pelea le quitaron su cajón para lustrar zapatos, me explicó que había sido contagiado por una enfermedad y que estaba concurrendo seguido al Hospital Pablo Soria, *“igual no voy mucho”*, aclaraba; comprar las cosas para la escuela y comprar comida, igual la comida solía resolverla con el dinero que le depositaban al ser beneficiario del PROGRESAR y la comida que les dá en el caso de ir a trabajar como ayudante de cocina. También suelen tener “fiado” en algunas sandwicherías que se encuentran en las zonas aledañas de la terminal

Observamos que dar bienes asociados con “colaborar” aparece centralmente vinculado con estos ejes que mencionaba Daniel: dinero para los remedios (analgésicos), para

comprar las cosas para la escuela, comprar comida y en algunos casos también fue mencionada la ropa. Por lo menos estas son las referencias que han aparecido vinculadas con la “adquisición” de recursos.

“Yo creo que la forma de poder comprar las cosas es así, cada tanto nos tiran unos pesos de más, cuando ven que trabajamos o respetamos, como algunas veces me toco ayudar en la cocina aquí en la termi, de ahí sacaba algo para algunos remedios que estaba tomando, pero en caso de que me lastimaba me iba a la salita” (Daniel)

Comprar cosas para la escuela. En algunos relatos, comprar elementos necesarios para llevar a la escuela, cuadernos o lápices, por ejemplo, apareció vinculado con la idea de “adquirir bienes”. Como mostraban las palabras de una de Miguel:

*“Miguel: Y me aseguran que este bien, que me compre...por suerte, por eso puedo comprar para la escuela y el pre jardín de la nena
- ¿Le tenes que comprar todo?
Miguel: algunas cosas, no todo, porque le dan en el jardín, nos ayudan”*

Comprar y recibir ropa. En algunas situaciones me contaron haber comprado ropa o zapatos, lo cual era presentado vinculado con “poseer bienes”. Este aspecto si bien fue mencionado, no apareció con centralidad en los relatos.

“Si, igual después le dije, “mira, yo trabajo, todos los días, pero lo que sucede es que no ganamos mucho dinero, vendiendo o haciendo otras changas...es cierto robamos algunas veces. Algunas veces si vamos a la feria de americana, vio esas que se arman aquí por el caracol, o en Alto Comedero. Luego la Nona nos da zapatillas, colchas, pantalones, creo que el gobierno le da a ella para que nos den...pero algunas veces nos mezquinan, se hace la mala la vieja, pero después se da cuenta de que nos tiene que dar, sino la vamos a ir a denunciar que no nos da, lo que es nuestro, ahí algunas veces también lavamos las cosas, tienen lavarropa ellos”. (Miguel)

4.1.3. Saberes, experiencias, valores y reglas

En este apartado agrupamos un tercer conjunto de acciones centralmente relacionadas con la transmisión de saberes, experiencias, valores y reglas, que dan cuenta de una dimensión vinculada con aspectos cognitivos, educativos y morales.

Sintéticamente, señalamos que entendemos las familias como grupos y sujetos de elaboración de memorias y actores centrales en los procesos de transmisión (Halbwachs, 2004; Candau, 1998; Sarti, 2004). La transmisión y la memoria en el marco de las familias se

conectan y son interdependientes, siendo posible trazar una línea de relaciones entre transmisiones, por las que se moviliza la memoria familiar, socialización, educación e identidad (Candau, 1998). En las prácticas las distintas actividades y acciones se articulan, como ya hemos visto en algunas de las actividades desarrolladas anteriormente y como profundizaremos a continuación.

Diversas investigaciones hacen referencia a los procesos de aprendizaje y socialización familiar en tanto modelos aprendidos en la familia de origen (Alves, 2013), modos de cuidar (Bustamante y Trad, 2007) o modelos orientados el cuidado (Carvalho, 2007). A su vez, algunos estudios profundizan en torno a la memoria y transmisión familiar, sea transmisión de valores e historia familiar (Sarti, 2004), transmisión y aprendizaje de sentimientos familiares (Halbawachs, 2004; Bourdieu, 1997), de una visión del mundo (Candau, 1998) o de un modo de ser con los otros efectivamente (Szymansky, 2002; Scribano, 2010).

Hablarle. Una de las prácticas que fue mencionada es “*el hablarnos bien*”, “*para que le vaya un poco mejor*”, para que “*hagamos las cosas bien*”, “*para que progreseemos*”, para “*que sepan cómo son las cosas*”, para que “*abramos los ojos, reaccionemos para el día de mañana*”. Parece que el propósito que nuclea el “*hablarles a ellos*” está centrado en que “*nos vaya un poco mejor*”. Diego, explicando cómo les hablaba doña Lili una vendedora, decía:

“Después de protegerlos, en todo...ella trata de... a todos les habla para que podamos salir adelante...el día de mañana no sean como les está pasando a muchas personas, se convierten sólo en chorros, delincuentes, van saliendo y entrando en la cárcel, se vuelven drogadictos, borrachos. Uno busca que entiendan que uno le habla bien es para ellos, por su futuro, para que no sigan viviendo así en la calle” (Doña Lili)

Este “*hablarle*” se realiza a través de transmitir ideas, experiencias, indicaciones, por lo tanto, incluye varias prácticas de las que detallaremos en esta sección. Gastón señalaba:

“- ¿Cuándo les habla así, Ud. Cómo lo toman. ¿Escuchan?

Gastón: Y cuando nos hablan, nos comentan, conversan, nos quieren transmitir cosas, capaz que tienen razón, no quiero decir que no sepan nada, buenas razones deben haber, además porque algunas veces nos ven con la bolsita.

- ¿Y que sienten cuando les hablan así?

Gastón: lo tomamos bien, ver que alguien por lo menos nos habla y no solamente nos dicen drogones, o que, por vivir en la calle, ya somos malos”

Los relatos de Diego refuerzan los dichos de Gastón:

“-Entonces ¿vos sentís que te cuidan aquí?”

Diego: Sí, entre los pibes, nos cuidamos un poco. Pero siempre pasa algo, y algunas veces nos hacemos cagar entre nosotros. Pero sí, luego vienen y nos hablan, la primera que viene y nos dice algo, nos reta si nos mandamos algunas cagadas en doña Lili, muchas veces discutió con los policías, simplemente porque estamos así vestidos, ya nos querían subir en el móvil”

Si entablamos una relación entre las prácticas que están centradas en “conversar”, “preguntar” y “escuchar”, que también incluían el “hablar”, y aquellas vinculadas con “hablarles”, que varias las presentamos a continuación, observamos una preeminencia de las segundas sobre las primeras, lo cual parece mostrar que el “acompañar” está más asociado con “transmitir” que con “escuchar”.

Inculcar las cosas que pasaron a otros. En diversos relatos, surgió como forma relevante de crear vínculos, lazos fue transmitir la experiencia de vida. Contar la propia historia es considerada como un elemento de aprendizaje que el otro/a puede emplear para aprender y usar cuando necesite.

Dicho procedimiento se relaciona con cierta autorización basada sobre la experiencia, que podría sintetizarse en “un yo pase lo mismo, entonces yo sé” y consiste centralmente en relatar episodios vividos, que actúan a modo de ejemplo, Carlos relataba:

“Porque uno no está en todo momento, por ejemplo, con una hija, uno no está en todo momento, no sabe qué le pasa en cada segundo por su mente, entonces uno no le habla, trata de darle ejemplos o contarles algo que pasó, y yo sé que ella no quiero que terminen viviendo en la calle, y no quiero que cometa los mismos errores que yo, si uno no está de más que nos podemos equivocar, aquí en la calle se pasa momentos difíciles, pero uno también debe entender que eso puede ayudar a que uno no se quede vacío. Me parece que lo mejor es que debemos experimentar, si yo desde chiquito vivía en la calle, entonces con más de 15 años, creo que algo aprendí, viví en hogares, en la calle, en todas partes donde uno se imagine, bueno ahí estuve. Eso más que nada, por eso algunas veces quiero salir de esta situación, quiero ver si puedo terminar la escuela y conseguir un buen trabajo” (Carlos)

Leandro explicaba que “*inculcar las cosas que te pasaron a vos*” es un modo de transmitir seguridad a los más chicos y en un futuro si sos padre a tus hijos. Si bien él indicaba que no sabía cómo transmitir dicha seguridad creía que relatar experiencias vividas, en este caso que las que le generaban orgullo contar, podían funcionar para fortalecer al otro/a:

“Doña Lili: ellos se enojan conmigo porque yo les digo “yo antes...”, “si, pero ante era antes (responden los pibes). Yo sé que diciéndole lo que me pasaba a mí antes ellos lo pueden tomar o no lo pueden tomar, total el bien es para ellos, no para mí.

- ¿Vos pensás que transmitir tu experiencia es una forma de tener una figura adulta en tu vida, pensas que pudo haber cambiado algo si estaban con vos tus padres, o no tendrías que haber estado por distintos institutos?

- Carlos: sí, para mí yo lo veo así (...) Estar en esta situación es como todo, tal vez algunos no se saben expresar o transmitir la seguridad que se les puede dar a los más chicos, es toda una situación difícil estar así, es espantoso, pero bueno no pasa en que lo pases mal, todo lo mejor que puedes hacer, algunas veces es andar tranquilo, sin ningún tipo de problemas, ya que algunos deben andar cruzados, pueden hacer cualquier macana, te pueden pinchar, como le hizo Fabio a Luisito, no se acuerda?. Aquí capaz que hace más falta que nos hablen, se acerquen... todos piensan que únicamente somos chorros o drogadictos, ese es el tema aquí. Nos tildan de lo peor, pero nadie conoce nuestras historias, no hablaron con nosotros, se guían en que algunos se equivocan, pero no todos hacemos las cosas que si hacen otros. Pero bueno ahora, estamos así, tenemos que aprender cosas que luego seguro nos va a servir de algo, más adelante debemos pensar en lo que hacemos bien, pero ahora somos jóvenes, también hay cosas que debemos disfrutar, pero sí algunas veces nos ocurre que nos pasamos de roscas²⁶. ”

Dar consejos y advertencias. Algunas transmisiones consisten en dar “consejos” y advertencias. Como señalaba Miguel:

“- Pero, ¿sentís que hay una relación de amistad que cada vez se profundiza?, cuando van viviendo distintas situaciones?

Federico: Y, por ahí si nos damos consejos entre nosotros, los más grandes queremos dar a conocer a los más chicos lo que nos tocó vivir. O si estamos hablando, por ahí de parecer así entre nosotros, pensamos más o menos lo mismo”

Para ellos muchos consejos están vinculados con prestar atención en la calle e incluyan advertencias sobre cómo manejarse en la misma cuando están solos, por ejemplo, realizando los trayectos por zonas oscuras, o pocas concurridas. Las mismas contienen indicaciones para prevenirse, “defenderse” o saber actuar ante agresiones u otros “peligros de la calle”. Rogelio indicaba al respecto:

“Lo que es tema de seguridad si te va a pasar cosa, te va a pasar acá, allá, en cualquier lado, pero tenes que prevenir las cosas. El otro día vino Oscar y dijo que le gritaron desde un auto “drogadicto” y yo le dije vos no haga nada, estos ni saben que te paso, no le contestes, no hagas nada, y si ves que se te arrima ponete ya en posición para pelear, o llámalo a los pibes, unas de esas te ayudan por cualquier situación, eso siempre es

²⁶ La alusión a que “alguien te queme la ranchada” se relaciona con estar involucrado en actividades ilegales y por lo tanto correr el riesgo de que alguien se acerque a la ranchada para reclamar algo de modo violento.

así. Nosotros no dejamos en banda a los hermanos de la termi, aquí compartimos todo y nos cuidamos” (Rogelio)

Algunos “consejos” señalan aspectos a tener en cuenta en relación con la oferta de trabajo: “fíjate, si te ofrecen un trabajo”, advertencias especialmente a las mujeres relacionadas con posibles engaños que derivan en formas de explotaciones laborales y sexuales; mientras que otras consideraciones son sobre las relaciones de pareja, Cristian refería “sobre el maltrato” y sobre “cómo cuidarse”. Carlos decía:

“Bueno y a veces con los chicos, tratamos de decirle algo a las chicas, que se cuiden, las cuidamos con un poco de paciencia, algunas veces nos escuchan, otras veces no. Aquí siempre se los ve a los violines que andan mirando a las chicas, les decimos “raja de aquí, sino quieres que te hagamos cagar” (...)” (Carlos)

Román también contaba que le daba “consejos” a los chicos menores que él para “defenderse” en cualquier lugar de las agresiones de quienes quieren hacerle algún daño:

“Eso también es importante, yo veo que a Claudia también le pasa lo mismo, o que, está bien, no le hablan, pero le pelean y yo le digo que, no que no haga nada, yo le digo que se defienda, porque si no, si uno le deja a que le sigan haciendo, le van a seguir haciendo toda la vida. Si ella no dice, “No, basta” sea de la manera que sea, la que tenga que reaccionar, porque si vienen y lo empujan yo le digo que ella empuje más fuerte y si vienen y le gritan, que ella grite más fuerte. Porque lamentablemente es así y más en los lugares, donde no hay nadie, porque si uno va por los distintos lugares y hay gente no pasa nada, no va a pasar nada, es más, tienen que cuidarnos entre nosotros. Si en la calle se aprende eso, o ven eso, es lo mejor, ya son así no van a cambiar, pero si nosotros nos defendemos es lo mejor y no dejamos que nos toquen. En todos lados creo que es así, no solamente en la calle” (Román)

En algunos relatos hay referencias a que las transmisiones siguen una “cadena” entre generaciones, de madres, padres u otros adultos/as hacia sus hijos e hijas, que después es reproducida por los hermanos/as mayores a los siguientes, proceso que en algunos casos es significado en términos de reciprocidades, en tanto obligación de dar, recibir y devolver (Mauss, 1971), como por ejemplo por Lalo, que hacía el “resumen general”:

“El resumen general e que si vos aprendiste de personas más grandes que vos está bien porque vos tomas el consejo de esas personas y en adelante pasa lo mismo, porque vos las creencias que vos tenes se la transmitís al segundo y el segundo a lo mejor se lo va a decir al tercero y así sigue la cadena. Por eso, para mí es un orgullo que el día de mañana digan “gracias, porque por lo menos de una paliza me salvaste”, pasa con todo, si vos decís “que gracias a tus viejos llegaste a estudiar, aquí en la calle también aprendes, de todas las

cosas aprendes, de lo bueno y de lo malo, sucede que bueno no pasa siempre esas cosas, es lo mejor que podemos hacer, que no le jodan nada a ellos” (Lalo)

Mostrar: enseñar con el ejemplo. Junto con la transmisión verbal y oral de la experiencia vivida como modo de ejemplo, algunos sujetos referían a las transmisiones que se realizan y actúan como “*ejemplos*” desde lo que se muestra y observa que el otro/a hace y dice, o sea, “*con los hechos nos mostraba*”.

Sobre esto conversaban Juan y Hernán, refiriéndose a los modos en los que la madre de Juan les había enseñado a sus hijos e hijas a cuidarse, protegerse en momentos de peligros entre ellos. Hernán destacaba la significativa impronta que genera “*lo hecho y visto*” en los procesos de aprendizaje.

“- ¿La madre de Uds. cuando se enteró que andaban en la calle, les decía que debían cuidarse?”.

Hernán: ella siempre, las primeras veces nos hablaba...nos decía muchas cosas.

Juan: creo que los hechos es más que lo dicho con las palabras, uno con la actuación de cada uno ve. A veces las palabras...”

Carlos y Salomón también hacían referencias de este tipo en sus relatos:

“Si vos, como dicen todos, tiene que partir de tu casa, la seguridad, el ejemplo, todo, sino bueno, el camino que muchas veces queda es el de la delincuencia, vamos a decir la verdad, porque es así, pero muchas veces ocurre a que las cosas sucedan, aquí las pasas difíciles. Pero muchas veces te queda la cosita de que bueno, si caes en cana, luego nadie te quiere contratar, porque piensan que sos chorro, y ya te dicen para siempre eso” (Carlos)

“-Salomón tiene 21 años, y debe cuidar a sus hermanos menores ¿qué haces para que ellos no pasen peligros?

Salomón: y les hablo, pero sé que algunas veces se van a mandar macanas como me paso a mí”

Incentivar que estudien. Hacer que estudien. “*Incentivar que estudien*” o que vayan a la escuela, colegio e intentar, hacer o garantizar que estudien y que les “*vaya bien en el colegio*”, aparecen como acciones que integran las prácticas hacia estos jóvenes que buscan sea inculcada por parte de aquellos adultos que ellos consideran como referentes.

En este sentido, observamos que estudiar e ir a la escuela fueron hechos como sucesos valorados positivamente en los entramados presentes entre ellos (adultos y pares),

especialmente para los niños/as y adolescentes, desarrollándose un conjunto de prácticas vinculadas con garantizar esto. “*Ir a la escuela o colegio*” aparece con conseguir mejoras en nivel personal y en las relaciones con otros, para poder conseguir trabajo y para “*ser más*” que los progenitores. Francisco hablando de su sobrino, de 4 años aproximadamente, señalaba:

“Trato de apoyarlo y que también me apoyen a mí para que pueda terminar la escuela por lo menos, mi sobri por más que es chiquito y vive con mi hermana, debe saber que tiene que terminar la escuela. Que aproveche la oportunidad que tiene de estudiar, algunas veces aquí también entre los changos hablamos sobre la escuela” (Francisco)

Carlos también explicitaba este aspecto en sus relatos:

“Algunas veces intento, y les hablo que muchos de ellos puedan estudiar, sobre todo los más chicos...el tema es que cuando estas mucho tiempo viviendo en la calle, es difícil que después puedas irte. Tenes que tener ganas de salir, o bien tienen que fijarse que no siempre quieres andar así”

“Te escuchan, pero les entra por un oído y les sale por otro. Es una cuestión de que tengan, que se choquen con el piso o contra la pared, el tema es que pasan los años y se quedan así. Después seguro que cuando embaracen a sus minas no van a saber cómo hacer para comprar la leche, pañales (...), el tema es que bueno, quieras o no algunas veces parece que te dan más bola si tenes estudios o algo, sino siempre de vendedor o albañil”

Enseñar: transmitir valores y reglas. Estrechamente vinculado con la noción de “*enseñar*”, aparece la transmisión de valores. De nuestro trabajo de campo, emergieron algunos valores repetidos en los discursos, como: el respeto a la casa (situación ajena a ellos), la familia y los padres (ausentes en muchos casos); la unidad familiar; la unión, protección y ayuda entre hermanos y compartir lo que se tiene, especialmente la comida²⁷

Federico contaba cómo les “*enseñaba*” a sus hermanos menores, Nano y Ketchup, el valor de compartir (específicamente centrado en compartir la comida), el cual tenía una aplicación práctica de instaurar y activar una relación de reciprocidad, que garantice poder recibir cuando sean necesario.

²⁷ López Machado (2008) en su investigación destacó que las abuelas cuidan a sus nietos/as, a través de bienes simbólicos transmitidos, en forma de valores, los cuales espejan referencias morales en el contexto de los intercambios generacionales y de las relaciones familiares. La autora identifica los valores de Familia, Honra, Trabajo y Estudio, Fe y la Fuerza de las luchas como preponderantes en los discursos de las abuelas investigadas.

“Si vos tenes, compartí, y si vos no tenes, va a venir el otro que va a tener y te va a compartir, porque si vos no haces eso el día de mañana el otro no te va a dar nada, entonces, así como vos ayudás, ellos te van a ayudar, si no olvidate de que te ayuden. Entonces siempre que nos ayudemos entre nosotros (...) Muchas veces le hago de que no tengo para ver qué es lo que hacen, ponele lo que le estoy diciendo, lo que le estoy enseñando lo entienden, pero algunas veces escuchan, ahora por el calor andan más volados, consumiendo” (Kechup)

Javier en relación con su hermana menor, señalaba que él trataba de “enseñarle”:

“Que primero que nada nos tenemos que respetar entre nosotros, que tiene que saber que voy a cuidarla, cualquier cosa que le quieran hacer los guachines o cualquiera. Pero también le tengo que enseñar que no ande en lugares sola, pero bueno, es cuestión de que me escuche, además las mujeres tienen que tener más cuidado, porque hay muchos zarpados, hay cada alzado dando vuelta, sobre todo los viejos pajeros, que se pasan con las pibas” (Javier)

Como se desprende de este relato, algunas de los jóvenes tratan de dar a conocer a los menores que ellos, especialmente a las mujeres dan cuenta de transmitir valores en los cuales se plasman regulaciones en torno a los noviazgos, como a continuación explicaremos. Asimismo, algunos enfatizaban que transmitían a los más chicos el respeto, la responsabilidad y el compromiso hacia sus posibles parejas. La “enseñanza” del respeto a las parejas mujeres podemos pensar que se asocia en varios casos con las propias experiencias de menosprecio y en algunos casos otros tipos de violencias vividas por las madres de ellos por parte de sus parejas hombres.

Un día en el cual yo estaba en la parada de colectivo sobre la 19 de abril su la “cuñada” de Federico, de 16 años, quien estaba junto a Nano estaban vendiendo alfajores, ella iba por una de las veredas, mientras que él ofrecía por la otra vereda, luego ella me comenta que querían “ir a la pileta de la Tupac por el calor” una jornada con altas temperatura y humedad. Ella comienza a relatar que suelen ir a los días similares con mucho calor a esa pileta “ya que no se paga entrada” como en los otros lugares, lo malo es que está lleno. Luego ella me comenta que hay veces que también suelen ir juntos a sus hermanas y explicándome:

“A veces vienen a estar conmigo aquí junto a mí y Nano, la Guada, Vilma y Carlita, ya que no quiero que se queden sola en la casa. Mi mamá se va temprano a las tres a ayudar al comedor, le prepara la merienda a los que van y luego prepara las milanesas, lomitos para vender ahí cerca del Bachí seis, ¿vivo que ahí está la parada?, ella vende ahí hasta las doce de la noche. Entonces como las chicas van a la mañana a la escuela, después de comer las traigo conmigo, bueno antes hacen la tarea, vamos a la pileta y luego las vuelvo a llevar a la casa, a veces me acompaña Nano, ya que no se lleva bien con mi mamá, nose que paso, ninguno de los dos me cuenta, pero bueno, Nano no es malo conmigo, se hizo cargo de la

nena, si hubiera sido cualquiera se hubiera borrado, pero él esta con nosotras va a vernos, a Caty le da lo que puede, que no le falte nada, y eso que no somos ya pareja” (Belén)

En varias ocasiones Nano enfatizó que ella:

“Por más que algunas veces esta Belén aquí en la ranchada con los chicos vuelve a casa. Pero en la calle la cuido yo con los chicos, si pasa algo, pero no pasó nada hasta el momento gracias a Dios...” (Nano)

Asimismo, otro día relató Lalo cuando recibe la noticia de que su pareja vendrá a verlo junto a su pequeño hijo:

“Cuando viene mi pareja a hacerme ver a mi nene, siempre me manda un mensajito al celu. Así la espero en la parada por cualquier cosa...ya que aquí algunas veces los pibes están dados vueltas y creen que pueden hacer lo que quiere, a ver si una de esas la lastiman a ella con mi bebé (...) vio profé. Algunas veces los pibes son complicados, se empastillan como el Fabio y no saben que hacen, después cuando ya le dejo hacer efecto, se dan cuenta de que hacen macanas, así lo pincho a Luisito, después se dio cuenta de lo que hizo, por eso hay que tener cuidado de los pendejos que andan volados, ni idea tienen de lo que hacen por eso no dejo que ella ande sola con el nene, a ver si le hacen algo o lastiman” (Lalo)

Ximena, pensando en la posibilidad de tener un hijo varón, también opinaba en la misma dirección de los relatos anteriormente presentados:

“Yo sí tendría mi hijito aquí, lo cuidaría, espero no estar con él por aquí, yo veo que las pibas que son madre la pasan jodido, aquí ni te respetan los viejos borrachos por más que te vean con tu hijito en brazos, esa es la verdad (...) a mí mucho eso no me gusta, pero bueno, espero encontrar un buen pibe que nos dé lo que necesitamos, no quiero un chalet, una casa grande y un auto. Solo quiero que me dé a mí y a mi bebe lo que necesitemos, ese es un tema que nos toca pasar, porque ellos vienen y se van cuando visitan a los chicos, el tema es una cuando está sola y tu propia casa te sacan en cara de que vos te lo buscaste” (Ximena)

Condiciones en el noviazgo. Como observamos, uno de los aspectos que aparecen en los discursos como forma de mantener la cohesión del grupo y de la vinculación con el sexo opuesto es la conformación de una pareja, son las regulaciones en torno al noviazgo, poniendo “condiciones”: indicaciones sobre la edad para tener novia, momentos para estar con el chico/a, sucesos de presentación al grupo de pares y posible maternidad/paternidad.

La aparición de este tipo de referencias me llamó la atención en el trabajo de campo, parecían discursos y prácticas tradicionales que eran relatadas en diferentes espacios y que

sonaban contradictorias con otras referencias y hechos relatados y observados. Así, en ocasiones estos discursos y prácticas no se correspondían del todo con la realidad actual o parecían estar tratando de “negociar” con lo que estaba sucediendo, observándose algunas contradicciones entre los esquemas de valores declarados y los hechos cotidianos. Subyacen a estas prácticas un conjunto de valores anclados en construcciones de género: los varones deberían ser los proveedores en las necesidades tanto de la pareja como del hijo y las mujeres se encargarían del cuidado de los pequeños, como así más adelante de la educación.

Un día que estaba en la terminal junto a Nano, él contaba con respecto a su noviazgo junto a Belén, quienes se conocieron en un evento denominado por los “Derechos de los niños y jóvenes”, que se llevó a cabo en Mar del Plata organizado por la Secretaría de Niñez, adolescencia y Familia-Ministerio de Desarrollo Social de la Nación. Compartieron ellos dos el mismo contingente proveniente de la ciudad de San Salvador de Jujuy, juntos a otros adolescentes de distintas fundaciones.

Allí relata Nano, que primero intercambiaron miradas y luego palabras. Pasaron un par de días conociéndose mientras duraba el evento en la localidad balnearia. Luego, al arribar a la provincia desarrollan un intercambio de celulares para seguir comunicados y poder verse.

Belén relata que su madre se opuso fuertemente a que ella iniciara cualquier tipo de relación con Nano, debido a que sabía que es un “pibe de la calle” que no tiene familia y que solamente sabe drogarse y robar. Manifestaciones que en algunas oportunidades pude escucharlo desde su progenitora, sabiendo que en algunos momentos él estaba rumbo a buscarla al barrio Islas Malvinas, donde ella se radican junto a su madre:

“- Vos ¿cómo hiciste para ponerte de novio con Belén?

Nano: y nos conocíamos así de vista por las distintas cosas que hacíamos en la fundación, como yo venía a lo de la Nona, ella iba a uno de Malvinas creo que se llama “2 de abril”, ahí, iban Belén con sus hermanas, a merendar y hacer las tareas. Luego cuando viajábamos a Mar del Plata, si nos veíamos seguido, porque con el prof. Ering ensayábamos el carnavalito, él como tocaba la guitarra, venía otro Prof. A tocar el charango, entonces los sábados veníamos aquí la Nona nos cocinaba y nos quedábamos hasta la tarde, porque eran varios números que debíamos actuar allá, era un encuentro de jóvenes, aparte de tener como tipo charlas, como fuimos de todo el país, debíamos presentarnos con algo. Ahí bueno, charlábamos entre los chicos y chicas, por más que dormíamos en distintos hoteles nos cruzábamos a la hs. Del almuerzo o en las salidas junto a los Prof. Que viajaron con nosotros. Comenzamos a hablar más de seguido con Belén, pero como ya nos conocíamos, fue un poco más fácil ir a encararla. Cuando llegamos yo la iba a visitar y ella me venía a ver en la terminal...la llevaba a cenar cuando podía tener un poco de dinero por lo que

vendía o conseguía por día...la cuidaba, le hacía sentir bien, que no se preocupe por el resto (...), luego nos seguíamos viendo, mi viejo no nos quería que andemos juntos, pero yo lo quería a él. Me hacía bien estar con él, pasábamos mucho tiempo junto, yo subía a la termi a buscarlo y él dejaba de trabajar y nos íbamos por ahí juntos, luego la tuve a la Caty, no lo dejaron a entrar a él en la maternidad del San Roque, pero él estuvo ahí para ver que necesitábamos las dos”

En otra entrevista junto a Óscar, también manifiesta los momentos y sucesos que tuvo que vivir a raíz de iniciar su noviazgo junto a una chica que podríamos decir, no es de la “calle”, sino que vivía en un barrio residencial y concurría a un establecimiento de gestión privada. En este caso Óscar, no tuvo ningún tipo de acercamiento con los padres de la adolescente, ya que, hablando con ella, llegaron a la conclusión de que no era lo indicado hacerlo debido a que él es un “chico de la calle” y ella no. A su vez, ella no le permitía que se acercara a su casa, los encuentros quedaban pautados en la zona del centro o de la terminal, debido a la situación que podría provocar que los encontraran juntos.

- “- ¿Cómo era que me contaste que te pusiste de novio con la madre de tu nene?”*
- Nos conocimos en Astros, vio ese boliche que este camino al Alto...ahí. Ella estaba con su grupo de amigas, yo había ido con Carlos y los pibes de aquí, de la termi, la pasamos bien, toda joya, y de ahí nos empezamos a ver (...)*
 - ¿Cuánto tiempo estuvieron juntos?*
 - Y calcule un año, un año y medio Prof. Nos llevábamos bien primero, todo tranqui, luego comenzaron los bardos, porque sus viejos, en especial su viejo no quería saber nada que yo ande con su hija, sólo porque vivo en la calle...pero en realidad no sabe porque vivo así, es un gil (...)*
 - ¿Ella fue tu primera novia?*
 - Sí, fue lindo, hasta que su familia se empezó a meter, decía que era muy chica para ponerse de novia y que conmigo no podía estar, que era un chorro, drogón”*

En relación al noviazgo Ramón destaca lo siguiente:

“Cuando me puse de novio...todo era canchero...luego vinieron los bardos. Primero porque los viejos se hacen quilombo porque estamos viviendo en la calle y no quieren, o les da vergüenza que sus hijas salgan con nosotros, debe ser porque andamos así todo descuidado, pero bueno no es porque nosotros quisiéramos andar así, sino que bueno nos tocó pasarla. Si es cierto algunas cosas que nos dicen, pero no siempre estamos jalando o chupando birra. Nos rescatamos, yo no quiero vivir toda mi vida aquí en la calle (...)
(Ramón)

Estos aspectos de las relaciones de pareja entre los jóvenes requerirían un análisis mucho más complejo y completo del que podemos y es nuestra intención hacer en este

trabajo. Sin embargo, dejamos esta cuestión mencionada para ser considerada quizás en otras aproximaciones.

Los cuidados para no tener un embarazo no deseado Registramos un conjunto de prácticas vinculadas con no ser padres de manera precoz, especialmente referidas a las y los menores, centradas en transmitir y regular aspectos que tienen que ver con las relaciones sexuales y afectivas.

Entre éstas se incluyen “*poder cuidarse*”, la cual se centra principalmente en enseñarles y acercarles formas de anticoncepción para evitar que las adolescentes mujeres queden embarazadas en los talleres que dictan en las escuelas nocturnas. Como el caso de Nano, quien contaba que había hablado innumerables de veces junto a Belén, previamente al acto sexual²⁸ quiénes apelaban a que el varón fuere quien deba protegerse, ya que los métodos anticonceptivos de los hombres, según en palabras de Belén “*son más fáciles de comprar y colocarse, que el de mujeres*” que cuando ellas quisieran tener relaciones sexuales con una pareja, le avisaran para ir a comprar preservativos, o bien ir a buscar a la salita de primeros auxilios.

“Y, ¿qué otras cosas pensas que haces para cuidarla a Belén?

- Cuando estábamos juntos, yo iba a la salita a buscar forros y ella me acompaña, los dos sabíamos que podía pasar algo si no lo usaba. Creo que ella se ponía algo, seguro anticonceptivos, pero bueno una vez se olvidó y vino la bebe, pero bueno. Si nos cuidábamos, fue un accidente lo que nos pasó (...). Luego cuando ya sabíamos que estábamos esperando a la beba, sabía que debía cuidarla a las dos, así que siempre por día le daba casi todo lo que hacía trabajando con doña Lili, ahí le ayudaba a hacer empanadas, sándwich, papas fritas, la iba a ver a la noche a su casa o ella venía para controles al San Roque y me esperaba para que nos veamos. Ahora ya no estamos juntos, ella esta con otro pibe, pero bueno me la deja ver a mi nena, ella ya va a jardín, crece muy rápido Prof., después también la llevo a las dos a algún parque o circo, siempre que pueda tener un poco de guita, si vendí algo (...) (Nano)

Los relatos de Nano daban cuenta de transmisiones diferenciadas para las mujeres y los varones, lo cual también observamos en el relato anterior, el hombre aparte de ser proveedor,

²⁸ En la investigación específica sobre socialización para la sexualidad, Heilborn y otros (2006) sostienen que la comunicación familiar en los temas específicos de sexualidad y reproducción es asegurada principalmente por las madres, interlocutoras privilegiadas de los y las adolescentes en la transmisión de las primeras informaciones sobre embarazo y anticoncepción. Dichos autores comentan cómo es la responsabilidad de las mujeres sobre la reproducción, se vincula con su rol de responsables de los cuidados y educación de los hijos/as y especialmente de la hija del riesgo de embarazo y violencia sexual.

es protector y responsable de ciertas conductas. Las mujeres aparecen siendo exclusivamente responsabilizadas por estar embarazadas y en ocasiones culpabilizadas como en el caso de Noelia y el padre de sus dos hijas pequeñas:

“Por ejemplo cuando yo quedé embarazada de mi primera nena, yo tenía 14 años y el papá de mi nena 17, sé que se ponía nervioso, pero bueno, preferí que se vaya, porque algunas veces se volvía violento. Esas cosas me asustaban bastantes, me decía que la bebé era mi culpa, que él no quería ser padre aún, que fue culpa mía, siempre me decía que hacía mal las cosas. En un momento me dijo que quería que abortara, pero yo le dije que se vaya, que nos deje sola, que mi abuela nos iba a ayudar. La pasamos muy difícil, porque había día que no teníamos para los pañales, entonces mi abuela me daba de su jubilación, yo ahí empecé a trabajar en casa de familia, limpiaba, mientras ella veía a la gorda. Pero bueno, ya se cansaba mucho, así que dejé de trabajar y ella me ayudaba siempre, luego empecé a venir a vender aquí en la terminal junto a ella, traía a la gorda, vendíamos empanadas de pollo y en verano gelatina (...), hay momentos que la pasamos muy mal, algunas veces no queda otra que venir a comer en la fundación o esperar que los chicos de las iglesias, nos puedan dar algo, el tema es que con la nena se complica un poco. No podés darle muchas cosas, o que coma cualquier cosa, entonces vivíamos peleando porque yo le pedía plata para algunas cosas” (Noelia)

Limites, permisos. Huida de los hogares. Poner reglas y límites y hacerlas cumplir es considerado como una forma de “censura”. Asimismo, lo es “*dar, o no, ”* permiso” para salir, para hacer determinada acción o “para estar con cierta persona”. En esta línea surgen expresiones como “retarlo” o “corregirlo” en caso de equivocación.

Algunas referencias a estas prácticas ya aparecieron en relatos anteriores, cuando Carlos explicaba que le decía su mamá si bajaba las notas de la escuela o bien no quisiera ir a clases: “*a mí no me gustaba ir a la escuela, había chicos que se burlaban de mí porque algunas veces no tenía zapatilla*”, situación que ha provocado demasiados recuerdos intolerables para él en la actualidad y sólo lo menciona como uno de los motivos para estar en la calle. Otras de las vivencias ocurridas con los menores se puede dar a conocer cuando, por las travesuras que realizaban tanto en el barrio como en la escuela “eran fuertemente castigados y sancionados” denotan la presencia de la figura adulta, pero por decisión de ellos, no quieren acatar una voz de autoridad y prefieren escapar de tal contexto

Observamos en varios relatos que son las hermanas y hermanos mayores quienes dan o no los “*permisos*” o autorizaciones a sus hermanos/as menores en el caso de no haber adultos presentes para que puedan salir de casa a jugar, o estar en la calle. En un tramo de la entrevista con Nano, menciona quién los acompañaba a la calle era su hermano mayor Chula.

Cuando le pregunté de qué manera lo hacía, Nano respondió *“me dejaba ir a jugar con los changos a la pelota y pasaba él en la bici...”*, a lo que Kechup aclaró: *“Si, ya mi vieja se había muerto, mi vieja casi no nos veía, entonces él nos cuidaba, hasta que dejamos la casa”*.

Asimismo, Oscar señalaba que cuando vivía con su hermano Carlos en casa de su madre, él *“le tenía que decir lo que tenía que hacer”* y también debía colocar límites y decidir si le daba permiso para ir a algún sitio. Como él manifestaba *“le tenía que decir Oscar, hace la tarea, levántate, anda a comer”*, a qué hora y todo, o *“No, ahora no vas a jugar”*. Era como si Carlos fuera el papá por un rato”.

Los medios para “poner límites”, “corregir”, “retar” y “proteger” en varias ocasiones es a través de formas que podamos considerar violentas, en tanto pueden implicar daños a la otra persona. Como en estos ejemplos:

“Las cosas que hemos pasado algunas fueron horribles, cuando estaban mis viejos, nos cuidaban bien, luego mi viejo nos abandonó. Luego nos cuidó mucho fue Chula, cuando no nos portábamos bien nos cagaba a palos, pero bueno también nos salvó de otras cagadas que hacíamos, más adelante, podíamos ver que nos quería así, pero bueno, ahora él ya no está, pero si tuvimos una infancia muy complicada, muy difícil, desde muy chiquitos”
(Nano)

“Sabes lo que pasa, uno no sabe, nosotros vivíamos en una vivienda en Alto Comedero, en la parte más jodido (...) ahí no podías andar solo, salíamos siempre en grupo con los pibes, a pesar de que éramos chicos, debíamos cuidarnos, él nos acompañaba algunas veces a joder por ahí” (Oscar)

En varios discursos aparecieron expresiones que daban cuenta de que *“cuidar a los hermanos más chicos”* es a través de *“cagarla a patadas en el culo”*, *“es decir las cosas crudamente”*, *“mandarla al hospital”*, lo que implicaba lastimarlos de tal modo que tengan que ir al hospital, *“ser un poco cruel para que aprendan”*. Así, en algunos relatos surgen expresiones de violencias como formas aceptadas y necesarias para una figura protectora, lo cual retomamos en este capítulo.

Especialmente, en el caso de las adolescentes, en relación con sus madres, padres o abuelas/os, contaron que a veces *“no sabes para qué lado correr”*, *“no podés manejarlas”*, lo cual actuaría como elementos que ameritarían y justificarían *“ser un poco cruel”*, *“pegarles”* o *“echarlos”* para poner límites, para *“manejarlos”*, para que *“hagan caso”* y en última

instancia, para que no les suceda nada malo, haciendo especial énfasis en el “*embarazo no deseado*”.

“A veces son tantas las cosas que pasan, y vos no sabes para qué lado correr. Como yo les digo a ellos (a los más chicos), yo les sigo hablando, yo ya les hablé, le hablé, tener que ser un poco cruel para que ellos entiendan los que les están diciendo (...) Hoy en día están valorando más (en relación específicamente a lo económico) (...) pero a veces cuesta, ponerles límites, porque no somos nada o sólo hermanos, yo no soy de decirle las cosas de mala onda, pero hay algunas veces que te sacan de quicio cuando no me quieren escuchar o cuando quieren verdugear, se vayan a cagar, si tuviera un arma, lo cago a tiros”
(Doña Lili)

“Algunas veces me enojaba muchos con ellos, nunca obedecían, o cuando querían hacer algo lo hacían. Aprendieron luego cuando cayeron detenidos por primera vez, ahí se dieron flor de cagazo, los pibes estaban todos ahí encerrados, después sucedió que otros se fueron a la Granja” (Carlos)

Observamos que en estos relatos que da cuenta de este tipo de acciones aparecen relacionadas con “*hablar*”, ya sea que “*directamente no le hablo*” como decía Carlos o “*ya les hablé*” y no funcionó, como explicaba Chula.

4.2. Tensiones en torno a los sentidos de compañerismo

Retomando e integrando las prácticas mencionadas y entendiendo éstas en tanto configuración, nos interesa a continuación presentar algunos núcleos que hemos identificado y seleccionado como de tensión en torno a los sentidos del establecimiento de los vínculos previos y aquellos establecidos en sus condiciones de vida de calle. Tensiones, en tanto son aspectos que se vinculan con lo comunitario, en ocasiones oponiéndose, en otras superponiéndose, pero estando estrechamente imbricados.

4.2.1. De cuidar a proteger

Las nociones de “*protección*” y “*seguridad*” emergieron en algunos relatos directamente vinculadas a la idea de “*protegerse asimismo y a los más frágiles*” presentándose para algunos sujetos como las que mejor describían lo que hacían, como el caso de Ramón, quien aclaraba:

“Más que cuidado es protección, uno termina protegiendo a la persona que... Se empieza cuidándolo y después terminas protegiéndolo, es una cuestión de cuidado más específico según qué persona” (Ramón)

Si bien en este trabajo presentamos ambos términos integrados, tal como apareció en los relatos, en este punto nos interesamos en ver con qué específicamente se relaciona la noción de “proteger”, indagando en los contextos en que es utilizada y los sentidos que los adolescentes le dan a la misma. En esta dirección, llama la atención que “dar seguridad” y “proteger” en ocasiones son presentadas como sinónimos, pero a su vez como algo diferente. Raúl expresaba:

“En este sentido no hay problemas, pero si la cuestión de que se protejan entre ellos porque si yo no estoy, que es Federico o cualquiera de los más grande pueda cuidarlos al resto de los pibes (...) el tema es que debemos entender que estamos juntos, y bueno así nos tocó y debemos sufrirlas o darles un frente, es lo que nos tocó.

- ¿entonces para que no los lastimen deben cuidarse entre Ud.?

- Raúl: si, el tema es que nos cuidemos entre nosotros que no nos pase nada malo, porque aquí en la termi, o por el centro se pone jodida la mano cuando es de noche, ni la cana algunas veces quieren estar por aquí en la terminal, es que algunos ahora ya andan hasta armados, los más viejos que chupan y se van a las piñas”

Podríamos entonces pensar que “proteger” está más vinculado con “defender” de algo o alguien, marcaría la intención de resguardar a alguien de un peligro o daño, externo a la misma persona. Por lo tanto, la acción y noción de “proteger” está relacionada en muchos relatos con violencia y vulnerabilidades. Mientras que la “seguridad” estaría dando cuenta de propiciar el bienestar y desarrollo de misma persona a quien es merecedora de dichas acciones -en toda amplitud de usos y afinidades que venimos trabajando- y no hace alusión específicamente a amenazas, daños o violencias que puedan sucederle a ésta. Rodrigo es uno de los que utilizaba frecuentemente el término “proteger”:

“- ¿Yo le preguntaba, si tu mamá u otro adulto lo cuidaban y qué hacían para hacerlo?

-Sí, en un principio, las primeras veces que pasaba aquí los días ella venía a pasar conmigo por lo menos un par de hs. Para saber que no estaba haciendo nada malo, luego bueno de a poco me fui juntando con los pibes, y ella dejaba de venir a verme tan seguido, por aquí en la terminal, pero bueno, porque se cansó un poco, el tema es que ya somos grandes para cuidarnos y pasarla bien (...)”

4.2.2. Uso de la violencia. Tensiones en un continuo

Diversos estudios dieron cuenta de las nociones que se van conformando como un espacio paradójico en tanto para el afecto como para la violencia y el conflicto (Cerruti, 2003; Jelin, 2007). Esta misma paradoja, la encontramos en torno a las nociones vinculadas con las

cotidianidades en los grupos de jóvenes, como hemos venido presentando en el detalle de las prácticas, en las cuales los diversos episodios de violencia (en tanto acciones que generan daños o “maltratos” a otros) aparecen en algunas ocasiones como acciones imbricadas, no como opuestos.

En este trabajo observamos las violencias específicamente desde sus cruces y traslajos con las prácticas que se desarrollan a diario. Las violencias atraviesan las relaciones de poder que se producen y reproducen en diversos espacios sociales y están asociadas a la desigualdad, a las jerarquías y las asimetrías (Calveiro, 2005). Las mismas pueden adoptar diversos modos, como violencias físicas, emocionales, simbólicas, económicas, por lo que podemos entender como violencias los castigos físicos, las agresiones verbales, los abusos sexuales, la represión, la exclusión, la estigmatización y discriminación, entre otras referencias que aparecieron en los relatos y que presentamos a lo largo de los diferentes capítulos de este trabajo.

Entonces, en rasgos generales podemos pensar que si las nociones vinculados con el disciplinamiento lo presentan como las actividades que se orientan a sustentar, proteger y garantizar el desarrollo de las vidas de los sujetos y las de violencias dan cuenta de aquellas que tienen como consecuencias poner en riesgo la vida y/o limitar o negar las posibilidades de actuar, pensar y/o vivir de las personas, en las prácticas concretas que observamos, en este caso del territorio específico en el cual nos insertamos, aunque esto no quiere decir que no pueda aplicarse en otros espacios, la relación entre ambas presenta entrecruzamientos diversos, mostrando a las diversas prácticas como un proceso en sí mismo complejo.

En este sentido, los aportes de Simmel (1939) nutren esta perspectiva. El autor considera la lucha, en tanto representante, de diversas formas de oposición, contradicción y conflicto, como una forma de socialización y propone observarla como parte intrínseca de toda relación entre personas. Plantea ver las energías unificadoras y las disruptivas o más ligadas con el conflicto, de modo integrado y no escindido, afirmando que:

“También es una unidad la síntesis general de las personas, energías y formas que contribuyen un grupo, la totalidad final en qué están comprendidas, tanto las relaciones de unidad en sentido estricto, como las de dualidad” (p. 250)

Encontramos que algunas expresiones están directamente ligadas a las acciones de un otro/a que genera daños, específicamente por algún integrante del entramado. En estos casos la idea de “control, disciplinamiento” tiene como objetivo que el otro/a no sea “maltratado” o limitar esos “maltratos”. Un ejemplo de esto es la situación de Carlos con su hermano Oscar:

“es una cuestión de que...por ejemplo lo que está sucediendo no es de ahora, venimos cuidándonos entre nosotros, ahora debemos cuidarnos un poco más, el otro día andaba un pajero, por la termi, tocando a las chicas. Entonces a las más chiquitas le decimos que avisen si pasan algo (...) a los pibes cuando están insoportables debemos darle un sopapo, para que entiendan, que sepan que algunas cosas se joden y con otra no. Y muchas veces se debe darle con un palazo, a algunos para que entiendan, sino se pasan de rosca y terminamos mal, luego te quieren meter denuncia o algo, o mandan a los más grande, no se la bancan” (Carlos)

Asimismo, entre las acciones que tienen como intención limitar esos “maltratos” también aparecen referencias a “no meterse” o “no hacer” para que “no sea peor”, como la situación que narraba Noelia con respecto a las violencias ejercidas sobre ella por parte de su abuela materna. Noelia contaba que si bien en el juzgado (instancia la que había llegado porque sus padres no podían cuidar de ella) le dijeron: “de ahora en más tu abuela, va a pasar a cuidarte, va a ser tu mamá y papá”, ella en ese momento acepto que sea su abuela se convierta en tutora:

“Yo agarre y le dije la verdad, yo los voy a querer ver, pero yo sé que si los veo cundo vuelvan ella les va a pasar mal y capaz que terminen peor de lo que vienen nuestras cosas, por eso a veces prefiero que no suceda nada, ya está, ellos me abandonaron, sólo me puede decir algo mi abuela, a ella le interese más que a mis propios padres (...), mi abuela nos cuidó en todo momento, pobre vieja la hacíamos renegar un montón, pero bueno se cansó” (Noelia)

En otros relatos se describían situaciones que se orientaban a limitar los agravios ocasionados a otras personas dentro del contexto familiar, a través de acciones que implicaban el uso de la fuerza física, generando daño, incluso hasta la muerte, como en el relato de Carlos:

“Hasta que fuimos creciendo, se fueron metiendo en donde querían mis abuelos, pero se fueron haciendo cosas en distintos lugares. Una vez mi abuelo estaba machado, le gustaba tomar le levanto la mano a mi abuela, mi abuela fue quien nos crio a nosotros, a Oscar y a mí, mi mamá nos dejaba para ir a trabajar. Mi abuela ahí luego de eso creo, no

recuerdo bien quedo renga, pero sé que la lastimo. Yo sentía que la sangre se calentaba dentro mío, quería agarrarlo por más que sea mi abuelo” (Carlos)

Aparecen entonces acciones violentas que declaran tener como objetivo “*protegerlos, cuidarlos y de disciplinarlo*” mencionándose la utilización de acciones que generan daños a otros como modos aceptados y permitidos, como hemos visto en el conjunto de prácticas vinculadas con “*defender*” y con “*poner límites*” y “*corregir*”.

A su vez, en ocasiones la violencia es entendida y ejercida como modo de interrumpir una cadena de peligros que es percibida como común “*en la calle*”, como veíamos en las prácticas vinculadas con “*defender*”. Hallazgos similares que dan cuenta de esta estrecha relación entre las diversas maneras de protección y violencia pueden encontrarse en el trabajo de Álvarez y Auyero (2014), quienes presentan el “*enigmático*” uso de la fuerza física para prevenir la violencia o protegerse de ella. Así, la violencia utilizada como modo de prevenir más daño o como una forma de establecer límites también con aquellos que, consideran, ponen en riesgo su bienestar y el de sus seres queridos. Estas estrategias colectivas, a veces consiguen evitar con éxito las violencias circundantes; muchas otras veces, y en algunas oportunidades, incluso desatan más violencia, como venimos observando.

En relación con esta imbricación entre “*proteger*” y “*violentar*”, nos interesa señalar otro aspecto que apareció en los relatos. Notamos que una misma persona puede ser víctima y victimario a la vez²⁹, como apunta Calveiro (2005). Si bien hay rasgos que socialmente marcan desigualdades estereotipadas de poder en el grupo de estos jóvenes, principalmente el género y la franja etaria, también identificamos que estos se desarrollan en redes de relaciones de poder las que un mismo sujeto juega de manera diversa, siendo que el mismo actor puede funcionar como sujeto de poder y como sujeto resistente según la relación a la que se refiere.

“Se crea una compleja red de poderes circulantes, en donde se potencian unos con otros, pero también se fragmentan y desarticulan por efecto de múltiples confrontaciones, resistencias y escapes que los obligan a modificar su curso” (Calveiro, 2005, p. 20).

²⁹ Di Leo y otros/as (2012) en su trabajo a partir de relatos biográficos de jóvenes identifican con respecto a las figuras maternas, la “madre violenta que protege”, la cual daría cuenta de que, en algunos de los relatos de los jóvenes, estas madres violentas son también madres que protegen a sus hijos de una infancia sin padre: pese a la violencia que se despliega en el ámbito doméstico, ellas permanecen en sus hogares, en pos de mantener unida a la familia.

Así, por ejemplo, Chula “protege” a su hermano Ketchup y Nano de los golpes y amenazas de los varones más grandes, pero a su vez les “pega” a ellos cuando hacían una “macana”, como modo de “enseñarles lo que está bien y lo que no”, resistiendo y violentando al mismo tiempo, en roles y momentos distintos:

“Aquí todos buscan en enseñarte lo que está bien y lo que está mal. Yo pienso que es la misma calle que te enseña todo, esta es nuestra escuela. Pero siempre tenes a un hermano de la termi que te puede enseñar un poco más de lo que vos sabes...a nosotros nos cuidaba siempre el finado Chula, se lo extraña algunas veces más. Él cuando Ketchup era chiquito casi bebé lo cuidaba porque cada vez mi mamá se enfermaba más seguido, hasta que quedó internada por tener cáncer...ella se fue y nos dejó. Entonces por ser mayor Chula nos cuidaba primero, luego nos cuidaron nuestros padrinos, y bueno, terminamos en la calle, andábamos también por el hogar escuela, pero nos escapábamos siempre, éramos pendejitos terribles, hacíamos cada travesura, nos cagabamos de risa, y ahí nos conocimos todos en los distintos hogares y ahora en la calle, por todos lados” (Nano)

En este relato de Chula también observamos márgenes para la reflexión sobre la violencia como forma aceptada y adecuada de brindar “cariño, una expresión de afecto”, como cuando decía “aunque algunas veces terminan haciendo cosas que no deben hacer”. Este cuestionamiento también surgió con respecto a las acciones de los otros adolescentes menores que él:

“Muchas veces los más pendejos hacen cagadas, pero las hacen porque no saben nada...caen en cana, salen y vuelven a caer. Aquí cuando los gorras andan hechos los pesados es mejor desaparecer, porque llevas todo para perder cuando te haces el pesado. Me pasa por los huevos esos canas, que no hacen nada, son unos burros te verduguean, sólo porque te ven ahí tranquilito, que no jodes a nadie. Algunos más grande, doña Lili o las otras vendedoras siempre nos dicen que no andemos haciendo macanas...siempre nos debemos de andar cuidando, ellos piensan que, por ser canas, pueden venir a hacer lo que quieran, son unos nabos, pero son así, no sirven estos, ni los gendarmes, todos son una manga de boludos, aquí en la terminal siempre ves a estos tipos (...), ahí andan los canas sin hacer nada, encima no valen nada son re flaquitos, chicos, creo que hasta Ketchup los hace cagar a esos, están ahí parados como postes, son vagos y minas” (Nano)

4.2.3. Los momentos de transcurrir por las calles

En diversos relatos aparecieron referencias a dificultades y tensiones en torno al “transitar y permanecer en los espacios públicos”, a poder hacerlo y a los líos “costos” de hacerlo, íntimamente ligados con el aspecto relacional que entraña el vivir de una manera diferente a la habitual, o ser una expresión de una situación particular de historia personal y

familiar. Las expresiones que se repiten dan cuenta de “*me cuesta*” lo que alude también a otros “*costos*”.

Varias de estas menciones eran en la relación con los y las adolescentes y las dificultades de “*comportarse*” o de “*actuar de manera indicada*”, las cuales eran expresadas centralmente por aquellos que padecían en algún momento alguna enfermedad o dificultades en su salud. Las expresiones dan cuenta del uso de una “*puesta en escena*” para conseguir este propósito y de ciertas dificultades para encontrar otras alternativas, como ya mencionamos. Aparecieron también referencias al resto de los pares que hay en ocasiones que el comportamiento es aceptado, apoyándolo o culpabilizando.

Las observaciones que venimos presentando se aproximan a las que realizó Perelman en relación de las personas “*sin hogar*” en la Ciudad de Buenos Aires en donde se observan que el ingresar a determinados negocios para pedir limosna o colaboración necesita realizar un cierto tipo de comportamiento, demostrando alguna anomalía, apelando a la compasión de aquellos que son potenciales “*dadores*” de alguna colaboración. Situación que muchas veces es más que apropiadas para las mujeres con niños pequeños y niños con edades tempranas, siendo un caso especial los adolescentes que muchas veces reciben críticas o simplemente descalificativos.

En otros casos también aparecieron menciones “*los que más te cuesta*” y también referencias a “*no saber que más hacer*”, que también fueron mencionadas en los relatos de Javier sobre las situaciones de actuación que deben desplegar en momentos oportunos:

“Hay momentos en que necesitas que hace ciertas cosas, bueno para conseguir que alguien te de una mano más para poder ayudarte, algunas veces si tenes que remarla, pero creo que siempre va a pasar eso. Aquí no tenemos papa ni mamá para que nos dije ‘hijito esto está bien, esto no...’. Son cosa capaz que, en el tiempo, podamos recién entender. O capaz que recién cuando nos pase algo malo, podamos saber, nose... (...) mejor, capaz que así me dan más dinero en la calle y vean que soy pobre, pero no pude salir del poxi, pero sé que es una recaída, nos tenemos que cuidar, pero consumís cuando estás muy triste o tenes hambre, días que te pinta el bajón, te deprimís un poco” (Javier)

En uno de los relatos el hecho de que “*me cueste*” se vincula con presentar esta *performance* como algo “*preparado y pensado*”, palabras que se repiten en los relatos de Miguel. Consideramos interesante la idea de “*dedicación*” ya que aludiría también a cierta

preparación y recreación de lo pensado y a las posibles ambigüedades que puede albergar el “actuar”, como venimos mostrando.

“-Y vos Ramón. ¿Qué dirías que es el protegerse, cuidarse entre Ud.?

-En mi caso, siempre trato de no mandarme macanas, que luego la cana deba estar buscando, porque, los pichones de la cana, te van marcando, te marcan tarjeta, aquí entonces debemos cambiarnos de ropa, no ir con las cosas sucias, si hay que confesar a Diosito, lo malo que hicimos. Ciertas cosas que bueno, se las puede evitar, las evitamos hacer, otras no. Por ejemplo, entrar a una confitería en la terminal, tenes que comportarte, sino molestas y estorbas a los mozos, te terminan echando del salón o de donde sea. Y eso no te conviene que pase, porque son los lugares donde van todos chetos, pero bueno muchas alternativas no tenes para andar por aquí, algunas veces pienso en irme de aquí”

4.2.4. Trabajar, conseguir el sustento diario

Si los esfuerzos teóricos y de reflexión han puesto el énfasis en observar las actividades laborales que desarrollan en los espacios públicos estos grupos de adolescentes revalorizando el carácter de sus actos, al señalar el valor social y económico que las mismas generan, como hemos brevemente presentado en el primer capítulo, el abordaje etnográfico nos permite complejizar el asunto desde la perspectiva de los actores.

En las prácticas presentadas aparecen diversas caras de la moneda: el trabajo productivo remunerado ¿es la actividad indicada para que la desarrollen ellos?, y a su vez, dichas actividades ¿se relacionan con una diversión, pasatiempo? Observamos que en los casos que es explicitado el trabajo remunerado, en la totalidad de ello en la modalidad de “*no registrado*” como modo de “*único*” de poder trabajar está asociado con los hombres, y la posibilidad de hacer distintas acciones, desde trabajar en la construcción, de vendedores, “*pungas*”, “*changarines*” en los locales del mercado, “*lustrar*” zapatos, ayudantes de cocina y abrir puertas de taxis.

Un día mientras entrevistaba a Nano se acerca, un grupo de sus pares, para escuchar de que hablábamos y preguntando porque preguntaba sobre lo que realizan en la calle, a lo cual Felipe, respondió que “*muchas veces uno puede equivocarse, nadie es perfecto, solo Dios y si uno mete la pata, que se le va hacer, va a tener que ir a trabajar para comprar los pañales y la leche*”, siendo esta actividad central en una relación de pareja, donde al varón se le está permitido ejercer cualquier tipo de acciones, con el fin de poder contar con el dinero

suficiente para cubrir necesidades, siendo una última alternativa el pedir, a los padres de las mujeres (en el caso que sea posible), sino en pedir préstamos a los amigos.

Por lo tanto, observamos diferencias de género, al tiempo que señalamos que algunos varones resignifican el trabajo remunerado como una actividad que los califica como “*masculinos*”, lo cual parece interesante de tener en cuenta.

Como señalamos anteriormente en las menciones sobre las acciones vinculadas con “*trabajar*”, otro aspecto que ameritó diferentes opiniones en los relatos fue al respecto del trabajo realizados por aquellos menores que ellos. Si bien este aspecto requeriría más indagación, observamos que para algunos adolescentes y adultos que el niño consiga dinero o bienes para sobrevivir, es visto positivamente, en tanto una habilidad que desarrolla y es posible que le sirva en el futuro. Al tiempo que para algunos casos significan aportes de dinero y comida, por ejemplo. Sin embargo, otros adultos como los “*puesteros*” consideran que “trabajar” tendría que ser una actividad reservada para los adultos y por lo tanto el trabajo de los/as niños/as se opone al de una infancia en ciertos parámetros normales. En ese mismo sentido, algunos destacan que ellos trabajan para que los niños/as puedan estudiar.

Como apuntamos en la acción vinculada con “*el obtener recursos*”, en algunos relatos las prácticas centradas en los “*afectos*” y en lo “*material*” aparecieron en tensión, en algunos discursos destacando la prioridad de una sobre la otra, en otras revalorizando la necesidad de lo “material”.

Observamos que esta distinción y priorización de lo “afectivo” sobre lo “material” aparece principalmente en los discursos de las mujeres, estando en algunos casos en tensión con el de varones. En el caso de Daniel y Noelia, si bien tenían algunas opiniones diferentes al respecto, coincidían en lo “afectivo” como prioritario, diferenciándose de Cacha quien estaría “*todo el tiempo pensando en lo material*”

“Noelia: *creo que lo material a lo que tengas no te hace feliz, si no tenes una persona que te diga que te quiera es difícil, y también lógico a quien querer, a quien esperar; no sé...yo a Daniel, lo cuido, está bien no es el papá de mis nenas, pero cómo que se está haciendo cargo de todo, creo que lo más importante es lo afectivo y no lo material, lo material está hoy y después no (...)*

Daniel: *bueno, pero tampoco se puede vivir del amor nada más, uno de los dos tiene que ir a trabajar...*

Noelia: *y si tenes razón, pero a mis hijas le quiero dar una familia, no como me paso a nosotros, que terminamos solos...*

Daniel: *si tampoco, voy a matarme, el tema es que la plata no alcanza para nada ya, y uno debe comprar pañales, leche, lo que les hace falta a las nenas (...)*

Daniel: *igual yo creo que lo mejor, es que la madre se quede con las nenas, yo salgo solo a buscar el dinero, asi ella puede estar tranquila en lo de su abuela, si después podemos irnos a alquilar para estar solos... sería lo mejor, pero la mano esta dura, se complica, porque las cosas suben, una piecita con un baño y un comedor, pero así nomas de bloque no sabes lo que sale, estuve averiguando por aquí, por Moreno o Cuyaya”*



Las prácticas en los entramados sociales que forman e integran

Como señalamos en el capítulo 1, utilizamos la noción de situación de calle, destacando el aspecto vincular en su uso verbal, y proponemos pensar las mismas en tanto una configuración de prácticas con sentidos, a fin de incluir y visibilizar las relaciones que se tejen entre las diversas prácticas desplegadas en la “situación de calle”.

En este capítulo presentamos las prácticas cotidianas reconocidas como “*situación de calle*” por los sujetos, en relación con las observaciones de las dinámicas cotidianas entre pares y con el mundo de los adultos. Profundizamos en las mismas desarrollándolas dentro de una clasificación general según estén vinculadas con la presencia y afectos, bienes materiales y saberes, experiencias, valores y reglas. Detallamos y analizamos cada una y luego señalamos algunos núcleos de sentidos que observamos en tensión. La identificación de estas tensiones nos permite problematizar algunos elementos conceptuales que atraviesan los planteos en torno a los adolescentes y jóvenes que fueron presentados en el primer capítulo.

4.1. Acciones vinculadas con la situación de calle

Comenzamos abordando las prácticas que despliegan los distintos adolescentes y jóvenes, en tanto acciones. Como ya señalamos, la utilización de la noción de acciones intenta hacer referencia al aspecto más concretizado de las prácticas –en tanto esquemas mentales y corporales de percepción, apreciación y acción, “habituales” de los sujetos (Bourdieu y Wacquant, 2005)-, pero a lo largo del texto en ocasiones utilizamos el termino prácticas o acciones de modo indistinto.

A continuación, presentamos un trabajo minucioso de identificación de “pequeñas” acciones cotidianas donde se manifiesta la “*situación de calle*”, las cuales hemos detectados desde las observaciones y entrevistas. Si bien en la vida cotidiana están estrechamente integradas, las presentamos analíticamente en tres grandes grupos.

- 1.4. Aquellas vinculadas con la presencia, que involucran con énfasis los afectos.
- 1.5. Prácticas centradas en bienes materiales que es necesario conseguirlos, garantizarlos, construirlos, mejorarlos.

- 1.6. Prácticas de la situación de calle que giran en torno a la transmisión de saberes, experiencias, valores y reglas.

Esta distinción nos ha resultado operativa a la vez que guarda relación con desarrollos de otros estudios que proponen analizar la situación de calle en sus diferentes dimensiones, como hemos presentado en el capítulo 1, algunas distinguiendo aspectos afectivos, materiales y morales (Palomo, 2008). En esta investigación sostenemos el reconocimiento de estas dimensiones, de modo similar a las abordadas en otros estudios, sin embargo, prestamos especial atención al modo en que las mismas adquieren forma y sentido para los sujetos en el territorio específico en el que nos insertamos.

4.1.1. Presencia y afectos

Agrupamos en este apartado aquellas prácticas que aparecen vinculadas con “situación de calle”, en las cuales se destaca con mayor énfasis la presencia y las cuales involucran o prestan especial atención a los “*afectos*”, en tanto sentimientos.

Estar ahí, Estar con. En las diversas entrevistas aparecieron referencias a una acción vinculadas con el “cuidado, protección” que es el “*estar ahí*”. Alude a la presencia física, “*yo me quedo aquí donde hay luz*”, “*me quedo con lo pibes*”, “*estar ahí*”. En este sentido “*cuidar*” es asociado con la presencia, la cual alude básicamente a disponer de un tiempo e involucra directamente el valor de “*estar*”. Esta aparece en muchos casos estrechamente relacionada con la vida cotidiana y la organización diaria de actividades, como relataba Sergio:

“Mira, aquí las cosas la dejamos a doña Lili, cuando nos vamos a Belgrano a comer, o cuando nos vamos para el centro con el cajón de lustra. O cuando estamos haciendo “unos trabajitos” las mochilas les dejamos a otra kioskera que ya nos conoce. Cuando uno de los ranchos no consiguió guita, estamos los otros para darle, nos bañamos ahí en la Nona, algunas veces nos llevan a cortarnos el pelo, y el que va a la escuela le da cuaderno y lapicera...” (Sergio)

En ocasiones los sujetos hacían especial mención que esa presencia posee la cualidad de ser “*atento*”, en tanto es un “*estar ahí*” y un “*estar con*”, donde lo que le sucede al otro/a toma un lugar significativo, en tanto incluye “*estar y mirarlos*”, “*fijarse en lo que hace*”, “*saber lo que está haciendo*” y también contempla “*darle contención*”, aunque lo que sigue primando en los relatos –a diferencia de lo que veremos- este panorama de situaciones en donde es necesario pensar que es lo que veremos luego- es estar presente. Como decía

Miguel: *“es estar con ellos, compartir de verdad, que te interese de verdad lo que cada rancho piensa”*.

Gomes Da Costa (1995) argumenta que la capacidad de hacerse presente está relacionada con el establecimiento de una relación significativa con el otro, lo cual implica básicamente asumir una actitud de no-indiferencia y si de valoración, lo que podríamos llamar también de reconocimiento. Como señalan Paugam y Duvoux (2008) una dimensión fundamental del vínculo es la relacionada con la construcción de la identidad, proceso que lleva eventualmente a dar al individuo la sensación de que es reconocido por los demás, es decir, por la mirada de otros sobre él. Lo cual se relaciona estrechamente con los planteos de Benhabib (1992^a) sobre la centralidad del “otro concreto”, en tanto otro diferente, relevante y significativo, que mencionábamos en los desarrollos sobre la construcción de la identidad.

Asimismo, dentro de esta presencia atenta en la que este otro/a se torna significativa/o y es reconocido/a, se destaca la importancia de *“estar cuando nos necesitamos”* o *“cuando necesita algo”*.

“Sí, aquí con los ranchos muchos nos conocemos desde chiquitos, estuvimos en el hogar escuela o en otros hogares, nos tratamos de dar una menor, ya somos casi como hermanos, nos cuidamos entre nosotros, nos visitamos cuando caemos en cana” (Nano)

Dentro del estar presente aparece *“ir a visitar”* o *“ir a ver a alguien en otra ranchada o en la granja”* y *“estar”* con esa persona, sobre todo con quienes establecen lazos más fructíferos según sus experiencias. Mandar mensajes por el celular o llamar por teléfono, también son mencionados en algunos relatos asociados con la presencia.

“Muchas veces nos tocó pasar de todo, pero nos cuidábamos. Nosotros no usamos armas, solo cuchillos, esos de cocina, cuando se pudren las cosas. Aquí una vez se puso pesado cuando Fabio lo pincho a Luis, ¿se acuerda profe??, ud lo llevaron a la salita en Moreno a Luis, luego lo llevo la ambulancia al Hospital de Niño, luego algunos pibes querían quemarlo a Fabio, pero no paso anda, ahora están bien...aquí varios tenemos celu, y nos escribimos, lo hacemos cargar en el quiosco, es una piba buena la que atiende, entonces bueno hasta el cajón de lustra le dejamos para que ella o cuide, cuando hacemos otro trabajo” (Jairo)

A su vez, en varias conversaciones aparece asociado la *“situación de calle”* con el *“abandono”*, pero al mismo tiempo estar con alguien en algún lugar, especialmente en momentos de necesidades, la *“compañía”* se convierte en necesaria. Así las menciones sobre

la calle son en relación con las necesidades de compartir que el mismo requiere por parte de otros jóvenes que se encuentran en similares situaciones.

“Y bueno, después para mi cuidarlo es eso, preocuparte, tratar de estar. Por ahí sí está en el hospital o en la comisaria lo vas a ver y se siente un poco mejor. Porque como se dice que los amigos en las malas aparecen, entonces eso la reanima. Pienso que es un motivo más lindo por el que vivir o por el que estar bien. Creo yo, cuidarnos y defendernos entre los ranchos, tratamos de no pasarla mal, de hacernos los pesados” (Nano)

Estar pendiente, estar atento, preocuparse. Hay un conjunto de prácticas que están centradas en “estar pendiente” de lo que le pasa al otro/a, lo que implica poner especial atención o interés en algo relativo con el otro/a. Es un “mirar fijándose”, más detallado, específico, indagativo, en los cuales ese “preocuparse” y “estar atento” va acompañado de algunas preguntas puntuales para saber cómo el otro/a está.

“-Y como cuidas a tu nena Jairo, que haces para cuidarlas?

Jairo: ¿Cómo hago? Y así, estoy viendo que les hace falta, pregunto siempre a la madre si tienen leche, si necesitan algún medicamento, si fueron a la salita, viste la madre como esta con un pibe a ver si se olvida de los controles.”

“-Y ¿qué cosas hacen ellos, los pibes por vos para que te sientas que te cuidan?

Jairo: cuando no dormimos juntos en la ranchada o en la termi, o no nos cruzamos, por varias hs nos preguntamos donde esta fulana, o si está bien, o si se lo llevo la cana (...)

A veces esta atención y preocupación puede ser considerada como excesiva, tanto por quien actúa como protector de aquellos que no pueden hacerlo por sí mismo. Algunas personas reconocen que “a veces uno se preocupa demasiado, ¿no?” y otras significan la actitud de preocupación hacia ellos/as dando cuenta de que “son hinchas” o “cargosean”.

“En los primeros tiempos la mayoría de nuestras viejas, el que tenía, se venía aquí para tratar de sacarlo, después se dieron cuenta que ya no te vas así nomas, tuvieron que aceptarlo...me imagino que deben pensar que todo es malo aquí, pero conseguís buenos amigos, que están en las buena y en las malas, la mayoría ya es padre y siempre hicimos una vaquita para comprarle, aunque sea pañales o alguna ropita” (Jairo)

“Por ejemplo, lo que tiene Ketchup, ya tiene creo que 18 años y nunca creció, y por estar jalando todo el día poxi, ¿vio cómo tiembla?, entonces algunas veces cuando la cana lo quiere correr del puente Necochea donde se queda él pidiendo, nos avisan ahí las doñitas y vamos a ver qué pasa” (Nano)

Conversar: Preguntar y Escuchar. Mientras que en el conjunto anterior de prácticas lo que es enfatizado es “*estar atento*”, “*fijarse*” y las preguntas se dirigen a ese fin, hay otras referencias que se relacionan con interrogar, pero podemos distinguirlas ya que destacan el “*conversar*”, “*hablar*”, “*dialogar*”, “*estar comunicados*”, “*contarse lo que uno quiera contarse, las cosas que le pasan o que le pasaron*”. Donde lo que prima es que el otro/a pueda expresarse y ser escuchado/a.

En los diversos relatos surge asociado el “*hablar*” con la intención de generar bienestar en otras personas, en tanto “*le hace bien*”, “*le gusta*”, como medio de “*solucionar problemas*”, “*conseguir ayuda*” o cuando alguien “*está mal*”. Asimismo, el “*poder hablar*” entra en contraste con “*sentirse ahogado o presionado*”, o “*solo*”, lo cual podemos relacionar con las alusiones a los “*encierros*” en los penales o comisarías y a las normas de silencio que mencionábamos. Entonces es valorado el “*poder decir*” y el poder de “*decir*”, cómo manera de exteriorizar sus sentimientos, emociones y demás sensaciones con respecto a algunas temáticas, comentaba con respecto a su hija de 3 años:

“Te sentís muy sólo cuando te encierran. Mi nene tenía un año cuando me atraparon y me llevaron a la granja, en Alto Comedero, ahí es jodido, te llevan cuando ya tenes causas. Yo estuve ahí por robo en banda y bueno era menor de 18 años y fui a parar unos meses, mi vieja me fue a ver una o dos veces, porque ella esta con mis hermanastros que son chiquitos, Carlos (hermano) estaba en Gorriti, a él sé que nunca lo fue a ver” (Oscar)

El joven luego volvía en su relato sobre la importancia que tenía para él “*estar*” y “*escuchar*” a sus amigos y que esa escucha sea recíproca. En este caso Oscar decía que prefería que su amigo se “*desahogue*” y “*este conmigo contando todo*”, a que “*compre drogas y se mate drogado*”.

“Creo que eso es acompañar, cuidarnos, para que no se sienta ahogado, presionado porque no puede hablar con nadie y trate de hacer otra cosa. Tratamos de escucharnos, que no hagamos cagadas, aunque todos si lo pensamos y lo intentamos hacerlo, ¿ve mis brazos? Me los hice en la granja me cortaba las venas, por la desesperación...uno la pasa feo por no tener visitas, o que te escuche, te aconseje” (Oscar)

Cristian también señalaba la importancia que tenía para él “*poder hablar*” y “*poder decir*”:

“A veces, por más que quieras tratar de resolverlo vos sola no podes, pero lo bueno es tener con quien contar para poder hablar, porque si no es como uno...Hubo un

tiempo que yo me encerraba y quería hacerlo todo yo solo que se yo, y no tenía con quien contar, me ahogaba en un vaso de agua, vivía llorando y no solucionaba nada hasta que empecé a contactarme con los pibes, con los que crecimos juntos, podemos hablar; a ver si uno no está haciendo bien las cosas o que (...) Muchas cosas que a veces pasan acá y el poder decir...pero bueno es la manera en que comenzas a aprender de la vida” (Cristian)

Estar en momentos especiales, Festejar. Si bien no fueron directamente reconocidos en los relatos como acciones de “*compañerismo, hermandad*”, en las diferentes circunstancias fue muy habitual que las personas hagan alusión a algunos acontecimientos especiales, centralmente de carácter ritual y festivo, como: funerales, bautismos, cumpleaños, asados, que son motivos de presencia, reunión y compañía. En todos los lugares que visité hubo menciones a estas reuniones y a algunas fui invitado. Noté que se relataban como significativas en cuanto a una presencia compartida, “*estar juntos*”, “*estar con el otro (en las buenas y malas)*”.

Como varios estudios han apuntado, coincidimos en que los encuentros refuerzan los vínculos de reciprocidad y la pertenencia dentro de un grupo (Duarte y Gomez, 2008; Scribano, 2010), brindando un entorno grupal para atravesar y vivenciar situaciones de alegrías, tristezas, logros, disfrutes, etc. Observamos que estos acontecimientos tienen un lugar importante en la vida cotidiana de los sujetos con los entramados familiares, al tiempo que participan en ella, resultan ser espacios significativos donde adquiere forma el “*compartir*” con los/as otros/as.

Ya mencionamos en este trabajo los relatos de Miguel sobre algunos momentos especiales, eventos ocurridos en el cine-teatro “Alfa” por motivos del día de la erradicación del trabajo infantil³⁰, en donde sus hermanos participaron en diferentes números artísticos. Gastón había contado que sus hermanos conocen tal situación, con quienes recientemente se había contactado, uno de ellos concurrió casi al finalizar dicha presentación:

“Ah...y ese día cuando fui a participar en los números que preparamos con el Prof. Darío, luego vinieron las demás seños y nos felicitaron por lo que hicimos. En ese momento todavía todos éramos pibes, trabajábamos de lustra. Creo, que nadie era padre en ese momento, teníamos todos buena onda, tuvimos problemas con los canas, que si algunas veces hacíamos macanas...pero nada pesado. Vino así y me dijo mi hermano Pedro, como es más grande que yo “que le parece que voy mejorando un poco, que deje de andar en la calle”. Igual sabe que yo hago la mía, solo que se puso contento porque para hacer las

³⁰ 12 de diciembre es el día por la erradicación del Trabajo Infantil.

acrobacias, los números del circo, teníamos que estar sin haber tomado birra, o haber jalado la bolsita, porque teníamos que saltar, caminar en equilibrio. Estuvo bueno a todos nos gustó, participar, no nos hicieron de menos, nos dejaron participar, ver que la gente que fue nos aplaudía fue muy bueno. Luego hicimos otro, cuando fue fin de año, en un colegio creo que fue en el Comercial. También ahí fue bueno. También ahí vi que muchos de los profes. Se despedían, dejaron de trabajar en la fundación, es así la situación cómo nos toca pasar día tras día aquí, es jodida la mano, pero está muy bueno en poder saber con quién también contas (...)” (Gastón)

Ketchup en una ocasión me conto que uno de sus hermanos (Raúl) había terminado la escuela primaria, pero no le habían dado el certificado. Él había ido a reclamar al establecimiento su certificado y quería después hacer una fiesta. Me pareció que esta reivindicación y el festejo del logro obtenido eran centrales y un modo de salir adelante.

Los cumpleaños que habían sucedido en las semanas previas a las que me acercaba a la casa por lo general eran relatados por los sujetos, recordando lo que se había comido, lo que había sucedido, quiénes estaban. Miguel contaba que sus vecinos/as, quienes la consideran como su hermano, siempre lo invitaban para cumpleaños y puntalmente recordaba que al cumplir los 18 años hace pocos días, él había sido especialmente invitado por unos de los vecinos, quienes le hicieron un “asado”. En el momento de la entrega de presentes “*un testamento fue relevante sobre otros objetos o productos que cuente*”, dando cuenta de que el aferrarse a la fe demuestra la necesidad de una situación que va más allá de la simple práctica espiritual. Especialmente, en los momentos de “angustia” como en las situaciones de encierro, en donde muchas veces las tentativas de suicidio dejan de ser una idea, y se convierten en autoflagelaciones.

Un día que estaba en una de las ranchada de los “pibes” más grande al sábado siguiente festejarían el fin de año. Los hermanos de él habían llegado al mediodía trayendo vasos y un poco de asado que se cocinarían para las fiestas. Mientras Carlos, uno de los que vivían en otra ranchada, que estaba allí en ese momento, explicaba que habían ido a comprar en la estación de servicio que se encuentran en la avda. Hipólito Irigoyen, un poco de verduras, sal, y demás. Pidiéndole permiso a los playeros, para extraer agua y lavar las verduras, luego de la celebración ir a bailar a algún boliche.

Ramón explicaba que en algunas ocasiones suele pasar las fiestas junto a la familia de su pareja, luego de unos inconvenientes con sus cuñados y suegro, pudo volver a participar en

las celebraciones navideñas. A través de esas reuniones y encuentros, centrados en el disfrute, Ramón se había integrado con los nuevos “parientes”.

Algunos momentos destacados, también se merece observar la importancia en momentos de dolor, como resulta ser los funerales:

“Y en casos también especiales como cuando falleció Chula (Raúl) todos estuvimos, los que más entendían ahí son los hermanos de él, Nano, Fede y Kechup. Todos los conocíamos a Chula, habíamos crecido en la calle, estuvimos algunos todos juntos en los hogares, conocíamos las historias tristes que teníamos, casi a todos nos dejaron nuestras familias. Aquí si no tenes hermanos, te lo haces, yo estoy solo aquí, pero para mí son mi familia, la que no tengo. Y en los malos momentos que todos pasamos, más que Chulita se suicidó, ahí estuvimos con ellos para acompañarlos” (Jairo)

Por lo tanto, observamos que las reuniones y festejos tienen un lugar importante en la vida cotidiana de los sujetos, especialmente significativo en tanto implican un evento que es grupal y compartido. Al tiempo que refuerzan los lazos “familiares”, pueden actuar como vehículo de expresión afectiva de protección, andamiaje hacia los otros/as.

Acompañar (contacto y gestiones con organismos públicos). En algunos relatos el “acompañar” al otro/a es un modo de “cuidar” y “ayudar”. Apareció en varias ocasiones en referencia con ir con la otra persona a hacer trámites o gestiones en oficinas u organismos públicos o de la sociedad civil. También aparecen acompañamiento al hospital o en el centro de primeros auxilios. En especial la idea de “acompañar” a otro/as es en relación con algún adulto, de algún organismo o un par que en momentos como sucedió a Luis (heridas por arma blanca) puede dar cuenta de una asunción de mayor responsabilidad sobre tal acto y persona.

Lo que en los relatos aparece como “acompañar” o “llevar” guarda relación con la noción que retoma Pombo (2010) de trabajo de mediación, que incluye aquellas tareas de gestión y mediación con las instituciones del estado y las organizaciones comunitarias, las cuales insumen tiempo y esfuerzo, se centran en gestiones tendientes a la obtención de recursos que satisfacen necesidades de los grupos. Observamos que tal trabajo de mediación o el proceso de “acompañar”, requiere y pone en juego conocimientos sobre cómo se hacen las gestiones, cómo funcionan los organismos, quién es la persona indicada para consultar, conocimiento que actúan como recursos de la persona que comparte, brinda o negocia.

“A Luisito sí, yo lo acompaño a hacer algún trámite, porque aparte de ser menor, no tienen DNI, hasta al hospital muchas veces fui” (Gastón)

Pombo (2010) también nota que dichas tareas son desarrolladas principalmente por los más grandes, pudiendo entenderse la participación de ellos como expresión de las responsabilidades de cuidado inscriptas en las construcciones presentes en las relaciones, al tiempo que tales tareas de mediación implican para muchos de ellos pueden actuar como una “modalidad” de tutores, quiénes pueden incursionar en el mundo público, generando nuevas relaciones sociales y adquirir aprendizajes y herramientas que pueden fortalecer su autoestima y enriquecerlas en términos personales. Coincidimos con estas afirmaciones desde los relatos de los jóvenes y el trabajo de campo realizado.

Llevar al hospital, a la salita de primeros auxilios. Continuando con el trabajo de mediación, *“llevar al hospital”* implica diversas tareas como, por ejemplo, gestionar los turnos, conversar con los médicos, pedir explicaciones, interiorizarse de los tratamientos, actividades que también están concentrados en ellos, principalmente con aquellos que se encuentran con sus parejas atravesando algún embarazo. Así aparecen muchas referencias a las tareas que demandan las estadías o consultas en el *“hospital”*

“Y si, estar con ellos (refiriéndose a los menores que él), cuando me necesitan. Llevarlos al hospital o se hacen cagar con alguien más grande, si están lastimados, o les pica algo, los trato de acompañar al hospital Pablo Soria o al San Roque, algunas veces veo que es necesario acompañarlo, aunque muchas veces pierda cliente como lustras, son mis hermanos de la termi (...)” (Gastón)

Una vez que fui a la casa de Ketchup, su hermano Nano había estado varios días en el Hospital “Pablo Soria”³¹. Le estaban *“reparando una pierna”* de una quemadura que había tenido de niño y ahora ya era tiempo de operarlo porque le estaba generando mucho dolor. En esa ocasión Miguel, además de expresar que se sentía solo teniendo que encargarse de llevar a su hijo y estar con él en el hospital, explicaba que era necesario interiorizarse sobre lo que los médicos le estaban haciendo al adolescente. Relataba con respecto a la relación con los médicos y a su sentimiento de responsabilidad sobre la salud de su hijo:

³¹ Hospital público provincial ubicado en la Ciudad de San Salvador de Jujuy, especializado en la atención que sufrieron diversas patologías, lugar de residencias para los nuevos profesionales. Hospital para adultos cabecera de la provincia.

“Bueno, fui el martes y ya iba con todo, ya iba enojado, que le iba a decir coas a los doctores, llegué al hospital antes de subir, a entrar para adentro digo “cálmate a mí mismo, porque si me ponía loco, sabes que podés hacer algo que a ellos le moleste y trate mal a mi nene. Entonces pasé, le dije a la mamá de él. Entonces pasé, le digo “doctora, ¿qué es lo que tiene P. realmente? ¿Por qué no me dijeron...? Yo ya estaba medio enojado y ya está, cuando me pongo loco, y agarro y le digo “¿Cómo es esto que no me dijeron que P. tenía una úlcera?, “No papá, pero no es nada, una úlcera chiquita le salió, no sabemos cómo”. Le digo, “si, pero ustedes para mí, como yo no averiguo porque son doctores, yo sé que los doctores le ponen las mejores ondas”, digo “yo vengo, confié en ustedes, lo que ustedes hicieron mal es no confiar en mí, no me iba a poner mal es no confiar en mí, no me iba a poner mal si ustedes me decían: mira a P. le salió una úlcera, no sabemos cómo le salió”. Y yo le dije, “de ahora en más voy a querer detalle por detalle qué es lo que tiene mi hijo” (...) Y si le digo, “porque ustedes se imaginan, usted doctora, póngase en mi lugar, entrego un hijo para hacer una cosa y que después al tiempo se entere que tenga otra, es medio como que, para un poco, ¿Qué estamos haciendo? Y no, me lo explicaron re bien y me quedé, es algunas cosas que sucede entre ellos, sucede que no pasa algunas cosas entre quienes pasan cosas en la calle, pero se puede lastimar en la calle, por eso sólo quiero que este en la casa de su abuela” (Nano).

El “hospital” como referencia central a los espacios donde se atiende la población (en el caso de los adolescentes y jóvenes en situación de calle suelen concurrir ahí) es una de las instituciones que más aparece vinculada con prácticas relacionadas con su acceso a las instituciones del Estado por parte de ellos y también muy presentes en la vida cotidiana de sus familiares, hijos, hermanos, entre otros. Junto con la seccional, o comisarias, son las dos instituciones más mencionadas y que dan forma a los circuitos cotidiana y a la definición de prioridades. Ambas instituciones no aparecieron desde los discursos como espacios de contención, sino señaladas en tanto las prácticas de cuidar que éstas requerían por parte del entramado familiar.

Acompañar y llevar y traer a los niños en las visitas a instituciones. *“Llevar y traer”* a los niños/as y en algunos casos “visitas en los hogares o penales”, es otra actividad reconocida como práctica de permanecer con ellos. En algunos momentos la tarea de “llevar y traer” estaba reservada para los “parejas o ex parejas”, mientras que en otras ocasiones también los/as adolescentes son los acompañados o beneficiarios de las visitas.

Según mi observación, las concurrencias a determinados espacios es uno de los ejes articuladores de los tiempos cotidianos, que marca tiempos y actividades diarias, con cierta estabilidad. La actividad de *“llevar y traer”* de los institutos de menores, también llamada como “lugar de reclusión y enderezamiento de conducta”, en general es realizada por diversas

personas, adoptando diferentes estrategias para esto: lo hace la madre de sus hijos, parejas actuales, hermanos/as o los “hermanos de la calle” acompañándose entre ellos/as³².

Era frecuente estar conversando en un video juego o en la terminal con ellos y de repente alguien salían, nuevamente retornaban al rato junto con su hermano/a o sobrino/a, hijo/a que fueron a buscar a la escuela, para que este junto a Jairo, su padre, en varias ocasiones. O también adolescente de 12 o 13 años que llegaban para vender golosinas. En este aspecto, como también en la preparación de la comida, noté cierta “auto-gestión”: no hay alguien diciendo lo que hay que hacer, quién va, quién viene, sino que diversos son los que asumen responsabilidades, como veremos más adelante. Ramón explicaba al respecto:

“Mira, el día a día, yo me levanto temprano, a veces los llevé yo a mi nena al colegio, sucede que su mamá no es muy responsable. Ella va desde las 8,30 hs de la mañana hasta el mediodía, el jardín donde va es aquí en coronel Arias, no me queda tan lejos. Puedo dejar de trabajar un rato, se complica si tendría un trabajo en donde cumpliría un horario, pero como sigo de lustra, puedo hacerlo. Algunas veces cuando trabajo de otra cosa, o no le veo por diversas cosas a la nena, ella me cuenta que no va a la escuela. Entonces la cago a pedo a su madre por pajera..., pero puede pasar que ella no esté en muchas partes, pero quiero que ella cuide a la nena, que no termine como yo” (Ramón)

La necesidad de “acompañar” o “llevar y traer” durante las visitas o garantizar que alguien lo haga, en varios relatos es vinculado con la “inseguridad” que ellos observan, como señalaba Lalo:

“Acá es como todo, acá si no te manejas de tu forma, te sentís inseguro en todo lado. Acá cuando se van a sus casas o salen con las mamás, siempre le pido que me avise cualquier cosa, sino voy y los espero en la parada de colectivo, porque los pungas capaces que no conocen y le chorean”

Ayudar en alguna oportunidad a las actividades ligadas a lo domestico Aparece con más énfasis y frecuentes menciones a “llevar y traer” de los jardines de infantes, garantizando que vaya y también comprando lo necesario para esto, que “ayudar con algunos gastos alimentarios, de ropa o en las tareas escolares”, que es mencionado en menor medida. En algunos relatos los/as adolescentes y jóvenes hacen alusión a dificultades para esto. Debido al escaso conocimiento sobre los temas abordados o la falta de recursos económicos, en este

³² Con respecto a los procesos de construcciones de “responsabilidades” y “obligaciones” de padres y madres sobre el cuidado infantil, específicamente vinculados la educación formal infantil, pueden encontrarse reflexiones en la lectura de los textos de Santillán (2009, 2010).

sentido, en muchas ocasiones los/as hermanos/as, primos/as o tíos/as colaboran o suplen las necesidades.

“- Y ¿Qué tareas haces Jairo con tu nena?

Jairo: *cuando tiene tareas, luego de que salgo la sandwicherías le ayudo, es fácil, porque va a segundo grado, pero creo que cuando era más grande ya no le voy a poder ayudar, porque mucho no sé”*

“- ¿Qué haces cuando no tienes dinero, o no tuviste clientes?

Jairo: *le da sus abuelos, o la madre tiene unos mangos guardados, igual siempre tengo algo para hacer, sino por la noche, no queda otra (risas)”*

En varios momentos durante las entrevistas en la estación de servicio o en las sandwicherías que se llevaban a cabo las entrevistas los niños/as mostraban espontáneamente los cuadernos de la escuela. Así mientras conversábamos yo miraba los cuadernos, como jugar con ellos o comprarles golosinas. A su vez, también hay algunos adolescentes o jóvenes yendo a la escuela y buscando completar el nivel primario, como el caso de Miguel, Nano y Lalo. Ellos se encuentran actualmente percibiendo el programa social denominado PROGRESAR, por parte de ANSES, en tanto que su ropa y demás objetos de necesidad lo cubren con lo que reciben en las fundaciones, iglesias y demás.

Mirar (a los más pequeños de los grupos). Especialmente refiriéndose a los niños/as y estrechamente relacionado con la presencia, aparece la noción de “*mirarlo*”.

La actividad “*mirar*” es reconocida en otros estudios, como los de Faur (2012), Lopes Machado (2008) y Szymanski (2002). Lopes Machado (2008) observa, como resultado de su investigación, que en la relación con los demás (hijos, sobrinos, niños) en donde se establecen una distinción entre “*criar*” y “*mirar*”. Mientras que “*criar*” significaría asumir todas las responsabilidades –financieras y afectivas-, “*mirar*” es sinónimo de cuidar, proteger por un tiempo provisorio, con una autoridad parcial sobre ellos. Entendiendo que estas funciones en relación a los adolescentes y jóvenes, actuaron distintos adultos que figuraban como responsables o tutores

En nuestro caso, el “*mirar*” también implica una autoridad parcial, limitada. “*Mirar*” aparece como lo “básico”, en tanto, “*lo único que hay que hacer*”, que es “*estar y mirarlos*”, tanto por quienes están en ese momento directamente a cargo de ellos, como aquellos/as que

no están asumiendo la responsabilidad central por ellos/as, como veremos luego y que actualmente ellos que función cumplen con aquellos que están a cargo.

“- ¿Qué es lo importante de alguien que les pueda brindar alguna asistencia o contención?

Nano: Que en los momentos que nos sentimos solos no hagamos cagada, sino que podamos estar con alguien, así nos escucha (...)”

Esta tarea de “*mirar*” surge en varios relatos como cierta responsabilidad colectiva, más indefinida. Aparece con énfasis que aquellas personas que no están directamente a cargo del niño/a igualmente “*miran*” a aquellos que son por algún motivo próximo a ellos, ya sean hijos/as de familiares o de los vendedores, puesteros, boleteros. Especialmente se “*mira*” a los niños/as cuando éstos están solos, o en los diversos espacios de la terminal o en sus inmediaciones. Como decía Gastón:

“Siempre está ese momento, que uno tiene miedo de que mi hija no pase lo que me paso a mí cuando era chiquito, por lo menos si no le puedo dar una casa, por lo menos quiero verlos, no como mi viejo que me dejaron desde muy chiquito, hasta que bueno, la mamá se los lleva de vuelta a la casa” (Gastón)

Retomaremos y profundizaremos sobre las relaciones y entramados en torno al “*mirar*” en próximos capítulos.

Jugar. Jugar con los/as niños y niñas como forma de “cuidar”, apareció en muy pocas ocasiones. Principalmente fue mencionado “*mirarlos mientras juegan*” o “*darle juguetes que jueguen y mirarlos*”, o sea, supervisarlos mientras juegan para que no se golpeen, se lastimen o suceda algo peor.

Gastón explicaba con respecto a su hijo la acción de “*mirarlos mientras juegan*”, que es lo que estaba sucediendo mientras yo estaba realizando la entrevista. Mientras nosotras conversábamos sentados en la estación de servicios, el niño jugaba adentro del local, y cuando salimos en los espacios peatonales de la terminal.

“¿Qué hago para qué estén cuidados? Primero le doy a su mamá dinero para que les compre yogurt, leche lo que ellos necesiten. Cómo ya va al jardín, los útiles y luego si les pasa algo, trato de que me avisen, así compro algunos remedios, ya que se lastiman jugando o se caen” (Gastón)

En pocas ocasiones aparecía la noción de “*jugar con*” ellos/as, como en los relatos de Nano sobre su pareja:

“Ahora, como casi no está no hace nada por ahí (refiriéndose a su pareja, madre de su hija). Casi en nada, pero cuando vienen junto a mi nena, luego se van antes que suban el cole. Ya la estoy extrañando a mi hijita, es que aquí cuando viene a verme en la termi. Salta, juega, le compro golosinas, jugamos juntos, trato de que el pase bien, es que ella vive en Malvinas, queda lejos del centro, no conoce, y cuando está conmigo puede pasear y conocer” (Nano)

Hacer que estén bajo el cuidado y protección de adultos Junto con “*mirar*” aparece en varios relatos como algo importante, garantizar que los hijos/as o los niños/as “*estén adentro*” de la casa o bajo la mirada de los mayores. Estar “*adentro*” sería garantía de seguridad y tranquilidad, contrario a los eventos que deben vivenciar ellos.

Las alusiones a los “*quilombos*” que suceden en los espacios públicos, que frecuentemente están relacionados con los enfrentamientos violentos que comentamos, en algunos casos amerita garantizar que “*estén con protección*”, asegurando la llegada de las ex parejas con sus hijos/as tratando en ir a buscarlo, esperarlo, decirle que se quede dónde está y otras alternativas, buscando la estrategia más adecuada en función de lo que está sucediendo. Como explicaba Noelia:

“Ay...estar con la nena y que no les pase nada, por eso le pido a Daniel que no espere, nos busque y nos acompañe. Si hace frío no las traigo aquí sobre todo para que no se contagien por las gripes, ya que son chiquitas. Pero me pone tranquila que cuando estamos con Daniel, por más que no es el papá de las nenas que nos pueda cuidar, que no nos suceda nada malo, esta pesada la mano sino, me pueden quitar la mochila” (Noelia)

A su vez, garantizar que especialmente los/as niños/as estén adentro cuando hay problemas aparece como una responsabilidad compartida. Junto con “*mirarlas*”, “*mirarlos y si hay problemas que se metan adentro*” sería una de las formulas conocidas y practicas por diversos vendedores ambulantes, boleteros, incluso con “*los chicos que no son míos*”, como decía Daniel:

“Entonces es muchas veces de cuidado, si uno de las vendedoras, las doñitas ven algún problema, buscamos que los chicos estén cerca nuestro. No es que nos quedamos quietos, o nos hagamos los zonzos, pero si estamos atentos a que pase algo. Una vez andaban buscando nose que cosa las canas que están aquí en el destacamento de la termi, hicieron un quilombo, empujaban a la gente, no le interesaba que sean mujeres ni nada, y justo estaban los chicos aquí, así que tuvimos que llevarlos ahí en la esquina, en los video juegos”.

*“-Te miran, y ¿qué más hacen para cuidarlos?
Jairo: trato de estar atento, si pasa algo pesado o hay algún borracho, si me debo
agarrar a piña lo hago”*

En esta intención de “*protegerlos*”, en un pequeño relato apareció que la mayoría de sus hijos/as se encuentran siempre bajo la mirada de adultos o responsables, evitando de esta manera que muchas conductas imitativas aparezcan en relación a que en algunas oportunidades observaron a los “pibes” jalando poxi o fumando.

En el próximo capítulo nos detendremos a profundizar en los análisis en torno a las distinciones espaciales “*adentro*” y “*afuera*” que aparecen en varios relatos, como los que aquí presentamos.

Vigilar (especialmente mujeres). Aparecen en varios relatos menciones a “*vigilar*”, especialmente a las mujeres adolescentes, “*posibles inicios de noviazgo*”. Especialmente “*porque son débiles, sensibles*” en tanto “*proteger a las distintas chicas o minitas*” de las adolescentes está relacionado con su vínculo sexual y afectivo con ellos, ante el temor de que pase de “*que sea levantada por extraños*” como manifestaba Jairo.

Esta “actitud masculina protectora” también se relaciona con “tener la posibilidad de control sobre las mujeres”, un “no vestirse como gato” que adquiere especificidad para las mujeres. Siguiendo la línea del “mirar”, la acción de “vigilar” se dirigiría a observar atentamente a una persona y estar pendiente de ella para evitar que sufra o sea dañada.

En algunos casos se coloca a un par para que “vigilen” a las novias, como hacía Nano y Miguel:

“Y Miguel, el narigón está en la cuestión de que, ponele al ser mujer, encima linda y buena piba; lo demás la cuidamos, por más que Nano sea el novio. Aquí somos protectores, cuidamos y no queremos giles aquí. El tema es que a las chicas uno las tiene que cuidar, que se sientan seguras con un macho (risas), alguien que las defienda. Cuando vamos a bailar siempre las dejamos a cargo de alguien cuando me voy al baño...o sino siempre le decimos que se muevan en grupos entre ellas, no queremos que les pase algo. Una vez cuando Noelia estaba en la ranchada, nose capaz que nos veía desde arriba la policía, pensó que le hacíamos algo, bajaron cuatro canas y se la llevaron, si ella estaba ahí era porque quería nadie le obligaba a que este con nosotros. Es que nosotros calentamos a las minas, no le tenemos miedo a nadie, ya todos las hemos pasado desde muy chiquito a todas, nos

pegaban en los hogares y demás, así que no tenemos miedo, el tema es eso que no pase nada a los más chicos, a las pibas, además viste como vienen vestidas algunas” (Nano)

Oscar narraba cómo él miraba a su hija durante el cumpleaños de ella, puntualmente observaba atentamente a algunos adultos que no los conocía y que se acercaban a algunas de las chicas invitada y en ese entonces a su pareja, la modalidad en que se acercaban y cómo lo hacían. Al notar lo que sucedía se aproximaba demasiado a su pareja, lo que Oscar calificaba de falta de respeto, relataba que los miró y le hizo *“como diciendo “ojo”*.

“Porque a la J. le festejamos el cumpleaños (...) le hicimos un sábado, bueno, invitamos a los amigos y ellos trajeron a personas que no conocíamos, a changos. Claro, yo veía que se les acercaba a nuestras amigas y a la Belén, y yo le dije a uno de los guachines “quédate tranquilo, porque si no te damos una cagada. Se quedó un rato piola, el tema es que chupan y no se rescatan algunos, quieren coger nada más o se hacen de levantarse mina, para eso está los boliches, Ibiza, Astros, pero que no jodan en una fiesta de chiquitos, así hay vagos que son tremendos, pesados, unos alzados que te persiguen por todos lados, ahí pueden joder a las minas” (Oscar)

Oscar expresaba esta noción de *“vigilar”* diciendo que él andaba *“como un perro rottweiler”* (aludiendo a la raza canina considerada popularmente como agresiva y que infunde temor) en relación con Belén y con sus amigas, pensando en un futuro actuar de la misma manera, cuando su hija sea más grande. Actuando como un *“perro rottweiler”* buscaba alejarlos de aquello que podía hacerles daño.

“Por eso yo acá ando como un perro, un rottweiler con ellos, porque cuando veo, como uno anduvo, veo algo raro, camino, me fijo antes de hablar. El otro día estaban acá al lado, un desastre, yo le digo, “llama a Jairo”, “trae a los pibes, por si hay problemas con alguna fisura”. En el cumple hubo un lío, se pelearon no por minas, sino por chupa finalmente, hubo aquí se quisieron pegar, hubo corridas, parecía que andaban armados algunos. A veces discutimos con Belén sobre estas cosas, de que no hay que dar confianza y dejar que pasen lo que quieren, no es así no hay que ser dormidos (...)” (Oscar)

En uno de los casos, aparecen referencias a las circunstancias que aparecen en eventos de fin de año, durante las fiestas quien le sugirió Nano en ese entonces a su pareja y madre de su hija que *“se fije”* en la manera en que se estaba comportando, qué estaba haciendo, es decir, sobre el modo en el que se relacionaba sexual y afectivamente con varones.

“Pero ponele, acá, en la terminal y cerca de ella ya es diferente, está los pibes que protegen y cuidan, muchos tenemos aquí que nuestras minas no viven con nosotros y cuando vienen queremos estar tranquilos, sin ningún tipo de bardo” (Nano)

Este aspecto de las prácticas vinculadas a las conductas masculinas, el “vigilar”, se relaciona con la transmisión de valores, normas y pautas vinculadas con la sexualidad en la adolescencia, aspectos que retomaremos más adelante en este capítulo.

Dar un lugar en los espacios donde se habita. Como un modo de “cuidar” aparece en varios relatos y también con énfasis en las observaciones, el dar un lugar como vivienda, se modifica un lugar de la terminal, el mercado de concentración, tomando posteriormente la conformación de una ranchada debajo de los puentes, “*que se quede acá*”, ya sea durante el día “*cuando la madre no está*” o “*que se quede a dormir*”, cuando por algún motivo no tienen adonde ir o cuando la persona, especialmente en los inicios de empezar a vivir en la calle, siendo uno de los motivos más recurrentes la huida de su casa generalmente a partir de algún problema con personas en la vivienda donde habitaba.

En el caso de Miguel era habitual encontrarlo en la terminal con su cajón para lustrar los zapatos juntos a otros adolescentes y jóvenes, quienes también realizan las mismas actividades laborales, o se dedican a la venta de golosinas entre otros productos. Incluso un día cuando pernoctaba por el centro, iba caminando con junto a Daniel y Noelia, pasamos por donde se encontraba en ese momento trabajando Gastón, y nos comentó que no había comido nada durante el día, por qué no tuvo clientes, ellos lo invitaron a comer unos “panchos” y un poco de gaseosa, ya que se demostraba con hambre y cansado por el calor.

En una ranchada debajo del puente Gorriti encontré ahí charlando y tomando un poco de cerveza a Simón, Carlos y Fernando, quienes se encuentran viviendo allí hace muy poco tiempo (alrededor de tres semanas), dos de ellos se escaparon de un instituto, mientras que el restante ya es mayor de edad y por decisión propia quiso ir a vivir a la calle. Sobre Simón, yo regrese nuevamente en otro momento cuando le consulte si quería que le haga unas preguntas, me respondió que luego, porque no me conocía y que nadie le había dicho quién yo era. Sin entender porque bajaba al río, a sus orillas y veía las ranchadas, luego de un intercambio de palabras accede a que realice una entrevista breve, mientras que Carlos y Fernando en un principio sospechaban que era de Brigada de Investigaciones (Policía de la Provincia) o del juzgado de menores y buscaba llevarlo nuevamente al instituto del cuál escaparon.

En la zona del mercado de concentración de Abasto, en la avenida Almirante Brown pude encontrarme a Gonzalo, quién se encontraba revolviendo un contenedor por detrás de los locales. Gonzalo contaba que se fue de la casa donde vivía con su madre y sus hermanos mayores, por una discusión con ésta, luego otro adolescente que estaba con él, Tomás ampliaría y explicaría que fue porque la madre “no aceptaba un chorro” como era Gonzalo. Luego de retirarme de esa ranchada, me dirijo hacia el centro donde cruzo a Alexis en la calle Otero e Independencia, ahí me comentaba que fue a comer a una fundación. Mientras tomábamos una gaseosa en una confitería me comentaba que durante ese día había estado pidiendo dinero en la entrada de la catedral, habiendo sacado alrededor de 80 pesos, y luego pasaron a buscarlo los “pibes” de la terminal para ir a almorzar a la fundación. Revelaba que su llegada a la calle, fue hace un par de años atrás cuando huyó de un hogar de menores, durante varios días se tuvo que ocultar por distintas partes, porque lo perseguían para volver a llevarlo, luego dejaron de hacerlo.

Diego también recordaba cuando fue que empezó a vivir en la calle, siendo los primeros momentos posteriores al fallecimiento de su madre, iniciando su padre una nueva relación con otra mujer y ellos son llevados al hogar escuela.

“Comencé a estar por el terminal primero con mis hermanos, nos llevaban a los hogares, pero nos escapábamos, del hogar-escuela también nos fuimos. Es que éramos terribles, hacíamos bromas pesadas a las cocineras, a las maestras, hasta que nos quedamos todos a vivir por aquí, por el centro, en las ranchadas, después Chula se fue, y quedamos aún Nano, Chula y yo viviendo en la calle” (Diego)

Vivir en diversos lugares. Hay otro conjunto de prácticas que aparecen en varias situaciones y consisten básicamente en garantizar que ellos tengan un mejor lugar para vivir, buscando una superior calidad de vida de la que sus familias e institutos pueden ofrecerle. Para esto se recurre a algunas estrategias, como alentar y apoyar al joven para que vaya a vivir y trabajar a otras ciudades, provincias, colocan en momentos de incertidumbre a muchos de ellos, ya que la alternativa de actuar en otros lugares como trabajadores “golondrinas” en una de las alternativas más viable para conseguir dinero.

Como ya mencionamos en otros capítulos, varios de ellos tienen familiares que han trabajado de esta modalidad, viajando y retornando a sus lugares de origen cuando finalizan las cosechas. Asimismo, Miguel recuerda que cuando era un niño pequeño, su padre viajaba a

Mendoza por un par de meses para trabajar en los viñedos, situación que ameritaba a que sean no solamente cuidados por su madre, sino también por su abuela y tía. Actualmente él observa con buenos ojos la oportunidad de poder viajar periódicamente hacia otras provincias con el motivo de poder realizar un ahorro y retornar a Jujuy, situación que también es escogida por Miguel para poder alejarse de las drogas. Luego de haber realizado la entrevista, siempre ha manifestado su idea de poder viajar, pero aún no lo realizó. Argumenta que no tiene para el pasaje, o que se va a sentir solo en un lugar lejano.

Aparecieron en los relatos muchas referencias a ellos y otros adolescentes que habían vivido en forma permanente con sus abuelas o abuelos, siendo que muchos/as habían quedado al cuidado de la abuela desde niños/as, como el caso de un hijo de Jairo, Mono y Juan. En este caso se entrelazaban acciones en las que se “da” y se “pide” para “poder brindar algún tipo de protección”.

“No, mi mamá no estaba con nosotros, porque ya estaba enferma, paso mucho tiempo en cama, hasta que la internaron. Creo que tenía cáncer, no hablo mucho de eso, ya que fue difícil y triste, recuerdo que Ketchup era muy chiquito. Mi papá se iba a trabajar a Mendoza y nos dejaba junto a mi abuela y una tía, después, ya no nos quería cuidar, decían que éramos tremendos. Fuimos a distintos hogares, éramos terribles. Cuando mi viejo volvía de los viajes, nos juntábamos y comíamos asado, hasta que se metió con una mujer y dejó de vernos, creo que ya tiene hijos con su nueva esposa, yo lo hablo muy poco, mis hermanos no lo hablan directamente. Algunas veces pasa por aquí y charlamos y me deja plata, no le recibo, no quiero nada de él. Nos lastimo mucho.

Por eso también algunas veces por mi nena dudo en irme a trabajar, aquí por más que no estoy con la Belén puedo ver a mi hija, en cambio sí me voy lejos no la veré. A ver profe. ¿Si armo una nueva familia y me olvido todo de aquí?, no creo que sea lindo, sufrimos mucho de chicos, yo y mis hermanos, pero ahora no quiero que la Caty, también el pase mal, yo con la Belén nada que ver, pero no quiero que a mi hija le falte nada (...)” (Nano)

Oscar contaba que lo “dejaron” cuando era niño al cuidado de su madrina porque su madre “no lo podía tener”.

“Lo que pasaba es que como se juntó mi vieja con un tipo, cuando mi viejo nos dejó, ella se fue a la casa de su novio y nos llevó con la madrina de Carlos. Recuerdo que estábamos los tres, yo, Carlos y mi hermana, mi vieja si nos iba a ver todos los días, nos llevaba cosas, o a la escuela iba. Luego dejo de hacerlo, nose que le habrá pasado, pero no nos iba a ver como antes, así que bueno íbamos creciendo casi solos, porque la madrina tenía su marido e hijos, no se podía ocupar de todos. De a poco salíamos a vender turrones, chocolates, lo que venga por la calle, íbamos a la escuela y de ahí nos veníamos a trabajar los dos, después ya nos quedábamos porque terminábamos tarde de vender o nos empezábamos a ir a los juegos” (Oscar)

De nuestro trabajo de campo constatamos que la práctica de “dejar” al niño/a o adolescente al cuidado de otra persona, ya sea principalmente del mismo grupo familiar o no, es frecuente y suele formar parte de un conjunto de estrategias que no pueden garantizar una buena calidad de vida para el niño/a, adolescente o joven, ya sea que las dificultades por la que viven con sus progenitores sea de índole económicas, vinculares dentro del contexto familiar o del entorno, como los conflictos con las personas allegadas a ellos, entre otras. Relaciones que profundizaremos en el capítulo 6.

Dar y demostrar cariño. Podemos pensar, y algunas personas lo manifestaron, que “*dar cariño*” puede estar presente en las diversas acciones que hemos presentado hasta el momento. Sin embargo, nos interesa aquí detenernos a observar cuando la noción de “*cariño*” asociado a la “*protección*” apareció explícitamente en las entrevistas y qué aspectos del mismo fueron señalados.

Observamos que la idea de “*dar cariño*”, como sinónimo de “*cuidar*”, sólo fue explicitado en algunos relatos. Las referencias al “*cariño*” o “*afecto*” emergieron principalmente vinculadas con dos aspectos: en relación con una noción de prioridad, como algo que es considerado prioritario en relación con “*lo material*”, y con la capacidad, o no, y los modos de demostrarlo.

En algunos casos fue señalada la necesidad de priorizar el cariño, “*las cosas afectivas*” antes que “*lo material*”. Así “*afecto*” y “*cosas*” en algunos relatos aparecen discutiéndose: ¿qué es lo más importante?, ¿qué se prioriza?, ¿cómo? En este sentido observamos diferencias entre personas, entre géneros y entre familias.

Por ejemplo, Ramón contaba que suponía “*el cariño*” como algo prioritario vinculado con el “*cuidar*”, prioridad que deviene de considerarlo como una necesidad importante, para que “*se haga persona con sentimientos*”, sobre todo porque es mujer su hija.

“- Vos decís que familiares de Nano decían que quienes cuidan a los chicos es ciertas coas, pero, para vos ¿qué es?

Nano: No me creo saber todo, pero para mí es el cariño más que nada, la atención, porque necesita mucho, porque si uno está, pero no los atiende, ellos no sé, se acostumbran así o, como que, “ah, mamá me da de comer, mamá no es nadie” o no sé... (...) Para mí es más importante eso, el cariño y la atención, porque si uno no está es lo mismo que no tengan a nadie, no se hacen personas así con sentimientos, hay un cariño muy bueno que ocurre cuando estas con tu hijita, la ves tan bonita y linda”

Asimismo, el cariño aparece relacionado con la demostración del mismo, “cuidar” como “demostrar cariño” o el reconocimiento de no saber cómo demostrarlo o sentir que no me lo demuestran. Por lo tanto, varios relatos dan cuenta de una íntima relación entre “dar cariño” y “demostrarlo” o no.

Dicha demostración y los modos de hacerlo emergen relacionados con procesos de aprendizajes. Aprendizajes que están atravesados por la dimensión genérica, dando cuenta de procesos diferenciados en la socialización de las formas de expresión (y represión) de los sentimientos en función del género, lo que también refleja la dimensión socio-cultural de las emociones (Lutz, 1986; Leavitt, 1996).

Al respecto son contundentes los relatos de Carlos, quien hablando de su relación con los integrantes de la familia paterna recordaba episodios de su adolescencia y contaba que no le era permitido saludar con un beso en la mejilla a su abuela, ya que esa práctica no se correspondía con el modelo de hombre que transmitía en su familia:

“vio profe. Cómo es la gente grande, los viejos, bueno mi abuelo y tíos eran enchapados de esa manera en dónde un hombre no puede saludar a otro dando un beso, dicen que en Buenos Aires donde Ud. ¿Vive ahora se saludan así no?, si te veía haciendo eso mi abuelo seguro que te decía de todo con la mirada nada más (risas), y mis tíos también eran así, nadie es puto, ni llorar se podía, había que respetar eran las reglas de la casa y ellos eran así, no quedaban otra, no te dejaban poner los codos sobre la mesa, no podías ni decir alguna mala palabra que se enojaban con uno, querían pegarte”

A su vez Lalo, en una ocasión que lo entrevisté estando él solo en su casa, explicaba sobre sí mismo, enfatizando que, si bien cuidaba a los integrantes de su hogar, no lo demostraba. Expresaba “no sé cómo es demostrar el cariño de padre a hijos” y daba cuenta de que también él evitaba la demostración de cariño de sus hijos hacia él, por ejemplo, cuando decía “losorros”.

“Es difícil poder dar cariño, amor al resto cuando vos mismo no recibiste o tus viejos nunca estuvieron para dártelo, ahora a mí me cuesta ser cariñosos con mis hijitos, los quiero y amo...pero es difícil serlo si uno mismo no tuvo eso durante la niñez, cuando uno era chiquito, yo recuerdo que mis hermanos, mi vieja y yo sólo insultos, gritos y piñas recibíamos de mi viejo cuando llegaba borracho, apenas caminaba, era un quilombo la casa a la madrugada, los vecinos tenían que venir muchas veces a darle una mano a mi vieja, algunas veces nos daba con un cable, con lo que tenía a mano, luego de grande nos podíamos defender, o directamente nos fuimos, para qué estar con alguien que no sirve para nada, teníamos solo problemas, no alcanzaba la guita, venían a la puerta los otros borrachos, no se

podía estar así...aquí yo estoy y no jodo a nadie, estoy tranquilo con los changos y no andamos rompiendo las bolas a nadie, pero él sí, encima que chupaba era mala macha”
(Lalo)

Abrazarse, Saludarse (con un beso), Hacer upa. De los relatos presentados anteriormente se desprende que “abrazar”, “saludar con un beso”, “decir las cosas” son formas “reveladoras”, modos de mostrar cariño. Así, abrazar o saludar al otro/a dentro de la dinámica cotidiana fue en algunos relatos verbalizados y reconocido como forma no solamente de demostrar cariño, afecto, sino también como una actitud de asimetría, superioridad de lo masculino, protector, benefactor hacía los demás.

Susana, una de las veces que la entrevisté en la planta baja de la terminal, mencionaba que “aparte del dialogo, saludarse”, era parte de saber cómo esta esa persona, si pudo descansar, dormir, si no le pasa nada grave o raro. En otra ocasión caminábamos por una de las tiras que conectan la parte del “medio” cercanas a las calles de alrededores Susana me hablaba sobre la situación de ella con sus padres:

“Cuando era niña me dejaron en un hogar de mujeres, luego de ahí pasé al hogar escuela en el parque San Martin, recuerdo que ahí conocí a varios de los chicos que ahora estamos viviendo en las ranchadas, en la termi. Tenemos una bocha de tiempo en conocernos, por eso es difícil que nos caguemos entre nosotros, si siempre tenes que estar al tanto, pero aquí somos hermanos y con algunos un poco más” (Susana)

Carlos continuando con los relatos sobre los modos de relacionarse en su familia de origen, observaba las diferencias con la casa y familiares de Ana, quienes solían saludarse cotidianamente con un beso.

“Sí, aunque a muchos de aquí nos incomode ciertas cosas, hay buena gente, aunque uno no tenga las mismas costumbres de ellos, recuerdo que andaba por ahí, haciendo nada en la casa del viejo de Ana, y veía como se trataban entre ellos, sus viejos, tíos, nose si eran caretas o qué, pero lo hacían con respeto, no gritaban, se abrazaban al saludarse, capaz que sí, ellos se tratan así, pero no es tan común ver eso” (Carlos)

A su vez, en las observaciones aparecieron otros contactos mediados principalmente por el cuerpo, adquiriendo centralidad en algunas situaciones, por ejemplo “hacer upa” o colocar los niños/as en la falda, específicamente de las mujeres.

La explícita mención a estas acciones en las cuales específicamente se hace referencia al uso del cuerpo con relación a las prácticas que diariamente llevan a cabo, no pretende dejar de lado la consideración del lugar central de los cuerpos en las diversas prácticas.

Consideramos que todas las prácticas mencionadas incluyen una experiencia corporal del sujeto y un sujeto corpóreo, donde hay cuerpos que se encuentran y desencuentran (Scribano, 2010), por más que no desarrollemos esta dimensión teóricamente en profundidad en este trabajo.

Buscar al hijo/a. En algunas conversaciones, los jóvenes, específicamente, aquellas que son padres, contaban que la situación que les tocó vivir, el “no volver a casa” o “el irse” o “escaparse” sabían que las personas adultas de los hogares, instituciones en las cuales habitaban lo buscaban por distintos lugares de la ciudad, no sabían dónde estaban, entonces los tenían o tuvieron que rastrear, encontrar algún indicio en dónde se podían encontrar. El hecho de que el hijo o hija cuando pueda tener una edad similar a la de ellos se “escape”, en algunos relatos emergió como temor a que sea algo que suceda y en otros como hecho acontecido del que devino el tener que experimentar una situación de abandono, escenario que lo experimentaron cuando fueron separados de sus familias de origen. La responsabilidad de “buscar” apareció centralmente asumida por mujeres.

En una entrevista con Noelia, en la que estábamos en un local de videojuegos cercano a la terminal, recordaba que hacía pocos días el hijo adolescente de una señora que ella conoce se había escapado y ella había colaborado con la búsqueda de dicho menor.

“ En el barrio donde vive mi abuela que es el Alto Comedero, siempre pasan cosas, algunos pibes se escapan, las pibas se fuga con alguno que le pinta el cielo de colores, luego termina con el bombo, embarazada, el tema es que los chicos, bueno yo no soy tan grande, pero cada vez vienen más difíciles de manejar, yo ni quiero verme cómo será mi hija cuando tenga doce años, porque son terribles en todos los aspectos los chicos, bueno el fin de pasado aquí a doña Jacinta, su pibe se le fue y es chico, no llega ni a trece años, ella lo había retado, porque no sabe a qué va al colegio, se lleva todas las materias y ella está en su derecho de poder retarle o reprocharle algo, y el pendejo se fue, todo el barrio salió a buscarlo, quería saber donde estaba, y él boludo se había escondido en la casa de un amigo de la escuela, o algo así, Jacinta hizo movilizar a todos termino siendo un quilombo nada serio” (Noelia)

Noelia relataba que ella le insistía que siga buscando, hay chicos en la termi, que había lugares para meterse y preguntar, se acercaban a los grupos que viven en la calle de la ciudad “¿Y lo vas a seguir buscando?”.

“Había gente que estaba metida, ahí nose que hacían, pero debe ser complicado, pelear siempre con los mismos. Yo pensaba como un vago, un varón para saber dónde anda, que se puede hacer en distintos lugares, pasaron un par de hs. Hasta que dimos con él,

además tenía el clic, de que antes de estar con Dani, que vive en la villa, es difícil complicado, cuando saber que no tiene nada que perder” (Noelia)

Como se desprende de este relato, el temor de que el hijo aparezca muerto puede estar vinculado con los “peligros” que veremos en el capítulo próximo, los cuales atraviesan las configuraciones y sentidos del “cuidar” en la “villa”.

Susana también conoce a una vecina cuya hija de catorce años se había fugado, porque le fue mal en la escuela y hacía unos días que no regresaba a su casa. Sin embargo, Susana no parecía tan atemorizada como Nelly, quizás por tener ideas más claras de dónde la podía encontrar o por conocer ciertas características de su hija, entre otros motivos.

Son interesante las observaciones de Freitas (2002) sobre aquellos adolescentes y jóvenes que luchan por la memoria de aquellos pares que fueron asesinados. A partir de esta situación, la autora reflexiona que desempeñar en una red social una actitud de cooperación no es solo proteger, educar, reciprocidad, sino también ser responsable en luchar por la memoria de aquel que ya no se encuentra junto a ellos, por un entierro digno, por una sociedad más justa, enfatizando que en este caso “la lucha” estaría directamente asociada a lo que las mujeres “jóvenes” desarrollan. Inspirándonos en esta reflexión y si bien en los relatos no aparecieron puntualmente estas situaciones, que pensamos que igualmente pueden ser vividas por otras jóvenes-madres del mismo barrio, nos interesa destacar este y otro tipo de prácticas también asociadas con “cuidar”, como es en este caso “buscar” al hijo/a y “defenderlo/a”.

Defender. “Defender” a los hijos/as, a los hermanos/as, a la madre, a “mi familia”, de lo que hagan y digan “otros”, que no son parte de “mi familia”, aparece como una práctica muy frecuentemente repetida. Esa defensa incluye y justifica “saltar”, “meterse en problemas”, “pegar”, “acogotar” y “matar” si es necesario, por lo tanto, está estrechamente vinculado con formas de proteger al resto de conductas y expresiones ofensivas. Estas expresiones aparecen como formas aceptadas y necesarias para “cuidar” y “proteger” de daños o posibles daños generados a las personas próximas.

Scribano (2010) sostiene que, la protección, la seguridad y la continuidad son algunas manifestaciones de las prácticas que reflejan un interés en común, un compromiso. Se pregunta: ¿Qué significa cuidar en la relación yo/tu/otro? Y sostiene que significa contener de

modo tal que no sea dañado, de modo que no seamos dañados. Podemos decir, siguiendo estas reflexiones, que este conjunto de prácticas del cuidar que aquí nucleamos vinculadas con “defender”, están centralmente orientadas a garantizar que el otro/a no sea dañado o que los integrantes del entramado familiar no sean dañados/as. Los relatos de Lalo, Pedro y Lourdes reflejan esta acción:

“Cuando aquí los fin de, en la termi, siempre se pasan, están chupando desde temprano y le dan a los viejos también, vio profe a ese grupo de basuritas, son los cirujitas, bueno algunas veces nos juntamos con ellos, son buena onda, para con nosotros, el tema va a ser, que algunas veces ya están pasado de rosca, porque viven borrachos, quieran decirle que no tomen más, no creo que vayan a reaccionar bien, nose quién de nosotros es él que tiene un hijo, y sé que no está bien, se empieza a desesperar uno, le falta un plus al día, o sino nosotros también tenemos la bolsita, zafamos con esa para no pasar hambre, aquí en la calle la pasamos muy difícil, el tema es que no hay mucha gente que nos ayude, hay algunos que solo nos discriminan, piensan que solo somos un grupo de vagos que no queremos hacer nada y eso no es cierto, nosotros desde muy chiquito sabemos lo que es trabajar” (Lalo)

Estas tareas vinculadas con “defender” aparecen estrechamente vinculadas con una connotación de “cuidar” centrada en “proteger”, como retomaremos más adelante. Si bien generalmente las respuestas aparecen vinculadas con “defender” a “mi familia” de los “otros”, en algunos casos la práctica de “defender” es realizada por algún integrante del entramado familiar ante otros/as del mismo.

“Siempre hay bardo, quilombo por una u otra cosa, es difícil vivir en la calle, es una porquería si te pones a pensar, porque te falta todo, nada es tuyo, tenes que estar de un lugar a otro, si tenes algún chiquito bebé se complica demasiado, porque encima sos de la calle, mal vestido, no sabes hablar porque no fuiste a la escuela y nadie quiere tomarte como empleado, eso es lo más terrible que puede pasar, pero bueno uno se la puede rebuscar, tiene varias cosas positivas también, nadie te dice nada, no te controlan, te levantas a la hs que queres, nadie te dice nada, sólo la cana que se quieren hacer los pesados, nunca vienen solos a decirte las cosas, siempre son tres o cuatro, el otro día hacía mucho calor y estábamos tomando una cerveza tranqui aquí en el piso sin joder a nadie y vinieron a pedirnos la botella y que sino tirábamos la botella nos teníamos que ir” (Lalo)

“Cuando ocurre algún quilombo con los pibes y vienen de otro lugar siempre hay bardo, lo que pasa que algunos se hacen los pesados, se hacen los guapos, pero luego se van con el culo sangrando, lo hacemos cagar, los fines de semana pasa siempre algún quilombo, pero siempre salimos bien, algunas veces si paso que nos ganaron o algo así, pero casi siempre somos nosotros, pero como conocemos nuestro terreno, sabemos cuándo se está poniendo dura la mano, y alguno tiene una punta o algo para zafar” (Lourdes)

En la mayoría de los relatos los mecanismos de defensa se dan a través de acciones directas, mediante acciones con el propio cuerpo o amenazadas, como observamos en los

relatos anteriores. No obstante, también aparece otra forma, mucho menos mencionada, que es la de denunciar situaciones de violencia de un padre hacia sus hijos/as, en la escuela y en la comisaria, las cuales también se presentarían como formas de “cuidar” y “defender”.

“La mayoría de las veces cuando hay quilombo en la escuela con algunos de los nenes, lo que sucede es que la Noelia no quiere ir sola, entonces tengo que hablar con los encargados en dónde laburo para que me dejen ir un rato, le explico que es por asunto del jardín de la nena, sino no me dejan ir, creen que me voy a jalar con la bolsita por ahí, todos ya nos dicen que somos los pibes bolsitas, pero bueno si uno algunas veces consume, pero no todo el día, trato de no tener olor a nada cuando voy a laburar” (Daniel)

“Pasa que algunas veces la mano se pone dura viste?, no hay guita en la calle y uno tiene que hacer todo lo posible para no tener quilombo con nadie, lo que sucede es que la gente no entiende que aquí hay cosas que uno no quiere hacer, pero bueno se necesita guita y tenes que hacer de todo para conseguir unos mangos, si yo hubiera podido estudiar seguro lo hacía, ahora es difícil poder hacerlo, es estudiar o trabajar” (Nano)

4.1.2. Bienes materiales. De cosas y mejorar las cosas

Las prácticas que presentamos a continuación se caracterizan por estas vinculadas de algún modo con bienes materiales, que es necesario conseguirlos, por ejemplo, a través del trabajo, muchas veces en el mercado informal; siendo la principal necesidad a cubrir la alimentación, vestimenta, proveer en el caso de ser padre/madre, brindar un espacio y elementos para una habitación o vivienda, cosas para la escuela, poder obtener su documentación personal accediendo a algún programa social y los remedios. Incluimos también en esta sección las actividades educativas por considerar que se relacionan con acondicionar, mantener, preparar, ordenar elementos materiales necesarios para la vida cotidiana de los sujetos.

Agrandar, reformar y arreglar el espacio físico en el que habitan. La posibilidad de poder contar con un lugar para ser “habitado” aparece en varias referencias como algo a que “mantener” y que a su vez hace parte de las prácticas que ellos/as despliegan en sus discursos. Observamos que varias reformas en las construcciones precarias denominadas “ranchadas”, tanto internas como externas, suelen ser explicadas teniendo la función de interactuar con algo en común por parte de los integrantes.

Son mencionados y observados arreglos en el interior de las construcciones realizadas en las columnas de los puentes (Lavalle, Necochea, Senador Pérez) que incluyen: mejorar los espacios internos, defensas contras las crecidas de los ríos, haciendo el techo en el caso en que las uniones de las piezas del puente existan espacios abiertos, etc.; obtener elementos, como

algunas sábanas, frazadas, cajones de frutas y verduras que puedan servir como sillas o bancos, y utensilios de cocina.

La división de posibles espacios en los lugares donde se apropian para su permanencia permite observar la modalidad en que ellos administran los recursos disponibles, aparece en algunos casos relacionado con la posibilidad de tener lugares diferenciados para distintas situaciones de acuerdo a las posibilidades, como la situación de Nano quien me mostraba el nuevo espacio y explicaba “un lugar donde podamos estar cómodos, pasar la noche tranquilos, cuando crece el río como viene rápido es peligroso, por eso pusimos piedras también entre las chapas y el plástico”.

En otras ranchadas, era necesario crear nuevos espacios ya que varias personas lo compartían para dormir, incluso algunas parejas e hijos dormían en los mismos colchones todos juntos, entonces se trataba de diferenciar los espacios o generar nuevos para poder dormir en lugares separados, o, aunque sea, menos personas por cada uno de los colchones y frazadas.

La realización de arreglos en algunos lugares, por ejemplo, en el caso de Lalo quién solía rotar para dormir entre la terminal y la ranchada debajo del puente Necochea, apareció ofrecido como modo de “desplazamiento” y equiparado a un posible valor simbólico que los mismos podrían tener, como modo de “evitar ciertos momentos de confrontación”.

“Sucedé que bueno, algunas veces entre los pibes nos jodemos y las bromas no siempre caen bien, ¿algunos lo toman a mal viste?, pero cuando se arma quilombo entonces uno puede irse a otro lugar para pasar la noche, el otro día con Luisito y Fabio, nos fuimos a dormir a la termi, estaban los más grandes ahí en la ranchada y se vuelven pesados en algunas veces, esa es la cuestión, y para no calentarnos más, yo me vine para aquí y los otros se fueron también” (Lalo)

Los arreglos generalmente suelen hacerlos los varones, varios de los cuales manifestaron estar aprendiendo, especialmente a partir de sus espacios laborales, siendo la gran mayoría ayudantes de albañilería. Sin embargo, en algunas ranchadas las mujeres y niñas también colaboran con la mejora del espacio en el cual permanecen. Podemos pensar que se vislumbró cierta mejora económica en el contexto nacional en el período del trabajo de campo –tanto de acceso a los materiales como de capacitación– que hicieron posible que se manifesten estos arreglos, sin poder aún salir de la situación de calle.

Construir muros. Entre las reformas edilicias externas aparece la construcción de muros, los cuales buscan separar sus construcciones de la “calle” y es concebido como una práctica de adueñarse, apropiarse de un espacio que en principio es público, especialmente para poder obtener privacidad ante el resto de los otros, de los transeúntes de la ciudad, y también actuaría como lugar de protección y escondite, en el caso que fuere necesario.

Así, encontramos que la acción que desarrolla aparece fuertemente relacionada con amenazas que se puede vivir en los mismos lugares por donde ellos circulan y permanecen, por esto algunos lugares donde pueden esconder u ocultar algunas cosas de valor son protegidas, siendo un medio la construcción de muros en los frentes de las mismas. Estas observaciones guardan relación con los resultados de Bustamante y Trad (2007), quienes reconocen que incrementar la seguridad, aunque sea de lugares precarios es una preocupación central entre los adultos de Prainha para el cuidado de sus pertenencias, en relación con la consideración de mantenerse en un estado de alerta permanente, con el cuidado de sus pertenencias. En el 2010, ingresé a una de las ranchadas debajo del puente Lavalle y registré:

Bajo por una especie de escalera fabricada por piedra desde uno de los márgenes de los ríos que da sobre la avenida 19 de Abril (frente del Carrefour), pude observar que no hay ninguna piedra que obstaculice la circulación, siendo un camino claro sin ningún tipo de objetos en medio de él, llegué finalmente hasta la ranchada en donde se colocó una chapa, cadena y candado en la entrada del mismo, siendo los mayores quienes tienen libertad para el ingreso y salida del mismo y también quienes puedan agregar o restar cosas en el interior del mismo.

(Nota de campo).

Luego, en la ranchada, pregunté por una defensa cerca del ingreso que me había llamado la atención:

“Lo que pasa es que algunas veces cuando hay quilombo, bajamos corriendo desde arriba, entonces tenemos que tener despejado el camino, y la defensa que viste ahí en la entrada, es un montón de piedra que ponemos cuando vienen las lluvias, pero también sirven cuando hay algo y nos defendemos cagando a pedrada a la cana, es que siempre cuando hay un bardo somos nosotros lo que culpan, entonces ya cansa que siempre pase lo mismo” (Miguel)

“Eso es para que sepan que nosotros también podemos pensar, nos podemos organizar y hacer algo, también algunas veces escondemos cosas que sacamos, durante las noches a los puesteros, y bueno necesitamos filo” (Nano)

En otros sectores de la ciudad, bajo diferentes aspectos se pudo observar también esta situación, en donde los muros y prohibiciones en ciertos lugares supuestamente porque son potencialmente autores de delitos actúan como una especie de fortaleza, es de esta manera, a comparación de años anteriores ellos observan la incrementación de estas “normas” en donde ellos son los principales efectores.

Cuidar sus pertenencias. El espacio que recurrentemente suele ser empleado como vivienda podemos mencionar que aparece como un elemento central para ser vigilado y conservado, en distintos momentos, muchas veces, de luchas entre actores del mismo grupo de pares, siendo frecuentes los procesos de disputas por otros actores que ellos denominan “cirujas”, “cirujitas” no solamente el lugar de poder radicarse para dormir, charlar, recibir los donativos de las iglesias y fundaciones, sino también para desarrollar actividades laborales. Así se despliegan estrategias para “cuidar la ranchada” que incluyen tanto a integrantes temporales del grupo de la termi que forman parte del entramado que forman y en alianzas con los vendedores, puesteros, personal de higiene urbana, entre otros.

Nano describía que él y su hermano iban algunas veces durante el día para ver si no habían sido robadas sus cosas, o les preguntaban a otros, si habían estado allí. Centralmente para *“cuidarnos a nosotros mismos, cuidar la ranchada y vernos entre nosotros”*. Explicaba que es necesario cuidar, actuar de manera hasta en algunas veces violenta para proteger sus pertenencias, la ranchada, tanto por si alguien se quiere meter adentro, por ejemplo cuando pierde la noción de sus comportamientos bajo los efectos de alguna sustancia, por si roban cosas, por si alguien se quiere meter en la ranchada, por ejemplo en caso de persecución policial, por si roban cosas o por operativos policiales que se desarrollan justamente por lo lugares en que se encuentran las ranchadas. Estas construcciones, como resulta ser de elementos altamente inflamables (plástico, cartón y bolsas) requiere un mayor cuidado ya que puede ocurrir algún siniestro.

De diversos relatos se desprende que junto con esa acción de “mirar” a los más chicos o a las mujeres que habíamos señalado, *“mirar la ranchada”* es otra actividad que involucra centralmente a ellos u otros integrantes del entramado que conforman

“Si, y Luis (ciruja) cualquier cosa, nos dice “miren ahí vino la policía u otros vagos que nos son de aquí y quisieron entrar, cuando se van a la terminal y la ranchada queda sola. Así que podemos contar con él cualquier cosa, cuando no nos ven” (Jairo)

Limpiar la ranchada. Lavar la ropa, Acomodar, Cocinar. Las actividades domésticas, como limpiar, ordenar las frazadas, lavar y tender la ropa, acomodar los cajones y bloques que funcionan como sillas, limpiar las cosas que se utilizaron para comer y los utensilios de cocina, que no son muchos, pero cuentan con lo mínimos y necesarios, aparecen sólo en algunos relatos directamente vinculadas con la distribución de tareas en el grupo.

Como hemos mencionado en el primer capítulo, las fronteras y distinciones de las nociones que rodean a estos adolescentes y jóvenes con las de trabajo que podríamos denominarlo “*domestico*” son diversos, desde distintos puntos de vista se pueden distinguir las tareas que desempeñan en el ámbito privado como en el colectivo de los mismos. Dichas tareas permiten que ellos, aparte de practicar la “hermandad” y respetar los códigos cuando saben de qué no hay ningún tipo de impedimento para llevar a cabo las tareas divididas

En este estudio las actividades que desarrollan, en función de aquellas prácticas que fueron reconocidas por los sujetos, conforman para ellos parte de la configuración de sus prácticas diarias, como así también podemos mencionar lo laboral, lúdico, entre otras categorías que pueden hacer alusión a las diversidades de acontecimientos que ocurren en el espacio público de la ciudad.

En las entrevistas, estas actividades presentadas como ordenar y limpiar, es una actividad que lo realiza, según sus perspectivas, aquellos más débiles, que no pueden enfrentarse por sí solo a alguna situación límites o los menores en relación con los más grandes. Siempre es una actividad compartida, no se lo realiza de manera individual, Sergio manifiesta que él más de una vez insiste querer cocinar, ya que le agrada lo suficiente para ofrecerse repentinamente, siendo que los restantes varones realizaban algunas de estas tareas, las cuales, sin embargo, continuaban siendo principalmente adjudicadas como responsabilidad hacía los más débiles, según el escalafón de masculinidad y que se ha venido manteniendo a lo largo de los años entre quienes habitan una ranchada. Sergio explicaba:

“-Sergio, acá en la ranchada, ¿cómo se organizan para hacer las tareas domésticas en el día a día?”

Sergio: No, a mí me gusta cocinar no me preocupa mucho si me toca o no, mejor si me toca, los más chicos, y algunas veces los grandes ayudan a ordenar las cosas, sobre todo los fines de semana cuando salimos queda todo un chancherio, todo sucio y desordenado”

Trabajar. “Trabajar” aparece en algunos relatos como actividad independiente con las prácticas de mendicidad que también son desarrolladas por ellos en algún momento, y también piensan realizarlo en algún futuro si es necesario. El mismo, como actividad pretende recibir un dinero a cambio de lo que lleven a cabo y “pueda tener para comprarme comida o ropa”, especialmente refiriéndose en los momentos que requieren una presentación “agradable” invitar a alguien a salir, las fiestas de fin de año o los fines de semana. Observamos que idea de “trabajar” como práctica surgió asociada con los hombres, identificando diferencias de género en este aspecto, reforzándose los atributos de proveedor asociado a lo exclusivamente masculino. Distinción que existe a partir de lo que acontece con los más pequeños y mujeres que se encuentran en similares condiciones que ellos, quienes únicamente los acompañan o en breves momentos se dedican a la venta de golosinas, estampitas religiosas, entre otros artículos

Sin embargo, al ser una actividad y por su edad no reconocida, pasa a convertirse en situaciones como empleos informales. Situación que ya les toco con anterioridad debido a que cuando vivían con sus familias, varios de ellos tuvieron que salir a trabajar para complementar el dinero de los adultos. Esta situación en innumerables ocasiones es expresada por ellos

“Yo siempre trabaje desde muy chiquito, a mis viejos no le alcanzaba la guita. Entonces nos mandaban a vender algunas cosas, ahí en la feria de los domingos en Alto Comedero. Después como siempre llevábamos dinero, nos vinimos a vender aquí por el centro, por la termi” (Mono)

Mono decía sobre qué es el trabajar “es que te paguen por lo que haces, pero te paguen lo que mereces, porque siempre viene un agarrado y encima que le cobras solo diez pesos la lustrada, te viene a llorar”, después aclaraba: “A los que vienen seguido, ya lo conocemos” el tema es que “la pomada, el cepillo y lo que utilizamos esta caro”.

Por lo tanto, “trabajar” fue vinculado con la noción de que “no falte nada” una forma de que las carencias, las necesidades sean suplidas por las actividades que llevan a cabo, pero al mismo tiempo reconocían que tenían “pocas posibilidades”, en tanto el pago que reciben por sus ventas, servicios son montos mínimos impidiéndoles inclusive alquilar en una pensión alguna habitación.

En algunos casos, tanto las mujeres y varones manifestaban sobre las posibilidades que les brindaría poder finalizar los estudios primarios y secundarios. Ya que, según sus voces, el poder contar con estos niveles de instrucción podrían ingresar a trabajar por lo menos de cajero en algún supermercado, o en algún otro lugar.

“Siempre pensamos en ir a la escuela a terminar, pero sucede que si no trabajo no sé cómo hago para comer, la Nona nos insiste que vayamos, los operadores nos van a ayudar, el tema es que hay días que terminamos cansados de trabajar, o solo hay fiaca, paja”
(Mono)

Lalo también decía estar poco tiempo en su casa porque trabajaba y por lo tanto indicaba “no saber ni ver” mucho con respecto a cuestiones vinculadas como con la atención de su salud en algunos momentos:

“Pienso que ellos se deben cuidar de distinta manera, de formas, no sé mucho, porque ahora yo no estoy mucho asociado con nadie, yo de mi trabajo acá y estoy continuamente en movimiento. Pienso que ellos también tienen su otra forma de verla. Yo no puedo decirte lo que hacen ellos (el resto de los miembros de la ranchada) acá cuando yo no estoy. Lo que pienso es eso y lo que veo es poca cosa porque me puedo bañar en la de la Nona y después de ahí nos venimos a dormir” (Lalo)

Otro aspecto que apareció en el trabajo de campo con respecto a las relaciones y convergencias entre “trabajar” y las “actividades”, fue con respecto a las actividades de los adolescentes y jóvenes que portan un ingreso económico, ya sea en dinero o bienes³³. En el cuaderno de campo en el 2011 me preguntaba: “El trabajo-actividades de estos adolescentes y jóvenes: ¿cómo es visto? ¿es necesario que ellos lo hagan? Parece que sí”.

El hecho de la totalidad de los adolescentes y jóvenes que entrevisté, sobre todo me he encontrado con estas situaciones en donde los varones, realizan algún trabajo, colaborando con alguna actividad que dé un ingreso monetario o en bienes, en algunos relatos en visto como un elemento protector para niño-adolescente. Consideramos que esto puede entenderse en el marco del valor del trabajo o ingresos legales en oposición a ingresos ilegales, en el marco de una situación general de bajos o mínimos ingresos económicos de las familias.

³³ Para algunas pistas para pensar el trabajo infantil desde una perspectiva etnográfica (las cuales no pretenden agotar la amplitud de la temática) sugerimos la lectura del trabajo de Noceti (2009) “El trabajo infantil como estrategia de sostén de las familias pobres en la Argentina, la necesidad de rediseñar el objeto de las políticas públicas”, donde la autora propone pensar los sentidos dados a estos trabajos y obsérvalo dentro de los grupos de referencia de los niños trabajadores ya sean grupos de pares o familias, puesto que el trabajo infantil se gesta en una red de relaciones sociales

Entonces que “trabaje”, “pida” o “mangue”, o sea, que se las “rebusque”, sobreviviendo a partir de dinero que él mismo consigue, en algunos relatos tiene una valoración positiva, estando asociado con ser generador de su propio “porvenir”. A su vez, es una práctica que muchos adultos/as, padres y madres de los adolescentes y jóvenes, han realizado en su niñez y que algunos destacan desde su propia experiencia. La madre que no quiso que se dé a conocer su identidad es una de quienes transmitían esta visión:

“Como a veces dice, mi comadre, “ellos lamentablemente deben pasar lo mismo que me tocó a mí (...) yo también de chiquita trabajaba en la finca, ahí en Perico, para las tabacaleras, trabajábamos todos, cuando salíamos de la escuela me iba con mis hermanos. Nosotros éramos varios 8 hermanos, así que el dinero nunca alcanzaba, pero nunca fuimos a robar para tener el pan en la mesa. Trabajamos casi todos los días, menos cuando teníamos prueba, de grande también íbamos, pero no mucho. Empecé a trabajar ahí en casas de familia, limpiando, cocinando, eran buenos conmigo. Luego tuve a los chicos y seguía trabajando, lavando ropa, vendiendo pan casero y parece que algunos entendieron lo que les quise decir de que tienen que trabajar” (Madre de uno de los jóvenes de la “termi”).

En una ocasión se encontraba la hermana mayor de uno de los adolescentes que en ese preciso momento estaba llevando a cabo “changas”. Si bien esta hermana no reconoció específicamente esto como una práctica de la cual debe avergonzarse, si encontramos que ella valora positivamente su experiencia personal de que su hermano menor salgan a trabajar y no a robar, aclarando que fue algo que le enseñó su mamá:

“Yo iba a pedir, cosa que me enseñó mamá. Mi mamá iba a pedir, traía y después guardaba en la heladera. Y cocinaba. No teníamos cocina, así que mi mamá todas las noches hacía fuegos, buscábamos madera y hacía fuego. Y el fuego se convirtió en una cuestión de reunión (...) Había unión (...)” (Hermana de Óscar)

En otros casos el trabajo realizado por niños es considerado como opuesto a la infancia y una actividad de responsabilidad exclusiva de los adultos/as, evaluando negativamente que algunas madres o padres “manden a sus hijos a trabajar a la calle”, postura que sostenía una de las boleteras de la terminal:

*“-Y cuando vos decís atención, ¿qué cosas serían por ejemplo?
Vendedora: Por ejemplo, que, en vez de mandarlos a trabajar a la calle a ellos, que los deje ahí, que ya son grandecitos, que los deje en la casa y que salga ella, porque ella es la mamá, no se dan cuenta que les puede pasar algo, son vagas o miedosas”*

Garantizar que tengan para comer, Dar de comer. Mientras observamos que en ciertos relatos el trabajo fuera del hogar apareció asociado con los hombres, entre las niñas y adolescentes emergieron las expresiones vinculadas con *“en futuro estar en casa y tener hijos”* en relación con garantizar que *“tengan para comer”*, *“que coman”*, no apareciendo explícitamente el trabajo fuera del hogar – actividad que algunas realizan- siendo exclusivamente responsabilidad de los hombres el ser proveedores.

“Lo que más me interesa es que los chicos tengan para comer, estoy pensando si ellos necesitan un pedazo de pan o algo, que no les falta la leche, o lo que ellos quieran tomar o comer, ya que no le podemos dar lo que ellos piden, por lo menos tengan comida”
(Sofía)

“Ay...por más que yo estoy en la calle, no tenemos casa, o no tenemos para alquilar, no quisiera que mis hijos también estén así” (Noelia)

En tono al *“proveer”* y *“comer”* apareció repartir la comida, además de garantizar tenerla, como otro elemento que atraviesa dicha práctica. Algunos relatos hicieron alusión a *“dividir”* la comida que hay, que es escasa, entre los integrantes de las ranchadas, en función de las necesidades y actividades de cada uno/a.

“Entonces, está bien nunca tenemos comida suficiente entre los pibes, pero tratamos de comer lo que podemos y que alcance, capaz que una porción tiene que ser sólo para uno de nosotros, pero bueno tiene que alcanzar para todos los pibes. Si entre todos colocamos para comprar las cosas, no es justo que se queden algunos sin comer, aunque sea una porción chiquita se tiene ue comer. Algunas veces no vamos a la fundación porque e hacen los pesados los operadores, así que debemos comprar o cocinarnos” (Noelia)

Asimismo, el *“dar de comer”* a niños/as u otras personas que viven en las similares condiciones de ellos, pero que no se reúnen con ellos, les dan cuando no tienen algo para comer. En algunas ocasiones que estuve al mediodía fui invitado a comer, lo que había o se preparaba. Especialmente en los momentos cuando habían recibido un poco de guiso y un vaso de jugo por algún grupo de voluntarios de las Iglesias que les solían visitar.

Lalo hacía alusión a que cuando ellos eran niños, él y sus hermanos *“iban a comer a la casa de algún vecino”* o *“andaban pidiendo (comida) por todos lados”*. En este sentido observamos que ofrecer comida e invitar a quedarse a comer se presenta como característica de varios entramados familiares- siendo que algunos desarrollan más esta práctica que otros-

y también una cierta “autogestión” de los niños/as sobre dónde comer y qué comer. Lalo Ponía en palabras esta acción:

“Cuando éramos chicos íbamos a la casa de la Gorda, así le decíamos a una señora que vivía cerca de la casa de mi vieja, luego ella creo que armo un comedor de la Tupac, una copa de leche, pero como nos conocía y sabía que mis viejos no tenían plata, nos daba, aunque sea leche porque la verdad teníamos hambre”

“Lo que más me interesa es que ellos tengan para comer, mi hijita para la leche y yogur, frutas, algunas veces no quiero mentirte de que me desvíó de las cosas que ella necesita, me fumo un papel, pero quiero que a ella no le falte nada, o si no me prestan cuando no tengo, nos ayudamos entre nosotros, para que no les falte nada a los pibes”
(Nano)

En torno al actuar como proveedores, de alimentos, ropa, muchas de las cosas que pueden obtener para brindarles a sus hijos, además de poder garantizarles en su medida cubrir ciertas necesidades. Algunos relatos hicieron alusión a “dividir” a comida que hay, que es escasa, entre los integrantes de la ranchada, o en la zona del centro, en función de las necesidades y actividades de cada uno/a.

“Entonces, está bien, hay algunas veces que no tenemos nada de dinero, pero tratamos de rebuscarla, algunas sandwicherías nos fían para que no pasemos algo de hambre, o la doñita nos dan empanadas, cuando no llegan a vender nada, o sino el que tiene para poder comprar alguna cosa, lo hace aquí todos somos hermanos de la termi, o sino también del centro, ahí estamos todos juntos en la calle, tenemos que pechar para un mismo lado, la situación algunas veces sucede que se pone mano dura la mano” (Nano)

Asimismo, el “dar de comer” a niños/as u otras personas de otros lugares es una actividad frecuente en varias partes. Yo siempre que estuve al mediodía fui invitado a comer, lo que había o se preparaba. Especialmente en la zona de la terminal, vi que varios de los chicos que no eran de la terminal, se juntan para ver si hay algo para comer o ir a la fundación.

Lalo hacía alusión a que los niños/as “van a comer a algún lugar, a la abuela, tías” o cuando vienen aquí algunas veces le dejo que vayan a “pedir comida”, porque son muy chiquitos para que estén solos. En este sentido observamos que ofrecer comida e invitar a quedarse a comer se presenta como característica de varios entramados, sino que algunos desarrollan más esta práctica que otros y también una cierta “auto-gestión” de los niños/as sobre dónde comer. Lalo ponía en palabras esta acción:

“Los chicos más chiquitos, son los que tienen más prioridad, o las pibas, las madres, ahí en la fundación también pueden estar, así que se quedan con los nenes, ahí le

dan la leche, hacen jugar, por eso algunas de las pibas se van directamente para ahí y vienen poco para este lado, además viste el calor que hace o el frío necesitan estar en un lugar con techo, que no haya nada que los lastime” (Lalo)

Retomaremos estas prácticas y las relaciones en torno a las mismas en el sexto capítulo.

Dar dinero cuando se necesita. En una ocasión Nano, cuando estábamos en el comedor de la fundación, luego de mostrarme algunas fotos del celular de su hija, me explicó que el día anterior tuvo que ir a ver a la casa de los padres de Belén para darle dinero de un medicamento de Caty: para ir al médico tenes que tener dinero *“igual ella no le pasa muchas cosas”*, aclaraba, comprar las cosas para la escuela y comprar comida, igual la comida solía resolverla con la Asignación que cobra ella y también lo que le da abuela.

Observamos que dar bienes asociados con ser “proveedor” aparece centralmente vinculado con estos ejes que mencionaba Nano: dinero para los remedios, para comprar las cosas para la escuela, comprar comida y en algunos casos también fue mencionada la ropa. Por lo menos estas son las referencias que han aparecido vinculadas con “cuidar”.

“Yo creo que la forma de ser un hombre de verdad es poder darle todo a tu hija, con la madre pueden cambiar las cosas, pero tu hija es tu hija, cada tanto le tiro unos pesitos, me fijo que este bien, que no le pase nada malo, ella quiere venir conmigo para la terminal, algunas veces la dejo que vengan, pero no me gusta mucho, porque se puede lastimar, hacerse algo” (Nano)

Poder comprar medicamentos con el dinero obtenido. En una ocasión Daniel, cuando estábamos en el parque San Martín esperando que un grupo perteneciente a una Iglesia Católica empiecen a repartir la cena, luego de comentarme entre otras cosas a que se dedicaba a vender golosinas, debido a de que en una pelea le quitaron su cajón para lustrar zapatos, me explicó que había sido contagiado por una enfermedad y que estaba concurrendo seguido al Hospital Pablo Soria, *“igual no voy mucho”*, aclaraba; comprar las cosas para la escuela y comprar comida, igual la comida solía resolverla con el dinero que le depositaban al ser beneficiario del PROGRESAR y la comida que les dá en el caso de ir a trabajar como ayudante de cocina. También suelen tener “fiado” en algunas sandwicherías que se encuentran en las zonas aledañas de la terminal

Observamos que dar bienes asociados con “colaborar” aparece centralmente vinculado con estos ejes que mencionaba Daniel: dinero para los remedios (analgésicos), para

comprar las cosas para la escuela, comprar comida y en algunos casos también fue mencionada la ropa. Por lo menos estas son las referencias que han aparecido vinculadas con la “adquisición” de recursos.

“Yo creo que la forma de poder comprar las cosas es así, cada tanto nos tiran unos pesos de más, cuando ven que trabajamos o respetamos, como algunas veces me toco ayudar en la cocina aquí en la termi, de ahí sacaba algo para algunos remedios que estaba tomando, pero en caso de que me lastimaba me iba a la salita” (Daniel)

Comprar cosas para la escuela. En algunos relatos, comprar elementos necesarios para llevar a la escuela, cuadernos o lápices, por ejemplo, apareció vinculado con la idea de “adquirir bienes”. Como mostraban las palabras de una de Miguel:

*“Miguel: Y me aseguran que este bien, que me compre...por suerte, por eso puedo comprar para la escuela y el pre jardín de la nena
- ¿Le tenes que comprar todo?
Miguel: algunas cosas, no todo, porque le dan en el jardín, nos ayudan”*

Comprar y recibir ropa. En algunas situaciones me contaron haber comprado ropa o zapatos, lo cual era presentado vinculado con “poseer bienes”. Este aspecto si bien fue mencionado, no apareció con centralidad en los relatos.

“Si, igual después le dije, “mira, yo trabajo, todos los días, pero lo que sucede es que no ganamos mucho dinero, vendiendo o haciendo otras changas...es cierto robamos algunas veces. Algunas veces si vamos a la feria de americana, vio esas que se arman aquí por el caracol, o en Alto Comedero. Luego la Nona nos da zapatillas, colchas, pantalones, creo que el gobierno le da a ella para que nos den...pero algunas veces nos mezquinan, se hace la mala la vieja, pero después se da cuenta de que nos tiene que dar, sino la vamos a ir a denunciar que no nos da, lo que es nuestro, ahí algunas veces también lavamos las cosas, tienen lavarropa ellos”. (Miguel)

4.1.3. Saberes, experiencias, valores y reglas

En este apartado agrupamos un tercer conjunto de acciones centralmente relacionadas con la transmisión de saberes, experiencias, valores y reglas, que dan cuenta de una dimensión vinculada con aspectos cognitivos, educativos y morales.

Sintéticamente, señalamos que entendemos las familias como grupos y sujetos de elaboración de memorias y actores centrales en los procesos de transmisión (Halbwachs, 2004; Candau, 1998; Sarti, 2004). La transmisión y la memoria en el marco de las familias se

conectan y son interdependientes, siendo posible trazar una línea de relaciones entre transmisiones, por las que se moviliza la memoria familiar, socialización, educación e identidad (Candau, 1998). En las prácticas las distintas actividades y acciones se articulan, como ya hemos visto en algunas de las actividades desarrolladas anteriormente y como profundizaremos a continuación.

Diversas investigaciones hacen referencia a los procesos de aprendizaje y socialización familiar en tanto modelos aprendidos en la familia de origen (Alves, 2013), modos de cuidar (Bustamante y Trad, 2007) o modelos orientados el cuidado (Carvalho, 2007). A su vez, algunos estudios profundizan en torno a la memoria y transmisión familiar, sea transmisión de valores e historia familiar (Sarti, 2004), transmisión y aprendizaje de sentimientos familiares (Halbawachs, 2004; Bourdieu, 1997), de una visión del mundo (Candau, 1998) o de un modo de ser con los otros efectivamente (Szymansky, 2002; Scribano, 2010).

Hablarle. Una de las prácticas que fue mencionada es “*el hablarnos bien*”, “*para que le vaya un poco mejor*”, para que “*hagamos las cosas bien*”, “*para que progreseemos*”, para “*que sepan cómo son las cosas*”, para que “*abramos los ojos, reaccionemos para el día de mañana*”. Parece que el propósito que nuclea el “*hablarles a ellos*” está centrado en que “*nos vaya un poco mejor*”. Diego, explicando cómo les hablaba doña Lili una vendedora, decía:

“Después de protegerlos, en todo...ella trata de... a todos les habla para que podamos salir adelante...el día de mañana no sean como les está pasando a muchas personas, se convierten sólo en chorros, delincuentes, van saliendo y entrando en la cárcel, se vuelven drogadictos, borrachos. Uno busca que entiendan que uno le habla bien es para ellos, por su futuro, para que no sigan viviendo así en la calle” (Doña Lili)

Este “*hablarle*” se realiza a través de transmitir ideas, experiencias, indicaciones, por lo tanto, incluye varias prácticas de las que detallaremos en esta sección. Gastón señalaba:

“- ¿Cuándo les habla así, Ud. Cómo lo toman. ¿Escuchan?

Gastón: Y cuando nos hablan, nos comentan, conversan, nos quieren transmitir cosas, capaz que tienen razón, no quiero decir que no sepan nada, buenas razones deben haber, además porque algunas veces nos ven con la bolsita.

- ¿Y que sienten cuando les hablan así?

Gastón: lo tomamos bien, ver que alguien por lo menos nos habla y no solamente nos dicen drogones, o que, por vivir en la calle, ya somos malos”

Los relatos de Diego refuerzan los dichos de Gastón:

“-Entonces ¿vos sentís que te cuidan aquí?”

Diego: Sí, entre los pibes, nos cuidamos un poco. Pero siempre pasa algo, y algunas veces nos hacemos cagar entre nosotros. Pero sí, luego vienen y nos hablan, la primera que viene y nos dice algo, nos reta si nos mandamos algunas cagadas en doña Lili, muchas veces discutió con los policías, simplemente porque estamos así vestidos, ya nos querían subir en el móvil”

Si entablamos una relación entre las prácticas que están centradas en “conversar”, “preguntar” y “escuchar”, que también incluían el “hablar”, y aquellas vinculadas con “hablarles”, que varias las presentamos a continuación, observamos una preeminencia de las segundas sobre las primeras, lo cual parece mostrar que el “acompañar” está más asociado con “transmitir” que con “escuchar”.

Inculcar las cosas que pasaron a otros. En diversos relatos, surgió como forma relevante de crear vínculos, lazos fue transmitir la experiencia de vida. Contar la propia historia es considerada como un elemento de aprendizaje que el otro/a puede emplear para aprender y usar cuando necesite.

Dicho procedimiento se relaciona con cierta autorización basada sobre la experiencia, que podría sintetizarse en “un yo pase lo mismo, entonces yo sé” y consiste centralmente en relatar episodios vividos, que actúan a modo de ejemplo, Carlos relataba:

“Porque uno no está en todo momento, por ejemplo, con una hija, uno no está en todo momento, no sabe qué le pasa en cada segundo por su mente, entonces uno no le habla, trata de darle ejemplos o contarles algo que pasó, y yo sé que ella no quiero que terminen viviendo en la calle, y no quiero que cometa los mismos errores que yo, si uno no está de más que nos podemos equivocar, aquí en la calle se pasa momentos difíciles, pero uno también debe entender que eso puede ayudar a que uno no se quede vacío. Me parece que lo mejor es que debemos experimentar, si yo desde chiquito vivía en la calle, entonces con más de 15 años, creo que algo aprendí, viví en hogares, en la calle, en todas partes donde uno se imagine, bueno ahí estuve. Eso más que nada, por eso algunas veces quiero salir de esta situación, quiero ver si puedo terminar la escuela y conseguir un buen trabajo” (Carlos)

Leandro explicaba que “*inculcar las cosas que te pasaron a vos*” es un modo de transmitir seguridad a los más chicos y en un futuro si sos padre a tus hijos. Si bien él indicaba que no sabía cómo transmitir dicha seguridad creía que relatar experiencias vividas, en este caso que las que le generaban orgullo contar, podían funcionar para fortalecer al otro/a:

“Doña Lili: ellos se enojan conmigo porque yo les digo “yo antes...”, “si, pero ante era antes (responden los pibes). Yo sé que diciéndole lo que me pasaba a mí antes ellos lo pueden tomar o no lo pueden tomar, total el bien es para ellos, no para mí.

- ¿Vos pensás que transmitir tu experiencia es una forma de tener una figura adulta en tu vida, pensas que pudo haber cambiado algo si estaban con vos tus padres, o no tendrías que haber estado por distintos institutos?

- Carlos: sí, para mí yo lo veo así (...) Estar en esta situación es como todo, tal vez algunos no se saben expresar o transmitir la seguridad que se les puede dar a los más chicos, es toda una situación difícil estar así, es espantoso, pero bueno no pasa en que lo pases mal, todo lo mejor que podes hacer, algunas veces es andar tranquilo, sin ningún tipo de problemas, ya que algunos deben andar cruzados, pueden hacer cualquier macana, te pueden pinchar, como le hizo Fabio a Luisito, no se acuerda?. Aquí capaz que hace más falta que nos hablen, se acerquen... todos piensan que únicamente somos chorros o drogadictos, ese es el tema aquí. Nos tildan de lo peor, pero nadie conoce nuestras historias, no hablaron con nosotros, se guían en que algunos se equivocan, pero no todos hacemos las cosas que si hacen otros. Pero bueno ahora, estamos así, tenemos que aprender cosas que luego seguro nos va a servir de algo, más adelante debemos pensar en lo que hacemos bien, pero ahora somos jóvenes, también hay cosas que debemos disfrutar, pero sí algunas veces nos ocurre que nos pasamos de roscas³⁴. ”

Dar consejos y advertencias. Algunas transmisiones consisten en dar “consejos” y advertencias. Como señalaba Miguel:

“- Pero, ¿sentís que hay una relación de amistad que cada vez se profundiza?, cuando van viviendo distintas situaciones?

Federico: Y, por ahí si nos damos consejos entre nosotros, los más grandes queremos dar a conocer a los más chicos lo que nos tocó vivir. O si estamos hablando, por ahí de parecer así entre nosotros, pensamos más o menos lo mismo”

Para ellos muchos consejos están vinculados con prestar atención en la calle e incluyan advertencias sobre cómo manejarse en la misma cuando están solos, por ejemplo, realizando los trayectos por zonas oscuras, o pocas concurridas. Las mismas contienen indicaciones para prevenirse, “defenderse” o saber actuar ante agresiones u otros “peligros de la calle”. Rogelio indicaba al respecto:

“Lo que es tema de seguridad si te va a pasar cosa, te va a pasar acá, allá, en cualquier lado, pero tenes que prevenir las cosas. El otro día vino Oscar y dijo que le gritaron desde un auto “drogadicto” y yo le dije vos no haga nada, estos ni saben que te paso, no le contestes, no hagas nada, y si ves que se te arrima ponete ya en posición para pelear, o llámalo a los pibes, unas de esas te ayudan por cualquier situación, eso siempre es

³⁴ La alusión a que “alguien te queme la ranchada” se relaciona con estar involucrado en actividades ilegales y por lo tanto correr el riesgo de que alguien se acerque a la ranchada para reclamar algo de modo violento.

así. Nosotros no dejamos en banda a los hermanos de la termi, aquí compartimos todo y nos cuidamos” (Rogelio)

Algunos “consejos” señalan aspectos a tener en cuenta en relación con la oferta de trabajo: “fíjate, si te ofrecen un trabajo”, advertencias especialmente a las mujeres relacionadas con posibles engaños que derivan en formas de explotaciones laborales y sexuales; mientras que otras consideraciones son sobre las relaciones de pareja, Cristian refería “sobre el maltrato” y sobre “cómo cuidarse”. Carlos decía:

“Bueno y a veces con los chicos, tratamos de decirle algo a las chicas, que se cuiden, las cuidamos con un poco de paciencia, algunas veces nos escuchan, otras veces no. Aquí siempre se los ve a los violines que andan mirando a las chicas, les decimos “raja de aquí, sino quieres que te hagamos cagar” (...)” (Carlos)

Román también contaba que le daba “consejos” a los chicos menores que él para “defenderse” en cualquier lugar de las agresiones de quienes quieren hacerle algún daño:

“Eso también es importante, yo veo que a Claudia también le pasa lo mismo, o que, está bien, no le hablan, pero le pelean y yo le digo que, no que no haga nada, yo le digo que se defienda, porque si no, si uno le deja a que le sigan haciendo, le van a seguir haciendo toda la vida. Si ella no dice, “No, basta” sea de la manera que sea, la que tenga que reaccionar, porque si vienen y lo empujan yo le digo que ella empuje más fuerte y si vienen y le gritan, que ella grite más fuerte. Porque lamentablemente es así y más en los lugares, donde no hay nadie, porque si uno va por los distintos lugares y hay gente no pasa nada, no va a pasar nada, es más, tienen que cuidarnos entre nosotros. Si en la calle se aprende eso, o ven eso, es lo mejor, ya son así no van a cambiar, pero si nosotros nos defendemos es lo mejor y no dejamos que nos toquen. En todos lados creo que es así, no solamente en la calle” (Román)

En algunos relatos hay referencias a que las transmisiones siguen una “cadena” entre generaciones, de madres, padres u otros adultos/as hacia sus hijos e hijas, que después es reproducida por los hermanos/as mayores a los siguientes, proceso que en algunos casos es significado en términos de reciprocidades, en tanto obligación de dar, recibir y devolver (Mauss, 1971), como por ejemplo por Lalo, que hacía el “resumen general”:

“El resumen general e que si vos aprendiste de personas más grandes que vos está bien porque vos tomas el consejo de esas personas y en adelante pasa lo mismo, porque vos las creencias que vos tenes se la transmitís al segundo y el segundo a lo mejor se lo va a decir al tercero y así sigue la cadena. Por eso, para mí es un orgullo que el día de mañana digan “gracias, porque por lo menos de una paliza me salvaste”, pasa con todo, si vos decís “que gracias a tus viejos llegaste a estudiar, aquí en la calle también aprendes, de todas las

cosas aprendes, de lo bueno y de lo malo, sucede que bueno no pasa siempre esas cosas, es lo mejor que podemos hacer, que no le jodan nada a ellos” (Lalo)

Mostrar: enseñar con el ejemplo. Junto con la transmisión verbal y oral de la experiencia vivida como modo de ejemplo, algunos sujetos referían a las transmisiones que se realizan y actúan como “*ejemplos*” desde lo que se muestra y observa que el otro/a hace y dice, o sea, “*con los hechos nos mostraba*”.

Sobre esto conversaban Juan y Hernán, refiriéndose a los modos en los que la madre de Juan les había enseñado a sus hijos e hijas a cuidarse, protegerse en momentos de peligros entre ellos. Hernán destacaba la significativa impronta que genera “*lo hecho y visto*” en los procesos de aprendizaje.

“- ¿La madre de Uds. cuando se enteró que andaban en la calle, les decía que debían cuidarse?”.

Hernán: ella siempre, las primeras veces nos hablaba...nos decía muchas cosas.

Juan: creo que los hechos es más que lo dicho con las palabras, uno con la actuación de cada uno ve. A veces las palabras...”

Carlos y Salomón también hacían referencias de este tipo en sus relatos:

“Si vos, como dicen todos, tiene que partir de tu casa, la seguridad, el ejemplo, todo, sino bueno, el camino que muchas veces queda es el de la delincuencia, vamos a decir la verdad, porque es así, pero muchas veces ocurre a que las cosas sucedan, aquí las pasas difíciles. Pero muchas veces te queda la cosita de que bueno, si caes en cana, luego nadie te quiere contratar, porque piensan que sos chorro, y ya te dicen para siempre eso” (Carlos)

“-Salomón tiene 21 años, y debe cuidar a sus hermanos menores ¿qué haces para que ellos no pasen peligros?

Salomón: y les hablo, pero sé que algunas veces se van a mandar macanas como me paso a mí”

Incentivar que estudien. Hacer que estudien. “*Incentivar que estudien*” o que vayan a la escuela, colegio e intentar, hacer o garantizar que estudien y que les “*vaya bien en el colegio*”, aparecen como acciones que integran las prácticas hacía estos jóvenes que buscan sea inculcada por parte de aquellos adultos que ellos consideran como referentes.

En este sentido, observamos que estudiar e ir a la escuela fueron hechos como sucesos valorados positivamente en los entramados presentes entre ellos (adultos y pares),

especialmente para los niños/as y adolescentes, desarrollándose un conjunto de prácticas vinculadas con garantizar esto. “*Ir a la escuela o colegio*” aparece con conseguir mejoras en nivel personal y en las relaciones con otros, para poder conseguir trabajo y para “*ser más*” que los progenitores. Francisco hablando de su sobrino, de 4 años aproximadamente, señalaba:

“Trato de apoyarlo y que también me apoyen a mí para que pueda terminar la escuela por lo menos, mi sobri por más que es chiquito y vive con mi hermana, debe saber que tiene que terminar la escuela. Que aproveche la oportunidad que tiene de estudiar, algunas veces aquí también entre los changos hablamos sobre la escuela” (Francisco)

Carlos también explicitaba este aspecto en sus relatos:

“Algunas veces intento, y les hablo que muchos de ellos puedan estudiar, sobre todo los más chicos...el tema es que cuando estas mucho tiempo viviendo en la calle, es difícil que después puedas irte. Tienes que tener ganas de salir, o bien tienen que fijarse que no siempre quieres andar así”

“Te escuchan, pero les entra por un oído y les sale por otro. Es una cuestión de que tengan, que se choquen con el piso o contra la pared, el tema es que pasan los años y se quedan así. Después seguro que cuando embaracen a sus minas no van a saber cómo hacer para comprar la leche, pañales (...), el tema es que bueno, quieras o no algunas veces parece que te dan más bola si tienes estudios o algo, sino siempre de vendedor o albañil”

Enseñar: transmitir valores y reglas. Estrechamente vinculado con la noción de “*enseñar*”, aparece la transmisión de valores. De nuestro trabajo de campo, emergieron algunos valores repetidos en los discursos, como: el respeto a la casa (situación ajena a ellos), la familia y los padres (ausentes en muchos casos); la unidad familiar; la unión, protección y ayuda entre hermanos y compartir lo que se tiene, especialmente la comida³⁵

Federico contaba cómo les “*enseñaba*” a sus hermanos menores, Nano y Ketchup, el valor de compartir (específicamente centrado en compartir la comida), el cual tenía una aplicación práctica de instaurar y activar una relación de reciprocidad, que garantice poder recibir cuando sean necesario.

³⁵ López Machado (2008) en su investigación destacó que las abuelas cuidan a sus nietos/as, a través de bienes simbólicos transmitidos, en forma de valores, los cuales espejan referencias morales en el contexto de los intercambios generacionales y de las relaciones familiares. La autora identifica los valores de Familia, Honra, Trabajo y Estudio, Fe y la Fuerza de las luchas como preponderantes en los discursos de las abuelas investigadas.

“Si vos tenes, compartí, y si vos no tenes, va a venir el otro que va a tener y te va a compartir, porque si vos no haces eso el día de mañana el otro no te va a dar nada, entonces, así como vos ayudas, ellos te van a ayudar, si no olvidate de que te ayuden. Entonces siempre que nos ayudemos entre nosotros (...) Muchas veces le hago de que no tengo para ver qué es lo que hacen, ponele lo que le estoy diciendo, lo que le estoy enseñando lo entienden, pero algunas veces escuchan, ahora por el calor andan más volados, consumiendo” (Kechup)

Javier en relación con su hermana menor, señalaba que él trataba de “enseñarle”:

“Que primero que nada nos tenemos que respetar entre nosotros, que tiene que saber que voy a cuidarla, cualquier cosa que le quieran hacer los guachines o cualquiera. Pero también le tengo que enseñar que no ande en lugares sola, pero bueno, es cuestión de que me escuche, además las mujeres tienen que tener más cuidado, porque hay muchos zarpados, hay cada alzado dando vuelta, sobre todo los viejos pajeros, que se pasan con las pibas” (Javier)

Como se desprende de este relato, algunas de los jóvenes tratan de dar a conocer a los menores que ellos, especialmente a las mujeres dan cuenta de transmitir valores en los cuales se plasman regulaciones en torno a los noviazgos, como a continuación explicaremos. Asimismo, algunos enfatizaban que trasmitían a los más chicos el respeto, la responsabilidad y el compromiso hacia sus posibles parejas. La “enseñanza” del respeto a las parejas mujeres podemos pensar que se asocia en varios casos con las propias experiencias de menosprecio y en algunos casos otros tipos de violencias vividas por las madres de ellos por parte de sus parejas hombres.

Un día en el cual yo estaba en la parada de colectivo sobre la 19 de abril su la “cuñada” de Federico, de 16 años, quien estaba junto a Nano estaban vendiendo alfajores, ella iba por una de las veredas, mientras que él ofrecía por la otra vereda, luego ella me comenta que querían “ir a la pileta de la Tupac por el calor” una jornada con altas temperatura y humedad. Ella comienza a relatar que suelen ir a los días similares con mucho calor a esa pileta “ya que no se paga entrada” como en los otros lugares, lo malo es que está lleno. Luego ella me comenta que hay veces que también suelen ir juntos a sus hermanas y explicándome:

“A veces vienen a estar conmigo aquí junto a mí y Nano, la Guada, Vilma y Carlita, ya que no quiero que se queden sola en la casa. Mi mamá se va temprano a las tres a ayudar al comedor, le prepara la merienda a los que van y luego prepara las milanesas, lomititos para vender ahí cerca del Bachi seis, ¿vio que ahí está la parada?, ella vende ahí hasta las doce de la noche. Entonces como las chicas van a la mañana a la escuela, después de comer las traigo conmigo, bueno antes hacen la tarea, vamos a la pileta y luego las vuelvo

a llevar a la casa, a veces me acompaña Nano, ya que no se lleva bien con mi mamá, nose que paso, ninguno de los dos me cuenta, pero bueno, Nano no es malo conmigo, se hizo cargo de la nena, si hubiera sido cualquiera se hubiera borrado, pero él esta con nosotras va a vernos, a Caty le da lo que puede, que no le falte nada, y eso que no somos ya pareja”
(Belén)

En varias ocasiones Nano enfatizó que ella:

“Por más que algunas veces esta Belén aquí en la ranchada con los chicos vuelve a casa. Pero en la calle la cuido yo con los chicos, si pasa algo, pero no pasó nada hasta el momento gracias a Dios...” (Nano)

Asimismo, otro día relató Lalo cuando recibe la noticia de que su pareja vendrá a verlo junto a su pequeño hijo:

“Cuando viene mi pareja a hacerme ver a mi nene, siempre me manda un mensajito al celu. Así la espero en la parada por cualquier cosa...ya que aquí algunas veces los pibes están dados vueltas y creen que pueden hacer lo que quiere, a ver si una de esas la lastiman a ella con mi bebé (...) vio profe. Algunas veces los pibes son complicados, se empastillan como el Fabio y no saben que hacen, después cuando ya le dejo hacer efecto, se dan cuenta de que hacen macanas, así lo pincho a Luisito, después se dio cuenta de lo que hizo, por eso hay que tener cuidado de los pendejos que andan volados, ni idea tienen de lo que hacen por eso no dejo que ella ande sola con el nene, a ver si le hacen algo o lastiman”
(Lalo)

Ximena, pensando en la posibilidad de tener un hijo varón, también opinaba en la misma dirección de los relatos anteriormente presentados:

“Yo sí tendría mi hijito aquí, lo cuidaría, espero no estar con él por aquí, yo veo que las pibas que son madre la pasan jodido, aquí ni te respetan los viejos borrachos por más que te vean con tu hijito en brazos, esa es la verdad (...) a mí mucho eso no me gusta, pero bueno, espero encontrar un buen pibe que nos dé lo que necesitamos, no quiero un chalet, una casa grande y un auto. Solo quiero que me dé a mí y a mi bebe lo que necesitemos, ese es un tema que nos toca pasar, porque ellos vienen y se van cuando visitan a los chicos, el tema es una cuando está sola y tu propia casa te sacan en cara de que vos te lo buscaste”
(Ximena)

Condiciones en el noviazgo. Como observamos, uno de los aspectos que aparecen en los discursos como forma de mantener la cohesión del grupo y de la vinculación con el sexo opuesto es la conformación de una pareja, son las regulaciones en torno al noviazgo, poniendo “condiciones”: indicaciones sobre la edad para tener novia, momentos para estar con el chico/a, sucesos de presentación al grupo de pares y posible maternidad/paternidad.

La aparición de este tipo de referencias me llamó la atención en el trabajo de campo, parecían discursos y prácticas tradicionales que eran relatadas en diferentes espacios y que sonaban contradictorias con otras referencias y hechos relatados y observados. Así, en ocasiones estos discursos y prácticas no se correspondían del todo con la realidad actual o parecían estar tratando de “negociar” con lo que estaba sucediendo, observándose algunas contradicciones entre los esquemas de valores declarados y los hechos cotidianos. Subyacen a estas prácticas un conjunto de valores anclados en construcciones de género: los varones deberían ser los proveedores en las necesidades tanto de la pareja como del hijo y las mujeres se encargarían del cuidado de los pequeños, como así más adelante de la educación.

Un día que estaba en la terminal junto a Nano, él contaba con respecto a su noviazgo junto a Belén, quienes se conocieron en un evento denominado por los “Derechos de los niños y jóvenes”, que se llevó a cabo en Mar del Plata organizado por la Secretaría de Niñez, adolescencia y Familia-Ministerio de Desarrollo Social de la Nación. Compartieron ellos dos el mismo contingente proveniente de la ciudad de San Salvador de Jujuy, junto a otros adolescentes de distintas fundaciones.

Allí relata Nano, que primero intercambiaron miradas y luego palabras. Pasaron un par de días conociéndose mientras duraba el evento en la localidad balnearia. Luego, al arribar a la provincia desarrollan un intercambio de celulares para seguir comunicados y poder verse.

Belén relata que su madre se opuso fuertemente a que ella iniciara cualquier tipo de relación con Nano, debido a que sabía que es un “pibe de la calle” que no tiene familia y que solamente sabe drogarse y robar. Manifestaciones que en algunas oportunidades pude escucharlo desde su progenitora, sabiendo que en algunos momentos él estaba rumbo a buscarla al barrio Islas Malvinas, donde ella se radican junto a su madre:

“- Vos ¿cómo hiciste para ponerte de novio con Belén?

Nano: *y nos conocíamos así de vista por las distintas cosas que hacíamos en la fundación, como yo venía a lo de la Nona, ella iba a uno de Malvinas creo que se llama “2 de abril”, ahí, iban Belén con sus hermanas, a merendar y hacer las tareas. Luego cuando viajábamos a Mar del Plata, si nos veíamos seguido, porque con el prof. Ering ensayábamos el carnavalito, él como tocaba la guitarra, venía otro Prof. A tocar el charango, entonces los sábados veníamos aquí la Nona nos cocinaba y nos quedábamos hasta la tarde, porque eran varios números que debíamos actuar allá, era un encuentro de jóvenes, aparte de tener como tipo charlas, como fuimos de todo el país, debíamos presentarnos con algo. Ahí bueno, charlábamos entre los chicos y chicas, por más que dormíamos en distintos hoteles nos cruzábamos a la hs. Del almuerzo o en las salidas junto a los Prof. Que viajaron con*

nosotros. Comenzamos a hablar más de seguido con Belén, pero como ya nos conocíamos, fue un poco más fácil ir a encararla. Cuando llegamos yo la iba a visitar y ella me venía a ver en la terminal...la llevaba a cenar cuando podía tener un poco de dinero por lo que vendía o conseguía por día...la cuidaba, le hacía sentir bien, que no se preocupe por el resto (...), luego nos seguíamos viendo, mi viejo no nos quería que andemos juntos, pero yo lo quería a él. Me hacía bien estar con él, pasábamos mucho tiempo junto, yo subía a la termi a buscarlo y él dejaba de trabajar y nos íbamos por ahí juntos, luego la tuve a la Caty, no lo dejaron a entrar a él en la maternidad del San Roque, pero él estuvo ahí para ver que necesitábamos las dos”

En otra entrevista junto a Óscar, también manifiesta los momentos y sucesos que tuvo que vivir a raíz de iniciar su noviazgo junto a una chica que podríamos decir, no es de la “calle”, sino que vivía en un barrio residencial y concurrió a un establecimiento de gestión privada. En este caso Óscar, no tuvo ningún tipo de acercamiento con los padres de la adolescente, ya que, hablando con ella, llegaron a la conclusión de que no era lo indicado hacerlo debido a que él es un “chico de la calle” y ella no. A su vez, ella no le permitía que se acercara a su casa, los encuentros quedaban pautados en la zona del centro o de la terminal, debido a la situación que podría provocar que los encontraran juntos.

- “- ¿Cómo era que me contaste que te pusiste de novio con la madre de tu nene?”*
- Nos conocimos en Astros, vio ese boliche que este camino al Alto...ahí. Ella estaba con su grupo de amigas, yo había ido con Carlos y los pibes de aquí, de la termi, la pasamos bien, toda joya, y de ahí nos empezamos a ver (...)*
 - ¿Cuánto tiempo estuvieron juntos?*
 - Y calcule un año, un año y medio Prof. Nos llevábamos bien primero, todo tranqui, luego comenzaron los bardos, porque sus viejos, en especial su viejo no quería saber nada que yo ande con su hija, sólo porque vivo en la calle...pero en realidad no sabe porque vivo así, es un gil (...)*
 - ¿Ella fue tu primera novia?*
 - Sí, fue lindo, hasta que su familia se empezó a meter, decía que era muy chica para ponerse de novia y que conmigo no podía estar, que era un chorro, drogón”*

En relación al noviazgo Ramón destaca lo siguiente:

“Cuando me puse de novio...todo era canchero...luego vinieron los bardos. Primero porque los viejos se hacen quilombo porque estamos viviendo en la calle y no quieren, o les da vergüenza que sus hijas salgan con nosotros, debe ser porque andamos así todo descuidado, pero bueno no es porque nosotros quisiéramos andar así, sino que bueno nos tocó pasarla. Si es cierto algunas cosas que nos dicen, pero no siempre estamos jalando o chupando birra. Nos rescatamos, yo no quiero vivir toda mi vida aquí en la calle (...)”

(Ramón)

Estos aspectos de las relaciones de pareja entre los jóvenes requerirían un análisis mucho más complejo y completo del que podemos y es nuestra intención hacer en este trabajo. Sin embargo, dejamos esta cuestión mencionada para ser considerada quizás en otras aproximaciones.

Los cuidados para no tener un embarazo no deseado Registramos un conjunto de prácticas vinculadas con no ser padres de manera precoz, especialmente referidas a las y los menores, centradas en transmitir y regular aspectos que tienen que ver con las relaciones sexuales y afectivas.

Entre éstas se incluyen “*poder cuidarse*”, la cual se centra principalmente en enseñarles y acercarles formas de anticoncepción para evitar que las adolescentes mujeres queden embarazadas en los talleres que dictan en las escuelas nocturnas. Como el caso de Nano, quien contaba que había hablado innumerables de veces junto a Belén, previamente al acto sexual³⁶ quiénes apelaban a que el varón fuere quien deba protegerse, ya que los métodos anticonceptivos de los hombres, según en palabras de Belén “*son más fáciles de comprar y colocarse, que el de mujeres*” que cuando ellas quisieran tener relaciones sexuales con una pareja, le avisaran para ir a comprar preservativos, o bien ir a buscar a la salita de primeros auxilios.

“Y, ¿qué otras cosas pensas que haces para cuidarla a Belén?

- Cuando estábamos juntos, yo iba a la salita a buscar forros y ella me acompaña, los dos sabíamos que podía pasar algo si no lo usaba. Creo que ella se ponía algo, seguro anticonceptivos, pero bueno una vez se olvidó y vino la bebe, pero bueno. Si nos cuidábamos, fue un accidente lo que nos pasó (...). Luego cuando ya sabíamos que estábamos esperando a la beba, sabía que debía cuidarla a las dos, así que siempre por día le daba casi todo lo que hacía trabajando con doña Lili, ahí le ayudaba a hacer empanadas, sándwich, papas fritas, la iba a ver a la noche a su casa o ella venía para controles al San Roque y me esperaba para que nos veamos. Ahora ya no estamos juntos, ella esta con otro pibe, pero bueno me la deja ver a mi nena, ella ya va a jardín, crece muy rápido Prof., después también la llevo a las dos a algún parque o circo, siempre que pueda tener un poco de guita, si vendí algo (...) (Nano)

³⁶ En la investigación específica sobre socialización para la sexualidad, Heilborn y otros (2006) sostienen que la comunicación familiar en los temas específicos de sexualidad y reproducción es asegurada principalmente por las madres, interlocutoras privilegiadas de los y las adolescentes en la transmisión de las primeras informaciones sobre embarazo y anticoncepción. Dichos autores comentan cómo es la responsabilidad de las mujeres sobre la reproducción, se vincula con su rol de responsables de los cuidados y educación de los hijos/as y especialmente de la hija del riesgo de embarazo y violencia sexual.

Los relatos de Nano daban cuenta de transmisiones diferenciadas para las mujeres y los varones, lo cual también observamos en el relato anterior, el hombre aparte de ser proveedor, es protector y responsable de ciertas conductas. Las mujeres aparecen siendo exclusivamente responsabilizadas por estar embarazadas y en ocasiones culpabilizadas como en el caso de Noelia y el padre de sus dos hijas pequeñas:

“Por ejemplo cuando yo quedé embarazada de mi primera nena, yo tenía 14 años y el papá de mi nena 17, sé que se ponía nervioso, pero bueno, preferí que se vaya, porque algunas veces se volvía violento. Esas cosas me asustaban bastantes, me decía que la bebé era mi culpa, que él no quería ser padre aún, que fue culpa mía, siempre me decía que hacía mal las cosas. En un momento me dijo que quería que abortara, pero yo le dije que se vaya, que nos deje sola, que mi abuela nos iba a ayudar. La pasamos muy difícil, porque había día que no teníamos para los pañales, entonces mi abuela me daba de su jubilación, yo ahí empecé a trabajar en casa de familia, limpiaba, mientras ella veía a la gorda. Pero bueno, ya se cansaba mucho, así que dejé de trabajar y ella me ayudaba siempre, luego empecé a venir a vender aquí en la terminal junto a ella, traía a la gorda, vendíamos empanadas de pollo y en verano gelatina (...), hay momentos que la pasamos muy mal, algunas veces no queda otra que venir a comer en la fundación o esperar que los chicos de las iglesias, nos puedan dar algo, el tema es que con la nena se complica un poco. No podés darle muchas cosas, o que coma cualquier cosa, entonces vivíamos peleando porque yo le pedía plata para algunas cosas” (Noelia)

Limites, permisos. Huida de los hogares. Poner reglas y límites y hacerlas cumplir es considerado como una forma de “censura”. Asimismo, lo es “*dar, o no,*” permiso” para salir, para hacer determinada acción o “para estar con cierta persona”. En esta línea surgen expresiones como “retarlo” o “corregirlo” en caso de equivocación.

Algunas referencias a estas prácticas ya aparecieron en relatos anteriores, cuando Carlos explicaba que le decía su mamá si bajaba las notas de la escuela o bien no quisiera ir a clases: “*a mí no me gustaba ir a la escuela, había chicos que se burlaban de mí porque algunas veces no tenía zapatilla*”, situación que ha provocado demasiados recuerdos intolerables para él en la actualidad y sólo lo menciona como uno de los motivos para estar en la calle. Otras de las vivencias ocurridas con los menores se puede dar a conocer cuando, por las travesuras que realizaban tanto en el barrio como en la escuela “eran fuertemente castigados y sancionados” denotan la presencia de la figura adulta, pero por decisión de ellos, no quieren acatar una voz de autoridad y prefieren escapar de tal contexto

Observamos en varios relatos que son las hermanas y hermanos mayores quienes dan o no los “*permisos*” o autorizaciones a sus hermanos/as menores en el caso de no haber adultos presentes para que puedan salir de casa a jugar, o estar en la calle. En un tramo de la entrevista con Nano, menciona quién los acompañaba a la calle era su hermano mayor Chula. Cuando le pregunté de qué manera lo hacía, Nano respondió “*me dejaba ir a jugar con los changos a la pelota y pasaba él en la bici...*”, a lo que Kechup aclaró: “*Si, ya mi vieja se había muerto, mi vieja casi no nos veía, entonces él nos cuidaba, hasta que dejamos la casa*”.

Asimismo, Oscar señalaba que cuando vivía con su hermano Carlos en casa de su madre, él “*le tenía que decir lo que tenía que hacer*” y también debía colocar límites y decidir si le daba permiso para ir a algún sitio. Como él manifestaba “*le tenía que decir Oscar, hace la tarea, levántate, anda a comer*”, a qué hora y todo, o “*No, ahora no vas a jugar*”. Era como si Carlos fuera el papá por un rato”.

Los medios para “poner límites”, “corregir”, “retar” y “proteger” en varias ocasiones es a través de formas que podamos considerar violentas, en tanto pueden implicar daños a la otra persona. Como en estos ejemplos:

“Las cosas que hemos pasado algunas fueron horribles, cuando estaban mis viejos, nos cuidaban bien, luego mi viejo nos abandonó. Luego nos cuidó mucho fue Chula, cuando no nos portábamos bien nos cagaba a palos, pero bueno también nos salvó de otras cagadas que hacíamos, más adelante, podíamos ver que nos quería así, pero bueno, ahora él ya no está, pero si tuvimos una infancia muy complicada, muy difícil, desde muy chiquitos”
(Nano)

“Sabes lo que pasa, uno no sabe, nosotros vivíamos en una vivienda en Alto Comedero, en la parte más jodido (...) ahí no podías andar solo, salíamos siempre en grupo con los pibes, a pesar de que éramos chicos, debíamos cuidarnos, él nos acompañaba algunas veces a joder por ahí” (Oscar)

En varios discursos aparecieron expresiones que daban cuenta de que “*cuidar a los hermanos más chicos*” es a través de “*cagarla a patadas en el culo*”, “*es decir las cosas crudamente*”, “*mandarla al hospital*”, lo que implicaba lastimarlos de tal modo que tengan que ir al hospital, “*ser un poco cruel para que aprendan*”. Así, en algunos relatos surgen expresiones de violencias como formas aceptadas y necesarias para una figura protectora, lo cual retomamos en este capítulo.

Especialmente, en el caso de las adolescentes, en relación con sus madres, padres o abuelas/os, contaron que a veces *“no sabes para qué lado correr”*, *“no podés manejarlas”*, lo cual actuaría como elementos que ameritarían y justificarían *“ser un poco cruel”*, *“pegarles”* o *“echarlos”* para poner límites, para *“manejarlos”*, para que *“hagan caso”* y en última instancia, para que no les suceda nada malo, haciendo especial énfasis en el *“embarazo no deseado”*.

“A veces son tantas las cosas que pasan, y vos no sabes para qué lado correr. Como yo les digo a ellos (a los más chicos), yo les sigo hablando, yo ya les hablé, le hablé, tener que ser un poco cruel para que ellos entiendan los que les están diciendo (...) Hoy en día están valorando más (en relación específicamente a lo económico) (...) pero a veces cuesta, ponerles límites, porque no somos nada o sólo hermanos, yo no soy de decirle las cosas de mala onda, pero hay algunas veces que te sacan de quicio cuando no me quieren escuchar o cuando quieren verduguear, se vayan a cagar, si tuviera un arma, lo cago a tiros”
(Doña Lili)

“Algunas veces me enojaba muchos con ellos, nunca obedecían, o cuando querían hacer algo lo hacían. Aprendieron luego cuando cayeron detenidos por primera vez, ahí se dieron flor de cagazo, los pibes estaban todos ahí encerrados, después sucedió que otros se fueron a la Granja” (Carlos)

Observamos que en estos relatos que da cuenta de este tipo de acciones aparecen relacionadas con *“hablar”*, ya sea que *“directamente no le hablo”* como decía Carlos o *“ya les hablé”* y no funcionó, como explicaba Chula.

4.2. Tensiones en torno a los sentidos de compañerismo

Retomando e integrando las prácticas mencionadas y entendiendo éstas en tanto configuración, nos interesa a continuación presentar algunos núcleos que hemos identificado y seleccionado como de tensión en torno a los sentidos del establecimiento de los vínculos previos y aquellos establecidos en sus condiciones de vida de calle. Tensiones, en tanto son aspectos que se vinculan con lo comunitario, en ocasiones oponiéndose, en otras superponiéndose, pero estando estrechamente imbricados.

4.2.1. De cuidar a proteger

Las nociones de *“protección”* y *“seguridad”* emergieron en algunos relatos directamente vinculadas a la idea de *“protegerse asimismo y a los más frágiles”* presentándose para algunos sujetos como las que mejor describían lo que hacían, como el caso de Ramón, quien aclaraba:

“Más que cuidado es protección, uno termina protegiendo a la persona que...Se empieza cuidándolo y después terminas protegiéndolo, es una cuestión de cuidado más específico según qué persona” (Ramón)

Si bien en este trabajo presentamos ambos términos integrados, tal como apareció en los relatos, en este punto nos interesamos en ver con qué específicamente se relaciona la noción de “proteger”, indagando en los contextos en que es utilizada y los sentidos que los adolescentes le dan a la misma. En esta dirección, llama la atención que “dar seguridad” y “proteger” en ocasiones son presentadas como sinónimos, pero a su vez como algo diferente. Raúl expresaba:

“En este sentido no hay problemas, pero si la cuestión de que se protejan entre ellos porque si yo no estoy, que es Federico o cualquiera de los más grande pueda cuidarlos al resto de los pibes (...) el tema es que debemos entender que estamos juntos, y bueno así nos tocó y debemos sufrirlas o darles un frente, es lo que nos tocó.

- ¿entonces para que no los lastimen deben cuidarse entre Ud.?

- Raúl: si, el tema es que nos cuidemos entre nosotros que no nos pase nada malo, porque aquí en la termi, o por el centro se pone jodida la mano cuando es de noche, ni la cana algunas veces quieren estar por aquí en la terminal, es que algunos ahora ya andan hasta armados, los más viejos que chupan y se van a las piñas”

Podríamos entonces pensar que “proteger” está más vinculado con “defender” de algo o alguien, marcaría la intención de resguardar a alguien de un peligro o daño, externo a la misma persona. Por lo tanto, la acción y noción de “proteger” está relacionada en muchos relatos con violencia y vulnerabilidades. Mientras que la “seguridad” estaría dando cuenta de propiciar el bienestar y desarrollo de misma persona a quien es merecedora de dichas acciones -en toda amplitud de usos y afinidades que venimos trabajando- y no hace alusión específicamente a amenazas, daños o violencias que puedan sucederle a ésta. Rodrigo es uno de los que utilizaba frecuentemente el término “proteger”:

“- ¿Yo le preguntaba, si tu mamá u otro adulto lo cuidaban y qué hacían para hacerlo?

-Sí, en un principio, las primeras veces que pasaba aquí los días ella venía a pasar conmigo por lo menos un par de hs. Para saber que no estaba haciendo nada malo, luego bueno de a poco me fui juntando con los pibes, y ella dejaba de venir a verme tan seguido, por aquí en la terminal, pero bueno, porque se cansó un poco, el tema es que ya somos grandes para cuidarnos y pasarla bien (...)”

4.2.2. Uso de la violencia. Tensiones en un continuo

Diversos estudios dieron cuenta de las nociones que se van conformando como un espacio paradójico en tanto para el afecto como para la violencia y el conflicto (Cerruti, 2003; Jelin, 2007). Esta misma paradoja, la encontramos en torno a las nociones vinculadas con las cotidianidades en los grupos de jóvenes, como hemos venido presentando en el detalle de las prácticas, en las cuales los diversos episodios de violencia (en tanto acciones que generan daños o “maltratos” a otros) aparecen en algunas ocasiones como acciones imbricadas, no como opuestos.

En este trabajo observamos las violencias específicamente desde sus cruces y traslajos con las prácticas que se desarrollan a diario. Las violencias atraviesan las relaciones de poder que se producen y reproducen en diversos espacios sociales y están asociadas a la desigualdad, a las jerarquías y las asimetrías (Calveiro, 2005). Las mismas pueden adoptar diversos modos, como violencias físicas, emocionales, simbólicas, económicas, por lo que podemos entender como violencias los castigos físicos, las agresiones verbales, los abusos sexuales, la represión, la exclusión, la estigmatización y discriminación, entre otras referencias que aparecieron en los relatos y que presentamos a lo largo de los diferentes capítulos de este trabajo.

Entonces, en rasgos generales podemos pensar que si las nociones vinculadas con el disciplinamiento lo presentan como las actividades que se orientan a sustentar, proteger y garantizar el desarrollo de las vidas de los sujetos y las de violencias dan cuenta de aquellas que tienen como consecuencias poner en riesgo la vida y/o limitar o negar las posibilidades de actuar, pensar y/o vivir de las personas, en las prácticas concretas que observamos, en este caso del territorio específico en el cual nos insertamos, aunque esto no quiere decir que no pueda aplicarse en otros espacios, la relación entre ambas presenta entrecruzamientos diversos, mostrando a las diversas prácticas como un proceso en sí mismo complejo.

En este sentido, los aportes de Simmel (1939) nutren esta perspectiva. El autor considera la lucha, en tanto representante, de diversas formas de oposición, contradicción y conflicto, como una forma de socialización y propone observarla como parte intrínseca de toda relación entre personas. Plantea ver las energías unificadoras y las disruptivas o más ligadas con el conflicto, de modo integrado y no escindido, afirmando que:

“También es una unidad la síntesis general de las personas, energías y formas que contribuyen un grupo, la totalidad final en qué están comprendidas, tanto las relaciones de unidad en sentido estricto, como las de dualidad” (p. 250)

Encontramos que algunas expresiones están directamente ligadas a las acciones de un otro/a que genera daños, específicamente por algún integrante del entramado. En estos casos la idea de “control, disciplinamiento” tiene como objetivo que el otro/a no sea “maltratado” o limitar esos “maltratos”. Un ejemplo de esto es la situación de Carlos con su hermano Oscar:

“es una cuestión de que...por ejemplo lo que está sucediendo no es de ahora, venimos cuidándonos entre nosotros, ahora debemos cuidarnos un poco más, el otro día andaba un pajero, por la termi, tocando a las chicas. Entonces a las más chiquitas le decimos que avisen si pasan algo (...) a los pibes cuando están insoportables debemos darle un sopapo, para que entiendan, que sepan que algunas cosas se joden y con otra no. Y muchas veces se debe darle con un palazo, a algunos para que entiendan, sino se pasan de rosca y terminamos mal, luego te quieren meter denuncia o algo, o mandan a los más grande, no se la bancan” (Carlos)

Asimismo, entre las acciones que tienen como intención limitar esos “maltratos” también aparecen referencias a “no meterse” o “no hacer” para que “no sea peor”, como la situación que narraba Noelia con respecto a las violencias ejercidas sobre ella por parte de su abuela materna. Noelia contaba que si bien en el juzgado (instancia la que había llegado porque sus padres no podían cuidar de ella) le dijeron: “de ahora en más tu abuela, va a pasar a cuidarte, va a ser tu mamá y papá”, ella en ese momento acepto que sea su abuela se convierta en tutora:

“Yo agarre y le dije la verdad, yo los voy a querer ver, pero yo sé que si los veo cundo vuelvan ella les va a pasar mal y capaz que terminen peor de lo que vienen nuestras cosas, por eso a veces prefiero que no suceda nada, ya está, ellos me abandonaron, sólo me puede decir algo mi abuela, a ella le interese más que a mis propios padres (...), mi abuela nos cuidó en todo momento, pobre vieja la hacíamos renegar un montón, pero bueno se cansó” (Noelia)

En otros relatos se describían situaciones que se orientaban a limitar los agravios ocasionados a otras personas dentro del contexto familiar, a través de acciones que implicaban el uso de la fuerza física, generando daño, incluso hasta la muerte, como en el relato de Carlos:

“Hasta que fuimos creciendo, se fueron metiendo en donde querían mis abuelos, pero se fueron haciendo cosas en distintos lugares. Una vez mi abuelo estaba machado, le gustaba tomar le levanto la mano a mi abuela, mi abuela fue quien nos crio a nosotros, a Oscar y a mí, mi mamá nos dejaba para ir a trabajar. Mi abuela ahí luego de eso creo, no recuerdo bien quedo renga, pero sé que la lastimo. Yo sentía que la sangre se calentaba dentro mío, quería agarrarlo por más que sea mi abuelo” (Carlos)

Aparecen entonces acciones violentas que declaran tener como objetivo “*protegerlos, cuidarlos y de disciplinarlo*” mencionándose la utilización de acciones que generan daños a otros como modos aceptados y permitidos, como hemos visto en el conjunto de prácticas vinculadas con “*defender*” y con “*poner límites*” y “*corregir*”.

A su vez, en ocasiones la violencia es entendida y ejercida como modo de interrumpir una cadena de peligros que es percibida como común “*en la calle*”, como veíamos en las prácticas vinculadas con “*defender*”. Hallazgos similares que dan cuenta de esta estrecha relación entre las diversas maneras de protección y violencia pueden encontrarse en el trabajo de Álvarez y Auyero (2014), quienes presentan el “*enigmático*” uso de la fuerza física para prevenir la violencia o protegerse de ella. Así, la violencia utilizada como modo de prevenir más daño o como una forma de establecer límites también con aquellos que, consideran, ponen en riesgo su bienestar y el de sus seres queridos. Estas estrategias colectivas, a veces consiguen evitar con éxito las violencias circundantes; muchas otras veces, y en algunas oportunidades, incluso desatan más violencia, como venimos observando.

En relación con esta imbricación entre “*proteger*” y “*violentar*”, nos interesa señalar otro aspecto que apareció en los relatos. Notamos que una misma persona puede ser víctima y victimario a la vez³⁷, como apunta Calveiro (2005). Si bien hay rasgos que socialmente marcan desigualdades estereotipadas de poder en el grupo de estos jóvenes, principalmente el género y la franja etaria, también identificamos que estos se desarrollan en redes de relaciones de poder las que un mismo sujeto juega de manera diversa, siendo que el mismo actor puede funcionar como sujeto de poder y como sujeto resistente según la relación a la que se refiere.

³⁷ Di Leo y otros/as (2012) en su trabajo a partir de relatos biográficos de jóvenes identifican con respecto a las figuras maternas, la “madre violenta que protege”, la cual daría cuenta de que, en algunos de los relatos de los jóvenes, estas madres violentas son también madres que protegen a sus hijos de una infancia sin padre: pese a la violencia que se despliega en el ámbito doméstico, ellas permanecen en sus hogares, en pos de mantener unida a la familia.

“Se crea una compleja red de poderes circulantes, en donde se potencian unos con otros, pero también se fragmentan y desarticulan por efecto de múltiples confrontaciones, resistencias y escapes que los obligan a modificar su curso” (Calveriro, 2005, p. 20).

Así, por ejemplo, Chula “protege” a su hermano Ketchup y Nano de los golpes y amenazas de los varones más grandes, pero a su vez les “pega” a ellos cuando hacían una “macana”, como modo de “enseñarles lo que está bien y lo que no”, resistiendo y violentando al mismo tiempo, en roles y momentos distintos:

“Aquí todos buscan en enseñarte lo que está bien y lo que está mal. Yo pienso que es la misma calle que te enseña todo, esta es nuestra escuela. Pero siempre tenes a un hermano de la termi que te puede enseñar un poco más de lo que vos sabes... a nosotros nos cuidaba siempre el finado Chula, se lo extraña algunas veces más. Él cuando Ketchup era chiquito casi bebé lo cuidaba porque cada vez mi mamá se enfermaba más seguido, hasta que quedó internada por tener cáncer... ella se fue y nos dejó. Entonces por ser mayor Chula nos cuidaba primero, luego nos cuidaron nuestros padrinos, y bueno, terminamos en la calle, andábamos también por el hogar escuela, pero nos escapábamos siempre, éramos pendejitos terribles, hacíamos cada travesura, nos cagabamos de risa, y ahí nos conocimos todos en los distintos hogares y ahora en la calle, por todos lados” (Nano)

En este relato de Chula también observamos márgenes para la reflexión sobre la violencia como forma aceptada y adecuada de brindar “cariño, una expresión de afecto”, como cuando decía “aunque algunas veces terminan haciendo cosas que no deben hacer”. Este cuestionamiento también surgió con respecto a las acciones de los otros adolescentes menores que él:

“Muchas veces los más pendejos hacen cagadas, pero las hacen porque no saben nada... caen en cana, salen y vuelven a caer. Aquí cuando los gorras andan hechos los pesados es mejor desaparecer, porque llevas todo para perder cuando te haces el pesado. Me pasa por los huevos esos canas, que no hacen nada, son unos burros te verdugean, sólo porque te ven ahí tranquilito, que no jodes a nadie. Algunos más grande, doña Lili o las otras vendedoras siempre nos dicen que no andemos haciendo macanas... siempre nos debemos de andar cuidando, ellos piensan que, por ser canas, pueden venir a hacer lo que quieran, son unos nabos, pero son así, no sirven estos, ni los gendarmes, todos son una manga de boludos, aquí en la terminal siempre ves a estos tipos (...), ahí andan los canas sin hacer nada, encima no valen nada son re flaquitos, chicos, creo que hasta Ketchup los hace cagar a esos, están ahí parados como postes, son vagos y minas” (Nano)

4.2.3. Los momentos de transcurrir por las calles

En diversos relatos aparecieron referencias a dificultades y tensiones en torno al “transitar y permanecer en los espacios públicos”, a poder hacerlo y a los líos “costos” de

hacerlo, íntimamente ligados con el aspecto relacional que entraña el vivir de una manera diferente a la habitual, o ser una expresión de una situación particular de historia personal y familiar. Las expresiones que se repiten dan cuenta de “*me cuesta*” lo que alude también a otros “*costos*”.

Varias de estas menciones eran en la relación con los y las adolescentes y las dificultades de “*comportarse*” o de “*actuar de manera indicada*”, las cuales eran expresadas centralmente por aquellos que padecían en algún momento alguna enfermedad o dificultades en su salud. Las expresiones dan cuenta del uso de una “*puesta en escena*” para conseguir este propósito y de ciertas dificultades para encontrar otras alternativas, como ya mencionamos. Aparecieron también referencias al resto de los pares que hay en ocasiones que el comportamiento es aceptado, apoyándolo o culpabilizando.

Las observaciones que venimos presentando se aproximan a las que realizó Perelman en relación de las personas “*sin hogar*” en la Ciudad de Buenos Aires en donde se observan que el ingresar a determinados negocios para pedir limosna o colaboración necesita realizar un cierto tipo de comportamiento, demostrando alguna anomalía, apelando a la compasión de aquellos que son potenciales “*dadores*” de alguna colaboración. Situación que muchas veces es más que apropiadas para las mujeres con niños pequeños y niños con edades tempranas, siendo un caso especial los adolescentes que muchas veces reciben críticas o simplemente descalificativos.

En otros casos también aparecieron menciones “*los que más te cuesta*” y también referencias a “*no saber que más hacer*”, que también fueron mencionadas en los relatos de Javier sobre las situaciones de actuación que deben desplegar en momentos oportunos:

“Hay momentos en que necesitas que hace ciertas cosas, bueno para conseguir que alguien te de una mano más para poder ayudarte, algunas veces si tenes que remarla, pero creo que siempre va a pasar eso. Aquí no tenemos papa ni mamá para que nos dije ‘hijito esto está bien, esto no...’. Son cosa capaz que, en el tiempo, podamos recién entender. O capaz que recién cuando nos pase algo malo, podamos saber, nose... (...) mejor, capaz que así me dan más dinero en la calle y vean que soy pobre, pero no pude salir del poxi, pero sé que es una recaída, nos tenemos que cuidar, pero consumís cuando estás muy triste o tenes hambre, días que te pinta el bajón, te deprimís un poco” (Javier)

En uno de los relatos el hecho de que “*me cueste*” se vincula con presentar esta *performance* como algo “*preparado y pensado*”, palabras que se repiten en los relatos de

Miguel. Consideramos interesante la idea de “dedicación” ya que aludiría también a cierta preparación y recreación de lo pensado y a las posibles ambigüedades que puede albergar el “actuar”, como venimos mostrando.

“-Y vos Ramón. ¿Qué dirías que es el protegerse, cuidarse entre Ud.?

-En mi caso, siempre trato de no mandarme macanas, que luego la cana deba estar buscando, porque, los pichones de la cana, te van marcando, te marcan tarjeta, aquí entonces debemos cambiarnos de ropa, no ir con las cosas sucias, si hay que confesar a Diosito, lo malo que hicimos. Ciertas cosas que bueno, se las puede evitar, las evitamos hacer, otras no. Por ejemplo, entrar a una confitería en la terminal, tenes que comportarte, sino molestas y estorbas a los mozos, te terminan echando del salón o de donde sea. Y eso no te conviene que pase, porque son los lugares donde van todos chetos, pero bueno muchas alternativas no tenes para andar por aquí, algunas veces pienso en irme de aquí”

4.2.4. Trabajar, conseguir el sustento diario

Si los esfuerzos teóricos y de reflexión han puesto el énfasis en observar las actividades laborales que desarrollan en los espacios públicos estos grupos de adolescentes revalorizando el carácter de sus actos, al señalar el valor social y económico que las mismas generan, como hemos brevemente presentado en el primer capítulo, el abordaje etnográfico nos permite complejizar el asunto desde la perspectiva de los actores.

En las prácticas presentadas aparecen diversas caras de la moneda: el trabajo productivo remunerado ¿es la actividad indicada para que la desarrollen ellos?, y a su vez, dichas actividades ¿se relacionan con una diversión, pasatiempo? Observamos que en los casos que es explicitado el trabajo remunerado, en la totalidad de ello en la modalidad de “no registrado” como modo de “único” de poder trabajar está asociado con los hombres, y la posibilidad de hacer distintas acciones, desde trabajar en la construcción, de vendedores, “pungas”, “changarines” en los locales del mercado, “lustrar” zapatos, ayudantes de cocina y abrir puertas de taxis.

Un día mientras entrevistaba a Nano se acerca, un grupo de sus pares, para escuchar de que hablábamos y preguntando porque preguntaba sobre lo que realizan en la calle, a lo cual Felipe, respondió que “muchas veces uno puede equivocarse, nadie es perfecto, solo Dios y si uno mete la pata, que se le va hacer, va a tener que ir a trabajar para comprar los pañales y la leche”, siendo esta actividad central en una relación de pareja, donde al varón se le ésta permitido ejercer cualquier tipo de acciones, con el fin de poder contar con el dinero

suficiente para cubrir necesidades, siendo una última alternativa el pedir, a los padres de las mujeres (en el caso que sea posible), sino en pedir préstamos a los amigos.

Por lo tanto, observamos diferencias de género, al tiempo que señalamos que algunos varones resignifican el trabajo remunerado como una actividad que los califica como “*masculinos*”, lo cual parece interesante de tener en cuenta.

Como señalamos anteriormente en las menciones sobre las acciones vinculadas con “*trabajar*”, otro aspecto que ameritó diferentes opiniones en los relatos fue al respecto del trabajo realizados por aquellos menores que ellos. Si bien este aspecto requeriría más indagación, observamos que para algunos adolescentes y adultos que el niño consiga dinero o bienes para sobrevivir, es visto positivamente, en tanto una habilidad que desarrolla y es posible que le sirva en el futuro. Al tiempo que para algunos casos significan aportes de dinero y comida, por ejemplo. Sin embargo, otros adultos como los “*puesteros*” consideran que “trabajar” tendría que ser una actividad reservada para los adultos y por lo tanto el trabajo de los/as niños/as se opone al de una infancia en ciertos parámetros normales. En ese mismo sentido, algunos destacan que ellos trabajan para que los niños/as puedan estudiar.

Como apuntamos en la acción vinculada con “*el obtener recursos*”, en algunos relatos las prácticas centradas en los “*afectos*” y en lo “*material*” aparecieron en tensión, en algunos discursos destacando la prioridad de una sobre la otra, en otras revalorizando la necesidad de lo “material”.

Observamos que esta distinción y priorización de lo “afectivo” sobre lo “material” aparece principalmente en los discursos de las mujeres, estando en algunos casos en tensión con el de varones. En el caso de Daniel y Noelia, si bien tenían algunas opiniones diferentes al respecto, coincidían en lo “afectivo” como prioritario, diferenciándose de Cacha quien estaría “*todo el tiempo pensando en lo material*”

“Noelia: *creo que lo material a lo que tengas no te hace feliz, si no tenes una persona que te diga que te quiera es difícil, y también lógico a quien querer, a quien esperar; no sé...yo a Daniel, lo cuido, está bien no es el papá de mis nenas, pero cómo que se está haciendo cargo de todo, creo que lo más importante es lo afectivo y no lo material, lo material está hoy y después no (...)*

Daniel: *bueno, pero tampoco se puede vivir del amor nada más, uno de los dos tiene que ir a trabajar...*

Noelia: *y si tenes razón, pero a mis hijas le quiero dar una familia, no como me paso a nosotros, que terminamos solos...*

Daniel: *si tampoco, voy a matarme, el tema es que la plata no alcanza para nada ya, y uno debe comprar pañales, leche, lo que les hace falta a las nenas (...)*

Daniel: *igual yo creo que lo mejor, es que la madre se quede con las nenas, yo salgo solo a buscar el dinero, asi ella puede estar tranquila en lo de su abuela, si después podemos irnos a alquilar para estar solos... sería lo mejor, pero la mano esta dura, se complica, porque las cosas suben, una piecita con un baño y un comedor, pero así nomas de bloque no sabes lo que sale, estuve averiguando por aquí, por Moreno o Cuyaya”*



Situación en calle en las coordenadas de tiempos y espacios

En este capítulo profundizaremos en las prácticas que se llevan a cabo en los espacios públicos de la ciudad de San Salvador de Jujuy desde sus sentidos, valoraciones, anclaje territorial y estructura de significación asociadas, presentándolas a partir de las dimensiones temporales y espaciales.

Desde la temporalidad exhibimos las relaciones entre las prácticas que desarrollan y los tiempos cotidianos, tiempos según edades y tiempos de la historia personal y familiar.

Presentando el tiempo como elemento constitutivo de las distintas prácticas, tal como apareció en el trabajo de campo. Desde los espacios observamos y problematizamos distribuciones de “seguridades” y “peligros” en el territorio. Presentamos dos espacios centrales que surgieron íntimamente relacionados con las prácticas de “la calle” y “fuera de ella” actuando los espacios cerrados como vía de separación. Finalmente describimos y problematizamos el reconocimiento de “inseguridades” en cada uno de estos dos lugares.

5.1 Transitar por los distintos espacios

En análisis actuales sobre las personas en situación de calle la dimensión temporal cobró significativa importancia, por ejemplo, en las consecuencias de las medidas económicas implementadas con respecto al mercado laboral, como presentamos en el primer capítulo. Las encuestas y demás técnicas empleadas para recabar el universo total de las personas viviendo en estas condiciones, específicamente tratan de medir el tiempo que se encuentran viviendo en la calle, han permitido sacar a luz y asignar valor al tiempo en que permanecen en la misma situación, como así también qué actividades desempeñan para conseguir alimento, ropa, entre otros elementos esenciales (Comas, 2014). Desde otra perspectiva, incluso algunos desarrollos filosóficos que indagaron sobre satisfacer las necesidades, como los planteos de Heidegger (1971), muestran que ciertas actividades “viven” en el tiempo, estando directamente relacionado con sostener la existencia a lo largo del tiempo.

En el trabajo de campo emergieron múltiples referencias a los tiempos en relación con la “situación de calle”, las cuales eran incorporadas en las diversas explicaciones de las personas. Si bien la dimensión temporal abre múltiples aristas que podrían ser ampliamente desarrolladas, aquí nos vamos a circunscribir a identificar y presentar los principales aspectos

que emergieron en la intersección entre tiempos y prácticas. A partir de las referencias de los sujetos, identificamos centralmente tres aspectos desde los cuales podemos observar estas relaciones. Desde los tiempos presentes y cotidianos, las referencias a los momentos según edades y las relaciones con el desarrollo de la historia personal y familiar. A continuación, señalaremos algunos aspectos de esta relación.

5.1.2. Tiempo y cotidianeidad

Una primera observación que atraviesa la relación entre las prácticas en situación de calle y la dimensión temporal, es que dichas prácticas se desarrollan en el tiempo presente de la vida cotidiana, en el que son realidad y tiene un sentido práctico.

Por lo tanto, tienen la particularidad de realizarse en un tiempo práctico en términos de Bourdieu (2007), con las características correlativas de ese tipo de tiempo, como irreversibilidad, una estructura temporal, ritmo, tiempo y su orientación que es constitutiva de su sentido³⁸. En términos de Bergson (1900), es el tiempo consciencia, en tanto duraciones concretas y por eso mismo en relación con el espacio en el que éstas tienen lugar, siendo un tiempo finito, heterogéneo y discontinuo.

El tiempo práctico, hecho de islotes inconmensurables de duración, dotados de ritmos particulares, el tiempo que apremia o atropella, según lo que se “hace” de él, es decir, según las funciones que le confiere la acción que realiza (Bourdieu, 2007, p. 134)

Por lo tanto, todas las acciones que mencionamos en el capítulo anterior se ubican en un tiempo-espacio de la vida cotidiana, en el que adquieren una duración temporal que está en íntima relación lo que se está haciendo. *“Ayudar a hacer las cosas para vender”*. *“acompañar cuando hay algún bardo, no borrarse”*, *“Pasarla bien, en los momentos que estamos juntos”*, *“Conversar”*, *“Estar ahí”*, *“Ordenar las cosas de la ranchada”*, *“Darle cuando no tienen algo los pibes”*, *“Trabajar”*, *“Hacer lo necesario para no pasarla mal”*, entre muchas acciones, adquieren una dimensión temporal, del tiempo vivido, que es inseparable del acto en sí mismo, tal como venimos mencionando.

³⁸ Como señala Bourdieu (2007) y otros autores, los tiempos de la vida cotidiana difieren de los tiempos que rigen la construcción del conocimiento científico, siendo que la práctica científica produce efectos como la totalización, procesos de sincronización forzada, neutralización de las funciones y sustitución del sistema de productos por el sistema de los principios de producción, entre otros procesos.

A su vez, este tiempo cotidiano está ritmado, con horarios y momentos que marcan una secuencia y organizan el día. Los horarios para realizar las diferentes actividades era algo que solía ser mencionado en las entrevistas, como el momento indicado para “jalar” la bolsita, ir a la fundación o a los comedores, los horarios para llevar y traer del jardín o entrar a la sandwicherías a trabajar y, en algunos casos, los horarios para salir a “trabajar” de noche. Así, las coordenadas temporales se refieren principalmente a un tiempo presente, que incluye la vivencia y organización de los sucesos diarios. Por ejemplo, Nano relataba:

“Aquí con los pibes en la ranchada, nos levantamos casi todos en el mismo horario, tipo ocho, nos venimos para aquí en la termi, nos lavamos la cara, nos echamos un poco de desodorante, desayunamos un par de empanadas si doña Lili, ya tiene algunas listas o le sobro de la noche anterior” (Nano)

Este tiempo vivido, intrínsecamente vinculado con lo que se “hace” de él, es un tiempo calificado y varía de acuerdo a su contenido. En este sentido, el tiempo en el que se emplea para distintas actividades, a través de las múltiples prácticas que identificamos, se distingue de tiempo empleado en otras acciones. En ocasiones vimos por ejemplo el “jugar” y “trabajar”, se distinguían precisamente por estar destinado tiempo a tareas supuestamente distintas en espacios y con personas diferentes. O sea, toda tarea que desarrollan estos adolescentes se imbrica con un tiempo en el que la misma tiene lugar, a la vez que se distingue de otras prácticas asociadas con otras acciones y tiempos destinados a ello.

En este sentido, los sujetos repetían algunas frases como: “No puede uno ir a la escuela, sino se trabaja, no se consigue nada”, conseguir los recursos de acuerdo a sus propios medios “dificulta la posibilidad de ir a la escuela y terminar sus estudios”. Entre otros ejemplos, en algunos relatos señalaban que para poder “hacer tal o cual cosa”, Miguel dejó de ir a la escuela, o la hija de Marcela no iba a clases para poder ir a las marchas que le obligaban en la cooperativa en donde trabajaba. Actividades con sus temporalidades que aparecen atravesadas también por la dimensión de género³⁹ como señalamos en capítulos anteriores.

³⁹ Sugerimos la lectura del trabajo de Dominguez Mon (2011) sobre temporalidades de género en las diversas modalidades de atención en los distintos servicios de Buenos Aires, donde rastrea el “tiempo” como categoría local y señala algunas diferencias entre las temporalidades femeninas y masculinas en relación con el tema específico que le ocupa del cuidado de la salud ante enfermedades crónicas en sectores medios.

5.1.3. Tiempos de acuerdo a las edades

En los relatos de los sujetos específicamente aparecieron referencias a tiempos que están relacionados con las edades y etapas vitales de los sujetos, las cuales definen los requerimientos y posibilidades de las personas que dan forma a sus prácticas y vivencias. Como decía Nano con respecto a su hija: *“te plantean otras cosas, a medida que va pasando el tiempo...si jodes o trabajas”*.

“Chicos” y *“grandes”* emergieron como dos grandes categorías que mostraban la diferenciación de las edades con respecto a los niños/as y los/as adolescentes y jóvenes expresiones que adquirirían sentido en cada sujeto entrevistado, de acuerdo también a los roles desempeñados dentro del grupo al que pertenecía.

Carlos reforzaba que *“hay que ir hablándoles”* a los menores, pero considerando que decirles y cómo sobre la base de la edad. Miguel, a su vez, explicaba:

“Ahora que somos más grandes, ya vemos las cosas de otra manera, va pasando el tiempo, cuando sos más chicos hay cosas que no te interesan, porque sólo quieres joder, pero vas creciendo y te das cuenta, que en los algunos días quieres estar con tu familia, tener una casa (...). Ahora que sos grande te empezas a dar cuenta de muchas cosas, de algunas cosas que te mandaste cuando fuiste pendejo, capaz que te arrepentís pero ya están las cosas” (Miguel)

En ocasiones, la consideración de algún niño o adolescente como *“chico”* parecía entrar en contradicción con las expectativas con respecto a las actividades para su edad. Por ejemplo, un día Jairo me comentaba que un vecino suyo que tenía en el barrio cuando vivía en la casa de su madre, de 12 años, quien estaba involucrado en actividades delictivas, ya había sido detenido y llevado a la *“granja”*. Profundamente apenado por la situación, expresaba *“yo por lo menos lo veía como un chico, lo vi cuando era chiquito como jugaba con sus perros”*. En este caso Jairo daba a entender que la delincuencia, y por más que puede resultar como una *“travesura”*, no sería lo esperable para un *“chico”*. Brevemente aclaramos que las edades y fases vitales asociadas a éstas, no constituyen una realidad biológica objetiva sino que están construidas socialmente y por lo tanto, situacionalmente configuradas, siendo múltiples las modalidades que llevan a procesar socialmente la condición de edad, tomando en cuenta la diferenciación social, la inserción en la familia y en otras instituciones -por ejemplo la educativa-, el género, el barrio o la micro cultura grupal (Margulis y Urresti, 1996), por lo que

la edad y la fase vital debe ser comprendida a la luz de los diversos atravesamientos que contribuyen a configurarla y darle sentido.

La edad de la persona marca las prácticas que desarrollan días tras días que se “*pueden*” o no hacer y las que se considera que corresponden o no. Así, algunos sujetos reconocían que hay acciones que ya no se pueden hacer cuando son “*grandes*”, como decía Lalo con respecto a sus sobrinos:

“Pero vos sabes que a ellos de chiquitos vos los podés encaminar si ellos quieren, pero después de grandes ya no podés hacer nada porque ya están berretín⁴⁰ encima, porque no agarraron las cosas que uno les dice, agarraron lo más fácil, lo malo, de gente que se le acerca y andan en cada cosa” (Lalo)

En otros relatos escuché decir que por más que sean “*grandes*” y supuestamente ya no necesitarían, según su edad, determinadas acciones, los mayores deciden seguir apoyando a los más pequeños y brindarles protección, resguardo, cuando lo necesitan, pero que en algunas ocasiones también buscan que ellos solos se den cuenta de ciertas situaciones, para que vayan entendiendo que es lo que sucede cuando cometen algún error, o realizan algunas actividades ilícitas. Pero esta combinación de “protección” y dejar hacer las cosas solos, se entrelaza con la compañía para ir por ejemplos a comedores donde hay “bandas o grupos” rivales. Lo cual muestra que hay determinadas prácticas grupales que se corresponden y parecen estar asociadas y ligadas a determinadas edades, lo que lleva a explicitar y reconocer cuando las actividades realizadas están fuera de las acciones esperables, social, institucional, barrial y/o familiarmente, para determinada fase del trayecto vital.

5.1.3. Lazos entre pasado, presente y futuro

En las entrevistas fueron recurrentes las referencias a la historia familiar y personal para explicar ciertos aspectos íntimos desarrolladas en el presente, sin que esa pregunta fuera explicitada por mí como investigador. Así, el trazado de las líneas temporales que anudan pasado, presente y futuro emergió del campo como un núcleo importante en la explicación de las prácticas, con sus sentidos, valores y motivos, dándose procesos de movilización de memoria (Halbawachs, 2004), en un proceso de selección de elementos que permitían comprender, explicar y justificar las prácticas presentes.

⁴⁰ Berretín, es una palabra lunfardo argentino, que en este caso podría ser interpretada como capricho o terquedad.

En los encuentros varias veces sucedió lo que me pasó con Carlos, que cuando le pregunté por las relaciones con sus familiares que vivían en San Salvador de Jujuy, para darme alguna respuesta empezó diciendo: *“No, nose de ellos, hace tiempo. Lo que pasa con mi familia tiene una historia ya hace largo”* y luego vino toda la historia de *“ya hace largo”*, que llevó más de media hora de relato. O como en el caso de Nano, que cuando pregunté con qué se relacionaba que entre él y sus hermanos eran *“unidos”*, como decía, Miguel que estaba en la mesa con nosotros, respondió: *“fue la muerte de su mamá”*, mostrando que Miguel ya sabía esa historia que parecía circular entre los miembros del grupo y sus allegados, y ahí vino toda la historia de la madre de Nano, su propia niñez y la de sus hermanos.

Entonces, aparecen explicaciones de cómo fueron las historias personales en la actualidad a través de recuperar el pasado para dar cuenta del presente. Así se produce una reconstrucción de un relato, que adquiere sentido en un determinado tiempo y espacio y para una determinada persona, en este caso yo como investigador y el resto que estaba presente en ese momento.

En rasgos generales, observamos que las personas acuden a narrar las historias vividas a fin de señalar tanto cómo reproducen ciertas prácticas, modos y valores aprendidos, pero también como se diferencian, intentando hacer algo diferente a lo experimentado. Procesos que suelen exceder los procesos conscientes, pero que algunos fueron reconocidos por los sujetos.

Daniel dentro de la explicación de la historia con su mamá y de las prácticas de crianza por ella realizadas hacía él y sus hermanos, narraba:

“Ella hizo algo que no hicieron con ella. Ella tuvo que salir...ponele. Ella de chica la dejó mi abuela con los abuelos. Ella a los abuelos les decía papá. Nosotros después de grande conocimos, conocimos a mi abuela, que vino, que mi mamá la rechazó. Esa es la cuestión que nos enseñó ella, lo que ella pasó trató que no nos pase a nosotros. Aun así, cuando mi papá ella tuvo que salir a trabajar y no sabía leer ni escribir...ser una persona bastante ignorante, a veces les daban dos monedas y trabajaba 24 horas. Yo de chico tuve que criar a José, que es el más chico de todos, para mí fue como un hijito, porque le daba hasta su mamadera, éramos ya varios, pero por el ser el mayor a mí me tocaba cosas como prender la cocina, prepararle la bañera, juntar el agua, las cosas bueno se complicaban, pero vos viste como eran las viejas se la bancaban para darnos lo que necesitábamos, no es así ahora (...)” (Daniel)

Miguel, como ya mencionamos, contaba que le decía a la madre de su nena que esté con su hija con la intención de no se repita la sensación de soledad que él vivió junto a sus hermanos, o sea, *“yo no quiero que a la nena le pase lo mismo que a mí”*.

A su vez, las explicaciones sobre los sentidos en torno a determinadas prácticas que despliegan en los distintos espacios de la ciudad conllevan por lo general una referencia al futuro, que respondería a la pregunta ¿para qué se llevan a cabo? que, si bien tampoco fue directamente formulada, era desarrollada por los sujetos en las explicaciones sobre cómo actúan y qué consideraban oportuno realizar en cada momento. De este modo, en la mayoría de los relatos las distintas prácticas aparecen intrínsecamente vinculadas con propósito, una orientación, una intencionalidad, que incluye el presente y se proyecta al futuro.

En este sentido, hay narraciones en las que surge que se realizan tal o cuales cosas, o se llevan a cabo, pensando en el *“día de mañana”*, para que *“tratar de terminar la escuela”*, *“para que, si quiero tener una mujer poder darle a ella y al bebé lo que a mí no me toco”*, *“para que puedan ser alguien mis hijos, si llego a tenerlo”*, *“para salir de la calle”*, *“para tener un trabajo”*, *“para que puedan salir adelante”*, *“para que no sufran”*.

En muchas expresiones se observa una intencionalidad de mejora con respecto a las personas adultas o simplemente, un poco mayor que ellos que funcionan como de referencia, como dan cuenta las expresiones de *“que le vaya mejor que a mí”* y *“que sea más que yo”*. Carlos señalaba que para eso era importante que *“estudien”* para que puedan tener un *“oficio”*, distinto a la actividad de venta de droga que él había realizado:

“Para que el día de mañana, como yo les digo, puedan ser más que sus padres, porque la mayoría de nuestros viejos, no son ejemplo de nada, se borraron cunado éramos chiquitos (...) yo no pude estudiar, hice varia macana, pero no quiero que Oscar haga lo que yo hice, hay cosas que después probas y no podés dejar” (Carlos)

Jairo enfatizaba que quería que su hija cuando crezca sea una buena persona, que tenga muchos amigos, a diferencia de él mismo que decía no haber tenido amigos, y que quieran mucho:

“Yo lo que pienso es que cuando ella sea adolescente, tenga mi edad, yo quiero que ella sea una persona buena, eso es lo más importante, que sea una buena persona, que sea solidaria, que hable, que tenga muchos amigos, porque yo nunca los tuve, conocidos sí, pero viste, son difíciles encontrar amigos, y que quiera mucho, porque es ella, y yo junto a su

mamá. Entonces que quiera mucho a su familia, tiene creo también primitos, ella quiere mucho a sus abuelos, le dice la abuela con rulos” (Jairo)

En algunos relatos, como la de Jairo, estas expectativas futuras pueden generar decepciones, en tanto lo que se hizo y buscó no se corresponde del todo con los comportamientos en la actualidad. Refiriéndose a su hija, él decía estar enojado porque *“cuando unas veces uno quiere que las cosas salgan de una manera, salen otras”* y más adelante expresaba: *“no me doy cuenta cómo se pueden escapar”*. Este es un fragmento de su relato:

“Sí, algunas veces me enojo de la vida y de ellos, pero yo cuando era chico capaz que fui igual o peor que ella (...), capaz que sí, porque mis viejos nos abandonó de chiquitos, y fuimos por distintos hogares, nos escapamos, nos buscaban los celadores con la cana, hasta que se cansaban de perseguirnos (...) por eso la mayoría ni el DNI tenemos, porque quedaron en los hogares, todos nuestros papeles. Yo no quiero que mi hijita ande en los hogares como yo, ahí se pasan cosas muy duras, difíciles, hay hogares para minas, pero ahí no la pasan bien tampoco, yo no quiero saber nada con eso, por eso lo que gano por día se lo doy a su mamá, así a ella no le falta nada, quiero que las cosas que yo no tuve ella sí pueda tenerlo, o pueda pasarla un poco mejor, porque si no todo es feo y triste” (Jairo)

Estos lazos entre pasado, presente y futuro que aparecen en las explicaciones sobre las prácticas y las distinciones entre algunas de ellas que acabamos de mencionar, guardan relación con la perspectiva temporal que Schutz (1962) aplica para pensar la interacción social, distinguiendo los “motivos para” de los “motivos porque”. Mientras los primeros se refieren al futuro, los segundos lo hacen a experiencias pasadas. El autor nota que el actor en su proceso de actuación en curso tiene en vista únicamente el motivo del tipo “para” de la acción prevista, es decir, el estado de cosas que se proyecta crear. Mientras que, solo volviendo a su acto realizado, o a las fases pasadas de su acción aún en curso, el actor puede aprehender retrospectivamente el motivo “porque” que lo impulsó a hacer lo que hizo o proyecto hacer, adoptando el lugar de observador de sí mismo. Consideramos que la situación de entrevista, las preguntas y la escucha, facilitaron este lugar de observador de sí mismo/a y la reflexión sobre los “por qué” de las prácticas, al tiempo que también la reflexión y expresión sobre los “para qué”.

5.2. Mapeo espacial de seguridades y peligros

En las referencias dadas en torno a las prácticas en el marco de los entramados familiares, emergen en los relatos y observaciones explicaciones y distinciones en las que los

espacios adquieren centralidad. Tal como señala Schutz (1962) al hombre en su vida cotidiana le interesa principalmente el sector del mundo que está a su alcance y que en el espacio y tiempo se centra a su alrededor. Así el lugar que la persona ocupa dentro del mundo, su “aquí actual”, es el punto de referencia desde el cual se orienta en el espacio y desde el que agrupa y organiza los elementos de su medio. Del mismo modo como su “ahora actual” es el origen de las perspectivas temporales por las cuales organiza los sucesos, como las categorías de anterior y posterior, pasado y futuro, simultaneidad y sucesión etc., como mencionábamos anteriormente.

En el trabajo de campo, con respecto a esta organización espacial en relación con las prácticas, observamos que adquiriría centralidad la distinción entre los espacios de “*adentro*” y de “*afuera*”. Mientras “*adentro*” está asociado con “*casa*”, “*comodidad*” y “*familia*”, “*afuera*” alude “*la calle*”. Entre ambos aparece la construcción de muros que se levantan con el objetivo de reforzar y garantizar esta separación. Las referencias a la distinción entre “*casa*” y “*calle*” son mencionadas en diversos relatos presentándose la “*casa*” centralmente asociada con un espacio de protección y la “*calle*” con lo “*peligroso*”, todo lo cual se conjuga dentro del mismo territorio, con las características de segregaciones ya mencionadas.

5.2.1. Las separaciones, las divisiones

Como señalamos en el capítulo anterior, “*hacer que estén adentro*” y “*mandarlos para adentro*” de las casas se configuran como importantes prácticas, diferentes a las de morar en los espacios abiertos, siendo que “*estar adentro*” de las viviendas supone garantía de seguridad y es un eje vital en cuanto a crecer alejados/as de las turbulencias que ocasiona estar en situación de calle

Observamos que en la idea de “*adentro*”, se condensan nociones asociadas con la importancia de estar dentro de las casas, el espacio de la vivienda vinculado a la seguridad, cuidado y protección y la casa como el “*mundo propio*” en el cual se colocan las propias reglas. Dentro de ese espacio, la unidad se presenta como valor y práctica que se orienta a actuar como resguardo y protección.

La casa se presenta como un marco, un límite que indica que dentro de él hay un mundo que sólo obedece a normas propias, un mundo que pareciera no estar sometido a las

normas que rigen el resto del mundo circundante (Simmel, 1939). Como reflejan los dichos de Kechup.

“De este lado y supongo que, dentro de las casas, es un mundo aparte, aunque bueno aquí a pesar de todo en la calle, encuentras buena gente, te haces de amigo, capaz que son mejores que tu propia familia” (Kechup)

Estas expresiones coinciden con los aportes de diversos autores/as que señalan la importancia de la casa en la vida cotidiana, destacando su cualidad de ser punto de referencia, otorgar sentidos de seguridad y protección y ser espacio en el que se desarrollan relaciones intensas. Así, en la vida cotidiana poseer un punto fijo en el espacio del cual partir cada día o bien a intervalos más largos, y al cual volver, forma parte de la vida cotidiana de la media de los hombres y mujeres (Heller, 1991; Simmel, 1939).

Algunos autores/as que investigaron en sectores populares señalaron que la posesión de la casa tiene un gran valor simbólico en el soporte generacional de la red de los pobres, al permitir el retorno y la permanencia de hijos adultos y la acogida de nietos (Lopes Machado, 2008). Por lo tanto, la casa actúa como fuente de seguridad y estabilidad (Gagneten, 2006), constituyéndose como una referencia permanente para los sujetos, una unidad sociocultural en la cual, y por la cual el agente se realiza, un lugar en el que se identifica, al tiempo que es una práctica, una construcción estratégica en la producción de la domesticidad (Marcelin, 1999)

Observamos que, si bien en los relatos fueron mencionadas múltiples violencias que suceden en las viviendas entre integrantes del hogar o del entramado familiar, las cuales retomaremos más adelante, “*adentro*” de la casa sigue apareciendo estrechamente relacionado con la seguridad y tranquilidad, con lo propio y como espacio en el que se vela para la protección. Ante los “*peligros*” y la “*dificultad para vivir*” en el mismo, la “*familia*” es reconocida como un valioso recurso para poder habitar en dicho espacio.

Uno de los relatos de Oscar, qué registre en una nota de campo, ilustra el contraste entre “*el barrio*” y “*la familia*”, considerando a ésta como un “*tesoro*”, espacio que condensa expectativa de resguardo, protección y bienestar:

“Las calles están terribles. Hay veces que está más pesado, por ejemplo, en la fiesta de fin de año, cuando hay mucha gente en la calle, pero este año está peor, hay mucha más gente insegura. Pero bueno hay que trabajar, estos momentos son los que no quisiera que mi nena este aquí, porque puede pasar muchas cosas. El ruido, las cosas sucias, basura

por todos lados, prefiero laburar en varias partes, pero que ella no ande con la nena por ahí, menos por cualquier parte, es peligroso, pero lo que pasa es que uno tiene que saber que pasan cosas que uno tiene que saber dónde anda, con quién está y demás” (Oscar)

A su vez, las nociones de “*mi casa*” y “*mi familia*” aparecen en muchos relatos vinculados con el valor de estar “*unidos*” entre los integrantes de las familias de ellos, como en los relatos de Miguel:

“- ¿En qué tipo de cosas es importante estar unidos?

Miguel: Acá mayormente ya directamente te quieren pegar si te ven solo, pero todos juntos es como que estamos todos unidos y nos tranquilizamos”

Observamos entonces que “*la ranchada*” y “*la nueva familia, los amigos*” son mencionadas como últimas trincheras o refugios sobre los que se depositan expectativas de bienestar ante la hostilidad y “*peligros*” de la calle. En este sentido, consideramos que los grupos de pares actúan similares a refugios y simultáneamente como una práctica real, afectiva y también como idea, noción idealizada.

Por lo tanto, si bien los entramados familiares acaban siendo reservorios, recayendo sobre ellos las múltiples carencias y desigualdades que afectan a este territorio, como han mostrado varios estudios y como aparece en el trabajo de campo; al mismo tiempo, pesa sobre este “*adentro*” de la casa y la idea de “*familia*” como “*tesoro*” y principal (o único) recurso con el que contar, discursos y exigencias idealizadas respecto del espacio familiar y las relaciones familiares que suelen excluir la lucha, las diferencias y el conflicto como componentes inherentes a ella (Szymanski, 1992; Eroles, 2002; Roles y de Ieso, 2012^a, 2012b). Así, la asociación del espacio familiar con la unión, tranquilidad, seguridad y protección, entra en contradicción con prácticas que no dan cuenta de “*estar todos juntos*” y que generan procesos de expulsiones, violencias e inseguridades en los “*adentros*”.

Como advertimos en otra investigación (Robles y de De Ieso, 2012^a, 2012b), los relatos de los entrevistados/as daban cuenta del altísimo nivel de expectativas que pasan sobre la función de la familia, lectura desde la cual es posible advertir los profundos desfasajes que se producen entre lo que las familias pueden ser y hacer y aquello que se les deposita respectivamente, desde un alto monto de exigencia. Esta representación de las familias también impacta en los sujetos y sus propias prácticas, condicionándolas y contribuyendo a su reproducción. Retomaremos la práctica y valor de la unidad familiar en el próximo capítulo,

cuando profundicemos en las relaciones familiares en torno a las prácticas desarrolladas en los espacios públicos.

5.2.2. Las construcciones

Los muros o tapias en los frentes de las distintas ranchadas, contruidos generalmente de ladrillos, actúan en esta configuración espacial como límites, separando la “casa” del resto de la “calle”. Como vimos en el capítulo anterior, la “*construcción de muros*” adquiere centralidad en las diversas prácticas, orientado a proteger a las personas cuando se encuentren en el interior de estos lugares de los posibles peligros que puedan ingresar y reforzando la separación del espacio de la ranchada de otros enfrentamientos o disturbios que suceden fuera de ésta, sucesos que suelen ocurrir con continuidad en las zonas donde ellos vivían con sus familias.

En esta dirección señalamos los aportes de Simmel (1939) quien discurriendo sobre las condiciones espaciales y su relación con las formas de socialización, explica que otra cualidad del espacio, que influye sobre las acciones recíprocas sociales, consiste en dividirse en trozos para el aprovechamiento práctico, trozos que se consideran como unidades y están rodeados por límites. Ahondando en la idea de límite, vincula la noción de límite sociológico y espacial, sosteniendo que el límite es un hecho sociológico con una forma espacial, siendo que los que se limitan mutuamente no son las tierras, sino los habitantes o propietarios que ejercen la acción de establecer un mutuo límite, de poner un límite al otro. Podemos pensar que los muros en tanto límites y éstos como acontecimientos sociológicos, diferencian los tipos de relaciones que se dan de un lado y otro del límite, marcando también modos diferentes de actuar en cada espacio.

5.2.3. La calle

En diversas expresiones, la “calle” es asociada con lo “*peligroso*” y, en ocasiones, desconocido, condensando el espacio de múltiples “*inseguridades*”, “*violencias*” y “*quilombos*”. La “calle” a la que se hace referencia suele ser dentro del mismo territorio. Carlos significaba la “calle” como todo aquello que está “*de la puerta (de la casa) para allá*” o también podríamos decir del muro para allá.

“La calle no te lleva a nada bueno, mejor quédate acá, porque de la puerta para acá es un mundo, porque de la puerta para allá es otro vivir que ellos no conocen, muchas gentes no critican, pero no conocen lo que es estar en la calle” (Carlos)

A su vez, algunos hombres adultos que brindaron sus palabras para la presente investigación, como Teodoro y Senón, referían haberse “*criado*” o “*vivido*” en la “*calle*”.

“Capaz que, de los siete hermanos, yo soy el más coherente de todos. Yo viví más en la calle que ellos, yo hasta cartonero fui en Buenos Aires, vivía por la zona del Congreso, ese que pasan en la tele (...) luego volví pensé que me iba a ir mejor” (Teodoro)

“Mi papá si toda buena persona, pero de la puerta pa ca (para acá), la calle es otra persona, la calle te enseña a ser otra persona. Yo lo vi a mis viejos cometiendo errores, afanando y demás, bueno algunas veces la necesidad lleva a esas cosas, luego caes en cana y ahí no la pasas bien, tenés causas abiertas y te cuesta conseguir laburo” (Senón)

5.2.3.1. Inseguridades de la calle

En las indagaciones sobre las prácticas vinculadas con “*cuidados y protección*” aparecen, como hemos venido mostrando, múltiples expresiones relacionadas con los “*peligros*” y las “*violencias*” de la “*calle*”, los cuales les dan forma y sentido a prácticas vinculadas con el “*proteger*”. Notamos que estos “*peligros*” vinculados con el “*exterior*” de la casa, quedan circunscriptos principalmente a riesgos que pueden suceder en el mismo “*barrio*”. A continuación, presentamos un breve mapeo de los “*peligros*” de la “*calle*” a los que se hizo alusión.

Violencia en el barrio: disparos, enfrentamientos, peleas y muertes. En una de las primeras entrevistas en el marco de esta investigación, por el año 2011, me había llamado la atención que al preguntar rápidamente y centralmente, cómo “*cuidarse, protegerse de los peligros*” aparecía fuertemente relacionado con amenazas que se podían vivir en las calles, siendo caracterizado como un “*una de las condiciones más jodidas*”. Entre éstas, como hemos mencionado en el capítulo 3, peleas con agresiones verbales, físicas y enfrentamientos armados entre integrantes generalmente del mismo territorio. Como explicaba Jairo:

“- ¿Cuáles fueron los momentos más difíciles de vivir en la calle?

Jairo: y por las noches, uno nunca sabe que puede pasar, aquí en la terminal las cosas se ponen pesadas algunas veces, uno sube con sus cartones a dormir en un costado y escuchas corridas, gritos, algunas veces se ven cosas jodidas, pero si vos no haces nada, no tenes que preocuparte, pero igual tenes que tener cuidado, siempre andar con otros (...)

Algunos enfrentamientos ocasionan muertes, principalmente de quienes están más directamente implicados. A su vez, algunas personas que quedan involucradas deciden “*salir*

de ciertos lugares” para protegerse. Como el caso de Juan quien tuvo conflicto con un vecino, que es miembro de la policía de la provincia quién los castigo físicamente a raíz de que lo sorprendió robando en su casa, en una madrugada. Fue uno de los episodios que contribuyó a que Juan tomara la decisión de ir a vivir en la calle, la madre intento en los primeros momentos revertir tal situación, pero no obtuvo respuesta a sus pedidos.

“Paso algo jodido por eso empecé a venir a quedarme aquí en la zona de la terminal, extrañaba primero, pero después me di cuenta de nada serviría si me ponía mal, ya me había ido de la casa (...) me había mandado cagadas en el barrio, un tipo que era cana me tajeo todo el cuerpo que fui a parar a la guardia, la vi a mi vieja preocupada, y bueno me vine así ella ya no sufre por mí, yo ahora estoy bien, trato de ganarme para comer aunque sea, si afano, pero no mucho” (Juan)

Instructivos para trasladarse en la calle. Cómo ya mencionábamos, las prácticas que desarrollan incluyen indicaciones sobre cómo transitar por las calles de la ciudad y en los distintos lugares, especialmente cuando se anda sólo, o bien en grupos reducidos en los horarios nocturnos o en altas horas de la madrugada. Epele (2012) observa en su investigación los cuidados que los transeúntes de los barrios tomaban frente a las posibilidades de ser robados.

Dichas instrucciones se transmiten generalmente de padres y madres a hijos/as o entre hermanos/as, ocupando un importante lugar en las prácticas de protección. Lalo comentaba sobre el sentimiento de *“inseguridad”* que se vivencia en estando en la calle.

“Estar en una casa es mucho más cómodo que vivir en la calle, capaz que si tenes vecinos hincha pelota, pero por lo menos sabes que están ahí, aquí no sabes quién es quién, hasta que los vas conociendo, sabes dónde paran y con quien paran, a todos nos costó, cuando vinimos primero, resulta que hay buenos pibes, hay de todo” (Lalo)

Para ir y regresar de los distintos lugares, especialmente las niñas y adolescentes, desarrollan maneras específicas de actuar que incluyen: *“ir mirando el piso”* para *“no mirar a nadie”*, *“volver rápido”*, *“no pararse a hablar con nadie”*, *“hacer siempre el mismo recorrido para que la gente de los negocios la vean y conozcan”*, *“estar atentos para todos lados”*, *“si ven algo extraño golpear una casa, meterse en alguna casa o llamar o gritar”*, entre otras.

“Si, nosotros estamos acostumbrados, cuando vamos a un lugar que es medio jodido, ya vamos de a dos o tres, porque algunos se hacen los giles, los pesados, después cuando pintan los guantes son unos gatos” (Nano)

“Cuando las chicas, vienen a visitarnos, las pibas, uno muchas veces tiene que acompañarla hasta la parada, si es muy tarde es mejor que se queden, sino, como hacen para irse, el último cole sale a las una de aquí. Algunas vienen de cursar, terminan el secundario en la nocturna, entonces nosotros los acompañamos, por más que con algunas terminamos, hay buena onda. Uno nunca sabe lo que puede pasar, capaz que después yo necesito de ella, o al revés (...) pero siempre con respeto con las chicas, algunas ya son mamás, además por qué son chicas, y no tienen la misma fuerza que un vago” (Ramón)

Acciones similares se aplican para moverse hacia otros lugares además de ir a pasear, a vender o para ir a visitar a alguien. La indicación general es no ir solos, mejor buscar compañía, que puede ser incluso alguien de la misma edad en el caso de las adolescentes, o mayores si es posible.

De los relatos, advertimos que los posibles “*peligros*” aludidos en estos recorridos, además de robos, pueden ser agresiones verbales, físicas y sexuales, especialmente para las mujeres, algunas de las cuales pueden incluir temores de secuestros para la explotación sexual, como podemos inferir del relato de Lalo:

“Yo le digo a ellas si ven algo extraño avisen a los otros guachines, que llamen o griten, como aquí los violines y los que hacen otras cosas piensan que son chicas y están solas, pueden aprovecharse de ellas, no es así. Ellas saben que las vamos a defender si quieren hacerle algo, pero también le decimos que tengan cuidado, que no provoquen, que no se vistan como trolas, pero bueno algunas escuchan otras no, y luego bueno si hay que defenderlas de algo lo hacemos, pero le decimos que no sean boludas (...)” (Lalo)

Miedo a que agarren a los chiquitos. En consonancia con lo que mencionamos anteriormente de las palabras de Lalo, aparecieron en los relatos referencias a temores de que “*desaparezcan*” o “*agarren*” a los chicos, es decir, que secuestren a los niños y niñas.

Algunas personas presentaron esta situación como algo que “*se dice*” que está pasando, en ocasiones hicieron menciones a que lo veían en la televisión y también escuché decir que una camioneta pasaba por una avenida cercana “*llevándose*” niños/as, aspectos de los cuales no conocí directamente situaciones específicas en las que haya ocurrido

Miguel decía que era importante “*hablarle*” a los más chicos sobre “*los problemas a las cosas que pasan, los robos, las desapariciones de los chicos. Hay que tener mucho cuidado con los chiquitos*”

Juan comentaba que ella prefería que su hijita esta con la madre y en la casa de la abuela, y qué sea él quien deba viajar para verlas, explicando que la madre de su nena, no solo tiene una hija, sino dos más de otras parejas *“a mí me da miedo porque con lo que pasa, ella lo primero que va a hacer es agarrar a sus hijos. A mí se me pone, no sé..., sino puede hacer nada sola”*. Cuando le pregunté qué le daba miedo, me respondió *“la cosa que andan agarrando a los chicos... decía”*.

Las mujeres niñas y adolescentes y la calle. En los relatos aparecen múltiples referencias a temores vinculados con el *“peligros”* a los que las mujeres niñas y adolescentes están expuestas. Aquí, como en otras referencias, se observa una significativa diferencia vinculada con el género.

Los *“peligros”* para las mujeres jóvenes incluyen: que *“quede embarazada porque la agarra un pibe de la calle”*, *“se escapa con un pibe”*, *“se te vuelva una loca”* (que podemos pensar que se relaciona con que tenga relaciones sexuales con muchas personas o que ejerza la prostitución). El abanico de riesgo que la calle implica para las jóvenes mujeres y niñas también está conformado por temores a situaciones de violencias sexuales, que incluyen acoso físico, verbales y emocionales hacia las niñas y especialmente adolescentes. Los relatos dan cuenta de que estos procesos se desarrollan principalmente dentro del mismo territorio, siendo las adolescentes mujeres perseguidas por varones jóvenes y adultos.

Lo considerado *“peligroso”* en el espacio de la *“calle”* para las mujeres, especialmente adolescentes y niñas, está relacionado principalmente con su sexualidad y la posibilidad del embarazado no deseado. Algunas de las adolescentes entrevistadas, manifiestan este temor, por lo cual, con las personas adultas, buscan no vincularse demasiado, ya que, según ellas, son las más proclives para intentar abusar de ellas, teniendo como única opción el ejercicio de la violencia hacia ellas para generar un contacto.

“Yo tengo mi hermanita, tiene 13 años, y algunas veces con sus compañeras de la escuela quiere a venir a joder, yo le digo que se vaya a la casa, no es por mala onda, pero es muy chiquita para que este aquí, aquí hay viejos babosos, alzados que pueden hacerle algo, pero igual algunos de los chicos la conocen, por las dudas viste” (Noelia)

“Cuando salimos a bailar, les digo que tengan cuidado a ella y sus amigas, uno nunca sabe lo que puede pasar, a ver si le invitan un trago y no sabes que le pusieron y la llevan a cualquier lado, o sea es cosa que mi vieja se debe preocupar más, pero bueno son mis hermanas más chicas, no quiero que terminen como yo, así viviendo de un lado para otro”

junto a Matías, y los mellis, imagínate debajo del puente con el frío que hace algunas veces”
(Cacha)

“Las chicas que están creciendo, van desarrollando, el cuerpo le va cambiando, están lindas y los tipos la acosan, empiezan a hacerse la cabeza. Si le das bolilla, vienen, si no de cualquier cosa se toman. Después quedan como si fueran unas locas, algunos tienen hijos con varias pibas, son unos viejos alzados, eso si te da cosa, de ue suceda algo” (Noelia)

Las observaciones que venimos presentando se aproximan a las de Pombo (2010) quien, de su aproximación con mujeres del barrio charrúa, observa que en particular las madres aluden a profundas preocupaciones por eventuales incursiones de sus hijos varones en trayectorias delictivas y de consumo de drogas. Simultáneamente manifiestan temor e intranquilidad ante el posible embarazo de sus hijas mujeres y, en menor medida, preocupación por la posibilidad de que ellas usen drogas. Bregar por el sostenimiento de la escolaridad de los/as y protegerlos de las “inseguridades de la calle” aparecen como preocupaciones comunes frente a los/as hijas/os, independientemente de su edad y sexo. Asimismo, en las investigaciones de Bustamante y Trad (2007) en barrios segregados de la ciudad de Salvador, Brasil las autoras señalan que los informantes procuran proteger a las niñas ante los riesgos de agresión sexual. En este sentido, además de ser monitoreados por los adultos, consideran que el propio/a niño/a necesita saber “*cuidarse*” para lo que debe ser enseñado/a.

El fantasma y la realidad de la delincuencia. Cuando estaba debajo del puente Lavalle junto a Lalo hablando a solas con él, dijo una frase que me impactó: “porque algunas veces el único camino que queda es ser un pibe chorro”. A partir de estos relatos de Lalo, comencé a prestar atención y a escuchar varios comentarios que giraban en torno a temores de que los “varones”, sean delincuentes y, por lo tanto, sentirlo como una predestinación, una manera en que su futuro ya está asignado a que se dedicaran, aunque algunas veces puedan contar con un trabajo u oficio. En ese sentido, las prácticas que desarrollaban en relación con la obtención de recursos tenían esta intención como algo central.

Nano decía que doña Lili les hablaba a los “*chicos de la termi*” que no les pasé: “(lo que) les está pasando a muchas personas, se quedan en el camino, van para un lado o van para otro, los robos o la droga”.

La delincuencia aparece entonces como una realidad posible en el trayecto vital de los jóvenes, especialmente para los varones. La misma es vista como una posibilidad y por lo tanto es algo que genera en algunos adultos/as “miedo” de que sucede. Como el caso de Ramón, quien contaba que en el hogar que estuvo hasta los 14 años de edad, las personas adultas vivían con el “miedo” de que algunos de los adolescentes que estaban bajo su tutela salga a robar, temor que tenía desde que los más grande que se fugaron de dicho hogar terminaron delinquiendo y que estaba en parte basado sobre que “*la mayoría de los chicos que se van de aquí, de mala manera salen a robar*”. Asimismo, decía que, a los cuidadores de ellos, les gustaba ver como avanzaban en sus estudios, concurrían a los servicios de la iglesia, participaban en eventos sociales. Ramón relata cómo fue una vez que huyó de ahí, pero al poco tiempo retorno por propia voluntad:

“¿Mira, si no estaba en ese hogar seguro hubiera terminado como chorro o drogadicto, (yo) no estaba siempre haciendo pavadadas por ahí, ellos nos mandaban a hacer cursos para arreglar compu, locución, se llaman esos que hablan por la radio no?, eso me pagaban, me becaban ellos, eran buenas personas. Ellos nos hablaban para que no hagamos macanas, por parte es cierto caes en cana, y después puede ser que te guste el peligro, y volves a hacer macanas, volves a caer...el tema es que sos menor, pero cuando te agarren siendo mayor es otra cosa. Cuando estaba ahí también me escapaba, pero volvía, luego una vez me escapé y no quise volver, ellos me conocían, sabían dónde podían encontrarme así que vinieron para la termi, y si yo estaba aquí, con algunos de los changos ya me conocía, así que solo no estaba. Ellos vinieron me hablaron todo bien, y se dieron cuenta que no volvería, pero ellos me dejaron una Biblia chiquita y el teléfono por si necesitaba algo que los llame. Cuando tuve el accidente, que quede internado varios días, le dije a mi pareja que busque el número y los llamo, y ellos fueron a verme, me llevaron frutas, comida, todo lo que necesitaba, sabían que me había accidentado por trabajar pintando y no jodiendo por ahí, el tema es que al andar volando por ahí, no se rescatan los barriletes, salen algunas veces fumados a robar por ahí, se andan haciendo los giles, así que bueno algunas veces tenes que fijarte que les pasa” (Ramón)

En este contexto, “cuidarlos” se orienta a “hacer lo posible para que no vayan para un lado u otro, robos o drogas”, no sea un “drogadicto chorro”, no haga “mala guita”, ni “integre ni sea jefe de una banda de nada”. Así, el hecho de que “salgan bien” o que “no anden en nada raro” es muestra de un “buenos chicos”, Lalo explicaba:

“Si vos, como dicen todos, tiene que partir de la casa, que le dan seguridad, el ejemplo de todo lo mejor que se le pueda dar, el tema es que están los más pendejos ahí rompiendo las pelotas, que seguro hubo gente que los trato bien, pero bueno ellos no aprenden nada, es así muchos no aprenden, ya sea que no quieren o ya tienen la cabeza quemada por el poxi, se pasan jalando todo el día, ¿no vio cómo anda el Brian? ¿Ese anda mal de verdad, cuánto tiene? Y vio, nunca anda sano, siempre nada dado vuelta, no digo que

no jalen si quieren el tema es la cantidad, porque luego pueden mandarse una macana estando así, lo lleva la cana, lo muelen a palos ahí en la celda, y no puede decir nada, si solo se cagan” (Lalo)

Para las mujeres, la delincuencia está asociada en algunos casos con “*mecheear*”, “*mecheras*” es el término con el que se designa por lo general a mujeres que entran en comercios con el fin de robar mercadería escondiéndola entre su ropa, carteras o bolsas. Noelia relata que una vez, durante la época de las fiestas de fin de año, entro a un negocio y se llevó algunas cosas, luego las revendió con una puestera, para conseguir algún dinero:

“Una vez, si fui a robar, quería guita, y me daba fiaca ir a trabajar, así que bueno empecé a ver qué negocio de la termi, en esos locales grandes, no había seguridad, o alarma, así que fui como que buscaba algo, y me llevé corpiños, bombachas, medias, después las vendí a las doñas, que venden en los locales” (Noelia)

Consumo de drogas. Como ya apareció en relatos de capítulos anteriores, el consumo de drogas también es reconocido como un tema del cual “*cuidarse*” y a explicar cómo “no caer en ellas”, tanto para varones como para mujeres⁴¹

El consumo de drogas aparece más aceptado y menos temido que la delincuencia, el objetivo principal es que la persona no se haga daño, no se “*arruine*” o en todo caso, que lo haga sin robar o hacer daño a otros. Como decía Carlos “*el tema es cuidarse un poco, sino hoy en día te arruinas con esa porquería que hay ahora*”, refiriéndose a la baja calidad de las sustancias y su alto nivel de toxicidad.

Nano relataba que le “hablaba” a su hermano Federico:

“Sí algunas veces hablamos por el tema este con los changos, cuando estamos todos ahí en la ranchada, o bien cuando Ketchup, no está, porque si uno le dice que no lo haga se enoja más. Se pone violento, ¿pero no vio profe que por la cantidad que consume no creció nada?, parece un nene de ocho años, es que desde muy chiquito comenzó a jalar, andaba con la bolsita por todos lados, ahora es difícil que la deje, no sé qué le puede pasar si le sacan algún día, además él no quiere saber nada con internarse” (Nano)

También contaba que pensaba hablarle sobre el tema a su hija cuando ésta crezca, contándole su propia experiencia:

⁴¹ Sugerimos la lectura de los textos de Epele (2010, 2012) y Castilla, Olsen y Epele (2012) en los que abordan específicamente formas de cuidar a otros en el contexto familiar ante situaciones de usos y consumos de drogas en barrios marginados del Gran Buenos Aires.

“Porque, por ejemplo, bueno hoy digo, si algún día mi hija llega a probar, porque alguien que la invita, porque la primera vez que probas drogas es porque alguien te invita, nadie va y se fuma un porro y se lo fuma sin saber qué es. Que ella sepa que, si ella dice que, si a probar está diciendo que sí a seguir probando, y entonces le tengo que explicar un poquito eso, porque yo también tuve 13 años, a mí también me dieron ¿quieres?, y yo fume, o sea un cigarrillo, probé, y así como probé también dije que no quería, pero yo pienso que no todas las personas tienen esa voluntad, hay que ver si uno de las cosas que hay que pasar, no hay drama de que conozca o pruebe las cosas, el tema es que no se pase con nada”
(Nano)

Discriminaciones y estigmas como peligros. Tanto los procesos de estigmatización de vivir en la calle y las discriminaciones que se reproducen dentro del mismo territorio, requieren el desarrollo de prácticas para “no pasarla difícilmente” y “cuidarse” de las violencias y riesgos que esto puede generar.

En muchos casos la discriminación por provenir de distintos barrios o provincias como ser “salteños”, también puede ser motivada por no aceptar consumir drogas, no aceptar las invitaciones para participar de actividades delictivas y en el caso de las adolescentes estos actos de violencias, diferenciaciones y rechazos se basan también sobre los apelativos como “pajero”, “puto” o “gil”, en función principalmente por no actuar con el grupo mayoritario. Estas, entre otras situaciones y rasgos que pueden ser motivo de discriminación entre los habitantes del territorio, suelen derivar en agresiones verbales, peleas, enfrentamientos y/o huidas. Fabio decía “te dicen cosas” y agregaba “si no aceptas, tenés que defenderte bien o irte, pero mejor es que pongas los puntos, así no te jode nadie”.

Por lo tanto, ante estas situaciones de estigmatización y discriminación, varias personas relataban que era necesario aprender a “defenderse”, como por ejemplo también demostrando que las mujeres pueden hacerlo cuando se encuentran en peligro, como mencionamos en el capítulo anterior.

5.2.4. ¿Inseguridades en los adentros?

Como venimos presentando en los relatos, las “inseguridades” y “peligros” de los cuales “cuidarse”, son explícitamente asociadas con la “calle”, mientras que la “casa” en tanto “adentro” aparece en la mayoría de las expresiones como espacio “seguro”. Sin embargo, en los mismos relatos escuchamos que aparecen múltiples violencias que suceden en el espacio doméstico.

Como fue planteado en estudios que visibilizaron las violencias en los contextos de las familias, las casas y las relaciones más próximas pueden ser espacios para las formas de violencias más extremas. En los relatos del trabajo de campo, aparecen violencias en las relaciones de pareja, especialmente de varones hacia las mujeres, de madres y padres hacia sus hijos/as, de abuelos hacia los nietos, como ya hemos mencionado. No obstante, como presentamos en el capítulo anterior, las violencias son concebidas en ocasiones como prácticas legítimas.

Las situaciones vividas y narradas por Carlos y Oscar (hermanos) permiten observar la tensión entre la afirmación que ellos hacían de la familia como un “*infierno*” y los relatos que presentamos a continuación en los que mencionaba y describía las agresiones físicas y emocionales vividas y ejercidas en el contexto de su casa:

“Aprendimos, bueno, que no nos golpeen, ya que muchas veces vimos a nuestra vieja sufrir, llorando para que algún día mi viejo se vaya, después cuando se fue las cosas cambiaron, pero tardo mucho en eso. Vimos a nuestra vieja sufrir tanto, mi viejo venía borracho todas las noches, o porque le iba mal en el laburo, o no tenía dinero, entonces se enojaba con nosotros, como si tendríamos la culpa de lo malo que les pasaba o porque no tenía dinero. Pero no solo la golpeaba, sino que nos insultaba a todos, yo me acuerdo que Oscar era chiquito y se quedaba en un rincón llorando, quieto, sin decir nada, pero bueno ella no podía defenderse, o realmente le tenía miedo”.

“Nosotros la pasábamos mal cuando mi viejo venía a casa por la noche, era un infierno, siempre pasaba algo, no podíamos descansar, teníamos que hacer algo (...) éramos chicos, hasta que bueno decidimos escaparnos con Carlos, él es más grande que yo nos fuimos a la casa de mi abuela, a pesar de todo ellos nos cuidaba. Luego otra vez nos volvimos a escapar, pero ya nos vinimos al centro, aquí no sabían dónde estábamos, pero bueno, la pasamos difícil, pero aquí no teníamos que soportar a mi viejo, insultando, pegando, haciéndose el pesado, siempre nos acordamos, lo odiamos a mi viejo por todo lo que nos hizo cuando éramos chicos, ahora ni lo vemos”(Carlos)

En estos contextos, es llamativa la expresión usada por algunos de los adolescentes cuando se “*escapaban de los hogares y/o casas de familias*”, ocurriendo algunas veces el retorno y en otras no. Consideramos que el término de “*escaparse*” permite pensar en “*escaparse*” en tanto “*salir de un encierro o peligro*”, siendo la casa como un espacio del cual en ocasiones se quiere conseguir salir, “*escapando*”, paradójicamente hacia el “*afuera*”.



Los circuitos sociales

En este capítulo retomamos la noción de entramados y la centralidad de los espacios públicos como espacios desde los cuales observar las relaciones en el territorio. La intención es mostrar aspectos de las relaciones por las que circulan las prácticas presentadas, señalando características de los entramados y arreglos que se tejen en torno al grupo de pares, adultos y demás.

Para esto, comenzamos el capítulo con algunas precisiones conceptuales que nutren la categoría de entramados. Luego presentamos características de las dinámicas familiares en torno a las prácticas de diversas índoles, observando las formas y sentidos que adquieren en la interrelación entre el territorio, las “ranchadas” y los movimientos de personas, señalando aspectos de las dinámicas y valores que nos permitan comprender algunos aspectos de cómo y con qué motivos se mueven las personas por los distintos espacios de la ciudad por las cuales transitan y pueden desplegar infinidad de actividades. Finalmente, especificamos aún más esta dinámica punteando las principales relaciones por las que circulan las prácticas y apuntando algunas características sobresalientes de cada una.

6.1. Notas sobre entramados

En este trabajo optamos por acuñar y emplear la noción de entramados, de redes. Procurando una definición operacional de la vida que dé cuenta del vasto abanico de posibilidades de organización, preferimos enfatizar en las dinámicas y relaciones, antes de que de un modelo o unidad familiar.

En este sentido, consideramos el lazo como una relación marcada por la identificación estrecha y duradera entre determinadas personas que reconocen entre ellas, hay familias cierto de derechos y obligaciones mutuos. Identificación que puede tener orígenes en lazos biológicos o territoriales; en alianzas conscientes deseadas, como casamiento, compadrazgo, adopción: o en actividades realizadas en común (compartir el cuidado de un niño/a o un anciano, por ejemplo) (Fonseca, 2005). Por lo tanto, entendemos por entramado familiar al recorte de la red de pertenencias relacionales definidas así por los sujetos, conformando una red de “*parientes entre si*”, sea por relaciones de consanguinidad, afinidad u otro, como personas consideradas como tal por la fuerte proximidad e identificación (Duarte y Gomes, 2008; López Machado, 2008).

Desde esta noción de entramados procuramos distanciarnos de una idea unívoca de familia, intentando evitar el uso de definiciones ahistóricas y monolíticas que pretenden instalar como natural una única manera de agrupamiento familiar⁴². Pensamos que el concepto de familia se presenta como una construcción ideológica (Comas, 2014), por lo tanto, como una arena de disputas de distintas prácticas y significados (Robaldo, 2011), como un campo de batalla intelectual (Araujo y Martuccelli, 2012) y, en ocasiones, como espacio a colonizar (Eroles, 2002).

Coincidimos con diversos autores/as que señalan que la consideración de la familia como una constitución estática y prototípica nos vuelve incapaces de dar cuenta de las vidas concretas de las múltiples familias (De Jong, Basso y Paira, 2001). Por lo tanto, identifican la necesidad de entender los diversos modos de organización familiar, profundizando los estudios sobre las “familias reales” (Jelin, 2010), a fin de reconocer los modos de organizarse y significar las relaciones. Sólo así se podrán orientar políticas públicas que tiendan a la democratización de las familias (Goldani, 2007; Szymanski, 1992; De Jong, Basso y Paira, 2001; Krmpotic, 2002).

Por lo tanto, se reconoce la necesidad de adecuación entre “realidad” y “norma”, contemplando que este desacople conspira contra cualquier solución a la crisis de cuidado, al desechar o debilitar las modalidades verdaderas, no las imaginadas como modelo único, que los seres humanos unen sus necesidades y capacidades (CEPAL, 2010). Como señalaba Arriagada (2007), la familia nuclear con presencia de un padre proveedor, una madre ama de casa e hijos, fue y es considerada el paradigma de familia ideal y el modelo familiar sobre el que se planifican las políticas públicas, sin embargo, se observa que ese modelo de familia nuclear tradicional no es el mayoritario en la región latinoamericana.

Otro aporte sustancial en los desarrollos teóricos desde las ciencias sociales sobre las familias, ha sido la problematización de las familias como un espacio social donde se desarrollan relaciones de poder, existiendo procesos de conflictos, luchas y desigualdades (Bourdieu, 1997; Jelin, 2007; Calveiro, 2005; Sojo, 2007; Robles y De Ieso, 2012^a, 2012^b;

⁴² A fin de poder pensar múltiples formas de organización familiar y no circunscribirse al modelo dominante configurado por la familia nuclear legítima, algunas autoras propusieron hablar de “lo” familia como una alternativa que permita neutralizar el mensaje monádico, unitario, hegemónico que prescribe el artículo “la” (Giberti, 1994) y otras señalaron la necesidad de utilizar las plurales familias (Grosman, 1994)

Cerrutti, 2003; entre otros). Algunos aportes, como mencionamos en capítulos anteriores han sido centrales en esta tarea crítica, proponiendo transitar desde una idea normativa a nociones que incluyen la pluralidad, complejidad y tensiones propias de las relaciones familiares (Sojo, 2007).

Consideramos, entonces que la noción de familia adquiere un carácter polisémico, dependiendo de los enfoques disciplinarios, los contextos socio-históricos en los que se presenten y hasta de los sentidos otorgados por la misma familia (Kisnerman, 2006; Feijoó, 2003). Lejos de ser una unidad natural, representa el agregado de diversas relaciones y es atravesada por diversas fuerzas institucionales, envolviendo la participación más o menos íntima de diferentes personajes (Fonseca, 2007). En este sentido, con la noción de entramados familiares nos interesa explorar las familias como entramados de relaciones, insertas en procesos de interdependencias, privilegiando un enfoque en que se destaquen las relaciones y los procesos, procesos caracterizados por la pluralidad, complejidad y tensiones.

6.2. Territorios: espacio privados y espacios públicos, configuraciones y circulación de personas

A continuación, nos adentramos en la búsqueda de comprensión de los entramados en torno a la “*situación de calle*” observando las relaciones entre los distintos espacios que se apropian y circulan, entramados y ámbitos, a fin de captar la complejidad de los lazos. Las características “*familiarizadas*” del espacio barrial, las relaciones entre los diversos circuitos que ellos transitan como los espacios que con mayor recurrencia permanecen actúan como una unidad y la circulación de personas cómo dinámica propia de una práctica similar al “nomadismo” fueron claves de observación que emergieron del trabajo de campo y desarrollamos en los apartados que siguen.

6.2.1. Áreas familiarizadas: de cercanía, límites y distancias

Al ingresar y estar en situación de calle fue haciéndose evidente que el territorio estaba caracterizado por la presencia de múltiples relaciones dentro del mismo, algunas provenientes de la familia original, relaciones entre los integrantes de hogares, institutos y otros productos de uniones, vínculos posteriores. Esto está en parte relacionado con la característica de segregación típica de este lugar, que restringe en muchos casos el movimiento de las personas y las relaciones con el espacio privado/público. Características que también fueron señaladas por otros estudios en núcleos segregados, los cuales identificaron un territorio bastante

delimitado, con múltiples redes de parentesco en el interior de los mismos, siendo que la salida hacia el exterior y los contactos con otras redes no era la principal modalidad encontrada, primando las relaciones en el interior del mismo (Katzman, 2001).

Miguel daba cuenta de lo que venimos presentando, utilizando la *expresión de “espacios con buena onda, piola”*.

“Estar aquí en la termi es ...yo siempre lo tome como con buena onda, porque siempre la gente nos ve y dicen todos chicos esos son pobrecitos a ahí, otros si nos odian, pero, la gente que ya nos conocer, nos deja que andemos por ahí, sabemos que no podemos robarles nada a las doñitas, mientras están vendiendo, especialmente, lo que ocurre en algunos lugares de aquí, en la termi, centro o el mercado” (Miguel)

Miguel y Nano también explicaban la presencia de múltiples redes conformadas en el territorio, las cuales se activaban como sostén en el caso que sea necesario.

“Miguel: Siempre estamos de seguido por acá (alude a la terminal), nos tenemos que ayudar entre nosotros, si uno o dos andan ahí es mejor andar en grupo con los chicos, andamos todos juntos, para evitar cualquier problema, quilombo.

Nano: dentro de todos estamos todos juntos, cerca. Ellos andan algunas veces por allá, yo acá, a veces nos juntamos, tomamos el mate, que tenemos una lata ahí en la ranchada y prendemos fuego, algunos de los changos compran algo para acompañar...para que comamos, nunca está en alguien que compre y otros se hagan los miserable y pongan nada. Con el caso de los que tenemos nenes chiquitos, como es mi bebé, ello me la cuidaron, o me dieron cuando no tenía guita o juntaba el dinero para los pañales y la leche, por eso puedo decir que con los chicos nos portamos de diez, nos apoyamos claramente cuando alguien necesita algo, nadie se borra, si es necesario por uno de los hermano más chicos en repetir, el tema es que entre los hermanos de la termi no nos jodamos entre nosotros, que podamos darnos una mano entre los ranchos”

La proximidad espacial y el gran número de “pares” en un mismo territorio, generan un entramado de relaciones, que pueden brindar sostén y ser las principales relaciones por las que circulan las prácticas diversas y, a su vez, pueden protagonizar conflictos y distancias.

En el relato de ambos adolescentes observamos cómo “*estar juntos*”, que daría cuenta de las características de la relación, coincide por momentos con “*estar cerca*”, que podría vincularse más con el espacio físico en sí mismo, pero a la vez se observan y se marcan límites, sociológicos y espaciales (Simmel, 1939). La proximidad (física y socio-afectiva) a veces puede ser vivida como excesiva. Oscar decía que en ocasiones sus hermanos más chicos se le “*pegaban*”, y notaba la necesidad de establecer distancias entre “*ellos*” porque es en otro

lugar donde él pudo construir el concepto de familia, diferenciando en este caso a quienes conviven en la calle junto a él y el resto del entramado familiar.

“Oscar: cuando la Karen (su ex pareja madre de su hijo) conoció a mi vieja con su actual pareja y mis hermanos más chicos, ella empezó a ver lo que es la diferencia, entre mi supuesta familia y los ranchos. Como yo le dije a ella, aquí sí pueden ser mi familia, pero yo no los elegí, yo elegí a los ranchos, para mí los son mis hermanos, los veo todo lo días, aquí vine con ella y nose cuando volvería. Ponele, lo que yo más quiero, si tenía a mi hijo, lo que sea, de acá para allá, hay un límite, porque para mí vieja y hermanos son extraños, nunca pase tiempo con ellos, en cambio con los ranchos nos conocemos todo (...) Creo que ella ahí se dio cuenta en verdad que me interesa más estar aquí, que allá no tengo nada, que acá si nos podemos cagar a piña entre nosotros, pero somos hermanos de la vida, de la calle, si nos viene a querer agarrar la cana sin razón, saltamos todos, nos cuidamos así, somos una barra. Cuando después nació el nenito, mi hijito, los pibes con sus pesos, me ayudaban a juntar para comprar pañales, lo que ella me decía que hacía falta, ella más entendía ahí por qué yo le decía que aquí en la termi, estaba mi familia (...)

- ¿Y ella como se lleva con el resto de los chicos?

Oscar: bien, nadie se zarpa sino lo pincho (...)”

Asimismo, no siempre “*estar cerca*” es sinónimo de “*estar juntos*”, sino que la proximidad espacial también está atravesada por procesos de conflictos y rupturas dentro de los entramados. Daniel, quien convivía con Noelia, y sus hijas, producto de una unión anterior, contaba que en el mismo barrio en la que vivían en la casa de su abuela, relataba que anteriormente vivían en una ranchada debajo de uno de los puentes, fue justamente en la terminal donde se conocieron, ella iba a trabajar en un local de comida y él lustraba zapatos. Daniel recordaba que tuvo problemas con la abuela de Noelia, quien “*le decía que por vivir en la calle yo era un drogadicto, un vago*”. Explicaba que si bien la abuela le permitió ir a vivir a su vivienda, él en algunas ocasiones prefiere quedarse a dormir en la terminal, para evitar tener problemas y que Noelia no esté bien. En este caso vemos que el hecho de la proximidad espacial no garantiza en sí mismo el “*estar juntos*” o la proximidad socio-afectiva y que los vínculos dentro de los entramados sean heterogéneos.

Entonces, así como algunos “*parientes*” suman y en ocasiones “*se puede contar*” en algunos casos puntuales, también sucede que “*no se quiere saber nada con eso*” o directamente con algunos “*no hay relación, y si hay es mala*” o hay decepciones, enojos, cansancios y desprecios.

“No, en lo que es mi familia, no hay relación y si existiría sería mala, mejor que no haya. Porque me decís, y si sabes que nunca conocí a mis viejos, como un animal me

dejaron en un hospital, a mí y a mi hermano, encima pobrecito mi hermano es discapacitado, es eso medio tontito, siempre lo tenes que cuidar, como van a hacer eso, para eso nos tuvieron” (Ramón)

“Para mí, mi familia son la gente que te trata bien a uno, para mí es lo que estamos aquí en la terminal, que hasta navidad y año nuevo pasamos juntos, comemos algo, algo rico, pero a pasamos bien, no tenemos lujos aquí en la calle, pero estamos unidos.

Capaz que algunas veces podemos comer bien, así como se dice, desayuno, almuerzo, merienda y cena, pero por lo menos no somos falsos, no como mis hermanos que tienen todo y son forros, eso lo que pasa con algunos que se creen más que uno, dan lástima” (Miguel)

Es importante señalar que algunos relatos que daban cuenta de distancias y decepciones también cambiaban en función de los últimos eventos sucedidos en los momentos de las entrevistas. Asimismo, observamos que el “abandono” es uno de los motivos de enojos, desacuerdos y propiciadores de distancias entre parientes, apareciendo la conducta abandonica como un proceso que atraviesa las relaciones sociales, en este caso familiares (Fasano, 2006; Fonseca, 2004).

6.2.2. Configuración de los espacios: domesticidad en movimientos

Dentro de este “contexto familiarizado”, caracterizado por múltiples relaciones dentro del mismo territorio, atravesadas por cercanías, uniones, rupturas, límites y distancias, a lo largo del trabajo de campo observamos que las relaciones cotidianas que se establecen en torno a prácticas tanto lúdicas, laborales, educativas, entre otras implican en varios entramados movimientos de los sujetos, entre diversos espacios, los cuales funcionan como una configuración de “espacios cerrados” (Marcelin, 1999) o espacios en red. Consideramos que este apareció como un concepto clave desde el cual podemos observar los arreglos ocurridos en torno a las prácticas que desenvuelven cotidianamente.

La noción de configuración de “espacios cerrados” es presentada por Marcelin (1999) y utilizada por otros autores/as (Bustamante y McCallum, 2011; Duarte y Gómez, 2008). Básicamente alude a que lo que comúnmente podemos denominar como casa, se entiende a aquella red de unidades domésticas, siendo pensada y vivida en interrelación con otras casas que participan de su construcción, en el sentido simbólico y concreto, tratándose de una conceptualización que da cuenta de procesos relacionales entre agentes familiares originarios de varias casas. Concepto que lo podemos vincular con la construcción de las “ranchadas”, en diversos espacios como ser debajo de los puentes, zonas aledañas de la terminal y en cercanías del mercado de concentración.

Varios autores/as advirtieron que un aspecto necesario de profundizar en el interior de conceptualización en torno a las familias de áreas urbanas populares, implica distinguir las nociones de hogar, familias y localidad y a su vez poder registrar sus relaciones (Jelin, 1984, 2010; Duarte y Gomes, 2008; Marcelin, 1999; Krmpotic y Allen, 2003; Fonseca, 1987; Bustamante y McCallum, 2011). Algunos señalan que los límites entre la unidad doméstica u hogar y familia, son permeables y en ocasiones difíciles de precisar (Jelin, 1984, 2007, 2010; Rodríguez, 1990; Duarte y Gomes, 2008). A su vez, demuestran como característica de los hogares de sectores populares, el dinamismo y la fluidez en la conformación de los mismos y también de los arreglos en torno a las distintas acciones o actividades llevadas a cabo en la cotidianidad (Lomnitz, 1973; Fonseca, 1987; Faur, 2012).

La noción de configuración de casas se aproximan a la categoría de red familiar de Lomnitz (1973), en tanto grupo de familias vecinas que practican el intercambio recíproco; también a los que Gagneten (2006), en Argentina, señaló como red o constelación interfamiliar para caracterizar a las familias populares y lo que Krmpotic y Allen (2003), a partir de estudios en el partido de La Matanza, presentan como familia de interacción, en tanto grupo social relacionado por vínculos de parentesco y obligaciones recíprocas, que reside en viviendas diversas, incluyendo, por lo tanto, varias familias de residencia o unidades domésticas.

Observamos entonces que las relaciones en torno a las prácticas que desarrollan en los espacios públicos se organizan centralmente a partir de diversos espacios articuladas y estrechamente vinculadas en torno a mantener la cohesión grupal. Como antes mencionábamos, los límites entre lo que puede entenderse como “casa” ya sea de la manera más precaria construida, una ranchada, existen, pero al mismo tiempo se tornan difusos en pos de una construcción más colectiva y dinámica, en términos simbólicos y concretos, donde, es más que evidente que presenten diferentes posiciones dentro de una configuración, que actúa como unidad.

Un ejemplo de este proceso es el caso de Ramón y su actual pareja. Durante un tiempo la situación era así: su pareja junto a una niña, proveniente de una relación anterior con Ramón vive actualmente junto a sus padres y hermano en una casa en el Barrio Mariano Moreno, mientras que él vivía de manera intercalado junto a ella, y en la terminal. Él observaba que, si bien podían compartir espacios en común, en algunas ocasiones la

convivencia resultaba agotadora, debido a las constantes discusiones entre los miembros de la familia. Si bien residían en la misma vivienda, circulaban cotidianamente diversos eventos que producían en él la oportunidad de no poder cohabitar con ellos, esperando con ansias poder retornar a la “libertad” que le brindaba los espacios de la terminal, de la calle. En una ocasión Ramón explicaba dicho proceso expresando con respecto a sus vivencias ocurridas en el día anterior:

“Anoche pude dormir tranquilo, viste que hizo frío, pero lo mejor fue que no tuve que escuchar a su viejo que se hace el pesado cuando vuelve machado, tomado, se la quiere agarrar conmigo con cualquiera, yo le dije a ella, que no me va a importar si está sano o no, si se hace el pesado conmigo cobra” (Ramón)

En el 2012, si bien habían sucedido algunas modificaciones en la estructura de la ranchada, Raúl daba cuenta de la rutina cotidiana que garantizaba la permanencia de los mismos en dicho espacio, lo que requería una circulación por los diversos espacios que eran parte de la configuración:

*“Raúl: nosotros si tenemos casa, una vivienda en Alto Comedero, pero no hay luz, gas, nada, quedo así como abandonada, cuando nos fuimos a la casa de mi madrina, mi mamá murió y mi viejo se fue con otra mujer, después de los hogares, vinimos a la calle
- ¿Hace cuánto tiempo que están en la calle?*

Raúl: aquí nosotros tenemos nuestro hogar, será un rancho, pero es nuestro, cuidamos, ordenamos, decidimos quien se queda y quien se va, y como hay unos más viejos cerca, algunas veces nos prestamos cosas.

- ¿Solo se quedan ahí en ranchada?

Raúl: depende, puede ser que una noche porque estamos en pedo, o fumamos algo nos vamos ahí arriba en la termi, y si somos más es mucho mejor, porque así los otros no se hacen los pesados, se quieren aprovechar cuando dormís y te afanan sino”

Esta circulación de personas entre los diversos espacios que forman parte de esta configuración de “espacios privados”, tienen el núcleo de reunión y centro de las relaciones y prácticas diversas. Dicha configuración y circulación moldea la rutina cotidiana de los sujetos de este entramado.

A su vez, estas configuraciones, incluye situaciones de allegamiento co-habitacional (Torrado, 2006), es decir, la convivencia en el mismo espacio de personas que ocasionalmente pueden pasar la noche junto a ellos. En varios casos vemos a los hijos/as de ellos, de los adolescentes en situación de calle, prefieren que vivan junto a las parejas, en algunos casos

ex, junto con sus abuelas, tíos, madrinas y padrastros a que vivan en la calle junto a ellos de manera permanente, así lo expresa Jairo:

“Los casos de los changos que vivimos en la calle siempre es delicado, yo por ejemplo tengo dos chiquitos, uno con pareja diferente, pero yo los espero aquí en los juego para que me vengan a ver, no quiero que ellos vengan conmigo a vivir aquí en la calle, no es vida, para alguien tan chiquito, prefiero que vivan con su mamá en los de los abuelos y vengan a verme, encima verlos crecer y que cada vez están más tremendos, aquí se pueden lastimar, o los pueden atropellar, si andan jugando por todas partes” (Jairo)

Siguiendo esta lógica de “estar ligados”, Javier explicaba que un año que se fue a trabajar en la cosecha de uva en Mendoza, llevo junto a él a la pareja que tenía en ese momento, organizó durante alrededor dos meses y hablo con sus hijos y las madres de ellos de que se iría a trabajar, pero volvería, ocasión que también serviría para ahorrar dinero para poder comprar útiles escolares, y festejar los cumpleaños de los niños. Estas acciones Jairo lo llamaba un comportamiento responsable, en donde actuaria procurando conservar el vínculo paternal, intentando mantener el propio entramado familiar. En esta convivencia entre sus ex parejas, hijos y actual pareja buscan “cuidarse” entre ellos/as y sus hijos/as, los mismos podían contar en caso de que se quedaran sin dinero, ya que en cualquiera ocasión Jairo podría percibir el pago de su salario semanal, pudiendo suplir alguna carencia si existiera.

“Mis viejos ellos sé que se iban a trabajar en distintos lugares por las cosechas, mi viejo se iba solo, así que mi vieja lo esperaba, cuando nosotros éramos chicos (...), luego ellos se separaron, y mi abuela nos empezó a cuidar, éramos terrible, nos decía ella. Como yo soy el mayor y algunas veces necesitaba guita, me avisaron que necesitaban gente para llevar a Mendoza, a la Rioja, que ellos te llevaban, por más que no tengas para el pasaje (...) lo que hacen es después cobrártelo cuando te pagan el primer jornal, cuando cobras el viernes, ellos ahí te pasan a cobrar. Hay guita fresquita, todas las semanas, ahí cuando cobran muchos de los changos se descontrolan, se pasan jodiendo el fin de semana, yo tomaba un poco de vino, o cervecita, pero como estamos ahí en las fincas y yo estaba ahí también y debía juntar guita, entonces mucho no salía (...) algunos se iban a los cabarulos, otros al casino, y se pagan algunas locas... así se les iba la guita, laburaban toda la semana, para gastárselos en un fin de (...) así que ahí pude juntar un poco de guita, traje para los útiles de las nenas, para el pre-jardín y los cumpleaños de cada una. Y quedo para comprarme ropa, zapatilla, porque ya estaba bastante linyera, así que luego de un mes y medio, casi volví para verlas (...) extrañas como loco allá, pero como fui con Nano, la pasamos bien, aparte de laburar, te conoces gente de todas partes, de todas las provincias van ahí, es que en muchas partes no hay laburo” (Jairo)

Los espacios en la terminal, como así también el mercado de concentración, y algunas ranchadas son espacios de circulación de un número de personas, según se puede observar y

tal como algunos de ellos lo explicaron. Allí suelen estar, entrar y salir tanto hombres adultos como pares, conocidos, amigos y familiares, que por alguna razón concurren a verlos o visitarlos. También ocurría que en determinadas ocasiones se hacían presentes personal policial para llevar a cabo algún tipo de procedimiento, allanamiento o actividad preventiva. Particularmente, es una de las ranchadas que aparece como núcleo de reunión, donde estar y hacía dónde dirigirse. Ramón explicaba:

“Cuando yo estaba de pareja, como teníamos un colchón algunas veces veníamos aquí a coger, está bueno, algunos se calentaban y sucedió que una vez nose, debe ser una vieja que pasaba por arriba, justo miro y vio que estábamos desnudos y bajaron dos canitas a decirnos que nos vistamos y nos vayamos de aquí” (Ramón)

Una de las ranchadas funcionaba como la configuración de una casa, en donde, se configuran de acuerdo a las distintas actividades que desarrollan en él, durante algunos encuentros se pueden observar a algunos lugares de manera indistintamente, en donde almuerzan, conversan, jalan poxirán discuten y pelean.

6.2.3. Circulaciones de personas

Ahora bien, si como venimos presentando las prácticas del grupo de adolescentes se desarrollan en el contexto de la ciudad señalado, teniendo como eje central la configuración de los espacios en los cuales permanecen, como así también las diversidades de espacios en los que circulan, en este apartado nos proponemos apuntar aspectos de las dinámicas y valores entre los pares que nos permitan comprender algunos aspectos sobre cómo y con qué motivos se mueven los adolescentes para poder lograr contar con recursos simbólicos y materiales.

Presentamos dos ejes que surgieron como significativos núcleos organizadores para dar y llevar a cabo distintas actividades en el contexto del grupo de pares y como se desplazan en los distintos espacios de la ciudad. Por un lado, la unidad del grupo, la protección que se brindan entre ellos y la comensalidad emergieron como valores de referencia que motivan y organizan ciertas prácticas. Por otro lado, los procesos de reciprocidades, directas e indirectas, atraviesan los intercambios. Aspectos que desarrollamos a continuación.

6.2.3.1. Valores de referencia: la unidad

Estar unidos y defender entre nosotros. El lugar central de la pertenencia. Observamos que las prácticas y las personas del entramado encargadas de las mismas se organizan en torno a la premisa de “defendernos entre nosotros” y “estar unidos” para esto. El

valor de “unidad” aparece como elemento central en ciertas explicaciones sobre entre quienes se lleva a cabo las “alianzas” y como factor aglutinador, resaltándose la preeminencia de la pertenencia grupal como elemento protector. Esta unión grupal aparece como valor y recurso que compensa o, en todo caso intenta compensar las violencias del territorio y también lidiar con la escasez e inestabilidad de recursos materiales.

Oscar señalaba que, si bien algunas veces suelen discutir de manera acalorada y agresiva entre ellos y tener importantes diferencias entre ellos, cuando algunos de ellos viajaron a determinadas provincias para trabajar como peones en temporada de cosechas, en busca de mejores condiciones de vida, tanto él como su hermano viajaron rumbo a Mendoza para trabajar en los viñedos, pero al extrañar y estar mal decidieron regresar, *“acá vamos a vivir todos juntos, que no importa tanto el dinero, que no se vaya a esclavizar para ganar un poco más”*. O sea, el “*estar todos juntos*” en cualquier parte y ayudarse, afectiva y materialmente, “*entre todos*” es una alternativa presente ante las inestabilidades y dificultades que puedan aparecer productos de condiciones socio-económicas.

Si bien numerosas investigaciones señalan que la pertenencia es una de las características centrales de la visión de mundo y de la experiencia concreta de las clases populares (Young y Wilmott, 1957; Epele, 2010, 2012; Di Leo y otros 2012; Merklen, 2005; Araujo y Marticelli, 2012; Sarti, 2011; Duarte y Gomez, 2008; Lopes Machado, 2012; Lomnitz, 1973, entre otros), la persistencia en la actualidad de la centralidad de la vida en grupo como valor y estrategia en torno a la provisión de acciones, fue reconocida en estudios que trabajaron con diversos sectores socio-económicos, tanto en América Latina como en países europeos⁴³. Los mismos dan cuenta de que, a pesar de algunas opiniones en Europa occidental que observan procesos de individualización en las familias (Beck y Beck-

⁴³ En el caso de Europa, algunos estudios realizan análisis comparativos del lugar de la vida familiar en torno al cuidado en distintos países como Francia y España (Tobio, 2008) y Holanda e Italia (Glucksmann and Lyon, 2006). Tobio (2008) por ejemplo observa que tanto en Francia como en España las familias tienen un lugar importante en el cuidado de niños/as y de los mayores que no pueden valerse por sí mismos, sin embargo, mientras que en el primero la familia complementa recursos generosos del Estado, en el segundo sustituye escasas políticas sociales. Algo similar sucede con Holanda e Italia, siendo en éste último donde las familias continúan teniendo un lugar central en el cuidar, tanto como idea y como práctica. La misma centralidad familiar se encuentra en Portugal (Portugal, 2006)

Gernsheim, 1999; Tobio y otras, 2010), la familia sigue siendo la institución dominante de las relaciones sexuales y generacionales en el mundo (Therborn, 2007).

De nuestra investigación en San Salvador de Jujuy, consideramos que, por un lado, los entramados efectivamente actúan en muchas ocasiones como últimas “trincheras”, como soportes (Martuccelli, 2007) o como amortiguadores de las condiciones socio-económicas. Como decía Miguel:

“Pero, es una cuestión de que dentro de todo tratamos de llevarnos. Acá es un mundo, si uno no se apoya en la familia...Yo digo, si vos no tenés alguien por quien pensar, pelear y luchar no sos nada, tampoco todo te tienen que regalar” (Miguel)

A su vez, también identificamos que pesa sobre “el grupo” un ideal de unidad, protección y resolución que en muchas ocasiones no se condice con la realidad, como presentamos en el capítulo anterior. Por lo tanto, consideramos que la unidad actúa como un valor y práctica que provee cuidados, protección ante las múltiples carencias, violencias e inestabilidades ancladas en el territorio, al tiempo que dicha unidad es también un ideal que en ocasiones sobrecarga a algunos integrantes, genera frustraciones y oculta conflictos, desigualdades y violencias, al tiempo que dicha unidad es también un ideal que en ocasiones sobrecarga a algunos integrantes, genera frustraciones y oculta conflictos, desigualdades y violencias, al tiempo que contribuye a reforzar la concentración de las responsabilidades sobre los cuidados exclusivamente en otros ámbitos. Responsabilidades familiares que, como notan algunos autores/as, suelen ser reforzadas por las alternativas institucionales políticas y terapéuticas y los “saberes expertos”, sin considerar los procesos, dinámicas y prácticas macro-estructurales e institucionales (Epele, 2010). como luego veremos, este ideal de familia tiene como máxima exponente idealizada y responsabilizada a la madre.

Mirar y no cerrar las puertas a los niños/as. Con respecto a algunas estrategias, relaciones y movimientos en torno a las prácticas vinculadas con los/as niños/as, observamos una actitud repetida y compartida de “mirar” a los niños/as, en algunos casos también adolescentes, especialmente cuando están solos. Si bien hay relatos de adultos/as que no lo miran, en líneas generales los/as adultos expresan una cierta responsabilidad de “mirar”, como señalamos en el capítulo 4.

Con respecto a “mirar los/as” como práctica de poder protegerlos, la misma incluye a los niños/s con quienes se tienen vínculos de mayor proximidad y se consideran parte del

entramado, pero también a aquellos con los que no se tienen relaciones, como ocurre en los casos en donde ellos valoran aún también a aquellos niños que no son sus hijos biológicos. Básicamente incluye a cualquier niño/a que este llorando o este solo/a, en este sentido favorece la proximidad espacial hacía los lugares que actúan como lugar de refugio y la relación con los demás.

Como presentamos, esta práctica del “mirar” puede ir acompañada de indicaciones de “no salir a tal lugar” o de “meterse adentro”, de dar algo para comer o de que se queden alrededor de ellos mientras se encuentran trabajando y/o se fueron a trabajar como trabajadores golondrinas.

“Cuando estamos juntos, nos fijamos de los más chiquitos, algunos ya somos papas y no queremos que le pase nada malo, si pueden estar en las casas de sus abuelas, mucho mejor porque aquí mientras trabajamos y cuidarla, no se puede, ya que tienen hambre, frio, calor, les pasan muchas cosas a los nenes, también sucede que lo llevan a los hogares y ahí no están bien, nosotros empezamos así, pero, no queremos que los hijitos nuestros le pasen lo mismo, porque en la calle tenes libertad, pero también sufrís bastante”
(Nano)

Junto con la práctica de “mirar” y otras que se orientan a “protegerlos, cuidarlos” a los niños/as, aparece lo que podemos denominar circulación de niños/as, re-utilizando la noción acuñada por Fonseca (2006), pero con otra connotación: niños/as que circulan por diversos lugares en busca de compañía, comida, presencia, abrazos, jugar, etc., lo cual se desarrolla conjuntamente con prácticas de los adultos/as y jóvenes como albergar, dar un lugar, dar de comer, acompañar y poder compartir distintos eventos. Como común denominador aparecen en estas prácticas niños/as que están solos en sus casas y buscan algún tipo de “aventura” por los circuitos de la ciudad, que generalmente lo hacen en compañía de otros niños/as y adolescentes.

Como ya mencioné, de las muchas veces que estuve en la zona de la terminal vio a muchos niños merodeando por ella, pero según las palabras de Nano, ninguno de ellos vive en la calle, van a “joder” o son hijos de los vendedores ambulantes que recorren pidiendo, mendigando. Algunos se quedan jugando a ser “lustrabotas”, almuerzan al mediodía, otros comienzan a circular o a dar sus primeros pasos hacia ser punguistas. Ellos suelen utilizar los distintos espacios de la terminal como su lugar de juego, en donde pueden subirse y bajar por las escaleras, las barandas de los mismos, actuaban como “ayudantes” para cargar los bolsos

de la gente que viaja, abriendo puertas de taxis, o algunos incursionaban como vendedores ambulantes, comprando y vendiendo golosinas, helados, gelatina. Casi al finalizar todas las jornadas, estos niños se dirigen junto a los adultos rumbo a sus casas, ya que muchos van a la terminal luego de asistir a clases en la escuela a la cual deben retornar a la mañana siguiente.

En una ocasión observé que Nicolás, que vivía en una casilla junto a su familia en Villa Belgrano, solía concurrir casi a diario para estar con el grupo de los *pibes* de la termi. Nicolás explicaba que venía a mirar televisión porque no tenía en su casa aparte de venir a estar con los chicos una parte del día, ya que él junto a su pareja realizaban la venta de churros, pastaflora y maicenas por esta zona. Otro día, a pesar de que Nicolás estaba enojado con algunos de los *pibes* de la termi por un chisme que había circulado entre ellos, pero esta situación no indicaba que él dejará de pernoctar por estos espacios, ni que se alejará del grupo de amigos, salvo que con algunos no hablaría, pero intentaría que la situación se mejore. Esto nos permite vislumbrar, desde este panorama pero que se respete las distintas posturas personales, la valoración generalmente compartida de tener las “puertas abiertas” para aquellos que sin tener algunas características iguales a la de ellos pueden pasar tiempo juntos, especialmente para los que están solos.

“Y le digo a mis amigos “y vos olvidate que tenes amigos...porque los amigos están en las buenas y en las más difíciles”, a pesar de que algunos hablan cagadas, encima por la espalda. Algunos se hacen los pesados, son giles, sobre todo los más pendejos, son los que se hacen los cancheros, pero yo no le doy cabida. Yo vengo aquí a trabajar, si se hace amigo es otra cosa, o que se confundan, el tema es poner límite, cuando se quieren zarpar. Yo aquí vengo a laburar, vendo, y no hago macanas, ellos piensan que esto me gusta hacer (...) algunas veces si, lo hacemos, pero no siempre, ya que soy un poco grande, puede venir la cana a llevarme, pero a estos no hay que darle cabida, son unos forros” (Nicolás)

Observamos entonces que los adolescentes que circulan entre diversos lugares, principalmente aquellas que están incluidas dentro de la configuración de la ciudad, de su entramado y también otros lugares que no le resulta tan cotidiano, pero suelen ir por “conocer, descubrir” algo nuevo, como es la Vieja Estación de Ferrocarril y las escaleras que llevan a barrios como Ciudad de Nieva y Padilla. En este proceso, registramos el desarrollo de una cierta “autogestión” sobre sí mismos: son mirados por adultos/as y por adolescentes, pero tienen en general una cierta autonomía para moverse, es decir, en varias ocasiones deciden ellos mismos/as, solos, adónde ir, dentro lugares ya conocidos. Como relataba Nano:

“Hay días que sabes dónde vas a ir a buscar las cosas, por ejemplo, en el centro hay lugares en donde los mozos son macanudos, piolas, que dejan a ofrecer que lustres los zapatos, pero en otras partes son unos hijos de p...” (Nano)

Por lo tanto, notamos que en este proceso de movimientos de tanto de niños como de los adolescentes existen distintos lugares y que en ellos/as van configurando su autonomía y espontaneidad en cuanto a dónde estar e ir y en cuanto a hacerse cargo del otro/a, en el caso de los más pequeños del grupo. Esta misma “*auto-gestión*” muchas veces es para conseguir alimentarse, ya sea para ir a comer a la casa de alguien del entramado grupal y también para ir a organizaciones, como comedores comunitarios, fundaciones e Iglesias.

Un día estaba en la terminal, junto a los cajones de lustrabotas, entre ellos se encontraba Nano, Miguel, Ramón, Oscar, Brian, quienes dormían en el primer piso de la terminal, pero en algunas oportunidades suele sumarse a ellos adolescentes que según sus palabras buscan la “autonomía” en relación con el mundo adulto y las obligaciones que ello implica. Pasaron, se sentaron, conversamos un poco y después ellos mismos, hicieron que aquellos que no eran concurrentes en la terminal se retiraran, ya que según palabras de Ramón “*querían venir a hacer quilombo, a vender acá*”. Noté que era una acción decidida y ejercida por los adolescentes, que parecía ser habitual en el modo de resolver determinados asuntos.

Miguel explicaba en parte este proceso, criticando a los que venían para “*hacerse los piolas*” que “*no les caben*”, lo cual según él era motivo de que ellos expulsen a aquellos que considera como que no es necesario o imprescindible “*mientras andan drogándose, delante de todos, después la cana ni pregunta vienen a hacerse los pesados*”:

“Acá en la terminal sabes con quién vas a hablar, con quien no, el tema es que también vemos si el guachín...no es de brigada, nos encierre por drogones (risas), siempre hay que tratar de ser respetuosos, el tema es que muchos se zarpan, y los canas que andan de civil, ven todo eso y después nos quieren guardar a todos por igual, pero bueno uno debe ver con quien anda, sino hay problemas, se arman unos bardos” (Miguel)

Comensabilidad y distribución de los alimentos. Comer, ofrecer y repartir los alimentos especialmente entre los/as niños/as, pero también para adolescentes, jóvenes y adultos/as, es considerado como un valor importante, que en capítulo 4 presentamos dentro de las prácticas que ellos van desplegando en los distintos ámbitos. Así, se torna en muchas ocasiones un

valor central el dar de comer a quienes se encuentran en situación de calle, llegue, necesite o pida.

En consonancia con lo que estamos presentando, la comensabilidad, la receptividad y la circulación de los adolescentes fueron identificados por varios autores/as como características de la receptividad en los lugares en donde se desplazan y realizan distintas actividades, indicando que son personajes importantes en el sistema ampliado de intercambios (Duarte y Gomes, 2008; Fonseca, 2006; Freitas, 2002; Sarli, 2011).

Al estar con Miguel preguntando sobre la situación de ellos y sobre todo haciendo énfasis en la alimentación de los hijos para ayudarlos a que ellos puedan tener noción de la situación que les tocó vivir: *“Y si tu nena no tiene para comer ¿Qué pasa? A lo que Miguel responde: “Ponemos todos y compramos igual, ponemos acá y se come, no importa quién esté”*. Y a ello se le suma la voz de Ramón que parecía que quería que queden claras las prácticas y valores que circulaban en el grupo, continuaba indagando: *“Pero, ¿Son todos iguales o con los que están acá en la ranchada con Ud.? Para lo cual respondía, “aquí en especial, se prioriza si están los más chiquitos les damos de comer, los más grande capaz que pueden esperar el tema es que no suceda nada mal, y se queden ahí sin comer nadie, la idea es que si se va a la fundación también podamos guardar lo que hacemos por día”*.

Jairo también explicaba cómo compartían la comida en la terminal y además como podía repartir en el caso que algunos de los “ranchos” no tuvieran para hacerlo. En su relato indicaba diferencias en el modo de hacerlo entre los distintos pares:

“Pero ahí, al lado, porque pegado muchas veces estamos con el resto de los hermanos de la ranchada, algunas veces para hacer la cena, porque no todos vamos a la fundación nos preparamos nosotros algunas cosas para comer, lo que pasa si uno va a comprar, ya sabe que se le va mucha gaita, en cambio juntando entre todos, hacemos una vaquita, es más liviano lo que podemos preparar (risas), porque no siempre nos da de comer la nona, los días lunes vienen los que son abogados, y los viernes subimos al parque San Martín, entonces el resto de la cena debemos ir a lo de la nona o tenemos que hacer nosotros lo que vamos a comer, entonces juntamos as monedas, uno va a comprar o los que quieren, y otros cocinan, no tenemos plato pero utilizamos esas bandejas de plástico para servirnos, tenemos algunas cucharas que nos llevamos de la Nona, vio ahí cuando no se dan cuenta los operadores algunas veces están paveando porque algunos hacen tonteras” (Jairo)

Podemos pensar que, así como “mirar” hacia los grupos más vulnerables como resulta ser de las mujeres y los niños, es una responsabilidad en cierto punto compartida por diversas

personas, en el “*conseguir para comer*” también hay cierta asunción “*de la terminal*”, en tanto excede a los integrantes del entramado, involucrando a diversos actores ya sean vecinos, vendedores, personal de tránsito y policías, con mayor o menor relación de proximidad. Observamos que los mismos se presentan como valores que organizan las prácticas de estos grupos de adolescentes involucrando a los integrantes de los entramados de pares y al espacio de la ciudad en general, al tiempo que muestran, como contracara, soledades de los adolescentes y carencias de recursos y alimentos en reiteradas oportunidades.

6.3.2.2 Lazos de reciprocidades en los entramados

Poder contar. Como mencionamos, la cercanía de los lugares por donde transitan y la existencia de múltiples lazos en el territorio, no garantizan en sí mismas que los puntos de encuentro rutinarios funcionen como una configuración, ni que las personas circulen por las mismas para “*alcanzar los recursos necesarios*” y ser beneficiarios de las asistencias y contención. Los movimientos para esto tienen que ver básicamente con saber que allí donde se vaya quien esté va a responder ante alguna necesidad, solicitud, es decir, saber que “se puede contar” con ellos/as. Las sucesivas respuestas aseguran y mantienen los lazos en torno a las distintas prácticas, reflejando la confianza en el cumplimiento o realización de las expectativas de los modos de actuar del otro/a (Lomnitz, 1973).

La expresión “*poder cantar*” con el otro/a fue repetida en varios relatos para explicar el sostenimiento de relaciones de amistad, noviazgos y compañerismo. Consideramos que la idea de “*poder contar*” refleja dos aspectos relacionados entre sí: el establecimiento de relaciones atravesadas por procesos de reciprocidades y las normas u obligaciones morales como uno de los elementos organizadores de las relaciones en torno a las “*actividades que desempeñan*”.

Diego relataba que durante gran parte del día suele permanecer en el puente Necochea pidiendo dinero con una caja de zapatos, muchas de las personas que diariamente suelen circular por allí, ya lo reconocen, se puede observar que alrededor de 3 o 4 mujeres de edad avanzada suelen llevarle ropa de abrigo o le entregan comida para que pueda alimentarse, lazo que explicaba que se gestó y desarrolló debido a que “*cuando necesita algo, las señoras ahí me ayudaban*”. En este caso, el “*poder contar*” con ella establece un vínculo, ella pasa a ser parte del entramado y entra en la cadena por la que circulan las prácticas de algunos de los adolescentes.

Gastón y Sergio contaban que las personas, principalmente integrantes del entramado, se mueven entre los distintos espacios muchas veces para cubrir necesidades de apoyo o de distinta índole. En sus relatos destacaban como característica del “*grupo de la termi*” el “*poder contar*” con el otro, que implicaría recibir respuestas y estar en caso de que necesite, lo que da forma a los movimientos entre los distintos escenarios. Como decía Gastón “*lo bueno es eso, tener con quien contar cuando uno necesita*”.

También da cuenta de este proceso el caso de Sergio, pero en el sentido inverso. Arturo explicaba que si bien tenía madre como padres, ambos actualmente cada uno de ellos vivían con sus parejas en distintas casas en diferentes sectores barriales de la ciudad, pero que en un primer momento compartían el mismo techo ambos padres luego de la separación, pero la convivencia no era buena, habían episodios de celos, violencia y en donde Arturo como su hermano eran testigos de estas escenas de conflictos familiares, ocurriendo en algunas ocasiones que ellos siendo pequeños se escapan de la casa buscando ayuda a los vecinos. Ante estas acciones Arturo interpretaba que “*no se puede contar*” con ellos/as, es decir no están disponibles y no se puede confiar, en tanto no cumplen con las expectativas esperadas sobre lo que involucra ser padre y madre.

Lo mismo comentaba Jairo con respecto a las hermanas de su padre, con quienes, si bien vivieron un tiempo juntos a ellas, “*no se puede contar*”, por lo tanto, no están incluidos en la configuración, ni en las personas familiares a las cuales se acudiría en caso de requerir algún tipo de acompañamiento, cuidado o protección.

Estas cadenas de con quiénes “*se puede contar*”, están atravesadas por procesos de reciprocidades. Sarti (2011), entiende que lo que define la extensión es la red de obligaciones que se establece, siendo familias aquellos con los que se puede contar, esto quiere decir, aquellos que retribuyen lo que se da, aquellos entonces con los que se tiene obligaciones.

Siguiendo el referencial de Mauss (1971), el don se presenta como elemento fundamental en la instauración del vínculo social y el circuito de intercambios, el cual se asienta en el espíritu de la reciprocidad que va a reunir lo donado que se ofrece, la obligación de recibir y de retribuir. La reciprocidad implica entonces la obligación de dar, recibir y devolver, estos tres elementos trabajando de formas dinámicas convierten el acto de dar en un don. Independientemente de las diferentes manifestaciones del don, esta lógica que se

desencadena responde a la esencia del intercambio, que tiene como consecuencia el establecimiento de un vínculo de reciprocidad, en el que tanto quien da como quien recibe, a través de este intercambio quedará unido al otro en los sucesivos compromisos (Krmptic, 2001; Alves, 2013), en un sistema de intercambio de valores entre personas y grupos.

En el caso de Nano, la circulación de personas en la ranchada llevaba no solamente la impresión de que sea un “refugio”, especialmente con los menores del grupo, y que algunas veces incluían a sus hijos/as, pasar algunas tardes, especialmente de calor, porque se encontraba a las márgenes de río *Xibi -Xibi*, incluía que estas visitas, para que pudieran llevarse a cabo, la “ranchada” deba estar ordenada, limpia, en las mayores de las posibilidades. Él explicaba que “*así como yo hago con ellos, ellos te ayudan, cuando sabe que va a venir la Belén con mi nena a quedarse un rato*”, siendo que “ellos”, integrantes del entramado, entran en la cadena de con quienes “*se puede contar*”, por lo tanto, también con quienes se tienen lazos recíprocos.

“-Ahora que me contaste que vino Belén con tu nena el viernes pasado un ratito a quedarse en la ranchada, ¿cómo hicieron?, ¿la ranchada estaba limpia?

Nano: *acá lo que estuvimos ponele, el tiempo que estuve trabajando en la termi, le avise que iban a venir ellas, así que vinieron un rato a sacar, las bolsas de poxi, que no vea la nena, o a juntarlas por lo menos las botellas, y la ropa de ellos, porque la ropa que les da la nona a algunos, se ponen, la usan y todo la tiran, parece que no pueden lavar, se van a oxidar si tocan un poco de agua (...) entonces les dije que limpiaran y ordenaran un poco todo este lugar”* (Nano)

Nano explicaba que él buscaba transmitir a su hija el valor del compartir y del dar, con la consigna de que si das es probable que recibas cuando vos necesites, enfatizando así el establecimiento de lazos recíprocos que garanticen, en este caso, la supervivencia futura, lo cual a su vez gana sentido teniendo en cuenta las inestabilidades económicas que atraviesan la vida en la calle.

“Ella (su hija) es mi única hija, la que tengo con la Belén es mi única hija, me costó primero darme cuenta de que era papá, no caía en que yo había hecho eso...yo siempre me había visto como un pendejo que nunca me iría a pasar. Estuvimos un tiempo bien, pero su vieja y sus hermanas, no me querían mucho, y eso que nunca les hice nada, después cuando nos veíamos más seguido por la bebé, nos empezábamos a insultar con la Belén, no fue fácil separarnos, pero nos dimos cuenta que era mejor por la beba, nosotros éramos como ratones y gatos, siempre discutíamos por algo, así que bueno dejamos de estar juntos”
(Belén)

En algunos casos se mencionaba específicamente que en agradecimiento y retribución por lo amable y considerable que se ha recibido, se formaban vínculos muy fuertes más adelante. Procesos que reflejan los relatos de Oscar sobre Fabio que algunas veces cuidaba a los niños cuando ellos necesitaban a alguien que o hiciera

“Muchas veces la mamá de mi nene me pide que cuide a la gordito, viene y me la deja ella se queda aquí haciendo tramites por el centro, y yo me la banco con los changos que me ayudan a que la bebé no llore (siempre están llorando) pero bueno, trato de hacerlo bien porque así me la vuelve a dejar a la gordita, sino solo lo veo en la terminal o por ahí cuando salen, pero después nada” (Oscar)

“- ¿Por qué te parece que es importante que puedas cuidarla? ¿Por qué lo haces?

- Oscar: Porque primero soy su viejo, por más que no le guste a ella ni a su familia, es mi hija y yo la voy a cuidar, antes no me la hacía ver seguido, cada día que pasaba sin verla, era como que estaba hecho miedo (...) la veía que cada vez es más grande, y yo me estaba perdiendo todo, parecía que no me importaba, pero si es mi hija lógica que me interesa. Además, los cumpleaños, yo lo hice solo, con lo que ganaba vendiendo o siendo repartidor de pizzas, o albañil, lo importante es que ella sepa que su papá no la abandono como hicieron conmigo, que estará su mamá y su papá por más que estén separados. Yo creo que le enseñamos estas cosas desde chiquita, va a aprender y estaba contenta y asustada por el bocinazo de las calles” (Oscar)

Hay múltiples narraciones que dan cuenta de estos procesos de reciprocidades directas, en los que la retribución se dirige hacia la misma persona de la cual se recibió, como los casos de Nano y Belén. También encontramos procesos de reciprocidades indirectas (Mauss, 1972), en las que la retribución no es al mismo sujeto del que recibió, sino que completa ese proceso dirigiendo su dar hacia otra persona. Los “tíos” que piden para “cuidar” a sus “sobrinos/as” que son acompañadas en las ideas y regresos de la escuela por los propios padres, o “tíos de la termi”, compañeros, son, en ocasiones, ejemplos de este tipo de intercambio, como también los ofrecimientos de comida. Se da comida a quien lo necesite, con la esperanza de recibir no necesariamente de esa misma persona, cuando haga falta. Procesos en los cuales lo que se obtiene y se devuelve tiene un valor simbólico que puede estar representado por diversos elementos y acciones.

El “poder contar” y retribuir lo que se da tiene que ver con los “valores y el valorar”, como decían algunas entrevistadas y entrevistados. Se espera que el otro/a valore lo que se da, la práctica del cuidar que recibe o recibió. En relación con valor o no lo recibido, aparecieron

menciones a sentimientos y actos que reflejan gratitudes e ingratitudes, muchos de los cuales se desarrollan en el tiempo, a lo largo de los sucesos de la trayectoria personal y familiar.

Poder (o no) quejarse. No todos los lazos entre los miembros de los entramados son caracterizados del mismo modo. En ocasiones también se modifican a lo largo del tiempo, en relación con los acontecimientos que atraviesan las relaciones. De los relatos observamos que las personas suelen emplear una distinción entre aquellos con los que “*se puede contar*” y por lo tanto “*no se puede quejar*” y aquellos con los que “*no se puede contar*” y por lo tanto parece que si es válida la queja. Notamos que la “*queja*” actúa como un indicador que, en este caso, revela la función de los valores, las reglas, normas y obligaciones que atraviesan las relaciones familiares⁴⁴

“*No poder quejarse*” es una expresión que apareció en varios relatos y me llamaba la atención, parecía indicar que no hubo decepción entre lo que se esperaba que la persona haga y lo hecho, en función de las expectativas sobre la acción del otro/a.

“De los que hacemos con los pibes no me quejo, porque lo que están aquí en la calle sabemos lo que nos toca vivir, estar. Por eso nos damos una mano cuando alguien la necesita (...) no es necesario que uno les diga, ya no damos cuenta si algo no está bien, ya nos conocemos de toda la vida” (Nano)

“Algunas veces hay algunos que bueno no responden, cuando uno los necesita, pero cuando ellos están cagados hay que salir a darle una mano, pero bueno, no quiero ser un hijo de puta y cagarme en él (...) pero porque somos hermanos de la calle, y sé lo que significa estar aquí también y nadie quiere que sus hijitos, anden como nosotros” (Miguel)

En otros relatos, vemos cómo suceden decepciones que atraviesan estos procesos, al considerar que el otro/a no cumplió con la obligación de retribuir o más aún cometió alguna ofensa a la persona de la cual en otro momento recibió. Al mismo tiempo aparece, en algunos casos Dios en quien se deposita la confianza de que, en última instancia, realice un juicio justo.

“Algunas veces pasa que los más pendejos se zarpan, se van mal, uno muchas veces cuando ellos no tienen ni para comprarse una empanada y no tienen plata, y tampoco pueden ir a algunos comedores porque ya lo tienen por quilombos, el damos por lo menos la parte de algo, para que coman, pero después cuando afana, es lo único que saben hacer,

⁴⁴ Varios estudios que abordan las relaciones familiares considerando la lógica del don destaca las obligaciones morales (Sarti, 2011), obligaciones estatutarias (Araujo y Martuccelli, 2012), normas de obligación (Komter, 2005) valores y obligación/deber (Wuntho, 1996; Alves, 2013), las normas (Portugal, 2007) como elementos que regulan los lazos y definen exigencias de ayuda recíproca.

andan ahí comiendo solos, se esconden con gaseosas, milanesa, o salchipapa y no vienen a decir aquí tengo algo para compartir changos, coman, van y se quedan solos, algunas veces me dan ganas de cagarlo a piña, pero que gano yo?, nada que me quieran meter en cana nomas, yo lo dejo en mano de Diosito, pero es que algunas veces te llena de bronca por los pelotudos que son los pendejos, pero bueno también van a crecer y se van a dar cuenta de lo que hicieron, tarde o temprano si se mandan cagadas van a salir, el tema es que entre los que estamos encerrados y los que no lo estuvieron aún creen que nunca van a caer” (Ramón)

A su vez, las decepciones se generan también por no cumplir con las obligaciones y expectativas que se corresponden con determinado rol dentro del grupo, por lo que las frustraciones en ocasiones son producto de diferencias entre distintos grupos (o lazos entre grupos similares) pensadas y vividas, como trabaja Szymanski (1992). La red, pensada parece ser la verdadera, la buena, la deseable, y la red vivida la diferente, un desvío de un modo establecido de vivir y cuidarse, lo cual se condice con el ideal de un grupo de amigos, pares, que ya mencionamos.

Por ejemplo, Nano con sus hermanos consanguíneos expresaba cierta decepción, algo que no se daba como debería, que no cumplía con lo que creía que se espera de un hermano, no cumplía con su “obligación”, en tanto, *“algo que vos tenés que hacer, que lo tenés hacer”*, en este caso de “aguantarse” mutuamente.

“A diferencia de los otros pibes que tienen un montón de familias, o alguien que les da una mano, aquí vos tenes que valerte por sí mismo, hay algunos que no tienen contactos, pero bueno, se tiene que aguantar uno, de lo que sucede aquí en estas partes, el tema es que necesitas a alguien. Habrá gente que si te ayudara, muchas veces no es ni tu propio hermano, que no cumple, su función y demás pero hay otros que sí (...) la calle te vuelve hermano de alguien que muchas veces vos no crees que podes llevarte bien, pero es así, empezas a conocerlos y ellos te pueden dar una respuesta, antes con Chula que estaba vivo, no nos llevábamos bien, pero sucedió que había veces que nos poníamos de acuerdo, por ejemplo cuando necesitábamos algo que queríamos, pero luego seguía su camino cada uno, otras cuestiones era que no nos gustaba siempre lo mismo, éramos diferentes, capaz que hay hermanos que se llevan bien en todo, no era nuestro caso (...) después cuando yo tuve a mi nena me dedique solo a ella, me hubiera gustado que mis hermanos, puedan haber sido bueno tíos con ella, pero bueno no se dio, y yo tampoco le pedía cosas, si todos vivimos en la calle, aquí la peleamos día tras día, sabemos lo que es estar con frío, pasar hambre o calor, capaz que vos me escucha, pero no vas a poder entenderme bien, de lo que me pasa, de cómo llegamos a vivir aquí, nadie se acerca a preguntarnos si nos pasó algo difícil, o duro, si nosotros quisimos vivir así, nadie se acerca, sólo lo único que nos dicen que somos chorros, drogadictos, o que simplemente somos chorros, pero no es así” (Nano)

En consonancia con estos procesos, reflejados en las situaciones de Nano, Raúl y Diego, algunos autores/as visualizan las tensiones y conflictos permanentemente pulsantes en

el entramado de las relaciones, señalando la complejidad de las interacciones en torno a diversas temáticas. Distinguiendo tensiones, dolores y decepciones que se producen en los intercambios en las relaciones próximas, densas y naturalizadas (Duarte y Gomez, 2008; Nolan, Gordon y Keady, 1996), como ya venimos presentando a lo largo de este texto.

Observamos, entonces varios relatos que hacen mención a procesos en los cuales las decepciones se entrelazan con sentimientos de dolor, sufrimiento, soledad, enojo, bronca y cansancio, entre otros.

“Estamos viviendo de mal en, pero con los pibes aquí, hay algunas veces que no podemos hacer nada de guita, porque la cana, nos viene y nos busca, o simplemente no quieren que estemos aquí, o nos culpan de cualquier cosa, esa es la verdad, piensan porque no tenemos a nadie quien nos cuide, ellos pueden venir a verduquearnos. Si algunas veces nos mandamos las nuestras, algunas veces ya cansa en que uno tenga que ser el que salga a defenderlos cuando se mandan algunos cagadas, el tema es que, si uno los deja solo, alguna peor se pueden mandar, hay algunos que ya siendo pendejitos se mandan varias cagadas, yo creo que estuve a punto de hacerlo cuando era más chico, pero me rescate y no pasó nada. A veces también pasa eso, ahora que uno es padre, puede entender un poco diferente las cosas, y no quiere que le suceda nada malo a un hijo, ahora capaz que me toca ser el padre que nunca tuve, el modelo de hombre, diferente al que conocí, porque mi viejo antes que se vaya, solo nos pegaba, recuerdo eso, pero bueno ya fue, y no quiero que mi hijita le pase lo mismo, hay momentos que pueden ser que te saque, pero no quiero hacerle algo, es la situación que les toca pasar a algunos, pero bueno uno no necesita que siempre le estén hablando con una vez, ya estaría listo, sino sos un duro y nose que más te puedo decir, hay montones de macanas que uno puede mandarse, pero también debe tener un límite” (Nano)

A su vez, en algunos relatos aparecen sensaciones de ser “cargoseado”, dando cuenta de una percepción de exceso de situaciones ambiguas, que puede estar relacionada con una apreciación de limitación a la autonomía o libertad individual. También son mencionadas referencias a ser “abusadas” o “usada” por una percepción de exceso de tener que “tiene de colaborar” y la no valoración de lo realizado. En este sentido, diversos autores identifican tensiones entre brindar apoyo y dificultar procesos de individuación o la auto-afirmación, señalando la ambivalencia entre procesos de dependencia y el deseo de autonomía (De Ieso y Krmpotic, 2010; Srti, 2011; Duarte y Gomes, 2008; Portugal, 2007; Szymanski, 2002; Komter, 2005).

“Igual ahora tal vez que estamos así viéndonos seguido capaz que agarremos y como ella trabaja, queremos por lo menos alquilar una pieza y estar juntos, ver en estar mejor, y no como estamos ahora, cada uno por su lado, solamente me trae a mi hijo algunos días para que me vea, y como es chiquito, capaz que no se acuerde cuando se más grande,

pero ahí todo le van a decir “ahí está la hija de Nano, y yo quiero que ella este orgullosa de su padre, no de que está detenido y no puede ni un segundo verlo, por lo menos no viene, vino únicamente con quilombos, sino que hizo algo” (Jairo)

En algunos discursos, aparece expresamente el reconocimiento y puesta de límites en relación con lo que se puede y es considerado justo dar, ya sea tiempo, atención, escucha, compañía, entre otros bienes materiales y simbólicos que se actualizan en las prácticas.

“Yo soy así, cuando podemos estar junto y tranquilos, me gusta estarlo, nos contamos lo que nos pasó, durante ese día o lo que nos toca por hacer, hay varios que escuchan te dan consejo, pero no siempre encuentras personas que sean iguales, sobre todo entre los pendejos” (Jairo)

“Es así, como nosotros los más grandes algunas veces debemos compararnos con los más pendejitos, tenemos que ser como padres, para que no se manden cagadas, pero algunos siendo muy chico ya somos padres y debemos hacernos cargo de nuestros bebés, yo antes vivía con la Fabiola, su viejo nos prestaba una pieza, después un día se rayó y me decía que yo le había afanado una garrafa y frazadas, yo nada que ver, y cómo ya era pesado, me termine yendo de ahí, era ver la cara de ojete al viejo, si yo no había hecho nada, pero bueno, ahora ella viene con mi changuito a verme, él se queda jugando es bien tranquilo. Ellos viven ahí en el Alto, en la casa del viejo de ella, porque bueno, no nos alcanza para vivir juntos todavía, sino estaríamos los tres juntos, como una familia de verdad” (Oscar)

En ocasiones la colocación de límites aparece luego con sentimientos de culpa, como comentaba Jairo, quien había decidido no acompañar cuando Luis fue apuñalado por Fabio, ya que sentía que lo “usaban”.

“Y bueno... algunas veces pasa que te cansas de los gauchos que son algunos (...) te cansa, por ejemplo, cuando a Luisito lo apuñalaron nadie quería ir a acompañarlo en la salita, pero creo que fue más porque tenían miedo de que la cana los detengan, porque como fue que Fabio le pincho con un cuchillo, fue una herida con arma blanca (...)yo iba a ir, pero viste que se jodan, ellos se bardeaban también, que se arregle como hombre las cosas, pero no así como hizo Fabio, sino mano a mano, no con un cuchillo” (Jairo)

La mencionada noción de “usar” a la persona también es empleada para señalar intereses utilitarios, mediados por el dinero, donde se espera obtener un beneficio económico del intercambio con el otro/a. Horizonte de posibilidades que se sospecha o teme, en algunos casos y atraviesa algunas relaciones.

“Es que yo no sabía lo que era estar con alguien, siempre si estaba con alguien era por interés, o porque me servían, nunca por, así porque quiere estar desinteresado. Cuando a mí me pasó lo del bebe nadie estuvo conmigo. Mi familia nadie, después cambiaron cuando ya tuve el bebé, pero después sola estuve, ahí lo conocí a Jairo y él se hizo cargo, fue el único. Así, que, si el día de mañana le pasa algo, vamos hasta el fin, porque bueno uno tuvo malas experiencias con los chicos, pero no todos son iguales” (Noelia)

“Bueno, sucede que cuando yo era pibito, cuando salía a trabajar, porque no alcanzaba la plata en la casa, mi viejo trabajaba pero se chupaba todo, así que era lo mismo si salía a trabajar o no, nosotros, yo y mis hermanos nos íbamos a trabajar, así como todos los changuitos, vendiendo cosas y bueno, ahí mi vieja se empezó a hacerse la mala, exigiendo, pidiéndonos lo que vendíamos y eso a mí no me gusto, si quería que vaya ella a trabajar, que no nos saque toda la plata, encima era nuestra, así que de ahí nos llevamos mal” (Juan)

Diferenciándose de perseguir un interés utilitario, hay un conjunto de relatos en los cuales las personas señalaban que algunos de los motivos de estar en los momentos difíciles con otros⁴⁵ dentro de los entramados, estaban centrados en sentir que “se hace el bien” y que la persona con la que se pasa una mayor cantidad de tiempo también se “sienta bien” por hacerlo, por lo que podemos pensar que profundizan la relación entre valores y afectos. Algunas de las expresiones mencionadas fueron “sentirse orgullosos”, sentir “tranquilidad”, sentirse “útil”, sentir la “conciencia tranquila” y sentirse “satisfecho”. Nano decía que estar y permanecer con los “ranchos” y su hija era “un motivo más lindo por el que vivir o por el que estar bien”. Diversos estudios coinciden en la imbricación en las razones para cuidar de los afectos, las responsabilidades y los valores familiares y socio-culturales (Wuntho, 1996; Alves, 2013; Komter, 2005), dándose en ocasiones relaciones en las que confluyen en el deber y placer (Lopes Machado, 2008).

“-Cuando hay una situación complicada, ¿se defienden entre Uds.?”

Miguel: si nos defendemos, así se dan cuenta si nos quieren hacer algo a algunos, saltamos todos, que nos podemos defender, a mano limpia sin estar usando algo para puntear”

“Si, nos sentimos bien estando así y comportándonos, porque lo bueno es que después nadie se mete con nosotros, capaz que si nos hacemos cagadas entre nosotros, pero no usamos nada para que otros vengan a hacer algo (...) buscamos no bardear a nadie, algunas veces se da, vienen cruzados los pibes, pero bueno, se llevan una cagada gratis, es

⁴⁵ Sugerimos algunos estudios que específicamente abordan los diversos motivos que llevan a cuidar a otros/as, como los de Portugal (2006, 2007), Alves (2013) y Komter (2005).

que capaz que no aparentamos pero como todos hemos estado en hogares de chicos, todos hemos aprendido a algo, por lo menos a defendernos, a meter púa, el tema es que bueno vienen más grandes y ahí si debemos saltar todos, porque si no nos hacen cagar, muchas veces me agarre a piña en la calle, y le deje la nariz saliendo la chocolatada” (Miguel)

A su vez, algunos relatos señalan que se hace “de corazón”, porque se “quiere” a la persona, aclarando que no por dinero.

“Aquí las cosas se las debe hacer bien, sin un interés de por medio, no es eso de que, si vos me haces hoy esto, después te ayudo yo con lo otro, yo pienso que es mejor que salga de vos, así de una, sin que tengas que estar diciendo a vos si, o a vos no. El tema es que algunos se olvidan cuando en realidad vos tenes que acordarte quien te dio una mano, cuando estabas complicado ya sea vos o tu hijo...yo quiero que algunas veces vengan a quienes ayude, pero así sin sentirse presionado, pero si con buena onda, que te digan mira Ramón, me compre unos panchos y te doy (...) eso creo que es lo mejor, sino no vale”
(Ramón)

6.3. Personajes: un mapeo de las relaciones en torno a las distintas prácticas

A continuación, presentamos algunas relaciones por las que circulan las prácticas que desenvuelven en los lugares públicos, teniendo especialmente en consideración la relación de “familiaridad” ficticia, los géneros y generaciones como características distintivas de las mismas. Seleccionamos y señalamos los principales vínculos que identificamos, los cuales consideramos que ocupan un lugar destacado en la conformación de los arreglos en torno a las actividades.

La intención es visibilizar diversos vínculos a fin de aportar una visión más compleja que permita comprender algunas características distintivas de cada lazo y a su vez observar cómo participan en el conjunto de los entramados que se tejen en las “actividades”.

6.3.1. Los “parientes” ficticios. Vecinos, vendedores y pares.

Dentro de este “*terminal familiarizada*” nos encontramos generalmente con un amplio grupo de “*parientes*”, conformado por vendedores que en muchas ocasiones son los que les brindan alguna especie de contención, dada la proximidad espacial, lo que Bustamante y McCllum (2011) llaman como “vecinos-familias” y también por vendedores/as que son considerados como familiares.

Por lo general la denominación amplia de “parientes” engloba, en varias referencias, a aquellos con quienes se tienen vínculos consanguíneos y de afinidad. Estos últimos suelen ser

llamados de parientes “políticos”. En este conjunto de “parientes” tienen un lugar destacado los/as hermanos/as y cuñados/as.

“- ¿Alguna vez pudiste contar con algunos de tus familiares?

Miguel: sino ponele ... o con mi hermano, cuando éramos chicos andábamos juntos, siempre me acuerdo que encontraba a algunos de mis parientes para hablar, para ir a ver tele, algo o para pasar el tiempo jodiendo en la casa de mis tías, que eran hermanas de mi vieja. A veces, por más que nos llevábamos bien cuando éramos chicos, queríamos hacer bien las cosas, pero bueno, ellos comenzaron a hacerse de cosas, a comprarse entonces nos iban dejando de lado, más cuando se enteraron de que yo empecé a vivir en la calle, parece que le dio miedo, pensó que le iba a robar, primero pensó que mi vieja no sabía, pero ella sabía bien donde yo estaba y con quien, nose que abra pensado, que iba a ir a robarle el plasma, la cocina, pero no volví más por esa casa, ya había mala onda, ahí vive en el Alto también, en la zona B5” (Miguel)

“Ponele a los pibes yo los veía siempre a mis primos, la pasábamos bien, veníamos todos, andábamos todo, pero después empecé a estar más tiempo aquí y cuando iba a buscarlos para salir a jugar, ir a la cancha ella parece, mi tía siempre me decía que no estaban, porque no querían que terminara haciendo cualquier cosa, pero bueno, sucedió nomás” (Jairo)

El conjunto de “parientes” también está conformado por relaciones de otros cuentapropistas que vinculadas por la proximidad espacial y desarrolladas en el tiempo, pasan a conformar una relación de parentesco para los sujetos, a partir de actividades compartidas y el desarrollo de un vínculo de proximidad afectiva.

Uno de los adolescentes de la zona del centro se refiere a los “*parientes postizos*”, dando cuenta de formas de parentesco putativos. Estos “*parientes postizos*” integran los lazos por los que circulan prácticas, actividades que desarrollan. Resulta interesante y útil la definición de “*postizo*”, en tanto “aquello que se añade sobre el natural y propio para darle otra apariencia o que lo sustituye o reemplaza en su ausencia” (Kapelusz, 1993), ya que daría cuenta de aquellas personas que se suman a las relaciones de consanguinidad, de afinidad y otras, y/o que reemplazan o suplen ausencias y así “*un poquito de acá, un poquito de allá, vas recolectando*” parientes, como decía Lalo.

“Y después la gente con la que me crie, que son gente de los hogares y los otros pibitos, íbamos juntos a los colegios, ahí bueno, había algunos padres del compañero, que sabían que no teníamos padres, y les preguntaba como hacían ellos para vivir con varios chicos. Algunos eran buena onda, por más que no teníamos buena ropa, nos invitaban a los cumpleaños. Luego cuando ya somos grandes bueno empezábamos a hacernos más jodidos y

no nos invitaban nada, pero algunos terminaron la primaria, otros no, porque bueno, algunos se fugaron antes de los hogares, institutos donde estaban” (Lalo)

Esas relaciones de parentesco “*postizos*” pueden darse entre miembros de una misma franja etaria, como entre amigos/as que se consideran como hermanos/as por una sensación de fuerte proximidad. Jairo explicaba que su familia es su hija y los chicos de la terminal, ya que con ella y los pibes está “conectado”, en cambio con sus hermanas y madre no siente estarlo.

“Aquí llegue a la termi a vivir desde pendejito, mi vieja no nos podía mantener porque éramos varios hermanos, entonces es como que nunca sentí que ella fuera mi vieja (...) nos fuimos a distintos hogares, los varones por un lado y mis hermanas por otro, o sea casi nunca estuvimos juntos, todos, a algunos nos llevaban de vacaciones nose, al norte, entonces preferíamos andar así. Y como ya a varios nos conocíamos en los hogares, vinimos a parar aquí, nos llevábamos bien, luego vino mi hijita, no puedo algunas veces de dejar de pensar de ella, si estará bien, la madre tendrá para los pañales, o la leche, por eso cuando puedo sacar una buena guita, ahora estoy como ayudante de cocina en una sandwicherías, ella viene a buscar los viernes plata, así la nena tiene su platita y no le falta nada, yo solo me quedo un poco para el fin de, para una birra o un fasito” (Jairo)

En este caso, observamos una tensión entre reconocer que otras personas vinculadas por proximidad socio-afectiva integran “*mi familia*” y al mismo tiempo decepcionarse al contrastar los sucesos y características de la relación con los hermanos con lo que “*debe ser*” y hacer alguien de una familia consanguínea. Por lo que Jairo calificaba la “conexión de hermanas (consanguíneas)”, como “*rara*” y se preguntaba “¿*Cómo le haces entender a ella, “mira nena, vos me tenés a mí y yo te tengo a vos”?*”

Otras relaciones de amistad y vecindad son consideradas como soportes valiosos, desempeñando un lugar en la configuración del entramado familiar que desde época muy temprana se encuentra ausente. Así, Oscar recordaba la relación de él con algunos vecinos de la cuadra, sus vecinos-amigos, cuando ellos tenían aproximadamente 7 años.

“Bueno a lo primero que me acuerdo que tenía muchas amistades con todos...ahora ya tiene, pero cada uno tiene su propia familia...lo chicos...sino antes se cuidaban mucho entre amigos...ponele salen a vender, antes no tenía nada, miedo, nada de nada...antes los patios solo habían alambrados y podíamos cruzar así nomas, había quilombo, pero no ahora así como ahora, en donde desde pendejos ya se hacen recontra cagar, se meten los más grandes, los viejos, un bardo...antes eso no pasaba” (Oscar)

Los lazos de parentesco “*postizo*” también pueden darse entre miembros de diferentes generaciones, considerando a otras personas como “*segundas*” madres, padres o abuelas. De

este modo, algunas niñas y adolescentes reconocían y llamaban como “abuela” a algunas vendedoras, como es el caso de doña Lili y a la referente de la fundación que le llamaban “nona”.

“- ¿Eso viene de muchos años?

Noelia: *Si, hace mucho tiempo que doña Lili vende aquí en la terminal con su carrito de empanadas, sándwich y salchipapas, esta todos los días ahí vendiendo, pero, siempre fue bueno verlas, porque podías charlar con ella, te habla, casi nunca se enoja, es muy buena con nosotros ella*

- ¿Que te genera satisfacción?

Noelia: *De que también ella, ahora que algunas ya somos mamás nos sigue cuidando y nos habla como cuidar a nuestros hijitos, es muy buena ella, tendría que estar mucho mejor de lo que esta, porque tiene un plástico nada más que la cubre en los días de lluvia, además hay varias señoras que venden, casi no vende nada, no es como antes, que ella si vendía todo siempre, pero bueno para hacer toda esa guita necesitas estar todo el día”*

6.3.2. Red de consanguíneos, afines y allegados: hijos/as, sobrinos/as, ahijados/as y otros/as

Dentro del amplio conjunto de “parientes” se destaca aquel grupo de niños/as, adolescentes y jóvenes que conforman parte del entramado y de la configuración de los distintos espacios, circulando frecuentemente por las mismas. Centralmente incluye a los hijos/as, sobrinos/as y ahijadas/os, cuñados/as, amigos/as con quienes se tienen relaciones próximas y por lo general, construidas a lo largo del tiempo.

“Casi la mayoría de los que estamos aquí, tenemos ya sobrinos, hijos, acá seguro somos una banda de todo lo que somos, es todo lo que tenemos que estar. Algunos cuando vienen o pasan por aquí nos saludan, otros nos miran y corren rápido la cabeza, se hacen los ortivas, como que le damos vergüenza, pero bueno así es cuando no quieren saludarte y te dicen cualquier cosa, después, yo algunas veces los cruzo en los boliches, pero como son minas, no le podés hacer nada, en cambio se fueran vagos” (Jairo)

“-Los chicos que vos les hablas acá, ¿Quiénes son?

Chistin: *son los pibes de aquí, son los chiquitos que hace poco tiempo comenzaron a vender por esta parte, algunos vienen solitos y otros sus viejos se van a vender a otra parte, y bueno como son chiquitos le puede pasar cualquier cosa, yo les digo que tengan cuidado con los autos, con los colectivos que vienen de todas partes que como son grandes no lo pueden ver los choferes, yo les digo que no anden por el andén, o si van que se fije que no entre ningún cole, sino lo atropellan o los pueden lastimar, el tema es que entiendan algunos se hacen los picaros también, pero bueno siempre hay de todo aquí, pero lo bueno es que sos grande y algunos te escuchan. Otros pendejos lo sacas cagando porque son atrevidos esos no le doy ni bola, van derecho a ser chorros o a cualquier cosa”*

En ocasiones los sobrinos/as se equiparán con los hijos/as en tanto responsabilidad de brindarle asistencia y contención de éstos, al tiempo que por momentos se distinguen, indicando que su prioridad son sus hijos/as. Como expresamos señalaba Oscar, quien decía que su prioridad era su hijo sobre el resto de los niños/as que mantenía algún tipo de vínculo, “*hoy y siempre*”. Nano también opinaba:

“Vos te das cuenta que siendo sobrinos hay un tiempo que los podés proteger y hay un tiempo que se tienen que hacer cargo los padres, pero mi hija ya es diferente. Aun así mira lo que es, porque cuando vos no podés, vienen ellos (los parientes) y te ayudan, porque también había problemas entre ellos, porque los más chicos se agarran cuando vienen, por el tema de las fichas en los jueguitos electrónicos, y bueno le tengo que decir que no se tienen que pelear entre ellos (...) Si le pasa algo a alguno, y no lo quiere halar, o que le cuente a los demás, si alguien los jode, así estamos alerta, porque puede ser que le haga mal, que avise si alguien les molesta en la escuela, o en el barrio, sabía que se hacían cagar con otros pendejos ahí en la pileta de la Tupac, vio que van todos los del barrio, bueno ahí” (Nano)

El lugar de ahijado/a también es considerado frecuentemente como referencia a quién proteger, como situación que instaura un significativo lazo familiar. Observaciones que coinciden con otros estudios contemporáneos sobre relaciones especialmente en sectores populares (Lomnitz, 1973; Duarte y Gomes, 2008; Sarti, 2011). Gran parte de las relaciones de padrinzgo que observamos se mantienen dentro de la cadena de consanguíneos y afines, siendo en varias ocasiones tíos/as consanguíneos y afines los respectivos padrinos y madrinas. Sin embargo, está relación parece instaurar una mayor responsabilidad del joven o adulto/a hacia el niño/a, presentándose como mecanismo que refuerza las relaciones existentes.

6.3.4. Lazos fraternos (hermanos/as, primos/as y otros pares)

Tanto en las observaciones como en los relatos, los lazos fraternos aparecen ocupando un lugar importante en la configuración de los arreglos familiares en torno a las prácticas que van desplegando en el espacio público. Si bien entre el conjunto de “*parientes*” tienen un lugar destacado los hermanos/as y primos/as, en este apartado nos detendremos a explorar los lazos fraternos entre niños/as, adolescentes y jóvenes, ya que han emergido con fuerzas y particularidades en estas relaciones.

En los relatos de varios/as aparecen menciones e indicaciones de quién debe realizar tal o cual actividad, qué debe hacer que sea tanto para él como para los demás y qué valores organizan las relaciones entre el grupo de padres. Así escuché muchos relatos de varones-padres que enunciaban las reglas que atraviesan estas relaciones. En dichas regulaciones

aparecen dos demarcados centrales: edad y género. Por un lado, según la edad, hay una línea que se dirige desde los/as mayores hacia los/as menores y entre los pares. De acuerdo al género, hay ciertas prácticas que desempeñan que definen que sean varones quienes cuiden al resto de los menores, especialmente en función de determinadas prácticas vinculadas con la protección y defensa, como mencionamos en el capítulo 4. Mientras que prácticas vinculadas como de proveedores y otras acciones desarrolladas en los distintos espacios, quedan principalmente centrados en las hermanas mayores y otras específicas para los menores. La unidad entre hermanos/as aparece, como mencionamos en otros capítulos, como valor repetido, transmitido y ejercido.

“- ¿Qué dirías que es estar junto a la familia?

Nano: yo creo que es como lo que pienso que nos podemos reunir en algún momento con mi viejo, y con mi hermana, la que vive en los Alisos, el tema es que siempre hay problemas, por ejemplo, con la pareja de mi hermana, pensó que nose cualquier cosa, le faltaba un DVD creo, y justo yo había ido con Ketchup a comer un asado, y bueno pensó que vimos las cosas que tenían en la casa, y que le sacamos, le entramos a aprobar. Entonces le dijo a mi hermana que ya no fuéramos a visitarlos, que no estemos por ahí. Él si era tan pesado, tan malo que creía, nos hubiera dicho él de una (...) no mandarnos al frente diciendo que éramos los que le robamos. Nada que ver, como le vamos a hacer algo a ellos, a mi hermana y mis sobrinos. Estuvimos un tiempo cerca, pero bueno a raíz de esto se pudrió un poco todo, paso mucho tiempo sin que vayamos nosotros a los Alisos, ella nos venía a ver con mis sobrinos, como yo tenía cosas de la nena, usaba de recuerdos, les daba a ella para que me las cuidara (...) de esa manera volvimos a tener contacto con ella, se fue dando de a poco todo, hacía muchos años, que casi no nos hablábamos, ni nada, pero nada se dio, hubo problemas y luego de a poco estamos teniendo contacto nuevamente”

Estas regulaciones y expectativas hacia la población también generan decepciones y enojos, como ya aludimos.

Los/as más grandes a los más chicos/as. Una de las primeras observaciones es que los/as hermanos y hermanas mayores, en tanto de más edad que el o los siguientes, suelen y también “deben” “cuidar” de los más chicos/as. Por ejemplo, “llevar y traer de los comedores, jardines maternos” es una práctica muchas veces desarrollada principalmente por las hermanas mayores. Se presentan situaciones de adolescentes que cuidan a sus hermanas o hermanos de menor edad o niños/as que cuidan a sus hermanos/as menores, también niños/as.

“- Y como es lo que sucede día tras día aquí, ¿Cómo se cuidan?

Miguel: A todos no, no los cuidamos, es que hay muchos pendejos pesados, que ya vienen, terribles, los pendejitos, con esos hay que cuidarse un poco, porque puede haber

quilombo, esa es la verdad, pero bueno, aquí en la calle, aprendes o aprendes, no hay otra cosa”

“Si entre nosotros no nos cuidamos la pasamos mal, siempre digo eso (...) porque hay veces, que uno puede ligar algo con la policía, o con los mismos pendejos, que no entienden, que algo malo les puede pasar, que muchas veces, la cana por querer sacarlos, hasta droga o lo que sea les pueden plantar así, dicen nos llevamos porque son unos drogones, drogadictos, muchos de los que luego bardean a los canas, pero una de las cosas que siempre puede molestar un poco. Ya que bueno, son un grupo de pendejitos, inmaduros no saben lo que son las cosas más jodidas, yo solo pensaba que a mí me molestaban tales o cuales cosas, pero parece que a muchos les moleste, pero esta bueno, porque de paso ellos pueden controlarse, pueden saber que hay cosas que todas las cosas tienen lugar para que puedan hacer. Los canas si te ven jalando, te sacan, otros directamente te quieren llevar, gana no le faltan para querer llevarte a guardar, así son de guachos, se hacen los pesados, los gordos, encima, mandan a los pendejos aquí, porque saben que corremos y nos quieren seguir, pero las cuestiones que pasan aquí es que no todos están mal, hay pibes que se rescatan” (Miguel)

Hermanos mayores por uno o varios ratos. Cuidados entre niños/as que están solos. Hay varias situaciones en las que los niños/as quedan “solos” en los distintos espacios de la terminal o de las calles, es decir sin ningún adulto quien pueda estar con ellos ante cualquier situación que pueda surgir alguna dificultad, entonces otro adolescente es quien pueda actuar como una figura adulta. Si bien escuché situaciones en el que los varones cuidan a otros/as, se observa la primacía de los adolescentes que cuidan a sus hermanos menores en el caso que existan viviendo bajo las mismas condiciones.

Algunas situaciones fueron relatadas y explicadas por ellos, quienes recordaron prácticas del pasado en las que habían sido *“como si fuera la madre”*, ya que quedaban a cargo de sus hermanos/as, teniendo que *“criarlos como un hijo”*.

“yo de chico tuve que hacerme cargo de mis hermanos menores, como mi papá se fue de la casa y nos dejó a mi mamá con mis hermanos solo, tuvimos que salir a trabajar los más grande, yo me dedicaba a vender empanada y gelatina con ella, aquí siempre en la terminal, luego empezamos a hacer otras cosas para poder vender y ver si podíamos ganar más plata, sino no había para el pan” (Carlos)

En otros casos, como el de Raúl, hizo mención a que era *“como si fuera el papá por un rato”*, ya que por tiempos parciales del día quedaba exclusivamente a cargo de sus hermanos más pequeños, teniendo que realizar las diversas prácticas de cuidado, alimentación e higiene que requería un niño. En ese momento Raúl tendría 9 o 10 años aproximadamente.

“Es así cuando se fue mi viejo, mi vieja estaba internada, ella estaba en el hospital Pablo Soria, ahí estaba internada mucho tiempo por el cáncer, nosotros éramos chiquito, el Ketchup, era casi un bebé, mi viejo ya no paraba casi en casa, así que estaba mi hermana mayor, pero ella también ya estaba embarazada de mi sobrino y no vivía aquí, siempre vivió en los Alisos, o sea no estaba mucho tiempo para estar con nosotros, pero siempre estábamos en contacto con ella, la situación fue de que bueno, yo seguía entonces me hice cargo de mis hermanos, Ketchup era muy chiquito, algunas veces nos ayudaba alguna tía o algo, pero casi siempre era yo el que estaba con todos los pendejos, dejamos de ir a la escuela, nos perdíamos semanas enteras por ahí, hasta que bueno otra vez nos encontraba la policía” (Raúl)

Javier explicaba sobre esta dinámica familiar, recordando los tiempos posteriores a la separación de sus padres, cuando su hermano era muy pequeño:

“Hubo mucha situaciones que bueno, no es mucho recordarlas porque hay cosas muy tristes, como cosas, que deberían haber estado mis viejos, adultos, quien sea, y nos tuvimos que bancar solos, así todos chiquitos lo que sucedía, buscar para comer, pedir ropa...así es por eso nosotros no le debemos nada a nadie, todo lo hicimos trabajando entre nosotros” (Javier)

Indagando sobre cómo percibía que sus sobrinos no vayan en ocasiones a la escuela para quedarse a jugar, por más que ya son pre-adolescente, Fabio señalaba:

“Yo le digo a mis sobrinos, que casi son adolescentes que se pongan las pilas con el colegio, yo cuando iba al Bachi, era terrible, me expulsaban, porque hacia quilombo y no sabían cómo sujetarme para que deje de hacer quilombo, hasta que me echaron, luego me fui a conocer las otras líneas, me vine más tiempo a estar en la calle y deje el estudio” (Fabio)

Jairo contaba que su nena de 4 años es la que se queda a cargo del cuidado de su madre cuando tiene que salir para ir a trabajar, ir al médico o realizar alguna otra actividad. Advertía que incluso a veces *“la hace faltar al colegio”*, porque no tiene a alguien quien la pueda llevar.

“yo salgo a vender y se queda la nena con su mamá, o la abuela, más que nada elle se queda con la nena, porque la abuela se va a vender, además su mamá es la que más le entiende. Pero después de ahí, ella algunas veces quiere ir a terminar el secundario, pero no puede ir algunas veces, porque a la nena no la podemos dejar sola, siempre hay alguien que la tiene que ver, encima es traviesa, así que sola no podemos dejarla” (Jairo)

Observamos que muchas veces los arreglos en los que quedan niños/as *“a cargo”* de otros niños/as, se complementan con adultos/as de otras viviendas que los *“miran”* y con los

propios movimientos de los niños/as por otras casas, quienes se trasladan en busca de compañía, comida, un lugar donde estar, como describimos antes.

“yo cuando me iba a trabajar, no solo mi hijita se queda sola, el tema es que la mayoría de nosotros trabajamos, el tema es que los vecinos también buscan ayudar a la mamá de mi hija. El tema es que muchas veces, como sucede se van todos a trabajar, y no queremos dejarlos solos, pero no podemos pensar en poder tener a alguien en quien los cuide, sino es la abuela, no hay nadie, ese es el tema de salir todo a trabajar y más yo viviendo aquí” (Jairo)

*“- ¿Y algunas veces te la tenes que traer para aquí?
Jairo: si ... algunas veces la tengo que traer, porque su mamá se va hacer alguna cosa, o va al médico y yo me la traigo a la terminal”*

Como una manada: la dicha de la pertenencia. Hermanos/as, primos/as y otros pares. La relación con las primas o primos es presentada de modo repetido en varios relatos de los adolescentes en donde aparece como un vínculo que se emparenta con el de hermano/a, dando cuenta de relaciones entre quienes comparten la misma generación del entramado familiar. Dentro de este lugar de paridad generacional también pueden entrar, en algunos casos, cuñadas/os y amigos/as de la misma franja etaria con quienes se tiene una relación de proximidad.

*“Sí, aquí varios como nos conocemos, la pasamos bien entonces, no hay manera de que podas estar al pedo aquí, siempre hay buenas cosas para hacer o para joder...el tema es que muchos se zarpan. Pero bueno, mi hermana algunas veces o mi prima, me piden que lleve a mis chicos y los cuide ahí con sus hijas, cuando ellas se van a hacer las cosas, o bien quiere que uno la ayuden, aparte me pagan algunas veces, no les cuido gratis, llevo los chicos más grandes a la escuela, al jardín y mi nena los acompaña, los llevo a todos”
(Noelia)*

Observamos que, a pesar de existir desacuerdos, conflictos y distancias entre hermanas/os, el vínculo fraterno parece contener una adscripción moral que suele primar, en muchas ocasiones, sobre las diferencias y peleas, conduciendo a adoptar prácticas que permitan ser vinculadas con “defender”, especialmente en situaciones de dificultad o riesgo, más aún si el riesgo es generado por una amenazada de personas consideradas externas al entramado social. Por ejemplo, Oscar reconocía tener desacuerdos con hermanas/os, pero contundentemente afirmaba que, si él tenía que matar por su familia, para “defenderlos”, lo hacía.

En líneas generales, parecen aplicarse los conocidos consejos que da el gaucho Martín Fierro⁴⁶ en sus versos sobre la hermandad:

Los hermanos sean unidos/Porque ésa es la ley primera/Tengan unión verdadera/En cualquier tiempo que sea/Porque si entre ellos pelean/Los devoran los de ajuera (Hernández, 1984).

En relación entre pares, tanto primos/as como hermanos/as, especialmente entre adolescentes y jóvenes, la noción de “*compañerismo*” asociada con “*defender*” es la que prima. Como expresaba Nano:

“Ellos (los más chicos) de afuera son una cosa, vienen uno y le hacen algo y salen todos, son como una manada, a defender, son una manada, saltan todos si les toca algo a alguno” (Nano)

Así, la “*manada*” se asocia con el beneficio de pertenecer y se organiza para “*defenderse*”. La expresión “son una manada” resulta interesante e ilustrativa de las diversas menciones de los adolescentes y jóvenes en los que aparece esta idea. La idea de manada haría énfasis en el conjunto, la unión, pertenecer a la misma especie o en este caso “*familia*”, lo cual aparece reflejado en las repetidas expresiones sobre el “*nosotros*” diferentes a “*los de afuera*”.

En algunos relatos notamos que, en la conformación de la manada, o sea, en las ideas sobre “*mi familia*” o el “*nosotros*” priman los vínculos consanguíneos en tanto vínculos gestados en sus casas (el tiempo en que estuvieron allí), o sobre las relaciones posteriores. Entonces, al momento de tener que “*defender*” a alguien ante amenazas de otras personas, muchos adolescentes y jóvenes privilegian estar a favor de su familia consanguíneo o de crianza de origen. Esto se aplica a la situación que relataba Ramón, quien, ya conviviendo con su ex pareja, sucedieron situaciones de conflictos con los familiares consanguíneos de ella, madre, hermanos y padrastro, cada uno optó por “*defender*” a su pareja, primando esta relación sobre la demás.

“Siempre hay quilombo cuando vivís en la calle, sucede que si no tenes a alguien que pueda darte una mano cuando necesitas, puede haber más quilombo, siempre es bueno tener a alguno que te den una mano. Lo que, para mí, significa mi familia, es la gente con la que estaba conmigo en un hogar evangelista, ahí ellos me hacían sentir la familia que nunca

⁴⁶ El gaucho Martín Fierro es un poema narrativo argentino, escrito por José Hernández en 1872, obra literaria considerada ejemplar del género gauchesco.

tuve. Te hablaban bien, te hacían sentir que eras alguien, hasta ahora algunas veces pasan a verme y le preguntan a los changos como estoy si no me encuentran...yo me escape de ahí pero puedo volver, estamos aquí para pasarla bien, cuidarnos dentro de todo. A la noche siempre es más jodida, por el tema que te dormís y puede pasar algo, por eso buscamos entre tres o cuatro poder estar en la ranchada o en la terminal. Aparte de compartir todo, es poder estar ahí pasar el tiempo juntos, tener cosas que poder pasarla bien, por eso paso lo que paso cuando caímos, con el monito y Fabio detenidos, yo me pude ir, pero los esperé a los dos, y también caí, pero pude no estar ahí y no me pasaba nada, pero bueno, en esta situación es en donde debemos movernos, porque si nos quedamos así nos llevan los piojos” (Ramón)

Situaciones similares fueron encontradas por Fonseca (1987;2004), quien identificó como característica de las familias de un área segregada en la que investigó, la prioridad dada a los consanguíneos sobre los vínculos de afinidad, especialmente enfatizó las relaciones de camaradería entre hermanos y hermanas, las cuales parecen ser más sólidas entre cónyuges.

Los varones hacia las mujeres. Como ya venimos trabajando en los capítulos 4 y 5, la idea de “proteger y demostrar su masculinidad” hacia las mujeres adquieren sentidos fuertemente condicionados por construcciones de género, como repetía en varias ocasiones Nano, refiriéndose a su hija: *“ella al ser mujer es muy diferente con los varones”*. Los hermanos varones generalmente asumen la tarea de “protectores” de sus hermanas, centralmente a través de una especie de *“cuidados, vigilancia”*. Si bien estas prácticas adquieren diversas formas, la figura de los varones aparece estrechamente vinculada con garantizar la seguridad y protección, especialmente ante amenazas externas y los diversos *“peligros”*, como señalamos en el capítulo anterior.

“Lo que tiene es que siempre las chicas tienen que estar bajo el cuidado de algunos de nosotros, de los vagos, porque siempre están dando vuelta los pajeros, y pueden hacer cualquier cosa, es que algunos andan fumando, empastillados, o chupan a lo loco. Los que chupan más, son los cirujitas, pero esos no hacen nada, capaz que de una piña los dormís, el tema es que algunas veces se queda aquí gente que no conocemos tipos, no sabes si tiene arma o algo, por eso es que estamos todos juntos con las chicas, la vemos juntos, tratamos que, dentro de todo, ellas también la pasen bien, si viven en la calle es por algo”
(Nano)

Hermano varón (el mayor). Uno de los aspectos que me llamó la atención en el trabajo de campo fue el rol desempeñado por los varones, quienes vivían en la terminal o en las ranchadas, sino que habitaban en otros lugares diferentes a estos mencionados, sino que también vivían temporalmente en casas de sus parejas y la familia de ella. O bien en las casas de algunos parientes cercanos a ellos y llegaban a formar una parte importante de la

configuración de casas mencionadas, teniendo un contacto diario o muy fluido con los habitantes de esas viviendas, desarrollando diversidad de prácticas en las mismas. Así estos jóvenes participaban de la configuración de algunas casas en la que no eran propietarios, continuando ligados con casas que no eran de su origen.

He observado y escuchado que muchos de ellos desempeñan un rol estrechamente vinculado con garantizar la seguridad hacia los más pequeños y a las mujeres, considerándolos como los dos grupos más vulnerables, especialmente en los casos en los que no hay o hubo varones que mantienen una relación con mayor intensidad o acercamiento. También seguían desarrollando prácticas de otra índole en relación a ello como protección, cuidado, provisión tanto de vestimenta, calzados, alimentos, entre otras necesidades que suelen padecer.

Tanto como Oscar y Nano explicaban cómo sus respectivos hijos, ambos de 3 años aproximadamente, vivían en la casa materna todos los días y día por medio pasaban a verlos por la terminal o los lugares donde los padres se encontraban, generalmente por la tarde, para recibir algún dinero que pueda haber conseguido durante la jornada “laboral” y constatar si estaban bien:

“Ponele, yo cuando me voy a trabajar, se quedan con la abuela o su mamá, depende si ella se va al colegio a curar, porque hace la nocturna o se va a trabajar cuidando chiquitos algunos días, después pasan por aquí yo le doy una parte de lo que hice durante el día, así tienen para comprarle algo, si no le falta nada a la nena, y a ella también” (Nano)

“- ¿Y cómo se organizan cuando vos estas?”

Oscar: cuando yo me fui a trabajar, te acordás que te conté a una cosecha, yo algunas veces le mandaba dinero, ahora viste estoy vendiendo esta para hacerle el cumple a mi otro hijito que tengo, debo pagar el salón y todo lo que se necesita para eso” (Oscar)

6.3.5. Abuelos/as y nietos/as: de abuelidades, maternidades y reciprocidades

Personas que me crío. Como mencionábamos en el capítulo 4, “Dejar la protección, el resguardo de otras personas” emergió como una práctica de brindar asistencia, contención, acompañamiento, en la que aparecen referencias a hijos/as, hermanos menores, amigos más pequeños, que viven o han vivido en forma permanentemente o discontinuo junto a ellos, siendo que muchos/as quedaron bajo la “*tutela*” de los adolescentes o jóvenes más grande,

como el caso del Tomás, la hija de Martín, los hijos de cada uno de ellos, sus respectivas parejas, hermanos menores y también la madre y hermanas de Nelly. Noelia decía que su mamá *“tiene a los nietos”* y Elizabeth explicaba que su madre le dijo sobre su hija: *“déjala que yo te voy a cuidar; cuando quieras la venís a buscar”*.

Son iluminadores al respecto los estudios de Fonseca (2006) quien investigó sobre la crianza de niños/as por familias o personas diferente a las de origen consanguíneo, práctica que denominó *“circulacao de criancas”* (circulación de niños/as). Observó que las redes sociales son movilizadas en función de la crianza, de la guarda (como protección) o sobrevivencia, al tiempo que dicha circulación de niños/as también sirve para estrechar los lazos entre individuos de la red. La autora apunta que en los sectores populares la colocación de un niño/a o alguien menor que ellos, no es necesariamente vista como un abandono, sino que las figuras parentales pueden ser múltiples y las separaciones, incluso prolongadas, no representan necesariamente una ruptura de lazos.

En el trabajo de campo, aparecieron varias expresiones que daban cuenta de la persona que *“me crio”*, como Carlos, que al hablar de su abuela en el relato la llamaba por momentos de *“mamá”* y explicaba que esto se debía a que ella lo *“crio”*, destacando que era momentos de *“mamá”* y explicaba que esto se debía a que ella lo *“crio”*, destacando que era quien había desempeñado las funciones y actividades de cuidado en su niñez, el tiempo en que duro, ya que existió además de habitar con ella en radicarse en distintos hogares, ocurriendo posteriormente su arribo a la calle. Lo cual sin embargo no hacía que dejara de llamar, en algunos momentos, a su madre biológica de *“mamá”*, pero que de ella tiene un recuerdo difuso debido a que no fue un vínculo construido, ya que fue cuidado por su abuela, pero a su vez en otra ocasión decía *“porque yo nunca tuve a mi mamá, pa mí nunca tuve a mi mamá”*, dando cuenta de que la función materna no fue ejercida, según él, por su progenitora.

“Esta relación fue así porque nunca estuvimos juntos, siempre fueron momentos de que no estuvimos juntos, ya que ella estaba viviendo en otras partes, yo aquí en los hogares, luego en la calle, son momentos así, que nos tocó vivir. Antes no la quería ni ver, tenía mucho odio y rencor, el tema es que bueno no nos hacía bien a ninguno de los dos, ella también le dejo a mis otros hermanos, pero bueno, capaz que en verdad no nos podía mantener, pero bueno, mucho de ese tema no me gusta hablar, me pone triste, cuando pienso en eso, me acuerdo de cuando era chiquito, son cosas que bueno no las asumía, luego bueno tuve que andar pasando de todo, el tema es que bueno, uno debe crecer y aceptar lo que paso” (Jairo)

De los relatos y observaciones, las principales personas que se encargaron de “*cuidar, contener, proteger y brindar asistencia*” o “*tener*” en forma permanente a ellos han sido abuelas y en menor medida abuelos, tíos o padrinos/madrinas. De los casos conocidos, ninguno oficializó una relación de adopción o de guarda de ellos, los vínculos con la madre y/o padre por lo general se conocen, en algunos casos se mantienen o en otros casos se los anula completamente, con diversas características y modos, pero los niños/as o adolescentes acaban quedándose con aquellas personas y lugares que gradualmente en búsqueda de mejores condiciones materiales y socio-afectivas de vida les puede otorgar.

Miguel explicaba que su hermana en un primer momento acabó cuidando de él y sus hermanos porque no podían estar con ellos o poder contenerlos. Esta situación particular está atravesada por procesos de reciprocidades y agradecimientos, como mencionamos anteriormente. Casi la totalidad de los casos fueron criados por sus abuelos hasta determinado tiempo, pero muchas veces las abuelas, pasan a cuidar exclusivamente a sus abuelos en los momentos de enfermedad, buscando que las madres se encarguen del cuidado de sus hijos, lo cual podemos pensar que es un modo de delegar las responsabilidades, condición que puede ser reforzada por construcciones en torno a las maneras de entender la dinámica de las familias.

“Y hasta ahora estamos agradecidos de que mi mamá nos pueda cuidar, pero bueno, es así los que nos tocó, luego nos cuidaron nuestros abuelos, los padres de ella, hasta que mi abuelo enfermo grave, y mi mamá no nos podía cuidar y nos mandó a los hogares, ahí nos quedamos un par de años, ella nos venía a visitar, pero luego nosotros nos escapamos, cómo todos nos conocíamos, salíamos a andar por la calle” (Luis)

Si bien en las observaciones y relatos primaron las acciones desarrolladas de manera permanente a cargo de personas que eran parte del entramado al familiar y en algunas ocasiones no, pero que luego se fueron sumando personas ajenas al círculo de ellos actuando como referentes en su crecimiento. También aparecieron algunas situaciones en las que se mencionaron personas con quienes no se tenía previamente vínculos familiares, como el caso de los operadores de las fundaciones, voluntarios de iglesias y otras personas que fueron creando alguna vinculación paulatinamente con ellos.

José contaba que cuando su mamá, se vino de Abra Pampa, vivió con “*una viejita*” que lo cuidó. José recordaba que “*a nosotros cada tanto cuando éramos más chicos, nos*

llevaba mi mamá a ver a la viejita que la crio, porque mi mamá trabaja como empleada cama adentro". Asimismo, según su relato, fueron varios hermanos que pasaron a estar bajo el cuidado de la abuela, pero como ya eran más grande que ellos, se fueron a vivir solo porque trabajaban de albañiles en la ciudad, pero el resto si los cuida la abuela. José mencionaba sobre la situación de los hermanos con quienes vivía en los hogares:

"Hay muchas veces que me hace pensar todo lo que me toco pasar, vivir porque si ellos querían capaz que no podían criar mejor, o cuidarnos, en cambio al revés, no metieron en la cabeza de que ellos fueron los únicos que nos podía brindar ayuda o lo que sea. Luego mi mamá conoció un tipo, se enamoraron y luego, tuve una hermana de parte de ellos, no nos hablábamos mucho, porque era bebé y yo ya estaba con mi abuela, mi vieja seguía trabajando en la muni, creo que a su pareja lo conoció allí, se fueron a vivir juntos, nosotros fue como que nos dejaron de sobra, fue difícil ver que par mi vieja parecía que solo tuviera una hija, y el resto no éramos nada. Yo me escape del hogar y me vine aquí a la terminal, aprendiendo a trabajar, ya sea abriendo la puerta de los taxis, encariñándose, pero la pasamos, si alguna vez que nos portábamos mal, luego su fuimos una vez al penal de menores en el Alto, esta es lo que nos pasa, muchos de nosotros no somos de aquí, de San Salvador" (José)

Abuelas/os y nietos/as en el entramado, anterior a la situación de calle. Mientras algunas abuelas se dedican a la crianza en forma permanente, siendo las responsables centrales de dicho proceso, como presentamos anteriormente, otras comparten esta tarea con otras personas, desempeñando un lugar de acompañantes y siendo parte de una red de acompañamiento y sustento dentro del contexto de la familia y de la configuración de esos espacios.

Fabio esporádicamente se dirigía rumbo a la casa de sus abuelos, compartiendo las prácticas de atención y contención en las cuales normas principales resultan ser una de las figuras primordiales en el crecimiento de los niños y adolescentes, sobre todo los cuales en algunas oportunidades se convierten en personas de consultas y devoción. En estos casos expresaban que eran las abuelas quienes asumían la responsabilidad principal por los mismos:

"Mira, mi mamá se iba a trabajar, quedábamos nosotros solos. Mi viejo ya nos había dejado, él es cana, creo que trabajaba en Perico, por eso tampoco estábamos mucho tiempo juntos. Primero nos quedábamos viendo tele o salíamos a jugar a la calle, luego bueno, ya crecimos y nos empezamos a ir solos a la casa de mi abuela, así nos quedábamos en la calle, no hacíamos otra cosa, jugábamos con los chicos por ahí, ella mi abuela, nos daba la merienda nos cuidaba, nos hablaba y luego nos fuimos, pero después nos fuimos, conocimos la termi, allá en el Alto nos aburríamos bastante y empezamos a venir aquí"
(Fabio)

En otros casos algunas abuelas vivían en la casa de al lado de la del grupo familiar, como la situación de Daniel. Un día que yo estaba allí veía que Daniel “miraba” a los niños más pequeños que suele andar por la terminal y les decía “*pásenla bien, jueguen tranquilo, no se lastimen sino sus padres los irán a abandonar*”. Así, miraba él como los niños que pernoctan las calles de la ciudad jugaban por el espacio abierto de la terminal.

Aparecieron en algunos relatos de los adolescentes, manifestaciones acerca del cansancio que les producía el cuidado de los más pequeños, situaciones en las que por momentos “chocaban” por depositarles a ellos/as la responsabilidad de los más pequeños y las mujeres adolescentes, sintiendo que asumir dicha tarea sobrecargaba la rutina cotidiana, y a una edad avanzada la situación se complicaba. Estas menciones muestran que esta circulación de personas y asunción/delegación de responsabilidades no aparecen sin “choques”, incomodidades ni desacuerdos.

Los chicos mayores algunas de las veces permitían ver las situaciones que les tocaba vivir en años anteriores en las que no podían seguir viviendo, entendiendo que la mayoría de los hogares la edad en la que permanecían es hasta los 18 años de edad. Oscar contaba que antes de vivir en la calle le hubiera gustado conocer algún lugar como un hogar en donde pueda ser atendido y respetado pudiendo haber evitado la calle y estar en contacto con todos los riesgos que ella involucra.

“Hubo un tiempo que vivimos en los hogares, ahí cerca de la cancha del lobo, después aquí en el hogar escuela que está cerca del parque San Martín, pero no te trataban bien, además era muy sucio, no nos gustaban, si hubiera sido un poco mejor capaz que nos enganchábamos. Ahí todos se escapan, si ellos no se dan cuenta de que hacen algo mal, y no cambian no somos nosotros lo que debemos decirle, son ellos, pero igual no me gustaba estar como una cárcel en donde todo el día te controlan, te vigilan como si estuvieras siempre mandándote macanas, pero si hay otros hogares seguro mucho mejor, yo me hubiera quedado y seguro no hacía las macanas que hago cuando estoy aburrido, no te quiero decir de que somos santos, o unos diablos, pero hay veces que te aburrís y bueno como manera de travesura ponele, te escapas, salís a andar por la calle, por cualquier lado”. (Óscar)

Los adultos que viven en situación de calle y su relación con los grupos juveniles. En varios discursos escuché menciones de personas adultas que sentían que los adolescente y jóvenes eran quienes les brindaban contención, acompañamiento y cuidado en las actividades cotidianas, como en las ventas ambulantes en donde requerían algún tipo de asistencia para

desplazar los “carros de sándwich” donde realizan la cocción de los alimentos que posteriormente saldrán a la venta. Además de quiénes son los que le brindan el acompañamiento en los diversos momentos que necesitan algún tipo de colaboración que les sea necesario, fundamentalmente en forma permanente, como el caso de doña Juana que mencionamos en otros momentos, y es una de las vendedoras de la calle Santiago del Estero, a quien algunos de los entrevistados le brindaban una compañía y ayuda cuando lo requiere.

“- Nano: a doña Lili y doña Juana, yo el re cuido

- ¿Qué haces?

- Nano: *el otro día estaba mal y la fui a ver (...) Como cuando la vemos que va a buscar los panes o buscar aceite, las verduras, entonces le voy ayudar para que no cargue cosas pesadas (...) Yo lo hago cuando ellas me lo piden, y cuando voy a ver cómo está o cuando no voy a la fundación me quedo aquí y de paso me dan de comer, luego me voy con el cajón de lustra, ellas te dicen gracias, son muy macanudas”*

-

“- ¿Y cómo es la relación con los “cirujitas”?

Miguel: *bien, antes de ayer fuimos a darles algo de comer, los acompañamos a los chicos de la iglesia para que le lleven el guiso, es que los chicos no sabían si estaban borrachos o no, entonces no querían ir solos, nos hablaron para que los acompañemos...*

- ¿Y ellos estaban borrachos?

- Miguel: *no, estaban bien, y ya nos reconocen así que no pasa nada, se quedaron ahí un rato comiendo, y charlaban, los cirujitas le decían que no tenían tampoco ropa, que necesitan eso y zapatillas”*

-

Asimismo, algunos adolescentes participan en el cuidado de sus pares en momentos centrales, como resultado ser un ejemplo el caso de Luis, quien fue apuñalado con un cuchillo por Fabio. Luis fue trasladado a un centro de primeros auxilios, pero luego lo derivaron al Hospital de Niños “Dr. Héctor Quintana” en donde permaneció internado por el periodo de tres meses, según la gravedad de la herida. Fueron momentos en los que tuve que ir a visitarlo durante todo ese lapso de tiempo y llevar conmigo las distintas expresiones de afecto de los “chicos de la terminal”, ya que para ellos estaba restringido el ingreso al nosocomio.

Según nuestro trabajo de campo, los momentos vitales que pudieron no solo representar un número significativa de población en el territorio, sino que también se condice con los datos de la SENAF provincial (2013) indican que demográficamente la población presenta altos índices de personas en situación de calle, con un incremento de la población infanto-juvenil. En cuanto a la diferencia entre hombres y mujeres, se puede identificar un

mayor peso de la población masculina en relación a unas edades comprendidas entre los 12 a los 21 años, tendencia que se repite a partir de la edad adulta.

Luis contaba cómo algunas veces iba a visitar a su padre que vive en Alto Comedero, y algunas veces los “cuidaba” debido a que es portador del virus de HIV. Lo cual algunas veces es necesario que le retiren los medicamentos en la farmacia del Hospital San Roque, Luis decía que, a pesar de no llevarse bien con su padre, lo debe cuidar, ya que no trabaja por su enfermedad, y que muchas veces no come debido a ello.

“Y mi viejo, es la única familia que tengo junto a mi hermana Fabiola y el hijito que ella tuvo junto a Oscar, ellos vivieron un tiempo en una pieza que le presto mi viejo, después nose que cagada se mandó Oscar y mi viejo los echó. Así que él ahora vive sólo, sé que también algunas veces va una señora que parece que salen, yo esas cosas mucho no hablo. Él sabe lo que va a hacer, yo en lo que puedo le doy una mano, no en todo, sino se va a meter en mis cosas, pero nos llevamos bien, no hay quilombo en el medio entre nosotros”
(Luis)

Los cuidados de los hermanos menores, también conllevan conflictos y tensiones entre los/as hermanos/as que participan de diversos modos en las distintas tareas, dificultades y situaciones agradables. Las tensiones también aparecieron, en los relatos, con los propios personajes cercanos a ellos, presentando diversos desafíos y generado en ocasiones sensaciones de impotencia, frustración y dolor:

“Porque te saca mi viejo, hay cosas que me saca mi viejo, me saca y la Fabiola también algunas veces dice “no, vos le tenés que tener paciencia, porque viste que ya es mayor”. “Si ese es también el quilombo, por eso voy algunas veces”. Y yo le contaba el otro día cuando fui a verlo, pero bueno. Lo voy a llevar los medicamentos cuando voy a verlos del hospital, el tema es que bueno siempre, algunas veces se queda sin ellos, y se queda mal porque le falta y decae en sus problemas, se queda días en cama y come ahí” (Luis)

“Algunas veces no puede quedarse solo (su padre), se olvida de las cosas, además hay que darle los medicamentos a horario, y todo eso, es así, yo voy y lo cuido allá. Ahora me estaba diciendo mi hermana “ya no sabemos que hacer”, porque no quiere ir más al médico porque dice que lo van a internar, tiene que venir al hospital, pero no siempre lo hace. Cree que si se queda ahí e la casa solo va a estar solo la mayoría de las veces. También le voy a comprar las cosas para que pueda comer, le llevo pan y demás es mucho lo que hago por él algunas veces, entiendo que debe ser difícil andar con esa enfermedad, ¿no hay cura para el SIDA no?, y cada vez se pone más viejo y débil, más flaco, la Fabiola muchas veces no lo pude cuidar porque tiene a su bebé chiquito, entonces yo me tengo que poner las pilas con él, ese es el tema, pero sabe que yo ando en la calle, y tengo que trabajar para poder comer día tras día, pero bueno es o que me toco y él lo entiende, porque sabe que también nos pasa cosas jodidas, estando aquí y él le puso una denuncia a Fabio cuando me apuñalo,

siempre hay bardo, y cómo mi papá no podía cuidarme, los de la fundación lo hicieron”
(Luis)

6.3.6. Las madres

Como presentamos en el primer capítulo, gran parte de los estudios en torno a las vivencias, prácticas e historias de vida de los grupos juveniles en situación de calle han privilegiado la observación de los varones que cuidan, protegen y contienen, principalmente en su rol de “*hermanos mayores*”. Las relaciones entre la tarea que desenvuelve los grupos juveniles y el tiempo es que determinadas por las prácticas, las construcciones de los géneros ha sido un demarcador central de reflexión, dada la naturalización de dicha actividad en las mujeres y dentro de ámbito doméstico, principalmente en las madres en el caso de esta población de investigación sabe que les toca a ellos y que funciones les corresponde desarrollar.

De nuestra investigación observamos que, por un lado, en la mayoría de los discursos de las adolescentes entrevistadas se destaca su asunción de la responsabilidad central sobre sus hijos/as y otros integrantes del familiar, reproduciendo un ideal dominante de maternidad que las ubica como responsables exclusivas de dichas tareas. Sin embargo, el abordaje etnográfico y la mirada desde la interdependencia nos permitió identificar otras relaciones por las que circulan distintas actividades, como las que venimos señalando, y que conforman núcleos importantes en el desarrollo de los entramados familiares, las cuales acompañan, complementan y/o suplen el lugar desempeñado por la madre en el “*cuidar*”.

¿Por qué tiene siempre que estar la madre? Hay un conjunto de discursos realizados por las mismas madres que señalaban la asunción exclusiva por ellas de las prácticas del cuidar, en los cuales reflejaban la creencia de que la madre es la responsable principal de “*cuidar*” de los otros, especialmente hijos/as, situación que en la mayoría de los casos se extiende hacia el cuidado de otros integrantes del entramado familiar. Esta declaración del ejercicio y creencia de su responsabilidad central no está exenta de quejas, tensiones y reflexiones críticas.

En el caso de Elizabeth, ella se concebía como la principal responsable como “*mamá*” del cuidado de su hija de 3 años, asumiendo el cuidado permanente y cotidiano de ésta. Tanto ella como el padre de la niña dejaron la escuela cuando ella nació, la adolescente para “*cuidarla*” en su casa y el padre para trabajar.

“Bueno en realidad estoy todo el día acá (en su casa), pero cuando vamos o sino Sofía viene para acá (...) bueno yo le digo, “porque justamente yo soy la madre de la nena y tengo que estar con ella y si yo lo pase, yo sé que es un quilombo si la madre no está con la nena (...) Por ahí a mí me tratan de loca, pero yo los trato de cuidar, lo mejor que puedo, porque, yo soy la madre de esa nena, él se tiene que ocupar de que no le falte nada”
(Fabiola)

En su situación se observa la responsabilidad prácticamente exclusiva de “cuidar” en tanto madre. La cual fue asumida por ella y adjudicada por el padre de su hija y otros integrantes del entramado familiar, quienes sostenían patrones que reproducían la idea de que la madre es quien debe “cuidar” cotidiana y permanentemente de su hija. Justina, madre de Elizabeth, comentaba que la hipotética opción de mandar a su nieta a una guardería no sería avalada por el padre de la nena, o sea Oscar, quien consideraba que Fabiola era la única que debía cuidar a su hija.

“- ¿Pensaron alguna vez en mandar a tu nena a una guardería?

Fabiola: *ella no está muy ahí y él dice que ella la tiene que cuidar. En un momento cuando yo estoy rumbo al colegio porque quiero terminar la escuela, aparte trabajaba atendiendo un quiosco del barrio, yo mi nena se la dejaba co mi mamá, con su abuela. Pero como ella es grande, y mucha paciencia no la tiene, pero bueno algunas veces al quiosco me iba con la nena, y cuando cursaba se la llevaba a Oscar para que la vea ahí en la terminal, después él me a viene a dejar, no se va a quedar con la nena por ahí, ¿no?”*

Elizabeth reflexionaba críticamente en las entrevistas sobre las diversas aristas que contenía esta situación, destacando su interés en estudiar y poder trabajar.

“Por ahí se acostumbró Lucas, que es machista, que es el hombre y él es el que va a trabajar y la mujer es la que se queda en la casa cuidando a los chicos. Pero yo no estaba bien, me quedaba en mi casa, sólo con la nena viendo la tele, o limpiando, pero me aburría mucho, a Lucas no le gustaba, que yo anduviera por aquí, capaz porque éramos algunas chicas, éramos pocas, además estar con muchos varones no era bueno (...) Si, creo que él, si compra lo que él quiere, o hace con la plata lo que él quiere, es porque yo lo dejo también, porque no me meto, no le digo “a ver ¿cuánto trajiste? Dame la plata, quiero contar, a ver ¿Qué hay que comprar? En realidad, nunca le pedí su plata, porque también es un poquito de a veces sacar en cara, en esa posibilidad de vernos en cualquier momento en que es mejor no pensar en nada, sólo actuar, porque si no te seguís lastimando” (Elizabeth)

En los hogares donde había presencia masculina con fuente de ingresos fue frecuente como en los casos de Fabiola y Elizabeth, que las parejas varones refuercen un modelo femenino en el cual se privilegia el cuidado de los hijos/as, desalentando y/o prohibiendo el trabajo productivo fuera del hogar. En ocasiones indicaban que ellas debían quedarse en la

casa cuidando de los hijos/as, fortaleciendo la idea de la “casa” como ámbito propio y propicio para las mujeres.

“Daniel: cuando queremos comprar algo, vemos quien nos puede prestar la tarjeta de crédito o sino que nos saque un crédito personal, así llegamos a pagar unas cosas de los bebés

Elizabeth: si, nos prestó un vecino, tenía esa tarjeta Naranja viste o era con la tarjeta de Castillo, es buena onda el tipo, porque a él no lo conocía, a mi sí pero igual nos prestó (...)

Daniel: era con la de Castillo (...) ahí compramos

Elizabeth: si, era ahí entonces, él lo que hacía por los días, gastábamos una parte y el resto me lo daba para que lo guarde, porque a este señor, le pagábamos todos los meses puntuales, así después cuando necesitamos nos vuelva a prestar, así le compramos el cochecito para la gorda, y el colchón de su cuna

Daniel: ¿después nos volvió a prestar y le compre el celular a ella no?, no estaba muy caro, así que le podía pagar, era un Samsung, ahí lo tiene ella, siempre le digo que cuide las cosas, porque aún nos quedan pagar algunas cuotas, y hay días que no saco casi nada ahí en la termi, por eso por las noches con algunos de los changos trabajamos en otras cosas, cuando los negocios van cerrando nosotros vamos y bueno, sacamos algunas cosas y se las revendemos a las doñitas, o las ofrecemos por ahí cerca de la terminal para tener plata, pero hay que tener cuidado por que andan los de brigada siempre cerca por donde andamos nosotros, pero ya lo conocemos nosotros, sabemos quiénes son y por donde andan, es que algunos son medios boludos los canas, pero bueno, esos son los que se hacen los pesados”

Elizabeth comentaba sobre su lugar de responsable central de “cuidar” a otros, concentrando todas las tareas en ella. Asunción exclusiva en la que se conjugaban la percepción de que ningún integrante de su hogar sabría cómo cuidarse ni cómo vivir si ella no estaba y a su vez la idea de que ninguno cuidaba de ella, lo que la hacía sentirse sola. Como expresaba en una ocasión:

“- ¿Cómo se organizan para estar con la bebé día tras día?

Elizabeth: yo, solo me ocupo de la bebé, ella me reconoce, lavo, limpio, acomodo las cosas, llevo las nenas a hacer las compras, algunas veces al colegio también la llevo y la traigo a la terminal así se queda un rato con Daniel”

“- ¿Y los días que te enfermas cómo haces?

Elizabeth: y los días que estoy con gripe, o los días que me toca estar con mis días, ahí se complica siempre, porque lo que pasa es que no tenemos a nadie para que nos ayude, yo vivo solo con mi abuela y la nena. Daniel para aquí nada más, hay días en que bueno me deprimó, no sabemos qué hacemos porque la plata no alcanza y la nena tiene que comer, pero siempre sale algo, recibimos algo, Daniel nos trae, a la noche algo de plata, él se lleva bien con mi abuela, ella ve que él se esfuerza mucho por darnos las cosas, pero no quiere venir aquí a vivir, dice que no se va a acostumbrar, nos apoyamos entre nosotros”

Un día encontré a Fabiola particularmente cansada, decepcionada y enojada, después de haber estado varios días acompañando a su nena, su única hija, en el hospital de niños. Ese día reflexionaba críticamente sobre su rol y reconocía la necesidad de querer modificar su situación personal, de pareja, económica y poder “sacar de su cabeza algunas preocupaciones”.

“Algunas veces si me agarra la locura, las preocupaciones, son cosas que creo nos pasa a todos, queremos tirar la toalla, el tema es ver quien lo hace y quien no, muchas veces no tenes ganas para nada, pero después te das cuenta que tenes una hija y depende de vos, porque está bien esta su papá y la abuela, pero la madre tiene que seguir ahí, no importa lo que suceda, siempre tiene que estar con los hijos, la mayoría de los chicos de la calle no tuvieron a su mamá, muchos sé que tienen esa historia jodida” (Fabiola)

Los reclamos de Fabiola señalaban especialmente la poca participación paterna en el cuidado de su hija lo cual la hacía sentirse sola. Sin embargo, al mismo tiempo reconocía su asunción exclusiva de las mismas y sus transmisiones y enseñanza a su hija que reforzaban el lugar de que la madre puede estar en la primera infancia, considerando esta etapa desde su perspectiva como fundamental. En el relato que exponemos a continuación parte preguntándose “¿Por qué tiene siempre que estar la madre?” Y continúa explicando cómo ella participa activamente de esa construcción, impidiendo, en ocasiones, que el otro/a se haga cargo de sí mismo/a.

“¿Por qué siempre tiene que estar la madre? Qué el padre lo hizo también, fue quien estuvo conmigo también, eso es lo que hay que tener en cuenta, no nació nadie así nomás, por eso siempre cuando puedo le digo que me ayude, algunas veces nos podemos llevar mal, pero nadie va a cambiar la relación de que es su hija, y tiene el derecho de poder verla, el tema es que no se borre, y aparezca cuando quiera, si él quiere hacer con su vida lo que quiera, lo puede hacer, él en su camino y yo por él mío. La nena se queda conmigo, porque por lo menos tiene un techo y no anda en la calle como él, no sería bueno que mi gordita ande por ahí, además es chiquita, no puede andar donde él está, pero, dentro de todo nos llevamos bien, no queremos tener problemas y dañarla, además él tiene mucho miedo de que la nena termine en la calle como él, siempre dice que él termino así porque no tuvo cerca a su madre” (Fabiola)

Sobre esta posición materna que parece deber, querer y poder abarcarlo todo, fue interesante la respuesta de Elizabeth, quien cuando Fabiola le preguntó. “¿A quién cuidas vos?, exclamó “a mi hija” y luego agrego “¿A quién tengo responsabilidades, la cumplo?!” lo que parecía dar cuenta de un cuidado más difuso e inespecífico que abarcaría a “todos”.

Los relatos de estas mujeres dan cuenta de lo que diversas autoras señalan al respecto de la construcción de la subjetividad femenina, sobre que el “impulso” que experimentan las mujeres de “curarlo todo y arreglarlo todo” es una peligrosa trampa creada por las exigencias que impone nuestra cultura y que consiste sobre todo en las presiones que nos obligan a demostrar que poseemos un valor amortizable y que, por consiguiente, tenemos derecho a vivir. Así, se configura una subjetividad por la cual ser aceptada y valorada por las actividades que realizan es cuestión de primordial importancia (Izquierdo, 2003; Lagarde, 2003; Martín Palomo, 2008).

Continuando con la observación sobre las jóvenes en situación de calle que son madres y sus relatos, podemos decir que hay otro conjunto de madres, en los cuales se presenta un rol en el que, si bien sigue actuando como responsable central la tarea de “cuidar”, siendo que “*está a cargo*” de los hijos/as, comparte dichas tareas con otras personas. En los relatos de estas mujeres, el lugar de las madres parece no contar con el mismo nivel de máxima y exclusiva responsabilidad que en otros casos.

“- Por ser hombre ¿cómo creen que es el comportamiento, las acciones de los varones en relación a lo que hacen?”

Elizabeth: por ser hombre, si hacen lo que les plazca, nadie le dice nada parece, se mandan cagadas y nadie dice nada, ¿el tema es diferente con las mujeres viste?, más cuando ya tenes un bebé, es mentira eso de que hay veces que no dicen nada nadie, el tema es que bueno, uno tiene que madurar, y sabes que un bebé lo debes cuidar no es como un animalito”

“Esa es la cuestión...de que muchas de las veces, si te ayudan todo de la casa, otras veces no, encima si estás sola por la madrugada y te pasa algo a vos o a los bebés, es así, muchas veces estar sola está complicado hoy en día porque no sabes que te puede pasar, si vienen para hacerte algo, o que aquí en el Alto (comedero) las cosas ya no son como antes, aquí se arma bardo todo el día, están los grupitos, las barras que se juntan en la esquina y empiezan a bardearse, es difícil ver cómo pasan todas estas cosas” (Elizabeth)

¡¿Dónde están las madres?! Evaluaciones de los modos de interacción de los adolescentes en situación de calle. Ahora bien, junto con estos discursos de las jóvenes madres sobre sí mismas, en varios relatos asoma una evaluación de quienes narran, varones y mujeres, sobre las maneras de “*proteger*” de otras personas de su propia familia o de otros entramados. Estas evaluaciones se concentran principalmente en las “*madres*”, siendo éstas las primeras responsabilizadas y criticadas por alguna situación que podría ocurrir con algunos de los hijos/as.

Las cuestiones que son remarcadas como falencias de las madres están relacionadas principalmente con mandar o estimulan a sus hijos para “*salir a ganar dignamente el pan*” y “*mandarlos a trabajar a la calle*”.

“Aquí algunas veces las madres, dicen eso cuando son chiquitos los pibes, bien chiquititos, por qué sucede que la guita no alcanza para comer, ni para mandar a la escuela algunas veces, así que bueno mandan a laburar a los chicos, entonces empiezan a venir, desde más chiquito cada vez, se quedan vendiendo y no se van a sus casas, vaya a saber que les pasa que no se quieren ir, se juntan entre ellos por más que no son hermanos (...)”
(Miguel)

“El tema es que la mayoría de las familias no le alcanza el dinero ya para nada. Algunos de estos pibes seguro, tienen cuatro o más hermanos, por eso vienen a trabajar. Se ven a los padres vendiendo por otra parte y ellos en estos lugares (...) suelen vender chocolate, alfajores, lo que venga. El tema es que también los pibes tienen que ir a la escuela, y no posibilidad de que lo hagan sino, no tienen algunos ni para comer, menos van a tener para ropa. La mayoría de ellos viven en el Alto, ahí vienen en el Urbano (empresa de colectivo urbano) son los que viven en las nuevas viviendas, o se van y se ponen ahí, se arman con algunas chapas, ladrillos, bloques, como se llama esas personas?, bueno son esos, y luego el gobierno seguro le dan algo, capaz que no lo que ellos quieren, pero si algo por lo menos para los chicos, sino estarían viviendo en la calle, aunque el que quiera hacerlo creo que no debería tener prejuicio pero eso ya está aquí, así que no mucho interesa lo que dicen los padres de ellos, ya que ellos se comportan así, pero se quedan a laburar y después no se van así que se quedan a estar aquí de a poco” (Oscar)

Algunos motivos de observaciones recriminatorias hacia las madres se mencionaron: “no cocinarles”, “no fijarse cómo están sus hijos/as”, dejarlos andar por la calle sin mirarlos y “tratarlos mal”.

“Claro, como que no les interesa mucho. O por ahí son inconscientes que no se dan cuenta que le puede pasar algo. Piensan que no les va a pasar nada, pero si (...) Por ahí ellos...la nena de enfrente que es su sobrina, bueno la tienen todo el día decalza por la terminal, sin peinarlas, sin bañar y anda de acá para allá, por la esquina, por donde ella quiera. O sea, no se fijan, no sé, ya cuando la necesitan, la llaman, es para que la gente que pasa por ahí le tengan lastima y le den unos mangos de más, creo que es eso” (Daniel)

En algunos casos relataban acciones puntuales de control hacia las madres por parte de otras mujeres adultas del entramado que fueron creando con aquellas personas de su alrededor y de los grupos originales, quienes indican que debe “*cuidar más*” a sus hijos/as o “*retan*” a las madres por los “*descuidos*”. Así entre las mujeres y también los varones parecen circular demarcadores de aquellas “jóvenes” madres que desarrollan su función de manera apropiadas e inapropiadas (Di Leo y otros, 2012).

Uno de los días en los que estaban en la zona del casco céntrico, había varios niños/as en la calle Belgrano y Necochea, como sucedía habitualmente. En un momento una de las niñas que se encontraba en el ingreso de una casa de deporte, hace días que me veía por ahí comenzamos a conversar, a preguntarme quien era, porque estaba ahí casi todos los días, ante lo cual respondo lo que me encontraba realizando. Luego de preguntarle a ella su nombre, su edad y donde vivía, se acercó una mujer mayor procurando escuchar lo que conversábamos, a lo cual la niña respondió que era su tía, que la venía a cuidar, ya que en otras partes también se encontraban sus primos. De esta manera podía cuidarlos y observar con quienes interactuaban los menores.

Jairo contaba, sobre las reacciones de vecinas e integrantes de su entramado familiar ante los supuestos malos tratos y falta de cuidado de su actual pareja hacia su hijo:

“Hay varias veces que los chicos no se sienten bien, entonces estamos ahí para ayudarlos y que no se sientan solos, pero otras veces es difícil que lo sientan, me da mucha vergüenza en decirlo, pero algunas veces uno no es malo con su hijo porque quiera serlo, sino porque muchas veces uno tiene problemas y viste como son ellos. Justo ese día quieren hacer tal o cual cosa, quieren que le prestes toda la atención. Una termina cansada, pero algunas veces Jairo, no entiende eso parece, ese es el tema, me preocupa que llegue a viejo y todas las enfermedades, y nosotros no tenemos nada, yo estoy en lo de mi abuela y él en la calle, eso también te pone nerviosa, pero bueno creemos que la idea sería seguir trabajando y ver que en algún momento la situación que pueda cambiar” (Jairo)

Al respecto de lo que venimos presentando, resultan interesantes los aportes de Bertolotto (2012, 2014) quien juega con la noción de “*madres descuidadas*”. En su práctica e investigación en el conurbano bonaerense, halló que la denominación de “*madres descuidadas*” era utilizada por otras mujeres, agentes sanitarios y personas del barrio y se extendía para “acusar” a estas mujeres de ser las principales responsables de la mala salud de sus niños. La autora problematiza la cuestión, interrogando ¿por quienes son “*descuidadas*” estas madres?

La reiteración de la designación apelativa que recaía sobre ellas y que pretendía explicar desde esta denominación la totalidad del problema, nos condujo a considerar que la misma podía describir dicha situación, a condición de añadir en su significación, además del posible maltrato o desamparo que padecerían los hijos/as de estas mujeres a causa de sus “*criticables malas conductas maternas*” - única dimensión aludida hasta aquí- el descuido del que, no sólo

estas madres, sino sus familiares y, muy particularmente estas mujeres y sus niños/as, son objeto a veces por parte del Estado y de las políticas de Salud (2012, s/p).

En esta línea de argumentación sostiene que esta condensación de responsabilidad exclusiva en las madres termina desprotegiendo en múltiples formas a niños/as, mujeres y familias; transformando incongruentemente a las mismas políticas que tienden a la protección, en un riesgo. En nuestro trabajo observamos procesos similares y coincidimos con esta afirmación. En los relatos no aparecen, por ejemplo, explicaciones de las actividades delictivas con aspectos macro-sociales que atraviesan la vida en el territorio específico, pero si a las madres son identificadas como estrechamente responsables de la conducta de sus hijos. No estamos queriendo señalar que la conducta materna no tenga ninguna relación con la de los hijos/as, sino principalmente notar que las explicaciones causales se concentran y reducen en el ámbito barrial, familiar y en las madres en particular.

6.3.7 Padres y parejas: de ausencias y diferencias

Con respecto al lugar de los varones en su lugar de padres en líneas generales notamos dos aspectos que consideramos interesantes de observar. Por un lado, figuras paternas asociadas con lugares y ejercicios ausentes, y por otro, diferencias en las concepciones y ejercicios de las prácticas de la “paternidad” realizadas por éstos, atravesadas por las construcciones de género, que muestran múltiples y diversas formas de estar presentes.

Identificamos algunos padres de estos jóvenes que estaban ausentes en las vidas de sus hijos/as ya sea porque algunos habían fallecido, como el padre de Oscar y Carlos y luego también el padre de Felipe, Jairo; otros sólo sé que no estaban, como en el caso de Nano, Ketchup, Chula y Federico, o en otros casos con enfermedades terminales como el padre de Luis y Fabiola, y es probable que no hayan asumido ni ejercido ese lugar, como es el caso de Ramón, que fue abandonado cuando nació. En otros casos algunos “padres” y “padrastrós” estaban en prisión.

El consumo problemático de alcohol en las historias de algunos de los varones es algo que apareció en varios relatos, así como el ejercicio de violencias hacía las parejas y también en ocasiones hijos/as o hijastros.

“Aquí la mayoría no hemos conocido a nuestros viejos, o si lo conocíamos después no quisimos saber nada de ellos. Otros no se hacían cargo de nada, y las viejas salían a laburar, hacían de mamá y papá, por eso muchas veces creo que, si teníamos una

buena familia, no hubiera pasado lo que nos tocó pasar, porque algunas veces, si no estaba nuestras viejas, capaz que los padres ponían los límites, pero nos tocó pasar todo esto. Seguro algo bueno podemos hacer, no creo que seamos tan malo, para que desde chiquito nos pase esto, pero bueno tampoco podemos quedarnos a llorar, a ver si la pasábamos peor con viejos borrachos, violines o lo que sea. Capaz que la calle nos rescató, o nos cuidó en algunos momentos, pero si aquí sufrimos por todo es la verdad, pero lo mejor es que aquí también tenes libertad, cosas que capaz en tu casa no la tenes, porque están tus viejos, abuelos, lo que sea, aquí vos sos dueño de tu voluntad, y responsable de todo lo tuyo, en cambio cuando tenes tu familia, siempre todo saltan, ahí nadie crece, aquí creces a lo golpe”
(Fabio)

Para los varones, “padres” y “padrastrós”, las imágenes que ellos poseen y les hubiera gustado contar parece seguir primando la idea de hombre proveedor, responsable de un trabajo, por más que no todos los hombres estén siempre empleados o trabajando. En este contexto, el hecho de que algunos varones o estén durante el día en la casa por estar trabajando se equipara con “no hacer nada” vinculado con “vagos, mantenidos”. Así, en algunos casos, mujeres y varones decían sobre sus padres, padrastrós, o demás varones adultos que hacían “poco o nada” en relación con “ellos”, mostrándose en este caso una opción entre “trabajar o no” fuera del hogar, tal como presentamos en el capítulo 4, siendo uno de los principales motivos de su presencia en las calles la búsqueda de recursos económicos.

Jairo, por ejemplo, decía lo que recuerda, es ver a su padre poco tiempo en su casa porque trabajaba y por lo tanto no “sabía” ni “veía mucho con respecto a ellos”.

“Mi viejo nunca estaba en casa, es que él trabajaba en la construcción, de albañil, pero nunca venía a casa a dormir, nose como mi vieja se banco mucho tiempo estar con él. Después se iba a trabajar como trabajador golondrina en la época de la cosecha, andaba por ahí, hasta que no lo volvimos a ver, nos quedamos solos mi mamá y mis hermanos, mi abuela nos ayudó un monton cuando nos dejó él, siempre andábamos mirando vidrieras cuando era más chiquito, ver si alguna vez podía comprar algo, deseaba un helado” (Jairo)

A diferencia de lo que sucedió con las madres, en las que alguna recaía la responsabilidad de haber sido las causantes, o la falta de dedicación exclusiva de ejercer el cuidado, alimentación y protección durante la infancia. En relación por parte de los relatos sobre los padres fue realizado principalmente por aquellos, desde un lugar de mencionar las faltas o ausencias de éstos en tareas relacionadas con las razones de “proveedores”, aunque esta situación en algunos casos era insuficiente, o totalmente nula, sumado a ello también la falta de deberes como parejas. Así, si bien en ocasiones los padres están presentes físicamente

viviendo en la misma casa, hay una percepción de ausencia que es relatada por las/as adolescentes aludiendo a dolores, broncas y sufrimientos al dejar a la madre “sola”.

“Muchas veces vi a mi vieja, salir a laburar de cualquier cosa, vendiendo bollos, pan casero, pastaflora, lo que venía ella lo hacía. Mi viejo algunas veces estaba y otras veces no...pero ella se la banco y mi abuela también. Mi viejo después nos dejó y bueno tuvimos que remarla, yo no termine el colegio ni nada, pero mis hermanos mayores sí, ya tienen su familia...yo soy la oveja negra de la familia, me fui de casa muy chico, quise comenzar a tener mi propia plata, empecé a faltar así en el colegio, pero después me di cuenta que era un tonto, pero ya era tarde volver...mi vieja se enojó mucho con lo que había hecho, además le habían contado que me vieron con la bolsita, jalando poxirán, y eso peor se enojó. Ella no sabe que en la calle uno también sufre, que no es una piedra, que logramos salir delante de a poco, pero buenos volvemos a bajonearnos, igual yo de a poco fui perdiendo contacto con ellos, con mi vieja y hermanos, no era la idea, pero se fue dando así las cosas, pero bueno me queda salir solo adelante a mí, sino voy a aparecer por ahí tirado” (Brian)

Los reclamos y percepciones de ausencias incluyen el reconocimiento de descontento con los varones como parejas, lugares que por momentos se entrecruzan con su rol de padres, desde los discursos de sus hijos.

“Muchas veces los viejos están aquí, pero se terminan yendo, porque no hay laburo, la gente no entiende que nose...capaz que la falta de trabajo también hace que se vayan, pero era lo mismo si están o no, porque nunca estuvieron con nosotros ese, es la cuestión, nunca se hicieron cargo de nada, cuando salía de trabajar de la fábrica, venía todo en pedo, se hacía el pesado y se armaba el quilombo, nos teníamos que bancar mucho tiempo el estado de poder andar así, no teníamos ni para comer, tampoco ropa, empezamos a salir a pedir por el barrio, pero nos daba vergüenza, después comenzamos a salir a vender cosas con mi vieja, cuando mi viejo nos abandonó, ya estábamos más tranquilo, después bueno terminamos viviendo ahí, hasta que algunos nos empezamos a ir de ahí, nos fuimos primero a los hogares, después vinimos a la calle, a la termi” (Marcos)

Notamos que, ante esta falta de acompañamiento de los padres, en algunos relatos son mencionadas las otras figuras adultas, como ser tíos, abuelos, madrinas/padrinos, especialmente mujeres, como las que “cuidan” o “asisten” en la ausencia de la madre o padre.

“En ese sentido no nos podemos quejar mucho, por eso te digo, la polenta (fuerza) que me deja los changos aquí en la terminal, nos ayudamos entre sí” (Nano)

En otras situaciones la pareja, la relación de noviazgo, es vista como un vínculo que provee cuidados mutuos y que ayuda para “cuidar” a otros, como señalaban Elizabeth y Daniel. A su vez, vemos en estos casos que la pareja también actúa como elemento que

posibilita el rescate⁴⁷ de la persona, específicamente dejar algunas actividades ilícita o que se encuentra en las márgenes de la ley.

“- ¿Cómo es la cuestión de comenzar a dejar de a poco lo que hacen? ¿quién los ayuda?

Elizabeth: *algunos de los pibes ya tienen caída, algunos tienen pintados los dedos, con causa y todo, anduvieron por los penales, comisarias encerrados. Ahora varios de ellos tienen que cuidarse a no caer nuevamente, ese es el tema, que algunos aún tienen causa abierta, o cuando se mandaron las macanas por ser menores, entonces no estuvieron mucho tiempo encerrados, pero bueno ellos de a poco se tienen que rescatar, pero hay mala influencia, algunos ya andan en otras cosas, venden, tranzan con cualquiera, se dedican a hacer de todo por unos mangos, pero muchos de ellos están jugando con un poco de fuego, y no saben qué le va a tocar, siempre hay uno que después los puede entregar, ese es el tema, que no hay muchas gentes para confiar y aquí te jugas la vida”*

Continuando con las denuncias de “falta” de algunos hombres como padres, algunas fueron reconocidas por varones adultos refiriéndose a sus propios padres, al revisar su historia personal y familiar. Lalo reconocía que su padre consanguíneo; el “verdadero” “*se portó mal tanto en lo económico como en lo afectivo*”. Hacía mención a su “padraastro” quien desempeño el lugar de padre, pero no sustituyó el vínculo con el padre consanguíneo.

Como se ve en los relatos, la noción y el rol de “padraastro” fue frecuentemente escuchada, siendo usada para dar cuenta de la pareja o “marido” de la madre, quien en ocasiones asume un lugar de cuidado con respecto a los hijos/as de ésta frecuentemente luego tienen hijos en común, como es el caso de los padres de Luis. Por detrás de la figura del “padraastro” generalmente hay un “padre verdadero”, en tanto progenitor consanguíneo, en muchos casos ausentes o considerado “como muerto”.

“Esa es mi manera de ayudar a mi vieja, por lo que ella hizo, por lo que nos demuestra como madre. Ella tuvo tres hijos como mi padraastro y siete hermanos, mi padraastro se juntó con mi mamá a los 28 años, con ella con siete hijos. N me acostumbro a decirle papá porque al mío lo tengo vivo, pero yo a él siempre lo respeté. Si tengo una cuenta pendiente es con mi papá verdadero, porque para mí él se portó mal, tanto económicamente, como en lo afectivo, como padre al hijo, tengo como un rencor todavía ...no lo puedo perdonar, lo aceptó acá por mis hijos, porque él es el abuelo de ellos, yo lo acepto como eso, no como mi papá, porque tengo un rencor con él. No se lo demuestro porque no soy mal educado. Mis hermanos lo tienen como muerto a él y donde tiene que venir a morir es acá, porque sabe que yo no le demuestro, el odio que yo tengo con él (...) yo trato de estar al

⁴⁷ Epele (2008, 2010) identificó el “rescate por amor”, en el cual el cuidado de sé y cuidado por y de otros incluye al romance como rescate, como un patrón que legitima, da forma y normaliza a las parejas en las que uno de sus miembros es usuario de drogas

límite mío. Pero con mi padrastro éramos otra clase de gente. Porque uno sabe valorar lo que hace una persona otra, ese es el tema, de que no sabemos valorar lo que tenemos hasta que ya no está” (Lalo)

Por otro lado, vemos diferencias en cuanto a las prácticas que desempeñan con atribución específicamente hacia los varones. Las tensiones que señalamos entre aspectos materiales y afectivos en relación con las prácticas que tuvieron con sus padres aquí reaparecen, evidenciando diferencias en las construcciones y asunciones de género. O sea, además de las ausencias, notamos que se trata también de diferencias en cuanto a qué se entiende por haber tenido “padres” y qué se entiende que cada uno/a, desde su rol de género, debe hacer.

Podríamos generalizar que los varones conciben y realizan sus prácticas centralmente vinculadas con trabajar (sea de manera formal, informal, lícita e ilícita) y traer dinero a la familia, o a los hijos; “defender” a los integrantes tanto de su familia conformada por ellos o el grupo de pares, especialmente cuidando a los más vulnerados, realizando arreglos en los lugares donde “ellos” habitan, aunque su presencia es esporádica; transmitir saberes, experiencias y valores y poner reglas y límites. Siendo en algunas ocasiones estas prácticas reforzadas por los discursos, indicaciones y prácticas de los adolescentes.

Carlos, si bien él se posiciona que se encuentra actualmente en pareja y alude a las particularidades de este lugar de “no ser los hombres de acuerdo a un modelo”, según sus percepciones sobre lo que es la masculinidad y las tensiones que esto presenta, reconocimientos que las prácticas que vincula con ser “hombre” están fuertemente asociadas con aspectos cognitivos, educativos y morales.

“Siempre con los viejos hubo quilombo, más cuando nos abandonaron, nos dejaron en la calle, mi vieja estuvo mucho tiempo internada por el cáncer, anduvo en casa muy mal, después internada en el Pablo Soria, ahí estuvo varios meses recuerdo, hasta que murió, todos éramos muy chicos, Kechup, era caí un bebé, mi viejo estaba solo, y de en cuando mi abuela, o madrina, nos venían a visitar, después paso el tiempo y nos dejó en algunas casas, hasta que pasamos a los hogares, anduvimos por casi todos los hogares hasta los que no están en Jujuy, en el interior, recuerdo que nos quedamos un tiempo en el Hogar Escuela que está en la punta del parque San Martín, ahí nos echaron porque había mucho quilombo, éramos pendejitos terribles, escondíamos hasta la cartera de la seño, después una noche nos escapamos, mi viejo ya tenía otra pareja y no nos dejaba entrar a la casa, nos decía que nosotros debíamos estar en el hogar no en su casa,, que ahora ya había otra gente, que ya tenía otros hijos, y tenía que cuidarlos a ellos, empezamos a tirarle piedra a la casa, pero bueno nos vinimos a estar aquí en la calle, en la terminal, por donde sea” (Carlos)

Queda especialmente reservada para los varones, jóvenes y adultos, la práctica del “cuidar” vinculada con “defender”, física y moralmente a los integrantes del entramado, aunque muchas veces se generan conflictos internos en el mismo grupo. Aparece enfatizada la figura masculina asociada a la protección y la función de garantizar la seguridad del grupo al que pertenecen. En este sentido, nuestras observaciones coinciden con los aportes de Fonseca (1987) quien encontró que el hombre, especialmente en la línea de los consanguíneos, asume públicamente el papel de defensor de los miembros del hogar, aunque para las mujeres más viejas esa presencia masculina es asegurada con mayor frecuencia por hijos que por maridos.

La “demostración” o no de afecto, como señalábamos en el capítulo 4, re-apareció como característica de los modos de ejercer protección, mantener la cohesión grupal desde sus propios relatos. Lalo, ante la pregunta sobre cómo realizaban estas actividades vinculadas a la “masculinidad”, respondía: “*Y en general a todos, pero yo no lo demuestro, eso es lo que yo lo tengo, no te lo demuestro*”.

En otras ocasiones, menos frecuentes, algunos adolescentes y jóvenes desempeñaban una situación de amparo que incluía con más énfasis la importancia de la presencia y aspectos afectivos. Como Oscar, junto a su pequeño hijo recién nacido, que trabajaba vendiendo golosinas, pero a su vez tenía una participación activa cuidando a su hijo y pareja actual, madre de su último hijo, ante lo cual manifiesta la necesidad de poder afianzar el vínculo familiar:

“- ¿Cómo hacen con tu bebé recién nacido?

Oscar: *yo voy todos los días a verlos, están allá en el Alto Comedero, me tomo el cole, pero ya hay choferes que me conocen, me dejan pasar cuando no tengo para el boleto, son macanudos, trato de no mandarme macanas, porque la guita no alcanza y le doy a la madre, que es mi pareja actual, lo que hago, así ella compra pañales o cosas, que necesiten, aunque algunas veces le compro yo, porque en la zona de la terminal hay varias pañaleras*”

“- ¿Cómo te llevas con tu rol de padre y pareja?

Oscar: *ahora estamos bien, trato de no mandarme macanas, de portarme bien, sé que ella no va a ser nada, porque está en su casa, y con el bebé, además a madre de ella, creo que es evangelista, primero no me quería, porque se enteró de que estaba en la calle, y bueno todos piensan que somos de lo peor cuando vivimos en esa condición, me pongo las pilas pero hay recaídas, ese es el problema, siempre hay un poco de joda, sino esto no es vida....con mi hijo trato de llevarme mejor que con el mayor, quiero ser otro padre, distinto a lo que fui al mayor y al que tuve yo, que se borró y nos abandonó, nos dejó a mi vieja y hermanos sin nada, ni para comer teníamos, no quiero casi hablar de eso (...)*”

Si bien acá mencionamos algunas observaciones, consideramos que el lugar de los varones y sus relaciones con sus hijos/as sigue siendo un aspecto necesario de profundizar a fin de agudizar la mirada sobre las consecuencias de las fragmentaciones familiares y sus consecuencias.



7. Consideraciones finales

Aportes y desafíos

Este trabajo expuso diversas prácticas y relaciones que se entrecruzan en torno a la “*situación de calle*” a otros/as en el marco de los grupos juveniles que se encuentran viviendo en los espacios públicos en la ciudad de San Salvador de Jujuy.

El punto de partida de la indagación y elaboración fue la preocupación inicial de considerar la importancia de colocar el tema de la vulnerabilidad que se encuentran estos jóvenes, en el centro de las discusiones y las acciones necesarias, considerando la realidad de que todos los seres humanos necesitamos y recibimos distintas modalidades de atención, contención, asistencia, tanto por ejercido por los círculos más próximos, como resultan ser las instituciones del tercer sector, como por las gubernamentales. En este sentido, como expresamos, hablar de las condiciones de vida por las que atraviesan estos grupos de jóvenes no es un concepto neutro, sino que materializa desigualdades y diferencias, por lo que requiere que sea reflexionado a fin de contar con conocimientos y reflexiones que amplíen las posibilidades de generar mejoras desde las políticas sociales y los diversos procesos de intervención social.

Consideramos que los debates teóricos iniciados en los países anglosajones, e incorporados en América Latina, están contribuyendo en poner en escena las categorías que denotan como dimensión nodal del bienestar humanos, cuestionando su connotación de atributo y tarea natural del poseer un lugar “*digno y propicio*” para poder crecer, desarrollarse y desenvolverse. En esta línea, diversas investigaciones trabajan, intensamente en revalorizar dicha temática, mostrando su importancia en el desarrollo económico, social y ético de las sociedades, discutiendo e impulsando la inclusión en las políticas públicas en materia de niñez y juventud para contemplar las diversas vicisitudes en las que se encuentran. Asimismo, hay importantes aportes en reconocer ciertas características particulares de este contexto y discutir la asunción de las responsabilidades sobre las mismas por diversos actores, tanto a nivel micro, meso y macrosocial, mostrando las desigualdades que atraviesan dichos grupos de jóvenes adolescentes, niños y grupos familiares en contextos de marginalidad. En este sentido, consideramos meritorios todos los esfuerzos teóricos para rescatar, observar y pensar el valor de esta situación, en tanto mantenimiento cotidiano, estratégico y central en la vida de las poblaciones vulnerables, con la necesidad de que sea considerado en sus diversas

dimensiones, características y formas en que es desarrollado, valorado y distribuido en nuestras sociedades bajo la posibilidad de recibir mejoras ante tal panorama. Esta tarea supone un potente paso en el intento de reversión de desigualdades sociales, económicas y culturales, y en la búsqueda de mejores condiciones de vida.

Sin embargo, reconocemos que junto con estos esfuerzos se hace sumamente necesario producir conocimientos situados que den cuenta de las formas y comprensiones locales en torno a los alarmantes índices de marginalidad en contextos específicos, especialmente cuando se trata de áreas con fuerte impronta de segregación, que no han sido los contextos en los cuales se generaron las discusiones y conceptos de referencia en el tema.

En este sentido, este trabajo propone una manera de indagar, de construir y develar las prácticas, sentidos y relaciones específicas que la situación de calle adquiere en contextos particulares. Conocimiento que consideramos imprescindible para que el diseño de políticas e intervenciones sociales pueda adquirir sentido y eficacia en esas áreas. El intento fue en dirección de evitar reproducir modelos normativos y estáticos de atención a estas poblaciones vulnerables y de nociones asociadas con estos jóvenes, que pueden “enmascarar” la situación de calle asociándolo con prácticas y relaciones más uniformes, ideales y descontextualizadas.

De lo expuesto a lo largo de este trabajo, consideramos que las diversas vías que recorrimos para abordar el fenómeno permitieron una comprensión global y situada que dio respuesta a nuestro problema general de investigación orientado a indagar cómo se organizan cotidianamente para realizar sus distintas actividades en los distintos espacios de la ciudad, proponiéndonos describir y analizar prácticas que ellos desempeñan según los momentos, escenarios que se desplazan y los entramados de relaciones en que las mismas se desarrollan en la vida cotidiana de dichos jóvenes. Los diversos ejes desarrollados nos permitieron observar no sólo a quiénes “*son los habitantes de la calle*” y cómo “*llegan a esta situación*”, sino también los aspectos que dan forma y sentido a las mismas prácticas que se conciben como “*estrategias de vida*”, mostrando un modo de producción de actividades y relaciones orientadas al sostenimiento de la vida cotidiana de los sujetos que moran en las calles de la ciudad de San Salvador de Jujuy.

El trabajo etnográfico nos llevó a poner en cuestión aquellos usos de la noción de la situación de calle que resultan más estáticos, homogéneos y también naturalizados. Intentando

superar estas limitaciones, en esta investigación propusimos otro uso de la noción que permita: incluir fuertemente el aspecto relacional como intrínseco a la misma, incorpore usos diversos y locales de dicho término (que adquieren sentidos en relación con otros fenómenos y estructuras de significación locales) y que vislumbre la complejidad y tensiones de las prácticas y relaciones como componentes propios de habitar en estos espacios públicos y semipúblicos de la ciudad. En este sentido, la investigación desarrollada nos condujo a construir, trabajar y proponer la noción de configuraciones de las prácticas, vivencias y experiencias, entendiéndolas como prácticas que se conforman a partir de las relaciones de fuerza social en las que determinadas partes de un entramado tienen mayor capacidad de decisión y organización de la actividad social que otras, aunque también implican un grado de flexibilidad de posiciones de las fuerzas sociales que habilita su modificación, es decir, empleadas en determinados contextos y que, por lo tanto, ganan sentido de acuerdo con los intereses y necesidades de los sujetos involucrados, relacionadas con las particularidades de los procesos socio-económicos y culturales que atraviesan el territorio en el que se insertan. Utilizamos el termino situación de calle en su forma verbal con la intención de destacar su aspecto y abordaje relacional. Las prácticas desarrolladas en esta situación fueron consideradas como configuraciones, en tanto conjunto de actividades con sentidos, que incluyen diversas acciones que adquieren una disposición interrelacionada, vinculándose y siguiendo una cierta lógica u organización que incorpora y permite visibilizar tensiones, interrupciones y superposiciones con otras estructuras de sentidos de la vida cotidiana.

Analíticamente, el trabajo dio cuenta de esta configuración de las prácticas, experiencias y estrategias a través de reconocer las prácticas o acciones asociadas con la “situación de calle” según los actores, identificar los significados imbricados en las mismas, con sus tensiones y reconstruir aspectos centrales de las dimensiones temporales y espaciales en las que adquieren formas y sentidos. A partir de nuestro abordaje, encontramos que estos ejes resultan nodales para la comprensión situada de dichas prácticas que ellos llevan a cabo. Lo cual se complementó con la identificación del entramado de relaciones que van entretejiendo por las que circulan dichas prácticas. Entramado, que, analizando desde la interdependencia, fue comprendido teniendo en cuenta las interrelaciones entre los espacios de la ciudad, las actividades que desempeñan y las relaciones que se van generando.

A continuación, resaltamos y presentamos sintéticamente los hallazgos de la tesis a los que arribamos a partir de esta construcción analítica antes mencionada.

Para abordar las prácticas tanto los adolescentes como los jóvenes desempeñan, en primer lugar, detallamos minuciosamente las acciones -en tanto forma de denominar el aspecto más concretizado de las prácticas- que aparecieron relacionadas con “conseguir recursos económicos”, identificando las categorías locales asociadas. Las organizamos analíticamente en tres ejes: aquellas vinculadas con la presencia y los afectos, otras relacionadas con bienes materiales y un tercer conjunto asociado con la transmisión de saberes, experiencias, valores y reglas.

Entre las primeras identificamos las siguientes: “*Estar ahí*”, “*Estar pendiente*”, “*Estar atento*”, “*Preocuparse*”, “*Conversar*”, “*Estar en momentos especiales*”, “*Acompañar*”, “*Llevar a la salita de primeros auxilios*”, “*Acompañar y llevar a los niños al jardín*”, “*Ayudar a hacer la tarea cuando se puede realizar*”, “*Mirar*”, “*Hacer que estén en casa o en algún lugar resguardado*”, “*Mandarlos para adentro*”, “*Vigilar*”, “*Dar un lugar en la casa*”, “*Mandar a vivir a otro lugar*”, “*Dar y demostrar cariño*”, “*Abrazarse*”, “*Saludarse*”, “*hacer upa*”, “*buscar al hijo/a*”, “*Defender*”.

Entre aquellas prácticas centradas en bienes materiales -que es necesario conseguirlos, garantizarlos, construirlos y/o mejorarlos- emergieron: “*Cuidar las pocas cosas que tenemos*”, “*Construir en un futuro la casa*”, “*Agrandar y arreglarla*”, “*Trabajar*”, “*Dar dinero para los remedios y los pañales*” “*Comprar cosas para la escuela*”, “*Comprar y regalar ropa*”.

“*Hablarle*”, “*Inculcar las cosas que me pasaron*”, “*Dar consejos y advertencias*”, “*Mostrar*”, “*Enseñar con el ejemplo*”, “*Incentivar que estudien*”, “*Hacer que estudien*”, “*Enseñar*”, “*Poner condiciones para el noviazgo*”, “*Cuidarse (de un embarazo no deseado)*”, “*Poner límites*”, “*Dar permiso*” y “*Corregir*”, conformaron el tercer conjunto de acciones centralmente relacionadas con la transmisión de saberes, experiencias, valores y reglas.

La investigación nos permitió concluir que al identificar las diversas acciones que componen el abanico de prácticas que dan forma a la categoría émica de la “situación de calle” en el contexto provincial, al observarlas integradas, en estrecha relación con otras estructuras de sentidos y entendiéndolas en tanto configuraciones, identificamos algunos

núcleos que consideramos de tensión en torno a sus sentidos, los cuales contribuyen a considerar a las prácticas que ellos desenvuelven en el espacio público como configuraciones complejas. En este trabajo hemos observado las violencias específicamente desde sus cruces y traslajos con las prácticas, estrategias de diversa índole y señalamos que la relación entre ambas presenta entrecruzamientos diversos. Ejemplo de esto son las superposiciones entre las categorías locales de por las cuales definen su permanencia y desplazamiento en los distintos espacios, las cuales definen una serie de acciones, relaciones y espacios que articulan las comprensiones en torno a las relaciones con sus pares y otros adultos, la segregación urbana y el sostenimiento de la vida cotidiana de los sujetos en esos territorios. Las estrategias centradas en cuanto a su sentido de “sobrevivir”, las cuales son entendidas como “*proteger a los otros como así mismo*”, pretenden y a veces consiguen, evitar con éxito las violencias circundantes; muchas otras veces, no, y algunas oportunidades, incluso desatan más violencia. Aparecen entonces acciones violentas que se presentan como modos aceptados de permanecer en tales circuitos, como hemos visto en el conjunto de prácticas vinculadas con “*defender*” y con “*poner límites y corregir*”.

La acción de “*proteger*” emergió en algunos relatos vinculada a la idea de “*cuidar*”, presentándose para algunos sujetos como la que mejor describía lo que hacían por los otros, también demostrando su dominio ante determinados espacios, dando a conocer su masculinidad, su fuerza. Sin embargo, al tiempo que lo presentaban como sinónimos, identificamos diferencias en los sentidos que albergaban ambos términos. Observamos que “*proteger*” está más vinculado “*con defender*” de algo o alguien, por lo que marcaría una relación con aquellos que no pertenecen al grupo de ellos, con la intención de resguardar a alguien de un peligro o daño. Mientras que “*la situación de calle*” sería más concerniente al desarrollo de la persona por los “*momentos*”-en toda la amplitud de su usos y afinidades que trabajamos- y no hace alusión específicamente a amenazas, daños o violencias.

Otros aspectos que identificamos en tensión fueron las relaciones entre “*trabajar*” y “*no hacerlo*” y entre los aspectos “*materiales*” y “*afectivos*” o, donde observamos diferencias en las concepciones atravesadas por las construcciones de género. Si los esfuerzos teóricos y de reflexión han puesto el énfasis en observar las actividades de diversas índoles como ser las que desempeñan en cada uno de los momentos que atraviesan por las calles de la ciudad, revalorizando su carácter de trabajo, al señalar el valor social y

económico que los mismos generan, el abordaje etnográfico nos permitió complejizar el asunto desde la perspectiva de los actores. Expusimos que en los casos en que fue explicitado el “*trabajo que realizan*” remunerado o no, como las actividades que no sólo requieren algún tipo de atención, dedicación de “*llevarlo a cabo*”, esto era realizado por los hombres, mientras que las mujeres que la mayoría de las jóvenes entrevistadas, reconocían como una de las actividades que mayormente desempeñan durante su cotidianeidad, es el cuidado de los hijos, su educación como así también la venta ambulante de manera esporádica. Por lo tanto, identificamos diferencias de género, al tiempo que señalamos que algunos varones resignifican el “*trabajo*” como forma de dar a conocer su masculinidad, su puesta en escena de lo que significa ser hombre, lo cual parece interesante de tener en cuenta. Asimismo, en algunos relatos las prácticas centradas en los “*afectos*” y en lo “*material*”, concepciones también atravesadas por diferencias de género.

Otro aspecto que ameritó diferentes opiniones fue al respecto de algunas realizadas por niños/as. Observamos que para algunos/as adultos/as que el niño consiga dinero o bienes para “*sobrevivir*” es visto positivamente, en tanto una habilidad que desarrolla y es posible que le sirva en el futuro. Sin embargo, otras jóvenes y adultos/as consideran que “*trabajar*” tendría que ser una actividad reservada para los/as adultos/as y, por lo tanto, el trabajo de los/as niños/as se opone a los distintos lineamientos de las legislaciones vigentes tanto en el territorio nacional como provincial.

Las dimensiones temporales y espaciales fueron presentadas en este trabajo como coordenadas que atravesaban, organizaban y daban sentidos a las prácticas que desempeñan y a la circulación de las mismas en los entramados que circulan ellos. Presentamos el tiempo como elemento constitutivo de la “*situación de calle*”, exhibimos los tiempos presentes y cotidianos, las referencias a los momentos según edades y las relaciones con el desarrollo de la historia personal y familiar. Una primera observación que atraviesa la relación entre las prácticas que desempeñan y la dimensión temporal, es que las mismas se desarrollan en el tiempo presente de la vida cotidiana, estando en íntima relación con lo que se está haciendo, diferenciando el tiempo empleado en otras acciones. Este tiempo cotidiano está ritmado, con horarios y momentos que marcan una secuencia y organizan el día. A su vez, en los relatos aparecieron referencias a tiempos que están relacionados con las edades y etapas vitales de los sujetos, las cuales definen los requerimientos y posibilidades de las personas que dan forma a

las prácticas que desenvuelven. Las referencias a las historias familiares fueron utilizadas para explicar las prácticas desarrolladas en el presente. Así el trazado de líneas temporales que anudan pasado, presente y futuro emergió como un núcleo importante en la explicación de las prácticas, con sus sentidos, valores y motivos.

Desde los espacios, problematizamos distribuciones de “seguridad” y “peligros” en el territorio. En este sentido, lo “seguro” y “peligroso” también fue puesto en discusión en este trabajo. Con respecto a esta organización espacial, presentamos la distinción entre los espacios de “adentro” y de “afuera”. Mientras “adentro” estaba asociado con “mi casa”, “mi mundo” y “mi familia”, “afuera” aludía a la calle. Entre ambos espacios aparecía la construcción que se levantaban con el objetivo de reforzar y garantizar esta separación.

La “casa” centralmente era asociada con un espacio de protección y la “calle” con lo “peligroso”, pero también como un lugar de “oportunidades, novedades y libertad” todo lo cual se conjuga dentro del mismo territorio, con las características de segregación desarrolladas. En este contexto, “habitar dentro” y “mandarlos para adentro” de las casas, se configuran como importantes prácticas contrapuestas a lo que sería vivir en la calle, siendo que “estar adentro” de las viviendas supone garantía de “seguridad”. Dentro de ese espacio, la unidad familiar se presenta como valor y práctica que se orienta a actuar como resguardo y protección, mientras que la calle representa totalmente lo opuesto. Ante los “peligros” de la calle y la “dificultad para vivir” en el mismo, la “familia” y “estar unidos”, principalmente entre los familiares, son reconocidos como valiosos recursos para poder vivir en dicho espacio. Identificamos un conjunto de “peligros de la calle” que aparecían asociados con las formas y sentidos que adquieren las prácticas de estar en las calles.

Entre éstos señalamos tiroteos, enfrentamientos, peleas y muertes; situaciones de robos, agresiones verbales, físicas y sexuales, especialmente para las mujeres; temores de que “desaparezcan” o “agarran” a los chicos, es decir, que secuestren niños y niñas. La delincuencia apareció como una realidad posible en el trayecto vital de los jóvenes, especialmente para los varones. La misma es vista como una posibilidad y por lo tanto es algo que genera entre los más grande del grupo una “opción viable” de que suceda. En este contexto hay “situaciones que se deben rescatar” se orienta a “hacer lo posible para que no vayan para un lado u otro, robos o droga”, no sea un “drogadicto chorro”, no haga “mala

guita”, ni “*integre ni sea jefe de una banda*”. Para las mujeres, la delincuencia está asociada en algunos casos con “*mechear*”.

El consumo de drogas también es reconocido como un tema del cual “*cuidarse*” y a explicar cómo hacerlo, tanto para varones como para mujeres. El consumo de drogas aparece más aceptado y menos temido que la delincuencia, el objetivo principal es que la persona no se haga daño, no se “*arruine*” o en todo caso, que lo haga sin robar o hacer daño a otros. A su vez, tanto los procesos de estigmatización y las discriminaciones que se reproducen dentro del mismo territorio, requieren el desarrollo de prácticas para poder contrarrestar los “*momentos*” de las violencias y riesgos que esto puede generar, por ejemplo, aprendiendo a “*defenderse*”.

Las “*inseguridades*” y “*peligros*” de los cuales “*cuidarse*” son explícitamente asociados con la “*calle*”, mientras que la “*casa*” en tanto “*adentro*” aparece en la mayoría de las expresiones como espacio “*seguro*”. Sin embargo, en los mismos relatos escuchamos referencias a múltiples violencias que suceden en el espacio doméstico.

Para el abordaje de las relaciones por la que circulan las prácticas, las vivencias, acuñamos la noción de entramados. Definimos como entramado al recorte de la red de pertenencias relaciones definidas así por los sujetos, conformado una red de “*parientes entre sí*”, sea por relaciones de consanguineidad, afinidad u otras, como personas consideradas como tal por la fuerte proximidad e identificación.

En esta tesis optamos por prestar central atención al aspecto relacional de las prácticas llevadas a cabo en los espacios públicos pensando que de este modo es posible que se hagan visibles múltiples relaciones cotidianas. Por lo tanto, presentamos un mapeo de las relaciones por las que circulan las prácticas planteando que las mismas pueden ser comprendidas desde la interdependencia, reconociendo los sujetos y las características que asumen dichas relaciones en el territorio específico en el que nos insertamos. El abordaje de las relaciones desde la interdependencia abrió las posibilidades de exploración sobre los distintos episodios cotidianos, evitando la estandarización o normalización de ciertos vínculos, lo cual consideramos que constituye un significativo aporte al permitir una visión del conjunto de actores y al visibilizar ciertas relaciones que suelen ser desconsiderados en abordajes teóricos sobre las distintas situaciones, como por ejemplo los vínculos fraternos. La intención fue visibilizar diversos vínculos a fin de aportar una visión

más compleja que permita comprender algunas características distintivas de cada lazo y a su vez observar cómo participan en el conjunto de los entramados que se tejen para “*las diversas actividades que realizan*” y las prácticas que se realizan para esto. El esfuerzo fue en dirección de alejarnos de la consideración de los grupos como constitución estática y prototípica y tratar de aproximarnos a modos más “*reales*” y situados de organizarse y significar las relaciones.

Para presentar estos distintos escenarios, observamos las formas y sentidos que éstos adquirirían en la interrelación del territorio los diferentes espacios de la ciudad y los diversos emplazamientos ocurridos, señalando aspectos de las dinámicas y valores que nos permitan comprender cómo y con qué motivos se mueven las personas entre las distintas instituciones y espacios para “*cubrir sus necesidades*”. En este sentido, las características del espacio en tanto “*espacios familiarizado*”, las relaciones entre los lugares que circulan y permanecen que actúan como una unidad y la circulación de personas entre las instituciones en las cuales les brindan, asistencia, contención y resguardo en torno “*a sus historias de vida*” fueron claves de observación que trabajamos. Luego profundizamos esta dinámica señalando las principales relaciones por las que circulan las prácticas desarrolladas por los adolescentes y jóvenes apuntando algunas características sobresalientes de cada una, considerando diferencias de género, etaria y de roles dados por el interjuego de la situación.

Presentamos que la proximidad espacial y el gran número de “*hermanos de la termi*” en un mismo territorio generan un entramado de relaciones que pueden brindar sostén y ser las principales relaciones por las que circulan las prácticas, historias de vida, y a su vez pueden protagonizar conflictos y distancias. Dentro de este “*espacio familiarizado*”, señalamos que las relaciones cotidianas que se establecen en torno a las prácticas que desarrollan en las calles de la ciudad implicando en varios entramados movimientos de los sujetos entre diversos lugares por donde transitan y permanecen, las cuales funcionan como una configuración de los espacios (Marcelin, 1999) o ranchadas en red. Presentamos dos aspectos que surgieron como significativos núcleos organizadores para dar y recibir distintos tipos de atención en el contexto intra-grupal y para moverse entre cada uno de estos lugares. Por un lado, algunos valores como la unidad, los motivos por los que ellos llegaron a vivir en la calle y la comensalidad motivan ciertas prácticas; y a su vez, los procesos de reciprocidades, directas e indirectas, atraviesan los intercambios.

Expusimos que las prácticas y las personas del entramado social encargadas de las mismas, se organizan en torno a la premisa de “*defender a lo nuestro*” y “*estar unidos*” para esto. El valor de “*defender lo nuestro*” aparece como elemento central en ciertas explicaciones sobre a quién se puede brindar compañía y como factor aglutinador, resaltándose la preeminencia de la pertenencia grupal como elemento protector. Está “*unión*” aparece como valor y recurso que intenta compensar las violencias del territorio y también lidiar con la escasez e inestabilidad de recursos materiales. A su vez, la investigación reflejó que dicha unidad es también un ideal que en ocasiones sobrecarga a algunos integrantes, genera frustraciones y oculta conflictos, desigualdades y violencias, al tiempo que contribuye a reforzar la concentración de las responsabilidades sobre las prácticas exclusivamente en el ámbito de la calle, manteniendo efectiva y representacionalmente la idea de las tareas de “*protección, cuidado y defensa*” como algo propio del espacio privado. Proceso que tiene como máxima exponente a los más grande del grupo.

Entre los movimientos de personas en torno a las “*actividades*”, observamos jóvenes que circulan entre diversos lugares, principalmente aquellas que están incluidas dentro de la configuración de los sitios de su entramado y también otros lugares, aunque no tan cercanos, pero al mismo tiempo próximos a ellos. En este proceso, registramos el desarrollo de una cierta “*auto-gestión*”, sobre sí mismos: son mirados por adultos/as y por otros jóvenes, pero tienen en general una cierta autonomía para moverse. En este contexto cobra sentido “*mirarlos/as*” como práctica desarrollada por adultos/as, y jóvenes. A su vez, “*dar de comer*”, ofrecer y repartir los alimentos es considerado un valor importante y da forma a algunas prácticas.

Los desplazamientos entre los espacios en los que circulan para “*protegerse, velar*” también se explican a partir de saber que allí donde se vaya quien esté va a responder ante las demandas de los demás, es decir, que “*se puede contar*” con ellos/as. Así “*poder contar*” apareció como una categoría local que permitía observar relaciones de reciprocidades entre los entramados. El “*poder contar*” y retribuir lo que se da tiene que ver con los “*valores y el valorar*”. Se espera que el otro/a valore la práctica que desde un principio recibe o recibió. En relación con valorar o no lo recibido, aparecieron menciones a sentimientos y actos que reflejan gratitudes e ingratitudes, muchos de los cuales se desarrollan en el tiempo, a lo largo de los sucesos de la trayectoria personal. Así, identificamos la distinción entre aquellas

amistades con los que “*se puede contar*” y por lo tanto parece que si es válida la queja. Notamos que la “*queja*” actúa como un indicador que revela la función de los valores, las reglas, normas y obligaciones que atraviesan las relaciones entre ellos.

Luego de esta presentación, señalamos los principales vínculos entretejidos que consideramos que ocupan un lugar destacado en la conformación de los arreglos en torno a las “*prácticas, experiencias y vivencias*”. Dentro de este “*sector investigado*” nos encontramos generalmente con un amplio grupo de “*adolescentes y jóvenes*”, conformado por los sujetos que en muchas ocasiones son también los vendedores, personal de seguridad, dada la proximidad espacial, y también por aquellos que los acompañan en los momentos que necesitan cuidado, apoyo, contención son considerados como “*familiares*”. Por lo general la denominación amplia de “*parientes*” engloba a aquellos con quienes se tienen vínculos consanguíneos y de afinidad, teniendo un lugar destacado hermanos/as y cuñadas/os adultos/as. También integran esta categoría relaciones de vecindad que vinculadas por la proximidad espacial y desarrolladas en el tiempo, pasan a conformar una relación de parentesco para los sujetos, a partir de actividades compartidas y el desarrollo de un vínculo de proximidad afectiva, que suelen ser llamados de “*parientes postizos*”. Dentro del amplio conjunto de “*parientes*” se destaca aquel grupo de niños/as, adolescentes y jóvenes que conforman parte del entramado y de la configuración de los lugares donde se apropian. Centralmente incluye a los hijos/as, sobrinos/as y ahijados/as, hijos de hermanos/as, cuñados/as, amigos/as con quienes se tienen relaciones próximas y por lo general, construidas a lo largo del tiempo.

Notamos que los lazos fraternos ocupan un lugar importante en la configuración de los arreglos familiares, adquiriendo particularidades estas relaciones entre las niñas/os, adolescentes y jóvenes. Entre estos lazos fraternos, según la edad, hay una línea que marca prácticas distintivas que se dirigen desde los/as mayores hacia los/as menores y entre los pares. De acuerdo al género, hay ciertas prácticas que definen que sean los varones quienes cuiden a las mujeres, especialmente en función de determinadas prácticas vinculadas con la “*protección*” y “*defensa*” como por ejemplo “*vigilarlas*”. Mientras que prácticas vinculadas con “*llevar y traer de los jardines*” u otras acciones desarrolladas en los espacios de la terminal, quedan principalmente centradas en los padres. La unidad entre hermanos/as aparece como valor repetido, transmitido y ejercido, lo cual incluye la relación con las primas o

primos, dando cuenta de relaciones entre quienes comparten la misma generación del entramado familiar. En esta relación entre pares, tanto primos/as como hermanos/as, especialmente entre adolescentes y jóvenes, la noción de “*proteger*” asociada con “*defender*” es la que prima. Así, la “*manada*” se constituye como un beneficio ligado a la pertenencia y se organiza para *defenderse*”.

Dentro de las relaciones de abuelidades y maternidades, aparecieron con reiteradas referencias a la persona que me “*crio*”. “*Dejar al cuidado de otra persona*” emergió como una práctica de “*convivencia*” en la que aparecen referencias a nietos/as que viven o han vivido en forma permanente con sus abuelas o abuelos. Las principales personas que se encargaron de “*cuidar*” o “*tener*” en forma permanente a niños y niñas han sido abuelas y en menor medida abuelos. Si bien primaron los cuidados permanentes a cargo de personas que ya eran parte del entramado, también aparecieron algunas situaciones en las que se mencionaron personas con quienes no se tenía previamente vínculos familiares. Mientras algunas abuelas “*cuidan*” o “*crían*” en forma permanente, siendo las responsables centrales de dicho proceso, otras desempeñan un lugar de acompañantes, como parte de una red en torno al “*cuidar*” dentro del contexto de los espacios que circulan y de la configuración. Algunos jóvenes participan en el cuidado de más ancianos de manera esporádica, hombres y mujeres de una franja etaria de los 55 a los 86 años, según los relatos. Al tiempo varias de las personas ancianas sentían que sus nietos/as las “*cuidan*” a través de acciones cotidianas, como ayudas en las tareas domésticas y visitas. Además de algunos de ellos lo realizan en forma permanente, aunque espaciada en el tiempo a sus abuelos.

En cuanto a las jóvenes en el rol de madres, expusimos que en la mayoría de sus discursos se enfatiza la asunción de la responsabilidad central y en ocasiones exclusiva, sobre sus hijos/as y otros integrantes del entramado familiar, reproduciendo un ideal dominante de maternidad. A su vez, en varios relatos aparecieron evaluaciones realizadas por varones y mujeres sobre las maneras de “*cuidar*” de otras personas de su propia familia u otros entramados familiares. Estas evaluaciones se concentraban principalmente en las “*madres*”, siendo éstas las primeras responsabilizadas y criticadas por déficits en los cuidados de sus hijos/as. Las cuestiones que fueron remarcadas, como falencias están relacionadas principalmente con mandar o estimular a sus hijos para “*salir a robar*”, “*mandarlos a trabajar a la calle*”, “*no cocinarles*”, “*no fijarse cómo están sus hijos/as*”, dejarlos andar por

la calle sin mirarlos y “*tratarlos mal*”. Observamos en estas críticas que las explicaciones de ciertos procesos que atraviesan la cotidianeidad del territorio se concentran y reducen en el ámbito familiar y en las madres en especial.

Con respecto a los varones en su rol de padres, en líneas generales notamos dos aspectos centrales. Por un lado, figuras paternas asociadas con lugares y ejercicios ausentes, y por otro, diferencias en la concepciones, ejercicios y atribuciones de las prácticas realizadas por éstos, atravesadas por las construcciones de género. Las tensiones que señalamos entre aspectos “*materiales*” y “*afectivos*” en relación con las prácticas que desempeñan aquí reaparecen, evidenciando diferencias en las construcciones y asunciones de género. Podríamos generalizar que los varones conciben y realizan sus prácticas centralmente vinculadas con “*trabajar*”; “*defender*” a los integrantes de su propio grupo, especialmente a las mujeres; realizar arreglos en la vivienda, como “*poder poseer una casa*” y “*tener un buen trabajo*”; y transmitir saberes, valores y reglas, como a través de “*contar las cosas que me pasaron*”, “*dar consejos y advertencias*”, “*poner límites*”, “*dar permiso*” y “*corregir*”.

En suma, como presentamos en este trabajo, este tema nodal y significativo sobre los grupos juveniles en situación de calle está cobrando importancia en estos últimos años en la región latinoamericana, siendo inicialmente desarrollado en los países del hemisferio norte. En este contexto, esta tesis es un aporte original que propuso un modo de analizar el tema desde las particularidades de un núcleo urbano segregado de la Argentina. A su vez, planteó una nueva perspectiva en el modo de abordarlo, dando respuesta a un área vacante. Profundizamos desde una metodología etnográfica en las perspectivas de los actores, recogiendo la singularidad de sus prácticas, sentidos, lógicas y categorías locales en torno a las “*vivencia, prácticas y experiencias*”. En este sentido, realizamos un movimiento que se trasladó desde considerar la situación de calle como construcción teórica, para pasar a tocar este “*concepto*” en el contexto familiar como categoría émica o nativa, utilizada en una “*villa*” o núcleo urbano segregado de Jujuy. Dando cuenta de esto, la tesis mostró las prácticas, procesos, relaciones y valores que se actualizan en la “*situación de calle*” en el contexto familiar, las cuales contribuyen en la comprensión de la complejidad de la vida cotidiana de los sujetos en un área urbana segregada.

Resaltamos que uno de los aspectos centrales que el recorrido de este trabajo mostró es que las prácticas están conformadas por una multiplicidad de acciones, las cuales se definen

en estrecha relación con otras estructuras de significación que conforman la vida cotidiana en ese territorio, como los espacios de “adentro” y “afuera” y los “peligros”, las “inseguridades” y “seguridades”, entre otras que presentamos a lo largo de los capítulos. Estando atravesadas por fenómenos como las segregaciones socio-espaciales, estigmatizaciones, fracturas internas, violencias y normas de silencios que se anclan en el territorio y le dan forma a las mismas prácticas que son consideradas como tradicionales de la “*situación de calle*”.

Como mencionamos y presentamos, el recorrido realizado nos permite definir las prácticas de la situación de calle como configuraciones dinámicas, relacionales, contextualizadas y complejas. En esta dirección, el texto muestra la pluralidad, superposiciones y tensiones que aparecían en las prácticas significadas por los sujetos como “*situación de calle*”, procurando exponerlas con la intención de movilizar el pensamiento, generar interrogantes y reacciones, a fin de profundizar la comprensión. A su vez, recoger las categorías locales nos ha servido para problematizar, profundizar y complejizar algunos aspectos de elaboraciones teóricas. En este sentido, expusimos que si bien las discusiones teóricas actuales ponen en evidencia y cuestionan las diversas desigualdad socio-económicas, de género, territoriales, entre otras que señalamos, en las que se anclan la valoración y distribución de las actividades en situación de calle, la misma noción también puede anudar concepciones hegemónicas, unívocas, patriarcales, etnocéntricas, que no contemplan las formas, sentidos y relaciones diversas que adquieren en determinados espacios.

De-construir estas concepciones implica una ardua tarea, especialmente por la impronta cotidiana naturalizada de las prácticas e ideas asociadas a la “*situación de calle*”, así como de aquellas en torno a los vínculos mediante las cuales se desarrollan. En este sentido, intentamos contribuir a “*desenmascarar*” la situación de calle, mostrándolo en el conjunto de fenómenos en los que se desarrolla y cobra sentido. Ésta es una labor necesaria para contrarrestar ideas preconcebidas que favorecen a reproducir una sociedad desigual, considerando que la dificultad para relativizar los puntos de vista es una de las cuestiones relevantes a ser trabajadas en la implementación de políticas sociales y en todo trabajo de intervención social. Consideramos, entonces, que esta tarea de deconstrucción de concepciones unívocas y la identificación de formas sentidos que adquiere en espacios concretos, es de suma relevancia para poder orientar políticas públicas e intervenciones que tiendan a la responsabilidad del Estado en los casos de vulnerabilidad. Por lo tanto,

sostenemos la necesidad de pensar y diseñar posibles soluciones a los problemas en torno a la provisión de medidas partiendo de conocer las modalidades “verdaderas”, no las imaginadas como modelo único, en que los sujetos unen sus necesidades, capacidades y posibilidades en territorios específicos.

Asimismo, pensamos que los resultados de esta investigación permiten abrir el dialogo y genera interrogantes sobre los usos que, desde diversas profesiones, que trabajan en los territorios, se da a la noción de situación de calle. Dicho dialogo podría permitir examinar las consecuencias teóricas y ético-políticas de estos usos para las instituciones, para los/as profesionales y para un amplio sector de la sociedad. Si bien en este trabajo no exploramos las concepciones profesionales de la categoría situación de calle y vejez en el marco -las cuales probablemente sean diversas-, a continuación, sugerimos algunas ideas que ameritarían ser repensadas y a partir de las cuales se podrían profundizar las reflexiones:

- Las familias concebidas como espacios exclusivos para la crianza, crecimiento y desarrollo, depositarias de las responsabilidades sobre el cuidado de la niñez, adolescencia y juventud. Aspectos que los estudios sobre la marginalidad, exclusión social vienen intentando denunciar y modificar. Situación de adjudicación que se agrava por las situaciones de desigualdades sociales que afectan al territorio específico en el que trabajamos y que generan procesos en los que se depositan y transfiere al dominio de los vínculos próximos y familiares un conjunto de tensiones, emociones y conflictos producidos en diversas áreas de la vida cotidiana, así como también la expectativa de reparación y resolución, por lo tanto son procesos que conllevan la transmisión y refuerzo de los patrones de desigualdad existentes.
- La normalización de ciertos vínculos en el marco de las familias que deberían ser los privilegiados para brindar el espacio propicio para la construcción de un bienestar, bio-psico-social. En las dicotomías entre asistencia y derechos desde un modelo del “deber ser”, que en muchas ocasiones no captan ni consideran las complejidades de las características y categorías locales y, por lo tanto, pueden volver ineficaces las intervenciones y también elementos de las políticas sociales. En los cuales se plasman tensiones entre las concepciones “ideales” sobre las familias y los cuidados y las configuraciones “reales” de los vínculos y las prácticas que se orientan a velar por el

cuidado de la integridad de los sectores más vulnerables, como hemos venido mencionando.

- Visiones restringidas, homogéneas y dominantes de las prácticas y sentidos de la situación de calle, posiblemente también vinculados con las trayectorias e imaginarios personales, además de los profesionales. Consideramos que las prácticas profesionales que se basan sobre visiones centralizadas pueden generar obstáculos y malestar y a su vez pueden anular posibilidades de acción de los sujetos, deviniendo así en prácticas ineficaces – en el mejor de los casos- y violentas en otros. Al tiempo que también pueden generar ineficacia, confusión y frustración en los mismos profesionales prácticas que no incorporen la capacidad de comprensión de la referencia o matriz socio-cultural de los sujetos con los que se trabaja. Lo cual debería permitir revisar la oposición naturalizada entre quienes saben cómo se debe proceder y los “objetos” de recepción de ese saber, estableciendo desigualdades entre profesionales y sujetos, en términos de saberes y capacidades. En este sentido, una cuestión de central importancia en las prácticas profesionales se relaciona con el riesgo de idealización por parte de los profesionales expresada en la tendencia a atribuir exclusivamente a sí un saber, con base sobre su formación técnica, y negar que los sujetos tengan un saber sobre sí mismos. Considerar el punto de vista ajeno implica el confrontarnos con nuestro propio punto de vista, lo que significa romper con el estatuto de verdad que los profesionales e investigadores tienden a atribuir a su saber, relativizando su lugar al pensarlo como uno entre otros discursos legítimos, aunque enunciados desde lugares socialmente diferenciados.

En este sentido, destacamos los aportes de este abordaje etnográfico en el cuestionamiento de prejuicios sobre la situación de calle y los grupos juveniles en un área con una fuerte impronta de segregación como es considerado la zona de la terminal de ómnibus y sus sectores aledaños. Consideramos que los resultados de este estudio pueden construir un aporte sustancial en el diseño de procesos de intervención en el trabajo con los niños, adolescente y jóvenes identificados como en situación de calle habiendo que todo proceso de intervención social que quiera contar con la participación activa de los actores y grupos sociales, debe apoyarse en los saberes y prácticas locales. Por lo tanto, pensamos que los hallazgos aquí presentados pueden actuar como disparador para continuar profundizando en

torno a los diálogos o discordancias entre las categorías teóricas sobre marginalidad, las categorías locales en estos procesos. En esta dirección, vislumbramos como desafíos pensar estrategias de investigación e intervención que permitan incluir la complejidad de los sentidos diversos que albergan tales nociones y sus vinculaciones en contextos específicos. Insistimos en que si no se consideran las particularidades de las formas y relaciones que adquieren las prácticas, vivencias y experiencia, las cuales en parte son respuestas de los entramados ante dichas situaciones de desigualdades sociales ancladas en el territorio, tendremos pocas herramientas para contribuir a revertir dichas desigualdades y avanzar en la responsabilidad colectiva sobre esta problemática.



Bibliografía

- ABRAHAMSON, P. (1997). “Exclusión social en Europa: ¿vino viejo en odres nuevos?”, en Moreno, L. (comp.), *Unión Europea y Estado de Bienestar*. Consejo de Investigaciones Científicas (CSIC), Madrid
- ACHILLI, E. y otros (2000). *Escuela y ciudad. Exploraciones de la vida urbana*. Centro de Estudios Antropológicos en Contextos Urbanos. Editores-UNR Editora, Rosario.
- ALDER LOMNITZ, L. (1994). *Redes sociales, cultura y poder: ensayos antropología latinoamericana*. FLACSO-Miguel Ángel Porrúa, México.
- ALAZATE PIEDRAHITA, M. (2001). “El descubrimiento de la infancia: historia de un sentimiento”, en *Revista de Ciencias Humanas*, Universidad Tecnológica de Pereira, N° 30, Colombia. Consultado el 15 de abril de 2015 en el URL: <http://utp.edu.co/-chumanas/revistas>.
- ANTUNES, R. (2003). *¿Adiós al trabajo? Ensayo sobre las metamorfosis y el rol central del mundo del trabajo*. Herramienta, Buenos Aires.
- ARIÉS, P. (1986). “Infancia”, en *Revistas de Educación*, Madrid, N° 281, pp. 5-7.
- ARIÉS, P. (1987). *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*. Taurus, Madrid.
- AUGÉ, M. (1993). *Los no lugares, espacio de anonimato*. Gedisa, Barcelona.
- AUTÉS, M. (2004). “Tres formas de desligadura”. En Kársz, S. (coord.), *La exclusión: bordeando sus fronteras. Definiciones y matices*. Gedisa, Barcelona.
- AUYERO, J. (2001). *La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo*. Ed. Manantial. Buenos Aires.
- BACHELARD, G. (1972). *La formación de espíritu científico. Contribución a un psicoanálisis del conocimiento objetivo*. Siglo XXI, Buenos Aires.
- BACHELARD, G. (1975). *La actividad racionalista de la física contemporánea*. Siglo XXI, Buenos Aires.
- BAHR, H. (1973). *Skid Row: An introduction to disaffiliation*. Oxford University Press. New York.

BARATTA, A. (1995). “La niñez como arqueología del futuro”, en Bianchini, M. C. (comp.) *El derecho y los chicos*. Espacio, Buenos Aires, pp. 22.

BARREIRO GARCÍA, N. (2000). “El trabajo infantil, un concepto de difícil consenso”, en Del Río Lugo, N. (coord.) *La infancia vulnerable de México en un mundo globalizado*. UAM-UNICEF, México, pp. 147-167.

BARRETTO, M. (2005). “Las crisis del orden urbano y la ideología reparadora del “espacio público”, en 1º Congreso Latinoamericano de Antropología, Escuela de Antropología, Facultad de Humanidades y Artes, UNR, Rosario, Julio.

BAUMAN, R. (1989). “Identidad diferencial y base social del folklore”. *Serie de Folklore* N° 7: pp. 27-46.

BAUMAN, Z. (2005). *Identidad*. Losada, Buenos Aires.

BAUMAN, Z. (2006). *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*. Paidós, Buenos Aires.

BENAVIDEZ MONTOYA, T.; GONZALEZ ÁVILA, D. y MOLINA SALAS, C. (1993). “El menor deambulante en Costa Rica”, en *Revista de Ciencias Sociales* N° 59, San José de Costa Rica, Marzo, pp. 27-35.

BERGER, P. y LUCKMANN, T. (1968). *La construcción social de la realidad*. Amorrortu, Buenos Aires.

BERMUDEZ, M. (2004). *Los MINA: niños de la calle en la España de siglo XXI*. Témpora, Madrid.

BLEICHMAR, S. (2002). “La infancia y la adolescencia ya no son las mismas”, en *Diplomatura Superior de Posgrado: Curriculum y prácticas escolares en contexto*. FLACSO, Buenos Aires.

BLUMBERG, L. (1975). “Review Author: Skid Row: An Introduction to Disaffiliation”. En *Social Forces* 53, pp. 525-526.

BIAGGIO, M. (2006). “Linyera, ser o no ser: normas, códigos y estrategias de supervivencia de los hombres ‘de la calle’”. 8º Congreso Argentino de Antropología Social, 19 al 22 de septiembre. Salta.

BOURDIEU, P. y WAQCUANT, L. (1995). *Respuestas. Para una antropología reflexiva*. Grigalbo, México.

BOURDIEU, P. (1999). *Intelectuales, política y poder*. Eudeba, Buenos Aires.

BOURDIEU, P.; CHAMBOREDON, J. y PASSERON, J. (2002). *El oficio del sociólogo. Presupuestos epistemológicos*. Siglo XXI, Buenos Aires.

BOY, M. y PERELMAN, M. (2008) “Los sin techo de Buenos Aires”. En: *Revista Ciudades* N° 78, (abril-junio), pag. 29-41. Puebla (México), CIESAS- D.F, RNIU.

BUFARINI, M. (2008) “Transformaciones en el espacio urbano. Las personas sin hogar y los usos del espacio urbano público”, *Revista de la Escuela de Antropología*. Facultad de Humanidades y Artes, UNR.

BURT, M. R. (1996). *Practical methods for counting the homeless: a manual for state and local jurisdictions*, The Urban Institute, Washington D. C

BUSSO, M. y GORBÁN, D. (2004) “Trabajando en el espacio urbano: la calle como lugar de construcción y resignificaciones identitarias”, en Battistini, O. (comp.) *El trabajo frente al espejo. Continuidades en los procesos de construcción identitaria de los trabajadores*. Prometeo, Buenos Aires, pp. 235-268.

CABRERA CABRERA, P. J. (1998). *Huéspedes del aire. Sociología de las personas sin hogar en Madrid*. Universidad Pontificia Comillas, Madrid,

CALDERÓN, M.; MERCAU, R. y TORO, M. (2006). *Niños de la calle: análisis probabilístico sobre una política vigente*. Presentado en las reuniones de AAEP, UNC., Salta.

CANGUILHEM, G. (1971). *El conocimiento de la vida*. Siglo XXI, México.

CARLI, S. (1994). “Historia de la infancia: una mirada a la relación entre cultura, educación, sociedad y política en Argentina”, en *Revista del Instituto de Investigaciones en Ciencias de la Educación: “Escuela y construcción de la infancia”*, Miño y Dávila N° 4, Buenos Aires, julio, pp. 3-11.

CARLI, S. (1998). “La niñez de la nación al mundo. Escolaridad pública, cultura infantil e imaginarios políticos en la Argentina. 1950-1990”, ponencia en *Cuartas Investigación de la*

Cultura. UBA, Facultad de Ciencias Sociales, Instituto Gino Germani, Noviembre, Buenos Aires.

CARLI, S. (1999). “La infancia como construcción social”, en Carlo, S. (comp.) *De la familia a la escuela. Infancia, socialización y subjetividad*. Santillana, Buenos Aires, pp. 11-39.

CARLI, S. (2002). *Niñez, pedagogía y política. Transformaciones de los discursos acerca de la infancia en la historia de la educación argentina entre 1880 y 1955*. Miño y Dávila, N° 4, Buenos Aires.

CARLI, S. (comp.) (2006). *La cuestión de la infancia. Entre la escuela, la calle y el shopping*. Paidós, Buenos Aires.

CARRETERO, A. (1996). *Chicos de la calle*. Ed. Corregidor, Buenos Aires.

CASTELLS, M. y PORTES, A. (1990). “El mundo sumergido: los orígenes, la dinámica y los efectos de la economía informal”. En Portes, A. *La economía informal en los países desarrollados y menos avanzados*. Buenos Aires: Planeta.

CASTEL, R. (1999). *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Paidós, Buenos Aires.

CASTEL, R. (2004). *Las trampas de la exclusión. Trabajo y utilidad social*. Topía, Buenos Aires.

CASTILLO, M. (1994). “Familias y pobreza. Menores deambulantes en República Dominicana”, en *Nueva Sociedad*, N° 129, Caracas, pp. 90-113.

CIAFARDO, E. (1992). *Los niños en la ciudad de Buenos Aires (1890/1910)*. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.

CIVILA ORELLANA, P. (2013). “Las marcas identitarias de un grupo de adolescentes en el contexto urbano en la ciudad de San Salvador de Jujuy.”, en *Folklore Latinoamericano, XVI° del Mercosur, I° de UNASUR y XXI° Jornadas Nacionales*, IUNA-ATF, pp. 219-227.

CIVILA ORELLANA, P. (2014a) “Itinerarios y trayectorias: el proceso de subjetivación de adolescentes en situación de calle en relación con las estrategias laborales desarrolladas en una provincia del norte argentino.”, en *III Jornadas Nacionales sobre estudios regionales de mercados de trabajo y la problemática social. V Foro SIMEL Trabajo, producción y*

desigualdad social en los espacios regionales y locales, Facultad de Ciencias Económicas-Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales-UNJu. pp. 95-112.

CIVILA ORELLANA, P. (2014). “Cuestión de alimentación: los gustos e interés de grupos juveniles en situación de calle” en *Palleiro, M. (comp.) “Oralidad, narrativa y archivos: tradición y cambio social”*, Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires.

COLIN-COLIN, A.; DÍAZ DE LEÓN, C. y SANCHEZ GARCÍA, P. (1995). *La calle. Juego para unas, vida para otras*. Tesis, Licenciatura en Psicología, Facultad de Psicología, UNAM, México.

CORNEJO, F. (2004). Los niños de la calle como audiencia de los medios de comunicación. Un planteamiento sobre audiencias mediáticas de la calle. Universidad Gregoriana, Milán, Agosto. Consultado el 18 de diciembre de 2016 en el URL: <http://www.shinealight.org/FranklinArt>. Doc.

CORNEJO PORTUGAL, I. (1999). “Los hijos del asfalto. Una prospección cualitativa de los niños de la calle”, en *Convergencias*, Universidad Iberoamericana, N° 19, Toluca, mayo-agosto, pp. 207-243.

CORREA, C. y LEWKOWICZ, I. (1999) *¿Se acabo la infancia? Ensayo sobre la distinción de la niñez*. Lumen-Hvmanitas, Buenos Aires.

CORREA, C. y DUSCHATZKY, S. (2002) *Chicos en banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*. Paidós, Buenos Aires.

COSTA, M. y GAGLIANO, R. (2000). “Las infancias de la minoridad”, en Duschatzky, S. (comp.) *Tutelados y asistidos*. Paidós, Buenos Aires, pp.69-119.

CUSSIÁNOVICH VILLARÁN, A. (2004). “Tipología del trabajo infantil desde el punto de vista de los derechos humanos: la necesidad de una diferenciación”, en *Revista Internacional NATs*, N° 11-12, Lima, mayo.

DE MAUSE, L. (1991). *Historia de la infancia*. Alianza, Madrid.

DELGADO, M. (1999). *El animal público*. Editorial Anagrama, Barcelona.

DELGADO, M. (2005). *Sociedades movedizas. Pasos hacia una antropología de las calles*. Anagrama, Barcelona.

DIRECCIÓN PROVINCIAL DE ESTADÍSTICAS Y CENSOS (2016). Aspectos generales. Informe de resultados. Jujuy. Disponible en: URL: <http://www.diprec.jujuy.gov.ar>. Fecha de consulta: 20 de Noviembre de 2016.

DÍAZ, C.; LACOMBE, E. y LOPEZ, C. (2007). *El juicio de la mirada. Incidencia de la mirada social en la construcción y resignificación de los atributos identitarios. Análisis de un caso: Los chicos trabajadores de La Luciérnaga*. Universidad Nacional de Córdoba-Facultad de Derecho y Ciencias Sociales-Escuela de la Ciencia de la Información, Córdoba.

DI VIRGILIO, M. M. y RODRÍGUEZ, M. C. (2007). *Políticas del hábitat, desigualdad y procesos de segregación socioespacial en el Área Metropolitana de Buenos Aires*. AEU-IIGG / FSOC-UBA.

DOMINGUEZ, M.; ROMERO, M. y PAUL, G. (2000) “Los niños callejeros. Una visión de sí mismo vinculada al uso de la droga”, en *Salud Mental*, Vol. 23, N° 3, México, junio, pp. 20-28.

DURKHEIM, E. (2002) *Las reglas del método sociológico*. La Nave de los Locos, Buenos Aires.

DUSCHATZKY, S. (1999). *La escuela como frontera. Reflexión sobre la experiencia escolar de jóvenes de sectores populares*. Paidós, Buenos Aires.

ECHEVERRÍA CABRERA, C. y TAVERA ROMERO, S. (coords.) (2007). MALPLA. *Redes de atención para la infancia en situación de calle*. Instituto Nacional de Desarrollo Social-UNICEF, México.

EDNICA (1991). *El concepto de niño callejero*. Educación con el Niño callejero, IAP, México.

ELBAUM, J. (1997). “Los estilos de la calle: tribalización y emblemas urbanos”, en *Apuntes de Investigación del CECYP*, Fundación Sur, N° 1, Buenos Aires, octubre, pp. 59-71.

ERIBON, D. (2001). *Reflexiones sobre la cuestión gay*. Ed. Anagrama, Barcelona.

ESPÍNDOLA, B. (1987). *En la calle. Menores trabajadores de la calle en Asunción*. UNICEF, Bogotá.

- FERNANDEZ, D. (1995). *Malabareando. La cultura de los niños de la calle*. Universidad Iberoamericana, Departamento de Ciencias Sociales y Políticas, México.
- FIORI ARANTES, O. (2000). "Pasen y vean... Imagen y city-marketing en las nuevas estrategias urbanas". *Revista Punto de Vista*, N° 66 pp.16-19.
- FITOUSSI, J. P. y ROSANVALLON, P. (1997). *La nueva era de las desigualdades*. Manantial, Buenos Aires.
- FORSTER, R. (2001). "La política como barbarie: una lectura del homo sacer de Giorgio Agamben". En *Revista Sociedad*. Facultad de Ciencias Sociales. UBA. N° 19.
- FOUCAULT, M. (1976). *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Siglo XXI, México.
- FOUCAULT, M. (1992). *Microfísica del poder*. La Piqueta, Madrid.
- FOUCAULT, M. (2003). *La verdad y las formas jurídicas*. Gedisa, Barcelona.
- FOURNIER, M.; y SOLDANO, D. (2001). "Los espacios de insularización en el conurbano bonaerense: una mirada al lugar de las manzanas", en *Tercera Jornada Anual de Investigación de la Universidad General San Martín*. Los Polvorines, Noviembre.
- GARCIA CANCLINI, N. (2004). *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de interculturalidad*. Gedisa, Barcelona.
- GARCÍA MÉNDEZ, E. (1991). "Prehistoria e historia del control social-penal de la infancia: política jurídica y derechos humanos en América Latina" en *Ser niño en América Latina*. UNICRI, Galerna, Buenos Aires, pp. 11-26.
- GARCÍA MÉNDEZ, E. (1995). *La Convención Internacional de los Derechos del Niño y las políticas públicas*. UNICEF, Bogotá.
- GARCÍA MÉNDEZ, E. (1997). *Derecho de la infancia-adolescencia en América Latina: de la situación irregular a la protección integral*. UNICEF, Tacó, Colombia.
- GAULEJAC, V. y TABOADA LÉONETTI, I. (1994). *La lutte des places. Insertion et désinsertion*. Marseille: Ed. Hommes et Perspectives.
- GIROLA, C. (1996). "Rencontrer des personnes sansabri. Une anthropologie réflexive". En *Politix* 34, pp. 87-98.

GOFFMAN, E. (1963). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Amorrortu, Buenos Aires.

GOFFMAN, E. (2003). *Estigma: la identidad deteriorada*. Amorrortu, Buenos Aires.

GOMEZ DA COSTA, A. (1998). *Niños y niñas de la calle: vida, pasión y muerte*. Buenos Aires: UNICEF.

GÚBER, R. (2004). *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Paidós, Buenos Aires.

GRAMSCI, A. (1967). *La formación de los intelectuales*. Grijalbo, México.

GRASSI, E. (coord.) (1996). *Las cosas del poder. Acerca del Estado, la política y la vida cotidiana*. Espacio, Buenos Aires.

GRIMA, J. y LE FUR, A. (1999). *¿Chicos de la calle o trabajo chico? Ensayo sobre la función paterna*. Lumen-Hvmanitas, Buenos Aires.

GUTIERREZ, A. (2005). *Pobre, como siempre...Estrategias de reproducción social en la pobreza*. Ferreyra, Córdoba.

GUTIÉRREZ, R. y VEGA, L. (1999). "Las interpretaciones, las prácticas y las reacciones sociales del uso de solventes inhalables entre los llamados niños "de la calle", en *Anales del instituto Mexicano de Psiquiatría, Reseña de la X Reunión de Investigación y Enseñanza*, México, pp. 140-145.

GUTIÉRREZ, R.; VEGA, L.; MEDINA-MORA, M. (2007). "La infancia "callejera" en México", en Echeverría, C.; Tavera, S. (Eds.) MATLAPA. *Redes de Atención para la Infancia en situación de calle*. INDESOL, México, pp. 17-34.

GUTIÉRREZ GRAGEDA, B. (1992). *Forjados a golpes de intemperie. Los menores en situación extraordinaria en el Estado de Colima*. UNICEF, Colima, México.

HAMMERSLEY, M. y ATKINSON, P. (1994). *Etnografía. Métodos de investigación*. Paidós, Barcelona.

HERZER, H. (2008). *Con el corazón mirando al sur. Transformaciones en el sur de la ciudad de Buenos Aires*. Ed. Espacio, Buenos Aires.

HUSSERL, E. (1949) Ideas relativas a una fenomenología pura y filosofía fenomenológica. Fondo de Cultura Económica, México.

IDOYAGA MOLINA, A. (1999) “El simbolismo de lo cálido y lo frío. Reflexiones sobre el daño, la prevención y la terapia entre criollos de San Juan (Argentina)”. *Mitológicas*, XIV.

JELIN, E. (1984). *Familia y unidad doméstica: mundo público y vida privada*. CEDES, Buenos Aires.

KOEGEL, P. (1998). “La perspectiva antropológica como enfoque diferente de los enfermos sin hogar”. En *Intervención Psicosocial* 7:27-46.

LACABANA, L. y PÉREZ, A. (2001). “Cuerpos en la calle. Una mirada sobre el cuerpo de los chicos de la calle”, en *Shine a Light: la red internacional pro niños de la calle*. Consultado el 15 de Julio de 2016 en el URL: <http://www.shinealight.org/Escrito%202.doc>

LESZCANO, A. y LAPENNA, M. (1998). “Condiciones de vida y estrategias laborales de los niños en situación de calle”, en *Revista Cátedra paralela*, Colegio de profesionales de Trabajo Social, Escuela de Trabajo Social, UNR, N° 1, Rosario, pp. 84-139.

LACARRIEU, M. (2005). “Nuevas Políticas de lugares: recorridos y fronteras entre la utopía y la crisis”, en *Buenos Aires a la deriva: Transformaciones urbanas recientes*. Buenos Aires. Editorial Biblos-Fadu, pp. 363 - 395.

LA GORY, M. J. y FITZPATRICK, K. (1991). “Homelessness and affiliation”. En *Sociological Quarterly* 32, pp. 201-218.

LANDGREBE, L. (1968) *El camino de la fenomenología*. Sudamericana, Buenos Aires.

LEVI, P. (2003). *Si esto es un hombre*. Muchnik Editores, Barcelona.

LEWKOWICZ, I. (2002). “Sobre la destitución de la infancia. Frágil el niño, frágil el adulto”, conferencia en el Hospital Posadas, Buenos Aires, Septiembre.

LIEBOW, E. (1993). *Tell them who I am. The lives of homeless women*. Penguin Books, New York.

LLOBET, V. (2006). “¿Relatos de niños? Políticas sociales y derechos de niños, niñas en situación de calle”, en Carli, S. (comp.), *La cuestión de la infancia. Entre la escuela, la calle y el shopping*. Paidós, Buenos Aires, pp. 131-158.

LLORENS, M. (comp.) (2005) Niños con experiencia de vida en la calle. Una aproximación psicológica. Paidós, Buenos Aires.

MACRI, M. (2005). El trabajo infantil no es un juego. Estudios e investigaciones sobre trabajo infanto-adolescente en Argentina (1900-2003). La Crujía, Buenos Aires.

MARGULIS, M. (1999). “La racialización de las relaciones de clase”, en Margulis, Urresti y otros, *La segregación negada. Cultura y discriminación social*. Ed. Biblos, Buenos Aires, pp. 80-95.

MARTÍNEZ VEIGA, U. (1989). *El otro desempleo. La economía Sumergida*. Barcelona: Anthropos,

MAKOWSKI, S. (2004) “La ciudad de los otros. Jóvenes itinerantes urbanos en la ciudad de México”, en *Revista Universidad de Guadalajara. Dossier: Habitar la ciudad, la ciudad habitable*, Universidad de Guadalajara, N° 32, pp. 44-49.

MAKOWSKI, S. (2005) “Espacio, exclusión e imaginarios: chavos de la calle en el centro histórico de la Ciudad de México” en: García Canclini, N. (coord.) *Reabrir espacios públicos. Políticas culturales y ciudadanía*. Plaza y Valdés-UAM, México, pp. 233-240.

MARTINEZ ALVAREZ, S. (2002). *Evolución de la comprensión del lenguaje oral en niños en situación de calle farmacodependiente a inhalables*. Tesis, Licenciatura en Psicología, Facultad de Psicología, UNAM, México.

MARX, K. (1999). *El capital. Crítica de la economía política*. Fondo de cultura Económica, Tomo I, México.

MATEOS, P. (2006). “Trayectorias y aprendizajes sociales de chicos y chicas en situación de calle”, en Carli, S. (comp.) *La cuestión de la infancia. Entre la escuela, la calle y el shopping*. Paidós, Buenos Aires, pp.159-180.

MAYA CONZUELO, D. (1996). “Autoconcepto y autoestima en niños de la calle y niños de familias integradas”, en la *Psicología Social en México*, AMEPSO, Vo. 6, México, pp. 356-361.

MENDICOA, G. (1999). *Exclusión y Marginación social. Nuevas perspectivas para su estudio*. Espacio Editorial, Buenos Aires.

MERKLEN, D. (2000), “La lógica del cazador. Notas sobre sociabilidad y cultura en los asentamientos del GBA hacia fines de los 90”, en M. Svampa (Comp.), *Desde Abajo. La transformación de las identidades sociales*. Editorial Biblos, Buenos Aires.

MERLEAU PONTY, M. (1969) *La Fenomenología y las Ciencias del Hombre*. Biblioteca NOVA de Psicología, Buenos Aires.

MUÑOZ, M. C.; VÁZQUEZ y J. J. VÁZQUEZ (2003). *Los límites de la Exclusión. Estudio sobre los factores económicos, psicosociales y de salud que afectan a las personas sin hogar en Madrid*. Ediciones Témpora y Caja Madrid, Madrid.

OBSERVATORIO DE LA DEUDA SOCIAL ARGENTINA (2012). Barómetro de la deuda social Argentina. Asimetrías en el Desarrollo humano y social, 2007/2010-2011: progresos económicos en un contexto de vulnerabilidad persistente. Salvia, A. (editor), Pontificia Universidad Católica Argentina, Buenos Aires.

OBSERVATORIO DE LA DEUDA SOCIAL ARGENTINA (2016). Barómetro de la deuda social de la infancia, series del bicentenario (2010-2016). Infancias con derechos postergados: avances, retrocesos e iniquidades a finales del bicentenario. Tuñón, I. (editor), Pontificia Universidad Católica Argentina, Buenos Aires.

PALLERES, G. (2004). *Conjugando el presente. Personas sin hogar en la ciudad de Buenos Aires*. Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires.

PAUGAM, S. (2007). *Las formas elementales de la pobreza*. Alianza, Madrid.

PENNA, M. (1992). ‘*O que faz ser nordestito*’. *Identidades sociais, interesses e o ‘escandalo*’. Erundina Cortez Editora, São Paulo.

PÉREZ ÁLVAREZ, A. (2005). “Maniobras de sobrevivencia en la ciudad. Territorios de trabajo infantil y juvenil en espacios públicos del centro de Medellín-Colombia”, en 1º Congreso Latinoamericano de Antropología, Escuela de Antropología, Facultad de Humanidades y Artes, UNR, Rosario, Julio.

PILOTTI, F. (1994). “Crisis y perspectivas del Sistema de Bienestar Infantil en América Latina”, en *Infancia de Riesgo social y políticas sociales en Chile*, I.I.N., Montevideo, pp. 15.

POJOMOVSKY, J. (2008). *Cruzar la calle. Niñez y adolescencia en las calles de la ciudad*. Espacio Editorial, Buenos Aires.

REPETTO, M. S. y MALANCA, P. (2003). *Personas en situación de calle en la Ciudad de Buenos Aires: el abordaje desde un programa social de emergencias*. Mimeo, Buenos Aires.

ROBERTS, B. (2007). “La estructura de la Pobreza”, en Saraví, G. (ed.). *De la pobreza a la exclusión social. Continuidades y rupturas de la cuestión social en América Latina*. Prometeo, Buenos Aires.

ROSA, P. y GARCÍA, A. (2009). Exclusión: dilemas de una noción aplicada a situaciones de desigualdad social. En: *Revista Margen de Trabajo Social y Ciencias Sociales*, N° 54, julio 2009.

ROSA, P. (2009). “Las prácticas de encierro hoy. Reflexiones de la mano de Michel Foucault sobre los programas destinados a personas en situación de calle”. *Revista Afuera - Estudios de Crítica Cultural*. Año IV, N° 7, noviembre.

ROONEY, J. (1976). “Friendship and disaffiliation among the Skid Row Population”. En *Journal of Gerontology* 31, pp. 82-88.

ROSENTHAL, R. (1994). *Homeless in Paradise. A map of the terrain.*: Temple University Press, Philadelphia.

ROWE, S. y WOLCH, J. (1990). “Social Networks in Time and Space: Homeless Women in Skid Row, Los Angeles”. En *Annals of the Association of American Geographers* 80, pp. 184-204.

ROZE, J. (1999). *Trabajo moral y disciplina en los chicos de la calle*. Espacio Editorial, Buenos Aires.

RUBINGTON, E. (1968). “The Bottle Gang”. En *Quarterly Journal of Studies on Alcohol* 29, pp. 43-55.

SÁNCHEZ MORALES, M. R. (1999). “Las personas sin hogar en España”, en Tezanos, J. F. (Dir.), *Tendencias de desigualdad y exclusión social*. Sistema, Madrid.

SCHIBOTTO, G. (1990). “Trabajo infantil: del escándalo a la crítica de la economía política”, en *Niños trabajando*. Mathoc, Lima, pp.311.

SHAH, M. (2003). Street Children in Veracruz. Thesis for the Yale University School of Public Health. Consultado el 19 de mayo de 2015 en el URL: <http://www.shinealight.org/spanish/THESIS.doc>

SHAW, K. (2002). “Hacia una teoría general de la calle”, en Shine a Light: la red internacional pro niños de la calle. Consultado el 22 de noviembre de 2016 en el URL: <http://www.shinealight.org/Teoriageneral.rft>.

SHLAY, A. B. y ROSSI, P. H. (1992). “Social Science Research and Contemporary Studies of Homelessness”. En *Annual Review of Sociology* 18, pp. 29-60.

SIGNORELLI, A. (1999). *Antropología Urbana*. Editorial Antrophos, Buenos Aires.

SILVER, H. (1994). “Exclusión social y solidaridad social: Tres paradigmas”. En *Revista Internacional del Trabajo* 133, pp. 607-662.

SNOW, D. y ANDERSON, L. (1993). *Down on their luck. A study of homeless street people*. University of California Press, Los Angeles:

SNOW, D. y MULCAHY, M. (2001). Space, Politics, and the Survival Strategies of the Homeless. En *American Behavioral Scientist*, 45, pp. 49-169.

SPRADLEY, J. P. (1970). *You owe yourself a drunk. An ethnography or urban nomads*. Waveland Prees, Illinois.

SCHÜTZ, A. (1972) *Fenomenología del mundo social*. Paidós, Buenos Aires.

SVAMPA, M. (2005). *La Sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del Neoliberalismo*. Tauro, Buenos Aires.

SZILASI, W. (1973). *Introducción a la fenomenología de Husserl*. Amorrortu, Buenos Aires.

SORIANO, A.; OCHOA, F. y JIMENÉZ, F. (2005) *Una luz en el sendero de la oscuridad. Experiencia en la enseñanza de valores a adolescentes en situación de calle*. Mauricio Olivera A.C. -IASIS-Gobierno del Distrito Federal, México.

SOSA SANTOS, B. (1990). “Niños trabajadores. Una aproximación al trabajo infantil en la industria porteña de comienzos de siglo”, en Armus, D. (comp.) *Mundo urbano y cultura popular*. Sudamericana, Buenos Aires, pp. 251-279.

TAYLOR, S. D. y BOGDAN, R. (1996). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Paidós, Barcelona.

TOMASSI, R. (2004). “Turismo por la niñez. Investigación: el impacto económico-cultural del turismo en México, con un enfoque mayor sobre el impacto en la calle y sobre la infancia callejera. El caso ejemplar de San Cristobal de las casas (Chiapas)”, en Shine a Light: la red internacional pro niños de la calle, México. Consultado el 30 de Abril de 2015 en el URL: <http://www.shinealight.org/investigacionturismo.pdf>.

URCOLA, M. (2005). “Infancia, minoridad y situación de calle”, en Maguaré, Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, N° 19, pp. 75-99.

URCOLA, M. (2010). *Hay un niño en la calle. Estrategias de vida y representaciones sociales de la población infantil en situación de calle.*: Ediciones CICCUS, Buenos Aires.

VASILACHIS DE GIALDINO, I. (2003). *Pobres, pobreza, identidad y representaciones sociales*. Gedisa, Barcelona.

WACQUANT, L. (2001). *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Manantial, Buenos Aires.

WACQUANT, L. (2006). *Entre las cuerdas. Cuadernos de un aprendiz de boxeador*. Siglo XXI Editores, Buenos Aires.

Wacquant, L. (2007). *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado*. Siglo XXI Editores, Buenos Aires.

WALLACE, S. (1998). “Trabajo y subjetividad. Las transformaciones en la significación del trabajo”, en Antropología social y Política. Eudeba, Buenos Aires, pp. 251-258.

WEBER, M. (1996). *Economía y sociedad*. Fondo de Cultura Económica, México.

ZIMMERMAN, D. H. y D. L. Wieder (1969) Ethnomethodology and the problem of order: Comment on Denzing. En: J. Douglas (comp.), *Understanding Everyday Life*. Aldine, Chicago.

ZUKERFELD, M. (2005). “Hacia un marco teórico sobre el trabajo infantil para la Argentina del siglo XXI”, EN 1º Congreso Latinoamericano de Antropología, Facultad de Humanidades y Artes, UNR, Rosario, Julio.

Anexos



Comedor los doce apóstoles

Fuente: propia – 2015





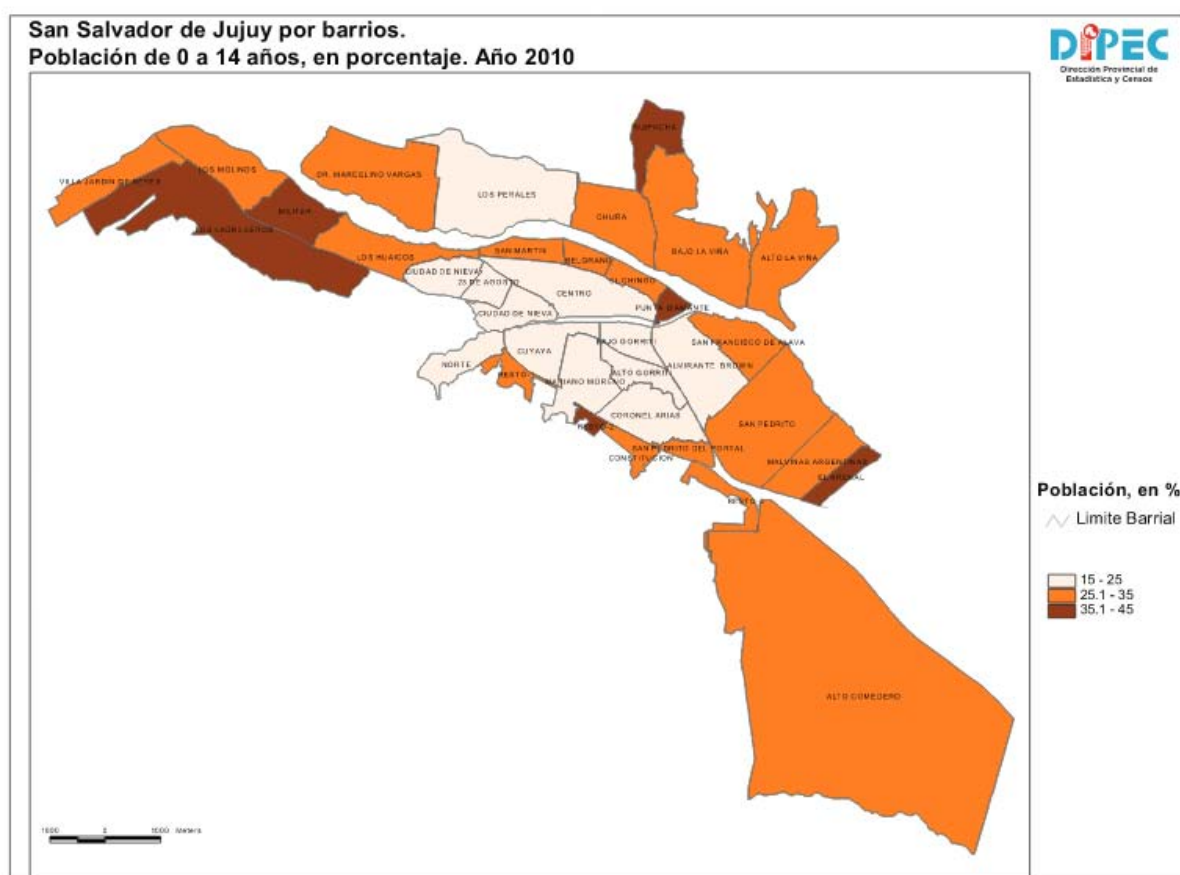
Ranchadas localizadas a los márgenes del río Xibi – Xibi

Fuente: propia – 2015



Mapa barrial de San Salvador de Jujuy

Fuente: <http://arcc.webnode.es/news/cada-uno-por-su-lado-participacion-vecinal-en-barrio-chijra/> 2015



Mapa población de 0 a 14 años en porcentjes – 2010

Fuente: http://www.dipec.jujuy.gov.ar/idx_barrios/san_salvador/mapas/pob0-14pctajessdejujuy.pdf - 2015



Casco centrico

Fuente: Jujuy al día - 2015



Nueva terminal

Fuente: Mario Martínez – 2016



Mercado de concentración de abasto

Fuente: Mario Martínez - 2016